ANDRÉS PIQUERAS

DE LA DECADENCIA DE LA POLÍTICA EN EL CAPITALISMO TERMINAL

Un debate crítico con los "neo" y los "post" marxismos. También con los movimientos sociales

El Viejo Topo

Andrés Piqueras

DE LA DECADENCIA DE LA POLÍTICA EN EL CAPITALISMO TERMINAL

ANDRÉS PIQUERAS

DE LA DECADENCIA DE LA POLÍTICA EN EL CAPITALISMO TERMINAL

Un debate crítico con los “neo” y los “post” marxismos. También con los movimientos sociales

EL VIEJO TOPO

© Andrés Piqueras, 2022
Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo
Juan de la Cierva 6, 08339 Vilassar de Dalt (Barcelona)
Diseño: M. R. Cabot
ISBN: 978-84-18550-99-7
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido ahora o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Ediciones de Intervención Cultural.

Índice

Prólogo. *Wim Dierckxsens*

Introducción

Parte I. De la agonía del capital(*ismo*) y del desvelamiento de su ilusión democrática

Capítulo 1. De las características constitutivas de la sociedad capitalista

1.1. De la paradójica "totalidad incompleta" del capital

1.2. Las otras explotaciones (y desposesiones) que posibilitan y complementan la explotación que constituye al capital

Capítulo 2. Del carácter ilusorio de la democracia capitalista

Capítulo 3. De las bases económicas de la degradación política (y social). Desarrollo tecnológico, trabajo potenciado y caída del valor

Capítulo 4. De la obstruida ampliación de la escala de producción capitalista y de generación global de valor. Trabajo productivo, improductivo y erosión del capitalismo. El auge del capital ficticio

4.1. Consideraciones sobre el trabajo productivo e improductivo

4.2. Las formas funcionales del capital y los niveles de abstracción del análisis

4.3. El crecimiento exacerbado del trabajo improductivo *por el contenido* y la obstrucción de la reproducción ampliada del capital

4.4. Eso que se ha llamado "financiarización de la economía"

4.5. Dinero sin substancia, "ficticidad", deuda impagable e inmanejable. Desquiciamiento del sistema

Capítulo 5. De la creciente intervención de la política para sostener el valor, o lo que es lo mismo: del agotamiento del reformismo. Dilución de la democracia y de la sociedad

Capítulo 6. De las condiciones del "tanatocapitalismo"

Capítulo 7. De la muerte y la destrucción como geopolítica, geoeconomía y geoecología actual (algunos apuntes)

7.1. El peligroso declive del hegemón
7.2. La descomposición del mundo que salió de la postguerra mundial. El fin del largo siglo XX
Parte II. Del in-politicismo teórico-práctico
Capítulo 8. Del carácter parcial e in-político de las nuevas Escuelas que se reclaman marxistas
8.1 Nueva Lectura de Marx
8.1.1 Algunas notas sobre "el problema Engels"
8.1.2 Contraargumentos a Heinrich
8.2. Nueva Crítica del Valor
8.2.1. ¿Qué tan "automático" es el sujeto? El valor y la Política
8.3. Marxismo autonomista
8.4. Marxismo abierto
8.5. Resumen crítico de los "neomarxismos" analizados. Marx como oponente
Capítulo 9. De la futilidad de los "postmarxismos"
9.1. De la racanería interpretativa (y argumental) de Mouffe y Laclau
Capítulo 10. Un repaso a los porqués del (éxito del) populismo y a su conversión en basamento de los "postmarxismos"
10.1. Lo postmoderno y lo "postmarxista" contagian los movimientos de emancipación
10.2. Feminismo a lo Federici. Breves consideraciones sobre el feminismo "post"
10.3. Un rápido intercambio de palabras con el ecologismo (¿político?)
10.4. Algunas consideraciones sobre el anti-estatismo
Últimas palabras
Apéndice
Tema I. Breves consideraciones sobre el método dialéctico de Marx
Tema II. Relación de clase, luchas de clase y dialéctica sistémica de las clases
Tema III. Algunas reflexiones sobre el valor y las experiencias de transición al socialismo a partir del caso de la URSS
Tema IV. De las luchas integradas e integrales

Epílogo. *Rémy Herrera*
Bibliografía y otras referencias citadas

Índice de cuadros

Cuadro 1. La caída tendencial de la tasa de ganancia. Un factor ineludible
Cuadro 2. La transformación de valores totales en precios generales
Cuadro 3. Hipertrofia del capital ficticio (el caso de las acciones y derivados)
Cuadro 4. Secuencia de crisis tras el cortocircuito económico-petrolero de los 70
Cuadro 5. Elementos principales del *Consenso de Washington*
Cuadro 6. Algunos hitos de la ofensiva general contra los sujetos antagónicos a la unipolaridad estadounidense (hasta los años 80 del siglo XX)
Cuadro 7. Resumen de características socialistas de transición de la economía china
Cuadro 8. Intervenciones militares directas de EE.UU. – OTAN tras la caída de la URSS
Cuadro 9. Postoperaísmo y capitalismo cognitivo sobre el valor. Una crítica
Cuadro 10. Resumen: algunas consideraciones sobre el populismo de izquierdas a partir de Laclau, siguiendo especialmente la visión de Romano y Díaz (2018)
Cuadro 11. Una propuesta de elementos imprescindibles para empezar a construir alternatividad desde el mundo que existe, a partir de Rafael Agacino
Cuadro AP-I. Por qué la relación fundamental de explotación capitalista forma clases. El trabajo abstracto como fuente objetiva definitoria de clase respecto del capital y su potencialidad antagónica anticapitalista (explicaciones de Adrián Piva
y de Jesús Rodríguez Rojo)

Índice de gráficos

Gráfico 1. Esferas en la acumulación de capital
Gráfico 2. Evolución del capital fijo por trabajador en EE.UU.
Gráfico 3. Gastos gubernamentales en relación al PIB y tasa media de ganancia 1948-2015, en EE.UU.
Gráfico 4. Variación del porcentaje en gasto gubernamental un año antes de las recesiones (países de capitalismo avanzado)
Gráfico 5. Empleo como porcentaje del capital constante y variable invertido
Gráfico 6. Nuevo valor como porcentaje del valor total
Gráfico 7. Beneficios corporativos globales
Gráfico 8. La inversión en economías de altos ingresos
Gráfico 9. Crecimiento anual de la formación bruta de capital en economías de altos ingresos
Gráfico 10. Monto total de activos
Gráfico 11. Los Bancos centrales amplían su balance para hacer frente a la crisis
Gráfico 12. Evolución de la deuda mundial
Gráfico 13. Reducción de la participación salarial en el nuevo valor añadido en diferentes países europeos, EE.UU. y Japón (%) 2009-15
Gráfico AP-I. Concentración de la riqueza por porcentaje más rico de la población (1875-2007)

Prólogo

El presente libro *De la decadencia de la Política en el Capitalismo Terminal* de Andrés Piqueras es una obra maestra de gran profundidad no solo sobre la agonía del capitalismo y del desvelamiento de su ilusión democrática, es también una obra para rescatar al marxismo de la in-política teórica de nuevas escuelas que se dicen marxistas, así como del "post" marxismo en general. El autor plantea que en el análisis de la forma valor y de su movimiento autonomizado como capital, esa su reproducción (ampliada y restringida) determina cada una de las partes constitutivas del todo social, sean el Estado, la política, la ética, la consciencia, el consumo, etc. El debate abierto con aquellas escuelas, en realidad un paseo epistemológico-teórico que el autor nos regala en la segunda parte del libro, resulta coherente con su método al realizarlo en términos de la traducción política del cuerpo teórico-propositivo de cada uno de los autores o escuelas tratados.

No deja de ser curioso que la mayoría de esas corrientes coincidan en su menosprecio de la dialéctica y, con ello, de las mediaciones sociales de la Política en general. Esta parte bien orientará al estudioso del marxismo, sobre todo a las nuevas generaciones interesadas, para poder diferenciarlo de las derivas de los "Neo" y del "Post" marxismo.

Me honra como coordinador del Observatorio Internacional de la Crisis (OIC) poder hacer el prólogo de este libro. El OIC, en cuyo proyecto Andrés ha sido parte fundante, nació con y a partir de la crisis de apariencia financiera de 2007/08 (no puedo dejar pasar la oportunidad de agradecer a la Fundación Piccini en Italia que nos acompañara durante los primeros años de nuestro "proyecto-escuela" con recursos y espacios para reunirnos, hacer nuestras publicaciones y recibirnos como "sus" hijos). Fue aquella la piedra de toque de una nueva fase del capitalismo donde el capital productivo de la economía real ya no daba el beneficio aspirado, período en el que comenzó el capital improductivo a tener autonomía relativa, desarrollándose en gran medida como capital ficticio. Es a partir del análisis de esas condiciones básicas, que hoy el profesor Piqueras nos ofrece en este libro el reencuentro con Marx en la senda de comprender y transformar el modo de producción capitalista. En esta aventura no ha estado solo, dado que en el Observatorio hemos tenido debates,

intercambios y diferentes coproducciones, armonizando perspectivas y formando de esta manera escuela.

En la primera parte nuestro compañero señala el problema irresoluble que afronta el capitalismo hoy en día, y es que el valor social abstracto se está reduciendo aceleradamente con el desarrollo de las fuerzas productivas en su fase de automatización-robotización y con el avance de la inteligencia artificial. Dicho de otro modo, hay una tendencia a la innovación tecnológica acelerada, intensiva en capital, es decir, con una utilización cada vez menor de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido, que es la única fuente de valor y plusvalor. Esta tendencia conlleva a la sobreacumulación de capital, aumentando la composición orgánica del mismo y la productividad del trabajo, pero por tal motivo con menos posibilidad de crear valor y plusvalía. Conforme disminuye el trabajo necesario (el que no es apropiado como ganancia capitalista) es más costoso apropiarse de trabajo necesario que va quedando. Estamos ante la situación extrema de una sostenida tendencia hacia la baja de la tasa de ganancia sin respuesta en la economía real, que coloca al capitalismo ante el atolladero de no vislumbrar más posibilidad de volver a aumentar dicha tasa, a diferencia de lo que sucedió hasta hoy. En otras palabras, estamos en el momento histórico en que las fuerzas productivas no pueden desarrollarse más dentro de las propias relaciones de producción vigentes y con ello la actual crisis se torna una crisis sistémica.

Hoy el único punto de partida de una nueva onda larga de acumulación pasaría por la existencia de nuevas tecnologías exigentes de inversiones elevadas, creadoras de empleo a una escala muy importante e impactando hacia arriba en la productividad. Esto no está a la vista ni con el "capitalismo verde". Es más, lo que está ocurriendo es que la sobreacumulación está alcanzando a las principales economías emergentes. En el Observatorio se hicieron estudios sobre la economía china (Rémy Herrera) mostrando que la tasa de ganancia de esta economía tiende con rapidez a la baja, resintiéndose con ello el crecimiento económico. Hoy en día el ritmo de crecimiento del trabajo productivo (en la "economía real") ya no se compagina con el nivel de crecimiento de la productividad. En un mundo globalizado, la menguante tasa de ganancia en el ámbito productivo no hace apetecible al capital seguir invirtiendo en esta esfera, en cada vez más lugares. Como resultado, el capital

dinero se deslocaliza hacia el ámbito improductivo.

Es a partir de esa circunstancia que Andrés Piqueras ha visto la necesidad de desarrollar convenientemente los imprescindibles conceptos de trabajo productivo e improductivo, traduciendo el mucho debate que tuvimos al interior del Observatorio. El capital-dinero busca formas de obtener ganancia sin relacionarse con la fuerza de trabajo, es decir, sin un proceso de creación de valor. Esta dinámica de hacer dinero y más dinero sin mediación con el trabajo es a la que se ha dado el nombre de financiarización de la economía, que dispara el desarrollo del "capital ficticio", tema bien abordado por otros miembros del Observatorio (Reinaldo Carcanholo y Paulo Nakatani). El último paso en la desvinculación entre dinero y valor es el Bitcoin y las criptomonedas privadas en general. Todas las criptomonedas privadas son "pirámides ponzi" y un fetiche absoluto sin respaldo alguno, con una vida irregular que hará que tarde o temprano aquellas se desplomen o sean controladas y respaldadas por el Estado. En general, el dinero vinculado con el ámbito improductivo podrá alargar la vida del sistema, pero no puede salvarlo, como señala el autor.

La obstrucción de la dinámica del valor-capital va marcando toda su decadencia. Y la financiarización, la presunta autonomía de hacer dinero sin trabajo, la limita y asfixia aún más, y con ella al espacio político. La disfuncionalidad de la democracia salta cada vez más a la vista. En un modo de producción más y más obsoleto, la clase dominante también se torna obsoleta. Llegamos a un punto en que el capital deja de ser capital y el dinero comienza a devorar a su propia sociedad, apropiándose de la riqueza existente a costa de todo; acrecentando y multiplicando también las contradicciones entre diferentes fracciones de la clase dominante (particularmente entre globalistas, continentalistas y nacionalistas). De hecho, una creciente parte de ella "abandona" el capitalismo para reducirse cada vez más a una clase rentista improductiva y parasitaria en conflicto entre sí. Ninguna economía puede existir sin sociedad, como ya Andrés Piqueras desarrolló en *La tragedia de nuestro tiempo*, y ante una civilización obsoleta se abre el espacio para una nueva civilización y un nuevo sujeto político.

En el Observatorio Internacional de la Crisis estamos (Walter Formento y mi persona) trabajando esta transición civilizatoria de un mundo unipolar hacia el

multipolarismo. En breve, creemos que China y el proyecto de la Nueva Ruta de la Seda pueden invertir la lógica del valor-capital. China sintetiza una civilización donde lo comunal está por encima de la individualidad. Es decir, la racionalidad económica en China no queda totalmente encadenada al valor-capital. El Estado chino puede invertir la lógica y en estos días de Evergrande ya está dando muestras en esa dirección. En vez de invertir dinero en lo improductivo puede decidir obstaculizar y hasta impedir esta vía. En vez de acortar la vida media de los medios de producción y de los productos intermedios en la economía productiva, puede decidir prolongar su vida media, puede priorizar unos u otros productos y orientarlos a fines sociales y puede, con inteligencia artificial, conocer y hasta atender la demanda de productos y servicios en función de la vida misma de la población.

Todas estas consideraciones, entre muchas más, así como gran parte de los debates y propuestas del OIC, han sido recogidos de forma sublime por Andrés, lo cual es un orgullo para el Observatorio. Su aporte realmente está revelando que vamos haciendo escuela para comprender a Marx en la actual fase histórica del capitalismo. También, por consiguiente, para sopesar las posibilidades de transformación del modo de producción capitalista en orden a superar las relaciones de explotación.

Frente a tanta distorsión o empobrecimiento de Marx que se lleva a cabo hoy en día, así desde ámbitos políticos y sociales como académicos, este libro nos devuelve un marxismo con una enorme fecundidad analítica y potencialidad práxica. Por ello, precisamente, no nos contenta o conforta con falsas vías fáciles o "soluciones" abstractas (pegadas a teorías a la moda sin traducción práctica).

El autor nos recalca que es la acción política teóricamente bien informada, la Política en su plenitud, nuestra mejor arma. Igual que, y esto no hay que perderlo de vista, nos indica que por ser el valor-capital el "sujeto" de este orden (desorden) social, los individuos solo podemos llegar a ser *sujetos*, protagonistas de la historia, contra él.

Wim Dierckxsens

A los millones y millones de comunistas que dieron sus vidas a lo largo del siglo XX, por un mundo sin explotación. También a los comunistas que dedicaron su vida a ello… y vencieron.

Introducción

El presente libro viene enmarcado en una secuencia de estudios en los que he intentado contribuir al análisis de las razones raigales que han trazado la evolución del capitalismo histórico, con especial atención al factor antagónico Trabajo/Capital expresado a través de las luchas de clase, por lo que me ahorraré en esta introducción bastantes de las aclaraciones ya incorporadas en esas obras. A lo largo de esa secuencia explicativa he llevado a cabo un conjunto de propuestas teóricas sobre la vinculación de los ciclos de lucha con las distintas fases y modelos de acumulación-regulación que ha experimentado este modo de producción (*La opción reformista. Entre el despotismo y la revolución*). También he pretendido contribuir al estudio del mismo en su fase presente, revelando cuáles son algunas de las características básicas que imprimen su realidad actual y sus posibles decursos (*La tragedia de nuestro tiempo. La destrucción de la sociedad y la naturaleza por el capital*). En esos análisis sustentados en el marxismo, he intentado mostrar porqué el capitalismo se hace crecientemente irreformable y cada vez más dañino o generador de fuerzas destructivas según se le acaban sus combustibles básicos: el valor-plusvalor y la naturaleza barata. En una obra posterior argumentaba más específicamente sobre cómo el agotamiento del *valor* redunda en la intensificación de la pérdida de valor de los seres humanos (*Las sociedades de las personas sin valor*).

Mi propósito aquí es ahondar en estos últimos puntos, lo que no es sino una profundización en el análisis de fase. Si bien, esta vez mi intención primordial es correlacionar tal estudio con la extendida *decadencia de la política en el cuerpo social* de las formaciones estatales capitalistas, como forma de dejar más inermes a las poblaciones. Incluida en esa tendencia, trato de explicar algunas de las razones de que buena parte de la teoría en la Ciencia Social haya ido disociándose de la práctica concreta transformadora de la realidad. Y lo hace a través de tres procesos: dando la espalda a la epistemología y por tanto empobreciendo en alto grado la teoría; negando o desconsiderando la dialéctica; y desposeyéndose de un método definido. Todo lo cual se traduce en estudios cada vez más "empiristas" y de un alto eclecticismo que no conducen precisamente a un mejor conocimiento de la *totalidad social* capitalista en la

que estamos inmersos y que en consecuencia también se constituyen en sustento de propuestas y accionares políticos inofensivos respecto de la disolución de poderes, opresiones y desigualdades.

Qué mejor para explicarlo que recurrir a la deriva que una parte considerable del propio marxismo ha llevado en las formaciones sociales centrales del sistema capitalista, plasmada en las Escuelas que se dicen "neo-marxistas", las cuales han rehuido tanto de cualquier concreción en la superación del capitalismo como de la *efectiva* transformación social y política del mismo. Esto es, han borrado de facto la praxis.

Todo y haber realizado algunas aportaciones de importancia –que he intentado aprovechar e incorporar en la primera parte de este como, en general, en otros de mis trabajos- esa condición hace que la evaluación final de estas Escuelas resulte aquí severamente crítica.

En cualquier caso, el conjunto de circunstancias anteriormente descritas viene enmarcado en la fuerte ofensiva del capital a partir de los años 70 del siglo XX por recuperar parte de la hegemonía ideológica perdida, para lo que desató toda una ofensiva "post"-teórica (postmoderna y post-estructuralista) que afectaría también al propio marxismo, dando pie a un apogeo de versiones que claramente habían renunciado al marxismo al considerarlo como algo obsoleto, rígido, determinista, economicista, incluso "belicista" o inspirador de enfrentamientos sociales, además de toda otra retahíla de calificativos que le hacían ver como no puesto al día con la *nueva política* de entendimiento y concordia entre las clases, ni con las hodiernas formas "desconstructivas" de expresar la realidad y a esta misma como una construcción sin base material privativa alguna más allá de las diferentes elaboraciones discursivas. La búsqueda de causalidad sería, en adelante, más y más contemplada como un vicio académico sospechoso de determinismo, mientras iban prevaleciendo las formas blandas de teoría, capaces a veces de llegar tanto a una conclusión como a su contraria, y desprovistas siempre de traducción práctica para la mejora de la vida de las grandes mayorías. Especialmente ajenas a las condiciones sociales y poderes que las hacen o las posibilitan, esas "teorías" presentan el común denominador de desconsiderar igualmente los poderes fuertes del capital, el Poder de clase que atraviesa y sostiene todo el orden social, la *totalidad* capitalista. Se desentienden, por tanto, de cualquier intento de subversión

fáctica del mismo, si es que no la enfrentan explícitamente. Tal ofensiva "post" ha contagiado movimientos de enorme importancia como el feminismo y el ecologismo (algunas de cuyas versiones podría considerarse que han caído en la órbita de lo que hoy ya viene conociéndose como "post-marxismo"), así como a una parte considerable de la "intelectualidad" y de la militancia social.

En el presente texto intento explicar que tamaña decadencia de la teoría social y de la praxis política está asociada a la fase neoliberal-financiarizada del capitalismo, cuando éste se hace un sistema *global*. Ambas se expresan con más fuerza en su actual momento de degeneración, precisamente cuando más falta haría una epistemología y una teoría sólidas, capaces de dar pie a praxis que lleguen a las raíces del Sistema.

Encuadro, en suma, la decadencia de la teoría dentro de la de la propia política del cuerpo social, ambas suscitadas por la degeneración del *valor-capital*, según intento exponer a lo largo de estas páginas.

El libro está dividido, pues, en dos partes. La primera incide específicamente en la explicación de los fetiches y mistificaciones básicos del capitalismo, así como de sus ilusiones resultantes, muy especialmente la de la propia democracia. Ello se acompaña de la indagación de las claves de la degeneración capitalista y en qué se traducen de cara a las posibilidades de *hacer sociedad* y de la propia política. Como he aclarado en ocasiones anteriores, que el capital pueda estar en su fase terminal no significa que su fin sea inminente, pero lo que sí parece claro es que su agonía no hará sino desatar cada vez más fuerzas destructivas con deletéreas consecuencias para las sociedades. Por el momento eso se manifiesta en un contiuado proceso de deshacimiento de todo lo que fue un capitalismo más o menos "social" y regulado. Confío, en cualquier caso, en que el libro permita discernir entre lo que son manifiestas tendencias estructurales de lo que son meras contingencias o posibilidades.

Es posible que algunos apartados o capítulos de esta primera parte resulten densos para quien no esté muy familiarizado con el análisis marxista. Espero, no obstante, como digo, que con un poco de paciencia puedan servir de sustento para seguir lo que después se va mostrando y, en conjunto, para entender mejor el mundo en el que vivimos.

La segunda parte entra de lleno en la ligazón de lo desarrollado en la primera con las condiciones políticas de la teoría, especialmente a través del análisis

crítico de las principales Escuelas neo-marxistas y del postmarxismo en general, donde incluyo también, como he anticipado, un debate con ciertos feminismos y ecologismos que han quedado afectados por esa ola teórica esparcida desde las elites del capital; así como, por las mismas razones, con un "basismo" social en sentido amplio ya previamente predispuesto a abrazarla.

La tesis principal es que la corrosión del capital aniquila paulatinamente la política subalterna y genera toda una suerte de elaboraciones *in-políticas* (ya sea directamente apolíticas o bien dando paso a propuestas y accionares políticos inocuos para el capital, como se explicará), alejadas no sólo de cualquier transformación social de calado, sino incluso de la participación en algún tipo de política alternativa fehaciente.

Con ello, repito, se echa por la borda *la praxis* (también podríamos aludir al "enkratés" griego o capacidad de los sujetos humanos de darse a sí mismos sus propios medios y metas a través de su implicación política, esto es, de su participación en el gobierno del común, procurándose su autodesarrollo). Se desvanece el accionar-reflexivo, autotélico.

Y es que sólo con la participación y el compromiso político, y con la deliberación colectiva y pública puede adquirirse el criterio para discernir las claves estructurales de lo que sucede y prever la evolución de las mismas, así como, en consecuencia, decidir el actuar social más recomendable en orden a la defensa de intereses colectivos, como algún autor que luego citaré ha dejado constancia. Esto es lo que estamos perdiendo hoy en la mayor parte de las sociedades; a esto es a lo que están renunciando alegremente generaciones enteras, también de académicos/as e "intelectuales", para mayor indefensión social, con lo que se permite que la política se ejerza cada vez más unilateralmente, en exclusividad, por la clase que representa al capital. En estas páginas intentaré mostrar, por contra, lo que significa la Política entendida en su completitud, como manera de posibilitar un medio social, regular la vida en común y la relación de ese medio social con el resto del hábitat. También lo que implica desentenderse de todo ello.

En ciertos de los pasajes del libro utilizaré el plural para referirme a la línea de investigación y elaboración teórica que sostenemos como equipo en el Observatorio Internacional de la Crisis (OIC), sin que ninguno de mis compañeros tenga responsabilidad alguna en los posibles errores que aquí se

cometan. En general, y de todas formas, emplearé la primera persona del singular para asumir mi responsabilidad en lo teorizado.

Todas las citas del original de otros idiomas que aparecen en el texto son de traducción propia. Espero no haber sido muy mal traductor. Como en ocasiones son textos extraídos de páginas web sin numeración, he tenido que utilizar con más frecuencia de la deseada la referencia s/p (sin página) en las citaciones. En los casos más excepcionales en que no aparecía el año, he indicado s/a.

Mi línea de agradecimientos es la misma que expresé en los libros anteriormente mencionados. No obstante, quiero volver a hacer mención del dedicado y delicado trabajo de mi compañera Isabel con los manuscritos. También agradecimiento a mis compañeros del OIC, con quienes tanto he debatido y aprendido, y dentro de ellos un hueco especial para Wim Dierckxsens, a quien es obligado reconocerle su empeño, maestría y coraje para dar vida y tirar adelante con este espléndido equipo.

Más personalmente aún, le debo a Wim su fraterna amabilidad al aceptar prologar este largo libro, con el gran esfuerzo que eso supone y gracias al cual resulta mejorado. Por las mismas razones, mi reconocimiento a Rémy Herrera, por su cortesía y dedicación para epilogarlo.

También debo un agradecimiento especial, una vez más, a Miguel Riera (sostenedor de esta imprescindible editorial que durante décadas nos ha abierto los caminos del pensamiento y la investigación alternativos), por tirar adelante con la edición de un libro poco fácil editorialmente hablando. Supongo que aquí cabría dar las gracias a El Viejo Topo por existir, como creo que la mayoría de los/las lectores/as acordarán.

Es conveniente que precise, por último, que la mayor parte del texto se acabó de escribir a final de la primavera de 2021, aunque después he podido hacer alguna que otra precisión o añadido de última hora.

Andrés Piqueras, Valencia. La Coscollosa.
Inicios de septiembre de 2021.

Parte I
De la agonía del *capital*(ismo) y del desvelamiento de su ilusión democrática

Capítulo 1
De las características constitutivas de la sociedad capitalista

El capitalismo es un modo de producción cuyas relaciones sociales fundamentales vienen mediatizadas por la *forma mercancía*, dando lugar a un tipo estructurado de práctica y cosmovisión social que al mismo tiempo estructura las acciones y las conciencias individuales. La forma mercancía está constituida por el trabajo humano abstracto que se despliega como trabajo asalariado, el cual viene implicado en la apropiación de la labor y del tiempo de vida de unos seres humanos por otros. El "trabajo abstracto" es tal por expresar la abstracción de las diferencias cualitativas de los trabajos concretos que producen valores de uso, para reducirlos todos a un trabajo intercambiable, representativo del conjunto de la sociedad[1]. Está conectado, pues, al intercambio general de mercancías en virtud del *tiempo* socialmente necesario para su producción según el desarrollo de las fuerzas productivas de cada momento histórico. Eso quiere decir que el *tiempo* se hace entidad referencial de la sociedad capitalista, su engranaje de medición, que instaurará diferentes temporalidades (y otras tantas desigualdades derivadas de ellas) y determinará la lógica de los hechos y los procesos sociales; también el valor de las cosas y las personas[2].

Así que si el trabajo concreto de cada quien genera productos para satisfacer necesidades, el trabajo abstracto produce mercancías para aumentar la ganancia de quien lo posee (y no de quien lo ejerce), una vez que aquéllas han pasado por el mercado (es decir, casi nunca esas mercancías están destinadas a quienes las producen). Mas la *forma mercancía* no alude sólo a los productos humanos destinados al mercado (como en otros modos de producción), sino que estructura toda la producción, distribución, consumo y, en suma, el conjunto de relaciones sociales en el capitalismo. Ella es la expresión materializada más simple de esas relaciones sociales.

De la mercancía emana el *valor*. Al realizar el intercambio de mercancías, éstas se reducen no a algo "material" en estricto sentido, sino a una abstracción que llamamos *valor*. El *valor* es una substancia lógica que determina la constitución de una determinada forma de mercado (auto-expansivo y omniabarcador); *se*

podría decir que es la auténtica "constitución" por la que se rigen las sociedades capitalistas. El *valor* es una relación social de producción que cobra cuerpo en las mercancías, de donde resulta el nexo social elemental del que derivan las formas de *ser* y de conciencia en la sociedad capitalista. El *valor* deviene una forma de riqueza que se media a sí misma y se mide a través del gasto de (tiempo de) trabajo abstracto empleado en la producción de mercancías, y que se expresa como valor de cambio o precio. El *valor*, a diferencia del valor de uso, es algo abstracto, una ilusión, pero al tiempo esa "ilusión" es lo más real, pues cada elemento particular de la sociedad resulta penetrado por ella. Es pues una *ilusión objetiva* que moldea toda la vida social. En el capitalismo, la ilusión-forma (o apariencia del contenido –el *valor*–) reina sobre la sociedad toda (Adorno, 1993).

Como quiera que las mercancías están directamente imbricadas en el *valor* en vez de vincularse a la riqueza material, lo importante en el capitalismo no es la generación de riqueza en cuanto que productos o bienes satisfactores de necesidades (valores de uso), sino la obtención incesante y ampliada de *valor*. Pero no tanto, tampoco, en sí mismo, sino como *plusvalor*. El valor como plusvalor es la medida al cambio con otras mercancías de la plusvalía extraída en cada una de ellas: el tiempo de trabajo humano empleado para producirlas y que no ha sido pagado, esto es, el *plustrabajo* o trabajo de más que se hace en beneficio de quien compra el trabajo. Dicho de otra manera, la plusvalía no es sino la expresión monetizada del plustrabajo. Por eso, el *valor* hace que la riqueza se exprese en la sociedad capitalista como ganancia privada, toda la cual deviene de una u otra forma de la plusvalía obtenida en la esfera de la producción, aunque se realice o cobre existencia manifiesta a través del mercado (esfera de la circulación de mercancías).

Descompuesto en unidades de medida de *valor*, el *tiempo* dicta cuantitativamente la vida de los individuos, el propio valor de éstos. La cantidad (*valor*) prevalece sobre la cualidad (valores de uso, satisfactores de necesidades humanas, características personales).

> "Sólo allí donde la riqueza consiste en el tiempo de trabajo gastado, ésta [en cuanto que valor] comienza a regular a su vez las relaciones sociales" (Jappe, 2016:110).

Los valores de uso se fueron sometiendo al *valor* con la creación de un

equivalente general, estable y permanente: el *dinero*. *El dinero se convierte en el capitalismo en una mercancía universal que se separa de todas las otras para hacerse medida de todas ellas en función del valor depositado en las mismas*. Es la representación del *valor*, su concreción aprehensible, y tiene, como el valor, la finalidad de incrementarse a sí mismo.

Sin embargo, a pesar de que el trabajo humano es el creador de *valor*, tal hecho no se refleja en la forma *dinero*, porque la forma en que existe el dinero vela su propio contenido y es al mismo tiempo una expresión del antagonismo social. En general sólo se ve al dinero como la encarnación del valor de cambio puro, del que se ha borrado el recuerdo mismo de otro valor, el de uso (Marx, 1971: 178 [152]). Es más, sin el dinero todos los trabajos en la producción serían concretos y por tanto inconmensurables, sin validación posible en el intercambio. El dinero es el que permite la circulación final de las mercancías, sin la cual ni el valor ni el trabajo abstracto cobrarían existencia. Es decir, que el *dinero* es a la vez algo sensible (en su parte física) y extra-sensible (como concreción del *valor*).

El mismo *valor* es objetividad y subjetividad. Cuando hablamos de trabajo se hacen visibles los seres humanos, en cambio si hablamos de *valor* parece algo del mundo exterior, independiente de la actividad humana y de su conciencia (Marx, 1971). Porque el *valor* es la objetivación de las fuerzas genéricas de la humanidad filtradas a través del trabajo abstracto, y aunque no se sea consciente de él, la conciencia humana está *constituida* por él. Ésta y la voluntad de las personas se encuentran determinadas como portadoras de una relación social cosificada en la mercancía (en cuanto que materialización del *valor*) (Backhaus, 1992).

El movimiento ampliado del *valor* como *plusvalor* (plusvalía) realizado en forma de *dinero* y reinvertido para generar más plusvalía traducida en el mercado como más dinero, es el *capital*. En sí mismo no es, por tanto, sino plusvalía reinvertida, trabajo no pagado listo para generar beneficio[3]. El *capital* es una relación social y una forma de expresar la riqueza producida y acumulada por la sociedad. Como relación social determina dos clases fundamentales, una que se vende como "fuerza de trabajo" y otra que la compra. No obstante, precisa también de otras relaciones de explotación no mediadas por el salario o precio de la fuerza de trabajo (en las que la totalidad del trabajo no es pagado o

lo es mediante formas no salariales o parasalariales), pero que son condición de posibilidad de esa mediación (ver Tema II del Apéndice). El *capital* entraña un antagonismo ingénito, dado que la forma-ganancia al igual que la forma-dinero y la forma-mercancía son expresiones del antagonismo entre trabajo abstracto y trabajo concreto. Antagonismo que se traduce para quienes realizan uno y otro a la vez, en resistencia-lucha[4], susceptible de llevar a la oposición parcial o total del orden del capital, porque la vida humana como conjunto de valores de uso es intrínsecamente contradictoria con el *valor*. No puede perderse de vista aquí que el trabajo ajeno, además de ser la base del valor de cambio, es valor de uso para el capital (del que extrae plusvalor).

Por eso aunque el trabajo y el capital parten de una identificación, el segundo es fruto del trabajo, y ambos constituyen el modo de producción capitalista[5], el trabajo tiende a desligarse del capital en cuanto que trabajo concreto.

> "El *valor de uso* opuesto al capital en cuanto valor de cambio puesto, es el *trabajo*. El capital se intercambia o, en este carácter determinado, sólo está en relación con el *no-capital*, con la negación del capital, respecto a la cual sólo él es capital; el verdadero no-capital es el *trabajo*" (Marx, 1971: 215 [185]).

Cuando el capitalismo se establece como modo de producción dominante, se inaugura una época de dominio del *valor* en la sociedad, y se convierte en *valor-capital* (o simplemente *capital*), listo para valorizarse a sí mismo a través del trabajo humano abstracto. Eso significa que el *valor* conquista la posición de categoría autónoma, con vida propia, deviniendo en un movimiento de continua generación de plusvalor (acumulación ampliada de capital): esa es la substanciación del *valor*, que *se constituye en motor del proceso de recreación social en su completitud* (y por tanto, se hace enajenante de los seres humanos y de una sociedad que no tiene control sobre los automatismos a que ha dado lugar y que la rigen sin saberlo).

Esto hace que la forma de dominación pueda presentarse como abstracta e impersonal: imperativos y constricciones a los que todo el mundo está sujeto más allá de la intervención voluntaria de nadie. Porque, una vez instalado el mecanismo del *valor*, funciona como si fuera un "sujeto automático" (*antitético, pues, con una planificación social*), y la subsecuente explotación económica no resulta efecto de la dominación política, sino al contrario.

El capitalismo reemplaza el lazo social comunitario por el nexo social

abstracto del *valor*, es decir de las relaciones de intercambio de mercancías en las que éste se manifiesta. La independencia de los individuos de cualquier vínculo instituido de dominación personal, no da lugar, por tanto, a su libre coexistencia, sino que los hace dependientes de una abstracción social (el *valor*), que marca o determina su existencia común. "El valor funda un nexo social reificado que reúne a los individuos contraponiéndoseles como un poder ajeno, anónimo e impersonal" (Martín, 2014: 32), que es a la vez antitético (basado en la explotación) y alienante (su existencia se oculta en formas fetichizadas). Porque el *valor* no es un mero elemento económico de significación y repercusiones limitadas, no es algo aislado en la esfera de la economía; es el nexo social fundamental, el elemento que da su razón de ser a la sociedad capitalista. Es a través del intercambio de mercancías, donde se realiza el *valor*, que se rompen las comunidades y se constituyen los individuos "independientes"; en realidad individuos abstractos, personificaciones de las mercancías (Holloway, 2019: 237).

Como resultado, los mecanismos de Poder (con mayúsculas, metabólicos) en la sociedad capitalista no son "personales" sino materiales, "orgánicos" –de clase–. El *valor*, devenido *capital*, es el propio agente que, en su movimiento de reproducción ampliada, se expresa en –marca las condiciones y posibilidades de las– relaciones de dominación y poder, y políticas de Estado, incluyendo sus formas jurídico-constitucionales (según veremos en el siguiente capítulo). Es la fuente del Poder que se superpone a los poderes personales y que, en general, subordina a cualesquiera otros poderes en la sociedad capitalista, aunque se sirve también de ellos para su propia reproducción, para la división y sometimiento del Trabajo.

Aquí reside la "gran transformación" que supuso el capitalismo, y en la que tanto incidió Polany (1989): la aparición de la economía como una esfera (aparentemente) separada del resto del medio social, que tiene al beneficio sin límites como principio impulsor. Desde el momento en que se impone el *valor* como forma de *metabolismo social* –ordenador de las relaciones humanas entre sí y con el hábitat natural–, secreta su Política metabólica y decanta también las posibilidades de las formas de institucionalidad. La *política* (con minúsculas) como expresión institucionalizada de gestión y administración social, opera constreñida por los principios del funcionamiento metabólico del valor-capital

(la Política con mayúsculas por la que se rige el Sistema), a los que está forzada a salvaguardar (ver Tema IV del Apéndice). Se incardina, por tanto, en la economía (por eso los clásicos siempre hablaron de "economía política"). De hecho, las diferentes estructuras organizacionales del capitalismo están conectadas a las distintas expresiones del despliegue del *valor-capital* (de su ley de moción)[6], por lo que las formas de dominación y de explotación aparecen difuminadas, veladas por ese mismo movimiento, y devienen, como se ha dicho, impersonales, aunque requieran de la dominación de clase (del Capital con mayúsculas, como conjunto de personificaciones agenciales del *capital*)[7] y sus correspondientes estructuras de comando político para obtener su plena garantía de realización y pervivencia, porque la paradoja del "sujeto automático" es que no funciona de forma "tan" autónoma ni "tan" indefinidamente, sin manos que le den cuerda.

En realidad, el movimiento del *valor-capital* no sólo entraña explotación del trabajo ajeno, también dominación. Dominación agencial requerida no para hacer trabajar, obligación que viene dada por la "coacción sorda de las relaciones sociales de producción" (y la previa violencia estructural de la desposesión de medios de producción), sino para hacer que el trabajo sea *efectivo*, productivo. Las relaciones de dominación capitalistas se sustentan también en formas de poder y dominio pre-existentes a la imposición del capitalismo, sobre todo allí donde la subsunción formal del trabajo al capital no ha terminado de dar paso a la subsunción real. El gran éxito del *capital* como metabolismo social es que ha supeditado y puesto a su servicio todas las demás líneas de fractura de los seres humanos a su dinámica de extracción de plusvalor, que por eso se ha constituido en hegemónica, sustentadora de todo un sistema social hoy planetario.

Por consiguiente, el *capital* no sólo es trabajo no pagado (explotación), es también Poder (con mayúsculas, Poder metabólico) como capacidad de controlar el hacer de otros: su producción, su trabajo, y también su vida, para disolver el potencial de emancipación de los seres humanos, para evitar el trabajo libre, en cooperación (como parte de la vida de las personas dedicada a sí mismas) y convertir el trabajo concreto en "trabajo efectivo" (productivo), en trabajo mercancía. Las personas quedan convertidas a través del *trabajo abstracto* en mercancía "fuerza de trabajo", la única mercancía que genera plus*valor* al

usarla, pero también la única que se resiste a serlo, haciendo de la dominación capitalista siempre algo incompleto (Steimberg, 2017).

En las relaciones pre-capitalistas de dependencia personal no hay necesidad de que el trabajo y sus productos asuman formas fantásticas diferentes de su realidad. Todo el mundo tiene muy claro en qué radica la explotación, porque la conexión entre los/las productores/as y sus productos es transparente. Ninguna entidad abstracta media las relaciones humanas.

En la sociedad capitalista, sin embargo, el trabajo abstracto enfrenta a los individuos como una fuerza impersonal, no sólo ajena a sus necesidades y sensibilidades, sino también aparentemente a relaciones de poder.

Así traduce las palabras de Marx sobre este punto Postone (2007:38):

> "En una sociedad [capitalista] en la cual la mercancía es la principal categoría estructurante del conjunto, el trabajo y sus productos no están distribuidos socialmente por medio de vínculos, normas o relaciones explícitas de poder y dominación de tipo tradicional (…) como ocurría en otras sociedades. Por el contrario, el trabajo en sí mismo reemplaza dichas relaciones actuando como un medio cuasi-objetivo (…) que engloba, transforma y, hasta cierto punto, socava y suplanta, los vínculos sociales y las relaciones de poder tradicionales."

Digámoslo una vez más, en la sociedad capitalista la forma necesaria en que aparece la *mercancía* vela su propio contenido, oculta el trabajo humano abstracto (de tal forma que son los productos de la actividad humana, convertidos en mercancías, los que se manifiestan con vida propia, ajenos al trabajo concreto de las personas que los produjeron) y al mismo tiempo continúa existiendo de manera antagónica, a la vez como valor de uso y valor. Es decir, la "objetividad social" se alcanza a costa de la alienación de la subjetividad. La actividad práctica enajenada de los seres humanos es el fundamento o contraparte social del *valor*. Misma subjetividad alienada que sirve al Poder del capital como sustento social y trasluce una racionalidad tautológica (de la que es prisionera buena parte de la Ciencia Social, que arranca de, y prolonga, esa alienación), al predicar que las cosas son así porque los seres humanos son (piensan, actúan, deciden, votan…) así[8].

En otros modos de producción la riqueza es ante todo riqueza material, y se distribuye por relaciones de fuerza y poder externas a la dinámica económica. En el capitalismo estas relaciones también actúan, pero complementariamente, dentro de los márgenes marcados por el propio proceso de reproducción del

capital, esto es, del *valor* puesto a valorizarse a sí mismo.

El movimiento del *capital* como *valor*, su propio devenir, actúa pues en el sentido de apropiarse del conjunto de las condiciones sociales de existencia que le han precedido, para ponerlas al servicio de su reproducción, al tiempo que crea nuevas condiciones con el mismo objetivo. Esto es, la forma en que se expresa el *valor* adquiere "vida propia", mientras que los seres humanos quedan sin existencia autónoma aparente en cuanto que "fuerza de trabajo" y sus relaciones sociales resultan cosificadas (mediadas por lo que producen, que se ha hecho mercancía). Con ello, no son las necesidades humanas las que dirigen el gasto de fuerza de trabajo, sino que la expresión muerta de esa energía, el *valor-capital*, ha subordinado a ella misma y a su incremento constante, la satisfacción de las necesidades humanas. Este fetichismo básico traza el carácter alienado y alienante de la sociedad capitalista, no en un sentido "absoluto", como si fuera el negativo de una supuesta naturaleza humana des-alienada, sino en cuanto que el *valor-capital* es no sólo relación de producción sino igualmente de reproducción social. Es decir, el valor-capital *es* también conciencia, maneras de hacer las cosas y de entender el mundo (lo "objetivo" y lo "subjetivo" se solapan sin remedio, la "estructura" y la "supraestructura" se revuelven juntas).

Por tanto, en el modo de producción capitalista las condiciones de dominación son parte de las condiciones de reproducción del propio capital. Forman la garantía de valorización de los capitales individuales como "capital social" y ponen en juego la totalidad de los aspectos y elementos de la realidad social, de la praxis socio-natural. Esa es la dimensión de *metabolismo* que adquiere el *capital* como sistema.

Queda aquí bien sintetizada, a mi juicio, la esencia del mismo:

> "Supone la producción de los valores de uso como producción generalizada de mercancías y, con ella, la vigencia social general de la forma dinero y de la circulación mercantil, las que a su vez suponen el predominio de la relación de capital, es decir, la normalización de la apropiación del excedente en la forma del plusvalor y, por lo tanto, la regulación de la asignación del trabajo social y de la distribución de sus productos a través de la ley del valor en su forma específicamente capitalista, es decir, a través de la ley de formación de los precios de producción, etc. Todas estas formas sociales aparecen como procesos naturales y su lógica como leyes objetivas para las conciencias individuales (…)" (Piva, 2008: 124).

1.1 De la paradójica "totalidad incompleta" del capital

Podríamos identificar la noción de metabolismo con la de *totalidad social*. La *totalidad*, en el sentido dialéctico-materialista, es el conjunto de procesos, de conexiones internas entre categorías que constituyen un fenómeno. La "realidad" es concebida así como una *totalidad*, una totalidad concreta que se convierte en estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos. Los hechos, a su vez, deben comprenderse como elementos de un todo, como partes de una estructura que deviene de sus relaciones dialécticas entre sí y no como piezas aisladas del conjunto. En consecuencia, desde el punto de vista ontológico, la *realidad* se desarrolla y se va auto-creando, es un todo estructurado y dialéctico, de donde lo estructural, lo social, explica preferentemente lo individual, y no al revés (completar con Tema I del Apéndice). Arranque epistemológico decisivo contra las especulaciones de la economía neoclásica, individualismos metodológicos y versiones kantianas y neokantianas, liberales y neoliberales, postmodernas y neomodernas que postulan individuos extirpados de la sociedad (la cual a veces llega a ser negada), atomizados, que con activos y presupuestos ("intereses", "decisiones" "cursos de acción"...) salidos del vacío, entran en relaciones recíprocas a fin de satisfacer necesidades exógenamente dadas, siendo la sociedad (si acaso) la suma total de todas esas voluntades. Para el materialismo dialéctico (para Marx y Engels), por el contrario, los *individuos* no son sino concreciones de una *totalidad* que de muy diferente y desigual manera se plasma en ellos. Razón por la cual sus posibilidades, condiciones, motivos, intereses y decisiones están determinados tanto por el tipo de sociedad a la que pertenecen, como por la situación (o conjunto de posiciones) que ocupan en ella.

> "La sociedad no consiste en individuos, sino que expresa la suma de las relaciones y condiciones en las que esos individuos se encuentran recíprocamente situados. Como si alguien quisiera decir desde el punto de vista de la sociedad no existen esclavos y citizens: éstos y aquéllos son hombres. Más bien lo son fuera de la sociedad. Ser esclavo y ser citizen constituyen determinaciones sociales, relaciones entre los hombres A y B. El hombre A, en cuanto tal, no es esclavo. Lo es en y a causa de la sociedad" (Marx, 1971: 204-205 [176]).

Los *in-dividuos* no son sino la parte en la que la sociedad no se puede dividir más (el elemento social indivisible). Pues cada ser humano, por más que entrañe una concreta singularidad (y justamente es su singularidad la que hace de ella/él

un ser social individual real)[9], es, en la misma medida, la *totalidad*, la existencia subjetiva de ella (Marx, 1989). Por eso desde el punto de entrada al mundo del materialismo dialéctico la "esencia humana" no es otra cosa que el conjunto de las relaciones sociales en que cada persona está inmersa (Marx y Engels, 1974).

No obstante, los individuos a la vez, a través precisamente de sus relaciones sociales, dan a la estructura metabólica su cualidad dinámica, pues a través de ellos también ésta se transforma y adquiere cambiantes expresiones histórico-concretas. En uno u otro caso hemos de considerar, por tanto, que aludimos a una forma de *hacer* seres humanos y sus relaciones entre sí y con su entorno físico y social, que no sólo es perecedera, mudable, sino también, paradójicamente, incompleta-insuficiente y, en todo caso, inestable, "precaria"[10]. El capitalismo como decurso de relaciones sociales, y no totalidad-en-sentido-estricto, es inherentemente un sistema abierto (en cuanto que conjunto de reglas temporales de reproducción de relaciones, que parcialmente y de modo incompleto se complementan, y que además no pueden existir de modo abstracto, separadas de su contexto externo y de otros sistemas con los que convive, situados en sus temporalidades específicas)[11].

> "El capitalismo es un sistema histórico de relaciones sociales pero no constituye una totalidad en el sentido estricto de la palabra. Ni interna, ni externamente, más bien se trata de un proceso de relaciones sociales de explotación y poder de clase, que sucede históricamente con otros procesos. De este modo, el capitalismo es una trayectoria histórica posible conjuntamente con otras" (Santella, 2015: 3).

Puede que el siguiente pasaje exprese bien el sentido del carácter paradójico, inestable e incompleto de esa *totalidad*:

> "La lógica social del capitalismo posee sentido y carácter de totalidad en la medida en que el nexo social se autonomiza de los sujetos que vincula, enfrentándoseles como algo ajeno. El capital llega a ser sujeto de la vida social en el momento más desarrollado de la reificación de las relaciones sociales, o sea, en la subordinación de los individuos a los imperativos enajenados del beneficio (…) Sólo hay totalidad porque el nexo social abstracto tiende a cerrarse a la modificación por las personas, volviendo ciegamente sobre sí mismo. La noción marxista de totalidad (…) *no supone la sumatoria exhaustiva de los elementos dados* en el cuerpo social, sino que refiere al *sentido de su articulación*. Lo anterior significa que la *totalidad* no es el conjunto de todos los elementos de la sociedad, sino la lógica que ordena esos elementos. Hay totalidad en la medida en que un Sujeto global emerge como articulador fundamental del vínculo social. Ese sujeto mediador de la totalidad social tiene una dinámica propia de naturaleza 'especulativa': se pone a sí mismo como resultado de su propio desarrollo y tiende a reducir todos los elementos que se le enfrentan como diversos momentos de su propio autodesarrollo. El sujeto de la totalidad social es, como vimos, el capital en tanto valor que se autorreproduce, dotado de un dinamismo automático y ciego que articula globalmente los momentos

de la reproducción social" (Martín, 2014: 121-122).

Y es que la ontología del capital es por demás extraña y paradójica (más que la de las entidades subatómicas, que son algo así como partículas y ondas a la vez). El capital es Todo, un Sujeto Absoluto capaz de subsumir cada ranura y resquicio de la vida social a los imperativos de la mercantilización, monetarización y valorización. Pero al mismo tiempo es igualmente Nada en sí mismo, un mero Pseudo-sujeto, un parásito, un "vampiro" en palabras de Marx, cuya autovalorización no resulta ser sino una forzada apropiación de los poderes creativos del trabajo vivo (seres humanos) y de los poderes de la ciencia, la maquinaria, pero también de la naturaleza, los logros culturales pre-capitalistas y demás condiciones que el trabajo vivo moviliza. De manera que en un sentido todas ellas parecen "capacidades del capital", y así son vistas por la sociedad, pero en otro, el *capital* por sí mismo no tiene capacidad alguna ni contenido determinante. En esta última condición, la acumulación de capital es completamente dependiente de los agentes sociales y de sus capacidades. Y estas capacidades son ontológicamente "otras" que las del *capital*. Una vez movilizadas permanecen como capacidades del trabajo vivo (la persecución de fines humanos y el desarrollo de capacidades humanas son siempre más que meros momentos de la autovalorización del capital), aunque en permanente tensión de apropiación por el capital. El *capital* está forzado siempre a encauzar esos fines, capacidades-creatividades y deseos humanos hacia su propio interés; a objeto de poder vivir como capital debe succionar todas esas condiciones humanas, como el vampiro la sangre. Pero ahí está también la grieta, la contradicción permanente de su propia esencia, que permite el desafío a su precaria "totalidad" (Smith 2017). Ciertamente, toda *potencial totalidad* se modifica o desintegra en función de sus propios contenidos que la tensionan desde dentro, y según sus relaciones extra-metabólicas[12]. De hecho, y esta es su gran paradójica debilidad, el capital nunca puede vencer de una vez y para siempre, de manera "definitiva", al Trabajo, ya que ello implicaría la desaparición de su única fuente de valor, esto es, de existencia.

De la misma manera, si los seres humanos somos personificaciones de las categorías del *capital*, como poseedores de diferentes mercancías (bien de medios de producción, bien de fuerza de trabajo) (Marx, 1981a), esas "personificaciones" no son completas, no están total y definitivamente

incorporadas al *capital*, porque de lo contrario no habría posibilidad de salida, de crítica, de "ruptura"[13]. En cada individuo puede darse la personificación de las relaciones sociales capitalistas y la personificación de lo que se rebela contra ellas, de lo que las contesta, de lo potencialmente posible (Holloway, 2015 y 2019; Tischler, 2013). Mas por eso mismo, como se ha dicho ya, el *capital* tiene que traducirse también en Poder para controlar el *hacer* y el *ser* de los individuos. Lo cual implica su control no sólo en y del lugar de trabajo, sino también –dado que precisa asimismo de la producción y reproducción de esa fuerza de trabajo– en y de los lugares en los que se produce y reproduce la fuerza de trabajo, como el ámbito doméstico, aunque igualmente cualquier otro donde la vida se procura en común.

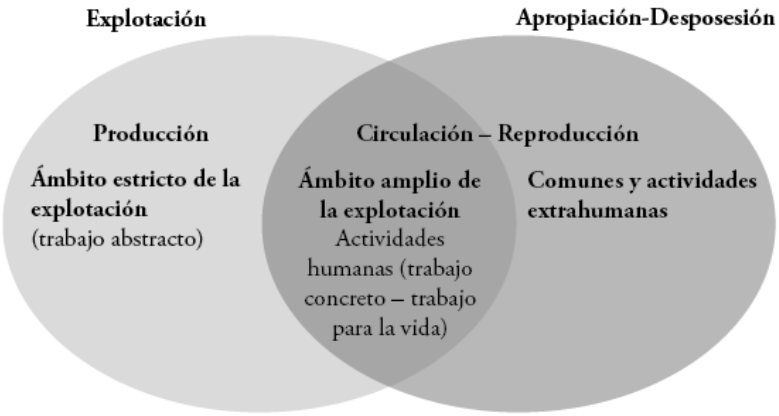
1.2 Las otras explotaciones (y desposesiones) que posibilitan y complementan la explotación que constituye al capital

No puede perderse de vista, entonces, que el *capital* requiere del aprovechamiento del trabajo tanto en el ámbito estricto de la explotación (a cambio de un salario o, cuanto menos, de un para-salario) como en el ámbito amplio (que abarca producción-circulación-reproducción), donde con frecuencia las actividades de las que se nutre no son reconocidas como "trabajo". Para ello precisa también de la apropiación tanto de los bienes comunes que gestan los seres humanos para vivir, como de las actividades extrahumanas del ecosistema que permiten la vida. Conforme se obstruye la dinámica del *valor* en la esfera de la producción (como veremos en los siguientes capítulos que ocurre hoy), el capital tiende a introducir crecientemente la forma-mercancía en la esfera de la reproducción social (a convertir allí también en ganancia las actividades humanas que procuran y mantienen la vida, sea a través del trabajo abstracto o no)[14]. Relaciones que no entrañan *valor* (en sentido capitalista –según se explicará más en los capítulos 3 y 4–), y que permiten el cuidado y mantenimiento de la vida en común, son convertidas en mercancías para la obtención de beneficio privado. Todos los momentos del metabolismo humano pasan así a constituirse en atributos del ciclo vital del capital, el cual tiene a la autovalorización o automovimiento en progresión cuantitativa como única

determinación cualitativa general (Starosta, 2015).

En suma, el *capital* tiende a mercantilizar el conjunto de acciones y relaciones humanas y extrahumanas[15] mediante una heteroclitud de formas de apropiación y desposesión rentísticas, transformando así la dinámica de la vida en beneficio y solapando crecientemente las esferas de la producción y de la circulación-reproducción, las de la explotación y las de la desposesión[16] (ver ilustración del proceso general en gráfico 1). Pero por eso mismo también, suscita crecientemente oposición-lucha en todos los ámbitos de la Vida.

Gráfico 1. Esferas en la acumulación de capital



Fuente: elaboración propia

En contraposición, el Poder del capital es intrínsecamente individualizador, tanto de los núcleos de reproducción (familias, grupos de origen y adscripción…) como de los propios seres humanos. La mercancía descompone la comunidad porque cada quien se vincula "independientemente" con aquélla, como "personificación" jurídica individual. Y es a través de la propia constitución como mercancía-fuerza de trabajo, y su resultante en forma de salario-dinero, que los individuos adquieren su ilusión de "independencia" de los otros (el fundamento de sí mismos como "suficientes"), y su relación con las cosas como capaces o no de poseerlas. Al tiempo, la forma-mercancía implanta una desigualdad (y dependencia) cualitativa entre ellos: quienes pueden hacerse mercancía-fuerza de trabajo y acceder al salario-dinero, y quienes no (aquí sobre todo mujeres). También una desigualdad cuantitativa: por cuánto pueden vender esa su peculiar *mercancía*.

Por consiguiente, la *mercancía* genera también formas débiles de sociedad al sustentarse en individuos que se relacionan entre sí a través de ella (y ellos mismos como mercancías que ostentan mayor o menor precio en el mercado laboral –y a menudo ninguno si se está fuera de él–). Esa relación-mercancía se expresa sobre todo a través de su representación substancial. Lo que quiere decir que si la *mercancía* es la célula básica de la sociedad capitalista, el *valor* es su substancia, cuya forma acabada (plenamente desarrollada), visible (su representación), es el *dinero*. Su diseminación por la sociedad promueve que las relaciones entre los individuos se hagan impersonales (ni unos sujetados a otros ni interdependientes, aparentemente). Es la forma *dinero* la que hace desaparecer bajo su apariencia de cosa las relaciones y actividades humanas que hay detrás de las mercancías. De hecho, no admite más relaciones que las que se subordinan a ella, sean comunitarias, étnicas, o de cualquier otro tipo. La *proyección de totalidad* de la forma *mercancía* y del *valor* que constituye la sociedad capitalista, y la expansión planetaria de ésta, hacen que anteriores formaciones sociales y cualesquiera otras expresiones socio-culturales pierdan su capacidad de reproducción autónoma y dejen de constituir una "totalidad" en sí mismas, para pasar a subordinarse al metabolismo del capital, subsumidas directa o indirectamente al mismo, a lo sumo como *formas de producción* (formas de vida) *dentro* del modo de producción capitalista (Meillassoux, 1982; Trinchero, 2000).

Esas expresiones, en lo básico, mantendrán su existencia en cuanto que elementos procurantes de *fuerza de trabajo exógena*: aquella que se incorpora a la relación capitalista y no goza de las condiciones de garantía de reproducción que obtiene el *Trabajo endógeno* según fueron procuradas a través de las luchas de clase en cada formación social (Hymer, 1979; De Gaudemar, 1979; Moulier-Boutang, 2006). El precio del *Trabajo exógeno* –ya sea en forma de salario, de para-salario (donde el dinero sólo interviene ocasionalmente o como una pequeña parte de la remuneración) o bien totalmente en especie–, a menudo no cubre su reproducción, por lo que se requiere de las etnias, de las comunidades, de los linajes u otras expresiones socioculturales subsumidas al Estado capitalista, para garantizar su reproducción como fuerza de trabajo. Un papel que desempeña a menudo también la familia, sea extensa o nuclear, no sólo con el *Trabajo exógeno* sino con el propio *Trabajo endógeno* de reserva (sobre todo

jóvenes)[17].

Las formas de producción que han ido quedando subsumidas directa o indirectamente a la relación del valor-capital deviene con frecuencia núcleos sustentadores-reproductores (convertidos en comunidades, grupos étnicos, tribus, clanes, familias, grupos domésticos amplios, linajes e incluso naciones enteras sin Estado, etc.) de esa fuerza de trabajo exógena una vez se ha incorporado a la relación capitalista. En general, el desarrollo capitalista destruye relaciones y vínculos sociales comunitarios para reconstruirlos bajo la forma de inter-individualidad, a la que opone la *comunidad del capital*[18].

Mercancía, valor (tiempo-dinero) y *capital* son las categorías fundamentales que regulan la (des-)sociedad capitalista, constituyendo a la vez su base fetichista, y por consiguiente su carácter alienado intrínseco (Carcanholo, 2015; Jappe, 2016; Starosta y Caligaris, 2016, 2017). También son el sustento, por tanto, de sus mistificaciones e ilusiones. Entre ellas, la de la democracia.

---

1. Ver Marx (1981a; cap.1, segundo apartado: "Doble carácter del trabajo representado por las mercancías"). "El trabajo abstracto y el trabajo concreto no son dos diferentes tipos de trabajo, son dos aspectos del mismo trabajo productor de mercancías que coexisten de manera antagónica. El trabajador incorpora valor en el producto, siempre única y exclusivamente como un trabajo concreto o útil (...) Sin embargo, el carácter dual del trabajo existe de manera contradictoria; es una unidad antagónica que constituye el nexo social en el capitalismo. Las propiedades particulares del trabajo concreto dirigidas a crear valores de uso se contraponen a las propiedades sociales y sintéticas del trabajo abstracto creador del valor, es decir, el trabajo abstracto como síntesis social niega y anula todo carácter particular y concreto del trabajo. Además, el trabajo abstracto es un proceso social de abstracción y alienación de la actividad humana (...) que impone al individuo una existencia para la producción de valor, y los productos de su propio trabajo no tienen ningún valor de uso para él, son un medio para obtener los productos de otros." (García Vela, 2015: 28).

2. Como dijera Marx en *La Miseria de la Filosofía*, el tiempo lo es todo, el ser humano nada, si acaso el armazón del tiempo. Eso quiere decir que "La cantidad decide todo por sí sola: hora por hora, jornada por jornada" (Marx, 1974: 100). Más se desarrolla el *valor* como *tiempo*, menos tiempo propio (para la vida) les queda a los individuos, carcasas del tiempo abstracto vacías de tiempo propio. La prevalencia del tiempo abstracto sobre el concreto conlleva la falta de control sobre el tiempo por parte de quienes trabajan asalariadamente (o auto-asalariadamente).

3. "Trabajo almacenado" lo llamaría Engels en su *Esbozo de crítica de la Economía política* (*Umrisse*) –obra incluida en la compilación de González (2020a).

4. La *lucha* no es una cuestión metafísica, ni una abstracción ideal; en sentido social o político significa que en un medio social determinado por la apropiación de los medios de vida del conjunto social por unos pocos individuos (la clase capitalista), las posibilidades de vida pasan en bastante medida por las formas de oposición de fuerza que se desenvuelvan frente a ello. El antagonismo, como parte intrínseca del movimiento del *valor-capital* en la vida, muestra que sus expresiones no son sino modos de existencia de las luchas en torno a la relación de clase, constitutiva del capital(ismo): la del trabajo no pagado.

5. Esto ha llevado a algunas corrientes neomarxistas, como veremos en la Parte II del libro, a defender,

erróneamente a mi juicio –y creo que al de Marx–, que la fuerza de trabajo en cuanto tal no constituye una fuerza superadora del capitalismo. Argumentaré contra ello. En adelante utilizaré los términos Trabajo y Capital (con mayúsculas) como expresiones del "trabajador colectivo" y del "capitalista colectivo" de Marx. Pero con el primero no sólo me referiré a quienes trabajan asalariadamente. En el Tema II del Apéndice puede verse cómo intento mostrar posibilidades de ampliar el espectro de esa definición, con todas las prevenciones que allí comento (ver también ahí mayor detalle de lo expresado en estos párrafos).

6. El idealismo hegeliano del *sujeto* como espíritu universal, fue sustituido en Marx por la materialidad de las relaciones sociales de producción, determinantes tanto de la subjetividad como de la objetividad social.

7. El capitalista colectivo no sería sino la expresión de la valorización del capital hecha conciencia, y por tanto plasmada en dispositivos de comando social y de poder institucionalizado destinados a preservar esa valorización. Un buen estudio de casos en Chibber (2021). El patriarcado es un ejemplo universalizable de las simbiosis entre explotación y dominación que promueve el *capital*.

8. Si la investigación social atiende solamente a las subjetividades en su nivel deíctico, declarativo, las fetichiza (que es lo mismo que contribuir a fijarlas en su estado actual –sujetado–). Es decir, se desentiende de todo el entramado estructural que las da forma. Esto es precisamente lo que ha perpetrado con harta frecuencia la ciencia social positivista y la fenomenológica-interpretativa que devino de ella: hacer de lo que está en la superficie el "dato", y provocar el "dato" a través del habla construida, normalizada. Producimos (estos) datos cuando hacemos hablar a los individuos bajo determinadas circunstancias: aislados entre sí, encerrados en nuestro universo referencial –de preguntas, de lógica–, para que reproduzcan el orden, el discurso dominante o el "normalizado" (Piqueras, 2003).

9. Las desigualdades y diferencias de las que parten son las que dan la impronta de la *singularidad*; pero no podremos comprender ni fortalecer ésta si no conocemos su proveniencia y podemos ejercer alguna influencia sobre las razones de la misma.

10. Ya Marx señalaba en los Grundrisse, al hablar del mercado mundial, que la producción es constituida como una totalidad en todos sus momentos, pero dentro de la cual *todas las contradicciones entran en juego*. De ahí la paradoja de una "totalidad incompleta".

11. "…podemos afirmar empíricamente el hecho del dominio creciente, 'abstracto', del capital en el mundo. Pero esta expansión durante los siglos recientes describe conflictos que incluye guerras mundiales, guerras locales en el presente, revoluciones sociales y nacionales, conflictos laborales recurrentes, crisis económicas". (Santella, 2015: 4). Nada que coincida con el funcionamiento invariablemente autónomo y sin fin de un "sujeto automático". Veremos las importantes implicaciones de esto en la segunda parte del libro.

12. Si fuera definitiva y acabada no habría posibilidad alguna de salirse de ella, los individuos perpetuaríamos indefinidamente al *capital*; Marx y Engels no habrían existido nunca como revolucionarios, ni siquiera estas páginas se podrían haber escrito. Sería verdaderamente una sociedad "unidimensional". Por eso es conveniente dejar claro desde el principio que sería mejor hablar de una *potencial totalidad* o de una *totalidad en proceso*. Sin embargo, y como quiera que el término es comúnmente aceptado, a veces, para simplificar, aparecerá en el texto sólo como *totalidad* (entrecomillado o en cursiva), una vez hechas estas aclaraciones.

13. Lo que sí tiene un determinado metabolismo social es que su racionalidad se mantiene siempre de alguna forma impresa en los cursos de acción, seguimiento de intereses y expresiones de conciencia de la sociedad y sus componentes individuales, mientras no se "salga" *completamente* de su orden.

14. El término "industrialización de la reproducción" no expresa correctamente el proceso, dado que lo que se imprime es sobre todo una dinámica rentista en esta esfera, donde el trabajo abstracto entra sólo parcialmente.

15. El capital lleva al extremo la externalización del resto de la Ecosfera respecto de las sociedades humanas, como si fuera algo que está *afuera* de ellas, como si las relaciones sociales fueran ajenas a aquélla, tratada como una mera fuente de extracción de beneficio. Así, si el elemento básico de la humanización ha

sido la sustentabilidad *en* la naturaleza, ésta ha ido dejando paso a la producción material *sobre* la naturaleza, la cual llega a su extremo absurdo en el capitalismo como producción de valor *por encima* de la naturaleza (e incluso, ilusoriamente, *más allá* de ella).

16. Aunque al hacerlo así pone en peligro su propia base de sustentación: la sociedad (Piqueras, 2017a).

17. Para mayor detalle de todo esto a lo largo del capitalismo histórico, además de la bibliografía recién citada, Piqueras (2014a).

18. Para hacerse él mismo *comunidad*, el capital tiene que enfrentar permanentemente el elemento social del ser humano, haciéndose un antagonista directo de identidades y construcciones colectivas que le son ajenas, llevando a que cada individuo se sienta fundamento suficiente de sí mismo, en relación con las cosas (*mercancías*) que produce y consume (Vela, 2018).

Capítulo 2
Del carácter ilusorio de la democracia capitalista

El *fetichismo* es la inversión que se produce cuando una relación social se cosifica y aparece "cristalizada" en un objeto. La *mistificación* se da cuando una relación social se oculta y aparece con una forma distinta, como fenómeno apto para ser recogido en categorías jurídicas y formales extraídas de la superficie de los hechos, pero que no implica cosificación, es decir, aparición de esa relación como propiedad de una cosa[1].

Una *ilusión social*, en cambio, es una apariencia o imagen compartida sobre hechos o procesos, que no tiene base material. Las raíces de la "ilusión" de la *democracia* capitalista brotan del subsuelo fetichista de este sistema, y están ligadas también a la mistificación salarial o supuesto intercambio libre de fuerza de trabajo por salario en la esfera de la circulación del capital.

Así lo expresó Marx:

> "La órbita de la circulación o del cambio de mercancías, dentro de cuyas fronteras se desarrolla la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, el verdadero paraíso de los derechos del ser humano. Dentro de estos linderos sólo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad (…). *La libertad*, pues el comprador y el vendedor de una mercancía, v.gr. de la fuerza de trabajo, no obedece a más ley que la de su *libre voluntad*. Contratan como personas libres e iguales ante la ley. El contrato es el resultado final en que sus voluntades cobran una expresión jurídica *común*. La *igualdad*, pues compradores y vendedores sólo contratan como *poseedores de mercancías*, cambiando equivalente por equivalente. La *propiedad*, pues cada cual dispone y solamente puede disponer de lo que es suyo" (1981a: 137-138).

A estas condiciones añadía Marx el interés individual, que la economía clásica, en virtud de alguna supuesta providencia (u orden natural), concilia siempre de la mejor manera con el interés de todos los demás. Lo cual resulta aún más milagroso en un régimen de mercancía, donde el trabajo humano pasa a convertirse en trabajo abstracto, sin aparente vinculación con el del resto, y por tanto de por sí nadie *tiene necesariamente* que tener en cuenta a los demás, pues cada uno debe preocuparse de lo suyo. Por eso, y como quiera que la alienación de la subjetividad asume la forma del sujeto al comando (el *capital*), en el capitalismo se tiende a una permanente contradicción entre individuo y sociedad, esto es, lo individual y lo social no son complementarios (Mészáros,

2010: 620). Porque la histórica constitución del *valor-capital* como sujeto implica la alienada subjetividad del trabajo social (en lugar del potencial consciente control sobre su propia actividad).

La fuerza de trabajo sólo puede presentarse en el mercado laboral capitalista como una *mercancía* en cuanto que sea vendida como tal por su propio poseedor. El secreto de ello está basado en el proceso de *desposesión* o *proletarización* de las personas que es inherente al desarrollo histórico del capitalismo, por el que a la gran masa de la población no le queda más propiedad que le sirva para vivir que su fuerza de trabajo, jamás una propiedad que le permita obtener capital (el *capital*, recordemos, es dinero que se valoriza a sí mismo, al invertirse para obtener plusvalía productiva mediante el trabajo ajeno). Quienes poseen la fuerza de trabajo (la población en su conjunto) y quienes poseen el capital (la reducida clase capitalista) se encuentran *libremente* en el mercado, unos como vendedores y otros como compradores. Unas y otras son, por tanto, *personas jurídicamente iguales* y *libres* de hacer lo que hacen.

De nuevo Marx

> "Para que esta relación se mantenga a lo largo del tiempo es, pues, necesario que el dueño de la fuerza de trabajo sólo la venda por cierto tiempo, pues si la vende en bloque y para siempre, lo que hace es venderse a sí mismo, convertirse de libre en esclavo, de poseedor de una mercancía en mercancía (...) La segunda condición esencial que ha de darse para que el poseedor del dinero encuentre en el mercado la *fuerza de trabajo como una mercancía*, es que su poseedor, no pudiendo vender *mercancías* en que su trabajo se materialice, *se vea obligado a vender como una mercancía su propia fuerza de trabajo*, identificada con su corporeidad viva" (1981a: 130-131).[2]

Para poder vender mercancías distintas a su fuerza de trabajo, una persona necesitaría poseer en escala suficiente instrumentos de producción, materias primas, etc., algo sólo reservado a unos pocos en el modo de producción capitalista. Entonces, puesto que en él los seres humanos al vender su fuerza de trabajo ceden también cualquier derecho sobre los productos de su trabajo (quedan enajenados de los mismos), pierden de vista las cantidades de trabajo concreto y hasta la propia concreción de trabajo que incorporan las distintas mercancías y que los precios enmascaran. Tienden a concebir, por eso, al *salario*, al *beneficio* y a la *renta* como partes de la riqueza que producen el trabajo, el capital y la propiedad del suelo (o bienes inmuebles) respectivamente. Esta "fórmula trinitaria" (mística) de la alienación, implícita

en la cosificación de las relaciones sociales capitalistas, hace que el valor de la fuerza de trabajo quede convertido a los ojos de la sociedad en "valor del trabajo", y por tanto parezca que el salario pague el mismo, es decir, que el salario sea el cambio adecuado al trabajo realizado (Heinrich, 2008).

> "El salario es un dispositivo social orientado a la obtención de la mayor extracción de plustrabajo cuyo resultado es, al mismo tiempo, la cosificación de la relación de explotación y una modalidad de subjetivación del 'capital' y del 'trabajo'. Es por medio de este doble resultado que trabajadores y capitalistas se enfrentan como personificaciones del trabajo y del capital" (Piva, 2017: 210).

Las mistificaciones de la sociedad capitalista se entienden vinculadas a su base fetichista (de la mercancía, del dinero y del capital). Porque "el fetichismo no es solamente una representación invertida de la realidad, sino una inversión de la realidad misma […] el carácter fetichista de la sociedad capitalista es su propia 'célula germinal' […] reside en su base misma e impregna todos sus aspectos" (Jappe, 2016:40). Es una suerte de *a priori* o esquema formal que precede toda experiencia concreta y la modela, que condiciona todos los contenidos de la conciencia. Pero a diferencia del *a priori* kantiano, ideal, ahistórico, antropológico, se trata de un *a priori* dialéctico, imbricado en la lógica del *valor* (Jappe, 2017: 22). El fenómeno del fetichismo es expresión de una realidad social que existe por sus formas, donde las formas velan o distorsionan su propio contenido. La realidad está indisolublemente ligada a una ilusión, no obstante, el fetichismo no es una ilusión mental, sino la verdadera realidad de las relaciones sociales capitalistas; es una ilusión real o una ilusión objetiva (Adorno, 1993, García Vela, 2015).

Y esto es así porque la *alienación* inherente a este modo de producción está directamente vinculada a la enajenación que padecen los seres humanos respecto de los medios de producción, de su propia actividad y de su vida genérica, que se tiene que individualizar para sobrevivir como mera mercancía ("fuerza de trabajo"); o incluso por fuera de ella, a menudo como elemento sustentador-posibilitador de esa particular mercancía (trabajo reproductivo). Esto último tiende a conllevar para las personas su generización (su construcción social como "mujeres" u hombres), o bien su etnificación o racificación (únicas "agrupaciones" útiles que favorece el capital), pero siempre, en definitiva, su *exogenización* de los procesos productivos y de las condiciones

de ciudadanía, como trabajo impago o semipago sostenedor de los mismos.

Tales condiciones elementales de alienación-enajenación hacen viable el arraigo y propagación de las ilusiones de la *igualdad*, la *libertad* y la *democracia* capitalistas en la esfera de la circulación de las mercancías. Esto es posible porque, como se dijo, de la dependencia personal se pasa aquí a la "independencia" de las personas fundada en su dependencia respecto de las cosas: las mercancías y el *dinero*. Pero esa misma alienación inherente a los procesos de la mercancía hace que, en cambio, la desigualdad no sea atribuida a ningún factor estructural o ajeno, sino a la diferente capacidad de cada quien de conseguir más o menos *dinero*. El "apartheid" que éste provoca respecto de los bienes, servicios y ámbitos sociales, queda difuminado (y legitimado) mediante la "igualdad" formal.

Es en la esfera de la circulación (donde se da la compra-venta de las mercancías), además, donde los individuos son imaginados como *soberanos*, entes autónomos en cuanto que consumidores (con posibilidad de elección) de mercancías hechas por otros y vendedores libres de su propia mercancía fuerza de trabajo (Marx, 1971), pues como tales adquieren la ilusión de poder elegir y por tanto también de *decidir*[3].

Los/as ciudadanos/as consumidores/as en la esfera de la circulación deben poder también elegir entre unas u otras facciones del capital en el subsistema de la política (la manera más 'saludable' de que se realice la ganancia precisa que la competencia entre empresas en la esfera de la circulación tenga su réplica en la competencia de unas u otras personificaciones del *capital*, con sus respectivos intereses particulares, en el ámbito de la política). Este razonamiento lo llevarían al extremo los propios ideólogos neoliberales:

> "…desde Ludwig von Mises hasta Milton Friedman, han calificado la libre elección del consumidor de característica definitoria de la economía de mercado deseada, y al consumidor soberano de agente capaz de dictar la producción económica e impulsar la actividad política.
>
> Al establecer un paralelismo directo entre la elección en el mercado y ante la urna electoral, los neoliberales no solo afirmaron que los consumidores soberanos eran los principales impulsores del capitalismo y de la democracia liberal, sino que también calificaron la votación diaria en el mercado de verdadero impulsor de la representación individual y de la participación en la sociedad (…) También explica cómo se utilizó esta figura para reinventar el mercado como el espacio democrático por excelencia: el sistema de precios se convierte en un mecanismo para registrar una *elección continua*, como expresó Mises" (Zamora, 2019: 2).

Nada que ver con la "soberanía". Pero si las relaciones sociales de producción capitalistas requieren de la "libertad" contractual entre poseedores de medios de producción y poseedores de fuerza de trabajo, y que estos últimos sean, por tanto, "libres", en condiciones "normales" del capitalismo la dominación de clase debe aparecer como no-dominación de clase. Si el *valor* se realiza como beneficio en la venta dando lugar a la dictadura de la tasa de ganancia sobre las vidas humanas, posibilita también por contra que "cuando la explotación adquiere la forma de intercambio, [esa especial] dictadura *puede* tomar la forma de democracia" (Jessop, 2019: 304). Tal posibilidad se concibe a través de la forzada separación que el capitalismo hace de lo económico y lo político, de la explotación y la dominación (por la cual puede parecer "soberano" elegir a quienes ya detentan el Poder del capital o a sus representantes).

En otros modos de producción no hay una separación clara entre el poder económico y el político. En el orden feudal la relación de explotación entre el señor y el siervo era claramente a la vez económica y política, a través de la apropiación-sustracción de parte de lo producido. La relación fundante del capitalismo es, sin embargo, la apropiación de trabajo no retribuido. La explotación se invisibiliza en la forma mercancía. Ya no se establece mediante el dominio directo, personal, sino a través del intercambio de mercancías (mediante la compra-venta de la fuerza de trabajo y del trato como mercancía del producto del trabajo). Aquí un terrateniente, por ejemplo, no tiene por sí mismo ninguna entidad militar que le permita perpetuar esa condición, ni, en general, una persona asalariada depende personalmente de un capitalista. Las relaciones de dominación y explotación pasan por claves impersonales, razón por la cual tienen que terminar coagulando en una entidad supra-individual, en una suerte de "capitalista colectivo institucionalizado": *el Poder adquiere la forma-Estado*, con su distinto aparataje de fuerza, coacción, control y administración-gestión social, que se encuentra separado del proceso inmediato de explotación[4]. Dicho de otra forma, la explotación sin coacción directa, personal, precisa de una coerción unificada, social, condensadora de las relaciones de fuerza constitutivas del capitalismo.

> "… del mismo modo que sólo en el dinero se expresa la naturaleza social de los trabajos privados, sólo en el estado se expresa la naturaleza social de la dominación de los comandos privados de los muchos capitales, aunque lo haga en una forma trasmutada. Aquella desigualdad real revestida de

igualdad formal se duplica en la forma estado, donde la dominación social de clase se estructura como imperio de la norma objetiva sobre ciudadanos libres e iguales" (Piva, 2012: 44).

Independencia y dependencia a la vez de la fuerza de trabajo en los procesos productivos conduce, por tanto, a perfilar las formas de dominación capitalistas, dando lugar así a un orden político basado en el "gobierno de la ley" e "igualdad ante la ley", donde las "luchas económicas" ocurren dentro de la lógica del mercado y las "luchas políticas" dentro de la lógica del Estado (Jessop, 2019). Esto es lo que permite que el mecanismo de constreñimiento del Estado no esté constituido como el instrumento privado de la clase dominante, sino que esté parcialmente disociado de ella como un dispositivo impersonal de autoridad pública, pretendidamente (ilusoriamente) aislado (del resto) de la sociedad.

Por primera vez en la historia de las sociedades desigualitarias, en el capitalismo se da una separación entre el estatus civil y la condición de clase. Eso quiere decir, por un lado, que los derechos de ciudadanía no están determinados por la posición socioeconómica (a diferencia de la democracia antigua, por ejemplo). Pero por otro, que la "igualdad civil" no interfiere con la desigualdad de clase, por lo que la democracia formal deja intacta la explotación de clase. Una vez que la democracia quedó confinada a una formalmente separada esfera "política", para el capitalismo no fue necesaria la anterior separación civil entre "privilegiados" o "propietarios-dirigentes" y "trabajadores". Estos últimos podían ser aceptados en la ciudadanía (e integrados al orden del capital) a condición de que el alcance de la misma quedara limitado a los confines de lo "político-jurídico" o formal-constitucional (Meiksins Wood, 2000: 201 y 203).

Pero el Estado, sus despliegues institucionales, dispositivos y aparatos no son "algo externo" a la sociedad, sino que forman parte constitutiva de ella, están empotrados en ella[5]. La artificial separación que el capitalismo fuerza entre la esfera de la economía y la de la política, cada una con sus (percibidas como) propias lógicas, intereses y campos en que se desenvuelven las luchas de clase, excluye la asunción de una instrumentalidad simple, por la que la clase dominante hace del Estado su arma principal de combate. Más bien se mueve entre esa instrumentalidad de clase y la "autonomía" relativa de los poderes de clase. Aunque al mismo tiempo, –y aquí radica la clásica dificultad o

ambigüedad de la teoría sobre el Estado–, la real interdependencia de lo económico y lo político conduce a que el Estado deba intervenir sistemáticamente en pro de la acumulación (es parte activa y no pasiva de la misma, ya que tiene que intentar ordenar de alguna manera la "anarquía" de la producción capitalista), dependiendo a su vez de la buena marcha del "sujeto automático", lo que marca claramente los límites hasta donde las luchas de clase pueden llegar *dentro* del Estado capitalista. Aun así, unas u otras formas de Estado resultan también en buena parte expresión de las condiciones internas ("nacionales") y externas (hoy mundiales) de aquellas luchas[6]. Con ello,

> "por un lado, a través del Estado la clase dominante presenta sus intereses como generales. Por otro lado, éste 'condensa toda la sociedad civil', es decir la relación de fuerzas en un momento dado: el Estado no es un puro instrumento a disposición de una clase, sino una arena política. Esa característica de la sociedad dividida en clases requiere de un Estado que cumpla la función de garantizar la continuidad de las relaciones de dominación, esto es ser factor de cohesión en una sociedad dividida" (Cantamutto, 2015: 174).

Puede que no siempre el Estado consiga grados satisfactorios de "cohesión social", mas garantiza al menos la articulación o ensamblaje de las partes mediante su igualdad formal que auspicia las bases de una identificación –identidad– interna traducida como "ciudadanía" y como "nación", de donde se deriva su potencialidad de legitimación del orden del capital y también las posibilidades de la hegemonía. Pues si es cierto que el Estado tiene que conjugar intereses del conjunto social, siempre lo hace bajo la férula de las personificaciones más fuertes del capital. Podría decirse de otra forma, si el Estado es un "campo de lucha", las reglas del mismo vienen impuestas por el valor-capital y sus personificaciones (veremos en el capítulo 5 cómo esas "reglas" se han ido estrechando drásticamente con la actual degeneración del *valor-capital* –también pueden seguirse las consecuencias de ello en el Tema IV del Apéndice–).

Por eso, y a pesar de que el Estado es resultado también de las correlaciones de fuerzas de clase por la distinta plasmación de instituciones y poderes político-jurídicos[7], sea cual sea el resultado de ellas en cada momento histórico y lugar, *dentro* del modo de producción capitalista el Estado expresa de una u otra manera el puesto de mando, gestión y administración del orden del *valor-*

capital, como su "expresión más consciente", como "capital ideal" (Engels, 2010 y 2017) o colectivo, que debe velar por el funcionamiento del todo, con mayores o menores equilibrios entre las clases y dentro de la propia clase dominante.

Es en atención a esta última pugna intra-clase dominante que se entiende que la "democracia" capitalista esté concebida, además, como se ha dicho, para que unas u otras facciones del capital compitan entre sí por el control de ese capitalista colectivo institucionalizado que es el Estado, para ver cuál de aquéllas es capaz de ganarse más parte de apoyo social. Como consecuencia, gana así también legitimidad el orden del capital[8].

Tenemos, entonces, que las propias formas de dominación y explotación capitalistas segregan la ilusión de –la formalidad de– la igualdad y libertad apegadas a la ruptura de lazos de dominación directa, mientras que la desigualdad material entrañada en la apropiación privada de los medios de vida de la sociedad y la extracción de plusvalía del trabajo humano, la contradicen intrínsecamente. De ahí vendría también la esquizofrénica distinción entre ciudadano/a y trabajador/a. El/la primero/a, sujeto de derechos, con posibilidad decisoria, luego teorizada incluso como "soberana", el/la segundo/a sin posibilidad alguna de "decidir" sobre la producción, sus tiempos, formas, objetivos, productos, destino… simplemente obedece, acata, ejecuta[9].

Por otra parte, la generalización de la relación mercantil comportó también, como se dijo, el principio de individuación que fue minando la constitución de jerarquías, rangos y comunidades del mundo pre-capitalista. Esa individuación desbarataría las comunidades para ir generando sociedades en cuanto que "masas de individuos". Todas las prácticas fundamentales del Estado están implicadas en ese proceso; descomponen a la población en individuos, no en cuanto que individuos concretos sino "abstractos", despersonalizados, listos para dar vida al *valor*, base del ordenamiento de las relaciones sociales. El trabajo abstracto generador de valor-plusvalor, tiene por tanto su réplica en la ciudadanía abstracta y todos sus principios ideales de semejante carácter. Es por ello que en el capitalismo consolidado hay un permanente recurso a la *ciudadanía* para desleír la relación de clase y ocultar las clases, dado que su principio de "igualdad" (en la esfera de la circulación) –a pesar de estar implicado en las propias luchas de clase históricas– no hace sino confirmar la

dominación de clase capitalista (Holloway, 1994) cuando la ciudadanía es tratada como esfera ajena a la explotación basal de la sociedad del capital. Las propias formas electorales del capital conllevan un proceso de fragmentación de la población como clase trabajadora, de borrado de esa condición en favor de la abstracción "individuo". El capitalismo instaura así, metabólicamente, un procedimiento de representación que al tiempo es de exclusión de la clase trabajadora. Por eso la individuación es parte de la constitución del Estado[10], y el electorado deviene la "des-unidad" básica a través de la que se constituyen las relaciones políticas. Esta es una de las maneras en que la fetichización de la mercancía adquiere traducción política: la conversión de las relaciones de fuerza y de clase en *formas* no-clasistas.

En definitiva, de la identificación trabajador/a libre – consumidor/a – ciudadano/a deviene la "ilusión" democrática y de ella la doble asunción de la política como campo autónomo sujeto a la decisión de los individuos y de la política como rectora de la economía.

Pero unas y otras referencias son sólo eso: *ilusiones*.

El campo de la política institucional resulta intencionalmente extirpado de las raíces del Sistema, de manera que la ciudadanía no pueda decidir nada en la esfera en que se genera el *valor*. De cierto, cuando la crisis del *valor-capital* llega al punto de hacerse crónica, como en la actualidad, todas las formas de Estado capitalista tienden a virar hacia el autoritarismo (Piqueras, 2014a). El Capital puede servirse aún de formas electorales, con procedimientos circulatorios más o menos democráticos según los casos, pero está cada vez más forzado a limitar crecientemente la capacidad de las clases subalternas para influir en sus políticas, especialmente las etiquetadas como económicas.

Para calibrar mejor la endeblez del terreno en el que brotan aquellas ilusiones, es imprescindible, por tanto, analizar la decadencia del *valor* y sus correspondientes consecuencias. A ello van destinados los dos próximos capítulos.

---

1. Estas son definiciones de Ramas (2018a: 20-21). La mistificación, dice esta autora, no es un mero engaño subjetivo, sino la forma de la realidad efectiva de ciertas relaciones sociales, o, más bien, su forma efectiva de existencia. En cuanto a la diferencia entre fetichismo y mistificación, da el ejemplo de que en la *mercancía* hay fetichismo porque la relación social del trabajo se presenta como *valor*, propiedad de una cosa: la de aquella mercancía. En cambio, en el salario no hay cosificación porque la categoría "precio de la fuerza de trabajo" aparece invertida y camuflada como "precio del trabajo", pero no encarnada en

ningún objeto (Ramas, 2018b).
2. Esta elaboración de Marx ya había sido anticipada por Engels (2019: 136) en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*: "Toda la diferencia con respecto a la esclavitud antigua practicada abiertamente, es que el trabajador actual parece ser libre, porque no es vendido en una sola pieza, sino poco a poco, por día, por semana, por año, y porque no es un propietario quien lo vende a otro, sino él mismo es quien se ve obligado a venderse así, pues no es el esclavo de un particular, sino de toda la clase poseedora."
3. La "democracia circulatoria" del capital necesita explícitamente de una construcción de "individuo consumidor" que se constituya como tal mediante la capacidad de acceso a los bienes de consumo, la mejora de su realidad material y el movimiento en la escala social a través del poder adquisitivo (Follegati, 2011). Engels y Marx llamaron también a esta democracia "democracia vulgar", en consonancia con su insistencia en distinguir entre "economía política clásica" y "economía vulgar" (detalles en Barboza, 2018).
4. Con el advenimiento del siervo en proletario-asalariado, doblemente "libre" de vínculos de dominación personal y de posesión de medios de vida, se establecía el problema de cómo controlar esa reciente "libertad". La nueva forma de explotación requería de nuevas formas de poder, de manera que la dominación política estuviera separada (pero a la vez fuera complementaria) de la explotación económica (Holloway, 1994).
5. De ahí que para transformar el orden metabólico del capital no baste con detentar el control del Estado, hay que desarrollar también, en el núcleo social, formas materiales contra-prácticas, que rompan con las instituidas por la mercancía y el *valor-capital*. Pero al tiempo, y esta es la gran complejidad del asunto, esas contra-construcciones deben ser capaces de penetrar también las cristalizaciones de poder institucionalizadas, especialmente en el aparato estatal, pues el Poder de clase cruza toda la sociedad, aunque se condense o manifieste expresamente en el poder estatal (razón por la cual el Estado es objeto de pugna permanente también entre las fracciones de clase capitalista). En estas circunstancias ambivalentes radica la formidable dificultad, el desafío sin par de la transformación social intencional.
6. Los Estados de las formaciones sociales centrales más fuertes tienden a apoyar a las fracciones del capital "nacional" frente a competidores externos. Sin embargo, en las formaciones sociales de capitalismo dependiente, o "periféricas", "el capital local suele desarrollarse como apéndice de negocios del capital trasnacional, dificultando la emergencia de intereses propiamente nacionales. La debilidad competitiva e ideológica de los capitales locales en los países dependientes induce no pocas veces a la presión directa sobre el aparato estatal, que funciona así como aparato de clase, pero sin recubrirse necesariamente del halo de interés general" (Cantamutto, 2015: 191).
7. Como es sabido, Poulantzas (1972, 1973, 1987) señala al Estado como fruto de una relación de fuerzas, o como la condensación material de tal relación, que se expresa otorgando a cada Estado una forma específica, nunca sujeta a una única clase. De ahí tirarían él mismo y autores varios encuadrados en el marxismo finisecular del XX, como Balibar (2015) y Wright (2020), para hablar de la no-necesidad de deshacerse del Estado, sino más bien de cambiar las correlaciones de fuerzas para transformarlo desde dentro en favor de las grandes mayorías (aquí, no sé si inconscientemente, tienden a coincidir con la interpretación pluralista del Estado capitalista –como un ente al servicio de cualquiera que le ocupe–, tan querida por liberales y post-marxistas; veremos a lo largo del libro mi discrepancia al respecto). Gallas (2017) expone bien las coincidencias y las diferencias entre la visión de Poulantzas y la de Althusser, más este último en la línea de Gramsci y en la importancia de la dominación física e ideológica de clase que sustenta el Estado. Es clásico ya también el debate entre Poulantzas y Miliband sobre la naturaleza del Estado capitalista, a través del cual el primero acusaba al segundo de ser "instrumentalista" respecto de la clase capitalista, mientras que Miliband rebatía al primero su excesivo "estructuralismo", que borraba la agencia humana de la escena de los poderes. Para mayores detalles de ese debate, Blackburn (1972), y para posteriores consideraciones sobre el mismo, Jessop (2011). No es este el lugar para ahondar en el tema, por lo que remito para un repaso general de la perspectiva marxista sobre el Estado, a Abellán

(1991) y a Ramos (2019). También a los trabajos de Osorio (2014), sobre el que me detendré en el último capítulo. Cantamutto (2015), por su parte, ahonda sobre la ambivalencia del Estado y la construcción de hegemonía a él vinculada. Piva (2012), siguiendo los análisis de Bonnet (2007), hace una aproximación que parte, como aquí, de las exigencias que la forma mercantil de la relación Capital/Trabajo entrañan para la articulación de la dominación política; pero resalta además la necesidad del análisis de la burocracia para entender las dinámicas capitalistas de poder estatal. Ver también los interesantes análisis sobre el Estado de Jessop (1990, 2008).

8. Insistamos en que una sociedad que tiene al mercado como elemento rector de los comportamientos sociales, precisa dejar la "libre" opción política como "libre" opción entre las mercancías proporcionadas por el *capital*. De esta manera el "campo político" que, igual que todo el resto del metabolismo, está penetrado por las luchas de clase y de una manera u otra responde también a las conquistas de clase *dentro* del capitalismo, está en condiciones de erigirse, de alguna manera, en una suerte de mecanismo cibernético de retroalimentación de información, por el que se mide el grado de sumisión, y en su caso, descontento o desafección de las clases subalternas, permitiendo establecer medidas sociales o incluso de modificación de la propia institucionalidad política, sin afectar las dinámicas del *valor* hecho *capital.* Lo cual no quiere decir que esos "espacios de democracia" que abre el Sistema no puedan ser aprovechados también por las fuerzas de la sociedad, como iremos viendo.

9. ¿"Soberanos" y "sometidos" al mismo tiempo? Esta contradictoria relación entre la ilusión y la materialidad convierte en esquizofrénica la existencia socia de los individuos bajo el *capital*, su experimentación de una democracia "coja", que a lo sumo es "circulatoria", nunca integral.

10. El constitucionalismo moderno, con su ideología de la soberanía, parte de la construcción de individuos escindidos de la comunidad, pretendidamente autónomos, titulares de derechos individuales, que luego, ante la proclamada imposibilidad de que se auto-administren, tienen que ceder su soberanía a una entidad central, el Estado, del que emana el Derecho que está por encima de cualquier otra forma de ordenación para organizar la vida en sociedad de los individuos y para organizar a la sociedad en torno al mercado (Noguera, 2019). "La legislación queda convertida en una totalidad autotélica incapaz de concebir una sola parcela de la realidad como ajena o previa a sí misma" (Rodríguez Rojo, 2019b: 90).

Capítulo 3

De las bases económicas de la degradación política (y social). Desarrollo tecnológico, trabajo potenciado y caída del *valor*

El *valor* no es algo físico, sino social o abstracto, y se basa en la condición de que lo que produzcan los seres humanos sean mercancías. Para que éstas puedan intercambiarse "equitativamente" precisan de una substancia que las afecte a todas por igual. El *valor* que las identifica y permite su medida e intercambio es el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas.

El problema irresoluble que afronta hoy la economía capitalista es que ese *valor* se está reduciendo aceleradamente según las fuerzas productivas entran en su fase de automatización-robotización. El desarrollo capitalista comporta intrínsecamente una tendencial mayor utilización de (e innovación en) tecnologías intensivas en capital, o lo que es lo mismo, una menor utilización de fuerza de trabajo por unidad de capital invertido. Circunstancia que lleva implícito un crónico proceso de *sobreacumulación* de capital invertido por unidad de valor que se es capaz de generar. Ello quiere decir que según aumenta el peso relativo del capital fijo (maquinaria) sobre el variable (seres humanos) en la composición orgánica del capital, puede aumentarse la productividad, pero menos *valor* (y por tanto ganancia) se es capaz de generar en proporción. Esto es, al reducirse relativamente la fuerza de trabajo en un determinado proceso productivo, disminuye también la masa de valor vinculada a ella (para el capitalista esa disminución se manifiesta como pérdida de *plusvalor* o plusvalía, que sólo se extrae de los seres humanos).

Veámoslo.

El *valor* como tiempo abstracto es el resultado de la suma de:

a. el tiempo de *trabajo muerto* o pasado, que ya realizaron los seres humanos al extraer y procesar las materias primas y al fabricar los

instrumentos de producción (maquinaria, herramientas, etc.) que en el presente se utilizan en la producción de una mercancía;
y

b. el tiempo de *trabajo vivo*, el que realizan los seres humanos en el presente para producir esa mercancía.

Es decir, en el *valor* de las mercancías entran dos componentes: a) el *valor* pasado o de los medios de producción que han sido consumidos completamente (insumos, materias primas y semielaboradas…) o parcialmente (maquinaria, herramientas…) en la producción de una determinada mercancía[1]: este es un componente indirecto (añade tiempo indirecto o pasado aunque interviene en el presente); b) El *valor nuevo* creado por el trabajo vivo (los seres humanos) en cada concreta producción: componente directo (indica el tiempo socialmente necesario que se emplea en el presente para realizar una determinada producción). Ambos trabajos contribuyen en pie de igualdad, aunque en diferentes maneras y en distintas proporciones, a la formación del *valor* de la nueva mercancía.

Con el desarrollo tecnológico se incrementa el tiempo de trabajo muerto (incardinado en la nueva tecnología) en detrimento del trabajo vivo. Dado que cualquier máquina se consume poco a poco en el proceso de producción, transmite parte de su valor en cada mercancía que contribuye a producir. En principio, bajo esta consideración, la maquinaria *encarece* cada mercancía (y de hecho se predica que si una maquinaria o cualquier otra plasmación de nueva tecnología aumenta la productividad, lo lógico es que trasmita también una cantidad total de *valor indirecto* mayor en la producción de mercancías –porque ella misma ha debido contener más tiempo de trabajo pasado –cualificado– socialmente necesario para producirla–). Pero, atención, tal maquinaria-tecnología no sólo no está generando *nuevo valor* (tan sólo trasfiere parte del que ella misma tenía –y por tanto, tampoco crea plusvalor–), sino que a la postre su *tendencia* es a hacer descender el *valor* final de las mercancías. Para empezar, cuando las máquinas contribuyen a aumentar aceleradamente la productividad, también reducen en proporción el valor de cada mercancía que generan: depositan menos parte de su valor en cada una de ellas. Además, se llega a un abaratamiento de las mismas si el encarecimiento por causa de la

"cesión de valor" de la maquinaria se compensa con el tiempo de trabajo presente ahorrado en la producción.

Supongamos (siguiendo algunas demostraciones de Heinrich, 2008) que en la fabricación de una determinada mercancía se consumen materias primas por un valor de 50, así como 8 horas de trabajo que producen en circunstancias normales un valor de 80. Entonces el valor de la mercancía será:

50 (materias primas) + 80 (tiempo de trabajo) = 130

Para simplificar mantendremos constante el valor de las materias primas. Supongamos ahora que introducimos maquinaria en la fabricación, y que la máquina tiene un valor de 20.000 y sirve para fabricar 1.000 unidades de esa mercancía antes de su desgaste completo. Transfiere, por tanto, un valor de 20 a cada unidad. De momento la mercancía se encarece en esos 20 (adquiere ese valor añadido); pero si con la máquina ahorramos, por ejemplo, 3 horas de trabajo, el *valor* final de la mercancía será menor:

50 (materias primas) + 20 (de la máquina) + 50 (de 5 horas de trabajo) = 120

La mercancía se ha abaratado en 10 unidades de valor. En general, lo más normal es que el trabajo complejo punta (o potenciado) no otorgue más valor final a la mercancía, sino más mercancías por unidad de tiempo, esto es, haga aumentar la productividad.

Si lo que se quiere decir es que en este caso al aumentar la productividad tenemos más producción (más mercancías en la misma unidad de tiempo) y por tanto el *valor* total aumenta, es falso como tal enunciado, dado que ahora cada mercancía producida en el mismo tiempo sale con menos *valor*. Sólo es cierto si consideramos que la productividad aumenta la escala o amplitud de la producción total de la economía, algo que hoy ya está en cuestión como veremos en el siguiente capítulo.

En cada caso concreto lo que hay que precisar es si el valor indirecto total depositado en una mercancía hace subir el valor final de la misma o no, y eso sólo puede saberse en función del tiempo de trabajo directo que pueda ahorrar, (algo que se traslucirá en el intercambio de trabajos abstractos, en cuanto que *precios-valor* de cada mercancía expresados en forma de dinero)[2].

Por ejemplo, una máquina de valor 40.000, hecha para producir 2.000 unidades antes de su desgaste total, añadiría un valor de 20 a cada unidad, de fabricarse todas. Si contribuyera a fabricar 50 mercancías en un año, estaría añadiendo un valor indirecto de 1.000 al total de esas 50 mercancías. Si con la innovación tecnológica se fabrica una máquina de valor 50.000, diseñada para sacar 3.000 unidades en total, está transfiriendo 16,6 de valor a cada unidad en ese mismo periodo (ya vemos aquí que el precio de la innovación tecnológica en función del *valor* que se genera *tiende* a encarecer los costos de producción, afectando la tasa de ganancia[3]). Aunque esa máquina sea capaz de producir 60 unidades al año, por ejemplo, *ni siquiera hace aumentar el valor indirecto total*, pues estará depositando 996 unidades de valor en esas 60 mercancías (a un costo de producción mayor si sólo consideramos la maquinaria).

Por eso, de cierto, lo que hace a corto plazo el trabajo complejo potenciado es aumentar la productividad a costa de reducir el *valor* de las mercancías individuales, lo que se traduce en posibilidad de abaratamiento del precio y provoca la acentuación de la competencia capitalista. El trabajo potenciado expresado en forma de tecnología punta generaría más *valor* sólo si consideramos que no ahorra trabajo directo, pero el hecho es que *sí tiende a ahorrarlo*. Por eso a la postre resulta contradictorio para el mantenimiento del *valor* en la sociedad capitalista.

Sin embargo, de esto último difícilmente se da cuenta el empresariado. De hecho, ¿cuándo es que los capitalistas deciden instalar maquinaria ("trabajo muerto" o indirecto), en lugar de emplear seres humanos ("trabajo vivo" o directo)? A los capitalistas no les incumbe gran cosa que la maquinaria haga o no descender el *valor* de los productos; lo que les importa es *el valor como plusvalor* que pueden extraer de la fuerza de trabajo en cada proceso de producción (que es el que realmente puede traducirse en ganancia para ellos)[4]. Un capital individual alcanza una *ganancia extra* si consigue que sus costos individuales sean más bajos que el promedio social, pero que ese descenso no repercuta proporcionalmente en el *precio-valor* final de sus mercancías.

Esto es lo que ha hecho decir a diferentes autores que niegan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, que cada capitalista individual no adquirirá maquinaria si no le supone un beneficio. Consideremos lo plausible de su argumento. Supongamos en el primer ejemplo anterior que la tasa de plusvalía

es del 100% (50% de trabajo necesario o salario para el trabajador/a y 50% de trabajo excedente o de plusvalía capitalista). La persona que trabaja 8 horas y crea así un valor de 80, recibe la mitad, 40, como salario.

Por tanto, antes de la introducción de la máquina, los costos de este capitalista para la fabricación de una determinada mercancía son:

50 (materias primas) + 40 (salario de 8 horas) = 90

En cambio, los costos después de la introducción de la máquina (reduciendo 3 horas de trabajo necesario) son:

50 (materias primas) + 20 (del desgaste de la máquina por unidad producida) + 25 (salario de 5 horas para generar un valor de 50) = 95

Aunque la máquina hizo bajar el gasto total en trabajo para el producto (y con ello el *valor* del mismo), al no reducir los costos del capitalista, lo más lógico es que no sea instalada. Sólo lo será si ahorra más en salarios que lo que cede en valor a cada mercancía individual. Por eso, la misma máquina que deposita un valor de 20 en cada mercancía, pero que ahorrara más de 4 horas de trabajo (con la misma tasa de plusvalía) sí sería instalada.

Ejemplo de reducción de 4,5 horas de trabajo:

50 (materias primas) + 20 (del desgaste de la máquina por unidad producida) + 17,50 (salarios por 3,5 horas con un valor de 35) = 87,50

A partir de aquí la máquina ahorra costos y podrá ser instalada.

Este sencillo argumento, como decía, es el que ha llevado a ciertos "neomarxistas" a desechar la caída tendencial de la tasa de ganancia descubierta por Marx. Siguen aquí a Okishio cuando dice que "un capitalista individual que maximice los beneficios sólo adoptará una nueva técnica de producción si reduce el costo de producción por unidad o aumenta los beneficios por unidad a precios corrientes. Así que la acumulación capitalista debe conducir a un aumento de la tasa de ganancia, no a una tendencia a caer, de lo contrario, ¿por qué cualquier capitalista invertiría en nuevas tecnologías?" (en Roberts, 2020c:

5).

Pero veamos qué es lo que está ocurriendo realmente bajo el suelo en el que se mueven los capitalistas, más allá de su "opción racional".

a. La máquina ha ido reduciendo el *valor* (total) de la mercancía
El *valor* de ésta (que estaba en 120) ahora sería:

50 (materias primas) + 20 (del desgaste de la máquina) + 35 (de 3,5 horas de trabajo) = 105

b. La máquina reduce la proporción de *valor nuevo* (o trabajo directo) generado por la fuerza de trabajo. Con lo cual *va minando sistemáticamente la fuente de plusvalía* y aun cuando haga obtener más trabajo excedente al capitalista (ver explicación en cuadro 1), a medio plazo esa apropiación de trabajo como "excedente" no compensa la pérdida de trabajo necesario que va quedando; tendiendo a hacer descender la ganancia.

Esto es así porque cada vez es menor el aumento de plusvalía que se consigue con el incremento de la productividad (facilitado por el trabajo pasado). Con el agravante de que cuanto mayor sea la plusvalía ya capitalizada (apropiada por el capital), es menor el tiempo de trabajo necesario que queda por apropiarse como trabajo excedente. De hecho, la mayor parte de la jornada de trabajo se realiza ya como trabajo excedente, es decir, para la plusvalía capitalista. En definitiva, por tanto, el incremento de la tasa de explotación no implica necesariamente un incremento de la tasa de ganancia, sino que al contrario ésta, subterráneamente, tiende a decaer con la mecanización (cuadro 1).

Cuadro 1. La caída tendencial de la tasa de ganancia. Un factor ineludible

Cuanto más aumenta la productividad se hace menor la jornada de trabajo necesario, con lo que los seres humanos en las sociedades de capitalismo avanzado tendrían que trabajar cada vez menos horas. Sin embargo, los avances en productividad a través del desarrollo tecnológico no han aumentado proporcionalmente el "tiempo libre" de la fuerza de trabajo, el cual puede seguir incluso una tendencia contraria, porque lo que se hace según desciende el tiempo de trabajo necesario con la productividad, es aumentar la jornada de trabajo excedente, es decir, aquella que la fuerza de trabajo realiza sólo para

la plusvalía del empresariado. Sin embargo esa vía también tiene sus límites.
Para empezar, cuanto más aumenta la productividad menos aumenta proporcionalmente la plusvalía.

1. Supongamos una jornada laboral de 10 horas, con una tasa de plusvalía de 100%. Eso significa que la jornada laboral se descompone en:

5 horas de trabajo necesario (para el salario)

5 horas de trabajo excedente (para la plusvalía)
1/2 + 1/2 = 2/2 = 100% Plusvalía 0,50

2. Si la productividad se duplica, implica que ya sólo hace falta la mitad de trabajo necesario, de manera que mantener la misma jornada laboral significa:

1/4 de jornada para el trabajo necesario
3/4 de jornada para el trabajo excedente
Sin embargo la plusvalía no aumenta en la misma proporción, pues:
de 1/2 a 3/4 se avanza de 0,50 a 0,75 = 0,25 Es decir, la plusvalía sólo ha aumentado 1/4 (= 0,25)

3. Si ahora se volviera a duplicar la productividad, todavía aumentaría menos la plusvalía. Tendríamos:

1/8 de jornada para el trabajo necesario
7/8 de jornada para trabajo excedente
La plusvalía pasa de 3/4 ó 6/8 (= 0,75) a 7/8 (= 0,87)
Es decir, de 0,75 se obtiene ahora 0,87. Lo que es igual a 0,12 de aumento de plusvalía.

Significa que cada vez es menor el aumento de plusvalía que se consigue con el aumento de la productividad. Con el agravante de que cuanto mayor sea la plusvalía ya capitalizada (apropiada por el capital), es menor el tiempo de trabajo necesario que queda por apropiarse como trabajo excedente. De hecho, la mayor parte de la jornada de trabajo se realiza ya en exclusividad como trabajo excedente, es decir, para la plusvalía capitalista (dado el enorme desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado y el que se tiene de potencial, el trabajo necesario en la mayoría de las sociedades de capitalismo avanzado podría ser cuanto menos 1/3 del que realmente se hace. Hoy, sin embargo, en aras de la acumulación de capital, el tiempo de trabajo real que realiza un trabajador medio ha aumentado –por encima de las 8 horas–).

Es por eso también por lo que la tasa de acumulación tiende históricamente a ser más alta que la tasa de plusvalía (cuestión ligada asimismo a la sobreproducción, que enseguida veremos). O dicho de otra forma, cada vez se necesita más capital constante para generar valor en escala decreciente del cada vez menor tiempo de trabajo necesario que va quedando.

Por consiguiente, si el proceso de acumulación se quiere llevar al límite –como es la tendencia de cada unidad de capital, por definición–, hasta el propio beneficio (la fuente de la acumulación misma) se convierte en obstáculo para la acumulación, de forma que el capitalista pretende acumular a un ritmo superior al de los beneficios. Cuando esto ocurre, y el capital crece aún más deprisa que el beneficio, el capital puede estar en su apogeo, la acumulación en su etapa más saludable, y, al mismo tiempo, la ganancia está descendiendo necesariamente.

Fuente: GPM (2003).

Ocurre de esa manera porque según aumenta para el capital social global su

composición orgánica, aumenta también con ello la tasa de plusvalor (mayor va siendo la proporción del *trabajo excedente* frente al *trabajo necesario*), pero no aumenta en cambio la *masa total de plusvalor* en la misma proporción, dado que el trabajo necesario (el que al trabajador se le paga para reproducir su fuerza de trabajo) que resta por capitalizar va disminuyendo drásticamente según avanza esa inversión y composición orgánica del capital. Dicho de otra manera, el *trabajo necesario* disminuye en la misma dimensión que crece el *trabajo excedente*. Y conforme disminuye ese *trabajo necesario* es más costoso apropiarse del *trabajo necesario* que va quedando.

Esta es la tendencia básica que se da con el desarrollo de las fuerzas productivas, que sólo se puede contrarrestar pasajeramente con el aumento de la productividad, con el descenso de la composición técnica de ciertos capitales privados e incluso de ciertas ramas de la producción, y también con el descenso del valor de la fuerza de trabajo (además de todo el otro conjunto de factores contra-restantes que Marx indicó –1980 a)[5]. La forma concreta en que se expresa la tasa media de ganancia en cada momento histórico es el resultado de la interacción de la tendencia y sus contratendencias. Pero la tendencia siempre está presente, aun cuando funcionen bien los procesos contratendenciales y se dé un periodo de auge en la economía. Es la pérdida de la fuente de *plusvalor* en términos generales la que imprime esa tendencia a escala de la economía capitalista en su conjunto, aun en el caso de que en ciertos capitales particulares disminuyese la composición orgánica del capital por abaratamiento de la composición técnica (como sostienen Carballa y Harracá, 2013: 53). El precio (y la composición orgánica resultante) de una máquina o de algunas máquinas puede caer, pero el del sistema de máquinas tiende necesariamente a aumentar, aun cuando transitoriamente capitales particulares puedan experimentar beneficios derivados de la reducción de costos (y precios) frente a la competencia, o incluso beneficios altos a pesar de tener una alta composición orgánica del capital (Carchedi, 2018).

Esto se explica porque aunque los precios de las mercancías producidas en total en una economía están estrechamente correlacionados con el total de horas de trabajo empleadas, a escala particular de unos y otros capitales, valores y precios no tienen porqué corresponderse, dado el desigual reparto que la competencia intercapitalista establece por la apropiación de la plusvalía total

producida. Sin embargo, sí tienden a hacerlo en el cómputo global de la economía (cuadro 2; ver también al respecto, por ejemplo, Moseley, 2011, Arrizabalo, 2016), porque el valor, el tiempo social de trabajo ejercido, sigue siendo la base de los precios en una economía capitalista.

Hay que tener muy presente siempre que la separación entre el trabajo necesario que produce el valor equivalente de los salarios de la fuerza de trabajo, y el trabajo excedente que genera plusvalía (como lo que constituye en sí mismo el "trabajo socialmente necesario" en cuanto que medida del valor) se establece en el conjunto de la economía, y no en cada capital particular.

Cuadro 2. La transformación de valores totales en precios generales

Los precios relativos están determinados por el costo del capital avanzado en la producción más la tasa media de ganancia establecidaa través de la competencia entre capitales particulares y entre éstos y el Trabajo

Sectores	c	v	s	Valor total	–	c	v	p	Precio total
1	80	20	20	120		80	20	49	149
2	60	30	30	120		60	30	44	134
3	50	40	40	130		50	40	44	134
4	40	70	70	180		40	70	54	164
5	20	80	80	180		20	80	49	149
Total	**250**	**240**	**240**	**730**		**250**	**240**	**240**	**730**

c = capital constante; v = capital variable; s = plusvalía
Fuente: Roberts (2020c).

La competencia intercapitalista establece un precio medio de producción y una tasa media de ganancia en el mercado, pero diferentes productores tienen diferentes eficiencias. Algunos producen las mercancías en menos tiempo de trabajo que otros, dado que invierten más en tecnologías ahorradoras de trabajo (lo que se expresa en su mayor composición orgánica del capital). Teniendo en cuenta los precios de producción, los productores más eficientes consiguen más beneficio porque las mercancías producidas en esferas con una alta composición orgánica tienden a intercambiarse por encima de su *valor*, aunque puedan salir con menor precio que la competencia. Cuando el conjunto de capitalistas ha adoptado la tecnología que antes era "punta", la

rentabilidad extra proporcionada por la misma se disipa, pero como quiera que entonces la composición orgánica del capital ha aumentado en su conjunto, la tasa media de ganancia ha caído comparándola con el momento anterior a la introducción de aquella tecnología.

Fijémonos lo curioso que resulta que la tasa media de ganancia pueda estar cayendo al mismo tiempo que la masa total de ganancia suba. Esto último motiva a los distintos capitalistas particulares a aumentar la inversión productiva hasta que es demasiado tarde. Si el proceso de acumulación se quiere llevar al límite –-como es la tendencia de cada unidad de capital, por definición-–, hasta el propio beneficio (fuente de la acumulación misma) se convierte en obstáculo para la acumulación, de forma que el capitalista pretende acumular a un ritmo superior al de los beneficios. Se explica así también porqué la tasa de acumulación tiende históricamente a ser más alta que la tasa de plusvalía (cuestión ligada a la *sobreacumulación*). Cuando esto ocurre, y el capital crece aún más deprisa que el beneficio, el capital se siente a sí mismo en su apogeo, la acumulación parece atravesar una etapa próspera e incuestionable, como nos dijera Marx en el Libro II de *El Capital* (1981b), la conciencia social ve confirmada su fe en el progreso que el capitalismo es capaz de generar, pero al mismo tiempo, por debajo, imperceptiblemente, la Tasa General de Ganancia Media tiende a descender, independientemente de que algunos capitalistas puedan ver aumentar su particular tasa de ganancia todavía durante algún tiempo (GPM, 2003). La masa de beneficio también decae en el momento que Marx llamó de "sobreacumulación absoluta", el punto de inflexión para las crisis. Y Marx, contra quienes se empeñan en continuar negándolo aun a costa de toda evidencia, no se había equivocado (Carchedi, 2009a).

Otra cuestión sumamente importante a tener en cuenta es que *para que haya mayor rentabilidad en los sectores tecnológicos de punta, éstos deben coexistir con esferas o capitales particulares en los que predomine la explotación extensiva con muy baja composición orgánica del capital*, posibilitando la mayor rentabilidad en aquellos primeros sectores a través de la formación de la tasa media de ganancia (y los precios de mercado). Esta "ruptura" del intercambio equivalente se hace necesaria para preservar la propia tasa media de beneficio, haciendo viables temporalmente las esferas o las empresas de alta composición orgánica

del capital. Lo cual puede explicar la paradoja del "trabajo cero", es decir que un capitalista que sólo tuviera máquinas, sin trabajo humano alguno, pudiera tener ganancias por algún tiempo. No puede perderse de vista en relación a estas consideraciones, que las relaciones laborales para-salariales y los trabajos no-salariales están directamente implicados en el sostenimiento tanto de la tasa media de ganancia como de la masa de ganancia total.

Las personificaciones del capital alcanzan una visión de todo ello cuando reconocen que sus beneficios no sólo derivan del trabajo empleado en su esfera individual de producción, sino del hecho de que todos y cada uno de ellos están involucrados, como clase, en una explotación colectiva de la fuerza de trabajo[6]. Es decir, que pugnan entre sí por el beneficio pero se coaligan para la extracción de plusvalía. Esto es básico para incentivar la conciencia de clase capitalista que, aunque afectada también por fetiches, mistificaciones e ilusiones, se beneficia a la postre de ellos en cuanto que estorban más profundamente la conciencia de clase de la fuerza de trabajo.

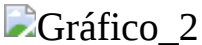
No obstante, por mucho que se explote a la fuerza de trabajo en la obtención de plusvalía, si su número se reduce, al final la plusvalía no puede compensar la pérdida de *valor*. Así, si en un determinado momento un capitalista cuenta con 10 personas asalariadas, y cada persona le proporciona 4 horas de plusvalía por día, tendremos un resultado de 10 x 4 = 40 horas de plustrabajo por día. Si en un segundo momento introducimos maquinaria hasta el punto de dejar sólo 2 personas trabajando, aunque se aumentara la plusvalía a 8 horas por día (la totalidad de la jornada laboral oficial), el resultado sería 2 x 8 = 16 horas de plusvalía-plustrabajo diarias. Y finalmente, como señalaba Marx, por mucho que la clase capitalista quiera aumentar la explotación, el aumento de la plusvalía por persona no puede exceder las 24 horas del día.

Aun así, y como quiera que el desarrollo tecnológico aumenta el trabajo excedente del que se apropia el capital al reducir cada vez más el tiempo necesario para producir mercancías, *todos los capitalistas, forzados tanto por su incesante competencia entre sí como por la pulsión del beneficio a corto plazo, entran en esa carrera de relevo tecnológico que, a la postre, es auto-destructiva*. Esto lo podemos enunciar de otra forma: el ansia de *plusvalor* va socavando, bajo tierra, el propio *valor*.

> "El hecho de que la plusvalía relativa aumente en relación directa al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, mientras que el valor de las mercancías disminuye en razón inversa a este

> desarrollo, siendo, por tanto, el mismo proceso que abarata las mercancías el que hace aumentar la plusvalía contenida en ellas, nos aclara el misterio de que el capitalista, a quien sólo interesa la producción de valor de cambio, tienda constantemente a reducir el valor de cambio de sus mercancías…" (Marx, 1981a: 275-276).

Para el capitalista puntero el medio más simple para dar salida a un mayor número de mercancías y desplazar a la competencia es reducir el precio de las mismas. El producto individual se venderá, por tanto, por debajo de su valor anterior, a la vez que el capitalista adelantado sigue extrayendo una plusvalía (léase beneficio) excepcional. Si el capitalista en cuestión vende más (y no se modifica nada que provoque una mayor demanda global), los restantes capitalistas que producen la misma mercancía (suponemos una situación no monopolística) van a vender menos y, a la larga, pueden ir a la quiebra. Si quieren defender su cuota de mercado (el porcentaje de sus ventas en las ventas globales del producto), tendrán que operar con el mismo criterio: vender a un precio más bajo. Si no se transforma su forma de producción, esa venta a menor precio conducirá a una disminución de su beneficio. Por lo tanto, al resto de capitalistas no les queda otra –para poder tomar parte en la competencia de precios de la mercancía que producen– que aumentar igualmente la fuerza productiva del trabajo y reducir los costes. De este modo, la competencia obliga a los capitalistas a participar en el aumento de la fuerza productiva al que uno de ellos puede dar comienzo, aun en el caso de que, individualmente, un determinado capitalista no tenga interés alguno en elevar cada vez más la valorización del capital. De este modo, "las leyes inmanentes del capital, como la tendencia a prolongar la jornada laboral y el desarrollo de la fuerza productiva, son independientes de la voluntad de los capitalistas individuales". Se imponen frente a ellos, frente a su "forma de ser", frente a su voluntad, lo quieran o no, como *leyes coercitivas de la competencia* (como reconoce el propio Heinrich, 2019: s/p). A esto Marx lo llamó aumento creciente de la composición orgánica del capital (ver una muestra de sus resultados en el gráfico 2).



> "En 1960 se necesitaban 133 trabajadores por una unidad de capital fijo. Para 2009 ese número había caído a 6. El nuevo valor y, por lo tanto, la plusvalía producida, por unidad de activo productivo invertido han estado cayendo durante los últimos 50 años y probablemente más si se dispusiera de datos anteriores a 1960. El número de trabajadores requeridos por el valor creciente de los activos sigue disminuyendo y parece tender hacia la secular 'sobreproducción absoluta de capital',

el punto en el que las unidades adicionales de capital no producirán nuevo valor" (Carchedi, 2011a: 6).

La competencia intrínseca entre capitalistas es la explicación clave para la tecnificación, y no (al menos no sólo) la acción de "huir" de la fuerza de trabajo, según afirman ciertos "neomarxismos" como el autodenomiando "marxismo abierto" (como se verá en la segunda parte del libro, capítulo 8). De hecho, el capital por lo común no se automatiza si la fuerza de trabajo es más barata que la máquina, aunque sea "díscola". Si la "huida" fuera la razón principal de la mecanización, ésta no se complementaría constantemente con la incorporación de nueva fuerza de trabajo para la acumulación de capital, pues el proceso capitalista es aquí contradictorio: por un lado el capital experimenta la necesidad de aumentar el trabajo excedente (plustrabajo) a costa del trabajo necesario, para conseguir la plusvalía, al tiempo que requiere incorporar sin cesar, por otro lado, nuevo trabajo necesario (como "trabajo vivo" o fuerza de trabajo) para proporcionarse la condición de posibilidad ampliada de aquella plusvalía. Dicho de otra forma, si por una parte la materialización de la plusvalía (el plustrabajo) requiere la eliminación del trabajo necesario (y por ende, tendencialmente, de trabajadores/as), por otra, para garantizar la posibilidad de existencia de aquella materialización el capital necesita la incorporación continua de nuevos/as trabajadores/as (una vez desposeídos/as). Todo ello no quiere decir que las luchas de clase no influyan en las decisiones de "maquinizar" la producción. El problema aparece cuando se las quiere hacer ver como un factor absoluto, sin considerar otros procesos como la propia competencia intra-clase capitalista (ver Apéndice, Tema II).

Lo que sí puede extraerse de la propia competencia capitalista es tanto la denominada "paradoja de la productividad" como la necesidad de una permanente expansión del mercado. Si, como hemos visto, cada vez queda menos margen para que los aumentos de la productividad repercutan en la elevación de la tasa de plusvalía, la propia productividad se convierte en un problema cada vez más difícil de resolver para la ganancia capitalista. Expresado desde otro prisma, según la automatización de los procesos productivos va haciendo que la cantidad de tiempo de trabajo depositada en cada producto sea menor, la productividad de cada trabajador debe aumentar (debe de hacer más productos o generar más servicios en la misma unidad de

tiempo) para que la masa de beneficio realizable no disminuya. Es decir, que si ahora una mercancía saliera con una décima parte del valor que tenía hace una década (se fabricara en 10 veces menos de tiempo social), habrían de fabricarse 10 veces más elementos de esa mercancía para no perder el total del valor anterior y por tanto la posibilidad de ganancia capitalista. Lo cual conduce a la paradoja de que *más aumenta la productividad de las fuerzas productivas, más se necesita que aumente para intentar salvar el beneficio*. Así, si la productividad crece por ejemplo un 5%, la acumulación ha de crecer al mismo nivel para mantener el empleo (y por tanto la fuente de plusvalía). Eso quiere decir, además, que *el consumo se ha de intensificar exponencialmente de cara a adaptarse a los aumentos de productividad y paralela elevación de la producción*. El capitalismo, por tanto, está condenado a mantener una continua expansión del consumo a escala planetaria; lo que le obliga al logro de una *pulsión consumista* en las poblaciones con capacidad de compra, llevando además a una permanente pugna entre los capitales particulares por expandir el mercado[7] y apropiarse de una mayor cuota del mismo, con la consiguiente extenuación de la naturaleza.

Dentro de la *ley del valor-capital* es imposible dejar de llevar a cabo tal permanente expansión depredadora. Si se deja de crecer se detiene el funcionamiento del capital[8].

Vemos en el siguiente capítulo que es justo lo que el capitalismo está experimentando en el presente.

---

1. Mientras que las materias primas o semielaboradas transfieren todo su valor a la mercancía en que se transubstancian, las máquinas depositan sólo una fracción de su valor en cada mercancía que contribuyen a producir, hasta que llegan al fin de su vida útil. No añaden valor nuevo alguno (por eso Marx las llamó "capital constante"). Las máquinas no incorporan *valor* a la producción porque ellas –aunque se hayan adquirido como mercancías– entran en la misma como valores de uso. Su *valor* se desprende de su fabricación pasada. Pueden depositar como máximo el *valor* que ellas tienen en total, y lo hacen a través del tiempo (normalmente años) en que funcionan (su vida útil y el número total de mercancías que tienen programadas para producir antes de su deterioro final u obsolescencia frente a la competencia).

Para todos los ejemplos de este capítulo hay que hacer una precisión importante, y es que el valor de las mercancías está dado socialmente (no está vinculado a un tiempo físico, insisto) por eso los ejemplos de lo que sería una introducción de maquinaria particular deben considerarse como que esa maquinaria se introdujera en el conjunto de la producción, modificando los valores. De ahí que esos ejemplos sean meramente ilustrativos de secuencias productivas. Cada capital particular debe tener en cuenta también la tasa media de ganancia a través de la cual se calcula el precio al que pueden salir al mercado unas u otras mercancías. He desarrollado una explicación más detallada de algunos de los puntos clave de este capítulo en Piqueras (2018b).

2. Los *precios-valor* indican cuántas unidades de dinero se entregan a cambio de una mercancía en cuestión. Los precios indican la suma de *valor* recibido en forma de *dinero* por un capitalista, a cambio del *valor* entregado por ese mismo capitalista en forma de trabajo socialmente necesario (llevado a cabo por la fuerza de trabajo por él comprada). Sobre la tan polemizada transformación de los valores en precios que pareció haber dejado incompleta Marx, se puede seguir entre bastantes otros trabajos, Saad-Filho (2002), donde se explica que 1/ el beneficio es un "dividendo" extraído de la plusvalía social generada; 2/ el conjunto de los precios es igual al valor total porque el precio es simplemente una manifestación de valor y porque el beneficio total es igual a la plusvalía total generada; 3/ así se expresa la relación entre el valor y el plusvalor con sus propias formas de apariencia, precio y beneficio; 4/ se sabe, en consecuencia, que Marx no intentó hacer un cálculo de precios, en cuanto que el "problema de la transformación" no es tanto una cuestión cuantitativa sino *esencialmente* cualitativa: la demostración de que el precio de producción es una forma más compleja de expresión del trabajo social que el valor, porque refleja la distribución del trabajo y de la plusvalía generada en el conjunto de la economía (ver cuadro 2 más adelante). Sin embargo, y al mismo tiempo, el valor está conectado también a magnitudes cuantitativas, estableciendo los límites paramétricos de los precios, beneficios, salarios y cualesquiera otras expresiones de la forma-dinero, como se argumentará un poco más abajo. Smith (2019), quien insiste en la necesaria complementariedad de la dimensión cualitativa y cuantitativa del valor, confronta diversas interpretaciones sobre el valor (fisicalistas y subjetivistas) que priorizan una dimensión del mismo, con la dialéctica de Marx, que funde ambas. Es recomendable también, sobre esta cuestión, la obra de Tsoulfidis y Tsaliki (2019).

3. Máxime si tenemos en cuenta que la vida útil de la maquinaria se ve forzosamente acortada antes de haber depositado todo su valor en las mercancías, debido a la acentuación de la competencia y velocidad de innovación tecnológica.

4. "Al capitalista que la produce le tiene sin cuidado, de suyo, el valor absoluto que la mercancía tenga. A él sólo le interesa la plusvalía que encierra y que puede realizar en el mercado" (Marx, 1981a: 275).

5. Ver, por ejemplo, Moseley (1997), Maito (2014, 2016), Roberts (2017) y Carchedi y Roberts (2013, 2018) para demostraciones de la crisis del valor-capital a través de la caída histórica de la tasa de ganancia. Carchedi (2011a) explica didácticamente en 34 puntos la conexión entre valor y tasa de ganancia. Es recomendable siempre seguir a Carcanholo (2015) sobre las bases de la teoría del valor trabajo. Por mi parte, he desarrollado alguna ilustración de los límites de los factores contratendenciales en Piqueras (2017a). Ver también Dierckxsens y Piqueras (2018). Entre otras obras recientes de gran valía que compendian lo fundamental de la teoría del valor y la caída tendencial de la tasa de ganancia, "contra las críticas de la economía burguesa 'mainstream', el sofisma de los marxistas 'académicos' y los epígonos de la escuela clásica de David Ricardo y Adam Smith" (Roberts en su introducción a Smith, 2019) están: Gill (2002), Kliman (2007), Nieto (2015), Tsoulfidis y Tsaliki (2019), Smith (2019). En concreto, el último autor explica por qué la ley del valor queda tan invisibilizada detrás del movimiento de los mercados en el capitalismo moderno, al tiempo que da cuenta de la recurrencia regular y disruptiva de las crisis en la producción y la inversión.

6. Caffentzis (2013) lo ilustra bien. Obviamente, dentro de esa "explotación colectiva" se cuenta también con el trabajo no-pago y con el semi-pago.

7. Contradictoriamente, con esa pugna por expulsar fuerza de trabajo de los procesos productivos a cambio de maquinaria o por explotar crecientemente a la que permanece asalariada para ganar cuota de mercado, lo que se va consiguiendo a la postre es achicar el mercado, no sólo como resultado estricto del subconsumo sino sobre todo por la extensión del consumo no mercantil al que se ven forzadas crecientes capas de población.

En cualquier caso, las formas intensivas y extensivas de acumulación –la "cinta sin fin de la producción"–, requieren que "la productividad y la división social del trabajo estén reguladas por el imperativo de la absorción de excedentes, más que por la producción de excedentes" (Pineault, 2019:

264). La mediación de la conectividad entre las normas productivas y de consumo pasa porque unas y otras se incorporen cultural y socialmente, dando como resultado también la subsunción real del consumo al capital.

8. Por eso, los cantos de sirena de un "capitalismo verde", toda la supuesta preocupación por la naturaleza y por el cambio climático, por ejemplo, son sólo palabrería que enmascara y que no puede tener ninguna traducción efectiva en este modo de producción.

Capítulo 4

De la obstruida ampliación de la escala de producción capitalista y de generación global de *valor*. Trabajo productivo, improductivo y erosión del capitalismo. El auge del capital ficticio

El que los acrecentamientos de productividad tiendan a aumentar la plusvalía pero reduzcan al mismo tiempo el *valor* de las mercancías individuales, se ha podido compaginar hasta ahora para la ganancia media capitalista precisamente gracias a la expansión del mercado y al incesante incremento de la escala productiva (globalización), fabricando más y más mercancías con menos valor individual. Es lo que consiguió el fordismo ampliado y después el capitalismo financiado a deuda durante breves periodos de tiempo. Para ello la única condición es que el aumento de la productividad (con la consiguiente tendencia al descenso de empleos y del *valor*), sea menor que la ampliación de los mercados internos y externos que ella posibilita (Kurz, 1995 y 2009).

Esto hasta el momento no era evidente porque en un determinado nivel del desarrollo tecnológico la expansión del mercado ha ido acompañada de nuevas posibilidades de incorporación de fuerza de trabajo a los procesos productivos en sectores donde la composición orgánica del capital (proporción de capital fijo o máquinas sobre capital variable o seres humanos) no era tan elevada, con lo que se garantizaba de nuevo la reproducción del *valor*, en lo que parecía un ciclo virtuoso indestructible. Sin embargo, sobrepasado un cierto límite de desarrollo de las fuerzas productivas, con la revolución científico-técnica actual, que suma a la (micro)informática, la electrónica y la computarización, la biogenética, la nanotecnología, la inteligencia artificial y la robótica[1], tenemos que: 1) se hace cada vez más difícil compensar la pérdida de *valor nuevo*

mediante el posible "valor añadido" que proporciona el trabajo complejo (dado que el tiempo socialmente necesario de producción se reduce extremadamente); y 2) la tendencia a disminuir el *valor* al mínimo no encuentra en el mercado posibilidades reales de expansión compensatoria.

Hoy el mercado ya se ha hecho planetario y está incapacitado de agrandarse al ritmo al que aumenta la productividad. Al incrementarse exponencialmente la composición orgánica del capital, incluso las nuevas posibles expansiones del mercado no conllevan una incorporación paralela de fuerza de trabajo, dados los altísimos niveles de productividad alcanzados. Es decir, el ritmo de crecimiento del trabajo productivo desde el punto de vista de la valorización del capital, no se compagina con el nivel de crecimiento de la productividad. Y por tanto, la tasa de ganancia productiva [vinculada necesariamente a la cantidad de (plus)*valor* incorporado en cada proceso productivo] desciende a un ritmo tal que arrastra a la masa de ganancia global, lo cual empezó a ocurrir de manera inocultable a partir de los años 70 del siglo XX. A ello hay que añadir que una vez convertido en global el sistema capitalista, las consideraciones del *valor* debemos hacerlas también a escala global. Eso quiere decir que la incorporación de trabajo vivo a los procesos capitalistas en buena parte del mundo no añade, por lo común, *valor* al conjunto de la economía capitalista mundial, dado que el *valor* está determinado por el tiempo *socialmente necesario* de producción de mercancías (materiales o inmateriales). Lo cual implica que si las economías de capitalismo primero o avanzado son capaces de realizar una determinada mercancía en un tiempo T, las economías de capitalismo posterior o atrasado no añaden más *valor* porque hagan esa misma mercancía en un tiempo T + x. Lo que están haciendo con ello es incorporar más trabajo por el mismo *valor*. De esta forma, cuando venden sus productos a las economías centrales de capitalismo avanzado, se dan relaciones de intercambio desigual, pues aquéllas están transfiriendo trabajo gratis (plusvalía) a estas últimas (dando como resultado una creciente desigualdad mundial, pero este es otro asunto sobre el que no podemos detenernos aquí). Por eso la expansión de la manufactura avanzada a las periferias del Sistema Mundial capitalista, y la proliferación de la explotación extensiva en ellas, aunque pueden conseguir fuentes de plusvalía y beneficio particular (local y/o transnacional), paulatinamente se muestran incapaces de compensar la caída

del valor a escala global. Además, la inversión externa directa o deslocalización desde las economías centrales a las periféricas hace que las primeras trasladen al menos a parte de las segundas su tecnología productiva, y con ella la extensión del proceso de *sobreacumulación* (ver para el desarrollo de esto, Piqueras, 2018a; Kurz, 1995, 2009, 2015).[2]

Es decir, que el atasco del *valor* en los centros de mayor desarrollo tecnológico o de capitalismo avanzado "impulsa a la apropiación de la plusvalía de otros países, mediante la apropiación de materias primas (por ejemplo, petróleo) o mediante un déficit constante en la balanza comercial (desde 1971) o a través de la importación de bienes producidos con tecnologías bajas y altas tasas de explotación de otros países. Pero, sobre todo, explica la necesidad de que el capital se autodestruya a gran escala" (Carchedi, 2011a: 6; esta última condición se desarrollará aquí en el capítulo 6).

La globalización y sus dinámicas de deslocalización empresarial, así como la ofensiva político-económica neoliberal, no fueron procesos ni naturales ni casuales, sino el resultado forzado para compensar, durante un tiempo, la caída de la tasa de ganancia en las economías centrales del sistema capitalista. En el primer caso invirtiendo el capital en las economías periféricas o en ramas de actividad donde todavía no se había dado el proceso de sobreacumulación y donde aún se puede incorporar más *trabajo vivo* para la extracción de plusvalía (re-emprendiéndose así una acumulación extensiva de capital); también expandiendo al tiempo el mercado, la velocidad de rotación del capital y el acortamiento de la vida de los productos. En el segundo caso, a través de la acometida neoliberal, imprimiendo mayores tasas de explotación de la fuerza de trabajo y menor redistribución del beneficio conseguido al conjunto de la población; también buscando nuevos espacios de valorización donde antes se inscribían los bienes comunes y las actividades humanas de preservación de la vida (es decir, el conjunto de la *riqueza social* que quedaba fuera del mercado; lo que supone a escala interna igualmente una nueva acumulación extensiva de capital –señalada con frecuencia como una reedición de la "acumulación originaria"–).[3] Todo esto va implicado, asimismo, con el hecho de intensificar la disposición de la naturaleza como fuente barata de energía y recursos.

La combinación de todos esos procesos ha proporcionado un margen temporal al capitalismo, que ha "comprado algo de tiempo" (Streeck, 2014)[4],

pero al final uno tras otro van mostrando su agotamiento para continuar compensando la caída tendencial de la tasa de ganancia. La *sobreacumulación* llega más rápido de lo deseado a las economías periféricas, algunas de las cuales son convertidas mediante la masiva inversión de capital externo en "emergentes" (aunque ya veremos que el caso de China es una excepción); la velocidad y amplitud a las que se reproduce el mercado no pueden contrarrestar la magnitud a la que desciende el *valor*; el incremento de la explotación tendente a aumentar la plusvalía alcanza un momento, como hemos visto, en que tampoco compensa la caída del *valor*; al tiempo que el empobrecimiento de la sociedad es contradictorio con la realización capitalista (o venta de lo producido). En cuanto a la mercantilización de las actividades sustentadoras de la vida y de la riqueza social en general, en su mayor parte tiene como objetivo apropiarse de más porción del *valor* ya generado ("cosecha del valor"), antes que crear *nuevo valor* mediante trabajo abstracto. Por su lado, los límites ecológicos inherentes a todas estas dinámicas se hacen inocultables, pero es importante tener en cuenta desde el principio que es el límite "interno" del capital el que presiona al Sistema a su límite "externo" o ecológico.

Ese límite interno no es fácil de percibir, pues hasta ahora la lógica del pensamiento económico ortodoxo nos indicaba que el desarrollo tecnológico eliminaba trabajo en los campos en que se implantaba, pero que tal proceso no generaba pérdida de empleos sino un desplazamiento de los mismos, dado que la tendencia a una cualificación cada vez mayor de la fuerza de trabajo se correspondía con la creación de nuevas profesiones o tareas productivas. Sin embargo, esta tesis pudo ser válida hasta cierto punto para la Primera Edad de las Máquinas, en que la relación entre seres humanos y tales aparatos estaba más o menos sujeta a una razón de complementariedad. Esto es, aquéllas permitían a los seres humanos desligar el esfuerzo físico de sus habilidades para poder desarrollar nuevos ámbitos de producción intelectual, al tiempo que las máquinas quedaban bajo el control humano. La Segunda Edad de las Máquinas, sin embargo, implica que éstas sustituyan también las capacidades intelectuales humanas y puedan emprender vías de "autonomización".

De todas formas, en realidad, durante la Primera Edad de las Máquinas una buena parte de los empleos se recuperaron o fueron posibilitados gracias a la terciarización económica expresada en forma de servicios sociales, por mor de

la redistribución de la plusvalía que acompañó a la construcción del Estado Social, en cuanto que logro histórico de las luchas de clase, posibilitado a su vez por la desconexión soviética con el orden capitalista y un cierto menor desequilibrio mundial de fuerzas (ver Tema III del Apéndice). Logro que, paradójicamente, salvó al capitalismo de sí mismo, permitiéndole un nuevo ciclo de acumulación que fue acompañado de un aumento de la redistribución y el consecuente alza de la demanda.

Pero disparó a su vez el peso del trabajo improductivo respecto del productivo, peso que desde hace al menos cuatro décadas resulta poco soportable para un sistema con renqueante producción de plusvalía productiva. De hecho, todo parece indicar que le está ahogando.

Para entenderlo tendremos que detenernos un tanto en la distinción entre trabajo productivo e improductivo.

4.1. Consideraciones sobre el trabajo productivo e improductivo

Hay una inacabable polémica sobre los conceptos de "trabajo productivo" e "improductivo"[5], si bien desde el marxismo se coincide en señalar que el carácter productivo del trabajo no está dado por la naturaleza del producto, ni por el rendimiento del trabajo considerado como trabajo concreto, sino por las formas sociales específicas, las relaciones sociales de producción dentro de las que se realiza.

Marx aborda el tema de la distinción entre trabajo productivo e improductivo en diversos lugares de su obra. Lo hace en varios pasajes de los Grundrisse y publica un estudio más extenso sobre el tema en sus Teorías de la Plusvalía (Capítulo IV de la Parte I: "Teorías del Trabajo Productivo e Improductivo"). También lo elabora a lo largo de su obra maestra *El Capital* –especialmente en los Tomos II y III–, así como en el capítulo VI inédito, aunque aquí todavía no distingue entre las dos expresiones diferentes del tema en cuestión: el trabajo productivo desde el punto de vista del capital individual y el trabajo productivo en general. Tampoco lo hace al tratar el trabajo productivo en la introducción a los Grundrisse, donde lo define en términos de contenido sin referencia a la relación social existente, ya sea capitalista o no.

Lo que sobre todo requiere aclaración, según el criterio maduro de Marx sobre el tema, es, por una parte, si el trabajo está directamente subordinado al capital, y si es así todavía hay que distinguir entre capitales particulares y el capital en su conjunto o capital social. Y por otra, si hablamos de trabajo productivo específico del modo de producción capitalista –históricamente vinculado a este modo de producción–, o si se hace abstracción de la relación social vigente (capitalista). Es a partir de estas distinciones que los conceptos de trabajo productivo e improductivo pueden abordarse desde dos ángulos posibles: en términos de su *forma* o relación social existente (la *relación del valor* propia del modo de producción capitalista), o bien en términos de su *contenido* (como trabajo productor de bienes en general), el cual nos sirve para poder establecer referencias comparativas entre sociedades insertas en diferentes modos de producción a lo largo de la historia[6]. Este último es un trabajo que crea riqueza material o espiritual, es decir, valores de uso materiales o inmateriales[7] independientemente del *valor* (aquí lo llamaremos también trabajo productivo por el contenido en sentido profundo, substantivo o transcapitalista). Mas como quiera que toda producción humana está enmarcada por las relaciones sociales en que se halla (la *forma* que la determina), no se puede dejar de partir para su análisis de tal determinación (de su relación con el *valor*, en nuestro caso). En el modo de producción capitalista, el trabajo productivo se define y sustenta a partir de un elemento objetivo como el ciclo de valorización del capital, lo que significa que será la ubicación de cada trabajador/a en este proceso la que definirá el carácter de su actividad.

a. En el sistema capitalista el trabajo *por el contenido* o substancia queda subsumido al *valor* pero está relacionado con el capital en su conjunto, siendo por tanto el que crea *valor* en cuanto que plusvalor siempre que produzca también nuevos valores de uso (productos o servicios), esto es, *nuevo valor*[8].

Presenta dos posibilidades de especificación: directa e indirecta.

a/ Trabajo productivo por el contenido, directo, en el sentido de la producción capitalista, "es el trabajo asalariado que, al ser cambiado por la parte variable del capital (la parte del capital invertida en

salarios) no sólo reproduce esta parte del capital (o el valor de su propia fuerza de trabajo), sino que produce además una plusvalía para el capitalista. (...) Sólo es trabajo productivo el trabajo asalariado que produce capital" (Marx, 1980b: 137)[9]. Y éste se centra en el ámbito exclusivo de la producción de bienes y servicios.

b/ Trabajo productivo por el contenido, indirecto, en el sentido de la producción capitalista, es todo el conjunto de actividades indirectamente ligadas a la producción de bienes y servicios, véase las de supervisión, dirección, diseño, creación, investigación...[10]

El excedente generado por este conjunto de la fuerza de trabajo forma el numerador de la cuota general de ganancia, más allá del destino final del excedente.

b. El trabajo productivo *por la forma* se contempla, en cambio, desde la óptica de los distintos capitales individuales, considerándose así todo el que genera plusvalía, esto es, beneficio para algún capital particular (sea en la esfera de la producción como en la de la circulación-financiera).

Abarca todo el ciclo de acumulación del capital, incluyendo su reproducción indirecta, donde destaca la actividad comercial (que permite la realización de la plusvalía, "engrasando" el circuito del beneficio capitalista). Bajo esta definición se considera productivo todo aquel trabajo que genera plusvalía (y sólo el que genera plusvalía) en cualquier sector de la economía (así por ejemplo, la persona asalariada que sirve cervezas sería productiva, como la empleada en una tienda que vende ropa y la asalariada que fabrica tornillos). La definición de trabajo productivo *por la forma* se identifica con "el ámbito de las relaciones económicas capitalistas, caracterizadas por ser de carácter mercantil y con trabajo asalariado. En realidad, la forma asalariada y el carácter mercantil de la actividad son exigencias necesarias mas no suficientes para el carácter productivo del trabajo, pero que resulta válida para este enfoque amplio" (Mateo, 2007: 11)[11].

Ambas definiciones están implicadas en la Tasa de Ganancia, pero mientras que el trabajo productivo *por la forma* se vincula a la Tasa de Ganancia por Sectores o Tasa de Ganancia Promedio, el trabajo productivo *por el contenido* se

refiere a la Tasa General de Ganancia[12], que es la que determina la impronta de la economía y los indicadores macroeconómicos, muy especialmente los condicionamientos y tendencias de la inversión dentro de unas u otras formaciones socio-estatales.

> "La tasa general se erige en el determinante esencial de las rentabilidades individuales de los múltiples capitales y de las posibilidades de acumulación, es decir, conforma el presupuesto de las restantes expresiones de la tasa de beneficio. Aun delimitada en un alto grado de abstracción y generalidad, el análisis de la dinámica de la tasa general es imprescindible para aprehender los fundamentos del comportamiento macroeconómico, su tendencia, el cambio tecnológico aunado y las perspectivas generales para el futuro. Constituye la variable que regula, en última instancia, las pautas básicas del proceso de acumulación de capital, ya que incluye el total del plusvalor generado en la economía (…) La tasa general pasa a ser una especie de centro de gravedad alrededor del cual oscilan las tasas efectivas de beneficio de los distintos capitales" (Mateo, 2007: 6).

Desde la óptica de la *forma* son improductivos los trabajos que se realizan como prestaciones a cambio de una asignación dineraria, como por ejemplo el empleo doméstico, y, en general, los servicios particulares. Es decir, es "productivo" desde una definición amplia de la *forma* el trabajo asalariado que "produce ganancia", e improductivo el trabajo que no se vincula al capital en todo su ciclo reproductivo, sino que se cambia por un ingreso (salario o renta). Aquí se incluye también (la mayoría de) el empleo público.

En suma, desde el punto de vista de cada capital individual es productivo todo trabajo que genere ganancia, ya sea en la producción o en la circulación de las mercancías, pero es en la reproducción del capital a escala total de la sociedad en donde se tiene la visión suficiente para comprender si es *realmente* productivo o improductivo, esto es, si contribuye a la reproducción ampliada del capital, aumentando la productividad general del trabajo y la reproducción de la sociedad[13].

Hay trabajos que son imprescindibles para la sociedad, y también para el capital, porque sin ellos no podría haber trabajo asalariado, como es el trabajo de procuración y mantenimiento de relaciones y bienes comunes, el trabajo doméstico y, en general, el de producción y reproducción de productores que realizan sobre todo las mujeres, pero al estar fuera del trabajo asalariado y no remunerado, no son ni productivos ni improductivos, simplemente no se consideran como trabajo desde la óptica capitalista.

En cambio, volviendo a la distinción primera que hicimos, el *trabajo productivo* más allá de las relaciones sociales capitalistas es todo el que crea

riqueza material o inmaterial, esto es, bienes de uso (o satisfactores humanos: productos, relaciones, cuidados que satisfacen necesidades humanas sociales e individuales). Esta concepción más profunda, *transcapitalista*, de trabajo productivo, nos permite incluir como tal a todo aquel que contribuye al sustento de la sociedad y a su reproducción, generando satisfactores de necesidades. El trabajo productivo *por el contenido* en este sentido se encuentra en el capitalismo directa o indirectamente subsumido a la *relación del valor* y se inserta en su ciclo económico: esferas de la circulación, consumo y reproducción social, aunque a menudo no se le considera como trabajo.

Veamos a través de un ejemplo cómo se conciben las diferentes expresiones de lo que es o no "trabajo" en el modo de producción capitalista. En este modo de producción si una mujer hace comidas como asalariada para una empresa privada, realiza un trabajo productivo *por la forma*; si además ha producido los propios elementos con los que hace la comida, su trabajo será productivo también *por el contenido*. Si hace esas mismas comidas como asalariada para un centro de servicios del Estado, su trabajo es improductivo. Igual que si las hace para venderlas por su cuenta. Y si prepara esas comidas en casa, para su grupo doméstico, no se considera que realice trabajo alguno. Si lo que hiciera fuera llevar comida de un lado a otro, como asalariada (repartidora) de una empresa, no estaría haciendo un trabajo productivo por el contenido, aunque sí por la forma. En cambio, desde el punto de vista substantivo transcapitalista, de generación de valores de uso, esas seis posibles actividades de la mujer son trabajos productivos.

En esta situación aparentemente absurda, el mismo trabajo puede ser productivo en términos de su *contenido* pero improductivo en términos de su *forma* según lo definido por la relación social dominante, y viceversa. Cuando el trabajo productivo por la forma y el contenido coinciden, ganancia capitalista y riqueza social también lo hacen. De lo contrario, si hay trabajo productivo *por la forma* pero improductivo *por la substancia* o contenido, se genera ganancia sin riqueza (por ejemplo, en la fabricación de armas, en la especulación financiera), y se va poniendo en peligro la reproducción social. En contraste, si el trabajo es productivo *por el contenido en sentido profundo*, pero improductivo por la forma, procura valores de uso (riqueza social) sin ganancia capitalista, lo cual va dificultando el funcionamiento del sistema capitalista.

El trabajo productivo *por el contenido en sentido profundo* permite la reproducción y la *vitalidad* social (por eso aquí entran también los trabajos domésticos, de ayuda, cooperación, servicios a la comunidad, para la reproducción social…). Desde el punto de vista del conjunto social, el trabajo productivo *por la forma* tiene que complementarse con el trabajo productivo *por el contenido* en cualquiera de sus acepciones para poder garantizar también la *vitalidad* del Sistema. Por el contrario, el trabajo productivo sólo *por la forma* lleva a que la ganancia de capitales particulares tienda a combinarse con una *morbosidad* general del Sistema.

Es del todo imprescindible no perder de vista que en una economía capitalista sólo el trabajo productivo *por el contenido* en sentido específico capitalista, el que está ligado al capital productivo-industrial, genera al tiempo *nuevo valor* o reproducción ampliada del valor, plusvalía y nuevos valores de uso, y por tanto, es el que *crea la sustancia* constitutiva del Sistema. Teniendo en cuenta, pues, la reproducción ampliada del capital social, sólo cuenta el trabajo productivo *por el contenido*. El trabajo productivo *por la forma*, que abarca el ciclo reproductivo del capital, es también considerado improductivo desde el punto de vista del capital social: aunque capitales particulares en la esfera de la circulación obtengan beneficios no crean *valor nuevo*, por lo que aquello que hacen es disputar por la distribución del nuevo valor creado como plusvalor por el capital productivo-industrial. Esto quiere decir que la *forma* tiene que aproximarse al *contenido* del valor dentro de la propia relación capitalista si consideramos las posibilidades de la economía como un todo (lo que incluye también las de la propia sociedad que la sustenta).

La explicación de tal proceso requiere de una mínima incursión por distintos niveles de abstracción.

4.2. Las formas funcionales del capital y los niveles de abstracción del análisis[14]

El análisis dialéctico del capital precisa de varios niveles de abstracción: 1) el teórico-abstracto, que mira el continuo movimiento del capital como un todo; 2) el concreto, que da cuenta de la distinción interna de ese movimiento del

capital entre los flujos y existencias o inventarios, en una metamorfosis permanente entre sus distintas formas; 3) el histórico, que aterriza la teoría en el análisis de la realidad de los movimientos del capital en unos u otros momentos y fases del capitalismo.

El *capital* en general es un concepto abstracto y sus determinaciones y leyes de movimiento, como la ley de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y la ley general de la acumulación, están en un nivel más abstracto y los cuantificamos en valores. Estas leyes no pueden ser observadas en la realidad inmediata, en el movimiento de los capitales individuales o de las empresas, que experimentan otras determinaciones. Además, en el nivel concreto de las empresas, el capital individual en su movimiento se cuantifica por los precios. En este nivel hay que considerar, además, las determinaciones históricas de cada unidad de capital y sus intereses vinculados a los Estados en donde se origina.

Por otra parte, a lo largo de su ciclo completo (producción-circulación-producción) el capital asume tres sucesivas formas funcionales, a las que Marx llamó también "transfiguraciones del capital"[15], presentando un continuo movimiento entre ellas: capital-dinero, capital-productivo y capital-mercancía, para volver a ser de nuevo capital-dinero incrementado[16]. Este es el ciclo básico de funcionamiento del capitalismo maduro, en su constitución como modo de producción, que implica la reproducción ampliada del capital a través del trabajo humano: D– M (Mp + Ft) ...P... M'-D'[17]. Como quiera que este es el ciclo básico de funcionamiento del capitalismo, al conjunto se le ha llamado capital industrial. Por eso, todas las formas funcionales del capital están comprometidas de una u otra forma con la producción de mercancías (sean materiales o inmateriales) con el objetivo de aumentar la ganancia, y por tanto se necesitan mutuamente, aunque al tiempo se quedan con distintas porciones de esa ganancia que traduce la plusvalía subyacente. En ese ciclo no hay ninguna contradicción entre capital productivo y capital monetario –que son formas distintas del mismo capital–, sino complementariedad[18].

Todo esto ocurre, sin embargo, en el nivel de análisis más abstracto. En el terreno de los capitales particulares los diferentes capitalistas pueden participar de las distintas formas funcionales del capital, donde se solapan unas con otras. Así vemos que en sus formas concretas de existencia, cada unidad individual de

capital, una empresa o grupo empresarial, reproduce el mismo movimiento cíclico: D-M (Mp + Ft) ... P... M‘ –D‘, articulado entre sí y expresándose concretamente como formas de existencia del capital en general. Esto significa que cada empresa necesita comprar continuamente materias primas y otros materiales de otras empresas, convertirlos en nuevos bienes y vender diariamente el resultado de su producción, es decir, lleva a cabo el ciclo D-M-D’ en un día, excepto por parte de lo que se llama capital fijo (construcciones, maquinaria, equipos y herramientas) cuyo *valor* se incorpora gradual y parcialmente a la nueva mercancía. Cada unidad individual de capital puede (y debe) pasar continuamente y al mismo tiempo por las tres formas de capital. *Es* las tres formas. Además, con el desarrollo del sistema bancario, la mayor parte de la metamorfosis de cada unidad de capital (M-D) circula diariamente por ese sistema. Por último, los Bancos y otras instituciones financieras completan la circulación de capitales mediante la conversión de toda la masa de dinero disponible, gracias a la compra de valores de deuda pública en el mercado de valores dirigido por el Banco Central (BC). Diariamente, los Bancos Centrales abren las operaciones de Mercado Abierto, donde compran y venden valores. La operación principal es la de *overnight*, en la que los Bancos compran y venden títulos, principalmente en operaciones comprometidas, lo que significa compra con el compromiso de reventa en las mismas condiciones y viceversa, en el plazo de un día, durante el cual rinde intereses. Al cierre del día, el dinero que había sido creado por el BC se cancela, para ser recreado al día siguiente, cuando los valores vendidos son recomprados por el BC. Mientras tanto, el dinero, en su forma de capital monetario, se ha convertido o ha cambiado a capital con intereses, en la forma *ficticia* de los títulos de deuda pública. En general, el capital a interés deviene *ficticio* cuando el derecho a la remuneración o rendimiento del interés o deuda contraída viene representado por un título comercializable, con posibilidad de ser vendido a terceros (y esta es sólo una de las maneras de que el capital se haga “ficticio”). Es decir, cuando comienza a comercializarse un capital que es deuda y que en realidad no existe. Esa venta y su posterior reventa genera todo el ciclo de ficción del capital a interés (que después las finanzas complejizarán sobremanera). Y es de ficción porque por detrás de él no existe ninguna sustancia real y porque no contribuye en nada a la producción o la circulación de la riqueza, por lo menos en el sentido en que

no financia ni al capital productivo ni al comercial. En cambio la deuda puede ser así revendida muchas veces. Con ello se realiza en apariencia el máximo sueño ("ilusorio") de la clase capitalista: que el capital se auto-reproduzca más allá del trabajo humano, más allá de la riqueza material y más allá de las bases energéticas que posibilitan esta última. La deuda pública constituye una de las formas del capital ficticio. Las otras son las acciones empresariales, la mayor parte de los activos bancarios y los derivados (Marques y Nakatani –2009 y 2013– las explican con detalle).

Ahora bien, que ese capital sea *ficticio* a escala global no quiere decir que no sea a la vez *real* al nivel individual, dado que exige remuneraciones que al menos en parte son *realmente* satisfechas, y de hecho cada vez más a menudo lo hacen a través de la riqueza colectiva. Es decir, la riqueza de las sociedades se utiliza como pago de la especulación ficticia. Por eso individualmente siempre hay quien gana con la "ficticidad" del capital (Carcanholo y Nakatani, 2000:161-164).

Aunque las distintas formas funcionales del capital puedan estar implicadas en la generación de mercancías y *valor*, si nos fijamos en el constante movimiento del capital como un todo (apartado 4, primer capítulo del tomo II de *El Capital*), tenemos que cuando se consolida el modo de producción capitalista la base del ciclo completo recae en el capital productivo-industrial (al que Marx llamó también "capital efectivo"). Es el único que tiene la capacidad de generar (mediante la obtención de plusvalía a través del trabajo humano) valores de uso y *valor nuevo* al mismo tiempo. Para entenderlo abstractamente, no hay que perder de vista que a pesar de estar inseparablemente imbricados en el movimiento total del capital, lo que hace el capital-dinero autonomizado como capital a interés, y el capital-mercancía autonomizado como capital comercial, es distribuirse el monto total de plusvalía generada en la producción por el capital productivo. En el nivel concreto esto se traduce por una competencia entre las unidades particulares de capital y sus especializaciones de capital a interés y comercial. Así, a las unidades particulares del capital a interés (como los Bancos), las unidades particulares del capital productivo (como las empresas) deben devolverles con creces el capital-dinero que aquéllas les anticiparon para producir. A las unidades particulares de capital comercial (como las tiendas y grandes

almacenes), les tienen que vender sus mercancías por debajo del precio de mercado, para que aquéllas compensen así los gastos de comercialización. Es decir, las otras formas funcionales del capital retraen parte de la ganancia del capital productivo que éste consigue a través de la plusvalía extraída en la producción mediante la explotación de la fuerza de trabajo. Partes de esa plusvalía derivan como ganancia en favor del capital a interés y el capital comercial.

En las consideraciones empíricas sobre la tasa general de ganancia hemos de contar, además, con las actividades rentistas de la economía[19]. Por tanto, la plusvalía que queda para las tres formas de capital tiende a ser menor, al tener que pagar el alquiler (renta) de terrenos o solares o, en general, de cualquier bien no reproducible. Es decir, cuanto mayor son los beneficios de los propietarios rentistas, más se va limitando la ganancia general del capital y, en potencia, menos queda para la reinversión productiva. Pero además, al aumentar el peso de las otras formas de capital, la tasa media de ganancia del capital productivo desciende. Y al caer ella, el resto de formas del capital van perdiendo su sustento, la raíz de su beneficio, por más que tarden en percibirlo. Se va minando el suelo del *nuevo valor* aun a pesar de que la ganancia en unos u otros sectores sea todavía floreciente.

Como he dicho, la competencia real es la que se da entre las unidades concretas de las distintas formas del capital, sin embargo hay que tener en cuenta que a menudo esas formas se solapan e inter-penetran tanto funcionalmente como por lo que respecta a su propiedad. Es sólo en el nivel más abstracto dialéctico, del capital en su totalidad, que podemos entender esa decadencia de ganancia del capital productivo. Es en ese nivel que, para hacer entendible la dinámica, podemos decir que al aumentar el peso de las otras formas de capital, la tasa media de ganancia del capital productivo desciende. Y al caer ella, declina también la inversión productiva, con lo que se va acabando con la posibilidad de generar *nuevo valor*, aunque no tenga repercusiones inmediatas en unas u otras unidades concretas de capital, dado que, además, un mismo capitalista (o corporación) puede participar del capital en sus distintas formas (productivo, mercantil, a interés e incluso rentista) o al menos en más de una de ellas. Pero sin una vigorosa reproducción de *valor nuevo* (léase también de v*alor como plusvalor*), el *capital* en su conjunto va perdiendo

su posibilidad de existencia.

Del movimiento de las distintas formas de capital se deduce que los trabajos productivo e improductivo están presentes en cada una de ellas y también ambos pueden estar implicados en cualquier capital particular. Lo que complica las cosas sobremanera desde el punto de vista de los capitales particulares (empresas, Bancos, entidades financieras, fábricas, corporaciones agrarias, negocios, comercios…) es que, como se acaba de decir, unos u otros capitalistas pueden participar de las distintas formas funcionales del capital al mismo tiempo. Todavía confunde más a las sociedades, y demasiado frecuentemente a la propia economía ortodoxa, que a menudo las crisis en el capital productivo se manifiestan bajo otras formas de capital, especialmente como capital a interés.

> "El capital se mueve cíclicamente, con períodos de expansión y crisis. Uno de los determinantes de la crisis es la sobreacumulación de capital, que acompaña la concentración y centralización del capital y presiona hacia abajo el tipo de beneficio. Los momentos de crisis son aquellos en los que el capital se deshace de sus escorias, de esa parte ineficiente y poco productiva. Con la excepción de las dos grandes guerras en las que se produjo la destrucción masiva del capital en su forma física, en otras ocasiones las crisis a menudo devalúan el capital en su forma de dinero. Esta es una de las razones por las que las crisis de capital aparecen como crisis financieras" (Nakatani y Marques, 2020: 20)

Es el nivel histórico-concreto, por consiguiente, el que nos proporciona las claves para entender qué es lo que está pasando con el capital real, sus articulaciones y expresiones en un determinado momento, que resultan imprescindibles si se quiere llevar a cabo un análisis de fase del capitalismo.

En lo que sigue voy a intentar mostrar algunas de las coordenadas principales en las que se desenvuelve este modo de producción en la actualidad, para poder entender mejor su degeneración.

4.3. El crecimiento exacerbado del trabajo improductivo *por el contenido* y la obstrucción de la reproducción ampliada del capital

Si en una economía prima, visto desde la *forma*, el trabajo improductivo sobre el productivo, la ganancia puede ser ascendente para ciertos capitales individuales durante un tiempo, pero enseguida obstruirá la dinámica colectiva de acumulación del capital. Por eso, en contra del pensamiento liberal clásico,

lo que tantas veces parece "racional" desde los intereses privados, está en realidad siendo "irracional" o ineficiente para la totalidad, y la suma de intereses individuales lejos de conducir al "bien común", lo aniquila.

La creciente extensión del trabajo abstracto a más ámbitos de la vida social, se traduce por lo general en trabajos que procuran ganancia y son productivos *por la forma* (en un sentido amplio), pero no están implicados en la generación de *nuevo valor* en la esfera de la producción. De ahí que, por ejemplo, el obsesivo intento de privatización de lo público no pueda ser eficaz contra la decadencia económica motivada por la tendencia improductiva. En general, la búsqueda desesperada de nuevos espacios de valorización (que no otra cosa es lo que se ha llamado "capitalismo cognitivo"), ha tenido resultados muy cortos y a costa de violentar (y destruir) cada vez más a las sociedades, al forzar como mercancías relaciones y actividades humanas que están en la base de su constitución, fundiendo una explotación cada vez más ampliada con una desposesión generalizada de la sociedad (ver gráfico 1 del capítulo 1). En estas formas de apropiación (privatización) no se genera *nuevo valor*, sino que lo se pretende es hacerse con (crecientes partes de) el valor generado por otros capitalistas (además de con mayores porciones del valor transformado en salario). Pasemos a explicarlo.

El proceso de imposición del *valor-capital* consistió siempre en la "expropiación" de conocimientos, habilidades y destrezas, para ser convertidos en "necesidades" satisfechas a través de mercancías o de trabajo abstracto (por profesionales a cargo de ello). Lo que Marx llamó la "industrialización del hogar" e Iván Illich "herramientas de convivencia", el entramado de actividades y capacidades que permitía la subsistencia vernácula, se puso en manos del trabajo abstracto (cuidado, enseñanza, cura…) con la transformación de las relaciones humanas en empleos. La subsistencia diaria se mercantilizó (Cleaver, 1992 y 2017). Pero esas desposesiones y mercantilizaciones (propias de la acumulación primitiva) fueron puestas en alta proporción al servicio del capital productivo generador de *nuevo valor*, permitiendo así el despegue del capitalismo. En la actualidad, por contra, se realizan cada vez más como una búsqueda de obtención de beneficio meramente rentístico, o en todo caso como trabajo improductivo *por el contenido*, en vez de como fuente de reproducción del capital.

Las "externalidades" de la acumulación capitalista, que siempre fueron las relaciones y valores de uso que las sociedades se proporcionaron a sí mismas para vivir (la persistencia –y resistencia– de los valores de uso frente a la economía de la mercancía, que paradójicamente posibilitaron de manera indirecta el ciclo del *valor-capital*), intentan ser incorporadas ahora de forma directa a la ganancia aun a costa de la propia acumulación, a través de todo tipo de "enclosures" o apropiación privada de los bienes sociales para transformarlos en rentas monetarias o como devengo de intereses, derechos de propiedad intelectual, patentes, copyrights… que más que productores de valor son *cosechadores del valor ya generado* (Hanlon, 2014)[20]. Por eso, lejos de ser un signo de vitalidad, tales dinámicas demuestran la extenuación del *capital*: los "enclosures" actuales son sustitutos de una vigorosa actividad capitalista, mientras que los de la acumulación primitiva fueron requisito y preludio de la misma. Además, por su propio enraizamiento en la supervivencia individual y social, muchas de aquellas actividades sociales ("externalidades del *valor*") presentan una permanentemente pulsión hacia su reconstitución como valores de uso, más aún cuanto más necesarias se hacen conforme se diluye o reconvierte la relación salarial y se retrae el componente social del Estado. Según, en definitiva, se acentúa la contradicción del capitalismo con la Vida.[21]

> "que no todo lo que acontece en la existencia humana sea reductible al carácter de mercancía establece un límite objetivo –en la condición humana– que apunta más allá del tiempo del capital, del periodo histórico del capitalismo" (Vela: 2018: 196).[22]

De ahí que además de ser cada vez más contradictorio con la Vida, el Sistema deje de ser "funcional" para sí mismo, porque a lo sumo lo que consigue con toda esta Apropiación-Desposesión y Destrucción de la Vida es separar cada vez más la ganancia del *valor*, poniendo las cosas más y más difíciles al capital productivo (que deriva más beneficio hacia las formas rentistas surgidas de esas dinámicas) y, en general, haciendo crecientemente irreal, inestable y frágil al sistema capitalista (Piqueras, 2017a).

Recordemos que en el conjunto del movimiento del capital es trabajo improductivo el que se desenvuelve en su esfera de circulación y el destinado al mantenimiento del sistema (en general, todo el que no responde al *contenido* o de generación de nuevo valor). Bajo este prisma tenemos que cada vez menos trabajadores/as más productivos/as generan más plusvalía relativa que tiene que distribuirse entre más trabajadores/as y capitalistas no-productivos/as, con el

resultado de que la economía en su totalidad mantiene muy bajos niveles de crecimiento. La propia pérdida de rentabilidad del capital productivo por disminución de la fuente de plusvalor desincentiva aún más la inversión productiva, con una caída general de *nuevo valor* generado (ver gráfico 6 más adelante).

En EE.UU., país guía de la evolución capitalista, la ratio entre trabajo productivo/improductivo pasó de 0,35 en 1947 a 0,64 en 1977 y a 0,78 en 1994; y sólo con la masiva eliminación de empleos públicos e «improductivos» en general (aunque no todos los empleos públicos son improductivos *por la forma*) ha logrado frenar que esa ratio se incrementara en adelante en más de un 0,1 anual. Más de la mitad de la inversión contabilizada oficialmente en EE. UU. y Gran Bretaña poco antes de la crisis de 2007-2008, según Smith (2016), se debió a desembolsos en inversión no productiva. Además, en el último cuarto del siglo XX la mayor parte de los gastos del capitalismo global eran ya indirectos a la acumulación (Kidron, 2002): estructura física para el transporte y las comunicaciones (cada vez más distancias y vías más complejas, con infraestructuras cada vez más difíciles de mantener y reponer), para el mantenimiento y reemplazo, para la implantación y para la apropiación de recursos. De los gastos indirectos, los improductivos en cualquier sentido son asimismo cada vez mayores: gastos de coacción y "seguridad" militar y legal-profesional (armas, ejércitos, policía, sistemas jurídicos, abogados, prisiones…); gastos de legitimación o, en su caso, de mantenimiento de la dominación (elaboración ideológica, programas escolares, medios de difusión de masas, agencias de opinión, entidades de formación de conciencia, religión, …); gastos simbólicos y de fidelización (fútbol, fiestas, formas de "religión civil" –rituales públicos, desfiles, ceremonias sociales…–, exaltación de la jefatura de Estado –incluidas las realezas– y de la democracia electoral en general, redes asistenciales, clientelares…). Todos esos gastos no sólo se cubren con impuestos a los salarios, sino que deben ser extraídos de la plusvalía total generada. De siempre la clase capitalista tuvo que destinar una parte de la plusvalía conseguida a gastos de mantenimiento y legitimación del Sistema, sacrificando parte de su ganancia inmediata en pro de la plusvalía futura (o en razón de la garantía de preservación de su privilegio de explotación del trabajo humano), todo lo cual es cedido al "capitalista colectivo" o "ideal" (en cuanto que a

diferencia del capitalista particular, está obligado a considerar el funcionamiento de toda la economía y por tanto el interés del capital en conjunto): el Estado. Pero según esos gastos aumentan también hacen descender la tasa media de ganancia productiva.

Es por ello que en tiempos de recesión, de prolongado estancamiento o incluso caída de la tasa media de ganancia, los capitalistas individuales son cada vez más reacios a proporcionar parte de sus ganancias al "capitalista colectivo" para el funcionamiento común de la economía[23]. Si, en contrapartida, el Estado tiene que extraer cada vez más de la población asalariada los impuestos[24], lo que consigue es un descenso en el poder adquisitivo de la población y la consiguiente caída generalizada del consumo, reduciendo la realización de la plusvalía empresarial en forma de ganancia. Si aun así el Estado tiene éxito en relanzar las inversiones[25] pueden ocurrir tres desenlaces: 1) que las inversiones se detengan cuando se ha alcanzado el nivel de composición orgánica del capital al momento de pre-intervención del Estado: con lo que nada cambia en la tasa de ganancia; 2) que las inversiones hagan aumentar la composición orgánica media del capital: empujando de nuevo a una caída de la tasa de ganancia; 3) que las nuevas inversiones estén por debajo de la composición orgánica media anterior a la intervención estatal: con ello el Estado está ayudando a los capitales más ineficientes, y lo único que consigue es posponer brevemente la crisis.[26]

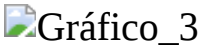
Ya a principios de los años 70 del siglo XX, David Yaffe (2017), al hilo de Paul Mattick, hacía el siguiente análisis sobre el círculo vicioso y callejón sin salida de la economía capitalista, del que no puede librarle la intervención estatal, antes al contrario, es susceptible incluso de agravarle a medio plazo: en la medida en que los gastos del Estado son "improductivos" (aunque el gasto estatal "realiza la plusvalía" de muchos capitales particulares, los productos comprados por el Estado no funcionan, en general, como capital, y por lo tanto no producen plusvalor adicional), tienen que financiarse con impuestos. Si el Estado financia sus gastos a través de déficit o deuda, son los impuestos "futuros", que presuponen la rentabilidad futura del capital, los que entran en juego, quedando hipotecados. En cualquier caso, el valor excedente presente o futuro es en parte capital apropiado por el Estado, en forma de impuestos o préstamos, para pagar sus gastos e inversiones. Esto repercute en principio

negativamente en la acumulación privada, y por tanto en la inversión capitalista y en la tasa de crecimiento de la productividad de la mano de obra.

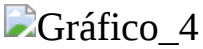
Lo grave es que, precisamente, para que el presupuesto del Estado se mantenga o se extienda requiere de continuos aumentos en la productividad de la mano de obra (tanto en el sector privado como en el estatal) capaz de sufragarle. La explotación del trabajo debe elevarse constantemente. Esto significa una composición orgánica más alta del capital y la consiguiente disminución de la fuerza de trabajo explotable en relación con el capital en crecimiento: menos fuerza de trabajo generando más plusvalía proporcional (de donde se deduce de paso que la creciente concentración y centralización del capital es esencial para la productividad de la mano de obra).

Sin embargo, para mantener el empleo el sector no productivo (estatal o paraestatal) debe aumentar más rápido que la producción total. Lo cual implica un lento deterioro de la ampliación de capital privado productivo que sólo puede contrarrestarse parando la extensión del sector no productivo. En definitiva, concluye Yaffe sobre este círculo vicioso, la economía mixta no ha cambiado fundamentalmente las contradicciones del sistema capitalista tradicional. Lo único que ha hecho es expresarlas en una nueva forma que conduce a que el Estado se vea obligado a intervenir crecientemente en el ámbito económico para "salvar" la economía privada, a la que al tiempo él mismo debilita a medio plazo con su intervención. Por lo que este autor terminaba advirtiendo ya en 1972 que "parece que ahora la situación es que tanto una contracción como una extensión del sector estatal conduce a dificultades" (2017: 32).

En el gráfico 3 vemos cómo las inversiones estatales no tienen réplica en la elevación de la tasa de ganancia.



Tampoco la tienen, por tanto, en las salidas o prevención de las crisis, contra lo que proclaman los neokeynesianos cuando sostienen que la inversión estatal puede salvarnos de ellas (gráfico 4).



Fundamentalmente porque no son inversiones productivas ni desde el *contenido* ni a menudo desde la *forma*.

En cuanto a la opción contraria, las medidas de austeridad para recortar el gasto público no hacen más que deprimir la realización de la plusvalía en ganancia, al bajar drásticamente el poder adquisitivo de las poblaciones (a la par que, paradójicamente, aumentan su dependencia de los fondos del Estado).

Por su parte, el incremento de la explotación para procurar el aumento de la plusvalía sólo puede contrarrestar por un breve lapsus el deterioro de la generación de *nuevo valor*, como ya se vio en el capítulo anterior.

En suma, las intervenciones del Estado como capitalista colectivo no pueden recuperar la tasa de ganancia ni a través de la represión y la extracción a costa del Trabajo (planteamientos liberales), ni tampoco a la manera keynesiana propiciando una expansión inversionista pública. Si así lo hicieran la clase capitalista no dudaría en realizar esas inversiones[28].

La inevitable tendencia de las tecnologías de la Cuarta Revolución Industrial es a reducir el *valor* al mínimo y a diluir el plusvalor al expulsar más y más población de los procesos productivos, por lo que aunque pudieran proporcionar una nueva expansión indirecta del empleo en el cómputo global de la economía, la desaceleración de la procura de valor y plusvalor productivo que provocan va tan rápida que su papel en la recuperación económica podría calificarse de "efecto cerilla". Es decir, se apaga muy pronto[29]. Sólo así se explican las bajas tasas de utilización del capital fijo, que de nuevo se recurra al alargamiento de la vida media de la tecnología y el hecho de que atravesemos el momento más bajo en innovación tecnológica desde la Primera Revolución Industrial, con decrecientes rendimientos en eficiencia (sobre ello, Piqueras, 2017a).

Se llega así a un punto en que la plusvalía extraída a la clase trabajadora deja de ser la condición del crecimiento a través de la acumulación de capital, dado que la inversión productiva va quedando marginada. El desarrollo tecnológico y el consiguiente aumento de la productividad pueden salvar al capitalismo durante un cierto lapsus, hasta el momento en que la tecnología se deshace de empleos más rápidamente de lo que puede colocar las mercancías o expandir el mercado. Si tenemos en cuenta que alcanzado un grado de desarrollo de la inteligencia artificial ésta acrecienta su capacidad exponencialmente (la

capacidad computacional de una computadora se duplica aproximadamente cada dos años –Ford, 2015–), los pocos nuevos empleos que tal tecnología pudiera suscitar, serían cada vez más rápidamente reemplazados por el (auto)desarrollo de esa nueva tecnología[30]. Según se disparan las innovaciones tecnológicas lo que ocurre es que los nuevos puestos de trabajo creados se reducen en número y aumentan, por contra, los requisitos de cualificación. Dada la velocidad exponencial de auto-reproducción de la propia capacidad de la Inteligencia Artificial, las posibilidades para los seres humanos de seguir el mismo ritmo de cualificación se hacen cada vez más ridículas, o en todo caso sólo viables durante un tiempo para una estricta minoría.

De ahí que la "única" posible solución a la que apunta Chesnais, como algunos otros autores, no tenga tampoco, en realidad, visos de factibilidad:

> "Hoy por hoy, el único punto de partida de una nueva onda larga pasaría por la existencia de nuevas tecnologías que por sus características exigieran inversiones elevadas, creadoras de empleo a una escala muy importante, pero también capaces de contribuir al aumento de la productividad y que permitieran el uso de equipos que incorporen esas tecnologías" (Chesnais, 2019: 9).

En las formaciones sociales centrales ya en los años 80 del siglo XX sólo el 15-16% de los empleos manufactureros requerían trabajo manual, y sólo alrededor del 20% de la fuerza de trabajo estaba incluida en el trabajo productivo (Drucker, 1986; Bell y Sekine 2001). Según el McKinsey Global Institut (2013b), al comenzar la segunda década del siglo XXI, la producción manufacturera representaba sólo el 20% de la producción económica mundial.

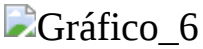
Hoy, las horas anuales trabajadas en las formaciones de capitalismo avanzado han descendido significativamente[31]. El empleo sobre capital invertido no ha dejado de decaer desde los años 50 del siglo XX (gráfico 5).

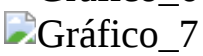
En consecuencia, desciende mundialmente el *nuevo valor* en el porcentaje del valor total generado.

En EE.UU. la fracción del valor añadido proveniente del factor de trabajo fluctuó de un valor promedio del 63%, a casi el 56% en el período 1948-2001 (Stéphan, 2018).

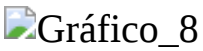
Las ganancias corporativas, que son el principal impulsor del crecimiento de la inversión (generalmente con un retraso de un año), también se están

desacelerando en algunas de las principales economías, como vemos en el gráfico 6 contrapunteado con las últimas crisis y la Gran Recesión de 2007-2008.

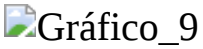




Si no hay rentabilidad no hay inversión productiva (gráfico 8).



[32]



Si no se invierte, desciende la capacidad de utilización del capital (en EE.UU. pasó de casi el 85% a finales de los años 80 del siglo XX, a poco más del 60% en 2010, según Durand y Légé, 2013). También decae la formación de capital (gráfico 9).

La discrepancia entre la dinámica de la rentabilidad y la de la acumulación está directamente vinculada al descenso del esfuerzo inversor (la proporción de la ganancia que después de impuestos se invierte productivamente)[33]. En 1980, tanto las economías capitalistas avanzadas como las "emergentes" (aquí no consideramos a China) tenían tasas de inversión en torno al 25% del PIB. Ahora la tasa promedia alrededor del 22%, una disminución de más del 10% (en China, en cambio, pasó de alrededor del 35% a algo más del 44%) (Roberts, 2021c).

En consecuencia, debido a sus crecientes dificultades para convertirse en capital, el dinero queda ocioso y fluye hacia la inversión especulativa o la rentística (préstamos no productivos), como veremos en el siguiente apartado.

Por otra parte, y para seguir con los problemas del *valor*, tengamos en cuenta además que hoy el Departamento III (el de inversiones del Estado y servicios), se ha convertido en el principal de las economías centrales, por encima del Departamento I (producción de medios de producción) y del II (producción de medios de consumo), representando dos terceras partes de las cuentas del PIB convencional que nos ofrecen las estadísticas. Es de esperar que según se deteriore la situación laboral y social de las grandes mayorías, los gastos de mantenimiento de la población, y más aún los de coacción-represión, se disparen (como puede comprobarse ya en la mayoría de las sociedades del planeta).[34]

Mientras lo descrito ocurre en las formaciones sociales de capitalismo avanzado, la incorporación de trabajo humano tampoco se amplía en las restantes lo suficiente como para salvar el ciclo de *valor-plusvalor*. El capital ha conseguido la "subsunción formal" del trabajo (desposeer a la mayor parte de las poblaciones del mundo y hacerlas depender de las relaciones capitalistas –asalariadas– de producción) a escala prácticamente planetaria, pero cada vez le cuesta más llevar a cabo la "subsunción real" de muchas poblaciones a través de su conversión en fuerza de trabajo efectiva, esto es, realizadora de trabajo abstracto que genera *valor*[35]. También podríamos decirlo de otra manera, la relación capitalista ha generalizado la subordinación humana a la maquinaria en los procesos productivos, pero eso mismo provoca que haya cada vez más fuerza de trabajo superflua, desincorporada o no incorporada a los mismos.

De hecho, lo que se está dando son formas parciales o discontinuas de asalarización, informales, combinadas con una creciente utilización de trabajo no pago o semipago (Van der Linden, 2008). Según un estudio de la OIT (2012), en 2008 más de la mitad de la fuerza de trabajo mundial estaba desempleada. En un nuevo informe de la OIT (2015), esta organización indicaba que el empleo asalariado afectaba sólo a la mitad del empleo en el mundo y no concernía nada más que al 20% de la población trabajadora en regiones como África subsahariana y Asia del Sur. Dice ese informe que las formas de empleo que no devienen de la relación tradicional empleador-asalariado están en alza[36]. También se señala que menos de un 45% de la fuerza de trabajo que está asalariada detenta un empleo permanente a tiempo completo, y que esa proporción tiende claramente a decaer en lo venidero. Ya en 2008 advertía que incluso en las economías centrales el empleo asalariado "no estándar" se había convertido en el rasgo predominante de los mercados de trabajo. Ese proceso de des-salarización viene ayudado también por la digitalización de la economía, que conlleva la extrema flexibilización de las relaciones laborales, la descomposición del trabajo humano en tareas más simples, la supervisión y dirección laboral monitorizada, así como la acentuación de la fragmentación del *trabajador colectivo* y también la de su apariencia laboral "autónoma" hasta el punto de dificultar cada vez más su identificación laboral y de clase.

De los informes de la OIT se desprende que probablemente sólo en torno al

10% de la población activa mundial está vinculada a la relación salarial mediante un empleo "permanente" a tiempo completo (entrecomillo la designación de *permanente* para indicar la poca firmeza que la misma tiene en la actualidad). Todo eso se corresponde con la reducción de la masa salarial mundial, que sólo en la UE fue de 485.000 millones de $ en 2013. Unos 6.600 millones de personas (aproximadamente el 80% de la humanidad) pueden ser clasificadas por las estadísticas al uso como pobres (Milanovic, 2006).

> "…el ejército de reserva mundial, incluso con definiciones conservadoras, constituye alrededor del 60 por ciento de la población activa disponible en el mundo, muy por encima de la del ejército de trabajo activa de los obreros asalariados y pequeños propietarios. En 2015, según cifras de la OIT, el ejército de reserva mundial constaba de más de 2.300 millones de personas, en comparación con los 1.660 millones en el ejército de trabajo activo, muchos de los cuales son empleos precarios. El número de parados oficiales (que corresponde aproximadamente a la población flotante de Marx) está cerca de 200 millones de trabajadores. Alrededor de 1.500 millones de trabajadores son clasificados como "empleados vulnerables" (en relación con la población estancada de Marx), formados por trabajadores que trabajan "por cuenta propia" (trabajadores informales y rurales de subsistencia), así como "trabajadores familiares" (del trabajo doméstico). Otros 630 millones de personas con edades entre 25 y 54 se clasifican como económicamente inactivos. Esta es una categoría heterogénea, pero, sin duda, se compone predominantemente de población empobrecida" (Jonna y Foster: 2016: 37-38).

Se podría decir, en cambio, que tales reservas de fuerza de trabajo son una garantía de expansión del sistema, listas para que se pueda reiniciar el ciclo del valor como plusvalor. Ante ello, sin embargo, hay que hacer al menos dos consideraciones. La primera es que en general, crear más empleos industriales en países de capitalismo atrasado (excepción parcial, hasta hace poco, de China), aunque pueda reportar beneficios a capitales particulares, raramente implica mayor creación de *valor* (Kurz, 1995 y 2016b), la cual, como se dijo, está dictada por el nivel de productividad a escala mundial (es decir, por el que marcan las economías punteras o formaciones de capitalismo avanzado, una vez que el sistema capitalista se ha hecho global).

No parece, además, en segundo lugar, que esas "reservas de trabajo" sean especialmente rentables para el capital productivo, que necesita crecientemente, en virtud de su propia competencia, de fuerza de trabajo cada vez más cualificada. La cual se concentra en muy pocas de las nuevas formaciones

dichas “emergentes”.

El asunto se complica más aún cuando la *sobreacumulación* alcanza pronto también a las principales de esas economías. Las cuales además arrastran serios problemas estructurales, como la ralentización del crecimiento y el calentamiento de las burbujas bursátiles, de bienes raíces y grandes infraestructuras, ligados a falencias en su sistema financiero, déficits por cuenta corriente y comerciales, caída de sus reservas de divisas, reducción de la cobertura para sus importaciones y empréstitos a corto plazo combinada con una todavía alta dependencia de financiación externa, fuerte apalancamiento de sus grandes empresas, así como deficiencias estructurales de sus mercados internos, con enormes desigualdades sociales y la consiguiente incapacidad de generar una demanda solvente generalizada (Das, 2013, y Bond y Khadija, 2013). Además, han empezado a acusar ya un notable descenso en la productividad (Aubry, Boisset, François y Salomé, 2018). La sola excepción parcial y la única que pudo constituirse realmente como formación “emergente” es, de nuevo, China (aunque enfrenta serios problemas en el futuro inmediato, el no menos importante su propia fase de sobreacumulación)[37].

Por último, y hablando precisamente de la “demanda solvente”, nos queda considerar que en la determinación del *valor* no sólo cuenta el “tiempo socialmente necesario para su producción”, sino también que las mercancías producidas se conviertan en valores de uso efectivos. Es decir, se requiere que tengan *valor de uso social*. Lo cual conlleva a la vez dos condiciones. La primera es que esas mercancías en cuanto valores de uso satisfagan necesidades reales o creadas (lo cual se demuestra o no a través de la demanda de ellas que realicen las poblaciones). El problema en este sentido es que una parte creciente de la enorme masa de mercancías que produce el capital en su compulsiva búsqueda de ampliación del mercado, tiene cada vez menos valor de uso o, en todo caso, lo tiene por menos tiempo. De hecho, en la actualidad se producen cada vez más mercancías que a la vez son inútiles, de mala calidad y poco duraderas, y se necesita una ingente cantidad de gastos improductivos (como los de publicidad y persuasión) para hacer posible su demanda. Es decir, *cada vez se crea menos riqueza social mientras se gasta más riqueza (natural y social) en obtener ganancia*[38].

La segunda condición es que haya no sólo demanda subjetiva, sino también demanda solvente capaz de adquirir esas mercancías. Según se deteriora la relación salarial, se rebaja el propio salario y se deterioran las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en casi todo el planeta, resulta cada vez más difícil crear *valor real* en función de estas condiciones. Por eso la búsqueda de demanda solvente se convierte en una necesidad cada vez más acuciante de la clase capitalista.

4.4. Eso que se ha llamado "financiarización de la economía"

"Financialization isn't a perversion of an otherwise well-functioning system.
It's just capitalism's latest survival mechanism."
Grace Blakeley

Sólo si nos situamos en el mayor nivel de abstracción puede percibirse la creciente incapacidad que presenta este sistema para que el dinero se convierta en capital. Dicho más concretamente, según acabamos de ver, a cada vez más capital-dinero le cuesta realizarse productivamente, por lo que intenta valorizarse a sí mismo fuera de la relación laboral, a través de todo tipo de inversiones especulativas, rentistas-parasitarias, como simple *dinero*. Es a esto a lo que se ha llamado "financiarización de la economía", que es algo substancialmente diferente de una fase financiera del capital y tiene consecuencias mucho más profundas[39]. Básicamente significa que *el dinero* deja de hacerse capital-dinero y de convertirse, por tanto, en "capital efectivo" o "capital activo" para mantener el ciclo de acumulación (que era para lo que estaban destinadas las finanzas). A falta de esa conversión, lo que hace es procurar una suerte de "vida artificial" a la economía capitalista mediante su desmaterialización (desligamiento del dinero respecto de cualquier mercancía), así como a través de la ingente creación de *capital ficticio* (ver apartado 4.2). Se trata de un *dinero* que busca reproducirse a sí mismo por fuera del capital activo como capital industrial (es decir, más allá de la generación de *nuevo valor* como plusvalor), pero que también, y este es el gran juego de la economía capitalista cuando las cosas van mal, puede hacer las veces de dinero-capital, listo para engrasar de nuevo los ejes de aquélla, como si procediera de la

valorización del trabajo humano (de ahí su creciente "ficción" y la de la economía que sustenta, aunque pueda hacerla seguir funcionando, a pesar de todo y de los problemas que va acumulando)[40].

Si bien parece haber sido Engels el primero que lo nombró en su *Umrisse zu einer Kritik der Nationalökonomie*[41], Marx desarrolló el concepto de "capital ficticio" al menos en los capítulos 25 y 29 del tomo 3 de *El Capital*, en donde lo definió como las reclamaciones acumuladas (o títulos legales) sobre las ganancias futuras en la producción capitalista, es decir, sobre el "capital efectivo" o "real" (el que es invertido en medios de producción y trabajo, o el que permanece como capital monetario). Las acciones y los bonos no funcionan como capital real; son simplemente una reclamación sobre los beneficios futuros, por lo que el valor de capital de dicho papel es totalmente ilusorio. El documento de acreencia sólo sirve como título de propiedad que representa al capital real. Porque el capital no existe dos veces, como capital realmente invertido y como capital cuyo valor son títulos de propiedad de acciones. El "capital efectivo" sólo existe en la primera forma; mientras que las acciones son simplemente títulos de propiedad de una parte correspondiente de la plusvalía que *se supone* se deberá obtener.

Sin embargo, advierte Marx, con el desarrollo del capital a interés y el sistema de crédito, el capital parece multiplicarse a sí mismo, por los diversos modos en los que el mismo capital, o tal vez incluso la misma reclamación sobre una deuda (o un posible capital) aparece en diferentes formas en manos distintas. La mayor parte de este "capital monetario" es, no obstante, puramente ficticia. De hecho, la financiarización podría considerarse como "una peculiar forma moderna de incorporar una variedad de relaciones de crédito en la órbita del capital ficticio" (Fine, 2103: 56).

> "El desarrollo de las fuerzas productivas y de las dimensiones del capitalismo determinan las transformaciones de su superestructura financiera. En este sistema económico, la interdependencia de las actividades de trabajo y sus progresos se reflejan en el crédito. De la misma manera que la producción capitalista transforma todo proceso de trabajo aislado en trabajo social, el crédito penetra y se instala en todos los espacios tiempo de la vida social" (Manigat, 2019: 39).

Todo ese juego ficticio se volvió a disparar una vez mediado el siglo XX. Ya el enorme crecimiento del Departamento III (de servicios) del Estado durante

"los 30 gloriosos" del capitalismo, tuvo que hacerse para absorber la fuerza de trabajo expulsada por la tecnificación industrial, así como para activar la demanda de aquella propia industria, y fue posible porque el Estado se endeudó a cotas desconocidas hasta entonces. El capital-dinero excedente era prestado al Estado a interés que los Estados cubrían con nuevos créditos, volviendo a poner en circulación el dinero prestado en el ciclo económico, financiando gastos sociales e infraestructuras y creando, así, una demanda artificial bajo el prisma capitalista, ya que no era cubierta con ningún trabajo productivo. Con ello, además, los Estados hipotecaban sus propias posibilidades futuras, y cuando su endeudamiento se hizo insostenible llegó el momento de la ofensiva neoliberal, que predicaba una drástica reducción de la cuota estatal en el producto social. La cual, en realidad, sólo se dio en los aspectos redistributivos y de apoyo a la demanda, aumentando, por contra, en los de represión y dominación-legitimación. De hecho, que todo ello no se acompañara de una inflación de igual calibre se debe a que se actuó al mismo tiempo para destrozar las condiciones laborales y el poder social de negociación de la fuerza de trabajo mundial. Los salarios dejaron de acompañar al aumento de la productividad y con ello el consumo se resintió. Gran parte del capital continuó en funcionamiento gracias a los déficits estatales y la creación artificial de demanda para alimentar la capacidad productiva que de otra forma no se hubiera utilizado (Smith, 2017).

Mantener artificialmente ("ficticiamente") la economía a flote fue desde el principio la razón de ser del neoliberalismo como proyecto político de las elites mundiales y muy especialmente del capital estadounidense: procurar la recuperación de la tasa de ganancia capitalista sin una adecuada (colosal) destrucción de capacidad productiva, vinculada fundamentalmente a EE.UU. y su imperio económico. Eso significó intervenir para proteger a los capitales más fuertes y desregular para eliminar a los débiles. Desligar el dólar del patrón oro permitió a EE.UU. financiarse y financiar al mundo con dinero fiduciario, que comenzó a generar una monstruosa deuda[42].

A partir de los años 80 del siglo XX, la paulatina retracción del Estado en relación a la demanda, haría que la creación masiva de capital ficticio se trasladara a los mercados de acciones y derivados. Desde entonces las dimensiones del mismo no han hecho más que dispararse de la mano del

incremento explosivo de cualquiera de sus formas o de la combinación de varias de ellas o de todas al mismo tiempo[43] (cuadro 3).

Los derivados en general pasan de un 33,3% del PIB mundial en 1991 a un 800% en 2005, algo que refleja que la globalización tiene más peso en el aspecto financiero que en el puramente económico y comercial. Las transacciones transfronterizas de acciones y obligaciones en porcentaje del PIB, pasaron en EE.UU. de un 9% del PIB a principios de la década de los ochenta, a un 344% en el año 2003. En Alemania el cambio fue de 7% a 506% y en Francia de 5% a 516%; el caso de Japón tiene sus particularidades, pero aun así las transacciones transfronterizas de acciones y bonos pasaron de un 8% a un 113% en 2003 (Vázquez, 2020: 19).

Cuadro 3. Hipertrofia del capital ficticio (el caso de las acciones y derivados)

La expansión de los activos financieros en el mundo se disparó desde la última década del siglo XX. En 2014 sus acciones alcanzaban la formidable cifra de 294 billones de dólares y representaban un valor 5,7 veces mayor que en 1990.

Gráfico 10. Monto global de activos – en billones de $

Fuente: Nakatani y Piqueras (2020), a partir de McKinsey Global Institute, Haver, BIS, DB estimativas.

Esta cuenta, sin embargo, no registra derivados, una modalidad de capital ficticio que ha adquirido una importancia única en el capitalismo contemporáneo. Hay derivados de todo tipo. Para hacernos una idea de la importancia de esta forma contemporánea de capital ficticio, cabe considerar algunos valores asociados a ciertos tipos de derivados. a) El mercado de derivados de divisas movió un promedio diario de 8,29 billones de dólares en abril de 2019, casi duplicando con respecto a 2007, cuando fue de 4,28 billones de dólares. b) El mercado de derivados llamado sin receta (OTC) mueve operaciones realizadas directamente entre agentes privados sin intermediarios, que alcanzó el volumen de negocios diario promedio de 6,50 billones de dólares en 2019, frente a 1,69 billones de dólares en 2007. El total de contratos OTC a finales de 2018 alcanzó los 544,4 billones de dólares; en 2007 eran 585,9 billones de dólares, pero habían alcanzado un máximo de 710,1 billones de dólares en diciembre de 2013.

A modo de comparación, el PIB mundial agregado para 2018, calculado en paridad de poder adquisitivo por el Banco Mundial, alcanzó los 121,06 billones de dólares; mientras que las exportaciones y las importaciones totales fueron respectivamente de 25,77 billones de dólares y 24,74 billones de dólares.

En los EE.UU. desde principios de la década de 2000 se han formado paquetes derivados llamados Valores Respaldados por Hipotecas o Mortgage Backed Securities (MBS). A partir de los MBS, los

riesgos se transfirieron a través de otros derivados como Credit Default Swap (CDS) y CDOs sintéticos (títulos derivados de CDS). Después de 2005 dos grupos de activos derivados de riesgos crediticios aparecieron y se convirtieron en valores muy importantes, respaldados por activos: Asset-backed Securities (ABS) y Collateralised Loan Obligations (LBO), tanto para la protección de los Bancos como para los inversores de los riesgos de impago.

Toda esta construcción financiera produjo la apariencia de reducción de riesgo asociada con los derivados. Sin embargo, lo que sucedió fue la simple transferencia de riesgos de unas instituciones y entidades a otras. Para operar en este mercado cada vez más desregulado, los principales Bancos de inversión crearon el Vehículo de Propósito Especial (Special Purpose Vehicle, SPV), el vehículo de inversión estructurado (Structured Investiment Vehicle, SIV) y los conductos de papel comercial respaldados por activos o Asset-Backed Commercial Paper Conduits (ABCP). Eran instituciones financieras fuera de las estructuras bancarias y las regulaciones del sistema financiero, con sus cuentas separadas de la matriz, como si no fueran instituciones financieras. La caída del precio de mercado de los derivados puso de relieve las pérdidas de estas instituciones y produjo quiebras financieras generalizadas.

Los derivados, con una destacada importancia en la tendencia a la completitud del mercado mundial, han contribuido decisivamente a la transformación del papel de las finanzas desde su convencional función como intermediarias en el circuito del capital al más dominante papel orientado a la extracción de renta a través del arbitraje y la innovación financieras, haciendo agrandar los límites de su vertiente parásita por encima de la intermediaria, y haciendo declinar la primacía de la producción en la obtención de ganancia. Esto comporta una forma de suicidio capitalista, dado que cuanto más aumenta el precio de las acciones, menor es la tasa de retorno al capital productivo y al resto de capitales (Jessop, 2013, 2015); cuanto mayor es su propia tasa de retorno especulativa, menor será el volumen de capital social total que queda disponible para la producción (Freeman, 2016).

Tal proceso ha generado una extrema distorsión en el sistema de crédito. Las ingentes sumas de capital ficticio que se van acumulando dejan de tener relación proporcional con la producción para alimentarse a sí mismas de forma creciente, desligándose también crecientemente de la riqueza real, por lo que el *capital ficticio* se hace más y más parasitario, o para ser más precisos, especulativo parasitario. A la postre una mayor fracción del capital, en general, se hace rentista y una mayor parte de ese capital rentista es ficticio. Por lo que el capital a interés ficticio especulativo domina también a las otras formas de rentismo, que en consecuencia pierden importancia económica y relevancia social frente a él[44].

El demencial juego financiero que se multiplica exponencialmente desde los años 70 del siglo XX, promueve una altísima inestabilidad y deja tras de sí un rosario de crisis (cuadro 4).

Cuadro 4. Secuencia de crisis tras el cortocircuito económico-petrolero de los 70

1. Quiebras bancarias en Estados Unidos (Penn Square, Seatle First Bank, Continental Illinois; primera mitad de los 80)
2. Crisis de la deuda de las economías periféricas (especialmente México, 1982).
3. Crack bursátil de mediana amplitud de Wall Street, de 1987.
4. 1989: quiebra y salvataje de las cajas de ahorro norteamericanas (primera crisis mundial inmobiliaria)
5. 1990: crack del Nikkei y del sector inmobiliario en Japón (sus grupos industriales se implantan como refugio en USA y China). Recesión mundial.
6. Comienzo de los 90: crisis en los mercados cambiarios europeos y sus ganancias especulativas. Imposición de políticas económicas bajo la excusa de manejar la inflación (Tratados de Maastricht y de Ámsterdam).
7. Segunda mitad años 90: desplazamiento espacio-temporal de las crisis financieras y las recesiones estatales que las acompañaban hacia la zona periférica del capitalismo mundial
7a. Segunda crisis de la deuda en México ("tequilazo") con repercusiones sobre la producción estadounidense.
7b. 1997-98: crisis del sureste asiático (especialmente de "los tigres")
7c. Crisis rusa (agosto de 1998)
7d. Crisis brasileña ("Efecto samba", septiembre de 1998)
7e. Debacle argentina (2001)

Estados Unidos había derivado el capital-dinero hacia la "nueva economía" (léase Internet, el espacio virtual: 1998-2001). El NYSE y el NASDAQ (acciones de las firmas de alta tecnología) volvieron a ser el principal terreno de operaciones de los inversores financieros y managers del nuevo estilo. Los grupos industriales pasaron a comprar sus propias acciones (recompra de sus títulos en Bolsa para sostener su valor), endeudándose en el mercado de préstamos. Las adquisiciones de las firmas más débiles fueron financiadas por intercambios de títulos con precios que no tenían ninguna relación con su valor real. A comienzos de 2001 estalla la "burbuja Internet" (la de las nuevas tecnologías). El Nasdaq colapsa. Empresas-tipo afectadas: Enron, Vivendi… Entre 2000 y 2003 desaparecieron 4854 compañías de Internet.

Fuente: elaboración propia

Cuando en 2007-2008 estalló la burbuja de capital ficticio que había venido creciendo desde los años 80, provocó por fin un cataclismo financiero-bancario. El agujero que se produjo en el sistema bancario es rellenado a partir de ese momento y de forma continua por la emisión de dinero sin respaldo. De manera que la desmaterialización (desligamiento del dinero de cualquier base física) y el capital ficticio han recibido un impulso suplementario. Tal masiva generación de dinero "ex nihilo" se ha dado sobre todo a través:

1/ Del endeudamiento cruzado entre entidades bancarias[45]. Con lo cual, la función de la Banca se resume cada vez más en sostener la tasa de ganancia del capital a través de la creación de dinero-deuda. Se trata de un sistema "disipativo", potencialmente desestabilizador, en el que la creación masiva de deuda bancaria implica el surgimiento de un poder adquisitivo no existente. Se

estima que el 97% del dinero es creado por la Banca privada a través de la generación de préstamos (Apilánez, 2016a).

2/ De la invención de dinero por parte de cada vez más Bancos Centrales, al menos unos 40 en todo el mundo, que han venido dando sin descanso a la máquina de imprimir papel. Un "dinero mágico" que ha recibido el elegante nombre de "flexibilización cuantitativa" o "aflojamiento monetario".

A partir de 2008 en EE.UU. los medios de pago (o medida de la moneda disponible en la economía, que es un múltiplo de la base monetaria de la misma –creada en primera instancia por los Bancos Centrales– y resultado de la creación secundaria de moneda a partir de la emisión primaria) vienen siendo menores que la propia base monetaria, lo cual según los manuales de economía debería ser imposible. A partir del estallido de la crisis en 2008 la FED estadounidense creó de la nada 50.000 millones de dólares por mes, lo que fue seguido pronto por el Banco Central de la UE, que realizó un "aflojamiento monetario" de 60.000 millones de euros al mes hasta diciembre de 2017. En total, los principales Bancos Centrales han creado unos 18 billones de dólares de nuevo dinero desde 2009. Aproximadamente el 22% del PIB mundial, unos 2.300 dólares por habitante del planeta. En 2020, "el año del covid", se estima que la emisión de dinero "ex nihilo" se ha duplicado o incluso triplicado (Roberts, 2021). Sólo de marzo a junio la FED, el BCE y el BOJ pasaron de 9,04 a 13,35 billones de euros[46] (gráfico 11).

Con ese dinero "mágico" los Bancos centrales suministran reservas a los circuitos de pago y créditos[47], garantizando los depósitos de la Banca privada y proporcionándola cobertura. Es decir, convierten el dinero crediticio privado (dinero-deuda privado creado del puro aire –alrededor del 97% del circulante–), en una promesa de pago estatal mediante sus pasivos, en vez de con el dinero mercancía (es decir, se pone a toda la sociedad como –involuntaria– avalista última, a cubrir las deudas y déficits del gran capital bancario-empresarial). A partir de 2008 los Bancos centrales cambiaron los viejos préstamos malos de la Banca privada por nuevos fondos "buenos" (de dinero ficticio), sostenidos por tasas de interés rayando el cero o directamente negativas (Apilánez, 2019a).

Gráfico 11

Fuente: Bloomberg, en Escribano (2020).

Así, la Reserva Federal (Fed) con su creación de dinero "ex nihilo", ha comprado bonos del propio Tesoro de EE.UU. y con los ingresos que genera la subida artificial de los bonos, devuelve dinero al Tesoro para volver a emitir más bonos, poniendo así en marcha una máquina de creación de dinero en un movimiento aparentemente perpetuo. La política de crear billones de la nada para comprar billones en activos de empresas cuya producción se aleja cada vez más de los precios que alcanzan los activos como consecuencia de su especulación al alza por haber sido respaldados o comprados a altos precios por los Bancos Centrales (con dinero ficticio), ha inflado una "burbuja madre" (mucho más grande que todas las anteriores en la historia del capitalismo) de activos, bonos y dinero sin respaldo en *valor* alguno.

> "Todo el mercado global de activos –acciones, bonos, bienes raíces y 'commodities'–, en esencia constituye un esquema ponzi piramidal en el que la rápida expansión del crédito (*capital ficticio*) impulsa los precios de los activos hacia arriba, y dado que los activos son colaterales para la deuda adicional, las mayores tasas de beneficio (*ficticio*) habilitan una nueva ronda para la expansión del híper-crédito. Esto empuja las valoraciones de los activos aún más hacia arriba, lo que crea el escenario para una expansión adicional del crédito (*capital ficticio*), basada en un supuesto aumento asombroso en el 'valor' de la garantía que respalda la nueva deuda. Los bancos centrales han impulsado este esquema piramidal comprando bonos y acciones con divisas creadas de la nada y con ello han fomentado la desigualdad económica y social como no se ha visto nunca antes en la historia del capitalismo" (Dierckxsens y Formento, 2017: 2).[48]

Para entenderlo mejor hay unas consideraciones básicas que se desprenden de la razón de ser de los mercados financieros: 1. La mercantilización del dinero se encuentra en su forma más pura y el fetichismo se hace más prevalente, prestándose al oscurecimiento del papel del trabajo dentro de la producción del capital de usura. 2. La desigualdad se produce naturalmente como subproducto de este círculo vicioso debido al velo de invisibilidad inherente del trabajo y a la exclusión de su papel en el desarrollo de las ganancias (Nguyen, s/f).

Además de ello, no hay que perder de vista un tercer punto de atención. Con el "dinero mágico" de creación primaria, que termina redundando en beneficio de los grandes capitales, éstos pueden comprar riqueza social real[49] y disparar el endeudamiento de la sociedad en su conjunto, como veremos enseguida. Hay que tener en cuenta también, en ese sentido, que los mercados financieros son

completamente diferentes a los mercados tradicionales de bienes y servicios, dado que en los segundos el alza en el precio de las mercancías desestimula la demanda. Esta condición no se cumple en los primeros, dado que en ellos la demanda tiende a aumentar cuando ocurre un alza en el precio. Es importante mencionar que la compra de un producto financiero no se relaciona con un valor de uso, sino con uno de cambio, es decir, el objetivo principal del comercio financiero es conseguir la mayor cuota de ganancia (Durand, 2017). Eso es lo que motiva que mientras en la "economía real" la inflación no repunte por más dinero que se inyecte (y no lo hace sobre todo por la falta de inversión empresarial y por la represión de los salarios), sí se dispare en el ámbito financiero (Roberts, 2021b).

A través de los mismos procedimientos el "dinero mágico" permite mantener el sistema de dominación interestatal propio de la división internacional del trabajo. Así, por ejemplo, como quiera que EE.UU. cuenta con la moneda de intercambio global –el dólar–, el hecho de emitir un flujo continuo de dólares sin respaldo le proporciona un inestimable pilar para mantener su papel dominante.

> "EE.UU. puede gastar mucho más en el exterior de lo que allí gana, pudiendo montar costosas bases militares en el exterior sin la restricción de divisas y, de hecho, con déficits en su balanza comercial. Además, sus corporaciones multinacionales pueden adquirir otras compañías en el extranjero o involucrarse en otras formas de inversión en el exterior sin sufrir constricciones de pagos. El sistema está diseñado para mantener –aunque de forma cada vez más decadente y dependiente del capital financiero que lo absorbe– su propia hegemonía" (Blanco, s/f:11)[50].

En general, el control de las finanzas internacionales por parte de las formaciones sociales centrales permite utilizar el dinero de los demás para paliar en parte la propia incapacidad de acumulación, lo que les posibilita seguir comprando el mundo sin inversión previa (lo cual no ayuda, sin embargo, a su capacidad de mejorar la rentabilidad del capital como "productor" de más capital).

Efectivamente, la financiarización es una forma de recaudar dinero aprovechándose de la plusvalía que han generado los demás, o lo que es lo mismo, de convertir a la representación del valor de las cosas [el dinero] en valor en sí mismo, en virtud de un complejo entramado de creencias sobre

creencias (como, por ejemplo, que en algún momento alguien respaldará el dinero-papel o dinero-moneda con algún equivalente de valor material). Veamos, para obtener dinero las empresas emiten pasivos o acciones (*dinero financiero*) en la participación de la riqueza que se supone que han generado previamente. La emisión sin control de unos y otras hace que en realidad no correspondan a la riqueza real con la que una empresa puede responder (haciendo del dinero financiero un capital ficticio), por lo que si todo el mundo exigiese la recuperación de acciones y pasivos las empresas se declararían insolventes. Pero cuando las grandes empresas emiten aquellos pasivos pretenden que éstos no sean exigibles (es decir, que todo el mundo confíe en su solvencia), y en cambio los utilizan a menudo para comprar otras empresas menores o activos de las mismas que se supone que se van a revalorizar (buena parte de la actual absorción o "adquisición" de la riqueza de unas empresas por otras se realiza en realidad sin que se efectúen pagos en metálico). Es por eso que cada vez más la ganancia de las grandes corporaciones empresariales se obtiene no tanto a través de la producción de valor o, valga decir, de riqueza, sino de la adquisición de la que ya estaba generada (ampliando crecientemente la concentración en cada vez menos manos de la misma)[51].

Estamos, pues, en conjunto, ante un nuevo paso gigantesco en la desvinculación entre "trabajo" (valor) y "dinero", dado que ya el dinero des-substanciado no pasa siquiera por los mercados financieros regulares[52]; antes bien, la reproducción social bajo la forma *mercancía* es alimentada directamente con volúmenes de moneda creados de la nada, con base en la simple decisión estatal, que resulta también un gigantesco mecanismo de succión de riqueza social.

El *bit coin* y en general las criptomonedas son parte de la pulsión por monetizar el dinero ficticio, un intento de otorgarle una carta de credibilidad, que además escapa por el momento a la centralización de los sistemas bancarios mundiales y, más importante, a los diferentes sistemas tributarios estatales. Ante las ingentes sumas de dinero ficticio en circulación, esas monedas podrían sustituir a cualquier otra moneda fiduciaria actual. Hay un agravante más, pues cualquier criptomoneda sólo puede materializar algo de riqueza a través de su cambio por mercancías o mediante su conversión en una moneda

convencional. En ese momento, la diferencia entre el costo de producción y el precio de mercado constituye una forma de transferencia de riqueza acumulada en cualquiera de las monedas convencionales hacia las criptomonedas. Se trata del último paso en la desvinculación entre el dinero y el *valor*: *la máxima idealización del fetiche*[53].

> "Cabe recordar de salida que la locura de las criptomonedas tiene sus raíces en dos procesos relacionados: la existencia de inmensas masas de capital sobreacumulado y de capital ficticio que funcionan de manera predatoria por los mercados financieros internacionales en busca de remuneración; y las profundas inestabilidades del sistema monetario mundial, que provoca desconfianza en relación al mantenimiento del dólar como dinero mundial" (Nakatani y Mello, 2018b: 2).

Todos estos flujos de dinero sin valor reflejan, en general, una suerte de "pirámide ponzi" erigida para permitir la recomposición del dominio de clase en favor de ciertas fracciones de ella, siempre entrelazadas en lo financiero, productivo, comercial y rentista. Y se expresa a través de muy diversos mecanismos.

> "Las estrategias de expropiación se dirigen a erosionar los recursos financieros acumulados (ahorros). Es por ejemplo el caso del emprendimiento, donde el trabajo autónomo y la inversión que comporta son una forma de reintroducir en el mercado una masa dineraria inmovilizada como ahorro familiar para que funcione como capital. Lo mismo puede decirse de la presión ejercida por el sistema financiero sobre el ahorro individual para que se invierta en fondos de inversión y productos financieros, toda vez que los intereses de los depósitos son nulos e incluso negativos. Son solo ejemplos de la presión ejercida por las instituciones financieras –avaladas por la administración del Estado– para incorporar al mercado recursos financieros que no funcionan como capital (ahorros, fondos de reserva familiares); para convertir esa masa de dinero (capital nominal, potencial) en capital efectivo (inversión). Como ya hemos señalado anteriormente, *sobra dinero pero falta capital*" (Vela, 2018: 206-207).

De modo que lo que demasiadas veces se quiere ver como una causa (tanto por la economía ortodoxa, como por el pensamiento político de distintos colores), es en realidad un efecto pasajeramente salvífico de la deteriorada economía del valor y del mantenimiento de sus elites.

> "La postergación provisional de la crisis mediante la expansión especulativa de los mercados financieros parece entonces justamente, al contrario, la supuesta causa de la crisis" (Grupo Krisis, 2018: 80).

Por eso también, y en contra de todos los predicamentos (neo)liberales, si antes era la sociedad la que nutría al Estado, ahora es cada vez más el Estado el que mantiene artificialmente la economía e insufla dinero ficticio a la sociedad, que transforma en trabajo improductivo pero necesario para el mantenimiento social y para la contención del conflicto social. Así el subsidio al denominado "tercer sector" y a la "economía social". Como ya vimos

> "tradicionalmente, la función de encuadramiento social del Estado de bienestar ha consistido en la promoción de empleos dentro de las actividades improductivas o que no resultaban suficientemente beneficiosas para la inversión privada, en el marco general de la terciarización de las actividades económicas. Esta es una manera de encubrir el desempleo estructural –consecuencia de la reducción de los empleos productivos– con cargo al presupuesto del Estado" (Vela, 2018: 207).[54]

Es decir, que se invierten los términos, el capital ficticio deja de ser una muleta de la economía real para pasar esta última a convertirse poco a poco en un apéndice de la universal burbuja de capital ficticio generada, de manera que el capital depende crecientemente del pulmón artificial de los procesos ficticios de creación de valor (Kurz, 2009a). Lo cual hace al sistema inviable a medio plazo.

4.5. Dinero sin substancia, "ficticidad", deuda impagable e inmanejable. Desquiciamiento del sistema

Naturalmente, la necesidad desenfrenada de crédito no podía permitir que el dinero conservase la *forma* que mantuvo hasta entonces. Tenía que caer por tierra su convertibilidad en cualquier valor real y, por tanto también la real sustancia-valor de los sistemas monetarios. La conservación del valor a través del dinero reposa, después de la pérdida de la convertibilidad en oro, sólo sobre la convención y la aceptación subjetiva, y ya no más sobre un fundamento objetivo.

En esas circunstancias, el valor (la cantidad) del dinero relativo a otras mercancías es arbitrario e inestable, sujeto a constante variación y con un impredecible poder de compra. Pierde así su función como portador del valor

de cambio objetivado. La separación del dinero de las bases concretas del socialmente necesario tiempo de trabajo en la producción, socava la propia forma monetaria y tiende a producir una masiva inestabilidad financiera[55].

Aun así, y dado que tales políticas de liquidez artificial no han incidido apenas en la elevación de la inversión productiva (por las razones vistas), se ha abrazado una nueva creencia relacionada con la estimulación de la economía: la de reducir al mínimo los tipos de interés, incluso a cotas negativas. El resultado ha sido igual de frustrante, pero el hundimiento del precio del dinero ha permitido a las empresas endeudarse cada vez más. Sin rendimientos, tanto las empresas productivas como financieras siguen la misma dinámica: emiten obligaciones a bajísimo interés para volver a comprárselas a sí mismas y de esa manera aumentar su precio de mercado[56].

Así que resumamos. Con el "dinero mágico" y los tipos de interés tendiendo a cero, los Estados han rescatado a las Grandes Empresas y a la Gran Banca en quiebra, o, en general, han transferido dinero al circuito bancario-empresarial. Este a su vez re-presta ese dinero a los Estados, con el cual éstos realizan 'salvatajes' (a menudo de sus mismos prestamistas) y parcialmente generan una demanda civil (infraestructuras, obras, servicios…) cuya base es también ficticia. Al mismo tiempo, tienen que volver a pedir préstamos a los mismos prestamistas (o similares) para pagarles sus deudas anteriores a sustanciosos intereses, y poder seguir haciendo como que la economía funciona (más inversiones estatales, más 'salvatajes', más subvenciones y programas de ayuda…), a costa de un monumental trasvase de riqueza pública hacia el beneficio privado. Con la deuda *realmente* pagada por el Estado, las empresas y Banca recompran (a veces a través de filiales y tapaderas "off-shore") sus propias acciones, cuyo 'valor de bolsa' sube (ficticiamente) porque se supone que alguien las está comprando, y todo muestra que las finanzas "van bien". A través de ese dinero financiero ficticio las corporaciones empresariales y la Banca se apropian de recursos físicos y sociales reales, bienes públicos y riqueza ecológica real, que deterioran rápidamente en pro de rentabilidades inmediatas. También endeudan a la propia sociedad, porque el dinero ficticio re-prestado a particulares es una deuda real para éstos, que se transforma a menudo en desahucios, embargos, empobrecimiento y desempleo, generaciones de jóvenes perdidas…, dado que los particulares no son "rescatados".

Este es el demencial juego de un sistema que se ha vuelto definitivamente "irreal", absurdo, que ha entrado en un ciclo al que Apilánez ha llamado de "capitalismo desquiciado" [57]:

> "¿Ausencia de inflación tras la mayor inundación de liquidez en los circuitos financieros de la historia? ¿Pleno empleo con estancamiento salarial y acelerada precarización de las condiciones de trabajo? ¿Grandes multinacionales endeudándose para comprar sus propias acciones y repartirse los dividendos? ¿Tiene algo que ver esta surrealista operativa con la función asignada a la libre empresa por la teoría económica y por los apóstoles del libre mercado en las tribunas mediáticas?" (Apilánez, 2019c: s/p).
>
> "El dinero barato y el apoyo fiscal han mantenido con vida a los 'muertos vivientes', las llamadas empresas zombis, que obtienen pocas ganancias y solo pueden cubrir sus deudas. En las economías avanzadas, alrededor del 15-20 por ciento de las empresas se encuentran en esta situación[58]. Estas compañías mantienen una baja productividad, lo que impide que las más eficientes se expandan y crezcan" (Roberts, 2021d: s/p).

Todo esto, además, no sólo impide la necesaria "limpieza" de capitales no-competitivos[59], sino que dispara una espiral de deuda y capital ficticio insostenibles que aboca a estallidos financieros cada vez mayores. De hecho, como venimos viendo, lo único que pueden proporcionar tales dimensiones de aflojamiento monetario y paroxismo financiero es un alargamiento ficticio de la vida del sistema, un crecimiento basado en una deuda que se multiplica exponencialmente a sí misma, cada vez a mayor distancia del *valor* generado y de su equivalente en dinero "real", y que se hace ya totalmente impagable.

Así que al peso de lo improductivo y de la dilución de la relación salarial estable, hay que sumarle el cada vez más abultado lastre de deudas de dimensiones monstruosas. En los países de la OCDE en su conjunto la deuda se elevó desde el 70 por ciento del PIB durante los años 1990 a casi el 110 por ciento en 2012. En 2018 la deuda total ascendió al 225% del PIB mundial (PMB), 21.866 € por habitante del planeta. Un año más tarde ya llegaba al 240% del PMB (unos 250 billones de $). Ese sobreendeudamiento no es sino una forma de quemar el propio futuro, pues tanto los beneficios como los salarios se verán crecientemente disminuidos en función de la obligación de satisfacción de las deudas contraídas en el pasado.[60]

Efectivamente, cualquier deuda, y más cuanto mayor se hace, está indefectiblemente vinculada a un acto de fe, pues requiere de una premisa insoslayable, que habrá suficiente crecimiento en el futuro (plusvalor

convertido en dinero –porque al final es el dinero el que baja a tierra, el que mide y contrasta, todas las distintas fuentes de ganancia–) para devolver la deuda contraída en el presente (lo que precisa, por otro lado, de la privación de una parte creciente de lo obtenido en cada presente para satisfacer el endeudamiento del pasado). De esta manera, el crecimiento de la deuda desata una permanente necesidad de crecer y de generar dinero para satisfacer intereses. Si pido un préstamo de 100 con interés del 4%, tendré que conseguir generar al menos 4 unidades de dinero más que las que existían, para poder devolver 104. Circunstancia que conlleva una insoslayable pulsión económica para acrecentar los rendimientos del trabajo humano (pago y no pago), así como de los procesos naturales, una exponencial necesidad de conseguir permanentemente más dinero – crecimiento – aumento de trabajo – gasto de energía. Dinámica que conduce a la extenuación del trabajo humano y al agotamiento de las actividades y fuentes extrahumanas[61].

Si ampliamos, entonces, aún más la escala de análisis, se puede constatar que la cada vez mayor escasez de recursos y energía es *la última causa subyacente* a las repetidas explosiones de la enfermedad financiera del capitalismo degenerativo. Fijémonos en que por un lado el funcionamiento económico depende cada vez más del endeudamiento masivo de instituciones, empresas y familias. Por otra parte, ese mismo proceso de endeudamiento hace que la cantidad de intereses totales que se deben mundialmente cada año crezca de manera exponencial. Contradictoriamente, la obligación de servir esos intereses retrae cada vez más recursos de la economía productiva, lo que obliga a seguir creciendo con un mayor apalancamiento. Para acabar, toda la pirámide de deudas acumuladas sobre deudas, toda la espiral especulativa del mundo actual, se basa a su vez en que en el futuro habrá suficiente crecimiento (extracción de plusvalía y su realización en beneficio) como para que aquellas deudas, con sus intereses, sean devueltas. Pero ¿cuánto crecimiento haría falta para ajustar la colosal exposición a la deuda de nuestros sistemas financieros, bancarios y de inversión, que en total alcanza hoy alrededor del 365% del PMB?; ¿cuánta energía y cuántos recursos naturales se requerirían para acoplar el «capital ficticio» generado en torno a aquélla, que puede superar más de 15 veces el PIB mundial?

Gráfico 12. Evolución de la deuda mundial

Así lo expresaba Marx hace justo un siglo y medio atrás:

> "Para obtener la misma cuota de ganancia, suponiendo que el capital constante puesto en acción por un obrero se decuplicase, sería necesario que se decuplicase también el tiempo de trabajo sobrante, y así, pronto nos encontraríamos con que toda la jornada de trabajo y aun las veinticuatro horas del día resultaban insuficientes, aun cuando el capital se las apropiase en su integridad. Pues bien, la progresión de Price y en general 'el engrosing capital with compond interest' tienen como base la idea de que la cuota de ganancia no disminuye.
>
> La identidad entre la plusvalía y el trabajo sobrante traza un límite cualitativo a la acumulación de capital: la *jornada de trabajo total*, el desarrollo en cada momento de las fuerzas productivas y de la población, que limita el número de las jornadas de trabajo que pueden ser explotadas al mismo tiempo. En cambio, si la plusvalía se concibe bajo la forma vacía de sentido del interés, el límite será puramente cuantitativo y escapa a toda fantasía.
>
> En el capital a interés aparece consumada la idea del capital-fetiche, la idea que atribuye al producto acumulado del trabajo plasmado como dinero la virtud, nacida de una misteriosa cualidad innata, de crear automáticamente plusvalía en una progresión geométrica, de tal modo que este producto acumulado del trabajo ha descontado ya desde hace mucho tiempo (...), toda la riqueza de la tierra presente y futura como algo que por derecho le corresponde" (Marx, 1980a: 418-419).

Todo este entramado dejaba bien a las claras que al generalizarse la bajada de la tasa de ganancia en un concreto presente, la clase capitalista comenzaba a apostar cada vez más por una futura (e improbable) explotación satisfactoria del trabajo ("satisfactoria" en el sentido de ser capaz de compensar la enorme deuda generada). El crédito arbitrario fungiría, además, no sólo como mecanismo paliativo del subconsumo causado por la precarización laboral y la incapacidad de las sociedades de acompasarse al ritmo de intensificación de la productividad, sino también como herramienta de subordinación y de destrucción de la sociedad, al generar una creciente inestabilidad económica, crisis más frecuentes y dañinas, deflación salarial, acentuación de las desigualdades y precarización laboral (Piqueras, 2017b).

Sin embargo, como es lógico, cuanto más aumenta la deuda más improbable resulta de ser satisfecha en el futuro, aún más debido a que, como vengo diciendo, una creciente parte de capital en potencia se detrae de la inversión dado que se tiene que destinar a satisfacer alguna porción de esa deuda. Esa es, a pesar de su irrealidad, toda la (en el fondo desesperada) ilusión que mantiene el préstamo, que se desboca en cuanto que deuda privada, en detrimento del

crédito productivo[62].

Digámoslo de nuevo, con el deletéreo juego de dinero ficticio y generación creciente de deuda, se esquilma el presente (la actual riqueza humana y extrahumana) para satisfacer el pasado (las deudas), con lo que al mismo tiempo se carcome cada vez más el futuro (que estará crecientemente hipotecado para cada generación y las que heredan continuas nuevas deudas).

Tenemos así un proceso ambivalente. El derrumbe económico ha sido retrasado hasta ahora mediante la "invención" de ingentes cantidades de dinero sin ninguna vinculación al *valor* (más detalles aún en Lara, 2013), pues sólo convirtiendo el dinero en ficción, puede seguirse aparentando un satisfactorio funcionamiento económico, más allá del *valor*. Sin embargo, al mismo tiempo esa metamorfosis es la causa de la espiral descabellada y crecientemente catastrófica que emprende el capitalismo, con un tendencial acrecentamiento de las dimensiones de cada nuevo estallido de la economía.

En suma, eso que llamamos *financiarización* y que no es sino la dominación de la forma autonomizada del capital dinero como capital a interés ficticio sobre el conjunto de la realidad capitalista (por lo que ésta se vuelve más y más "irreal"), supone el que las finanzas pasen de jugar un papel importante pero intermediario para la producción, a asumir la responsabilidad del crecimiento mediante una función parasitaria[63], focalizada principalmente en la extracción rentista. Se han perfilado como un colosal mecanismo de disciplinamiento social, de expropiación universal y de gubernamentalización de las exigencias cada vez más parasitarias del *capital*[64]. Surgen ante ello al menos dos preguntas inmediatas. Una, ¿es este un funcionamiento genuinamente capitalista? Y dos, ¿cuánto tiempo más puede mantenerse?[65]

Hemos de tener en cuenta que cuanto más difícil es la generación de *nuevo valor* por parte del capital productivo, menos inversión productiva suscitará y más títulos financieros se necesitarán para mantenerle a flote. Pero ni la flexibilización monetaria (juego con la oferta de dinero y con su precio), ni la cuantitativa (compra de títulos con la creación de dinero "ex hihilo"), ni la fiscal (políticas estatales de austeridad o bien de endeudamiento para inversión social), han reactivado la economía, puesto que ninguna de ellas va a la raíz de la enfermedad: la caída del *valor*. En general, de lo descrito en este capítulo podemos extraer una conclusión contundente: la caída de la rentabilidad

desincentiva la inversión productiva y entra, por tanto, en conflicto con el desarrollo de las fuerzas productivas. Por eso, sólo de forma irreal, ficticia, descabellada, puede el sistema seguir aparentando su normal funcionamiento; necesitando, por contra, de cada vez más intervenciones extra-económicas dirigidas a salvar al *capital* de la cada vez más profunda crisis que genera su propia lógica perversa.

Circunstancias que no dejarán de tener también deletéreas consecuencias para la sociedad y, en negativa concordancia, para las posibilidades reformistas-democráticas del sistema capitalista. Harán más bien disparar su deriva "tánato" o de destrucción, vinculada a la cual medra una mortífera *geoestrategia del caos*. Lo vemos en los capítulos siguientes.

---

1. No tengo espacio en este texto para detenerme en el significado e implicaciones profundas de esta nueva "revolución" industrial. Sólo decir que con ella el capitalismo se esfuerza por superar las limitaciones a la acumulación encontradas hasta ahora. Históricamente, se ha movido en la contradicción de que por un lado le conviene concentrar la fuerza de trabajo tanto para extraer de ella el máximo de valor y plusvalor, pero por otro lado requiere dispersarla y confinarla con el objeto de impedir su organización en función de sus propios intereses de clase y profesionales. Uno de los medios, entre tantos otros, que está utilizando en la actualidad (potenciado por la pandemia del covid-19) es el ciberespacio –realidad virtual sistematizada en los chips de los ordenadores y expresada en las redes informáticas que tiende a afectar cada vez más el tiempo total de trabajo–, con la combinación, entre otras innovaciones, del internet de las cosas, inteligencia artificial (IA), Big Data, tecnologías informáticas y telemáticas, industrias 4.0, BigEconomy, teletrabajo y "Home Office". A raíz de tal combinación se persigue suprimir tanto en el medio virtual como en tiempo real, las limitaciones del tiempo físico y las diferencias espacio-temporales entre los centros de producción y los mercados de consumo. Tengo que remitir para estos puntos al riguroso y completo trabajo de Sotelo (en prensa), a quien sigo en estas líneas, para lograr una visión integral, de totalidad, de lo que significa combinar el software, la fábrica digital y el trabajo material de minería de materias primas como el litio, para ver cómo se van a combinar en adelante el trabajo físico, el intelectual y la IA.

> "Es esta una verdadera revolución del tiempo de trabajo y del obrero colectivo que se traduce en un ensanchamiento de la producción de plusvalía y de la acumulación de capital mediante la explotación acrecentada al articular distintas categorías, actividades y funciones que discurren en las cadenas de valor digitalizadas, en las actividades productivas y de servicios, así como en las relativas a la distribución y al consumo (…) Las plataformas digitales, como el trabajo a distancia y el home office, así como los componentes de la cuarta revolución industrial, se proyectan como un todo para reestructurar y reciclar el capitalismo en una nueva dimensión estructural que le permita superar la crisis y las contradicciones de la etapa anterior al coronavirus, donde tuvieron lugar las grandes revoluciones industriales y tecnológicas que no las pudieron resolver" (Sotelo, en prensa: 2021: 73 y 99).

En la actualidad, nos dice este autor, la transformación de la industria manufacturera digitalizada involucra a) el internet de las cosas, b) las empresas conectadas digitalmente, c) Big Data y algoritmos y d) la inteligencia artificial. Sin embargo, si es posible que todo ello pudiera paliar momentáneamente el cuello de botella de la sobreacumulación, tiende a agravarlo en breve, como intentaré explicar en este

capítulo.

2. Estimo que esto no se contradice con los resultados de la investigación de Smith (2016), que revelan que las corporaciones transnacionales mantienen en las formaciones sociales centrales casi exclusivamente actividades improductivas (en términos de generación de *nuevo valor* –según veremos un poco más adelante–) como las finanzas, el comercio, y otras vinculadas a la gestión administrativa. El autor viene a decir que la fuerza de trabajo de las formaciones centrales no produce apenas *nuevo valo*r, sino que por la circulación de capital participa de la apropiación de la plusvalía que surge de la actividad productiva llevada a cabo por las trasnacionales en las "periferias" del Sistema. Aquí hay que advertir a Smith, de todas formas, que aunque obviamente la deslocalización unida a la financiarización hace perder cada vez más trabajo productivo en los centros del Sistema, son éstos los que marcan la dinámica del *valor* (aun a través de la propia tecnología que tienen deslocalizada). Otra cosa es la extracción de plusvalor o cómo se traza la explotación global. En este último aspecto, cabe decir que el creciente recurso tanto en las formaciones periféricas como centrales a la explotación extensiva u obtención de plusvalía absoluta, constituye un síntoma evidente de debilidad de un sistema que fue realizando la subsunción real del trabajo al capital y su dispositivo de vigorosa acumulación de capital a través del desarrollo de la plusvalía relativa o explotación intensiva del trabajo.

Considero interesante, en la línea mencionada, la propuesta de Clelland (2014) sobre el "valor oscuro" procedente de la sobre-explotación de la fuerza de trabajo de las formaciones periféricas y la explotación invisible del trabajo informal, el trabajo doméstico y los recursos naturales-energéticos en la cuenta de los beneficios de las firmas monopólicas y en lo que él da a entender como aprovechamiento del excedente por parte de los consumidores de las formaciones centrales. No hay que confundir, no obstante, las condiciones de posibilitación del valor y de aprovechamiento del ya generado, con que ellas mismas se puedan considerar como *valor*. El camino para la investigación y el debate en esta línea queda, de todas formas, trazado, y es prometedor.

3. Robinson (2021) la llama también "explotación secundaria", y sostiene que la apropiación del excedente se realiza ya más en la esfera de la circulación que en la de la producción, extrayéndose más beneficio del proletariado como consumidor que como productor. Sin embargo, en seguida veremos que esa dinámica trasluce una (cada vez más desesperada) pugna intercapitalista por la apropiación del valor previamente generado en la esfera industrial.

4. En general, es a la interacción entre la caída tendencial de la tasa de ganancia y sus factores contrarrestantes a lo largo del capitalismo histórico a lo que se ha llamado ciclo económico o ciclo industrial. Es obvio que esa tendencia no se muestra igual en todas las ramas ni en todas las regiones del capital. Los propios procesos de reprimarización y de explotación extensiva de la fuerza de trabajo en muchas formaciones sociales, constituyen dinámicas que la contrarrestan, pero la tendencia está siempre presente y se muestra más patentemente en los centros del sistema, que son los principales trazadores del curso del sistema. Por otra parte, he de dejar claro que aunque fundamental esta no es la única causa de las crisis periódicas, pues se combina siempre, en mayor o menor medida, con dificultades de realización originadas por la competencia y el crecimiento desordenado de la producción capitalista, que pueden dar lugar a desequilibrios entre ramas y a sobreproducción (en relación a la capacidad de la demanda), entre otras deficiencias. Sin embargo, la *sobreacumulación* es a la postre la enfermedad crónica del capitalismo, de la que no puede escapar, la que marca a la larga su tendencia estructural no sólo a entrar en crisis sino también a su decadencia.

5. A ello contribuyó que Marx no terminara de ser explícito para todas las posibilidades "productivas" o "improductivas" que se abren en la economía. Puede contrastarse lo indicado por él, por ejemplo, en Marx (1971, 1980a, 1980b, 1981a, 1981b y 2000a), como sintetizo enseguida.

6. Para un aclarador trabajo de comparación histórica en ese sentido, Dierckxsens (2003).

7. La riqueza real no material se realiza a través de su consumo simultáneo (docencia, teatro, asistencia sanitaria, distribución eléctrica…). La riqueza real, sea material o inmaterial, es la única que permite el

sustento de las sociedades, y en el caso concreto del capitalismo es la única que le permite un crecimiento *real*, en vez del crecimiento ficticio a que está sometido hoy, como vamos a ver en este capítulo.

8. Esto no significa que no pueda haber trabajos improductivos por su contenido que sean útiles, ya que el comercio contribuye indirectamente a aumentar la riqueza al nivel de la sociedad en su conjunto (entra en la definición de trabajo productivo amplio por la *forma*). El seguro en general y el seguro contra incendio, por ejemplo, significan la socialización de pérdidas individuales, lo cual permite que el proceso de reproducción social no se vea obstruido (Dierckxsens y Jarquín, 2012). Smith (2019, cap. 8) hace un necesario análisis de precisión de conceptos. Dentro del trabajo improductivo encuadra al trabajo de circulación del capital y al trabajo de mantenimiento social.

9. En *El Capital* Marx insiste en ese punto: "Como el fin inmediato y el producto por excelencia de la producción capitalista es la plusvalía, tenemos que solamente es productivo aquel trabajo –y sólo es un trabajador productivo aquel ejercitador de capacidad de trabajo– que directamente produzca plusvalía; por ende sólo aquel trabajo que sea consumido directamente en el proceso de producción con vistas a la valorización del capital." (Marx, 2000: 77). Kurz lo volvió a poner de relieve: "Una definición de trabajo productivo, con referencia al proceso de mediación de la reproducción capitalista en su conjunto, sólo puede presentarse en última instancia en términos de la teoría de la circulación. En otras palabras: en términos de la teoría de la circulación sólo la mano de obra cuyos productos (así como sus costos de reproducción) regresan al proceso de acumulación de capital es productivo; es decir, mano de obra cuyo consumo se recupera de nuevo en la reproducción ampliada." (Kurz, 1995: 8).

10. Con el desarrollo de la subsunción real del trabajo en el capital "no es el obrero individual sino cada vez más una capacidad de trabajo socialmente combinada lo que se convierte en el agente real del proceso laboral en su conjunto, y como las diversas capacidades de trabajo que cooperan y forman la máquina productiva total participan de manera muy diferente en el proceso inmediato de la formación de mercancías o mejor aquí de productos –éste trabaja más con las manos, aquel más con la cabeza, el uno como director (manager), ingeniero (engineer), técnico, etc., el otro como capataz (overlooker), el de más allá como obrero manual directo o incluso como simple peón–, tenemos que más y más funciones de la capacidad de trabajo se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y sus agentes en el concepto de trabajadores productivos, directamente explotados por el capital y subordinados en general a su proceso de valorización y de producción. Si se considera al trabajador colectivo en el que el taller consiste, su actividad combinada se realiza materialmente (materialiter) y de una manera directa en un producto total (...) y aquí es absolutamente indiferente el que la función de tal o cual trabajador, mero eslabón de este trabajador colectivo, esté más próxima o más distante del trabajo manual directo" (Marx, 2000a: 78-79). Cito aquí las mismas referencias a Marx que hace Mateo (2007) al respecto, porque me parecen muy pertinentes para la explicación.

11. Es este autor distingue el trabajo productivo en su expresión concreta y amplia *por la forma* según si se desarrolla en la esfera de la producción o si lo hace en todo el ciclo de reproducción del capital, respectivamente. Lo que pasa es que a la expresión *concreta por la forma* nosotros la preferimos designar como trabajo productivo *por el contenido*, para respetar las indicaciones de Marx. Cuando aquí me refiera a la consideración de los trabajos productivos o improductivos *por la forma* en ocasiones podré darla también la distinción de "amplia" para designar a los que quedan fuera del capital-industrial.

12. "En los términos del libro I de El Capital, en el que se presenta la relación fundamental de la sociedad capitalista, la del capital-en-general y el trabajo asalariado, el capital se aborda en su forma más general o abstracta y pura, despojado de las particularidades fenoménicas. Sujeto y fin de su propia dinámica de movimiento como plusvalor capitalizado, y así representado por la fórmula D–M–D', donde D'-D= ΔD (D'=D+ΔD), la relación ΔD/D expresa la tasa de valorización del capital-en-general, es decir, 'la medida de su autoposición y autorrealización como tal' y, por tanto, 'unidad de sus determinaciones cualitativa y cuantitativa.' (…) Así, denominamos tasa general de valorización a la ratio entre el plusvalor global extraído de la fuerza de trabajo colectiva de la producción y el capital social global adelantado en dicha

fase de producción, o bien el plustrabajo total empleado en un período y el trabajo abstracto total que representa el capital invertido. Esta expresión, pues, representa el fundamento teórico de la tasa general de ganancia en la perspectiva de la relación capital-trabajo, cuya ratio general se define como la razón de la ganancia global producida y el monto monetario invertido como capital social global" (Mateo, 2007: 5). La tasa media o uniforme, por su parte, constituye la tasa promedio de ganancia que funciona como centro de gravedad del conjunto de rentabilidades existentes y guía el movimiento intersectorial de los capitales en la economía capitalista. Importante la consulta de este estudio como propuesta operativa para el cálculo de rentabilidad del capital en función del acervo de capital invertido en la producción.

13. Sobre todas estas consideraciones ver Carcanholo (2009 y 2011), Dierckxsens (1998, 2011a y 2017a), Piqueras (2018a), donde también se analiza la actual pérdida de la productividad del trabajo tanto por la *forma* como por el *contenido* y el caso concreto de la industria militar.

14. Debo buena parte de las precisiones que se hacen en este apartado a Paulo Nakatani, con quien he trabajado también algunas de ellas en Nakatani y Piqueras (2020). Sin embargo, cualquier posible error expositivo es atribuible exclusivamente a mí.

15. Utiliza precisamente esta terminología cristiana en el Tomo III de *El Capital* para enfatizar la dimensión mistificadora del fenómeno, con importantes repercusiones psicosociales.

16. Esas formas pueden autonomizarse. Así el capital-dinero lo hace como capital a interés y el capital-mercancía como capital comercial, mientras que el capital productivo queda como tal.

17. D = Dinero; M = Mercancía; Mp = Medios de producción; Ft = Fuerza de trabajo; P = Plusvalía

18. Toda esta complejidad puede conducir a diferentes confusiones; una de las más frecuentes es la separación del capital productivo y el capital monetario, al que demasiadas veces se termina llamando capital financiero. Un concepto erróneo en el que muchos autores a menudo caen, por lo que terminan errando también al considerar que hay una contradicción entre la acumulación real y la acumulación financiera. Pero la de "capital financiero" no es una expresión que utilizara Marx (por más que al parecer algunas malas traducciones hayan mostrado lo contrario), aunque puede ser tratada como una categoría histórica por lo implantada que está esa noción. Sobre las raíces de estos equívocos ver Carcanholo y Nakatani (2000).

19. Unos de los grandes problemas al estudiar la rentabilidad del capital "es la ausencia de un único índice a considerar en términos teóricos y empíricos. Nos encontramos con una multiplicidad de expresiones de la tasa de ganancia susceptibles de utilizar en función del grado de abstracción bajo el cual se aborde la acción, los objetivos trazados en ella o incluso los presupuestos teóricos de partida." (Duménil y Levy, 1993:19). En estas consideraciones teóricas me intento ajustar lo mejor que puedo a Marx, por eso es imprescindible tener en cuenta la deducción general de la tasa de ganancia que suponen las actividades rentísticas, a diferencia de muchas medidas de la economía ortodoxa, que las consideran también expresión de la ganancia.

20. Se trata de angustiosos intentos de obtención de ganancia más allá del *valor*. Dinámica que pasa por hacer de las "externalidades" del *valor* (actividades generadoras de satisfactores o bienes de uso y consideradas como "no-trabajos" bajo el prisma capitalista), "trabajos" productivos *por la forma*. Así se intenta, por ejemplo, cuando se mide en tiempo las tareas de los cuidados y se ofrecen como servicios privados (mercancías), desempeñados por personas asalariadas (circunstancia que no puede dejarse de tener en cuenta por lo que puede significar respecto a las posibilidades de integración de ciertas propuestas del feminismo –o al menos de ciertos feminismos– al orden del capital –lo trataremos algo más en el capítulo 10–). Esta nueva ola de desposesiones, teorizada cada vez más frecuentemente como una desposesión por acumulación continua o ininterrumpida desde el mismo nacimiento del capitalismo (por ejemplo, De Angelis, 2012), ha sido bautizada también como "acumulación originaria residual" (Veraza, 2019), a partir de aquello que no se despojó previamente (por carecerse entonces de conocimiento científico y de tecnología para ponerlo en valor) y de aquello que fue logrado como compensación parcial a la desposesión primigenia (los comunes políticos y sociales).

21. “Ante el desajuste del mercado, se produce un reajuste del Estado para recuperar los procesos de acumulación. Esto implica un cercamiento a las condiciones de vida de la mayoría de la población y una mayor dependencia del *más-acá-del-mercado* (las redes y los trabajos no remunerados) para salir adelante. El ajuste final en términos de sostener la vida se da en los hogares, mediante el despliegue de *nuevas* estrategias de supervivencia. Se intensifican y multiplican los trabajos, buscando nuevas fuentes de ingresos (economía de rebusque) y trasladando costes y responsabilidades hacia el trabajo no remunerado (economía invisibilizada). Al tiempo, las fronteras del hogar se expanden en el sentido de poner en común recursos y trabajos entre un conjunto más amplio (economía de retales) y/o de expandirse globalmente (migraciones y hogares transnacionales). Estas estrategias se despliegan en red y están feminizadas. Para comprenderlas necesitamos pensar la economía como un circuito integrado, en el que interactúan diversos agentes (empresas, instituciones públicas, hogares y otros tipos de redes). Ante cambios en una esfera, las demás se recolocan.” (Pérez Orozco, 2014:139). Esta autora dice que al final la responsabilidad de garantizar que el conjunto encaje no es colectiva, sino que está feminizada y, en última instancia, se da en los ámbitos que no se quieren ver. Procede atender aquí a sus propuestas de “subversión de la economía”.

22. “Así, por ejemplo, ese carácter de trabajo *improductivo* que revisten los cuidados en cualquiera de sus formas dentro de la sociedad capitalista, en lo que atañe a la reproducción social, tiene un *precio* que se realiza como coste del Estado de bienestar. El desarrollo capitalista destruye relaciones y vínculos sociales comunitarios para reconstruirlos bajo la forma específica de sociedad de consumidores, de *comunidad del capital* que gira en torno a la circulación de mercancías. Aquellos vínculos sociales garantizaban ese trabajo socialmente necesario de cuidados que, ejecutado en el ámbito privado, doméstico, quedaba fuera de la contabilidad oficial capitalista, como coste *externalizado* pero no reconocido formalmente. A fin de cuentas, se trataba de trabajo fundamentalmente desempeñado por mujeres, que no se contemplaba en el ciclo de negocio empresarial, pero que subyacía por debajo del mismo simplemente como trabajo no pagado. Es decir, se trataba de un coste de (re)producción de la mercancía fuerza de trabajo –la única fuente de valor (trabajo)– que no se tenía en cuenta en la contabilidad general del proceso de acumulación de capital. La incorporación masiva de las mujeres al régimen asalariado convencional, en la actual fase de dominación del capital, hizo aparecer en un primer plano el problema de la realización de ese trabajo no reconocido pero socialmente necesario. La administración del Estado, gestora de la reproducción social, lo asumió en parte como servicios asistenciales en el pacto del Estado de bienestar. El giro actual hacia la privatización de los servicios de asistencia entraña, sin embargo, una contradicción económica, política y social (…) [pues] la cobertura de tales servicios por parte de las empresas privadas depende, en último término, del presupuesto público” (Vela: 2018: 197-198). Presupuesto que se ve cada vez más limitado con la disminución de la rentabilidad capitalista, así como con la reducción del precio de la fuerza de trabajo y con su expulsión de los procesos productivos, como veremos un poco más adelante.

23. Fijémonos en lo dramático de esto si consideramos los crecientes costes de afrontar las consecuencias de procesos que veremos en el capítulo 6 y que desembocan en valor negativo e incluso en la negación del valor, a lo que he llamado *negavalor*: pandemias, plagas, sequías, inundaciones, huracanes, barreras y controles poblacionales y migratorios, extenuación de la fuerza laboral, agotamiento de recursos, emergencia climática…

24. Así, por ejemplo, en España en 1995 las rentas del trabajo sufrían una carga impositiva media del 16,4% del PIB, mientras que las rentas del capital sólo llegaban al 7,4%, es decir, menos de la mitad. Trece años después, en 2008, la situación apenas había variado: 16,7% para las rentas del trabajo, 8,6% para las del capital. Esto hace que lo recaudado de la población trabajadora sea más de 9 veces el monto total recaudado del ámbito del capital. Aun así, en circunstancias especialmente adversas para la rentabilidad productiva, a los grandes capitales la tributación regresiva (consistente en gravar cada vez menos a los que más tienen) no les es suficiente. Recurren, por tanto, al fraude fiscal generalizado y a la

evasión de impuestos. Y aún falta un último toque para poder sacar provecho del conjunto de exacciones impositivas, evasiones y fraudes: comenzar a sembrar el mundo de lo que las elites llaman "paraísos fiscales", en realidad puertos francos de tráficos de divisas, inversiones opacas, capital ficticio y ganancias inconfesables. Desde mediados de los años 70 del siglo XX (justo cuando comienzan a experimentarse los límites de la onda expansiva de la postguerra) se dispararía esa operación. Según "Tax Justice Network" (Red para la Justicia Global), en 2015 había unos 26 billones de euros ocultos y libres de impuestos en los diversos paraísos fiscales –lo que suponía aproximadamente un tercio del PIB mundial– (Piqueras, 2014a).

25. En general keynesianos y neokeynesianos proponen que los Estados tomen prestado capital (o se inventen dinero para convertirlo en capital) con miras a realizar inversiones civiles y trabajos públicos, que disparen las inversiones en el sector privado al haberse aumentado el poder adquisitivo de la fuerza de trabajo, relanzándose así la onda de empleo y beneficios. Esta propuesta desconoce en primer lugar la distinción entre inversiones productivas e improductivas (como si todas fueran productivas). Tampoco entiende que sin rentabilidad el capital privado no hace inversiones productivas, por más que circule el dinero (Carchedi, 2018).

26. Tanto Carchedi como Roberts tienen trabajos destinados a explicar la impotencia de las políticas keynesianas para evitar la caída tendencial de la tasa de ganancia. Más aún la de medidas neoliberales que conllevan austeridad, incremento de la explotación o la salida financiera (especialmente Carchedi, 2011a, desmonta unas y otras paso por paso). En general, muy recomendable seguir el excelente trabajo de Carchedi y Roberts –2018–, junto al de autores que colaboran en esa obra, en su contestación a todos aquellos que ponen en cuestión las razones de Marx para explicar la caída de la tasa de ganancia (incluidos algunos marxistas, como Heinrich, según veremos en el capítulo 8). Cito después otros trabajos suyos que incluyen este punto nodular, pero puede seguirse aquí también entre otros a Shaikh (1992, 1998 y 2006).

27. Dice Roberts al respecto: "El aumento del gasto público y los déficits presupuestarios regulares no permitieron a ninguna economía capitalista importante evitar la Gran Recesión. Por ejemplo, Japón tuvo déficits presupuestarios durante más de una década antes de la caída de 2008-9. No significó ninguna diferencia. Japón entró en recesión, al igual que todas las demás economías importantes" (2019b: 3).

28. El gasto gubernamental tiene poco o ningún impacto en el impulso del crecimiento económico ni en la inversión: la cantidad es demasiado pequeña para tener impacto (la inversión gubernamental promedia solo el 2-3% del PIB en la mayoría de las economías capitalistas en comparación con el 15-20% del PIB de la inversión del sector privado). En realidad la mayoría del gasto gubernamental en las economías capitalistas proviene de dádivas para las empresas capitalistas y tienen muy pocos resultados productivos (Roberts, 2019a). Aun así, la neokeynesiana Teoría Monetaria Moderna (TMM) insiste en promover una creación incesante de dinero por parte del Estado para revitalizar el ciclo económico y la redistribución social (dinero que estaría disponible para el capital productivo y también para la población que pueda consumir). No entiende, como ya apunté antes, que el mal no radica en la falta de inversión productiva porque a los capitalistas les apetezca más de pronto ser rentistas y/o especuladores, sino porque la rentabilidad es muy deficiente, y esto se debe a la caída del valor como plusvalor. Con el "dinero inventado" que la TMM propone se consigue ante todo separar más la representación del valor (el dinero) respecto del propio *valor*. Y se pide, ingenuamente, en plena automatización y robotización de los procesos productivos, la reintegración de la masa de la fuerza de trabajo a los mismos. Estos economistas están ingenuamente de acuerdo en que la "relajación fiscal es la respuesta" para restaurar el crecimiento, la inversión, el empleo y los ingresos en una economía capitalista. En síntesis: el gobierno toma prestado o imprime dinero y los capitalistas y trabajadores lo gastan. Una vez que se restablezca el crecimiento, se logre el pleno empleo y aumenten los ingresos, se podrá financiar el servicio de la deuda y desactivar las inyecciones de dinero para evitar una posible inflación en una economía "sobrecalentada" (Roberts, 2019a).

29. Esta nueva ola tecnológica no es una mera suma cuantitativa de avances, sino que entraña un gran salto cualitativo respecto a todo lo anterior. Para enfrentar el complejo proceso de reconversión tecnológica, las empresas productivas deben hacer una alta inversión en un capital fijo que por su propia idiosincrasia (inteligencia artificial) tiende a mantener un desbalance respecto de la incorporación de fuerza de trabajo, la cual por lo común no resulta incorporada en proporción suficiente como para mantener el *valor* necesario para la rentabilidad del capital (y así compensar las inversiones). Serio atolladero este, difícil de salvar para el *capital*.
30. Ford (2015) evidencia esto al mostrar que del 38,3% de las profesiones más empleadas en los Estados Unidos, el único trabajo "no tradicional" (es decir, uno que no existía antes de la década de 1930) era el de comida rápida. A pesar de los avances tecnológicos que se han producido en los últimos 80-90 años, su estudio permite observar cómo la mayoría de los puestos de trabajo siguen siendo "trabajos tradicionales".
31. Así por ejemplo, España contaba al acabar 2016 con 374.500 ocupados más, según la EPA, de los que había en el cuarto trimestre de 2011. Pero eso no significa que haya más trabajo. Según el Instituto Nacional de Estadística (INE, 2015) las horas trabajadas en España al finalizar el año 2015 ascendían a 31.428 millones, 1.359 millones de horas menos de las que se registraron aquel primer año. Cuando estallaron las burbujas financieras, se trabajaban en España más de 36.518 millones de horas, pero acabando la segunda década de este siglo se trabajan 4.436 millones de horas menos. Si el crecimiento del empleo está aumentando más que el número de horas trabajadas es porque se está produciendo un reparto del empleo degradado o basura. Otra muestra, el volumen de horas extra sin remunerar impuestas a los/as trabajadores/as vuelve a acercarse a los tres millones, pese a la caída general de la ocupación por la pandemia, metiendo en la economía sumergida el equivalente a casi 73.000 empleos de 40 horas. Las 2,81millones de horas extraordinarias que cada semana se han trabajado gratis en España entre marzo y junio de 2021 se acercan a los 2,91 del mismo trimestre de 2019 y a los 2,98 del de 2018 tras haberlas superado con creces en el de 2020 (INE, 2021).
32. Es de gran interés seguir el trabajo de estos autores para ver una buena combinación de los argumentos clásicos (Smith, Ricardo, Marx) y su actualización por nuevos académicos sobre las causas profundas del estancamiento del crecimiento.
33. Un buen análisis al respecto, especialmente documentado para EE.UU., en Cámara (2015). En general es recomendable para lo aquí tratado toda la obra coordinada por Juan Pablo Mateo, en la que se incluye el capítulo de este autor. También Roberts (2021c) lo explica de manera sencilla y gráfica.
34. Es importante consultar sobre estos puntos Smith (2019), quien sostiene la tesis de que el socialmente necesario trabajo improductivo (ya sea para la circulación de las mercancías, ya para el mantenimiento del sistema) tiene que ser tratado como capital constante para el conjunto del capital social, pues funciona igual que el primero para el capital productivo: puede añadir un valor ya creado previamente, y también más plusvalía, pero no crear valor nuevo en la economía (ver capítulo 3). Es por eso que en periodos de expansión tiende a contribuir a aumentar la tasa anual de plusvalía (facilitando la circulación de las mercancías y capitales, esto es, la realización de la plusvalía), pero en tiempos de contracción e intensificada competencia por los dividendos del mercado, es proclive a debilitar aún más al capital productivo. Por lo común, más autonomía alcanzan los capitales comerciales y a interés, así como los estatales, respecto del capital industrial, mayor será el daño que puedan infligir al capital productivo, al proceso de valorización y a la tasa media de ganancia. Lo vamos a ver más abajo para el caso del capital a interés.
35. Se puede considerar que realiza la subsunción real en cuanto que el trabajo humano queda subordinado a la máquina, pero no en cuanto a la realización efectiva del mismo como trabajo abstracto para la extracción de plusvalía.
36. Dentro de éstas incluye a) empleo temporal; b) arreglos contractuales que implican múltiples partes; c) relaciones de empleo ambiguas; d) empleos a tiempo parcial. Sobre la dilución del trabajo asalariado en el capitalismo actual, Piqueras (2017a).

37. Puede consultarse sobre ello, y sobre porqué China es el único país que ha podido convertirse en nueva potencia, Herrera y Long (2017 y 2018); Dierckxsens y Piqueras (2018). Ver también más adelante, capítulo 7.
38. En el capitalismo actual las fuerzas destructivas no sólo se van imponiendo a las productivas, sino que estas últimas se hacen ellas mismas también más "dañinas", como veremos en el capítulo 6.
39. La diferencia entre dinero y crédito (reconocimiento de deuda que substituye al dinero en su función de medio de intercambio) es la base para el análisis del sistema financiero. El dinero es el representante de la forma social del valor de cambio de las mercancías. Gracias a éste, las monedas escriturales –y todos los instrumentos de crédito– adquieren y conservan una validez social. Este último nace con la transformación de la vieja usura en sistema de crédito, proceso que exige la separación de las operaciones del capital-dinero del capital-productivo y del capital-mercancía. Este entrelazamiento entre circulación financiera y circulación industrial explica por qué el sistema de crédito opera, simultáneamente, como palanca del proceso de acumulación y de toda clase de burbujas especulativas. Por la misma razón, la dinámica del sistema de crédito condiciona las interacciones entre las crisis de sobreproducción y los cracs y crisis financieras. Cambiará también el papel de los Estados, como vamos a ver (para una precisa explicación de estas conexiones y de lo que significa la financiarización de la economía, Manigat, 2019, aunque como ya dije no compartamos la denominación de "capital financiero", que en el Observatorio Internacional de la Crisis designamos como "capital a interés" por estar más ajustado a la denominación de Marx, –ver al respecto, Dierckxsens y Piqueras –2018– y Nakatani y Piqueras –2020–). Sobre la financiarización del capitalismo se ha teorizado mucho en los últimos tiempos. Entre lo cercano a nuestros planteamientos, que la concibe como exacerbación (ficticia) del capital que devenga interés, Chesnais (2006 y 2008), donde el autor termina por reconocer las "ganancias ficticias"; Hudson (2012, 2015, 2021); Fine (2013); Durand (2017), por más que en algunos puntos unos u otros autores discrepan entre sí. Igualmente Foster (2007) entra dentro de nuestra tesis "estancacionista". En una versión más socialdemócrata, sin aclarar las raíces de la financiarización, pero ilustrativa en sus consecuencias, Lapavitsas (2011 y 2016). También Husson (2006, 2009) ha incursionado bien en la financiarización capitalista, aunque sin terminar de reconocer las ganancias ficticias, como Carcanholo (2011) le critica. Sin embargo, no todos estos autores concuerdan en indicar a la sobreacumulación de capital como la causa de la financiación, e incluso algunos coinciden con la economía ortodoxa en señalar a aquella última como la causa habitual de las crisis. Así por ejemplo, Carchedi (2011a) discute contra Chesnais, Husson y Cockshott sobre ello. Un aceptable repaso de las tesis sobre la financiación puede seguirse en Olavarría, Bidwell y Gasic (2020). Una explicación secuencial de la misma, cercana a nuestra postura teórica, puede encontrarse en Mariña y Torres (2010).
40. El capital ficticio puede ser de tipo 1 y de tipo 2. El aumento del crédito a tasas cero de interés otorgado por la Reserva Federal, el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra y otros Bancos centrales, a la Banca financiera, permite a ésta financiar con endeudamiento el "outsourcing" y otras inversiones empresariales. Al vincularse este capital con inversiones productivas (sobre todo hasta 2008) se transforma en capital real, a una escala global. Cuando, entonces, el capital ficticio adquiere forma productiva (como capital productivo globalizado), le llamamos de tipo 1. El capital ficticio de tipo 2, en cambio, se reproduce a sí mismo en una cadena de emisión de dinero sin respaldo para que las empresas puedan comprar sus propias acciones de manera que su capital se auto-multiplique, sin ninguna conexión con la producción (Dierckxsens y Piqueras, 2018). Lo desarrollo más abajo. En el OIC venimos incidiendo desde hace años en la explicación e importancia del *capital ficticio*. Ver aquí, por ejemplo, Carcanholo (2009 y 2011), Carcanholo y Nakatani (2000 y 2015), Marques y Nakatani (2009 y 2013), Nakatani y Gomes (2014), Nakatani y Marques (2020), Dierckxsens y Piqueras (2018), Piqueras (2017b).
41. González (2020a) ha llevado a cabo su traducción en una magnífica compilación sobre el joven Engels, quien, como señalaremos en el capítulo 8, se adelantó en este, como en otros terrenos, a Marx,

siendo inspiración suya.

42. Liberalizar el mundo financiero que tanto había costado domeñar en los Acuerdos de Bretton Woods tras todo el cúmulo de desmanes que se habían iniciado a fines del XIX y que finalizó en la catástrofe del 29 y el hundimiento económico de los 30, comportó una ingeniería social y financiera de gran calibre. El dominio del capital a interés en la economía contemporánea y el desarrollo del capital ficticio fue el resultado de diferentes factores, como el papel desempeñado por los Estados Unidos e Inglaterra en la desregulación financiera, en la descompartimentación de los mercados financieros nacionales y en la desintermediación financiera, condición sin la cual no habría tal dominio; también la adopción de políticas favorecedoras de la centralización de los fondos líquidos no reinvertidos en las empresas y los ahorros de los hogares (Nakatani y Gomes, 2014). El chispazo definitivo tendría lugar con la desvinculación del dólar del patrón oro, en 1971. En seguida el resto de potencias capitalistas haría lo propio con sus monedas. A partir de entonces éstas no tendrían ningún anclaje material y podían "flotar" a merced de las apuestas y especulaciones sobre ellas (instaurándose un nuevo sistema monetario internacional). Los procesos seguidos en casi todo el planeta responderían en adelante a unos mismos patrones, que comienzan por la desregulación del sistema bancario y de las finanzas, desmantelando primero los mecanismos de control financiero o las instituciones financieras keynesianas y des-reprimiendo al capital a interés para posibilitar la base especulativo-rentista que caracterizaría después al (actual) capitalismo degenerativo. En adelante, el capital a interés especulativo parasitario (Piqueras, 2017b) pone a su entero servicio a los Bancos centrales, que a su vez pierden cualquier autonomía, pues para financiarse deben acudir a la Banca privada. El "juego" consiste en que los Bancos centrales crean dinero para facilitárselo a la Banca privada a un interés muy bajo (no más del 1%), pero no pueden crear dinero para sí mismos, por lo que aquélla a su vez les re-presta su propio dinero a intereses más altos (un 6% garantizado). Como es obvio, esto se convierte en *un extraordinario mecanismo de succión de la riqueza social*, pues el beneficio privado de ese saldo va a cuenta de los contribuyentes. Lo cual no hace más que *disparar la desigualdad social* (mientras unos se enriquecen más y más, las mayorías se van empobreciendo y sus condiciones de vida se precarizan). Como resultado, igualmente, los Estados pierden autonomía monetaria y fiscal, pues están sujetos a la financiación privada, que impide la emisión de dinero por su cuenta y cualquier medida fiscal que contradiga sus principios. De lo que se trata es de que no puedan aplicar políticas redistributivas y dejen el camino despejado para privatizar el ámbito público, permitiendo que las empresas financieras y no financieras extraigan más y más ganancias no productivas.

El hinchado valor bursátil de activos y propiedades hizo que más y más sectores de la sociedad entraran en el desquiciado juego financiero especulativo (era la fase en que parecía haber un pequeño especulador en cada individuo). La mayoría perdería en el mismo, como se vio en seguida con las preferentes y demás artilugios de desposesión financiera, que vendrían a unirse a los vistos más arriba. Entre otros, las promociones fraudulentas de títulos, la destrucción deliberada de activos mediante la inflación y a través de fusiones y absorciones, el endeudamiento generalizado (por encima de la capacidad de pago) que genera un disciplinamiento de las sociedades así como formas modernas de servidumbre por deudas, los fraudes empresariales, la desposesión de activos mediante la manipulación del crédito y las cotizaciones o por sustracción directa (p.e. el saqueo de los fondos de pensiones), la ofensiva especulativa de los fondos de riesgo ("hedge funds"), etc… Con estas premisas, las disparadas dinámicas de *corrupción* que se acentuarían sobremanera desde los años 70 hasta aquí, no serían sino la parte más superficial o visible de todo el entramado de saqueo que se había estado construyendo. Por falta de espacio, remito a otros lugares donde he desarrollado los pasos de la financiarización, su extensión a los circuitos secundarios y terciaros de acumulación y su difusión social: Piqueras (2011, 2014c, 2015).

43. El Bank for International Settlements en su *Quarterly Review* de junio de 2011, reportaba haber recibido datos bancarios hasta diciembre de 2010 por un total de 601 billones de dólares en derivados emitidos, lo que suponía más de diez veces el PIB mundial. Otras fuentes estiman, sin embargo, ese monto de capital ficticio en torno a treinta veces la riqueza mundial «real». En cualquier caso, en 2012 el

Banco de Basilea confirmaba que el monto total de derivados financieros superaba los 720 billones de dólares, lo que suponía un crecimiento de un 20% en poco más de un año. Sólo las transacciones sobre productos derivados en 2010 alcanzaron los 1400 billones de dólares (Dierckxsens y Jarquín, 2012:77-79). De los 4 billones de $ a que ascienden las operaciones realizadas cada día en el mercado mundial de divisas, alrededor del 95% no tiene relación con la compra de bienes y servicios, lo que indica que las monedas nacionales se han convertido también en un instrumento financiero especulativo de primer orden (Palazuelos, 2015: 159 y 161).

44. Recordamos en este punto, que el capitalismo se desenvolvió como medio de producción frente al rentismo tardofeudal. Ese rentismo estaba expresado por medio de la renta de la tierra y del interés. El capital tuvo que sobreponerse a ambos y su buen funcionamiento siempre estuvo ligado a su distancia respecto del rentismo (el famoso sueño de Keynes sobre el "suicidio del rentista"). Involucionar hoy hacia el rentismo-deuda es todo un indicador de degeneración capitalista. Ver aquí el gran trabajo de Hudson (2018). Síntesis en Hudson (2021).

45. Cuando un Banco comercial hace un préstamo, por ejemplo, a alguien que contrae una hipoteca, el Banco registra en su cuenta un depósito de "haber" equivalente al monto de la hipoteca. A partir de ese registro el Banco crea nueva moneda (es decir la deuda funciona como dinero, por eso los Bancos están cada vez mucho más interesados en que tengamos deuda con ellos que no cuentas con dinero real, dado que éstas implican un registro como "deuda" del Banco, como "pasivo" suyo, –en realidad nuestras cuentas no "están" de verdad en los Bancos, sólo figuran como anotaciones–. Sin embargo, los Bancos pueden multiplicar ficticiamente su cuantía: en la actualidad el coeficiente de caja en diversos países es de 2%, lo que significa que, por ejemplo, de cada 2 euros que depositamos en el Banco, la entidad puede prestar 98, como si fuera dinero real). La cuestión se agrava cuando las deudas con los Bancos se titulizan como si fueran activos reales, que pueden llegar a re-comprarse muchas veces a precios cada vez más caros, en una demencial espiral de "ficción" (si las hipotecas o deudas contraídas no se pagan, todo el dinero inventado a partir de ellas se percibe por fin como pura ficción; pero aunque se satisficiera la deuda original, ya estaría a abismal distancia de todo el dinero ficticio que se ha multiplicado en torno a ella).

46. El BCE puso en marcha el programa de compras de deuda, hasta los 1,36 billones €. Con todo ello el balance del organismo concluía 2020 en unos 9 billones € desde los 4,69 con los que comenzó el año. Para más datos de los primeros años del aflojamiento monetario y razones de ello, Nakatani y Gomes (2014).

47. No hay que olvidar en medio de todo el disparate ficticio, que la financiación inicial por parte de los Bancos –el dinero como crédito– permite validar de antemano el gasto de trabajo vivo: *el trabajo en curso de validación en el proceso productivo*. Si las expectativas a corto plazo de las empresas se ven cumplidas, el valor latente o ideal se realiza en la circulación de mercancías sin cambio alguno en su magnitud, y si no, se producirán pérdidas, que, en caso de ser generalizadas, abren la posibilidad de una crisis. "El vínculo necesario entre (nuevo) valor y dinero (ingresos) ha de ser fundamentado en la necesidad del capital de extraer trabajo vivo de su "otro interno", esto es, una potencialmente resistente clase trabajadora (…)". (Navarro, 2018: 188). Esta es parte de la exposición de Clara Navarro sobre la teoría de Bellofiore, que se corresponde con su versión heterodoxa del dinero, al que el autor italiano teoriza como "el instrumento que permite controlar, contabilizar, distribuir y organizar las relaciones de metabolismo con el mundo, en un proceso que determina el conjunto del ciclo de acumulación del capital y que se especifica al ritmo del desarrollo del Capital mismo" (Navarro, 2018: 184).

48. Roberts (2021a) muestra cómo según los intereses a largo plazo caen, el precio de la capitalización de mercado de las acciones empresariales relativas a los beneficios se ha disparado. En general, la diferencia básica entre el resultado del crack del 29 y el de 2007-2008, es que el Capital (en mayúsculas, como capitalista colectivo o conjunto de personificaciones del *capital*) aprendió la lección, y hoy se ha dotado de un puesto de mando económico global, capaz de ralentizar la degradación. Acabamos de ver que una

de las "herramientas mágicas" de la salida en falso del último estallido de la crisis del capital ha sido crear dinero despojado de cualquier anclaje material.

49. La desigualdad aumenta al elevar el precio de los activos financieros, ya que éstos mayoritariamente son poseídos por los que más tienen (así por ejemplo, en EE. UU. el 10% de la población posee el 85% de las acciones y fondos de inversión). Con su subida artificial del precio, la clase capitalista se enriquece más. Y como quiera que con ellos también suben los precios de las viviendas y la energía, por ejemplo, el resto de la sociedad se ve en crecientes dificultades para cubrir la reproducción de su fuerza de trabajo. Ver Jessop (2013) para un análisis de la relación entre dinero fiat de crédito y los juegos piramidales con la moneda. Sin embargo, en contra de lo que parece sostener Nguyen, recién citado, Caffentzis (2013) señala a las finanzas como parte de las luchas de clase que pueden ser llevadas entre el Capital y el Trabajo, como veremos en su momento (capítulo 8).

50. En todos estos procesos de desigualdad y dominio son en los que se suele traducir la "solución" que propone la Teoría Monetaria Moderna aludiendo a la capacidad del Estado de acuñar moneda de la nada (y su potestad de lanzarla en helicóptero), sin tener en cuenta ni el carácter de clase del Estado ni su posición en el sistema mundial capitalista (ver, además, lo dicho en el apartado anterior sobre la incapacidad del Estado de sostener una activación de la economía por sí mismo a través de impuestos o deuda honrable). Para algunas buenas consideraciones de la "financiarización subordinada" en los países periféricos y la perpetuación de su subordinación, Villavicencio y Meireles (2019), con valiosa bibliografía al respecto (así como con consideraciones teóricas de distintas Escuelas sobre la financiarización). La "financiarización subordinada" la entienden como el fenómeno en el que los agentes económicos buscan, a través del comercio de activos financieros, obtener una mayor rentabilidad en los países de la periferia a expensas del desarrollo económico (y social) (2019: 107). Algo que, por otra parte, es ya bastante generalizable, "dado el carácter expansivo de la acumulación, que reconfigura el espacio global de valorización desvaneciendo fronteras financieras entre centro y periferia" (Lechuga-Montenegro, 2019: 178).

51. Gracias al actual papel del Estado, a escala interna, y al de las instituciones de gobierno mundial (OMC, FMI, Banco Mundial, G-20, OTAN…), al nivel global, la enorme y creciente masa de capital excedente se emplea también en la compra de bienes y servicios que antes eran públicos o estatales y que pasan a convertirse en mercancías para la ganancia privada, tanto en las formaciones sociales centrales como periféricas: recursos energéticos y naturales básicos (agua, gas, combustibles fósiles, redes eléctricas, bosques, tierras, etc.), redes telefónicas, de correos, de transporte, sistemas educativos, de salud, etc., etc. Tal dinámica constituye uno de los puntales del presente proceso, planetario y brutal, de desposesión de seres humanos y sociedades, que sólo tiene parangón en la "acumulación primitiva de capital" (en los orígenes del capitalismo). Aquélla es complementada con la provocación de crisis financieras parciales en determinados sectores (por ejemplo, aeronáutica, industria pesada, etc. …) o en unos u otros territorios (sureste asiático, Rusia, México, Argentina…), acarreando la devaluación o sobredevaluación de numerosos activos locales, que luego son comprados a precio de saldo por el capital excedente central.

Este gigantesco mecanismo de apropiación de riqueza social que ya había sido generada, ha tenido una de sus máximas expresiones en la compra a saldo de la riqueza material y social que tenían los países del Segundo Mundo o Bloque Socialista (del Este europeo). Como es consustancial a este capital de rapiña, se ha mostrado incapaz o desinteresado de regenerar la maquinaria productiva de esos países, que (con la lógica excepción de Alemania oriental) sufrieron con su cambio de sistema un proceso de "tercermundización" o de drásticas caídas en los parámetros productivos, sociales y de vida (ver Tema III del Apéndice).

En el campo contrario, la ubicación en la zona euro, la atracción de capitales ejercida por los Bancos y por la venta o canje de títulos en los mercados financieros fueron la principal fuente de enriquecimiento de la economía española, por ejemplo, capaz de compensar sus enormes déficits comercial y por cuenta corriente. La creación de 'dinero financiero' por las empresas españolas –en forma de acciones emitidas–

llegó a suponer el 6% del PIB en 2000, superando ampliamente la creación de 'dinero papel' y 'dinero bancario'. Se trata de pasivos no exigibles, en cuanto que en la práctica no van a necesitar ser devueltos. Y esto es así porque las economías centrales pueden emitir pasivos que son comprados de buen grado por el resto del mundo como depósito de valor o como inversión segura, y que a la postre no se van a exigir (ni implican hacerse con el control de las entidades que los emiten). Mientras que como las formaciones centrales periféricas no pueden hacer lo mismo, deben recurrir a préstamos o a pasivos sí exigibles, o bien recibir inversiones que tienen como contrapartida la propiedad o control de sus propias empresas, recursos o actividades. En general, como dice Naredo (2006), se generan dos tipos de empresas (y se podría añadir también de formaciones sociales) capitalistas: 1/ las que tienen capacidad de crear dinero financiero [quitando con ello a los Bancos la exclusividad en la intermediación financiera, razón por la que éstos han de depender crecientemente del crédito para su ganancia]; 2/ las que tienen que conseguir su ganancia-dinero mediante la producción y venta de bienes y servicios.

52. En la historia de la humanidad el dinero ha pasado por distintas expresiones: como dinero-mercancía social (sal, cacao, conchas…), como dinero-mercancía privado o estatal (oro, plata…); dinero-moneda; dinero crediticio (como deuda o anotaciones de deuda); dinero fiduciario o de fe en que "se pagará al portador" con alguna substancia de valor a cambio del papel o billete; y ahora dinero ficticio (ya ningún billete se imprime bajo la promesa de "se pagará al portador") y dinero ficticio virtual (criptomonedas), en una meteórica separación de cualquier valor real (es ya bien conocido el repaso histórico que hace Graeber –2012– al dinero, aunque en nuestro equipo no coincidimos con su ordenación-prelación del dinero histórico; para nosotros no fue el dinero-deuda el primer dinero, como aquí recojo). Pero la actual desubstancialización del dinero le lleva a su desvalorización efectiva y por tanto a la pérdida de su función básica: la de medio de conservación del valor. Es importante aquí considerar, por tanto, que el dinero es un concepto en evolución (Shroff –2014–, habla de "reimaginarlo" de otras formas, vinculado a relaciones comunitarias, como un dinero social, en vez de a sus crecientes funciones disruptivas de sociedad y afianzadoras de poder que hoy presenta a través de las finanzas), aunque, como dice Lechuga-Montenegro (2019), con un carácter endógeno, que quiere decir que la cantidad del mismo (en sus múltiples formas) viene dada por la acumulación de capital y no por las emisiones de los Bancos centrales. Así, es importante ver su evolución con la "desmaterialización del signo monetario y su desprendimiento de las funciones sustantivas crediticias y de medio ideal de circulación de valor como palanca de apoyo –lubricante– de la acumulación, para devenir en una fracción especulativa del capital ficticio que recorre el circuito corto *D–D'* sin conexión con el proceso productivo ni crediticio" (2019: 160). En ese sentido, apunta el autor que "el financiamiento no bancario proporciona una alternativa valiosa a los fundamentos bancarios y de apoyo real a la actividad económica. Sin embargo, al involucrarse en actividades propiamente bancarias con eventuales problemas de liquidez y creando apalancamientos sin el apoyo de la banca central, puede llegar a ser una fuente de riesgo sistémico" (2019: 172). Como constatación de los puntos afirmados, puede empezarse por tener en cuenta que la Banca en la sombra (que comprende las actividades financieras no reguladas, no institucionales, o bien fuera del sistema bancario tradicional) representa el 25% del total de la intermediación financiera global y el 200% del PIB de EE.UU. y de la zona euro. Funke (2017) propone "desmitificar el dinero" como elemento de poder y control social, a través del estudio de caso del Estado norteamericano y la FED, señalando tanto las tensiones que inevitablemente se dan con la financiarización entre las distintas funciones del dinero, como las relaciones de poder que entraña el dinero como elemento de fuerza contra el Trabajo y el mantenimiento de unas u otras relaciones Capital/Trabajo. Aquí algunas de sus palabras: "El estado del debtfare neoliberal trabaja para superar las barreras de la sobreacumulación, y por lo tanto lo hace en conjunto con el estado del workfare para apoyar la expansión del crédito privado predominantemente a través de formas mercantilizadas de reproducción social entre segmentos de la población excedentaria. Al impulsar los niveles de consumo a través de la inclusión financiera, partes de la población excedentaria se alejan de las relaciones capital/trabajo al ámbito políticamente libre del 'consumidor' mediante el

intercambio y la reproducción de mercado. Sin embargo, esta misma población excedentaria también está vinculada, a través del crédito al consumo, al régimen de acumulación impulsado por el crédito y, por lo tanto, es disciplinada por las lógicas financieras y sus prerrogativas" (2017: 30).

53. En diciembre de 2017 había más de 1360 criptomonedas en circulación, cuya capitalización total era de 595.168 millones de dólares, siendo la pionera y la principal el bitcoin, con 314.906 millones de dólares, y desde entonces no ha hecho sino dispararse: en septiembre de 2020 ya había 7.165 criptomonedas. Al acabar abril de 2021 su capitalización de mercado total era de $2.170.299.401.602. Se pretende con ello que el dinero sea "liberado" de la discrecionalidad del Estado. Nakatani y Mello (2018a y 2018b) hacen un buen desarrollo de todo esto; ver también Dierckxsens y Formento (2018).

54. Es de gran interés seguir a este autor para mayor explicación de la vinculación entre decadencia de la capacidad de generar valor y la proliferación de formas improductivas en la economía, donde se incluye la mercantilización de las actividades humanas sostenedoras de la vida.

55. Aquí es recomendable seguir la aportación de Jessop (2013) sobre la articulación cambiante de las formas, funciones y jerarquías del dinero, y cómo operan por separado y juntas en (des)conectar los circuitos de capital en el mercado mundial. Ver también Jessop y Ngai-Ling (1990). "El dinero no es una cosa, sino una relación social fetichizada con el potencial de generar crisis económicas, financieras y fiscales. Más concretamente, no es una relación social única, sino un conjunto complejo y contradictorio de relaciones sociales. Puede circular como no-mercancía, una mercancía ficticia, una cuasi-mercancía y una mercancía real; y, en estos (y otros) aspectos, tiene diversas formas y funciones. De especial importancia son las tensiones entre el dinero como dinero y el dinero como capital y, en lo que respecta a las finanzas públicas, entre el crédito privado y el dinero fiduciario estatal" (Jessop, 2015:21). También es de interés su precisión sobre la diferente relación del dinero con el carácter de mercancía: "Un análisis adecuado del dinero debe considerar cuatro momentos interrelacionados del dinero, el crédito y las formas de capital: 1) las funciones del dinero; 2) la jerarquía de las formas monetarias; 3) la tensión entre la «moneda nacional» y el dinero mundial, así como su reflejo en una pirámide monetaria cambiante; y 4) el papel de las relaciones crédito-deuda en la generación y/o mediación de tendencias de crisis en las formaciones sociales capitalistas." (Jessop, 2015: 21).

56. Roberts (2019c) describe bien cómo lo hicieron las compañías estadounidenses. Allí puede verse cómo en el mercado alcista de acciones, desde principios de la década de 1980 hasta el desplome de los dot.com en 2000, el valor de mercado de las empresas estadounidenses fue un 70% por encima del valor monetario de los activos de las compañías. Hoy está en torno a 110% por arriba. La "Tobin Q" que es el indicador que mide la ratio entre el precio de mercado de las acciones y el precio de los activos fijos de las compañías, expresa la porción ficticia de los activos financieros.

57. Pediría por favor hacer la lectura de las ilustrativas páginas en las que este autor resume los intríngulis de tal desquiciamiento.

58. Roberts señala que se prevé que cerca del 90% de ellas seguirán siendo zombis en adelante.

59. El propio covid-19 parece estar llamado a cumplir las funciones de limpieza de capitales del calibre de una guerra de importantes dimensiones, pero la gravedad del asunto radica precisamente en que no se está haciendo todo lo *efectivamente* que requeriría la situación, debido a la sucesión de "rescates" que los Estados llevan a cabo. Es decir, *el neoliberalismo, que ya empezó su función obstaculizadora de la limpieza capitalista en los años 70 del siglo XX, termina por convertirse en un problema para el propio capital al no permitir la "saludable" destrucción de capital obsoleto* (la schumpeteriana "destrucción creativa").

60. Al mismo tiempo, se da un creciente bombeo de la renta y el ahorro, (tanto presente como colocado en forma de futuras pensiones o ahorros de futuro) y una colosal transferencia de rentas hacia la cúspide de las finanzas globales [por ejemplo, "en 2011, el gobierno federal de los Estados Unidos pagó 454.000 millones de dólares en intereses sobre la deuda federal (casi ¡un tercio! del total de 1.1 billones de dólares pagados en impuestos sobre la renta ese año ¿Por qué cuando la FED pone dinero nuevo en el mercado lo hace contra deuda pública en manos de la banca privada con intereses que asume el estado?, ¿existe

alguna justificación «técnica» de tan depurado y clamoroso latrocinio?" –Apilánez (2016b)-], agrandado sobremanera la importancia de los mercados financieros, así como, en consecuencia, el aumento de las cotizaciones bursátiles. De este modo, el más importante de todos los poderes, el que permite crear el dinero de curso legal, pertenece a una institución totalmente opaca que está al servicio del "lobby" financiero global –véanse las puertas giratorias entre sus ejecutivos– para exprimir los recursos públicos a través del servicio de la deuda. Sobre el tema de la deuda en general, su insostenibilidad y su manejo como arma política de sometimiento, extorsión y expropiación, es de justicia citar el nombre de quien lleva décadas trabajando en ello y contra ello: Eric Toussaint. Ver, por ejemplo, entre otros muchos trabajos suyos al respecto, algunos de los que me parecen más significativos para lo aquí expuesto, Toussaint (2002, 2018), además del ya citado de Hudson (2018).

61. La financiarización de la economía no es sólo una forma de evitar el factor Trabajo y de buscar mantener la ilusión de la acumulación cuando cede la masa de ganancia, sino que con la perversa dinámica asociada de deuda permanentemente acrecentada, se erige también en una forma de *biopoder* (Lucarelli, 2009), capaz de regular el conjunto de la vida social. Ha contribuido, asimismo, por tanto, a los procesos de colonización interna de la fuerza de trabajo y de la sociedad toda, ampliamente descritos por la bibliografía sociológica.

62. Hay que tener en cuenta que en términos marxianos el crédito es dinero generado en la producción que se adelanta para generar más *valor* como riqueza (se hace capital: dinero-capital, que Marx llamó "flotante" o listo bien para convertirse en capital, bien para mantener su forma de simple dinero –a interés–). En cambio el préstamo es una asignación hecha al margen de la producción (como dinero), que sin embargo, en el cómputo general social reposa sobre una esperada generación de plusvalía futura (de trabajo productivo futuro), que es de la única manera que se podría satisfacer la devolución del mismo, más sus intereses, tomando la economía en conjunto. Ver aquí la distinción que hace Marx en los capítulos XXX, XXXI y XXXII del tomo III de *El Capital* (1980a).

63. Powell (2019) establece algunos criterios de importancia para esa función, así como para distinguir entre las apariencias y las esencias de la financiarización. Sobre la supresión del futuro y capital ficticio, Durand (2017).

64. He explicado las repercusiones de ello para las empresas no financieras (que pasan también a estar sometidas a la lógica financiero-especulativa, cuando no incardinadas en ella, a menudo ya como propiedad de las propias finanzas), así como para el conjunto del funcionamiento social, en Piqueras (2017b). Recomiendo consultar allí esas implicaciones, así como bibliografía al respecto. Patnaik (2010) ha trabajado sobre cómo la financiarización de la economía ha modificado el propio imperialismo.

65. Buena parte de los mejores autores marxistas, bastantes de los cuales son citados a lo largo de esta obra, sabedores de todos estos procesos, creen sin embargo firmemente en que ocurrirá lo que ha sucedido históricamente en las fases de recuperación de las crisis capitalistas: una vasta "recomposición" del capital que signifique la eliminación del capital ficticio a través de su quiebra masiva, junto a la drástica desvalorización del capital fijo, y un nuevo 'patrón de valor' capaz de imponer el abaratamiento generalizado de los productos con base en la nueva productividad laboral. Solo así la acumulación puede reanudarse con una tasa adecuada de ganancia. Tanto personalmente como en el Observatorio Internacional de la Crisis, en cambio, no vemos tan factible ningún nuevo ciclo sostenido de acumulación, precisamente por la contradicción intrínseca respecto del *valor* que hoy supone el desarrollo de nuevas tecnologías. Aun en el supuesto de una gran destrucción de capital fijo (¿de qué enormes proporciones tendría que ser para acompasar las monstruosas cantidades de deuda y capital ficticio al capital "real"?), el avance científico, el general intellect es hoy tan elevado que hace que cada vez más rápidamente se reproduzca el fenómeno de sobreacumulación. Eso por no hablar de las necesidades energéticas de un nuevo ciclo de acumulación y la saturación de sumideros ya existente. El extremadamente tenue hilo ecológico sobre el que marchamos.

Capítulo 5

De la creciente intervención de la política para sostener el *valor*, o lo que es lo mismo: del agotamiento del reformismo. Dilución de la democracia y de la sociedad

Llegados a esta altura del análisis, vamos a revisar algunas de las consideraciones hechas en los dos primeros capítulos y a ampliarlas un poco más.

Marx explicó que los hechos sociales se expresan dentro de específicos procesos económicos, de forma dialécticamente paradójica, ni irremediablemente subordinados a ellos ni explicables fuera de los mismos. En el actual modo de producción la *mercancía* asigna a todas las relaciones sociales una particular forma capitalista. Por eso, la distinción marxiana entre trabajo abstracto y trabajo concreto deviene crucial para el análisis crítico de las relaciones capitalistas de (re)producción y de sus (auto)-representaciones invertidas. Significa esto último que una característica intrínseca a la sociedad capitalista es que las relaciones sociales existen a través de *formas* de aparición que a su vez velan su propio contenido (García Vela, 2015 y 2016). El *capital* se hace sociedad como un ente económico, que es el *valor*. El valor es invisible, como un fantasma (Bellofiore, 2009) pero se muestra en la forma de *dinero*, en su movimiento como más dinero (Bonefeld, 2020). La mercancía, el dinero y el capital son diferentes en su *forma* pero idénticos en su *sustancia*. De manera que la *forma* refracta la unidad en diversidad, mientras que la *sustancia* expresa la unidad de la diversidad. Una y otra permiten comprender el capitalismo como una *totalidad*.

Entonces, si la realidad social existe en términos de una sustancia social y sus formas de aparición fenoménica, es a través del análisis de la *forma-valor* y su movimiento autonomizado como *capital* –más allá de las intenciones y deseos

personales de los individuos, detentadores de mercancías–, que se obtiene el sustrato explicativo de la sociedad capitalista, la manera en la cual las opciones y posibilidades, las condiciones subjetivas y el comportamiento social de las personas es moldeado (Tema I del Apéndice). También, lógicamente, las posibles manifestaciones económicas y decantaciones políticas *dentro* del modo de producción capitalista vienen impresas en tales dinámicas que, al estar ocultas en lo profundo de la estructura, oscurecen tanto las razones como los antagonismos intrínsecos que las constituyen, dificultan su aprehensión. De manera que, por ejemplo, las propias crisis del *capital* son interpretadas (incluso por supuestos "expertos") como sus reversos. Así, el estallido bursátil, como acabamos de ver en el capítulo anterior, es visto como causa antes que como expresión de aquéllas; los impagos se contemplan como falta de dinero en vez de como un crecimiento exacerbado del dinero ocioso, y los activos financieros se apuntan como si añadieran valor a la producción, en lugar de considerarlos como una imposición a cargo de ella[1].

En consecuencia, si el principio rector del *metabolismo capitalista* es la reproducción ampliada de capital a través de la extracción de plusvalía (forma particular de explotación del trabajo ajeno), tal lógica determina cada una de las partes constitutivas del mismo, sean el Estado –sus múltiples formas corporativas y políticas–, sean las maneras en que se organiza la producción, la reproducción y el consumo, sean las distintas coagulaciones sociales institucionales. Como nos dice Navarro (2016: 71), "la política en la modernidad nunca ha dejado de ser economía política; por lo que las instituciones que se preocupen de los procesos de acumulación del capital se verán gravemente afectadas por cualquier movimiento en éste". Porque, a fin de cuentas, el entramado de instituciones que definen la política como "política institucional", no deja de ser sino una parte de la Política metabólica implicada en la forma mercancía y en el correspondiente movimiento del valor-capital. Es esta última la que marca las posibilidades de vida, los intereses y cursos de acción de los individuos, los colectivos y las sociedades, el suelo donde se construye legitimación o, por el contrario, alternatividad[2]. Por eso es precisamente esa Política en grande la que se difumina tras el velo de ilusión democrática, para que permanezca intocada mientras se derivan los objetivos hacia la –subordinada– política institucional (Tema IV del Apéndice).

Como quiera, además, que ese movimiento del *valor* hecho *capital* deshace comunidad (capítulo 1), la política institucional (en cuanto que esfera de mando del *capital* y de administración-control y gestión social, con su apéndice, la justicia) está concebida para llevarse a cabo sobre individuos desposeídos. Una (des–)sociedad de individuos sin poder (dependientes de las personificaciones del capital –la clase capitalista en su conjunto– para vivir), está conformada para albergar formas pasivas de política (institucional), expresadas como representación-delegación; porque al ser el *valor-capital* el "sujeto" raigal de este orden social, los individuos sólo pueden llegar a ser sujetos *contra* él. Nada más así pueden arrancarle concesiones; sólo de esa manera pueden extraer al menos su versión "reformista"[3].

Pero la "opción reformista" que puede conseguirse *dentro* del capitalismo tiene por límite la propia reproducción ampliada del capital, dado que las exigencias del *valor* hecho *capital* (esto es, la permanente obtención de plusvalor) prevalecen por encima de cualesquiera consideraciones sociales, políticas, morales, éticas, estéticas o religiosas (cuyas prédicas, por sí mismas, en nada afectan al decurso del *valor*). Traduciendo: cualquier sociedad capitalista tiende a confinar la *política* (y la *ética*) dentro de las riberas del *valor-capital*. Su movimiento autonomizado hacia su propia reproducción ampliada marca las fronteras hasta las que el Sistema se deja reformar en favor de la sociedad sin revolucionarse a sí mismo, sin estallar y desembocar en otro orden social o en un modo de producción diferente.

Por eso mismo, los logros democráticos *en* el capitalismo –su *opción reformista* o *socialdemócrata*[4]–, sólo pueden conseguirse cuando coinciden tres tipos de factores:

1) Un *factor subyacente*. Se da cuando la masa de ganancia y con ella la tasa media de beneficio se desarrollan satisfactoriamente para la clase capitalista.

2) Un *factor activante*. Que la clase capitalista se vea con dificultad de reemplazar o sustituir a la fuerza de trabajo; es decir, que se reduzca mucho el ejército laboral de reserva.

3) Un *factor precipitante*. Concurre cuando el Trabajo[5] organizado (en el ámbito productivo y en el circulatorio-reproductivo) adquiere una relevante fuerza social y política (las posibilidades de este último factor están a su vez profundamente vinculadas a las del factor activante y vienen condicionadas

también por el factor subyacente).

Esos tres factores que presentan una concatenación causal desde la base o factor subyacente –y con ellos las posibilidades de avanzar en espacios democráticos y de derechos–, se abrieron en el capitalismo prototípicamente industrial con las luchas históricas porque aquél era un (nuevo) modo de producción que irrumpió desarrollando aceleradamente y en escala desconocida hasta entonces las fuerzas productivas (incluida la conciencia humana), con altas tasas de ganancia, y con ello abriendo las posibilidades de *lo social* como ámbito en el que se encauzan y "negocian" los antagonismos y conflictos entre e intra clases. Todo lo cual le confirió a este Sistema la base "progresista" que le ha insuflado hasta hoy legitimación (cuando los requisitos de la auto-reproducción del capital coinciden con su "sano" ciclo de acumulación es cuando este modo de producción ha irradiado en el imaginario colectivo su papel de progreso, como ya indicara Marx en los Grundrisse).

Por eso puede decirse que el apogeo del capitalismo industrial ha sido "la etapa social" del capitalismo en tanto que única expresión del mismo con capacidad de construir cierto tipo de sociedad (de individuos) en grados diversos, y desarrollar las fuerzas productivas como proceso simultáneo e indisociable. Fase corta de la historia, que se ha ido deteriorando hasta la actualidad, cuando el *capital* lleva implícita una auto-reproducción destructiva, como veremos en el capítulo siguiente, la cual creciente y cada vez más extendidamente comienza a ser percibida –y padecida– por las sociedades (cambio climático, destrucción de hábitats, violencia generalizada, pérdida de los patrimonios colectivos, deterioro de los mercados laborales, inseguridad social, pandemias…). A pesar de todo, y como producto precisamente de la conformación ideológica colectiva heredada de la base "progresista" del capital industrial, la suma de todos esos procesos todavía se percibe más como "crisis" en cuanto que baches del Sistema, que como síntomas incontestables de su decadencia.

Mientras tanto, la obstrucción de la dinámica del *valor* que entraña esa decadencia, y en consecuencia el auge de un crecientemente financiarizado y parasitario "capitalismo", va corroyendo por dentro, incesantemente, a la propia sociedad. Lo que quiere decir también que la (podredumbre de la) "economía" limita y asfixia aún más el espacio de acción de la política, que va

quedando más y más reducida a (intentar) gestionar el deterioro metabólico del capital (es a esto, supongo, a lo que en los últimos tiempos algunos autores han querido llamar "post-política").

Esa es la causa subyacente de la decadencia de la *opción reformista* del capitalismo, y con ella de la paulatina pérdida de lugar y de razón histórica de las distintas expresiones partidistas de la socialdemocracia en cuanto que izquierda *del* Sistema, que le pretendían, o hacían ver, capaz de mejorarse a sí mismo permanentemente (hasta el punto incluso de auto-superarse en el socialismo, según las versiones clásicas). Ninguno de aquellos tres factores mencionados propiciadores del "progresismo" se da en la actualidad y difícilmente podrán ya darse en un contexto degenerativo. En su decadencia o morbidez este modo de producción ya no sólo no es susceptible de generar "avance social", sino que tiende a deshacer lo conseguido, a involucionar profundamente en todos los ámbitos. Es un sistema envejecido, cada vez más agotado por sus propias contradicciones, como las que se dan entre:

- el desarrollo de las fuerzas productivas y el *valor*;
- el *valor* y la riqueza social;
- la valorización del capital y la realización del beneficio;
- la sociosfera y la ecosfera (o entre crecimiento, recursos y sumideros);
- crecimiento (dinerario) y acumulación (de capital);

por citar algunas de las de más peso.[6]

El amplio ramillete de contradicciones que azotan al capitalismo actual desata una peligrosa combinación de crisis (económicas, sociales, ecológicas, culturales, de reproducción, de legitimación…) que empiedran el camino de una crisis civilizacional o *total*.

Es por eso que la agencialidad del capital plasmada como clase social (a la que me refiero como Capital con mayúsculas) tiene que intervenir hoy de manera cada vez más perentoria y contundente para insuflar toda la vida "artificial" posible al "sujeto automático" del valor-capital. Eso significa que la política incardinada en el Estado se hace cada vez más rehén de la (obstruida) Política metabólica del capital, en cuanto que aquélla está más necesitada de volcarse en el mantenimiento de ésta, a expensas incluso de su papel de

regulación social anejo al Estado como "capitalista colectivo". Esto es, las intervenciones estatales para la integración de las clases subordinadas y para la prevención de conflictos (procesos de legitimación), pasan a ser relegadas en pro de los esfuerzos por mantener el beneficio de clase capitalista (aun por encima de una menguante acumulación de capital como movimiento ampliado del valor). Tal condición se traduce necesariamente en un conjunto de medidas (antisociales) tendentes a:

- reducir la anterior parcial redistribución de la riqueza (con el deterioro de las prestaciones y servicios sociales –empobrecimiento del salario indirecto y diferido–);
- elevar la tasa de ganancia a costa del incremento de la explotación y consecuente decadencia de las condiciones laborales, que conlleva también la pérdida de peso del salario directo (gráfico 13) para la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que se traduce en una mayor sobre-explotación asimismo del trabajo no-pago;
- la apropiación privada de la riqueza social acumulada (acentuación de la desposesión social), que pasa también por convertir en beneficio las actividades de reproducción social, de creación y mantenimiento de los bienes comunes para la vida.[7]

Siempre lo fue, pero todavía es característica más vital del actual capitalismo degenerativo trascender la frontera entre lo mercantilizado y aquello que no lo está (aún), esto es, entre lo que se entiende como "económico" y "no-económico" desde el prisma del capital.

Gráfico 13. Reducción de la participación salarial en el nuevo valor añadido en diferentes países europeos, EE.UU. y Japón (%) 2009-15

Fuente: Roberts (2018)[8].

En contrapartida, como es lógico, tal conjunto de intervenciones e invasión del espacio de la Vida son susceptibles de elevar el nivel de conflictividad social o provocar una creciente pérdida de legitimidad. Para combatir o prevenir la primera, las diferentes expresiones agenciales-institucionales del capital acrecientan también la coacción y la represión (física, judicial y doctrinaria-cultural), estableciendo, en conjunto, las condiciones y disposiciones para un *cierre de la política*. Con ese fin último promueven la creciente constitucionalización, es decir, blindaje, de las propias medidas antisociales que han desatado. Para ello se basan también en un sistemático debilitamiento de las capacidades de regulación social expresadas a través del Estado, como manera de sustraer las luchas de clase de los puestos de comando del capital "nacional", que pasan cada vez más a concentrarse en entidades supraestatales de carácter global. Por eso hoy prácticamente todo lo importante en términos decisorios para las sociedades se encuentra fuera de la dimensión electiva de ellas (de las "ciudadanías nacionales"). La política económica y monetaria, los Bancos centrales y la política exterior, están cada vez más protegidos contra cualquier tipo de decisión democrática. Por supuesto los ejércitos, las finanzas, las inversiones en las cadenas globales del valor, las transnacionales… todo ello ha venido estando a lo largo de la historia ampliamente sustraído a las decisiones sociales, pero en la actualidad resulta integrado en estructuras globales fuera del alcance de la sociedad (órganos rectores de la UE, por ejemplo, G20, Foro de Davos, FMI, Banco Mundial, Organización Mundial de Comercio, mercados financieros, Tratados Bilaterales, grandes corporaciones

transnacionales…), que imponen techos de gasto, camisas de fuerza monetarias como el euro[9] o aplicación obligatoria de ortodoxias neoliberales. Entre otras muchas dramáticas consecuencias, obliteran la vertiente social de la política institucional o "amputan de raíz cualquier posibilidad de retorno a las políticas fiscales redistributivas por parte de las administraciones democráticamente elegidas" (Apilánez, 2019d: s/p) al haber sido cercenadas las herramientas fiscales y monetarias que permitían hacer esas políticas redistributivas que limitaran el poder del capital.

La intensa competencia a la que se ven sometidos los Estados para producir las mejores condiciones locales para la valorización del capital en detrimento de las sociedades, está conduciendo a una gran transformación de su papel y desembocando en una heterogeneidad de formas de concesiones de autoridad a las grandes corporaciones privadas, hasta el punto que se puede hablar en múltiples dominios de una coproducción público-privada de las normas internacionales. Esto lleva a que los Estados se vayan convirtiendo ellos mismos en una especie de "unidades productivas", mientras que las políticas macroeconómicas ya no son decididas estatalmente. Lo que quiere decir que en lugar de su razón de ser como capitalista ideal, *el Estado se está convirtiendo en un capitalista entre otros, abandonando una parte importante de la función político-económica que supuso su formación*. Esto es, resulta cada vez menos *árbitro* de intereses, como en anteriores fases del capitalismo, para hacerse crecientemente *socio* de los intereses oligopolísticos en la arena global (Brown, 2015; Navarro, 2016). Cada vez queda más definida su componente de clase *contra* la sociedad, un "campo de lucha" donde el Trabajo está siendo ampliamente desplazado y como consecuencia la sociedad en su conjunto va carcomiéndose[10]. Porque *la corrosión del valor* traducida en cierre de la política es acompañada por procesos de amplia degeneración social (aumento del empobrecimiento y la sobre-explotación de más capas de la población), de destrucción de las propias bases constitutivas de la sociedad, a los que acompaña también un acelerado deterioro ambiental planetario (Piqueras, 2017a)[11].

Cuando estos procesos, que formaron parte constitutiva del capitalismo desde sus orígenes (y antes como posibilitadores del nacimiento del *capital* –o "acumulación primitiva"–) se dan de nuevo masivamente en las propias

formaciones sociales centrales o de capitalismo avanzado, no pueden sino verse como dinámicas de auto-colonización o auto-fagocitación (consistentes en devorar la riqueza social previamente creada en sus propios núcleos de acumulación). Lo cual no es sino otro síntoma vital de degeneración, el resultado tendencialmente "suicida" de la menguante capacidad del Sistema de generar *nuevo valor*.

Es difícil sustraerse en este punto a las palabras de Marx y Engels en el Manifiesto Comunista:

> "[La burguesía ya] No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo su existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad" (1998: 39-40).

Hoy queda patente que los aspectos compatibles con la acumulación del capital de las "soberanías estatales" resultan, como se dijo, dramáticamente erosionados. Por su parte, la condición de *ciudadanía* (y adjunta a ella, la de "soberanía popular") se ve cada vez más desprovista de contenidos prácticos[12], pues, repitamos, la *decadencia del valor se hace (in)política*, y se manifiesta, consecuentemente, en forma de un necesario achique del ámbito público-democrático.

Entonces, ¿cómo es posible que todo esto continúe siendo compatible con el mantenimiento de la "ilusión" de la democracia del capitalismo? Parte de la respuesta está en que para mantener su hegemonía ante la decadencia del valor la clase capitalista prefiere degradar paulatinamente la "democracia circulatoria" sin cancelarla formalmente[13], dado que la (ilusión de) democracia ha llegado a adquirir el grado de cultura, dando incluso un (imaginado) sentido ético a las relaciones sociales capitalistas (Follegati, 2011). Es parte sustancial de aquella hegemonía del capital.

> "La democracia vacía de contenido social, dibuja una promesa inconclusa e inexistente con la comunidad, mediante un proyecto de desarrollo que no posee existencia real. (…) la verdadera intención de la producción de cohesión social, se afinca en dos necesidades fundamentales: 1) Subordinar todos los mecanismos de coordinación social –Estado, mercado y redes de confianza– a los procesos de valorización del capital 2) Apuntar explícitamente a la dimensión socio-emocional, interviniendo activamente en ella para producir vínculos afectivos entre los individuos, el Estado y el

capital" (Follegati, 2011: 29; citando a Fernando Leiva).

Para entenderlo hemos de considerar que aun en su decadencia, la producción de subjetividades sociales propias del capitalismo industrial-keynesiano ha ido amalgamándose con las que corresponden a los parámetros establecidos en la fase de capitalismo neoliberal-financiarizado, que incluyen la paulatina adecuación al descuartizamiento de lo colectivo y a la brutal acentuación de las desigualdades locales y mundiales. Por eso asistimos, sin que tampoco se perciba como flagrantemente contradictorio por muchos sectores de la sociedad, a un despliegue de decisiones "democráticas" contra la democracia, amparadas en representaciones electorales cada vez más indirectas (a la manera de los órganos de la UE) y en la judicialización de la política, con todo un abanico de disposiciones judiciales que van limitando *de facto* su contenido. Cada vez más el "poder judicial" se utiliza contra cualquier intento de combatir la degeneración democrática[14].

> "Por decirlo de otra manera, ya no hay freno al ejercicio del poder neoliberal por medio de la ley, en la misma medida que la ley se ha convertido en el instrumento privilegiado de la lucha del neoliberalismo contra la democracia. El Estado de derecho no está siendo abolido desde fuera, sino destruido desde dentro para hacer de él un arma de guerra contra la población y al servicio de los dominantes (…) El marco normativo global que inserta a individuos e instituciones dentro de una lógica de guerra implacable se refuerza cada vez más y acaba progresivamente con la capacidad de resistencia, desactivando lo colectivo. Esta naturaleza antidemocrática del sistema neoliberal explica en gran parte la espiral sin fin de la crisis y la aceleración ante nuestros ojos del proceso de desdemocratización, por el cual la democracia se vacía de su sustancia sin que se suprima formalmente" (Dardot y Laval, 2019: 8-9).

De ahí que hoy las formas degeneradas de la "opción reformista" o socialdemócrata capitalista pueden ofrecer, a lo sumo, concesiones "epidérmicas", que no afecten a la reproducción del capital[15]. Porque:

> 1] La materialización capitalista de la democracia ya está dada y solamente puede darse así dentro de este modo de producción, como libertad e igualdad formales de las mercancías, incluidas las mercancías humanas, en la esfera circulatoria donde ocurre la competencia por la elección de esas mercancías (sean generadas en la esfera de la producción o en el ámbito político-electoral, por ejemplo) [16].
>
> "Al igual que las mercancías, todos los ciudadanos son medidos por el mismo rasero; son porciones cuantitativas de la misma abstracción. El que luego todas las porciones sean iguales es imposible para las mercancías y, por consiguiente, también para la democracia capitalista"

(Jappe, 2014: 36)[17].

2] Las (mayores) cotas de libertad y democracia que pudieron arrancarse al capitalismo estuvieron vinculadas a su onda expansiva sustentada en el ciclo industrial-fosilista-keynesiano[18] (que se amparaba a su vez en una profunda división internacional del trabajo, una arraigada explotación del trabajo no-pago y una explotación extensivo-intensiva del cuerpo natural –la cual está imbricada en la dramática degradación actual del ecosistema–). Con la presente, tendencialmente crónica, decadencia del *valor-capital*, todas las condiciones básicas para que se dé un nuevo ciclo progresista con mayores cotas democráticas, desaparecen.

Eso quiere decir que para conseguir cualquier posibilidad de democracia se va haciendo cada vez más necesario trascender los límites del capital. Tanto más si hablamos de *democracia* en términos substantivos, la cual requiere indefectiblemente de la supresión de la dominación de clase, de poner fin a la lógica ilusoria y mistificadora que hace de los seres humanos no sólo individuos sometidos a la mercancía, sino incluso una expresión de ella misma. Es decir, *democracia* para la parte desposeída de la sociedad, conlleva necesariamente *autovalorización*, que significa dejar de ser mercancía "fuerza de trabajo" o "capital variable", pero también trabajo no-pago o semi-pago contribuidor a la acumulación de capital. La autovalorización humana entraña, por tanto, indefectiblemente, desvalorización del capital (de la misma manera que la valorización del capital desvaloriza a los seres humanos –en cuanto que mercancía alienada y tendencialmente excedente o desechable–).

Porque democracia en un sentido integral o substantivo, más allá de su confinamiento circulatorio por el capital, es el proceso de conquista de la capacidad de autogobierno y acción soberana por parte de los cuerpos sociales, el hecho de que los seres humanos puedan vivir por sí mismos y para sí mismos (poseyendo sus propios medios de vida sin verse forzados a trabajar para otros, por ejemplo). Lo cual va indisociablemente ligado a la igualdad de hecho, mucho más allá de la "igualdad formal" o declarativa asociada al *capital* (capítulo 2). La *democracia* así entendida fuerza, entonces, necesariamente, los límites del Sistema.

Tanto más hoy cuanto que éste ha emprendido su deriva "tánato".

---

1. Recomendable el trabajo de Freeman (2016) para estos puntos. Dice este autor que en el capitalismo la ignorancia sobre lo que sucede en la economía no es un mero fallo de entendimiento, sino una producción suya, que alcanza su pico en las fases monetarias de las crisis y afecta incluso a los "expertos". Esto concuerda con que la ciencia, en cuanto forma de conciencia social objetivada, queda subsumida al

capital, como resultante de su propio proceso de acumulación.
2. Todo lo que se desarrolla en nuestra sociedad –el comercio, el dinero, la propiedad de la tierra e incluso el trabajo asalariado forzado– puede ser reconstruido en cuanto que "formas derivativas" de la mercancía-valor (Freeman, 2013). También el tipo de individuos y sus relaciones sociales.
3. Tengamos en cuenta que el movimiento del propio *valor-capital* también proporciona aperturas indeseadas, pues trastoca posiciones, identidades e intereses, modificando a la sociedad en función de las grietas, fracturas, des-identidades, marginaciones, etc. que ese movimiento va dejando (la dilución de "todo lo sólido"). Este es el terreno de la multiplicidad de luchas y movimientos. No obstante, aunque unas y otros pueden desarrollarse en torno a una alta variedad de divisiones internas al *todo*, siempre tendrán que moverse *dentro* de sus márgenes, por lo que cualquier proyecto emancipador, precisamente para trascender esos márgenes, no puede centrarse en una sola de las fracturas o fallas del Sistema, sino que tiene por fuerza que apuntar a la *totalidad* capitalista. Esto es, *tiene que afectar a la Política del capital, ejerciendo (contra)Política en todo su orden metabólico*.
4. Como he desarrollado anteriormente (Piqueras, 2014a), con este término aludo al hecho de que en unos u otros momentos el capitalismo histórico haya sido proclive a dar cabida y ampliar formas más o menos "negociadas" de regulación social, lo que entraña una relativa:
a) mayor distribución del poder social;
b) mayor participación del conjunto de la sociedad en las decisiones que la afectan;
c) mayor distribución o redistribución del conjunto de la riqueza social.
Es decir, el reformismo dentro del capitalismo tiene que ver con el grado de apertura democrática, equilibrio social y redistribución de recursos que se da en unas u otras de sus formaciones socio-estatales. Sobre el "factor activante" recomiendo aparte la lectura de Dierckxens (2011b) y Dierckxsens y Piqueras (2014).
5. En adelante todas las mayúsculas empleadas en el término Trabajo las pongo de momento para hacer referencia al "trabajador colectivo" de Marx. En el Tema II del Apéndice, sin embargo, intento mostrar posibilidades también de abrir esa definición, con todas las prevenciones que allí comento.
6. Buena parte de ellas las hemos visto en los capítulos anteriores. En Piqueras (2015) atiendo a estas y otras contradicciones con más detalle.
7. Pueden incluirse aquí las exacciones fiscales y el otorgamiento de dinero público a la inversión o incluso al balance de cuentas empresariales, mediante todo un paquete de contra-reformas: a) reducción de aportes patronales a la seguridad social; b) tributación regresiva en general; c) incremento de las oportunidades de inversión de capital excedente u ocioso a través de privatizaciones masivas; d) legalización de trabajos precarizados; e) significativo descenso de los empleos y de los salarios públicos; e) crecientes subvenciones públicas a la Banca y empresas privadas (rescates, ayudas, condonación de deudas…), entre otras.

Estas políticas vienen a complementar las propias medidas empresariales para intentar contrarrestar la caída de la tasa de ganancia: deslocalización, desplazamientos técnico-organizativos, desplazamiento hacia los circuitos que anteriormente eran secundarios en la acumulación de capital (el suelo, la vivienda, las hipotecas), con la consiguiente gestión estatal del territorio de cara a su valorización especulativa (haciendo del conjunto del hábitat una mercancía que lleva emparejada su depredación).
8. Esa reducción se ha conseguido a través de la disminución de los salarios y, en general, de los costos laborales unitarios. En los casos de Francia y sobre todo de Italia y Grecia, no es que no se haya aumentado la explotación y reducido los salarios, sino que los costos laborales unitarios no han podido bajar lo suficiente debido a que la productividad ha seguido bajando desde 2009. Sin embargo, como el propio autor indica, con esas medidas no se consigue revertir la caída de la tasa de ganancia nada más que pasajeramente en el mejor de los casos, dado que el mal de fondo radica en la sobreacumulación de capital y la consecuente caída del *valor* y no en los salarios.
9. En el caso europeo, la des-substanciación de las instituciones de representación popular está

garantizada desde el momento en que las decisiones parlamentarias estatales quedan subordinadas a los marcos dictatoriales dados por la UE sobre inflación, déficit presupuestario, deuda pública o tipos de interés, por ejemplo. Por otra parte, el principio fundamental del BCE es la prohibición de financiar directamente a los gobiernos con la excusa del peligro despilfarrador del gasto público. Así, por ejemplo, como ya se apuntó en el capítulo anterior, los Estados miembro de la UE y del espacio del euro hacen dejación de su soberanía, permitiendo que los respectivos Bancos Centrales se independicen de ellos, mientras que ellos mismos pasan a emitir títulos de deuda en los mercados financieros mundiales, con lo que entran como cualquier otra entidad en el "rating internacional de riesgo" dictaminado por agencias privadas, obligándose a llevar a cabo políticas ortodoxas monetarias y fiscales subordinadas al capital a interés a escala internacional. En general, se consolidan tendencias más y más autoritarias en política económica, social, seguridad interna y política exterior (ver aquí, por ejemplo, Franquesa, 2016). Lo que implica que *la transición que cursamos hacia un todavía bastante ignoto orden post-neoliberal apunta cada vez más a que sea también post-democrático*.

10. Con el desatamiento de la ofensiva o "golpe de mano" del Capital en el último cuarto del siglo XX, el Estado dejó cada vez más de intentar favorecer la demanda (principal nudo del keynesianismo), para inclinarse decididamente a favor de la oferta (ya veremos en la segunda parte del libro, capítulo 8, la contradicción implicada aquí para quienes se identifican con la Escuela de la Nueva Crítica del Valor).

11. Esa generalización e intensificación de la precarización social y laboral no es sino el corolario de una insólita centralización del capital sin concentración del mismo (Bellofiore, 2014, Tomba y Bellofiore, 2013). Cuando la exacerbación del espolio natural y el despojo ambiental cobran forma en el deterioro de la calidad del aire, la tierra, el agua y los alimentos, hay también un empobrecimiento de la salud colectiva o social. Si ese empobrecimiento coincide con el despojo de los bienes sociales y comunes, junto a drásticos recortes del salario indirecto y del diferido, estamos también ante manifestaciones de sobre-explotación de cada vez más capas de la sociedad. Esto es así porque la clase capitalista se embolsa, junto con una creciente porción directa del valor-plusvalor generado, una parte del capital variable que debía contribuir a entregar a la fuerza de trabajo en forma de salario indirecto y diferido. Lo cual es tanto más evidente con el incremento de efectos nocivos para la salud que conlleva la actual acumulación de capital (ver capítulo siguiente). Aunque el salario nominal e incluso el real directo se mantuvieran o elevaran, los gastos suplementarios que conllevan los valores de uso nocivos y, en general, la tecnología nociva del capital (junto a la decadencia del salario indirecto) hacen caer el salario real por debajo del valor de la fuerza de trabajo y disparan así su sobre-explotación. Es sabido que la reproducción de la fuerza de trabajo no debe contemplarse sólo desde el punto de vista físico o biológico, sino que han de considerarse también sus aspectos socio-culturales (sexuales, familiares, comunales…) y políticos. Cada vez más el salario alcanza a cubrir como mucho la reproducción física. Por eso, cuanto más se degrada éste, más miembros de la unidad doméstica deben intentar asalarizarse. En suma, la sobre-explotación laboral se corresponde con la subsunción real del consumo al capital y con la prolongación de la acumulación originaria, ahora como acumulación originaria residual o/y "oculta", según ya vimos en el capítulo anterior (Veraza, 2019). Ver Higginbottom (2012), Sotelo (2012), Smith (2106) y Osorio (2018) como muestras del largo debate sobre la "superexplotación" que iniciara Marini (2008). En este sentido es interesante atender a la polémica entre Katz (2017, 2018) y Sotelo (2017, 2018), sobre la que no hay espacio aquí para entrar. Sin embargo, aparte de la clásica atribución de "superexplotación" a (ciertos ámbitos de) las formaciones sociales periféricas, la caída de la fuerza de trabajo por debajo de su valor es evidente para cada vez más sectores de la fuerza de trabajo y especialmente para una alta parte de las nuevas generaciones de mano de obra también en las formaciones centrales, salariado joven que aun bajo relación salarial no puede independizarse de su núcleo familiar. Smith (2016: 250) en concreto dice que si el capitalismo inmaduro se basó en la plusvalía absoluta, el capitalismo maduro-industrial la sustituyó por la plusvalía relativa, mientras que el capitalismo decadente (con cada vez más escasa inversión productiva en relación a la ganancia generada) tiene que hacer uso de una creciente sobre-explotación o permanente

reducción del valor de la fuerza de trabajo (la tercera forma de explotación a la que Marx apuntó).

12. Para una explicación de la evolución de la ciudadanía en las diferentes fases del capitalismo histórico, las distintas visiones y expresiones políticas de la misma, Piqueras (2014a). Sobre la decadencia de la "ciudanía liberal", especialmente en las formaciones sociales de capitalismo dependiente, Vidal-Molina y Vargas-Muñoz (2019).

13. Tengamos en cuenta que el capitalismo despliega una panoplia de expresiones políticas (y regímenes de acumulación) en función de la correlación de fuerzas sociales. Puede coexistir con la democracia circulatoria abierta y con elementos de socialidad progresista, desde el parlamentarismo hasta el presidencialismo, así como con el conservadurismo más reaccionario, con la ocupación del Estado por los militares y, en su grado extremo, con el fascismo. Sin embargo, tanto por mor de su hegemonía como por su necesidad de elección competitiva en el ámbito de la circulación, siempre que le sea posible preferirá guardar determinadas formas de democrática circulatoria. Sobre el probable fin de la excepcionalidad democrática del capitalismo, Spitz (2019).

14. Desde la restauración, en el periodo posterior a la Revolución Francesa, la burguesía fijó la separación de poderes, y muy especialmente del poder judicial, para prevenir los intentos populares de ir más allá del orden dado de las cosas. Un aparato judicial en parte heredado de la administración absolutista y en parte reclutado entre las élites, que en adelante ejercería de obstructor de las iniciativas sociales durante los auges de insurgencia del Trabajo, estableció permanentes intervenciones judiciales contra cualquier proyecto que desafiara la jerarquía social o tuviese pretensión de transformación de las relaciones constitutivas del capitalismo (Kühnl, 1982; Demènech, 2004; Piqueras, 2014a). En el presente esa función judicial se encuentra en pleno rendimiento.

15. Lo cual no quiere decir que no revistan importancia social, como por ejemplo matrimonios gays, paridad en el permiso por maternidad-paternidad, más carriles bici, elementos de reconocimiento socio-identitario, reconocimiento legal de la transexualidad, etc. El problema radica en que al tiempo que se dan estas medidas *epidérmicas respecto de la acumulación de capital*, el artrítico movimiento del *valor* se expresa en *política* a través del drástico deterioro del ciclo de la vida (de los cuidados, la sanidad, el acceso a la vivienda y, en general, de las condiciones laborales y sociales de la población).

16. Aquí se hace patente la relevancia política del fetichismo inherente a la mercancía y el valor, pues "las experiencias de desigualdad, explotación y opresión no llevan necesariamente a la crítica del capitalismo, sino más bien a la crítica de situaciones *dentro* del capitalismo" (Heinrich, 2008: 216). Al tiempo que se mira al Estado como una entidad "neutral" (casi "natural") que ha de administrar justicia social.

17. De nada sirve añorar más ni mejor dentro de una sociedad regida por el *valor-capital*. Pedir precios justos para las mercancías humanas, o que éstas puedan ser verdaderamente libres e iguales a partir de su condición de mercancías, es tan iluso como demandar una presión atmosférica justa o la libertad del cobalto (algo así viene a decir Jappe, 2014).

18. No obstante, gran parte de las fuerzas sociales "progresistas", de movimientos y actores sociales y políticos, permanecen todavía prisioneros de la *ilusión democrática* derivada de ese capitalismo "regulado", con sus procesos de integración (o endogenización) social de amplias capas del Trabajo (Piqueras, 2014a). Ver Mészáros (2009), especialmente el capítulo VIII, y allí el apartado que titula "El lugar de las ilusiones neokeynesianas: la ofensiva estratégica de las fuerzas antisistémicas". También Tema IV del Apéndice.

Capítulo 6
De las condiciones del “tanatocapitalismo”

Fue recurso recurrente en el capitalismo intensificar la procura de paliativos a la obstruida consecución de la ganancia mediante una *producción destructiva*, que iba de por sí empotrada en la que fue llamada “destrucción creativa”. Ambas acompañadas por la también reiterada salida hacia la búsqueda de beneficio por fuera de la actividad laboral, a través de la especulación y la extracción de rentas en el ámbito de la circulación-reproducción social, como se ha indicado en los capítulos anteriores.

También ha habido una histórica vinculación entre la caída tendencial de la tasa de ganancia y la tendencial decreciente tasa de utilización ya sea de la maquinaria y equipamientos ligados al capital constante (fijo y circulante) público o privado, ya del propio uso productivo de la fuerza de trabajo. Desde los orígenes del capitalismo ésta ha ido perdiendo sus saberes y competencias autónomas según se ha ido dando la subordinación al capital de las actividades, capacidades y potencialidades humanas (Cleaver, 1992). Con la Cuarta Revolución Industrial al Capital le resulta cada vez más ardua la conversión de los seres humanos en “factor de producción” efectivo, y la tasa decreciente de utilización de la fuerza de trabajo cada vez es más difícil que pueda ser revertida con medidas coyunturales, lo que conlleva una desvalorización generalizada de las personas y de su trabajo (Piqueras, 2018a), por lo común a través de los siguientes procesos:

- Con el desarrollo de las fuerzas productivas se consigue una reducción del valor de los bienes de consumo corriente (lo que hace a la fuerza de trabajo más barata).
- Las innovaciones tecnológicas conllevan un desplazamiento técnico y nuevos métodos de organización del trabajo, que hacen inútiles las funciones previamente ejercidas y muchos de los conocimientos adquiridos (*obsolescencia programada del currículum*). Estos procesos entrañan una desvalorización generalizada de la fuerza de trabajo, que puede ser a) *parcial*, mediante su desplazamiento a tareas de nivel inferior (subocupación) o mediante su aprovechamiento sólo parcial o

discontinuo, siempre con menor valor; b) *total*, quedando la fuerza de trabajo descartada para el ámbito productivo (sin valor alguno). Las reorganizaciones administrativo-productivas abolen cualificaciones, puestos de trabajo y oficios específicos. Con ello, el tiempo de trabajo que fue necesario para la formación de la fuerza de trabajo equivale a nulo.

- Paradójicamente, la tecnificación de los procesos productivos ha venido coincidiendo con una reducción del número de años en la formación formal de la fuerza de trabajo. Las sucesivas reformas educativas buscan conseguir un capital variable que resulte titulado en menos años, listo para una posterior formación "flexible", en función de las cambiantes circunstancias técnicas y organizativas de la producción. Las tan ensalzadas "polivalencia" y "movilidad" traducen, en realidad, un no reconocimiento de cualificaciones y experiencias acumuladas y procuran una fuerza de trabajo más fácilmente sustituible, ergo más barata[1].

Las evoluciones del (des–)*valor* dan cuenta de la disolución de la relación de clase tradicional, que se difumina en múltiples formas de explotación-desposesión salariales y no salariales o semi-salariales, así como en vías de "autoempleo" por lo general precario (disimuladas como "emprendedurismo" –a menudo vinculado a la autoidenficación empresarial–, aunque en realidad se trata casi siempre de fuerza de trabajo externalizada forzada a ser "empresaria de sí misma"–). También la desvalorización es disimulada mediante la ficción jurídica de participación en la propiedad ya sea a través del préstamo, el crédito o la inversión accionarial (según vimos en el capítulo 4 tanto en al caso del trabajo "autónomo" como en el de la participación accionarial, el capital accede a los escasos ahorros familiares para que vuelvan al circuito de la valorización, al tiempo que genera nuevo endeudamiento).

En cuanto a la tasa de utilización del capital constante diremos que la *producción destructiva* y *destrucción creativa* se extreman en periodos de crisis de larga duración como la presente. De hecho, es la conjunción de ambas la que imprime el carácter actual del Sistema, reforzando su círculo vicioso degenerativo.

Veámoslo un poco más de cerca. En términos generales, la tendencial decreciente tasa de utilización capitalista ejerce ya de medio irremplazable para la producción en escala ampliada, mediante la retracción artificial del ciclo de consumo por sí mismo, a través de la multiplicación de mercancías con cada vez menor valor de uso, no importa cuán improductiva ni despilfarradora sea esa dinámica. De cierto, cuanto mayor sea la dependencia respecto de aquella tasa de (sub)utilización, ella devendrá un objetivo en sí misma, hasta el punto de hacer pensar en su carácter ilimitado dado que se concibe que no existen obstáculos a su permanente disminución: cuanto más se aproxime el capital a la tasa cero de utilización, más abierto se ve a la expansión ilimitada, incluso por encima de la "disfuncional molestia" del consumo (escondiendo pasajeramente también los límites de la sobreproducción). De manera que las empresas que destacan en la producción desechable son favorecidas por los mercados, en una dinámica que resulta cada vez más antitética con la satisfacción de necesidades, cuestión que por otra parte va teniendo menos y menos importancia para el beneficio del capital (Mészáros, 2010)[2].

Es decir, que la saturación de la demanda y la caída del *valor* en cada proceso de producción buscan ser contrarrestadas crecientemente mediante la producción orientada a la rápida destrucción, convirtiendo al consumo, en el mejor de los casos, en un mero estado intermedio para ese objetivo. Dicho de otra manera, el fundamento de la *producción destructiva* se encuentra en la dialéctica entre el proceso de valorización y desvalorización de las mercancías, del trabajo y del propio capital, que se manifiesta objetivamente en una desvalorización-depreciación generalizada de los valores de uso (Saluti, 2018).

La dimensión de esa destrucción es tan enorme que para su realización efectiva se hace imprescindible el concurso del Estado (o, en general, de la estructura de comando del capital), permitiendo que la obsolescencia se erija en ley de producción.

En la espiral de decadencia capitalista el valor de cambio parece cada vez más ser un valor de uso, o para decirlo mejor, los valores de uso de las mercancías van perdiendo tal condición, asumiendo por tanto éstas un carácter unidimensional, en el que cada vez importa más solamente su valor de cambio. Así, el capital monopólico (gracias a su superior posición tecnológica) puede permitirse el lujo de producir cada vez más mercancías que a la vez son inútiles,

baratas y poco duraderas. Mercancías cuya utilidad sólo consiste en que se han logrado colocar mediante otro trabajo improductivo desde la óptica del contenido: la publicidad. Bajo esta lógica las "necesidades" parecen infinitas y el mercado se expande no sólo en el espacio (nuevos mercados geográficos), en el tiempo (mayor rotación de capital al acortarse la vida media de los valores de uso)[3] sino también por la creación incesante de nuevos deseos mediante la publicidad. Desde la óptica del *contenido* en su sentido profundo o substantivo y de la vida misma (ver capítulo 4), es una economía de derroche (en verdad, una "deseconomía", según Mészáros, o "antieconomía", como la llamaba Polany), insostenible energéticamente. Desde la óptica de la *forma*, sin embargo, aumenta la ganancia capitalista de manera considerable (Dierckxens, 2017a).

La *producción-basura* o producción desechable adquiere una enorme variedad de formas, pero aun así resultan insuficientes para compensar la caída del *valor*. Es por eso que se hace cada vez más necesario recurrir a formas más extremas de producción desechable: la destrucción directa de vastas cantidades de riqueza acumulada y recursos elaborados (Mészáros, 2010: 583). Así por ejemplo, el achatarramiento de coches, el desechado de materiales y bienes que tienen todavía vida útil, la caducidad artificialmente prematura de alimentos… y ahora incluso ha comenzado una "moda verde" por la que hay que deshacerse lo más rápidamente posible de todo lo que no es suficientemente "ecológico", y sustituirlo por una vasta gama de nuevas mercancías "sostenibles" (con lo que se hace de la "ecología" una razón más de destrucción de lo producido, ahora bajo la designación de "transición ecológica"). Incluso los propios recursos dados por la Naturaleza son destruidos sin empleo directo en la producción (¿qué son si no los intencionadamente recurridos incendios forestales, el envenenamiento de aguas dulces o, en general, la conversión de cada vez más espacios de la ecosfera en hábitats muertos?, por ejemplo).

A diferencia de otras fases del capitalismo histórico, el Estado capitalista debe ahora ejercer un intervencionismo directo en todos los planos de la vida social, promoviendo activamente y manejando el consumo destructivo y la desposesión (y disipación) de la riqueza social en una escala monumental, dado que sin esa "visceral" intervención en el metabolismo social la extrema producción de desecho del capitalismo actual no podría mantenerse.

Crecientemente estas condiciones transfiguran los problemas socioeconómicos en técnicas de gestión del Estado. Lo que quiere decir que en estos momentos todas las personificaciones del capital, sean físicas o institucionales, se ponen también al servicio de la destrucción.

Esto se ve especialmente en el caso de la industria bélica, donde las tendencias destructivas encuentran su paroxismo. De hecho, la relación del Estado con el complejo bélico-industrial disuelve la distinción entre consumo y destrucción, *minimizando* el tiempo útil de las mercancías y dilatando los canales de realización del valor. La indistinción entre consumo y destrucción se encuentra aquí en la materialidad de la producción y circulación.

> "Mészáros reconoce en Luxemburgo el primer intento de aprehender las fuerzas destructivas del capital dirigidas a la producción bélico-militar como una expansión de los canales de realización del valor sobreacumulado mediante la fusión de factores económicos y extraeconómicas que asegurarían el uso de enormes remesas de capital. Según Luxemburgo, la expansión de la valorización creada por el Estado como un sector monopsónico, aparentemente ajeno a las clases sociales, redundó en el control político y militarizado de la sociedad, en una situación apremiante de conflicto y en la revolución técnica de la producción militar. Formas de producción alienadas" (Saluti, 2018: 582-583).

Como se anticipó en el capítulo 4, el trabajo en el complejo industrial-militar para la guerra, con la destrucción programada de vidas humanas, riqueza natural y material, es trabajo improductivo *por el contenido*, pero se manifiesta como productivo visto *por la forma*: genera multitud de empleos, servicios y facturaciones de insumos directos e indirectos relacionados con aquél. *Por el contenido* también la venta de productos bélicos y los medios de destrucción en general permiten en un ciclo determinado la realización de plusvalía y ganancia. Durante ese ciclo se producen mercancías que cuentan como riqueza real a escala nacional. Pero incluso cuando esas mercancías dañinas vendidas al Estado no sean "consumidas" destructivamente, es decir, no sean usadas en la guerra y por lo tanto no causen amplia destrucción directa, en el ciclo económico siguiente ya no contribuyen a la reproducción ampliada del capital a escala social global. Esto es así porque en el posterior ciclo de producción dichas armas *no* figuran entre los medios de producción para renovar o ampliar el capital fijo de la economía real, ni entre los medios de consumo necesarios para volver a contratar la misma o más fuerza de trabajo en dicha economía.

Por su contenido, entonces, un ciclo de producción armamentístico se transforma en un obstáculo en el ciclo siguiente. En general, además, el desarrollo del Departamento IV (de fuerzas militares o destructivas) hace declinar la tasa de inversión en la producción civil, lo que afecta al crecimiento económico y, por ende, conduce a bajar la productividad general del trabajo *por forma* y *contenido*.

Esa reproducción limitada u obstruida del capital no se manifiesta inmediatamente, sino a lo largo del tiempo. La reproducción ampliada del complejo industrial militar significa el fomento de un creciente gasto improductivo para la sociedad en su conjunto[4]. Por eso, al constituir con el tiempo el gasto armamentístico un peso demasiado grande, se intenta que sea transferido a terceros a través de la venta de armas (lo cual se complica cuanto más pesadas, caras y sofisticadas son éstas, que por lo general sólo tienen como clientes a otros Estados, y nunca si son punteras y suponen una ventaja militar). Pero para realizar esa venta es conveniente multiplicar los conflictos bélicos, o bien las amenazas reales o inventadas de agresiones[5]. Como resultado, se da una incesante y ampliada proliferación de fuerzas destructivas a escala planetaria.

Con todo, el exacerbado aumento de fuerzas destructivas no se reduce al ámbito militar.

Según las personificaciones del capital reorganizan la economía política haciendo del Estado una herramienta de inmediatez de intereses cada vez más reducidos de clase, como se vio en el capítulo anterior, aquél va dejando de cumplir su papel de "capitalista colectivo", gestor y administrador del espacio social, o mantenedor del imprescindible suelo en que se desarrolla el capital: la sociedad. Es decir, deja de atender las necesidades del capital como sistema, para sostener los beneficios de una reducida élite cada vez más desconectada del capital productivo, aun a costa, por tanto, de la propia acumulación (Davidson, 2016) y de la sociedad que la sustenta. Lo que a la postre conduce a minar las bases del propio capital.

Efectivamente, en su intento de compensación de la caída de la tasa de ganancia productiva, las personificaciones del capital se cebarán también con los gastos sociales o la parte del excedente que se destina a la reproducción del orden social. Una forma más de disparar las fuerzas sociales de destrucción.

¿Qué otra cosa son las políticas de austeridad, la pérdida de atención a la salud pública, la "pobreza energética", el deterioro de infraestructuras, la vuelta de los cuidados al exclusivo ámbito doméstico y la acentuación de la explotación de género, la ausencia de políticas rigurosas y eficaces de protección ambiental y de preservación de recursos, ni siquiera del propio capital construido (fábricas, instalaciones, oficinas, inmuebles, puentes, carreteras…)? Por no hablar de la eugenesia social explícita a través de intervenciones militares y también, verbigracia, de programadas desatenciones médicas (poblaciones abocadas a morir al no poder pagarse vacunas o tratamientos, al destruirse las redes sanitarias, de prevención y atención primaria, por ejemplo).

Tales dinámicas implican que la destrucción termine internalizándose en el pensamiento y en el modo de hacer de individuos, instituciones y personificaciones de clase, permeando la ciencia, el arte, el deporte, la filosofía y la política (Saluti, 2018: 575). Son dinámicas que reflejan una aproximación cada vez mayor entre fuerzas productivas y destructivas (fuerzas productivo-destructivas las llamaba Manuel Sacristán), que se indiferencian crecientemente. Proceso que ya fue anticipado por Marx y Engels en *La ideología alemana*, cuando decían que con el desarrollo de las fuerzas productivas hay una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, en el marco de las relaciones existentes, sólo causan daños y ya no son más fuerzas de producción, sino fuerzas de destrucción.

> "Estas fuerzas productivas, bajo el régimen de la propiedad privada, sólo experimentan un desarrollo unilateral, se convirtieron para la mayoría en fuerzas destructivas y gran cantidad de ellas ni siquiera pueden llegar a aplicarse, con la propiedad privada" (Marx y Engels, 1974: 69).

La destrucción se inserta en el proceso de acumulación como un factor cada vez más protagonista, pero desprovisto de su "fuerza creativa", para dejar de proyectar transformaciones civilizatorias, desatando por el contrario las mayores fuerzas reaccionarias en la procura de su propia reproducción (*la reproducción ampliada de la destrucción*). La degeneración del valor guía y agiliza, así, la transición de la producción orientada al consumo, hacia el consumo por la destrucción que puede tener lugar sin ninguna dificultad importante en el campo de la producción misma (Mészáros, 2010).

Tal dinámica, sin embargo, tiene un límite manifiesto. A falta de una

incursión productiva en la escala requerida para poder ajustar cuentas con la ficticidad de la economía del actual capitalismo degenerativo, el componente destructivo de esta economía se va haciendo más y más desproporcionado e inviable. De hecho, genera cada vez más frecuente e intensamente flujos que entorpecen, cuando no obstruyen, el *valor*, muchos de los cuales a la postre le imposibilitan. Esto está explicado en el carácter autoexpansivo del *valor* vinculado al aumento exponencial del volumen de material destinado a la producción sin un aumento correspondiente en el trabajo abstracto implicado en dicha producción, lo cual (además del límite de la expansión de fronteras en un mundo finito y completo) tiene altos costos: contaminación de sumideros (tierra, agua, aire, atmósfera), multiplicación de tóxicos dañinos para la vida, esquilme-espolio de recursos y de las fuentes de reposición de los mismos, provocación de nuevas formas adversas de vida para la producción (plagas, "malas hierbas", contaminantes naturales, reacciones bioquímicas dañinas...), que suponen un peligro fehaciente para las posibilidades y nutrientes del propio valor capitalista. Es lo que se ha llamado "valor negativo" (Moore, 2015)[6] y que personalmente he preferido designar como *negavalor*, en cuanto que destruye las fuentes de posibilidad y renovación del *valor*, obstaculiza seguir reproduciéndolo y a la postre le hace entrar en una espiral descendente. El *negavalor*, en resumidas cuentas, "succiona" valor. Así por ejemplo, la agricultura capitalista ha pasado de contribuir a la acumulación de capital, reduciendo los costos de la fuerza de trabajo y disparando la alimentación barata, a minar incluso las condiciones de medio plazo necesarias para renovar la acumulación (insumos químicos, pesticidas que tienen cada vez más efectos negativos sobre la vida, desertificación de tierras, plagas más resistentes, etc.). La realidad del calentamiento global, por su parte, socava las propias fuentes de la vida, trastocando todos los factores de posibilidad de la agricultura. Se perfila ya como la más potente amenaza presente y la más palpable muestra de *negavalor* a escala global. La naturaleza devuelve hostilidad frente a la Apropiación desquiciada.

Dentro de las distintas formas en que esa "hostilidad" se puede manifestar como *negavalor* hay que considerar también la escasez de agua, la erosión de la capa arable y la disminución de la fertilidad del suelo, el límite de tierras cultivables, la disminución de la variedad de semillas, el alto requerimiento de

inputs para producir alimentos y el propio aumento de los inputs de los combustibles fósiles, entre numerosos otros factores. De forma generalizada, los cambios biosféricos penetran las relaciones de reproducción globales con un inusual poder y notoriedad, generando una proliferación de actividades naturales y de vida que son hostiles a que se siga extrayendo valor a través de la naturaleza, y por tanto a la reproducción del capital (Hall y Klitgaard, 2012).

Esto quiere decir que si en un principio la velocidad de dominio humano de la naturaleza extra-humana era mayor que la reacción de ésta, llegados a un punto de Apropiación la velocidad de reacción adversa de la naturaleza extra-humana supera a las actividades de dominio y control de ella ideadas por el capitalismo (Moore, 2014a, 2014b).

Mas hay que tener en cuenta como *negavalor*, igualmente, como aquí se ha dicho, el incremento de efectos perniciosos para la salud humana implicados en la propia producción del capital: cada vez más cantidad de valores de uso nocivos (químicos, aditivos, compuestos …) que degradan el metabolismo humano y multiplican las epidemias (con mayores posibilidades de hacerse pandemias), enfermedades degenerativas, alérgicas, depresivas… con un aumento de la letalidad (por contaminación, ingesta, etc.), además de crecientes desórdenes y extenuación psicológicos. Concluyendo, en breve podremos estar pasando de la multiplicación desenfrenada del plusvalor al disparadero del *negavalor*[7].

Síntoma de la descomposición del valor, de la degeneración de todo el orden económico, la cada vez más entorpecida Apropiación de la Naturaleza conduce a una intensificación de la Apropiación de la Sociedad, del *común* que la constituye. Lo que supone en realidad un proceso de auto-fagocitación (de alimentarse de la riqueza social previamente generada), como ya se indicó en el capítulo anterior. *Cuando el capital pierde su nutriente (el valor), comienza a devorar a su propia sociedad*.

Pero ninguna economía puede existir sin sociedad y ningún ente puede vivir por mucho tiempo auto-fagocitándose.

Intentaré proporcionar en el siguiente capítulo algunos puntos de análisis sobre cómo las claves que confieren una impronta destructiva –"tánato"– al capitalismo actual, se traducen también en unas determinadas plasmaciones geopolíticas, geoeconómicas y geoecológicas de caos, destrucción y muerte.

1. Veremos más adelante cómo ello, sin embargo, comenzó a enfrentar un proceso contradictorio suscitado por la tecnificación del trabajo y, en general, el desarrollo de las fuerzas productivas, con lo que la clase capitalista se ha visto también desbordada por la reproducción tecnológica del capital y necesitada de una gestión social de la misma, un ámbito ampliado de desarrollo de las capacidades del trabajo (a menudo asumido por el Estado). A lo largo de ese desarrollo tecnológico se decantan, pues, dos ámbitos, uno restringido, del común de la fuerza de trabajo (crecientemente desechable o al menos intercambiable y por tanto depreciada) y otro ampliado, para la fuerza de trabajo extra-cualificada (Íñigo Carrera, 2003). No obstante, para intentar compensar el precio de la mano de obra con altas cualificaciones es que se lanzó a finales del siglo XX la ofensiva del "capitalismo cognitivo" y la proliferación de la formación de materia gris hasta que ésta pudiera contar también con su propio ejército de reserva (Rabilotta, 2106; Rabilotta y Agnaïeff, 2016).
2. Es de interés leer los dos capítulos (15 y 16) que este autor dedica a la tasa de utilización decreciente en su monumental obra *Beyond Capital*, recién citada.
3. La sociedad del "usar y tirar", dice Mészáros, requiere una decreciente tasa de utilización de las mercancías y de los propios medios de producción. Es decir, el capital tiene que rotar más veces y más deprisa, haciéndose menos valioso (utilización decreciente del propio capital, que no rentabiliza su empleo).
4. Esto suponiendo que las inversiones en el Departamento IV sean financiadas con impuestos al sector privado. Porque si son, como sucede en su mayor parte, financiadas a través de deuda estatal mediante la emisión de títulos, los gastos militares provienen de y constituyen capital ficticio, que no sólo no contribuye a la acumulación de capital, sino que ayuda enormemente a agravar su decadencia. Para más detalles sobre todo esto, Carcanholo (2011) y Dierckxens (2017a).
5. Ya EE.UU. recurrió a la economía de guerra para salir de la Gran Depresión de la primera mitad del siglo XX. Salida que se prolongó con el hiper-desarrollo del complejo industrial-militar a partir de la posguerra, financiado fundamentalmente con deuda pública. Es por esto que EE.UU. tuvo que recurrir muy pronto en la postguerra a la valorización inmediata de los gastos militares por medio del rearme, mediante el lanzamiento de la "Guerra Fría". Con esta una nueva forma de guerra diseñada por el recién estrenado hegemón, no sólo se acosaba a la Unión Soviética en una prolongación de la *guerra de exterminio* iniciada por Alemania, sino que la potencia norteamericana asentaba el relanzamiento de la demanda interna y la desvinculación del crecimiento económico respecto del superávit de las exportaciones, al tiempo que daba de una vez salida a sus capitales en forma de "ayuda" militar a Europa. Ésta, por su parte, se hacía cargo de sufragar buena parte del costo improductivo del gigantesco complejo industrial militar norteamericano, con la compra de armas y con su contribución a la OTAN, gracias a la cual EE.UU. se garantizaba dentro y fuera de Europa la exportación a sus socios de sus productos bélicos (ver al respecto, Dierckxsens y Jarquín, 2012).
6. De gran interés las tesis de este autor para percibir lo humano *en* la naturaleza, con todas sus consecuencias (como es el fin de las posibilidades de mantener una "naturaleza barata" que proporciona riqueza real para la riqueza abstracta, o la evidencia del *pico de apropiación* posible de la riqueza natural); pero también muy esclarecedora la crítica marxista que le hacen Foster y Burkett (2018) en relación a lo visto en esta primera parte y por lo que tocará a algunos de los debates que aparecerán en la segunda de este libro.
7. Datos y bibliografía al respecto en Piqueras (2017a).

Capítulo 7

De la muerte y la destrucción como geopolítica, geoeconomía y geoecología actual (algunos apuntes)[1]

El orden metabólico del capital requiere de estructuras políticas de mando, por más que muchas de sus claves de intervención, e incluso de las formas en que cobran existencia, pasen a menudo desapercibidas para las sociedades. En un capitalismo globalizado pero carente de una entidad política territorial global (algo así como un Estado mundial), buena parte de las estrategias de ese mando vienen ejercidas directa o indirectamente por la potencia dominante, un hegemón, el cual se encarga en mayor medida que ningún otro de crear o recrear, organizar y dirigir el conjunto de instituciones mundiales necesarias para la regulación global del Sistema.[1]Desde mediados del siglo XX ese papel le ha correspondido a EE.UU. Esta formación social imperial, como veladora última del funcionamiento del capitalismo global, se ha encargado desde entonces de establecer el entramado jurídico-institucional valedor de la acumulación de capital a escala planetaria (ONU, FMI, BM, el embrión de lo que sería una organización mundial del comercio, el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio; cumbres de las principales potencias, tribunales de arbitraje internacional, "cooperación al desarrollo", etc.). Su ambicioso proyecto de construcción del capitalismo global a imagen propia estaría imbricado en esa suerte de "Open Door" o "imperialismo por derrame" o anegación (Panitch y Gindin, 2015) que trataba de trasladar la jurisprudencia USA al resto del planeta, y con ella después su conjunto de dispositivos y medidas tendentes a garantizar la reproducción ampliada del capital a escala propia y global. La *Cooperación* y el *Desarrollo* servirían, en cuanto que paradigmas hegemónicos mundiales, como tejedores de un entramado global de intervenciones e injerencias (por lo general forzadamente) consentidas (Piqueras, 2008).

Esos dispositivos y medidas irían mayoritariamente destinadas más tarde, ante la creciente obstrucción de la acumulación, a la procura de crecimiento a

través de la Desposesión, la cual pasaría a blindarse, especialmente tras la caída de la URSS, mediante toda clase de Acuerdos y Tratados de comercio e inversiones.

Efectivamente, una vez eliminado el enemigo sistémico soviético, en los años 90 se terminaría de crear un entramado legal supranacional que consagraba un creciente peso o dominio del capital globalizado sobre las dinámicas de territorialidad política de la mayor parte de los Estados. De hecho, quedaría abolido de facto el sistema internacional basado en el principio de soberanía de los Estados nacionales heredado de Westfalia, que se sacrificaba al objetivo de proteger todas las formas de acaparamiento y propiedad del gran capital, especialmente las rentistas. La "soberanía popular" resultaba en la práctica desterrada.

Tal proceso es resultado y a la vez motivo del diverso desmoronamiento de fuerzas sociales que a escala interestatal propiciaron un cierto mayor equilibrio entre el Capital y el Trabajo tras la Segunda Gran Guerra del siglo XX. Lo cual significó al final del período el abortamiento del intento de ruptura en el *Segundo Mundo* (o "Mundo Socialista" –formaciones que pretendieron una transición al socialismo–), y con él, el agotamiento del desarrollismo tanto de independencia (África y Asia) como populista (América Latina) en el *Tercer Mundo* (con la consiguiente eliminación de éste como un Bloque-sujeto político internacional, obstruyendo incluso la posibilidad de que de él surgieran actores políticos autocentrados –nacionalismos soberanos–[2]), así como el paulatino desmantelamiento de la socialdemocracia u "opción reformista" en el *Primer Mundo* (Amin, 2003; Piqueras, 2014a).

Con ello se produjo el espejismo de la ahistoricidad del Sistema: el capitalismo pasaba a contemplarse como imperecedero; de lo que se trataría en adelante, en el mejor de los casos, era de regular su funcionamiento de la mejor manera posible.

Esta situación de poder unipolar pasaba, asimismo, por conseguir el cerramiento de filas de las formaciones sociales centrales en torno a Estados Unidos[3] en un esfuerzo común por contrarrestar las vías de autonomización de las formaciones periféricas, y arrinconar de una vez las luchas alternativas de sus poblaciones (lo que reforzaba la dependencia estratégica y militar del resto de países centrales respecto de la potencia norteamericana). La "comunidad de

países desarrollados" vendría a acometer lo que la "comunidad atlántica" había dejado inconcluso en su intento de gobierno imperial mundial. En su lugar se optará por una "gobernanza" (global) de los asuntos del mundo.

Gobernanza que no se podría entender sin la imposición del dólar como "moneda global". Mientras aquél estuvo vinculado al oro, EE.UU. fue expandiendo su dominio económico-político y permitiendo engrasar la dinámica de acumulación mundial a costa de grandes déficits comerciales que a finales de los años 60 del siglo XX le había llevado a la insolvencia: simplemente sus reservas de oro (que habían llegado a ser del 80% del disponible en el mundo), no podían hacer frente a la emisión de dólares hecha (en agosto de 1971, cuando EE.UU. decide desvincularse del oro, había llegado a perder 8.870 toneladas de ese metal, sobre lo que tendrían también peso las guerras de Corea y Vietnam en las que se embarcó). Una vez que se desligó del oro, EE.UU. forzó a la OPEP para que el comercio mundial de petróleo se efectuara en dólares, con lo que el conjunto de transacciones mundiales pivotaría en adelante en torno al dólar.

Tener la "moneda global", en la que se realizaban las transacciones internacionales, permitió a EE.UU. emitir dólares sin respaldo con los que inundar de inversiones el mundo. Para poder transarlos el hegemón creó el sistema de compensación de pagos SWIFT, adjudicándose, también unilateralmente, el monopolio de la alcabala financiera mundial. Por el mismo motivo, podía endeudarse sin contraprestación (una crónica y ascendente deuda no reclamada que asciende hoy a alrededor de los 25 billones de dólares). El hegemón descubría así la vía para perpetuar su dominio mundial: una economía financiera (utilizando el dinero de forma rentístico-especulativa), de ganancia mucho más fácil y rápida que la basada en la industria.

Desde los años 70 del siglo XX Estados Unidos repite ese ciclo de ganancia: imprimir dinero, exportar dinero al extranjero y traer dinero de vuelta a sus tres mercados principales: el mercado de productos básicos, el mercado de letras del tesoro y el mercado de valores. A esto se le ha llamado "cosechar" el dinero ajeno[4]. El país norteamericano ha ido diluyendo gradualmente su economía real para hacerla cada vez más virtual, convirtiéndose en un imperio financiero, un Estado económico "vacío". Su Producto Interno Bruto actual ha

sobrepasado los US$18 billones, pero se calcula que sólo unos 5 billones de dólares provienen de la economía real (Chinascope, 2015). Lo que explica que la concomitante financiarización económica del capitalismo global no fuera un "error" o el imprevisto "malfuncionamiento" de una economía sana, sino un resultado lógico y buscado (como ya vimos en el capítulo 4).

Se establecía, así, una estrecha e insalvable relación entre el ciclo del índice del dólar, la economía mundial y la geo-economía militar de EE.UU.[5] Respondiendo a esta última, y también como afianzamiento de la nueva "gobernanza" mundial, es que se aplicaron por doquier a partir de la penúltima década del siglo XX un conjunto de medidas que se ampararon en lo que fue conocido como *Consenso de Washington* (cuadro 5).

Cuadro 5. Elementos principales del Consenso de Washington

- Dado que se predica que el sector privado gestiona mejor los recursos que el público, los gobiernos deben reducir el peso del Estado y dejar buena parte de los servicios (aunque sean "universales") en manos del sector privado. El Estado debe ser un mero facilitador de este sector (función de estabilidad), al tiempo que un regulador ocasional de sus excesos (con programas de alivio de la pobreza, p.e.), así como garante de la paz social (gobernanza).
- Como quiera que se propugna que la globalización es beneficiosa para todos los países, la extraversión (y extranjerización) de las economías periféricas (con sus recursos en manos de empresas transnacionales), lejos de ser un problema, garantizará su capitalización y la incorporación de tecnología.
- Las economías no deben poner restricciones al libre flujo de capitales ni de mercancías. Sus mercados bursátiles deben quedar también abiertos.
- La existencia de "polos de desarrollo" mundiales desencadenará un proceso de "cascada de riqueza", que derramará al conjunto de la población mundial (antiguo apotegma de la "Escuela de Chicago").

Fuente: Ramos (2003)

A partir de entonces, y como vía privilegiada de "cosechar" dinero, se multiplicarían los "Tratados de Libre Comercio e Inversiones" (TLC), que han venido creando una especie de "derecho internacional" informal que en realidad está basado en las leyes y la jurisprudencia de EEUU (porque ningún Tratado o Acuerdo con este país puede contradecir las leyes o el Congreso de EEUU, ni EE.UU. acepta ninguna decisión de organismo multinacional que le contravenga). Es decir, que todos los Tratados firmados por este país

institucionalizan de iure la aplicación extraterritorial de las leyes de EEUU. De hecho, los países signatarios de acuerdos de liberalización comercial ceden su soberanía nacional y popular, y dejan indefensas a sus sociedades frente al multiplicado poderío de los *mercados reguladores* (que no regulados)[6]. A este festín se sumarían en una u otra medida el resto de potencias capitalistas.

Ya en 1997 se habían realizado 1850 Tratados Bilaterales (firmándose uno cada dos días y medio), como reflejo de la necesidad imperiosa de construir un "modelo económico" universal y libre de responsabilidades sociales, que conllevaba un proceso de disolución social, con posibilidades aparentemente ilimitadas de enriquecimiento para las elites, y que se convirtió a partir de los años 90 en un sistema legal supranacional. En 2015 estaban en vigor más de 2.280 Tratados Bilaterales de Inversión (TBI), más de 3.400 si se cuentan los multilaterales. De ellos más de 1.800 han sido suscritos por algún Estado miembro de la UE o por la UE en su conjunto (según la UNCTAD; datos en Guamán, 2015).

La "liberalización comercial" potencia esa operación a escala mundial, que resultaba altamente simbiótica con la militarización de las relaciones internacionales de cara a acelerar la apropiación de recursos mundiales y el control agresivo de mercados.

Este nuevo proceso de acumulación por desposesión a escala planetaria entraña ofensivas ya vistas en capítulos anteriores hacia la privatización de la riqueza social acopiada (servicios públicos, energía, infraestructuras, patrimonio construido…); privatización del patrimonio natural; mercantilización de recursos genéticos (negocio con las fuentes de vida animales y vegetales); patentes sobre recursos ajenos; empresarización de las instituciones públicas; técnicas financieras de desposesión (promociones fraudulentas de títulos, destrucción deliberada de activos –mediante inflación, fusiones, absorciones…–[7]; endeudamiento generalizado y apropiación de bienes hipotecados, manipulación del crédito y las cotizaciones); contrarreformas fiscales (reducción de aportes de la patronal, tributación regresiva e "ingeniería financiera" (fraude y evasión fiscal) del gran empresariado, subvención pública a las grandes empresas y la Banca…; y también la apropiación militar directa (o la guerra como negocio).

Se produjo como consecuencia inmediata –además del incremento

exponencial y la multiplicación de la desigualdad– la aceleración de la proletarización masiva de las poblaciones de todo el planeta, muchas de las cuales quedaban "disponibles" para migrar a discreción en función de los requerimientos del capital en unos u otros mercados migratorios[8].

Todo eso fue acompañado de intervenciones militares directas o a través de intermediarios contra quienes se negaban a aceptar las nuevas reglas de juego[9]. "Sujetos díscolos" que había que disciplinar-eliminar (cuadro 6).

Cuadro 6. Algunos hitos de la ofensiva general contra los sujetos antagónicos a la unipolaridad estadounidense (hasta los años 80 del siglo XX)

Las potencias capitalistas centrales, apiñadas en torno al liderazgo político-militar de EE.UU. (más decisivo a partir del mandato de Reagan), emprenden una gran ofensiva política, militar e ideológica no sólo para combatir las vías de intervención de los sujetos organizados del Trabajo, sino también la búsqueda de caminos político-económicos autocentrados por parte de las formaciones sociales periféricas. Lo que se tradujo en un gran número de intervenciones. Entre las más destacadas[10]:

América

- Golpe de Estado en Chile para imponer la dictadura militar.
- Colaboración con los golpes de Estado y apoyo a las dictaduras de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil[11].
- Bloqueo y agresión permanente a la revolución cubana.
- Acoso al Panamá nacionalista de Omar Torrijos.
- Apoyo a la dictadura de Somoza en Nicaragua, y posterior *guerra sucia* contra la revolución sandinista.
- Protección y colaboración con gobiernos que practican el genocidio indígena y la *guerra sucia* en El Salvador y Guatemala.
- Invasiones de Grenada y Panamá.

África

- Ofensivas a los "países del frente", en África del Sur, que se habían unido contra el *apartheid* y el subimperialismo de la Sudáfrica racista: Zimbabwe, Zambia, Namibia, Angola y Mozambique. Contra estos dos últimos países se emprenden sendas "guerras sucias", contrarrevolucionarias (de sabotaje, destrozo de la producción, asesinatos de la población…), al intentar tras su independencia de Portugal emprender vías no capitalistas de desarrollo.
- Apoyo a dictadores de especial trayectoria sanguinaria, como Idi Amin (Uganda), Mobutu Sese Seko (Congo).
- Derrocamiento o eliminación física de líderes africanos independentistas, nacionalistas o socialistas: Kwame Nkrumah (Ghana), Sekou Touré (Guinea Conakry), Chivambo Mondlane y Samora Machel (Mozambique), Amilcar Cabral (Cabo Verde), Patrice Lumumba (Congo), son algunos de los más importantes. El último en esta línea ha sido hasta la fecha Tomas Sankara (Burkina Faso), como artífice de una gran transformación igualitaria en su país.

Asia

- Guerra contra Vietnam (como antes contra Corea del Norte).
- Golpe de Estado a Sukarno en Indonesia, con la imposición de la dictadura del general Suharno.
- Guerra a la sublevación iraní contra la dictadura del Sha (apoyado por EE.UU.), a través de Irak.
- Apoyo a las opciones integristas en los países de religión oficial musulmana, contra las alternativas políticas nacionalistas y marxistas. Entre sus máximos exponentes están el sostenimiento de los talibanes en Afganistán contra el gobierno civil primero y contra la intervención soviética después en su ayuda; el impulso para la creación del partido Hamas en Palestina, el wahabismo en Arabia Saudí y otros países del golfo arábigo; apoyo a la creación y auge de la Hermandad Musulmana.
- Apoyo incondicional a Israel como guardián de los intereses "occidentales" en el oeste de Asia.
- Golpe de Estado en Tailandia (bastión estadounidense en el sureste asiático).

Fuente: elaboración propia. Sobre esta cruenta guerra social acaba de salir un libro de imprescindible lectura, Bevins (2021).

Caída la URSS, esta globalización unilateral que ungía la extraterritorialidad global de las leyes estadounidenses, permitía al tiempo que EE.UU. se eximiera a sí mismo de cumplir convenios internacionales. Por citar una lista no exhaustiva de las Convenciones, Protocolos y Acuerdos no firmados por este país tenemos: Convenio para la Represión de la Trata de Personas y de la Explotación de la Prostitución Ajena; Protocolo de Kyoto; Convención sobre la Prohibición del Empleo, Almacenamiento, Producción y Transferencia de Minas Antipersonal y sobre su Destrucción (Tratado de Ottawa); Segundo Protocolo Facultativo del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, destinado a abolir la Pena de Muerte; Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid; Pacto Mundial para la Migración, de Marrakech; Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar; Resoluciones condenatorias de la violencia neofascista en Europa (sólo EE.UU. y, sospechosamente, Israel, se niegan sistemáticamente a suscribir esas condenas); Convención sobre la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra y de los crímenes de lesa humanidad; Convención Internacional contra el reclutamiento militar, la utilización, la financiación y el entrenamiento de mercenarios…

Entre los Pactos firmados por EE.UU. pero no ratificados (por lo que se exime a sí mismo de su cumplimiento) podemos citar: la Convención sobre la

eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer (CEDAW) (sólo Santo Tomé y Príncipe y Afganistán tampoco lo ratifican); Convención sobre los Derechos del Niño (sólo EE.UU. y Somalia no lo han ratificado); Protocolo facultativo de la Convención sobre los Derechos del Niño relativo a la participación de niños en los conflictos armados; Protocolo facultativo de la Convención sobre los Derechos del Niño relativo a la venta de niños, la prostitución infantil y la utilización de niños en la pornografía; Convenio de Estocolmo sobre Contaminantes Orgánicos Persistentes; Convenio de Basilea sobre el control de los movimientos transfronterizos de los desechos peligrosos y su eliminación; Convenio sobre la diversidad biológica; Tratado de prohibición completa de todos los ensayos nucleares; Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales; Convenio relativo a la libertad sindical y a la protección del derecho de sindicación; Convenio sobre el derecho de sindicación y de negociación colectiva; Convenio sobre la edad mínima de admisión al empleo; Convención de Viena sobre el Derecho de los Tratados; Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional…[12]

Además, el 7 de octubre de 1985, los Estados Unidos declararon que en lo sucesivo no acatarían las decisiones de la Corte Internacional de Justicia de la ONU y suspendieron su adhesión a la Declaración por la que se reconoce como obligatoria su jurisdicción. También el 6 de mayo de 2002 declararon que dejaban de considerarse obligados por el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (llegando después incluso a retirar la visa de entrada a su fiscal general por intentar juzgar los posibles crímenes de guerra cometidos por ellos en Afganistán).

Todo ese entramado mundial unilateral por el que EE.UU. extraterritorializaba sus leyes al resto del planeta mientras que no reconocía leyes comunes ni derechos ni tratados para sí mismo, fue diseñado para intentar compensar la menguante Acumulación a través del impulso por muy diversos medios de un Crecimiento por Desposesión. Sin embargo, a finales del siglo XX y comienzos del XXI tal tinglado global comenzaría a debilitarse con la confluencia de dos procesos decisivos:

1) La persistencia e intensificación de la crisis global del capitalismo, y con ella la del propio Sistema Mundial generado por este modo de producción; así

como el comienzo de la declinación económico-política del propio hegemón[13].

2) La emergencia de China como potencia mundial y la recuperación de soberanía nacional con cada vez más presencia internacional por parte de Rusia[14]; formaciones sociales que poco a poco, y a pesar de los potenciales conflictos y tensiones mutuas que provoca su irrupción en Asia[15], se han ido aproximando entre sí para generar un tándem muy difícil de enfrentar, abriendo así las posibilidades de un nuevo orden mundial.

Veamos brevemente en qué consiste el desafío.

7.1. El peligroso declive del hegemón

Los últimos anclajes de EE.UU. como hegemón son

a/ el dólar como moneda de cambio y de reserva del valor a escala internacional;

b/ el Ejército, que a su vez está vinculado al avance tecnológico estadounidense;

c/ el cuasi-monopolio sobre las comunicaciones (donde se incluyen sus 5 gigantes tecnológicos: Amazon, Apple, Facebook, Google y Microsoft), incluida internet, lo que ha permitido a EE.UU., y por extensión a las formaciones sociales europeas, seguir "construyendo el relato" del mundo[16] (a semejanza de lo que estas últimas vienen haciendo desde su expansión colonial en el siglo XV).

Uno y otro de esos pilares se sustentan mutuamente: el dólar puede cumplir tales papeles globales porque su confianza se asienta en la fuerza de las armas del hasta ahora ejército más poderoso del planeta, mientras que éste ha podido seguir siéndolo gracias al papel global del dólar y a la consiguiente posibilidad de emitir dinero sin respaldo, así como de contraer deuda incobrable (lo mismo se aplica a su complejo tecnológico que, por otra parte, está en gran medida militarizado)[17]. Esta dupla de poder le permite al hegemón (y por extensión a las potencias capitalistas subordinadas) mantener la "fabricación de la verdad" a escala mundial, a través del control de la absoluta mayoría de los media. Pero la previsible declinación de un dólar sobrevaluado y sin respaldo en el *valor* (capítulo 4), en un mundo que empieza a funcionar virtualmente,

sin moneda para sus transacciones y movimientos de mercancías y capital, no dejará pronto tantas posibilidades para el dólar y con ello para el monstruoso complejo militar estadounidense (Dierckxens y Piqueras, 2018)[18]. Consecuentemente, es previsible también que la dinámica político-territorial del Estado norteamericano vaya perdiendo fuerza.

La eclosión de China[19] ha comenzado a trastocar todas las dinámicas de la globalización unilateral estadounidense. A diferencia de la URSS en su momento (que sólo podía oponérsele en el terreno militar-político), China sí reúne condiciones para desafiar la hegemonía mundial estadounidense en su completitud. Concretamente, el auge de China a partir de los años noventa ha significado una escalada continua de posiciones, hasta ocupar, en el año 2015, el primer puesto en cuanto a participación en el PIB mundial (medido en PPA) adelantando a EE.UU. Como quiera que China tiene las mayores reservas de dólares del mundo[20], pero al mismo tiempo es una formación social que impide que sus divisas salgan fácilmente de sus fronteras, añade una razón más para haberse convertido en el principal enemigo de EE.UU. en el presente siglo, dado que como acabamos de ver en el apartado anterior (ver nota 5 de este capítulo), el hegemón en su relativa decadencia necesita reciclar permanentemente enormes flujos de divisas hacia su economía.

Por ahora el sistema financiero ha empezado a compartir la importancia del yuan (en realidad del *petro-oro-yuan*, dado que China es el principal importador de petróleo y el que más reservas de oro tiene del mundo), que se aprecia en la misma proporción en que el país ha comenzado a deshacerse de las reservas de moneda extranjera y de bonos estadounidenses. Dado el actual estado de cosas, la lógica sistémica llevaría a levantar un nuevo entramado financiero internacional apoyado en una bolsa de monedas conectadas a la energía (y posiblemente al oro) en la que el dólar perdiera parte considerable de su peso. Sin embargo, las descomunales dimensiones que ha adquirido el capital ficticio en la actualidad dificultan cualquier tarea de acoplar la producción a una nueva moneda o conjunto de monedas más o menos "físicas".

Un factor decisivo diferenciador del anterior "bipolarismo" EE.UU./URSS es que la potencia china en auge juega de momento con las mismas reglas del capitalismo mundial, pero poniendo patas arriba todo el "Consenso de

Washington" y venciéndole en su propio terreno. Todo ello a la par que conserva elementos bien definidos de una sociedad en transición socialista (cuadro 7). De cómo se diriman interna y externamente el peso de unos u otros factores de la formación socio-estatal china (lucha de clases interna y también a escala del capital global), dependerá en alguna medida el decurso de la humanidad en el futuro inmediato.

Cuadro 7. Resumen de características socialistas de transición de la economía china

Colectivización de la propiedad de los suelos y de los subsuelos.
Ausencia de proletarización de buena parte del campesinado.
Cobertura universal de necesidades básicas por parte del Estado.
Nacionalización de las infraestructuras.
Transformación en sociedades estatales de lo esencial de las empresas de los sectores industriales clave.
Planificación central aplicada estratégicamente.
Control estatal de la moneda y de todos los grandes Bancos.
Vigilancia estrecha de los centros financieros. También de las actividades de los "emprendedores domésticos" en el exterior (financiados a menudo por el propio Estado).
Control de las condiciones de implantación de las firmas extranjeras.
Supervisión en la cúspide de toda esa planificación y protección económica y social, por parte del Partido Comunista Chino.

Fuente: elaboración propia, siguiendo especialmente a Herrera y Long (2021)[21].

En cualquier caso, tanto las fuentes energéticas como la economía productiva ya no están en el Eje Anglosajón (anglo-estadounidense) que desde 1700 controla el Sistema Mundial, sino en Asia, y sobre todo en el Eje chino-ruso, a partir del momento en que Rusia recobra también su papel internacional como potencia (energético-militar y espacial), en un proceso difícil y todavía incompleto pero que ya marca una clara guía de re-soberanización. China sobre todo, pero poco a poco aunque parcialmente también Rusia, trazan las dos únicas contra-dinámicas de recuperación de la territorialidad político-estatal frente al desenvolvimiento global (globalización) del capital degenerativo. China, como potencia emergente, está intentando construir una forma de *internacionalización* que comienza a despegarse de la actual *globalización del capital*, por lo que en vez de estar basada en el desenfreno financiero, la especulación, la rapiña de recursos mundiales, la multiplicación de recortes sociales y planes de ajuste, corrupción como vía privilegiada de beneficios, "paraísos fiscales" y capital ficticio, busca proporcionar un

entramado energético-productivo y comercial multipolar (lo cual no quiere decir que algunos de aquellos rasgos no estén presentes también en su expansión económica, lo que pasa es que no alcanzan ni de lejos el papel preponderante que tienen en el capitalismo degenerativo actual). Toda un área transcontinental integrada económicamente mediante una nueva "Ruta de la Seda". En ella se intenta incluir a la Unión Económica Euroasiática, con India y su zona de influencia[22], pero también América del Sur, Sudáfrica y la Unión Africana[23]. Una red con moneda internacional centrada en el yuan, que pretende complementarse con una canasta de monedas (de los llamados BRICS), y que cuenta con un Banco de Infraestructura y Desarrollo, un Fondo de Fomento, un sistema propio de compensación de intercambio, una Bolsa Internacional de Energía, un plan de infraestructura y desarrollo que muy pronto podrá llegar a Inglaterra con un tren de mercancías de alta velocidad.

La *Ruta de la Seda* o "Un Cinturón una Ruta" en la terminología china[24], cubriría, de completarse, al 65% de la población mundial, mediante conexiones con más de un centenar de países de los cinco continentes. Involucraría un tercio del PIB global. Movilizaría una cuarta parte de los bienes planetarios, suponiendo algo así como un tipo de "New Deal" a escala global capaz de insuflar algo más de vida a un "capitalismo productivo", tanto como probablemente constituirse en una de las últimas posibilidades de hacer una "reconversión suave" del mismo a otro modo de producción.

Por su parte, Rusia está poniendo su poderío diplomático-militar al servicio de ese proyecto, al que parece comenzar a entender como su vía de futuro, con el fin de crear una "zona de estabilidad" fuera del caos del capital degenerativo y de los coletazos destructivos de la territorialidad política estadounidense en decadencia. Hay que tener en cuenta que esa alianza entra dentro de la estrategia de Moscú para conectar económicamente Europa y Asia en un súper-continente: la Gran Eurasia. Proyecto que por fin le permite a Rusia desconectar de su larga historia de intentos de insertarse de forma periférica en Europa, para pasar a ser el fulcro de Eurasia[25].

No solamente esto debilita aún más la globalización neoliberal, sino que fortalece las economías estatales implicadas, así como el proceso multilateral y regional, lo que explica que ambas formaciones sociales hayan creado a través de esta cooperación una *"zona de estabilidad"* y de previsibilidad en materia de

relaciones internacionales, de relaciones comerciales, económicas y monetarias, que fortalece la opción de un sistema multipolar basado, hoy por hoy, en el respeto y beneficio mutuo entre Estados[26]. Ese proyecto en curso contrasta vivamente con la imprevisibilidad y arbitrariedad de las decisiones político-estratégicas estadounidenses y los abusos de su unipolaridad.

Pero ante la mera posibilidad de un nuevo entramado mundial productivo-energético, que paradójicamente podría prolongar la propia vida del capitalismo, la territorialidad política del hegemón en declive opone una tenaz resistencia. EE.UU. no parece dispuesto a dejarse relevar sin destruir. Su peligrosidad es mayor si tenemos en cuenta que su *zona de seguridad energética* (y la de sus subordinados imperiales) está precisamente en Asia Occidental, el nudo gordiano entre sus intereses y los del "cinturón" de conexión mundial chino. En el conjunto de Asia, la "geoecología" o pugna por la energía, recursos, materias primas y "tierras raras" de minerales estratégicos (fundamentalmente localizados en el corazón asiático y especialmente en Siberia –y también en China–), se erige en motivo primordial de la geo-estrategia global.

La capacidad de destrucción de EE.UU. es varias veces planetaria. Tiene alrededor de un cuarto de millón de efectivos del Ejército, la Marina y las Fuerzas Aéreas, en el 70% de los países del mundo, con más de 450 bases militares extraterritoriales. Con alrededor de 750.000 millones de $ de presupuesto militar declarado (que es sólo una parte del real), suma casi tanto como el gasto militar de todo el resto del mundo junto.

Es por eso que a la "zona de estabilidad" multipolar chino-rusa (que sus respectivos mandatarios llaman de "estabilidad estratégica"), EE.UU. (y sus aliados subordinados) le ha opuesto desde el principio una política de *caos y desestabilización*.

EE.UU. ha lanzado *la «guerra contra el terror»* desde hace más de dos décadas, y con ella ha arruinado países y destrozado sociedades enteras: Afganistán, Somalia, Irak, Libia, Siria, Yugoslavia[27]… (cuadro 8). Además, esa especial guerra perdura y se extiende hoy por más de 60 países, principalmente a través de operaciones secretas. De hecho, se ha convertido en la forma en que la principal potencia tiende a implantar su particular visión de un «dominio total» («Full-spectrum dominance», como fue definido en el clave informe del

Pentágono titulado *Joint Vision 2020*). Es su estrategia para devastar territorios, hacerlos ingobernables (agujeros negros de caos, sin autoridad central)[28], y así sabotear la *zona de estabilidad* chino-rusa, poniendo socavones en la *autopista de la seda*. También podemos fijarnos en que la mayoría de las formaciones estatales escogidas para devastar fueron parte de la red de alianzas de la Unión Soviética (cuadro 8). Muchos analistas afirman que EE.UU. "pierde" esas guerras porque no puede ni vencer sobre el terreno al enemigo ni rehacer las estructuras estatales. Pero es que no se trata de eso, busca otros fines, especialmente la ingobernabilidad de los territorios que devasta, la guerra permanente en ellos, a través de los cuerpos de ejército privados, irregulares o mercenarios, más terroristas que deja in situ. Así, por ejemplo, su retirada de Afganistán deja centenares de miles de talibanes listos no sólo para intentar hacerse cargo del Estado a su manera sino para poder expandir sus redes a los Estados adyacentes. Además, nuevas facciones "terroristas" son infiltradas en el país para hacerle ingobernable incluso a los propios talibanes, desestabilizando aún más toda la región, con especial peligrosidad para las exrepúblicas soviéticas y para la propia Rusia (además de China e Irán).

Cuadro 8. Intervenciones militares directas de EE.UU. – OTAN tras la caída de la URSS[29]

Irak (1991): con sanción de la ONU
Somalia (1993): EE.UU. y algunos "aliados", con sanción de la ONU
Yugoslavia (1995): OTAN, sin sanción de la ONU
Afganistán y Sudán (1998): ataque unilateral de EE.UU.
Yugoslavia (1999): OTAN, sin sanción de la ONU
Afganistán (2001): OTAN, sin sanción de la ONU [dura hasta hoy]
Irak (2003): EE.UU. y algunos "aliados", sin autorización de la ONU
Pakistán, Yemen, Somalia (2002): ataques con aviones no tripulados, sin autorización de la ONU [dura hasta hoy] Libia (2011): intervención de la OTAN, con sanción de la ONU
Siria (2014): EE.UU. – OTAN [dura hasta hoy]

Fuente: elaboración propia.

Intervenciones que Arthur K. Cebrowski, almirante y director de la Office of Force Transformation in the U.S. Department of Defense, concibió hechas sobre "países desechables" a los que había que destruir sus estructuras estatales[30].

Dentro de esa estrategia se daría lugar a la "Doctrina de Dominación Permanente", lanzada en 1992, que todavía no establecía con claridad cuáles

iban a ser los rivales de la potencia norteamericana una vez disuelta la URSS y su bloque del Este. También la "Teoría del Caos Constructivo", durante el gobierno de George W. Bush, con la que Washington intentó afirmar su hegemonía tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. En ese momento ya se enunciaba la necesidad de "cercar" a China. La Doctrina de "Pivote asiático", formulada por Obama, apuntaba a hacer un despliegue de instalaciones militares y medios de combate para impedir y/o limitar el abastecimiento energético de China por vía marítima en caso de un escalamiento del conflicto. De ahí solo hubo un paso a la mal llamada "guerra comercial" del presidente Trump que escaló aún más el conflicto. Apareció más recientemente el Documento "Ventaja en el mar", publicado por el Instituto Naval de Estados Unidos, que fue definido como la estrategia marítima del país a partir de la integración del poder naval en todos los dominios y bajo coordinación conjunta de la Armada, el Cuerpo de Marines y la Guardia Costera.

En ese auto-declarado "Caos Constructivo" hay que incluir a las llamadas guerras de cuarta generación o "híbridas" que, aprovechando el descontento real[31] de unas u otras poblaciones o parte de ellas, combinan el uso de la presión político-económica con operaciones militares en sus diferentes expresiones (operaciones subversivas, actuaciones clandestinas y de falsa bandera, guerra por delegación y proxy-guerras…), incluida la utilización de cuerpos armados irregulares y redes terroristas potenciadas o creadas ad hoc. También mediante la propaganda, la cibernética y la inteligencia artificial… con poco armamento pero sofisticado, cuerpos paramilitares infiltrados entre la multitud, con gran capacidad operativa y de incitación de masas, así como de sabotaje o acciones directas; lanzamiento masivo de noticias falsas (sobre políticas gubernamentales, daños económicos o sociales, asesinatos…) que se expanden por la red a través de miles de cuentas de perfiles falsos creadas para multiplicar su efecto; la demonización permanente y sistemática del líder o líderes a derribar y una cobertura mediática mundial coactuante, gracias al control de la mayor parte de cadenas de TV, radio y periódicos, además de Internet, Twitter, Facebook... Con ello se han desatado "revoluciones de colores" o, en su defecto, la desestabilización de los países y la extenuación de sus sociedades. Ejemplos de ellas tenemos en Georgia, Chechenia, Azerbaiyán,

Venezuela, Honduras, Nicaragua, Bolivia, Congo, Nigeria, Siria, Hong Kong, las "primaveras árabes", Ucrania, Bieolorrusia. Habría que añadir, además, la partición de Sudán y la que se está intentando ultimar con Etiopía, o la que lleva desangrando al Congo desde hace tiempo.

Fundamentalmente están en el punto de mira del hegemón aquellas formaciones estatales que se encuentran dentro del espacio territorial de lo que fue la URSS o sus alianzas, y que hoy integran la zona de seguridad de Rusia. Con ello buscan debilitar al "brazo armado" del Eje de la Estabilidad, para lo que no se descarta incluso la posibilidad de un golpe de Estado en Rusia con el fin de poner un gobierno sumiso a los intereses estadounidenses –y europeos– (el fabricado caso Navalni va en ese sentido). También son objetivos principales las formaciones sociales americanas que de una u otra manera han buscado vías propias de gobierno más allá de los dictados de Washington, porque EE.UU considera al continente americano como "su" perímetro de seguridad. Así mismo, es prioritario en la agresión del hegemón el "hinterland" chino (además de, en potencia, todo el que se encuentre en su Ruta de la Seda, como ya se dijo).

En este orden de intenciones, otra particular modalidad de guerra que practica EE.UU., y que puede permitirse por gozar de la "moneda global" y del sistema de compensación de pagos SWIFT, según vimos en el capítulo 4, es la de la sanción económica contra países (que también obliga al resto del mundo a seguir, ejerciendo a su vez sanciones contra quienes no la secunden)[32]. Hoy agrede así nada menos que a Bielorrusia, Burundi, Corea del Norte, Irán, Libia, Nicaragua, Cuba, República Centroafricana, República Democrática del Congo, Rusia, Sudán, Siria, Venezuela y Zimbabwe; Estados a los hay que agregar entidades como las Repúblicas Populares de la región de Donbass (en Ucrania) y el Hezbollah libanés (así como buena parte de la población de Yemen, donde los hutíes han sido sólo recientemente retirados de la lista de "terroristas" dictada por EE.UU.), entre otras. Esas sanciones constituyen actos de guerra condenados por la ONU, que causan indescriptibles sufrimientos y mortandad en las poblaciones afectadas, a menudo más que los ataques militares, pero que pasan mucho más desapercibidas para las sociedades del mundo. Cumplen, además de con los objetivos geoestratégicos descritos, con metas geoeconómicas y geoecológicas sustitutorias de la acumulación de

capital, en lo que se ha llamado *acumulación militarizada*:

> "Lanzar guerras e intervenciones que producen ciclos de destrucción y reconstrucción y generan inmensos beneficios para un complejo militar-carcelario-industrial-de seguridad-financiero, en continua expansión. Actualmente, vivimos en una economía global de guerra" (Robinson, 2013: 8).[33]

Tales políticas, que EE.UU. se reserva para sí mismo el derecho de aplicarlas a su antojo, arbitrariamente, contradicen de plano, como es fácil de deducir, el "libre mercado", aunque, en realidad, todo muestra a lo largo del capitalismo histórico que aquél sólo es proclamado por las potencias cuando son ellas las que se benefician de un comercio sin competencia real[34]. Por eso hoy EE.UU. ha emprendido el camino del proteccionismo y una guerra económica contra su principal adversario en esta primera mitad del siglo XXI: China. Ya previamente había hecho abortar la Ronda de Doha tocando de gravedad a la propia OMC (que está prácticamente desaparecida). Dado que la UE, Canadá y Australia siguen dócilmente los dictados de EE.UU., cada vez más la diplomacia "occidental" para con el bloque chino-ruso va quedando reducida a sanciones económicas[35], un tipo de guerra que, lógicamente, descarta la diplomacia y acerca precipitadamente al enfrentamiento militar, poniendo en riesgo al planeta entero.

De hecho, estamos ya en una especie de *guerra total*, que combina las modalidades descritas (intervenciones militares directas o a través de intermediarios, agresiones económicas, ofensivas híbridas con guerra mediática de por medio, donde la Mentira se convierte en elemento clave estratégico), con la guerra cibernética y la judicial (propiciadora de golpes de Estado y persecuciones políticas de primer nivel a través del poder judicial).

En general, la incapacidad por parte de EE.UU. de lograr la globalización unilateral absoluta mediante el avasallamiento consensual, junto a la profundización de la crisis sistémica y la agravación de las crisis sociales, así como el surgimiento de las "potencias emergentes", nos lleva a esa *guerra total* y a los prolegómenos de un proceso de "desglobalización" (o globalización por regiones), así como a una gran metamorfosis de todo el imperialismo construido bajo el hegemón norteamericano, incapaz hasta ahora de acomodarse a la probable intensificación de su decadencia.

7.2. La descomposición del mundo que salió de la postguerra mundial. El fin del largo siglo XX

La globalización unilateral implosiona[36], y con ella todo el entramado socio-político-institucional que conocimos desde la Segunda Postguerra Mundial y el fin de la Guerra Fría. El largo siglo XX llega a su fin, aunque pueda hacerlo de la manera más dramática. Con ello, las instituciones heredadas de ese siglo pierden también su protagonismo.

Sólo desde 2017 hasta el final del mandato de Trump en enero de 2021, EE.UU. ha desmontado diferentes pactos o espera romperlos. El 1 de junio de 2017, anunció la retirada de su país del acuerdo climático de París, firmado en 2016. El 23 de enero de 2017 se retiró del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés); un pacto suscrito en febrero de 2016 por 12 países que, juntos, representan el 40 % de la economía mundial y casi un tercio de todo el flujo del comercio internacional. EE.UU. también ha salido del Pacto Mundial de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre Migración y Refugiados, así como de la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). Además ha modificado unilateralmente el Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCAN), un acuerdo comercial entre este país, Canadá y México. Y aun así, impone aranceles a las importaciones mexicanas.

27 años antes, en 1994, el entonces presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, firmó un acuerdo con Corea del Norte para desmantelar el programa nuclear de este país asiático. Casi una década más tarde, al cambiar el mandato, el presidente George W. Bush, calificó a Pyongyang de "eje de mal" y preparó el terreno para romper el acuerdo. Después de eso ha tenido lugar la profundización del desconocimiento y hasta el repudio norteamericano de las decisiones de Naciones Unidas (y del Consejo de Seguridad) que constituyen la legalidad internacional. En un proceso lento pero seguro de desconstrucción del derecho internacional y de la propia ONU, EE.UU. reconoció a Jerusalén como capital de Israel (otro país que se jacta de no cumplir las resoluciones de

la ONU). Seguidamente, anunció que se retiraba del Plan Integral de Acción Conjunta firmado con Irán, así como también del Tratado sobre armas nucleares con Rusia[37]. Además, el 25 de marzo de 2019, Estados Unidos reconoció la "soberanía" de Israel sobre el Golán ocupado, lo cual equivale a aceptar la adquisición de territorios mediante la guerra. Todo indica que últimamente no se detiene ni ante la manifiesta violación de embajadas, como la norcoreana en Madrid o la de Venezuela en Washington.

Un trabajo de demolición sistemática de las instituciones internacionales, del sistema de relaciones y compromisos multilaterales, que muy improbablemente será revertido en una escala digna de consideración por los nuevos gobiernos estadounidenses. Aunque puedan volver a suscribir formalmente alguno de los acuerdos o tratados, como el del cambio climático, según parece ser la intención de Biden, o se vean forzados coyunturalmente a mantener las apariencias en otros, como en los casos de Irán (Plan Integral) o Rusia (Tratados sobre armamento nuclear), estamos probablemente ante una tendencia estructural de un hegemón en decadencia, difícilmente reversible. De hecho, las intervenciones de Joe Biden nada más asumir el cargo auguran una escalada de las tensiones bélicas. Considérense solamente sus siguientes diez pasos, aunque por la fuerza de las circunstancias luego haya tenido que reconsiderar algunos o aceptado otros (como el Nord Stream 2):

a. Advierte (amenaza) a Alemania de no seguir adelante con su proyecto de abastecimiento energético (Nord Stream 2), y da marcha atrás en la retirada de tropas del territorio germano, lo que de paso deja claro que sigue siendo un país colonizado (la administración USA, despreciando una vez más el "libre comercio", amenaza directamente con represalias a las compañías que participan en la construcción del gaseoducto, detectándose incluso hostigamiento militar al mismo).
b. Llama a Putin "asesino", lo que en términos diplomáticos equivale a solamente medio escalón previo a una declaración abierta de guerra. Presiona cada vez más las fronteras rusas a través de la OTAN, poniendo en alarma tanto al Báltico (e incluso las latitudes polares) como a la Europa oriental. Desestabilizando también el Cáucaso.
c. Se permite invitar a China a su casa (Alaska) para acto seguido

ponerse a insultar a los diplomáticos chinos sobre supuestas violaciones de derechos, sobre todo en territorio uigur (cuidándose mucho los emisarios norteamericanos de comentar cómo EE.UU. lleva infiltrando desde hace años redes terroristas y paramilitares en ese territorio para desunir China).

d. Amenaza con sanciones a India si no revierte la compra y despliegue de misiles rusos S-400.
e. Quiere renovar la unión contra Irán para doblegar a ese país y cortar el núcleo vital centro-asiático de la Ruta de la Seda china.
f. Aumenta el asedio a la propia China en el mar que la envuelve. Esto conllevará probablemente la transformación de las aguas adyacentes a China, en particular el Mar de la China Meridional, en uno de los epicentros del conflicto global del siglo XXI.
g. Amenaza a Corea del Norte mediante nuevas maniobras militares navales.
h. Frena la retirada de tropas de Asia occidental, y en el caso concreto de Siria (donde ocupa ilegalmente sus pozos petrolíferos), pretende reactivar la guerra con nuevas infiltraciones de paramilitares y yihadistas en el país.
i. Gesta una intervención contra Venezuela a través de tropas irregulares, paramilitares, narco-bandas y grupos delincuentes armados, con la colaboración del ejército colombiano, en la frontera entre ambos países[38].
j. Pero lo más descabelladamente peligroso de todo es que activa una nueva escalada bélica en Ucrania, de ominosas consecuencias. El ejército ucraniano ha comenzado a desplegar sus sistemas de cohetes de lanzamiento múltiple en Donbass**,** para atacar las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk, a las que vuelve a hostigar a las pocas semanas del inicio de la presidencia Biden. Y, más grave aún, ya ha declarado su intención de ir a por Crimea. Todo eso tras recientes conversaciones de alto nivel entre funcionarios estadounidenses y ucranianos. EE.UU. está abasteciendo de armas a Ucrania, al tiempo que despliega algunas de sus más mortíferos aparatos de combate en la zona. Haciendo del Mar Negro una de las zonas de mayor riesgo

bélico.

Todo ello marca la dinámica de *guerra total* [39]. Una explícita política de agresión contra Rusia y China.

A través de los pasos geopolíticos que va dando el hegemón en decadencia puede apreciarse, en cualquier caso, que el mundo que salió de la Guerra Fría llega a su fin. Muere definitivamente el largo siglo XX, y con él muchas de sus certezas. La excepcionalidad de Israel, la alianza energético-militar de EE.UU. y Arabia Saudita, la singularidad de Corea del Norte, la subordinación continental de Europa y América Latina a EE.UU, pueden estar viendo el principio de su fin tal como se han manifestado hasta hoy. Por el contrario, la apertura de los mares del Pacífico en torno a China, el surgimiento de una nueva África interconectada y el nacimiento de nuevas instituciones económicas y políticas internacionales, pueden comenzar a tener visos de verosimilitud.

En esa línea, la huida de EE.UU. de Afganistán, junto con la de todos sus aliados subordinados (el 15 de agosto de 2021), por más dobles intenciones que pueda albergar en cuanto a la desestabilización de Asia central, marca indudablemente un punto de inflexión, "el fin de una etapa en la historia de la humanidad signada por la intención de Washington de implantar un sistema internacional unipolar" (Rodríguez Gelfenstein, 2021: s/p), a partir el 11 de septiembre de 2001.

Entramos en una nueva era de inestabilidad, incertidumbre y riesgo sistémico, de pugna sin tregua por unos recursos cada vez más escasos, de tensión bélica generalizada y de destrucción de sociedades y franco peligro de todo el hábitat planetario, de desmoronamiento económico del capitalismo y consiguiente derrumbe de todo su orden mundial. El también consecuente *fin de la era neoliberal* viene acompañado del ocaso del sistema político que la precedió: la *democracia liberal*.

Es por eso que, acompañando a todo ello, el sistema esparce *in-política* con renovado vigor en sus formaciones socio-estatales.

La materialización de esa dinámica en el ámbito teórico-ideológico constituirá el objeto transversal de la segunda parte de este libro.

---

1. Como el título indica, y dado que muchos de los acontecimientos en estos puntos están sujetos a

cambios permanentes, mi intención aquí es tan sólo proporcionar algunos elementos sistémicos subyacentes al estado de la cuestión a escala del Sistema mundial capitalista, que puedan además tenerse en cuenta en las consideraciones críticas que se harán en la segunda parte de este libro. Aunque este acercamiento es deudor, de una manera u otra, de la teoría del Sistema Mundial, la estrategia de investigación que está detrás de él parte de la aportación de Cox (1983, 2013-2014), quien es reputado de ser el primero en llevar el concepto gramsciano de "hegemonía" a la arena interestatal y mundial (aunque en realidad los teóricos soviéticos, tras Lenin, habían abierto ya esa brecha –tan ignorada como casi todo lo soviético por el mundo que se llama a sí mismo "occidental"–); línea que luego profundizaría Arrighi (1999, 2005), quien entendía la hegemonía interestatal como el poder de un Estado para ejercer funciones de liderazgo y gobierno sobre un sistema de Estados soberanos. El que un Estado pueda convertirse en una potencia hegemónica mundial va unido al hecho de hacer ver que la expansión de su poder es de interés general para el conjunto de la humanidad (a menudo expresado en forma de supuesta "protección"). Además, Arrighi vincula ciclos de acumulación del capital con aumento del poder y dimensiones de las entidades políticas capitalistas a escala global: "organizaciones capitalistas cada vez más poderosas se han convertido en agencias de expansión de un sistema de acumulación y dominio que desde un principio abarcaba una multiplicidad de Estados" (2005: 25). Así tenemos, por ejemplo, cómo se pasó en el liderazgo mundial desde las Provincias Unidas al Reino Unido y luego a los Estados Unidos. Por su parte, Cox lo había explicado en palabras como las que siguen: "Por tanto, la hegemonía al nivel internacional no es simplemente un orden entre Estados. Es un orden dentro de una economía mundial con un modo de producción dominante que penetra en todos los países y se vincula a otros modos de producción subordinados. También es un complejo de relaciones sociales internacionales que conectan las clases sociales de los diferentes países. La hegemonía mundial se puede describir como una estructura social, una estructura económica y una estructura política; y no puede ser simplemente una de estas cosas, sino que deben ser las tres. La hegemonía mundial, además, se expresa en normas, instituciones y mecanismos universales que establecen reglas generales de comportamiento para los estados y para aquellas fuerzas de la sociedad civil que actúan a través de las fronteras nacionales, reglas que apoyan el modo de producción dominante (…) Las instituciones internacionales también desempeñan un papel ideológico. Ayudan a definir pautas políticas para los estados y a legitimar ciertas instituciones y prácticas al nivel nacional. Reflejan orientaciones favorables a las fuerzas sociales y económicas dominantes" (2013-2014: 172). En otro momento apostilla: "Las fuerzas sociales generadas al cambiar los procesos de producción son el punto de partida para pensar en futuros posibles" (2013-2014: 160).

2. En adelante el "Tercer Mundo" como sujeto más o menos coordinado, como entelequia asumida para impulsar la existencia de un agente colectivo que reclamaba su lugar bajo el sol del Sistema Mundial, que pretendió tener una voz conjunta a partir del Proceso de Bandung, y que se apoyó también en el "Desarrollo" como (pobre) versión socialdemócrata propia, quedaría relegado.

3. La estrategia geopolítica de este país traslucía la necesidad de un *Global Political Planning*, a realizar a través de dos vertientes: a/ la interna, mediante la creación de una subsecretaría de "asuntos globales"; b/ la externa, a través de un esquema de cooperación internacional que rompiera con la doctrina de la "comunidad atlántica", para sustituirla por una "comunidad de países desarrollados" (Mattelart, 2002: 101) y al mismo tiempo "desarrolladores". La unipolaridad la entiendo aquí (para no confundirla con la línea interpretativa procedente de la teoría de sistemas) incluida en la concepción de hegemonía que acabamos de ver en la primera nota de este capítulo, en tanto no compartida y fundamentada claramente en poderes no rivalizados.

4. Varoufaquis (2012) tiene un buen ensayo sobre esta dinámica, a la que llama del "minotauro global".

5. Ver aquí, por ejemplo, Fernández-Durán (2003), y en esa línea Murray y Blázquez (2009). Estos últimos autores concluyen que "la geoeconomía y la geopolítica de los EE.UU. forman un cuerpo unitario que ha tenido una fuerte repercusión a escala global" (2009: 56). Así expresa el punto de llegada del hegemón a la situación actual, un miembro del Comité Central y oficina gubernamental china: "Los

estadounidenses sólo tienen una manera de sobrevivir ahora. Lo llamamos la estrategia nacional de supervivencia de EE.UU. Estados Unidos necesita una gran cantidad de capital fluyendo hacia atrás para mantener su vida diaria y su economía. Si algún país bloquea ese flujo de capital, es el enemigo de EE.UU." (Chinascope, 2015: 7). Y añade que como país sin industrias productoras de material real, para mantener su funcionamiento la potencia norteamericana necesitaba a principios del siglo XXI una afluencia neta de US$700.000 millones de otros países cada año. Recomendable seguir en las páginas de este informe las vinculaciones entre el dólar y las intervenciones político-militares de EE.UU., así como por qué, precisamente, China pasa a considerarse enemigo principal.

6. Los "tribunales de arbitraje", por su parte, vienen a consolidar tal entramado institucional, pues sus decisiones no pueden, en la práctica, ser apeladas a través de mecanismos legales que estén fuera de los Tratados. Ninguna decisión de esos tribunales puede ser modificada porque han quedado fuera del alcance de los parlamentos o del poder judicial de cada país.

Todo ello ha permitido extender y profundizar el *derecho de propiedad* de las grandes corporaciones empresariales, y por supuesto de los medios para llevarlo a cabo. Salvo la denuncia del Tratado, con todo lo que eso implica en materia de represalias comerciales, políticas, diplomáticas y eventualmente el enorme abanico de formas de desestabilización que puede ponerse en práctica, los países firmantes están condenados a aplicar sus términos, lo que implica que deben cambiar las leyes nacionales para hacerlas compatibles con las reglas del Tratado y, en consecuencia, copiar las leyes estadounidenses sobre el derecho de propiedad. Un buen estudio de lo que significan los TLC en Guamán (2015). Allí puede encontrarse amplia bibliografía al respecto.

7. Tal infraestructura de Acumulación-Desposesión precisaba también de la erección de una nueva política monetaria internacional (anti-inflacionista y anti-deficitaria, para salvaguardar las acreencias).

8. En 16 economías de capitalismo avanzado la participación salarial media decayó del 75% del producto nacional en la mitad de los años 70, al 65% en los años justo anteriores a la crisis de los años 2000, volviendo a decaer a partir de 2009. En otras 16 economías "en desarrollo" o "emergentes" estudiadas, esa participación media de los salarios cayó del 62% del PIB en los primeros años 90, al 58% justo antes de la actual crisis (OIT, 2012). En 2014 el índice de Gini arrojaba un resultado de 0,89, lo que significa que de cada 10 personas 1 se queda casi con el 99% de la riqueza, y las otras 9 con un poco más del 1%. (Intermon-Oxfam, 2014). Para detalles, referencias y fuentes sobre estos puntos, así como los relacionados con las migraciones, tengo que remitir aquí a Piqueras (2007 y 2017a) y Piqueras y de la Cruz (2014).

9. En la fase de globocolonización, y una vez eliminado el Segundo Mundo o "Mundo Socialista", ya no había obstáculos para que la presencia militar directa se impusiera de nuevo, como en las anteriores fases coloniales.

10. El relevo de Carter por Reagan en la presidencia de EE.UU. supuso en tres años el aumento de más del doble del presupuesto de "Defensa" (de 108.000 millones de dólares en 1978 a 220.000 en 1981). Los Gobiernos socialdemócratas o con pretensiones de serlo, que hasta entonces habían mantenido una aceptable relación con la Administración Carter, fueron puestos también en la mira de la nueva estrategia estadounidense. Curiosamente, a finales de 1980 se caía el avión del presidente del Gobierno portugués, Sa Carneiro (socialdemócrata), y su sucesor dimitía al año siguiente. En mayo de 1981 sucedía lo mismo con el avión del presidente de Ecuador, Jaime Roldós (socialdemócrata); y en agosto siguiente se estrellaba el del líder militar nacionalista panameño, Omar Torrijos. En Brasil dimitía el general que lideraba el paso para el fin de la dictadura, Golbery do Couto e Silva, mientras que en España, en 1981, se producía la amenaza de golpe de Estado contra la ya de por sí controlada transición postfranquista (ver para todo esto Garcés, 1996). Los centros de mando del Sistema daban claras señales de que la "opción reformista" (el capitalismo keynesiano) quedaba en adelante descartada. Es de interés seguir aquí también a Fontana (2011 y 2019, entre otros) para ver en qué se basó la forja del "siglo norteamericano".

11. Previamente se había perpetrado el derrocamiento de los proyectos nacionalistas de Arbenz en

Guatemala, Getúlio Vargas en Brasil, Juan Bosch en República Dominicana y Velasco Alvarado en Perú. Sólo en el siglo XX Estados Unidos invadió de forma directa en decenas de ocasiones América Latina.

12. Más información de todo ello en Saltrón (2018).

13. Es conocida la tesis de Arrighi (1999) que correlaciona las fases de financiarización de la economía mundial con la caída del hegemón de turno (también que ningún hegemón ha logrado prevalecer en solitario en el Sistema-Mundo capitalista por más de 50 años). Recientemente, Vázquez (2020) ha compaginado con brillantez el análisis de la financiarización, el sistema-mundial y la hegemonía estadounidense, explicando cómo el declinar de esta última y su orden sistémico va asociado a la degeneración financiera. En esta línea, argumenta Gerig (2021: 104): "Es la realidad económica la que pone en juicio el papel de EUA como potencia hegemónica. Luego del declive de la fase material conocida como los gloriosos treinta (1945-1968/73) expresada en la crisis de acumulación y rentabilidad (1973– 1982) y el agotamiento de la fase financiera (1983-2007) del ciclo sistémico de acumulación estadounidense". En el OIC venimos señalando que el final de una civilización, en general, se caracteriza invariablemente por el predominio del trabajo improductivo (por su contenido) sobre el trabajo productivo, con la consiguiente tendencia a la financiación de la economía, que termina minando a ésta por dentro.

14. Rusia, gracias a su sustrato heredado de la URSS, se convierte, a pesar de todas sus carencias y la destrucción social y económica que padeció, en un referente de resoberanización y agencialidad multipolar para muchas sociedades del mundo.

15. Para unas buenas consideraciones sobre las relaciones de simbiosis-tensión entre estas potencias, y la importancia de su crecimiento en Asia, Veiga y Mourenza (2012).

16. A finales del siglo XX todavía más del 85% de las noticias que circulaban por los medios de difusión de masas mundiales estaban "fabricadas" por cuatro grandes corporaciones mediáticas (Mattelart, 2002).

17. Esto ya fue explicado en el capítulo 4: al contar EE.UU. con la moneda de intercambio global y emitir un flujo continuo de dólares sin respaldo, tiene un pilar decisorio para mantener su papel dominante a escala económica. Puede también, para ese fin, financiarse su poderío militar con dinero ficticio y con dinero ajeno que no devuelve. Me parece recomendable aquí el trabajo de Guillén (2015) quien, siguiendo la línea de Cox antes aludida, realiza una buena combinación de las crisis del capitalismo y de las convulsiones que propicia en la hegemonía mundial. En el caso concreto de la posible pérdida de hegemonía de EE.UU. dice:

> "Un estado puede dominar en capacidades materiales, pero no ser hegemónico. Fue el caso de Estados Unidos durante su ascenso al perfilarse el siglo xx, o de China en el momento actual. Es decir, puede haber liderazgo sin hegemonía. O la inversa, el hegemon puede ser superado en sus capacidades materiales (economía, tecnología, comercio, etc.), pero conservar supremacía militar, financiera e ideológica, así como controlar las instituciones principales que rigen el orden mundial, lo cual es el caso de EE. UU. en la situación contemporánea" (2015: 273).

18. Incluso la "fabricación de la verdad" ha comenzado a escapársele, aunque todavía muy limitadamente, con la aparición de medios globales en formaciones sociales clave (RT, globalnews, Telesur, hispanTV).

19. China es la única formación estatal que ha reunido las condiciones para romper su periferización, precisamente por seguir un modelo propio de desarrollo con características socialistas (cuadro 7). "China, que había ocupado durante siglos o milenios una posición destacada en el desarrollo de la civilización humana, todavía en 1820 tenía un PIB que constituía el 32,4% del producto interior bruto mundial; en 1949, en el momento de su fundación, la República popular china es el país más pobre, o uno de los más pobres del mundo" (Losurdo, 2008: 328). Entre esos dos momentos históricos tenemos las guerras imperialistas contra China, conocidas como "guerras del opio" (1839-1842 y 1856-1860, como consecuencia de que China se negara a dejar circular "libremente" el opio por su país, siendo esta una de las principales mercancías del primer narco-imperio mundial: Inglaterra). En ellas todas las potencias militares del momento sumaron parcialmente sus fuerzas para reducir al milenario gigante asiático.

Después, la revuelta de los Taiping (1851-1864) contra el comercio del opio, se convierte en "la guerra civil más sangrienta de la historia mundial", con veinte a treinta millones de muertos (Losurdo, 2005). Las potencias "occidentales", más la Rusia zarista y Japón, se repartirían el control de un territorio indefenso y maniatado. La gran hambruna de China del norte (1877-1878) mata a más de 9 millones de personas. Esas hambrunas, como las de India y tantos otros países, fueron la consecuencia directa de la colonización europea, especialmente la británica (véase Davis, 2006). El siglo XX despierta con el "levantamiento de los bóxer" (1899-1901) contra el control extranjero de la economía china. Su represión deja al país sumido en la impotencia. A principios del siglo XX el Estado está prácticamente destruido. Entre 1911 y 1928 se desarrollan 130 conflictos entre unos 1.300 señores de la guerra; el bandidaje se extiende por todo el país y la disolución de los vínculos sociales se hace galopante. Las potencias tenían planeado repartirse el control del territorio en pequeños y manejables pedazos. Al llegar el año 1949 probablemente sólo Bangladesh era más pobre que China. Tras la revolución socialista, el país es asediado y bloqueado: alimentos, medicamentos, recambios de la maquinaria agrícola, etc., son impedidos. "El Gran Salto adelante es un intento desesperado y catastrófico de afrontar el embargo" (Losurdo, 2008: 333); embargo del que se jactarían miembros de la administración Kennedy, como Walt Rostow, diciendo que había retrasado el desarrollo de China en decenas de años), lo que en parte vale también para la "revolución cultural" al intentar quemar etapas de desarrollo a través de puro voluntarismo. Sin embargo, la singularidad de tener un Estado volcado en la soberanía nacional, en el que el interés privado no logra ponerse por encima del colectivo, conseguiría finalmente hacer remontar todos los indicadores económicos y sociales de China, cuyo único parangón se encuentra en las proezas realizadas por la Unión Soviética (y luego, en otra escala, por Cuba o Vietnam). Hoy, de la mano de una economía planificada, y a pesar de haberse visto forzado a la apertura económica para dar participación al capital extranjero, el Partido Comunista ha logrado conservar el poder de decisión final en cada renglón de la economía, con el objetivo de asegurar un mínimo de equilibrio social, pilar fundamental desde la revolución, para enfrentar el enorme desafío de elevar los niveles de vida de más de 1.400 millones de personas. Demás está decir que estas políticas reflejan culturas, experiencias políticas y maneras de ser y de organizarse muy antiguas, y a pesar de todas sus deformaciones, problemas y peligros, China vuelve a ser la principal potencia económica mundial (sus importaciones energéticas, las mayores del mundo, así lo atestiguan).

20. Las reservas internacionales de EE.UU. no cubren ni el 2% de su deuda externa. En contraposición, China encabeza la lista con las mayores reservas internacionales que además cubren el 153% de su deuda externa. Sin contar que EEUU lleva medio siglo con una balanza comercial negativa. La de los chinos lleva 5 décadas superavitaria.

21. Estos autores se preguntan, una vez analizadas las características básicas de la formación social china, sobre qué se diría de Francia o de cualquier otro país "occidental" si actuara a partir de esos pilares, ¿le llamarían "capitalista", sin más?

22. Las decisiones que tome India sobre ese proyecto pueden frenarla o bien darle un impulso importante. De momento ese país está siendo utilizado por EE.UU. para buscar roces con China y entorpecer su *zona de estabilidad*. Sin embargo, el parcial fracaso del sector financiero indio y de su "desmonetarización", las repetidas quiebras en cadena de negocios, la crisis del sector de la construcción, el enorme peso del cambio climático sobre su agricultura, la perspectiva de un éxodo rural de unos 600 millones de personas (GEAB, 2018), las crecientes e insoportables desigualdades, el domino de unas reducidas oligarquías sobre la economía de ese país que nuestros *media* se empeñan en llamar "la democracia más grande del mundo" (donde muere un niño cada 30 segundos por desnutrición, 200 millones de personas pasan hambre y se dan las mayores tasas de suicidio por deudas e inseguridad económica vital), no auguran un buen futuro a la India (que pronto superará a China en población) fuera de la *zona de estabilidad*, ni le permiten, en ningún caso, convertirse en un nueva economía "emergente". Todas estas rémoras no han hecho sino agravarse extremadamente con la pandemia del covid-19, y la deriva ultraliberal de su gobierno, como a nadie se le escapa.

23. África, junto con Asia, puede empezar a romper los lazos con el neocolonialismo norteamericano-europeo gracias a este macro-proyecto. La *Unión Africana* está dando sus primeros pasos orientados a este fin. La desvinculación del franco de algunas de sus formaciones centrales, y el comienzo del establecimiento de su propia moneda común, marcan un posible arranque de ese camino, aunque plagado de dificultades y agresiones; constituyendo las intervenciones político-militares francesas en centro-áfrica una de las más serias amenazas. Siendo la destrucción mancomunada de Libia la más importante agresión directa hasta la fecha, hay que mencionar también la infiltración creciente de cuerpos de ejército "terroristas" y paramilitares en cada vez más zonas (especialmente el Sahel) donde están los principales recursos africanos y donde puede incidir la incursión de la Ruta china. Los últimos ataques "terroristas" en Mozambique y República Democrática del Congo se vienen a unir a los de Kenia, como claro ejemplo de ello. Recientemente han salido a la luz 36 operaciones militares norteamericanas en África, aunque los informes poco dicen de sus objetivos finales (Umoya, 2021).
24. En 2013, el presidente de China, Xi JinPing, lanzó la iniciativa "Un Cinturón, Una Ruta", una estrategia de desarrollo de infraestructura sin precedentes para crear una red de ferrocarriles, rutas y conductos que unirían China, Asia Central, Asia Occidental y parte de Asia del Sur. Similar a la Ruta de la Seda, se estableció para impulsar las relaciones comerciales y financieras de los países ubicados a lo largo de sus recorridos continentales y marítimos. Se lanzó con un presupuesto de 124 mil millones de dólares, para construir una colosal red de infraestructuras en orden a facilitar la producción, el transporte, y el comercio sin trabas entre los países que participan. Desde su lanzamiento en el año 2013, hasta julio de 2018, un total de 103 países y organismos internacionales firmaron 118 acuerdos de cooperación para impulsar y concretar la iniciativa, según el principio "contribución de todos para el beneficio de todos". Es recomendable seguir a Gerig (2021) para un buen análisis de las sucesivas reacciones de China a las correspondientes fases de la hegemonía estadounidense.
25. Evitar esa posibilidad fue siempre la gran obsesión del Eje Anglosajón. Especialmente la conexión entre Alemania y Rusia. La actual estrategia intervencionista de EE.UU. en Europa sigue respondiendo en gran medida a ese objetivo.
26. No sabemos si China será capaz de conseguirlo antes de que le estalle la sobreacumulación y el agotamiento de los recursos [para un breve análisis y bibliografía al respecto de sus problemas y desafíos, Piqueras (2015) y Dierckxens y Piqueras, 2018)]. La batalla que se libra en su interior entre profundizar la vía socialista o la involución capitalista será decisiva tanto para las posibilidades de su protagonismo mundial como para que el mismo pueda o no ir de la mano de un nuevo orden social mundial [sobre las particularidades de esa pugna en China y sus especiales características socialistas, ver Herrera (2014), Loong Yu (2009-2010), Herrera y Long (2017, 2018 y 2021), Katz (2020)]. Los obstáculos de Rusia son aún mayores. La Rusia actual presenta grandes problemas estructurales. La derrota en la Guerra Fría dejó desvalidas a las poblaciones del conjunto de territorios que componían la URSS, incluida Rusia. La ONU calcula en más de 10 millones las muertes prematuras y los niños muertos en el pre-parto debido al deterioro de la sanidad pública, la malnutrición, el alcoholismo y la tensión asociada a la falta de recursos. Un rápido deterioro se experimentó en diferentes indicadores de desarrollo humano: educación, salud, esperanza de vida, investigación y cultura, áreas en las que la URSS había alcanzado cotas punteras. La riqueza que había sido creada casi de la nada por el esfuerzo conjunto de toda la población soviética, fue parcelada en unos pocos años y acaparada por individuos que se convirtieron en oligarcas enormemente ricos de la noche a la mañana, y de la que también de una u otra forma se apropiaron las transnacionales extranjeras y el propio FMI. Entre 1992 y 1998 el PIB ruso cayó a la mitad, lo que no había ocurrido ni durante la invasión nazi. Fruto de esas circunstancias, Rusia arrastra todavía en su interior formas del capitalismo salvaje y de desprotección de la fuerza de trabajo que el capital global reserva para sus zonas periféricas. Mucho de lo heredado de la derrota de la Guerra Fría perdura, como la ya mencionada precariedad y desprotección de su mercado laboral y hasta cierto punto el deterioro de sus servicios sociales. También presenta serios problemas con el tratamiento energético y el desarrollo social; cuenta

con una escasa población para tan enorme territorio; su tejido industrial-tecnológico civil es aún débil y la economía experimentó un proceso de re-primarización costoso de revertir y más aún con la guerra económica desatada por EE.UU. y sus aliados subordinados, entre sus carencias más importantes. No obstante, gracias a sus enormes recursos energéticos, a su desarrollo humano y a haber conservado los avances técnicos de la URSS en campos clave, como el militar y ciertos ámbitos de la investigación científica, así como la herencia formativa de la sociedad soviética, ha podido recuperarse como formación social emergente e incluso convertirse en un referente mundial de la re-soberanización y el multilateralismo. Estas condiciones le han permitido por primera vez comenzar a intervenir con éxito en algunos lugares donde EE.UU. y su brazo armado global, la OTAN, habían irrumpido para destruir, y muy especialmente en Siria, como en seguida vemos.

27. Nunca las potencias centrales perdonaron a este último país su soberanía, su proyecto social y de desarrollo autónomo. Tras la agresión, Yugoslavia tiene hoy todavía el sector industrial destruido, las cadenas económicas rotas, los puestos de trabajo perdidos, con una migración laboral masiva de jóvenes, una existencia a expensas de las inversiones extranjeras, la importación desaforada, años de crecimiento negativo del PIB y sueños poco realistas de volver al nivel de desarrollo económico de los años 80. A 20 años de los bombardeos, no hay datos oficiales exactos sobre los daños causados (pueden sobrepasar los 100.000 millones de $), pero las consecuencias indirectas de los bombardeos son mucho peores. La salud de los ciudadanos se ha visto socavada, se han producido daños irreparables al hábitat y se ha dado una gran pérdida de su fuerza productiva (ver Sputnik Mundo, 2019). En cuanto a los países citados antes, habría que señalar la planificación de la destrucción de una formación social como Libia, por ejemplo, que tenía los mayores niveles de desarrollo humano de toda África, según la ONU, comparables a algunos países europeos, como Irlanda o Portugal. Su devastación y la vuelta de la esclavitud abierta en ese país, su control por sucursales del terrorismo global (dicho "islamista"), así como la expansión del mismo a otras zonas de África, está desatando una explosión migratoria en ese continente, que ya no cuenta con la formación social estabilizadora del mismo (Libia fue un gran defensor de la Unidad Africana y de una moneda única africana) y tampón absorbente (y regulador) de sus flujos migratorios. Una parecida importancia en el oeste de Asia la ha tenido Siria, objeto por eso también de destrucción (remito aquí para un excelente análisis a Lalieu –2016–). Algunos han tildado a estos procesos de "desmodernización" (Rabkin y Minakov, 2018), la cual apuntan que se ha cebado especialmente con las sociedades árabes más avanzadas y laicas, haciéndolas involucionar hacia formas de cerramiento social, quasi teocracia y confesionalismo excluyente. Así ha sucedido con Irak y se ha intentado con Siria, por ejemplo (de Somalia, Argelia y Egipto habría que hablar aparte, como con otras coordenadas, de Sudán, Burkina Faso o Nigeria, también por ejemplo). Igualmente se abortó el proceso de modernización de Afganistán y el de la propia Palestina.

28. Esto es lo que queda de los lugares donde EE.UU. interviene militarmente, sea sólo o acompañado por la OTAN. En la estrategia de destrucción y barbarización social del hegemón interviene la paramilitarización de la guerra y la interposición aliada de redes terroristas globales. Aquí hay que considerar que tras el "Consenso de Washington" (cuadro 5) tendría lugar la "Cumbre de Washington", en 1999, en la que la OTAN se otorgaba el derecho a la "guerra preventiva". En la cumbre de esa misma organización, en Praga (en 2002), contraviniendo todos los principios firmados con la URSS justo antes de su extinción, acordó su expansión acelerada hacia el Este de Europa (presionando más y más a Rusia en sus fronteras).

29. Cada vez que la correlación de fuerzas le empezó a ser desfavorable, cada vez que las masas sociales han conseguido algún avance significativo de cara a dar la vuelta al orden de las cosas, *el Capital* como clase global ha respondido con toda su furia y crueldad, con sus versiones más brutales y sanguinarias: comenzando por los termidores o el "terror blanco" para acabar con las revoluciones (cuadro 6). En todas esas intervenciones se lleva a cabo el asesinato sistemático de las poblaciones que protestan, que se organizan (México, Colombia, Guatemala o Honduras han venido siendo ejemplos paradigmáticos de

ello). Cualquier experiencia de transformación histórica, como la soviética o la cubana, no han conocido ni un solo día, ni un solo minuto de respiro; han sido asediadas militar, económica, política, cultural, ideológicamente, desde el primer instante, sin tregua. Como hoy lo es Venezuela. No importan los millones de muertes y de pérdidas sociales y económicas que eso cause.

30. El llamado "Plan Cebrowski", diseñado junto con Paul Wolfowitz y Colin Powell, contemplaba la reestructuración del dominio mundial estadounidense una vez desaparecida la URSS. La adaptación a un nuevo tipo de guerra y un nuevo America Way of War. Se contemplaba también, especialmente, la reestructuración total del "Medio Oriente ampliado" (toda la región de Asia Occidental y África Nor-oriental).

31. Descontento que a su vez proviene en gran medida de la imposición a unas y otras formaciones sociales de las políticas de despojo "neoliberales", propias de la globocolonización.

32. Cazal (2021) explica bien las bases materiales que permiten los mecanismos de extorsión de EE.UU. para poder realizar esta fatídica modalidad de guerra.

33. Dice este autor que la crisis actual se caracteriza por 6 aspectos:

1) El Sistema llega a los límites ecológicos de su reproducción. Los científicos observan por primera vez que la actividad humana comienza a transformar los sistemas naturales a gran escala, por tanto el colapso de la humanidad es una posibilidad;

2) Una desigualdad global sin precedente, tanto en magnitud como en alcance. Es decir, hay una acelerada concentración de la riqueza global. El uno por ciento más rico de la población controla más del 50 por ciento de la riqueza. Después de la crisis de 2008 la población más rica ha duplicado su riqueza, mientras que los más pobres experimentaron una caída del 50 por ciento en sus ingresos;

3) La magnitud de los medios de violencia, su alcance y su concentración en manos de pequeños grupos poderosos. Vivimos en la sociedad de la vigilancia panóptica y del control del pensamiento por personas y entidades que dominan el flujo de información y la producción y circulación de símbolos;

4) Estamos llegando a los límites de la expansión extensiva e intensiva del sistema capitalista, es decir, ya no hay más territorios a los que pueda expandirse para contrarrestar el estancamiento y encontrar lugares donde pueda colocar el excedente acumulado;

5) Expansión de la masa de las personas expulsadas de la participación productiva condenadas a ser "humanidad superflua", y sujeta a sofisticados sistemas de control y represión enfrentando un ciclo mortal de despojo-explotación-exclusión;

6) El marcado desfase entre una economía en vías de globalización y un sistema de autoridad política basado en el Estado-nación a partir del colapso económico de 2008.

La clase capitalista transnacional ha utilizado tres mecanismos que se agudizan desde 2008 para llevar más allá la acumulación global:

a. La acumulación militarizada. Frente a la crisis de sobreacumulación la economía de guerra se vuelve el eje central de la acumulación en la economía global, que da pie a que se desarrolle a una cultura fascista.

b. Pillaje y saqueo de las finanzas públicas: desde 2008 se da una transferencia de riqueza sin precedentes del público a las arcas del capital transnacional. Se socializan las pérdidas en un momento en que algunas empresas transnacionales registran niveles récord de ganancias. Los Estados extraen cada vez más excedente de los pueblos para entregárselo al capital financiero transnacional.

c. Especulación financiera. Ya en 2008 los mercados de derivados alcanzaron un valor de 2.3 billones de dólares al día.

López y Rivas (2021) lo ha llamado "terrorismo global de Estado" (que implica la complicidad de los estados de seguridad interna donde el hegemón interviene, ya sea en solitario o con sus subordinados "occidentales"). Hace especial mención a la infiltración militar en la academia y en los planes de estudio (muy en concreto la colaboración de cierta Antropología en las intervenciones imperiales), y a los científicos sociales "empotrados" en las tropas de EE.UU.

34. Ya la Inglaterra imperial no abrazó el "libre mercado" hasta que no logró destruir los telares y la proto-industria de sus principales competidores, Egipto y sobre todo la India.
35. El analista internacional Pepe Escobar (2021: s/n) dice que según el estratega ruso Martyanov, "la geoeconomía es esencialmente un eufemismo para las sanciones sin parar con las que Estados Unidos intenta sabotear las economías de cualquiera capaz de competir con ellos". Pero también de quienes no siguen sus dictados, añadiría yo.
36. Lo hace en pro de un mundo regionalizado con tres grandes áreas punteras que responden de alguna manera al "desacoplamiento" civilizacional chino (América del Norte, China-Rusia sureste asiático-pacífico y un espacio europeo en franca decadencia en cuanto a su peso económico y político mundial). La retracción del comercio mundial de mercancías antes de la pandemia (Aubry, Boisset, François y Salomé, 2018) –afectando especialmente a la UE)–, las cada vez mayores trabas a la libre circulación de personas, y los indicadores de regionalización de las transacciones comerciales, así lo van indicando desde hace años.
37. En estos momentos la UE se encuentra seriamente tensionada internamente (el euro y la falta de mecanismos de compensación fiscales y de hacienda están destrozando a los países deficitarios, entre los que comienza a encontrarse la propia Francia), al tiempo que enfrenta una muy difícil redefinición de sus relaciones con EE.UU. por las nuevas sanciones de Washington contra Irán y las medidas contra China y Rusia, que desatarán potenciales guerras y crisis económicas, financieras y monetarias muy perjudiciales para los intereses europeos (los cuales EE.UU. ha despreciado manifiestamente), que tendencialmente relegarán aún más a esta región.

La propia UE es una vía para puentear los parlamentos y las instituciones locales, sustrayendo las decisiones e intereses del Gran Capital a las luchas de clase a escala estatal que forjaron las distintas expresiones nacionales de la correlación de fuerzas entre el Capital y el Trabajo. Se trata de una construcción supraestatal destinada a mantener relaciones de desequilibrio entre sus partes, un sistema deficitario-superavitario diseñado para trasvasar riqueza colectiva de unos Estados (la mayoría) a unos pocos (sobre todo Alemania y su "hinterland" centroeuropeo), especialmente mediante el mecanismo de la moneda única. Constituye el mayor ejemplo mundial de institucionalización del neoliberalismo a escala de un continente entero. Una institucionalidad concebida y conformada para ser irreformable (pues requiere de unanimidades casi imposibles para que no sea así). Si la "Europa socialdemócrata" fue la mayor manifestación del reformismo capitalista cuando éste todavía impulsaba con vigor el desarrollo de las fuerzas productivas, hoy la Unión Europea es el primer experimento de ingeniería social a escala regional o supraestatal en favor de la institucionalidad de las estructuras financieras de dominación. Supone en sí un cuidadoso plan de desregulación social de los mercados de trabajo (lo que significa la paulatina destrucción de los derechos y conquistas laborales) y de las condiciones de ciudadanía, que se dota, como se acaba de decir, de todo un conjunto de disposiciones y requisitos para hacerse irreformable. Ese blindaje va de la mano de un sistemático debilitamiento de las capacidades de regulación social expresadas a través del Estado, para debilitar todas las opciones democráticas que las poblaciones pudieran conseguir para defenderse (capítulo 5). La des-substanciación de las instituciones de representación popular está garantizada desde el momento en que las decisiones parlamentarias estatales quedan subordinadas a los marcos dictatoriales dados por la UE sobre inflación, déficit presupuestario, deuda pública o tipos de interés, por ejemplo.
38. Reproduzco aquí las palabras del politólogo Martín Pulgar (2019: s/p) sobre una de las manifestaciones actuales de la perenne obsesión estadounidense por preservar el continente americano como su perímetro de seguridad y campo de exclusivo control: "El contexto actual de los países de la región como la crisis política y económica en Venezuela, la migratoria en Centroamérica y México, la situación social de Haití, la profundización del tráfico de drogas en Colombia, entre otras situaciones, son demostraciones a los ojos de la elite gobernante estadounidense, de la imposibilidad de tener gobiernos estables y autosostenibles, generándose la necesidad de conformar una zona con soberanía limitada y

controlada por los Estados Unidos". Otros autores hablan del proyecto de Destrucción del Gran Caribe, como un nuevo agujero de barbarie por parte de EE.UU., antes de que caiga bajo la influencia fehaciente de otras potencias (ver, por ejemplo, Meyssan –2019–). En esa estrategia EE.UU. tiene claro también el hostigamiento a Nicaragua y sobre todo la ofensiva principal contra Cuba.

39. Acentuada por las peligrosas estrategias sub-imperiales y provocaciones de sus aliados en Asia Occidental: Turquía, Arabia Saudí y sobre todo Israel.

Parte II
Del in-politicismo teórico-práctico

He intentado proporcionar en la primera parte de esta obra algunas referencias e indicadores de la degeneración del modo de producción capitalista profundamente ligada a la decadencia del valor. También algunas consecuencias que de ella se derivan para la política, su campo de posibilidades y tendencias, así como para el mantenimiento de la propia sociedad y el desarrollo del caos-destructivo como estrategia sistémica.

En esta segunda parte vamos a ver si podemos responder a una cuestión que se antoja relevante a tenor de todo ello. Ante el abismo al que nos asomamos y frente a la perentoriedad que conllevan las dinámicas a las que nos somete el capital, ¿cómo reaccionan las nuevas Escuelas que se reclaman de un marxismo actualizado o "neomarxismo" y las izquierdas que de una u otra manera se han derivado de ellas?[1] ¿qué soluciones sociales, qué propuestas práxicas, qué líneas programáticas nos brindan? ¿qué implicaciones políticas pueden extraerse de sus reelaboraciones teóricas del marxismo?

Voy a intentar mostrar que en vez de proporcionar una respuesta apropiada a los tiempos que corren, ajustada a la actual fase degenerativa del capital, las nuevas Escuelas que se adscriben de una u otra manera al marxismo, lejos de contribuir a resolver los posibles "puntos ciegos" sobre la transformación sistémica a los que esta estrategia epistémico-metodológica había llegado en la teoría –y en la práctica– con el retroceso de las luchas políticas y sociales y el hundimiento o estancamiento de las experiencias de transición socialista del siglo XX, han contribuido, por contra, a empobrecer la dimensión política de la que ha sido la principal praxis de emancipación humana hasta hoy, el marxismo, "la piedra angular de una crítica no sólo de la economía política, sino también del capitalismo; no sólo de la política de las clases dominantes, sino también de la política y las clases mismas; no sólo del derecho y de las leyes del Estado burgués, sino también del Estado mismo –en suma, una verdadera e implacable teoría crítico-radical de todo lo existente" (Roggerone, 2014: 149)–, puntal de "una lucha para librar a la humanidad de estar sometida a leyes y fuerzas sociales que son en el capitalismo ciegas y brutales" (Said, 2019: 258).

Roggerone, señala que el marxismo supone, ante todo,

> "la coexistencia de tres proyectos que si bien se encuentran relacionados en lo esencial son relativamente autónomos: un proyecto político –la consecución del socialismo y el comunismo–, un proyecto científico –la comprensión de la realidad social a través del materialismo histórico– y un

proyecto filosófico –el desarrollo de la concepción materialista–"[2] (2014: 149-150).

Probablemente, por tanto, la única teoría social enraizada en la práctica que tiene alguna posibilidad de oponer un proyecto sólido al remolino de succión planetario que supondrá, que lo está suponiendo ya, el largo colapso del capital. Colapso que, por otra parte, está volviendo a hacer saltar a la palestra a Marx. Sin embargo, el Marx que se está recuperando hoy por las nuevas versiones del marxismo es, como dijera Bensaïd (2011), un Marx sin comunismo ni revolución, sin organización ni partido (ni Internacional), sin programa ni estrategia. Es un Marx abstracto y "esotérico", desprovisto de cualquier vertiente programática e incapaz, por tanto, ni de articular ni de movilizar sujetos reales colectivos; rescatado más bien para todo tipo de especulaciones teoréticas sin praxis.

> "Las posiciones subsecuentemente adoptadas pueden reducirse a tres: abandono del marxismo; un intento de volver a Marx y a un Marx mínimo con la esperanza de una reconstrucción realizada con trasplantes de otras corrientes intelectuales; y la preservación del marxismo como reserva para una utopía crítica, a la espera de días mejores para la reanudación de la teoría (…) Todos estos cuerpos de investigación proponen una especie de relectura crítica de Marx y sería conveniente aclarar el mínimo doctrinal en el que coinciden en caracterizarse como 'marxistas' (…) y esto con plena conciencia del carácter irrevocablemente anticuado, acabado e inviable de las formas y estrategias organizativas del comunismo histórico. Su propia debilidad consistía precisamente en su separación de cualquier proceso político capaz de traducir positivamente su sustancia crítica" (Tosel, 2008: 47, 51 y 52).

Las nuevas versiones de Marx serían respaldadas en su desleimiento del autor renano por la irrupción del paradigma "post", que cobraría cada vez más fuerza sobre todo en las formaciones sociales del capitalismo central, ante las derrotas y regresiones de las luchas sociales y el desmoronamiento del "Estado del Bienestar". Así, el post-modernismo se hacía dominante en el terreno cultural; el post-estructuralismo en el filosófico y el post-marxismo en el teórico-político (Roggerone, 2014). Anderson (2000) retrató con precisión las operaciones principales que se dieron en este paradigma: 1/ *exorbitancia del lenguaje* o extrapolación del instrumental lingüístico saussureano al análisis social y antropológico (Lévi-Strauss), e incluso al estudio del inconsciente (Lacan); 2/ *atenuación de la verdad*, en cuanto que se descartaba la posibilidad de entenderla como una correspondencia con la realidad y de distinguirla de lo falso en función de la evidencia. El modelo de Saussure quedó despojado así de referentes extralingüísticos –lo que quiere decir que *el lenguaje pasa a ser la realidad*, se convierte en el principio de todo orden humano–. Con ello, los

significantes dejan de tener significado constatado, para hacerse "flotantes"; 3/ *accidentalización de la historia*. Como rechazo de una causalidad que se considera propia de un determinismo simple, mecánico, el mundo queda abierto a la contingencia absoluta. En adelante bastará con asegurar, por ejemplo, que "donde hay poder hay resistencia", sin ocuparse ni de su análisis concreto (plano teórico), ni de su efectiva construcción, potenciación y alcance (plano político-práxico). Estas cosas de las luchas, ya se sabe, como que son intrínsecas al capital, *están siempre ahí* aunque no las veas y se manifiestan inopinadamente. Si no hay una determinación absoluta de lo social, no vale la pena ocuparse de los condicionamientos, las causas profundas, los procesos que posibilitan y los que constriñen unos u otros cursos de acción, tampoco de las relaciones y los límites, de las tendencias estructurales. La ideología y la política se desligan de las relaciones sociales, los antagonismos dejan paso a las divisiones discursivas, los sujetos políticos son sustituidos por colectivos laxos, sin identidades estables, articulados sólo argumentalmente. A partir de ahora es el discurso el que hace al sujeto, y no al revés[3].

De estas bases (des)teóricas se desarrollarían las formas burguesas de construcción del socialismo presentadas como "post-marxismo", el cual pretende desafiar al marxismo en su propio terreno, a partir de sus premisas básicas (Meiksins Wood, 2013), mientras que el propio marxismo dicho "occidental" entraba en su fase post-estructuralista y al menos dos generaciones de "intelectuales de izquierdas", muchos procedentes del materialismo histórico-dialéctico, dejarían de ejercer como "anticapitalistas". De aquellas bases se nutrirían también las versiones que se autoproclamaban "neo" marxistas. Unas y otras de tales corrientes presentan, a mi entender, como principal punto de partida y a la vez como resultado más destacado, la *in-política*. Se trata de una condición que defino en dos versiones primordiales: 1) como desconsideración o incluso desprecio por la política, llegándose con frecuencia a alardear del desconocimiento de sus fundamentos y procesos (antipoliticismo de nuevo cuño); 2) como erección de políticas inocuas para el capital, perfectamente integrables en su "mundo de la vida", en su orden social.

No cabe duda de que el marxismo es un método práxico que, como tal, se puede enriquecer e, incluso en algún momento histórico, superar. Pero lo que no es válido es reclamarse del mismo para deshacerle, negando sus elementos

constitutivos. Si lo que se quiere es desarrollar otra teoría distinta, enfrentada a, o en todo caso, inspirada sólo parcialmente en Marx, es más honrado dejarlo claro desde el principio (Kliman, 2010).

En el capítulo siguiente intentaré desarrollar una explicación de la deriva de la praxis "neomarxista", a menudo inclinada hacia la anti-política, que tanto le debe al paradigma "post". En los capítulos 9 y 10, analizaré sin embargo, expresiones post-marxistas de ese paradigma que se adscriben más a la segunda vertiente de la *in-política*: la que se integra complacientemente en el mundo del capital. Intentaré también contrapuntear unos y otros análisis con la que podría ser una renovada praxis marxista.

---

1. Por supuesto que del mainstream de la Ciencia Social no vale la pena ocuparse aquí, porque en el mejor de los casos se limita a describir los dramáticos epifenómenos sociales que brotan del subsuelo, sin acercarse siquiera al mismo, esto es, al movimiento histórico del *valor-capital*. Por lo común, además, otorga al capitalismo la cualidad de lo dado, y por tanto no se le analiza como un sistema transitorio, sino que es presentado como una realidad suprahistórica capaz no sólo de perpetuarse a sí misma, sino también de mejorarse indefinidamente, por lo que, consecuentemente con ello, sus fundamentos no son analizados. Los elegantes y sofisticados modelos del equilibrio general de los neoclásicos son un claro ejemplo de lo que viene a ser una «teoría sin realidad», sin respaldo fáctico alguno; lo cual no es óbice para que la impongan tanto en el ámbito académico como en el económico en general, a través de políticas clasistas de todo tipo, con efectos bien patentes sobre las sociedades.
2. Materialista-dialéctica, habría que añadir aquí, a mi entender.
3. "Posmodernismo: mundo del espectáculo mediático, de la desaparición de la realidad, del fin de la historia, de la muerte del marxismo y albergador de toda una serie de otras reivindicaciones milenarias (…) El trasplante de los modos de pensamiento posmodernistas de Europa a América del Norte ha tendido a ser doblemente ahistórico, divorciado de las condiciones históricas y materiales que primero los produjeron, y luego, en un clima de reacción contra las luchas políticas basadas en la clase, apropiado por una sociedad cuya historia de luchas de clase ha sido asiduamente reprimida" (Stabile, 1995: 1-3).

Capítulo 8
Del carácter parcial e in-político de las nuevas Escuelas que se reclaman marxistas

Lo que Perry Anderson (1979) llamó "marxismo occidental" nace, según él, de una derrota, la imposibilidad de trasladar la Revolución de Octubre a Europa occidental; y tiene su carta de fundación en Lukács y las demás figuras teóricas del periodo inmediatamente posterior a la Primera Gran Guerra inter-imperialista, como Gramsci, Korsch y Bloch. Las eminencias marxistas de la Primera y Segunda Postguerras europeas buscaron siempre una traducción práctica de sus presupuestos teóricos y por ello mismo, no sin críticas, respaldaron de una manera u otra la experiencia revolucionaria de la URSS, como más tarde las de China y Cuba, por ejemplo. Pero la distancia entre estas figuras y las que les sucederían, en torno a la Escuela de Frankfort, así como las de autores franceses e italianos, se iría agrandando. Una buena parte del marxismo europeo-occidental, y sus influencias mundiales, se perdió en una deriva filosófica (a pesar de la advertencia de Marx en su onceava tesis sobre Feuerbach) cuando no psicologista, quedando atrapado, en cualquier caso, en la espiral concéntrica de sus propios planteamientos. Es cierto que no hay un solo "marxismo occidental", como lo es que éste no fue más que una de las corrientes del marxismo del siglo XX, es decir, parte de una colosal historia intelectual y sociopolítica (Therborn, 2014) surgida del inaudito auto-desafío humano por conocer no sólo los fundamentos de la sociedad, sino de transformarlos en favor de las grandes mayorías. Debido a su magnitud, tales objetivos entrañan por fuerza corrientes y versiones alternativas permanentes. No obstante, también es cierto que el cuerpo más influyente del denominado "marxismo occidental" fue perdiendo la conexión con la Política.

Si al menos la Escuela de Frankurt nos dejó magistrales análisis sobre la alienación, la subordinación social y la hegemonía tanto en el capitalismo despótico (fascismos, autoritarismos y dictaduras) como en el "democrático" (keynesiano), poco a poco el marxismo europeo-occidental dejó de examinar las leyes del movimiento económico del capitalismo, el análisis de la maquinaria política del Estado burgués y la estrategia de la lucha de clases necesaria en cada momento para superarle, continúa incidiendo Anderson

(1979: 59). Se dejó de asociar la teoría marxista con las luchas populares[1]. Es decir, se suprimió el nudo central de la unidad entre teoría y práctica.

La ausencia de militancia política se correspondió con la desconsideración de cualquier aproximación al internacionalismo, mientras que el mutuo desconocimiento provocado por sus diversas visiones localistas, llevó incluso a que el "marxismo occidental" careciera de un cuerpo teórico coherente. Reconocida la derrota y la incapacidad de proponer nada superador del capitalismo, los esfuerzos se dirigieron a desentrañar las claves y entresijos de la dominación capitalista (una crítica de la sociedad burguesa). Sin embargo, lejos de estar centrados en sus aspectos más materiales, los nuevos teóricos marxistas incursionarían por los terrenos más "supraestructurales", los más alejados de la materialidad de las condiciones de vida: el arte, la literatura, la religión y, en general, la cultura, la ideología, la alienación… (Gramsci fue probablemente el último de los grandes marxistas del momento previo empeñado en traducir todo ello como parte de la política práctica, de la lucha concreta). De esta manera, mientras que la "ciencia burguesa" avanzaba rápidamente en muchas de sus disciplinas sobre ciertos basamentos materiales de la sociedad, el marxismo realizaba una inmersión cada vez más profunda en el terreno de la Psicología, los Estudios Culturales y, sobre todo, la Filosofía (Anderson, 1979: 72).

Como fruto de todo ello se extendió también un denominador común: renegar de la obra de Engels y de lo que sería la construcción del marxismo comenzada por él y los principales teóricos de la socialdemocracia alemana (Galcerán, 1997). El rechazo de Engels, como luego veremos, tenía su lógica, precisamente, en la imbricación política de todo el trabajo teórico del *compañero de Marx*. Se buscaron, por contra, fuentes no marxistas para fundamentar el análisis: Hegel, Kierkegard, Freud, Weber, Husserl, Piaget, Schelling, Niztsche, Bachelard, Maquiavelo o Spinoza, entre otros... (ya veremos en el caso de este último autor cómo sigue teniendo una especial influencia en el pensamiento del "marxismo autonomista" o *negrista*).

Unidos por la negación o cuanto menos el arrinconamiento del materialismo o la contemplación del materialismo dialéctico como un naturalismo, quienes más tarde integraron este marxismo europeo-occidental se afanaron en desarrollar ante todo elaboraciones especulativas, *a prioris* conceptuales-

filosóficos imposibles de demostrar, con el sello siempre del pesimismo social (cuando no antropológico), producto de la vivencia de la derrota y del alejamiento acelerado de las posibilidades de trascender la sociedad capitalista.

Anderson, no sin cierta dosis de crueldad intelectual, lo resume así:

> "El método como impotencia, el arte como consuelo
> y el pesimismo como quietud" (1979: 116)

Losurdo (2019), sin embargo, tiene otra interpretación sobre el "marxismo occidental" más incisiva que la de Anderson. Prisionero de la Guerra Fría, ese marxismo no sólo se ve fuera de cualquier posibilidad de toma del Poder, sino que a través de ello llega a desinteresarse del mismo (en un continuum de impotencias que acabaría en el hollowayiano "cambiar el mundo sin tomar el poder").

Hasta aquí lo dicho podría ser compatible con el análisis de Anderson, pero Losurdo añade una distinción que se revuelve contra el propio autor británico: el "marxismo occidental" se enfrenta al "marxismo oriental", que es en realidad el que está detrás de la llamada de Anderson a deshacerse de la influencia del marxismo rígido, ortodoxo, de las revoluciones victoriosas. Es precisamente ese marxismo tachado de "rígido", de "caricatura" del marxismo "auténtico", el que, nos dice Losurdo, se alza contra el proceso histórico de colonización, opresión y humillación de los pueblos del mundo por "Occidente"; mientras que el "marxismo occidental", en el mejor de los casos, pasa de puntillas por ese tema, cuando no lo obvia en aras de ensalzar el desarrollo democrático de ese autoproclamado "Occidente"[2]. Y aquí Losurdo amplía la lista de autores de Anderson, desde Adorno, Marcuse, Della Volpe, Colletti o Foucault, a Negri, Hard, Žižek y Holloway.

Pero es que además el "marxismo oriental" (URSS, China, Vietnam, Corea...) fue capaz de tomar el poder del Estado, y esto es algo que el "marxismo occidental" no le perdonaría. Prisionero este último de su futuro utópico (un mundo feliz albergado en su ideario, superador no sólo de desigualdades sino de conflictos y, en general, de desarmonía), que antepone a cualquier análisis de situación, de correlación de fuerzas, de condiciones y obstáculos para unas u otras transformaciones, así como de la dimensión humana que es inseparable de las mismas, con todas sus contradicciones y

miserias, le servirá para despreciar cualquier hecho del "futuro en construcción" en virtud de aquel futuro utópico que ha diseñado en su imaginación: "la esperanza de un 'comunismo' concebido y sentido como la desaparición de todo conflicto y contradicción, y por consiguiente como una especie de final de la historia (...) un marxismo fascinado por la belleza de la evocación del futuro remoto y utópico, cuya llegada parece que es independiente de cualquier condicionamiento material (ya se trate de la situación geopolítica, o del desarrollo de las fuerzas productivas), determinada exclusivamente o de modo prioritario por la voluntad política revolucionaria" (Losurdo, 2019: 186 y 187). La soberbia del "deber ser" frente a lo que es, deja al "marxismo occidental" sin respuestas ante los graves problemas del siglo, y le priva de cualquier carga emancipatoria real.

Y es que a finales del siglo XX "Occidente" había triunfado sobre el "comunismo" y el "tercermundismo" y por tanto podía rehacer el mundo a sus anchas. Por eso mismo el "marxismo occidental" se ha podido permitir todo este tiempo ser ajeno a, cuando no directamente despreciativo o denigrador de la tremenda y desigual batalla anticolonial y anticapitalista que el "marxismo oriental y tercermundista" ha venido librando desde la Revolución Soviética.

El proceso es perverso, según Losurdo. Primero, desde el pernicioso papel que Hannah Arendt ocupara en esto, se equipararía "comunismo" (como si ese pretendido estadio final del socialismo hubiese existido alguna vez) con nazismo-fascismo, cual "totalitarismos" de distinto pelaje. Ni que decir tiene que con ello se exoneraría al capitalismo de la explotación y la opresión que le son inherentes, así como del *totalitarismo* colonial y neocolonial sobre el que está basado su orden mundial. Siguiendo ese camino se hace ver al fascismo-nazismo como algo ajeno al capitalismo y no una excrecencia suya, en cuanto que dinámica de choque, disciplinamiento y exterminio de una fuerza de trabajo fortalecida, con conciencia de sí misma y organizada. Un proceso de prestidigitación ideológica por el que las víctimas históricas de los crímenes "occidentales" (masacres, hambrunas, esclavización, servidumbre, robo de recursos, expulsión de sus propias tierras y desposesión violenta de los medios de producción, destrucción de formas históricas de organización social y comunitaria, así como de protección frente a las crisis…), pasan a convertirse en los acusados de la historia, por haber hecho revoluciones que no supieron

encontrar contrapuntos a los poderes ni alcanzar los elevados grados de "democracia" y "respeto individual" de "Occidente", por no acoplarse a "las tablas de la ley de la pureza revolucionaria" (¿o será simplemente por haber hecho revoluciones?), por frenar o renegar del "desarrollo democrático" y la escala de derechos individuales impracticables a escala mundial pero que buena parte de los "marxistas occidentales" atribuyen a las bondades del capitalismo (ver Tema III del Apéndice).

Cuanto más se alejaba del Poder más se autoproclamaba el "marxismo occidental" como el marxismo renovado y mejor, y en su deriva terminaría cambiando la Política en grande por la "negación", el "deseo", el "grito" o el "nomadismo", cuando no directamente por el "amor" y la "armonía" (que pasaban súbitamente del plano de lo querido al de realidad inventada)[3].

Los objetivos también cambiarán: de transcender la sociedad del capital se pasará a contentarse con su "crítica", hasta el punto de que ésta se convierta en el desiderátum de buena parte del "marxismo occidental", que exhibía como lema "nuestro deber y horizonte es criticar, no construir mundos alternativos". La "teoría crítica", efectivamente, sustituiría a la praxis revolucionaria, que además será en adelante juzgada desde la severa distancia de las alturas incontaminadas y sin ningún tipo de contextualización, por haber desvirtuado el mundo soñado.

Toda esta soberbia del *deber ser* por sobre *lo que es*, desconoce

> "...la lección hegeliana, según la cual el universal siempre asume una forma concreta y determinada; o bien la lección marxiana, que considera insensata la pretensión de tachar de 'menudencias' las 'luchas reales'; o bien la de Lenin, que nos enseña que quienes buscan 'una revolución social pura jamás la verán'" (Losurdo, 2019: 185).

Losurdo se refiere a los distintos futuros que contemplaba Marx en la larga marcha emancipatoria respecto del capitalismo. 1. Un *futuro en acto*, en donde se insertan las luchas dentro del capitalismo para su transformación. 2. Un *futuro próximo*, en el que tras la revolución política comienza la larga transición socialista. 3. Un *futuro remoto*, donde se conseguiría el comunismo. 4. Un *futuro utópico*, en el que se piensa (erróneamente) el comunismo como el "final de la historia", libre de contradicciones y conflictos. El "marxismo occidental", según nuestro autor, se comería las tres primeras fases para juzgar cualquier

lucha y logro en función sólo del futuro utópico.

Al menos, como se ha dicho, la mayoría de los considerados por Anderson como integrantes posteriores del "marxismo occidental" no perdieron cierto compromiso con la URSS. De una manera u otra permanecieron en la órbita político-intelectual de la Revolución de Octubre. No se podría decir lo mismo, ni mucho menos, de la evolución de los marxismos europeo-occidentales hacia la mitad y segunda parte del siglo XX. Es sobre éstos que recae ante todo el peso de la crítica de Losurdo. Su trayectoria fue separándose tanto del cuerpo del marxismo clásico que llegaron a auto-identificarse a sí mismos como "neomarxismos".

Ni que decir tiene que en el derrotero del "marxismo occidental" mucha ha sido la influencia de los múltiples y a menudo enfrentados entre sí trotskismos que, dado el estancamiento teórico e intelectual que padecieron muchos de los partidos comunistas de la III Internacional, asumieron el protagonismo del análisis y teorización marxista en Europa, con altas dosis de lucidez por lo que se refiere al diagnóstico o examen de lo dado. En contrapartida, en su vertiente más práxico-política prevaleció por lo general un principio "anti": "anti" los procesos de transformación real que se estaban dando en unas y otras formaciones sociales del planeta; "anti" las experiencias efectivas de conquista del poder político, "anti"-partidos comunistas y "anti" muchas otras expresiones concretas de la organización política obrera. Primó de tal manera la agresividad de esa crítica –en la que con frecuiencia sólo ha habido sitio para la negatividad–, que les llevó incluso demasiado a menudo a ponerse del mismo lado de las fuerzas del capital contra aquellos intentos de ruptura, contra las experiencias vivas, *reales*, de transición. De ese hilo 'blanco', combinado con el 'negro' de las tendencias anarquizantes, tirarían después con fuerza los neomarxismos.

La definición más o menos "oficiosa" de "neomarxismo" dice que es el conjunto de Escuelas o corrientes del siglo XX que se remontan a los primeros escritos de Karl Marx antes de la influencia de Engels, y que rechazan o cuanto menos matizan el determinismo económico percibido en Marx en sus escritos tardíos, prefiriendo hacer hincapié en aspectos psicológicos, sociológicos y culturales de su obra. Sin embargo, aquí emplearé este término sobre todo para designar a las corrientes o Escuelas que se reclaman de Marx pero se centran

sólo en algunos de los aspectos de su vasta obra, criticando e incluso descartando algunos otros que fueron claves en ella. Así por ejemplo, rechazan no sólo el supuesto "determinismo económico" marxiano, sino que unas y otras reniegan de diferentes fundamentos de su método, bien sea el materialismo histórico, la "lucha de clases" o la propia tendencia del capitalismo a su agonía a través de la caída de la tasa media de ganancia (y el consecuente declive de la masa de ganancia), entre otros elementos. Con ello, como iremos viendo, no únicamente queda afectada la vital dimensión holística de la obra marxiana en favor de algunos de sus aspectos parciales, sino que a la postre el itinerario teórico de aquellas Escuelas las llevará a terminar desmontando al propio Marx y a dejar de lado su inseparable vertiente práxica[4]. De esta manera tendieron puentes para conectar con el "post-marxismo".

Me referiré, pues, específicamente como "neomarxismos" a los surgidos o desarrollados en la segunda mitad del siglo XX, y en concreto realizaré aquí una crítica de la Nueva Lectura de Marx, la Nueva Crítica del Valor, el Marxismo abierto y el Marxismo autonomista[5].

Estos marxismos "neo", desengañados con la revolución (o en el fondo desesperanzados de ella) y a lo que parece con la Política en general, dejaron las lides de las luchas de clase para centrarse en ciertos aspectos filosóficos de Marx: la problemática de la posibilidad, su acercamiento a la utopía, la representación y las distintas formas de dominación ideológico-cultural del capital, las fetichizaciones y mistificaciones capitalistas… pegándole vueltas a la ideología y al idealismo alemán. También algunos se adentraron en los elementos básicos constitutivos del análisis marxista, como el *valor* y la *mercancía*. Todo lo cual ayudó a enriquecer el "necesariamente incompleto pensamiento de Marx"; cada Escuela abriría un campo de posibilidades analíticas, profundizando en unos u otros aspectos de la obra del autor alemán, pero ninguna recuperaría aquella dimensión holística de su método ni su carácter intrínsecamente práxico.

Los *neomarxismos* no han sido capaces de actualizar un análisis *total*, coherente, sobre la nueva dimensión, características y perspectivas que asume el capitalismo en su fase actual (Basso, 2019). O dicho de otra manera, no nos han dejado hasta el presente nada parecido ni siquiera a un análisis de fase

satisfactorio[6], precisamente cuando la escala de la economía mundial apremia cada vez más a hacerlo y con ello a forjar la posibilidad de establecer un nuevo vínculo entre teoría y práctica.

> "Este interés por Marx más allá de los marxismos no ha producido resultados que sean capaces de hacer de Marx un interlocutor del pensamiento del siglo XX (…). Las grandes figuras del marxismo del siglo XX no han recibido atención sostenida (…) La consigna de un 'regreso a Marx más allá de los marxismos' ha ido de la mano con la ignorancia de la historia teórica de esos marxismos" (Tosel, 2008: 70-71).

Casi el pleno de los *neomarxismos* moldeados en la segunda mitad del siglo XX jamás se ha ocupado, por tanto, de las necesidades humanas básicas, las cuales poco importaban para la "democracia feliz", la "horizontalidad" y los "sujetos rebeldes limpios y armónicos" que predicaban a partir de sus particulares interpretaciones del marxismo, y de su visión (humanista) de un futuro sin capitalismo. Un futuro al que, por otra parte, se llegaría sin fases transitorias ni preocupaciones por el Poder ni los poderes, pues todos se derrumbarían a la vez que el *valor-capital* a través de la acción emancipadora de esos sujetos libres. Es decir, nada de "violencia", "sangre", "fango", "poder" ni asuntos "desagradables" en sus teorizaciones. Desde esa atalaya ilusoria resultaba enormemente fácil despreciar las luchas históricas que sí consiguieron conquistas *reales* para amplias mayorías en medio de procesos que estaban forzosamente penetrados por esas "aberraciones" de la realidad, violenta y sucia, tan odiadas por las neo-interpretaciones de Marx.

Por eso todas las versiones "neomarxistas" se evidencian, cuando menos, romas en sus implicaciones políticas, aunque se ven a sí mismas como reconstructoras-mejoradoras (cuando no superadoras) del marxismo que se construyó tras la muerte de Marx. Ciertamente, cada momento histórico debe encarar su propia intelección de Marx, también a través de la crítica de las anteriores plasmaciones históricas de su método, si lo que se quiere es enriquecerlo. El problema viene cuando en vez de ello se empobrece, amputa o parcializa la gran complejidad de su método práxico, de su teoría-en-acción.

> "Algunas de estas nuevas interpretaciones de Marx se desentienden de amplios aspectos de su obra para reivindicar un 'Marx oculto' o un Marx 'esotérico', frente a los propios textos de Marx. Un Marx reinventado por ellas en vez del Marx de 'proletarios del mundo uníos', el Marx impulsor de la

I Internacional, el Marx de la 'lucha de clases'. A ellas poco les importa ese Marx" (Tosel, 2008: 62).

En consecuencia, muestran su honda desorientación cuando no palmaria indiferencia sobre los caminos a emprender, su vaciedad respecto de cuestiones tan perentorias como los poderes, el Poder del capital (con sus personificaciones mediante) o la revolución política; su inoperancia práctica en cuanto a la meta de emancipación de las sociedades y su casi siempre nada que decir sobre los sujetos o no-sujetos colectivos que depara una u otra fase histórica. Mientras que alguna corriente ya referida despreciaría las luchas de clase como expresiones incorporadas a la ley del valor, a veces aquel pesimismo del que nacieron los neomarxismos vendría incluso a presentarse disfrazado de su contrario: un "optimismo" infundado en la *potencia* y posibilidades del Trabajo como "multitud" o como no-Trabajo auto-emancipado. Se inventaron fortalezas inverosímiles de las masas, o se agarraron las luchas de clase como panacea, ariete invencible de transformaciones, sin concreción alguna y sin apenas contrastación con la realidad. Las "luchas", sin análisis de situación ni organización y correlación de fuerzas, se transformaban así, para algunas de esas corrientes, en un motor mítico (y místico) de la superación del capital más allá de toda base analítica de correlación de fuerzas, estado organizado de las luchas o, en general, de cualquier contrastación empírica. Unas y otras Escuelas daban muestra, en definitiva, de que aquella derrota ideológico-política y socioeconómica (y militar) de partida, abarcaba también el campo de la teoría, además del cultural en general.

Y es que conforme se complejiza la realidad social, se torna más virulento y agresivo el metabolismo del capital y se descomponen aceleradamente las sociedades, no por casualidad se empobrece y enmaraña también la teoría crítica, en una madeja de especulaciones que poco tienen que ver con los problemas humanos cotidianos. Esto está explicado igualmente por su olvido de la explotación y de los poderes que aplastan las posibilidades de realización social autónoma. En ese camino los neomarxismos han girado toda su atención hacia la alienación y la fetichización, que importantes en sí mismas, son insuficientes cuando quedan ajenas a aquellas otras dinámicas consustanciales al capital.

Su inoperancia política viene precedida, especialmente, por el abandono del

materialismo[7] y la desconsideración de la dialéctica o, en todo caso, por una concepción de ella desprovista de "materialidad" (ver Apéndice, Tema 1).

Vamos a empezar adentrándonos en todo esto a través de los planteamientos de la *Nueva Lectura de Marx* y de la *Nueva Crítica del Valor*. Ambas Escuelas, a pesar de importantes discrepancias entre sí, parten de una premisa fundamental: Marx presenta en *El Capital* la teoría del *valor* como una teoría socialmente específica de la "dominación social impersonal", una forma de socialización que se consuma a sí misma a espaldas de los seres humanos y que sienta el marco de referencia de su actividad consciente.

Premisa que, como he mostrado en la primera parte de este libro, comparto, al igual que sus elaboraciones sobre la *fetichización* y la *mistificación*, en el primer caso, y sobre la *mercancía* y el *valor*, en el segundo, pero no así otros aspectos importantes de sus análisis y desde luego no sus implicaciones políticas o, lo que es lo mismo, su carencia de proyección práxica.

Dada la ambigüedad de sus planteamientos, a caballo entre un "neo" y un "post-marxismo", dejaremos después un espacio para ajustar ciertas cuentas con el *marxismo autonomista* y el autodenominado *marxismo abierto*.

En todos los casos nos ocupará ante todo la dimensión práxica, política, de su teorización. Pero el debate con estas Escuelas o corrientes nos servirá también, espero, para proporcionar más profundidad y pliegues de estudio al análisis del capitalismo actual.

8.1 Nueva Lectura de Marx

La Nueva Lectura de Marx (NLM) tiene sus orígenes en los trabajos de Hans Georg Backhaus, que a su vez estuvo profundamente influido por Adorno y las que éste señalara como bases de la socialización capitalista[8]. A ello hay que sumar el seguimiento por parte de esta Escuela de la senda teórica que abriera el economista soviético Isaac Illich Rubin[9]. Argüía este autor que las mercancías son producidas por trabajos concretos y privados que, como mucho son sólo potencial o idealmente abstractos y sociales. El trabajo privado y concreto se convierte en abstracto y social si y cuando su producto es

intercambiado por dinero. El *valor* nace en la producción, pero sólo cobra existencia-conciencia en el intercambio (un producto nada más se hace mercancía cuando se vende, y entonces el *valor* cobra existencia real en forma de dinero).

Backhaus, por su parte, señala al *valor* como una realidad abstracta, a la vez sensible y suprasensible, que como tal ha sido transferida y desplazada al mundo externo, independiente de la conciencia. Es el elemento esencial de mediación social de la sociedad capitalista, por tanto su célula constitutiva, la fuente de todas sus formas de alienación. Para Backhaus el principal objetivo de Marx no fue mostrar los aspectos cuantitativos del *valor*, sino precisamente su carácter de mediación social de la realidad capitalista, en cuanto que en él se "objetifican" las fuerzas genéricas de la humanidad. De ahí que los seres humanos confronten esas sus fuerzas genéricas o colectivas, sus fuerzas sociales, con un "ser autónomo", extraño a ellos mismos. Tenemos así a la "totalidad social" del capital como un sujeto real total, que se abstrae de la propia riqueza y de los individuos, siendo indiferente a ellos, funcionando por encima de ellos. A través del análisis del *valor* Marx no construye una nueva economía política, sino la crítica radical de la economía política mediante el desvelamiento de sus fundamentos. Para ello apunta al *valor* como célula básica de la totalidad social capitalista, a la que confiere explicación, a pesar de que su comprensión queda obscurecida por su propia cualidad abstracta. Lo que quiere decir que las categorías económicas capitalistas "no podrían ser reducidas a contenidos de la conciencia o del inconsciente" (Backhaus, 2011: 34; ver también Backhaus, 1992). Eso hace insistir a Reichelt (2007), compañero teórico de Backhaus y también referente de esta corriente, que esa "abstracción real" sólo puede expresarse a través de la validación, pues el *valor* sólo cobra existencia "real" o consciente (como dinero) cuando es intercambiado (es decir, validado como tal).

Por eso, sigue argumentando Reichelt, si un universal es un elemento que en sí mismo incluye todos los otros tipos reales del mismo objeto (por ejemplo, el concepto "animal"), el *dinero* cumple ese requisito. De ahí deviene el concepto de *totalidad* como autovaloración (y por tanto, autonomización) del *valor* (expresada en dinero). A partir de aquí, lo específico (trabajo concreto que produce valores de uso) no es subsumido bajo lo universal abstracto, sino

incluido en ello. Es simultáneamente abstracción y totalidad que determina la vida de los individuos, y de la que apenas son conscientes.

Así pues, el *valor*, a diferencia del valor de uso, es algo abstracto, una ilusión, pero al tiempo esa "ilusión" es lo que es más real, pues cada elemento particular de la sociedad resulta penetrado por ella. Es una *ilusión objetiva* que moldea toda la vida social. En el capitalismo, la ilusión-forma (el dinero o apariencia del contenido –el *valor*–) reina sobre la sociedad toda. Este es el núcleo del análisis de Adorno[10], que ya vimos en el primer capítulo.

> "Lo esencial de su teoría crítica radica en el hecho de entender la economía capitalista como una realidad invertida, en la cual los individuos ya no 'interactúan entre sí' en el mercado como sujetos racionalmente actuantes, como sugiere la idea de la economía del intercambio. Adorno tachó tal concepto como de 'nominalismo social'. Más bien, actúan como ejecutores de constreñimientos generados y reproducidos por ellos mismos, que se realizan en y a través de sus acciones conscientes, sin que, sin embargo, éstas sean conscientemente accesibles para ellos. Eso es lo que significa el concepto fuerte de totalidad" (Reichelt, 2007: 5).

Pues los individuos actúan a través de lo que ellos mismos hacen, pero lo hacen como representaciones del *valor*, concluirá este autor.

Siguiendo esta estela, la *Nueva Lectura de Marx* hace especial insistencia en que el meollo de la teoría de Marx, a parte de una explicación raizal del capitalismo, es la crítica de la economía política clásica, y que esa crítica puede estructurarse en dos bloques principales:

a. la *teoría del valor* "como teoría de la distribución social del trabajo y la constitución social de una estructura de relaciones de producción en condiciones capitalistas"; y
b. la *teoría del plusvalor*, "como análisis del mecanismo del funcionamiento efectivo de dicha estructura de relaciones" donde se despliegan las formas de mistificación que caracterizan a esta sociedad (Ramas, 2018a: 152-153).

El objetivo del análisis de Marx, entonces, no es la mercancía en sí, sino en cuanto que *forma* social del producto del trabajo; y lo social en la mercancía es su *valor*. Pero atención, porque este matiz es sumamente importante: no se trata de incidir en que *el trabajo sea la sustancia del valor*, sino en que esta forma del producto del trabajo indica el carácter específicamente social del mismo. Por tanto, para esta Escuela el análisis del *valor* no radica

fundamentalmente en una cuestión cuantitativa, en cuanto que *valor-trabajo*, sino que es *cualitativa*, en el sentido en que determina todo el entramado social, siendo, además, la mejor manera de entender los basamentos últimos de la sociedad capitalista. Es decir, el *valor* da cuenta de cómo el trabajo individual llega a ser social, explica bajo qué condiciones el trabajo privado de los individuos adquiere su carácter social a través de la *mercancía* (depositaria del valor), mediante el intercambio de la misma (Ramas, 2018a:182-183). De esta forma, Marx va mucho más allá de donde otros le habrían ubicado como mero ricardiano socialista (medidor de tiempos de trabajo y su contraprestación "justa").

Por eso, sinteticemos, para esta Escuela el objetivo último del análisis no consiste en deducir la magnitud del *valor* de las mercancías, ni en el consiguiente cálculo de precios (teoría cuantitativa), sino en mostrar que el *valor* es el elemento constitutivo de las relaciones sociales de producción, esto es, de la *totalidad social* capitalista. De lo que se trata es de revelar que esas formas de manifestación del *valor* son, de facto, parte estructural de la realidad. Pues para Ramas, Marx no sólo descubre las relaciones que hay en el fondo de la esfera de la producción, sino que muestra la superficie de la apariencia como la expresión necesaria para el funcionamiento de esas relaciones (Ramas, 2018b y 2018c).

La conclusión va de suyo: sólo un estudio en profundidad de la *mercancía* (y del trabajo abstracto que la posibilita) puede entender y explicar las formas de objetividad y subjetividad que se dan en la sociedad capitalista.

Encomiable esfuerzo de precisión, pero insuficiente para conocer un detalle vital: dónde estamos en lo concreto del movimiento del *valor-capital*, cómo de enérgica o no es la dinámica de ese elemento básico de la sociedad capitalista. Puede decirse de otra manera, ¿qué hay del análisis de la fase actual del capitalismo, de las características que le otorga hoy el movimiento del *valor*, sus implicaciones y consecuencias sociales de todo tipo? La escisión de la teoría de Marx en dos mitades que nos propone la NLM, una cualitativa (centrada en el fetichismo de la mercancía), supuestamente esencial, y otra cuantitativa (concerniente a las magnitudes propias de la teoría del capital), que es bajo su criterio prescindible, deja manco el análisis del capital de Marx y rompe con la vocación de totalidad que este autor le otorga al modo de producción

capitalista (Rodríguez Rojo, 2019a). Al abandonar el aspecto que esta Escuela tilda de "cuantitativo" en lo que toca a la constitución social, ella misma se ve o desinteresada o incapacitada para entender la pérdida generalizada del *valor* que se da en la sociedad capitalista actual y, por tanto, queda ajena a la decadencia del *capital*, su crisis sistémica (que podría ser incluso terminal) y sus fatales implicaciones sociales, entre otras dramáticas consecuencias políticas que tal carencia arrastra.

Al descartar la vertiente histórica frente a la aproximación lógica de la obra de Marx, lo que se discute de manera especial, además, es precisamente la concepción del materialismo en el autor renano; discusión en la que todo indica que, por ejemplo, Ramas se sitúa a sí misma en "las antípodas de eso que llamamos materialismo histórico y dialéctico". Lo más innovador del pensamiento de Marx, para ella, "no es ni su concepto de hombre, ni de alienación, ni de ideología, ni de historia, sino su crítica a la economía política como ciencia" (Ramas, 2018a; entrecomillados en Tena, s/f). Es en esto, en el análisis de las formas de apariencia del fetichismo y la mistificación como manifestaciones necesarias de la realidad, donde según Clara Ramas radica la revolución teórica frente a la economía política anterior y la verdadera aportación de Marx. El sesgo de partida por lo que toca al marxismo es grueso, pues se deja de lado un elemento tan señero como distintivo de la elaboración marxiana: la praxis o imbricación permanente de la teoría y la intervención social, la capacidad de analizar la historia para superar las condiciones de explotación y opresión (es por eso por lo que es tan difícil encontrar proyecciones políticas alternativas en la obra de esta Escuela[11]).

Ese desprecio por el análisis materialista de la historia es un rasgo común de los marxismos "nuevos". Por eso hay que precisar que el término con el que designamos tal estudio no es una filosofía de la historia o doctrina de pensamiento sobre el decurso de la humanidad, una especie de tabla algebraica merced a la cual, y dados los datos suficientes, podrían leerse respuestas automáticas a todas las cuestiones históricas. Es tan sólo un método meta-científico de análisis social e histórico, que nos mostró Marx en cuanto que progresiva autoconciencia de las condiciones enajenantes de las que partimos como integrantes de la sociedad del capital. Está pensado también, por tanto, para servir de base a una agencia humana transformadora de las circunstancias

de partida, o dicho de otra forma, para potenciar la intervención política (ver Tema I del Apéndice). Los "neomarxismos" rechazan en general tal concepto y procedimiento porque llevados por sus abstracciones de la "substancia social" o del idealismo de la potencia, de "lo que puede ser", sienten un gran desprecio por *lo que es*, es decir, por los análisis históricos o lo que *en realidad* sucede. Por eso descuidan el estudio de cómo se manifiesta la *sustancia* en forma de relaciones sociales de producción y de poder en cada momento, en formas de conciencia y expresiones ideológico-culturales (más allá de señalar la alienación general), en forma de individuos moldeados diferentemente en cada impasse histórico.

Así, el hilemorfismo del que hace gala la obra de la *Nueva Lectura de Marx*, se expresa a través de su espuria separación entre el "contenido" o substancia de la sociedad capitalista –el *valor* o trabajo abstracto–, y la "forma" que ésta va adquiriendo como conjunto de circunstancias sociopolíticas, económicas, culturales e históricas en general, que "se mueven" en su interior. La exclusividad del foco en el trabajo abstracto, fetichizado, deja desatendido su otro yo, el *trabajo concreto*, que también es físico. Esto deriva de su desconsideración, tan común a los "neomarxismos", del hecho de que Marx sostuvo también la doble dimensión del trabajo abstracto: fisiológica e histórica. Para el autor alemán "el valor es la dimensión social específica de una realidad material. Es no sólo físico ni social, es ambas cosas" (Carchedi, 2011b: 307). La materialidad del trabajo abstracto antes del intercambio existe en forma de gasto de energía humana (y esto no tiene porqué ser "ricardiano" si complementamos esa consideración con la de su carácter social en cuanto que trabajo abstracto)[12]. También puede decirse con otras palabras:

> "En este tipo de sociedad la producción es esencialmente para el consumo, y el trabajo privado y concreto es analíticamente previo al trabajo social y abstracto, que sólo existe idealmente antes de la venta. La equiparación, la abstracción y la socialización del trabajo están supeditadas a la venta, y los valores de las mercancías están determinados por el valor del dinero por el que se intercambian (...) La tradición que parte de Rubin supone erróneamente que el intercambio de mercancías es el aspecto determinante del capitalismo" (Saad-Filho, 2002: 27 y 29).

Esto es lo que ha llevado a esa tradición, según Saad-Filho, a hacer pasar las relaciones sociales de producción capitalistas exclusivamente como relaciones del *valor*; lo que ha contribuido a apartar el foco del cálculo de valores y precios

y dirigirlo sólo hacia el análisis de las apariencias sociales del *valor*.

En realidad, no obstante, contenido y forma componen un todo inmanente, sólo divisible en términos heurísticos (sin embargo, de esa licencia explicativa estas Escuelas hacen una divisoria analítica que sólo puede desembocar en una cierta parcialidad teórica y, a la postre, inoperancia política). La "forma" es inseparable del "contenido", pues no es sino la expresión, los diferentes o sucesivos modos de existencia de las relaciones que aquél conlleva, pero que también finalmente inciden sobre él (dialéctica por medio): de ahí la importancia del estudio completo, *total*, de la sociedad capitalista en su *movimiento real*.

El poco interés mostrado por ahondar en esta imbricación forma-contenido hace que cuando se lee un libro de la *Nueva Lectura de Marx* quedemos normalmente sin saber nada de la realidad presente; es difícil encontrar un análisis de situación que nos explique *qué está pasando* en concreto. Las abstracciones de calado en que basa su análisis, imprescindibles para llegar a las bases constitutivas de la sociedad, resultan insuficientes para calibrar su permanente *movimiento* (haciendo una analogía física, diríamos que si nos centramos en el punto o elemento, se nos pierde la onda o movimiento –de la sociedad–).

Esto se corresponde con la propia definición que Ramas hace de su Escuela:

> "En la *Nueva Lectura de Marx*, el foco pasa de la teoría de la explotación y la teoría cuantitativa de los valores y precios –propias del marxismo economicista tradicional– al estudio de la forma peculiar de constitución de sociedad mediante la abstracción del valor, la cosificación y el fetichismo. Es en este horizonte de lectura que la mía se inscribe. Desde aquí trato de explicar en qué consisten estos conceptos de fetichismo y mistificación, sus formas, y en qué medida constituyen el núcleo del proyecto de Marx de una crítica de la sociedad moderna. No por casualidad el tema del fetichismo ha sido de los más recuperados en las reflexiones actuales sobre el capitalismo, digamos post-Mayo del 68: Debord, Debray, Clouscard, Foucault, Lipovetsky, Houellebecq, Dufour... Conocer el planteamiento del fetichismo en Marx es esencial para comprender el capitalismo actual, cómo se articulan en él deseo y poder, y qué traducción política tiene todo ello" [Ramas, 2018c: s/p]

Entiéndase, no es que la mistificación y el fetichismo no sean de suma importancia para desentrañar las claves de la sociedad capitalista y, hay que añadir, sobreponerse a ellas poniendo en marcha procesos de desalienación (vengo hablando de ello en todo el libro y he concedido mérito a su

planteamiento en los primeros capítulos, con referencias y citas de esta Escuela), pero si desligamos esos procesos de la explotación y vemos a esta última como un mero anclaje "cuantitativo" del *valor*, perdemos la tierra de la que brotan aquéllos. El *valor* existe también como una definida magnitud que condiciona beneficios, políticas, posibilidades democráticas, formas de sociedad, capacidades adquisitivas y la plasmación del conjunto de precios, como vimos en la primera parte del libro. La explotación en forma de plusvalía es lo que crea al capital y constituye el *leitmotiv* del Sistema al que éste da vida, el que sustenta y confiere sentido a sus dinámicas fetichistas y mistificadoras, cuya misma razón de ser es posibilitar la explotación inscrita en la reproducción ampliada del capital.

Es por eso que el principal teórico de esta Escuela, Michael Heinrich, no ve la incontestable crisis interna del capital, llevado probablemente por su desconsideración de esos elementos "cuantitativos" en los que se traduce el *valor* y que a la postre son indicativos de su propia salud, como la tasa media de ganancia. De hecho, los principales puntos en los que incide este autor van por el camino contrario, y son:

1) Negar la propuesta nodal de Marx para el análisis de la propensión a la degeneración del modo de producción capitalista: *la caída tendencial de la tasa de ganancia* (CTTG), (Heinrich, 2008, 2012, 2013).

Los pasos concretos de esa negación son: 1– La ley de Marx es inconsistente porque sus categorías son indeterminadas; 2– no está probado empíricamente e incluso es injustificable en cualquier medida de verificación; 3– Engels editó mal las obras de Marx para distorsionar su punto de vista sobre la ley en el Tomo III de *El Capital*; 4– el propio Marx en sus últimos trabajos de la década de 1870 comenzó a tener dudas sobre la ley como la causa de las crisis y empezó a abandonarla en favor de alguna teoría que tuviera en cuenta el crédito, los tipos de interés y el problema de la realización (similar a la teoría keynesiana); 5– Marx murió antes de poder presentar estas revisiones de su teoría de la crisis, por lo que no existe una teoría marxista coherente de la crisis.

2) Rechazar que en Marx estén realmente las bases de lo que después sería el marxismo.

Esto viene siendo un lugar común, cada vez más recurrido por los "neomarxistas occidentales". Pero Heinrich va más lejos. Para él no hay unidad

en la propia obra de Marx.

De hecho, Heinrich va a vincular una cuestión a la otra, para decir que la tendencia de la tasa de ganancia a caer fue abandonada por Marx en *El Capital*, de manera que la inclinación al colapso del capitalismo que estaba claramente indicada en los *Grundrisse*, quedaría reducida en su obra cumbre a una mera explicación de sus crisis cíclicas. Con ello se hacía a Marx, por lo que toca a este punto, un economista más del mainstream o, en todo caso, semejante a los teóricos de los ciclos. Según este autor, y quienes le siguen, Marx habría dudado de la validez de la tendencia que descubrió y tendría la intención de rectificarla en unas nuevas versiones de los Tomos I y III de El Capital, pero al sobrevenirle la muerte fue responsabilidad de Engels dejar esos tomos en su versión original[13].

No es difícil concordar con Heinrich (2014b) en que la larga obra de Marx quedó (como todas) inacabada, y que ese autor (como todos) experimentó un enriquecimiento a través del aprendizaje constante, por lo que muchos de los puntos teóricos elaborados en primer lugar sufrieron con el tiempo rectificaciones e incluso abandonos en la obra posterior, de manera que no puede hablarse de "un" Marx del cual haya que extraer la "autenticidad" de sus textos, porque estos dan pie a diferentes interpretaciones, como los diversos marxismos existentes muestran. La cuestión central, sin embargo, para el objetivo de este libro, no es esa, sino *qué conclusiones o implicaciones práxicas saca cada quien de su lectura de Marx*. Primero, porque como el propio Heinrich reconoce, no toda interpretación es justificable si no está sólidamente engarzada a los textos marxianos, y yo añadiría, si no está vinculada a la contrastable acción política del autor de Tréveris. Segundo, porque lo verdaderamente importante es respetar los núcleos básicos que mantienen una transversalidad en su historia personal y teórica, las principales categorías que constituyen la estructura de su trabajo científico-político; precisamente para poder seguir construyendo sobre ellas, si alguien se dice "marxista".

Por eso mismo, vamos a intentar contra-argumentar los dos principales puntos extraídos aquí de la propuesta de Heinrich, para desvelar al final a qué conduce ésta en términos práxicos.

I/ La hipótesis sobre las dudas y cambios de visión de Marx respecto de la caída de la tasa de ganancia y otras cuestiones, y el papel de Engels como

ocultador final de todas esas incertidumbres o vacilaciones en pro de una suerte de marxismo de combate, ha ido cobrando más y más fuerza en el neomarxismo[14]. En Heinrich (2008) hay un apartado que lleva por título "La 'ley de caída tendencial de la tasa de beneficio'. Una crítica". Aquí, según ya hicieran ex-marxistas como Sraffa (y también la línea editorial de *Monthly Review*), este autor intenta demostrar porqué hay una laguna importante en esa tendencia descubierta por Marx.

He aquí lo sustantivo de su argumento:

Si nos centramos en la fórmula de Marx para la tasa media de ganancia, tenemos p/(c+v), donde p=plusvalía, que tiene que dividirse entre la suma de c=capital constante adelantado y v=capital variable o salarios. Llamémosla fórmula (A). La cual también se puede escribir (p/v)/[(c/v)+1], como fórmula (B). Una masa de plusvalor decreciente sólo indica con seguridad una caída de la tasa de beneficio si el capital global c + v que es necesario para la producción de esa masa de plusvalor no cae a su vez, sino que al menos permanece constante. Y ese presupuesto de Marx no tiene justificación evidente. El aumento del capital constante, c, tiene que ser al menos igual a la disminución del capital variable, v. Pero a escala del conjunto de la producción social tal requisito resulta indeterminado. "No sabemos si el aumento de la fuerza productiva se consiguió con una cantidad mayor o menor de capital constante adicional. (…) El que caiga la tasa de beneficio depende de qué caiga más rápido, la masa de plusvalor o el capital adelantado (…) al contrario de lo que Marx pensaba, no podemos partir de una 'ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio'" (Heinrich, 2008: 157-158).

Para Heinrich, como, curiosamente, para tantos autores de la economía política vulgar, el aumento de la extracción de plusvalor (aumento de la explotación) como consecuencia del aumento de la productividad, más que ser un factor contra-restante de la caída de la tasa de ganancia, es parte de la ley misma, una de las condiciones de las cuales la ley se supone que emana. Por eso dice este autor que Marx asume que la caída de la tasa de ganancia derivada como ley en el largo término, supera todos los factores contra-tendenciales, pero que Marx no ofrece razón alguna para justificar ese enunciado.

Por el contrario, Heinrich insiste en el incremento del plusvalor relativo y de la productividad como elementos que contrarrestan la tendencia. Añade que el

tiempo de plustrabajo puede también incrementarse sin modificación de la duración de la jornada o de aprovechamiento intensivo del tiempo de trabajo: reduciendo el tiempo de trabajo necesario y disminuyendo el valor de la fuerza de trabajo. Si en lugar de cuatro horas para producir el valor diario de la fuerza de trabajo, son suficientes tres horas, son entonces cinco las horas de plustrabajo. La producción de plusvalor relativo termina por reducir el valor de los medios de vida a través de un aumento de la fuerza productiva del trabajo, y de este modo reduce el valor de la fuerza de trabajo. Todo ello parte de que una jornada de trabajo más intensiva suministra un producto de valor mayor que una jornada laboral normal, exactamente igual que si se hubiera prolongado la jornada de trabajo (Heinrich, 2018 y 2019).

Heinrich (2014a) reconoce que el *capital* hace del *valor* la única medida del trabajo, pero que al tiempo provoca una tendencial reducción del *valor* con la sustitución de 'trabajo vivo' por 'trabajo muerto', lo que repercute a la postre en el valor de cambio en cuanto que plusvalor que es capaz de extraer y que en realidad es lo único que le interesa. Es por eso que Marx llamó al *capital* una "contradicción en proceso", si bien mientras que en los *Grundrisse* veía en la misma el potencial para la autodestrucción del capitalismo, en *El Capital*, para Heinrich, queda emplazada como una contradicción soluble a través del mayor tiempo de trabajo excedente que se es capaz de conseguir. Esto es, las mercancías pueden incorporar menos *valor*, pero al mismo tiempo más plusvalor en ellas.

Con estos argumentos, a fin de cuentas, Heinrich viene a hacerse eco de la propuesta de un clásico crítico de Marx, como fue Okishio. No voy a entrar aquí en mayores detalles sobre los presupuestos de Heinrich, no sólo porque mi postura está explicitada en los capítulos 3 y 4 al respecto (así como en Piqueras, 2015, 2017a, 2018a y 2018b), sino porque además ya Freeman y Kliman (2000) y Carchedi (2009a y 2018), entre otros, han mostrado la equivocación de Okishio. Asimismo, Roberts (2017), Carchedi y Roberts (2013 y 2018), como Maito (2016), y también Kliman (2007 y 2011), Kliman, Freeman, Potts, Gusev y Cooney (2013), además de otros autores, se han encargado de contestar a Heinrich con lujo de detalles. Para Carchedi y Roberts, por ejemplo, la ley descubierta por Marx es la tendencia que explica también los factores contra-tendenciales. El ciclo es, de hecho, el resultado de la interacción

de una y otros. Las políticas económicas que se lleven a cabo pueden influir en los tiempos de las crisis y en cómo se manifiestan, pero no son ni la causa de las mismas ni pueden evitarlas, como ya vimos en el capítulo 4.

Heinrich, y otros negadores de la importancia de la CTTG, no consideran el hecho de que cuanto más se invierte en maquinaria y tecnología más productividad se puede conseguir, pero menos plusvalía proporcional (ya que cada vez hay más capital fijo invertido como maquinaria o tecnología, es decir como "trabajo muerto") por unidad de *valor*, a costa de los seres humanos (que son el "trabajo vivo" que genera la plusvalía). Por tanto, con la sustitución de seres humanos por máquinas, o lo que es lo mismo, al aumentar la proporción de "capital fijo" o "muerto" (máquinas) sobre el "capital variable" o "vivo" (asalariados), y en igualdad de condiciones de explotación, va disminuyendo la tasa de ganancia capitalista. Pero, atención, tampoco la plusvalía aumenta proporcionalmente al aumento de la explotación de la fuerza de trabajo, sino de forma decreciente (contrariamente al reclamo de Heinrich, Marx sí explicó porqué la tasa de plusvalor no puede permanentemente contrarrestar el aumento de la composición orgánica del capital, según se explicó en el capítulo 3, cuadro 1). *Esta es la tendencia básica que se da con el desarrollo de las fuerzas productivas, que sólo se puede contrarrestar pasajeramente*[15] con el aumento de la productividad, con el descenso de la composición técnica de ciertos capitales privados e incluso de ciertas ramas de la producción, y también con el descenso del valor de la fuerza de trabajo (además de todo el otro conjunto de factores contra-restantes que Marx indicó –Marx, 1981a).

Es decir, con el proceso de creciente incorporación de "trabajo muerto" en los procesos productivos, incardinado en la competencia capitalista (ver capítulo 3), la Tasa General de Ganancia Media tiende a descender, independientemente de que algunos capitalistas puedan aumentar *pasajeramente* su tasa de ganancia, que parece ser el argumento especial de Heinrich para desafiar la "ley de Marx". Se explica así también porqué la tasa de acumulación tiende históricamente a ser más alta que la tasa de plusvalía (cuestión clave para entender la *sobreacumulación*). O dicho de otra forma, porqué cada vez se necesita más capital constante para generar *valor* en escala decreciente del cada vez menor tiempo de trabajo necesario que va quedando.

Expresado desde otro prisma, según la automatización de los procesos

productivos va haciendo que la cantidad de tiempo de trabajo depositada en cada producto sea menor, la productividad de cada trabajador debe aumentar para que la masa de beneficio realizable no disminuya. Lo cual conduce a la paradoja ya vista en el capítulo 3, de que más aumenta la productividad de las fuerzas productivas, más se necesita que aumente para intentar salvar el beneficio.

II/ En cuanto al argumento de las intenciones de Marx, de las que hoy ciertos neo-marxismos quieren erigirse en los mejores interpretadores de las mismas, mientras que a otros de ellos les da igual lo que quisiera decir Marx porque prefieren hacer valer su lectura particular del autor alemán (aun a costa, a veces, de contradecirle y de –intentar– desmantelarle), tiene a menudo la particularidad de pasar por encima de lo que el propio Marx dejó escrito y dicho.

Me detendré un poco más en este asunto, dado que al respecto tiene destacada importancia un ingrediente que ya se ha convertido en lugar común (no por más común menos estrafalario) de la mayor parte de las elaboraciones teóricas "neomarxistas": su denigración de Engels. Él habría desvirtuado metódicamente el pensamiento de Marx y contribuido a su vulgarización "mecanicista". Le dedicaré, por tanto, un epígrafe propio.

8.1.1. Algunas notas sobre "el problema Engels"

Acusar al compañero inseparable de Marx de desvirtuarle, no puede deberse, a fin de cuentas, sino al carácter eminentemente práxico de su figura, a su intento de proyectar la crítica de la economía política que realizó con Marx, hacia una *Política* inscrita y desarrollada en los entresijos del mismo metabolismo del capital, a sus permanentes empeños en mostrar que toda construcción de conocimiento tiene su traducción política y por tanto, a su denuedo por transcribir políticamente la construcción materialista-dialéctica social que había llevado a cabo con su amigo y colaborador teórico. También Engels ha sido criticado por defender un materialismo práctico orientado a revolucionar las bases en que estaba asentado el mundo, y al que ambos camaradas entendían como *conductor del comunismo*. Propuesta de vida y de ciencia que molesta especialmente a algunos de los "nuevos" marxismos, por

estar muy alejada de la pobre convivencia que ellos practican entre teoría y práctica.

Por lo que toca a la Escuela de la que tratamos, la NLM, esta acusación se concretó en la disputa sobre si *El Capital* debe leerse lógica o históricamente. En particular, Friedrich Engels fue culpado por Backhaus de transformar la forma "lógica-histórica" de presentar los "Grundrisse" y la primera edición de "Das Kapital" en una "construcción o interpretación histórico-lógica", según expresa Solty (2020). Después del colapso del marxismo soviético, afirmaron Backhaus y Reichelt, hubo consenso general en que Engels había malinterpretado las secciones más difíciles del primer tomo (a saber, sobre todo la teoría de Marx de "circulación simple" como una "teoría de la producción simple de productos básicos").

Por su parte, la crítica a Engels de Michael Heinrich ha tenido una influencia particular, a partir de la cual se agrandó el contraste percibido entre la teoría de Marx y su puesta en práctica como elemento del movimiento de la sociedad. La crítica de Engels fue la clave ("die Engels-Kritik war der Schlüssel"), tanto es así que Heinrich lo llamó "el problema Engels", y lo que se dirime para los neomarxismos occidentales, entre otros propósitos, es, según Kangal[16], si Engels merece un lugar en el marxismo o no.

Solty (2020) ha contestado a esto con algunas razones de peso. Para empezar, dice este autor, Engels combinó el profundo humanismo de los primeros escritos comunes con Marx, con una concretización sociológica empírica hecha a través de la crítica de la alienación. Él fue, sobre todo, el responsable del giro de Marx hacia la economía política, quien se basó en los "Esbozos de una crítica de la economía política" de Engels, a la que describió como un "genial boceto para la crítica de las categorías económicas". Y sí, efectivamente, fue Engels quien, después de la muerte de Marx, estableció el materialismo histórico como un método para las disciplinas de las ciencias sociales y naturales y creó sus puntos de referencia. La construcción e historia del marxismo y el nombre de Engels son inseparables, circunstancia que fue ampliamente reconocida por sus contemporáneos, que llegaron a decir de aquél que fue "la aplicación de la teoría en corpore vivo"[17]. Pero precisamente esa circunstancia, la popularización del marxismo por Engels fue, por contra, la condición histórica para que intelectuales como Reichelt y Backhaus

construyeran el "problema Engels" después de la Segunda Guerra Mundial (asumido más tarde por Heinrich) y se distanciaran del "marxismo del movimiento obrero", del marxismo aplicado al mundo.

Tanto daba que Engels abriera también un amplio campo de disciplinas científicas al marxismo, o que contribuyera a dejar el camino expedito para la que luego sería la teorización feminista[18]. Era un excelente popularizador; redujo la complejidad, pero no la eludió y no se le puede culpar por la solidificación dogmática del marxismo en los elementos económicos que otros hicieron. Al contrario, como en seguida expondré, él siempre buscó la dialéctica del materialismo. Una y otra vez Engels hace hincapié en la importancia de las investigaciones históricas-materialistas concretas; la plasmación de la "economía política" no puede ser la misma para todos los países y para todas las épocas históricas.

Solty sintetiza de forma asaz contundente su postura al respecto:

> "La tesis de este ensayo es que sin Engels no habría marxismo y por lo tanto no habría MEGA, ni Z. ni Henrichs, Kangals o Soltys. En primer lugar, esto se aplica de una manera materialista e históricamente concreta: sin el sacrificio y el apoyo financiero de Engels, Marx nunca habría sido capaz de llevar a cabo su investigación en la Biblioteca Británica y en otros lugares" (2020:170).[19]

Contundencia que es compartida por Eike Kopf cuando afirma:

> "En mi opinión, es un hecho histórico: sin las grandes destrezas teóricas y metodológicas de Engels, Marx hubiera sido un olvidado más entre otros escritores del siglo XIX. Gracias a la edición de Engels, pudo 'El Capital' ser utilizado por el movimiento obrero en la lucha contra la explotación capitalista, y después de 1917 comenzar también con Lenin la construcción práctica, teórica y creativa de condiciones sociales socialistas para ser utilizadas por los países destruidos en las guerras mundiales y por los industrialmente menos desarrollados" (2017:107).[20]

A pesar de todos los esfuerzos de Engels y de su labor de edición, el trabajo principal de Karl Marx permaneció inacabado. Es filosóficamente discutible, continúa diciendo Solty, si hasta el final de su vida se apegó al plan de seis libros para *El Capital*, que también proporcionó volúmenes sobre el Estado, el comercio internacional y el mercado mundial. Pero lo que sí está meridianamente claro es que en vida Marx *se fio de la aportación intelectual de Engels*.

En ese sentido, los textos y cartas de Marx, incluso los comentarios que le hace a Engels pocos años antes de morir, no dejan en buen lugar la interpretación de Heinrich; desde luego no parece haber nada en ellos que permita defenderla con la seguridad con que lo hace[21].

¿Si Marx hubiera estado en desacuerdo con sus escritos no lo hubiera hecho constar claramente, sobre todo por lo que respecta a un hombre con quien lo discutió prácticamente todo y en quien más depositó su confianza teórica y política, confiándole también la revisión de sus borradores, que es tanto como decir, de su propio pensamiento? Como ha dicho más de un autor, Marx no era un hombre dado a contemplaciones con lo que estaba en desacuerdo, ni a ocultar el mismo. Así, cuando Eugen Dühring dio a conocer su propia versión de socialismo, con la intención de sustituir al marxismo, Marx y Engels acordaron que fuera este último el encargado de hacerle la réplica, pues Marx estaba ocupado en la escritura de *El Capital*. La obra de respuesta (*Anti-Dühring*) fue, en palabras de Engels, un intento de "producir un recorrido enciclopédico de *nuestra* concepción de los problemas filosóficos, de ciencias naturales e históricos" (énfasis mío añadido en "nuestra"). Marx nunca corrigió esa réplica (es más, todo indica que participó incluso en uno de sus capítulos). Igualmente, fijémonos en las palabras que Marx dedica a su amigo y correligionario en el *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*: "Friedrich Engels, con el que yo mantenía un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas, en los Deutsch-Französische Jahrbücher, había llegado por distinto camino (véase su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando, en la primavera de 1845, se estableció también en Bruselas, acordamos contrastar conjuntamente nuestro punto de vista con el ideológico de la filosofía alemana. En el fondo, deseábamos liquidar nuestra conciencia filosófica anterior" (Marx, 1976: 65-66). Además, Marx era el editor de la revista para la cual le pidió a Engels su ensayo sobre el materialismo, petición que fue cumplida por Engels con una nota: "si no te gusta in toto, rómpelo y déjame saber tu opinión". Marx lo publicó sin crítica (Blackledge, 2019a: 41)[22].

Y fue así porque Marx y Engels, juntos, inauguraron un nuevo materialismo –contra los materialismos mecánicos desarrollados por sus inmediatos

antecesores–, expresado en *La Sagrada Familia* (1844), *La ideología alemana* (1844-46) y *El Manifiesto Comunista* (1848). Un materialismo que busca conocer las causas más profundas que mueven los procesos históricos y que se combinan siempre con la acción humana[23] (ver Tema I del Apéndice).

No afectado por ello, el "marxismo occidental" expresó pronto su nostalgia por un "in-dañado" Marx, al que intentó recuperar a costa de descalificar las interpretaciones hechas sobre él por el marxismo histórico, sobre todo el vinculado a las experiencias de transición al socialismo. Fue Engels el escogido como culpable de propiciar esas interpretaciones, llegándose a vincular directamente el pensamiento de Engels con el de Stalin, e incluso a hablar de la "traición" de Engels a Marx (Kangal, 2020a: 21). Se señaló directamente a *La Dialéctica de la Naturaleza* como la que proporcionó el esqueleto para la codificación soviética del marxismo, inaugurando así el patrón *Marx contra Engels* que más tarde sería ahondado con especial virulencia por buena parte de los "neomarxismos". Como es fácil de colegir, lo que subyace en realidad a los ataques a Engels es un especial encono contra el marxismo-leninismo (ya se sabe que los "izquierdistas occidentales" tienen predilección por las revoluciones de papel, es decir, las que nunca se hacen; mientras se dedican a denigrar los procesos que efectivamente mejoran –o incluso posibilitan– la vida de sociedades enteras). Por eso no es casualidad que Heinrich (2014b: 65) haga juicios de valor tan "profundos" de las experiencias sociales que intentaron la ruptura con el capital, como calificarlas, sin más análisis, de "regímenes extremadamente represivos", para los que el "marxismo-leninismo" sirvió de ideología legitimadora (en realidad, no se podría esperar otra cosa de este autor, dado que como venimos diciendo sobre esta Escuela, unas determinadas asunciones teóricas llevan a unos particulares posicionamientos políticos).

Pero sigamos. Roberts (2020d), tras cotejar las explicaciones de autores que revisaron los manuscritos de Marx de los que se extraería el Tomo III, refuta casi punto por punto la supuesta malinterpretación que Engels hace de Marx en ese tomo de *El Capital*, sobre todo por lo que toca al "abandono de la ley de la tasa de ganancia" por este último, a la que tanto alude Heinrich. Como quiera que Engels suprimió las formulaciones matemáticas de Marx, lo que consiguió, en contra de lo que se le acusa, fue el efecto contrario, que la contundencia con que su amigo sostenía esa ley pareciera menor (según afirma

Jerrold Seigel, citado por Roberts): "esto difícilmente puede ser una edición que sugiera que Engels estaba determinado a defender una ley que Marx había descartado" (Roberts, 2020d: 109).

Realmente, Engels asumió la tarea de ordenar y presentar como conclusa una teoría que Marx había trazado magistralmente, pero que no tuvo tiempo de terminar, de darle su cuerpo definitivo.

> "…doce años en que Engels desarrolló su actividad de editor, difusor y sistematizador de un pensamiento inacabado. La urgencia de la forma de la mediación entre teoría marxista y praxis, el *Umsetzungsproblem*, subsumió el trabajo crítico de edición" (González, 2020b: 38).

Dado que los Tomos II y III de El Capital quedaron como borradores, del conjunto de los Werke (*Mega* 1 y 2) hoy compilados se pueden hacer tantas interpretaciones (por veces anacrónicas) como posturas políticas se pretendan defender, a menudo para no concluir ninguna propuesta transformadora con posibilidades fácticas. Pero Engels sí tuvo que dar a los manuscritos la proyección política acorde con el compromiso revolucionario que ambos camaradas habían asumido en sus vidas, y todo indica que se sentía seguro de lo que hacía a tenor de la confianza que Marx siempre le había depositado en vida. De cierto, lo que Engels realizó para convertir en un arma política el trabajo de su amigo –y de él mismo– bien podría haberse llamado "engelismo", pero él siempre prefirió, y se esforzó, por situarse detrás de Marx.[24] Desde el principio, nos recuerda González (2020b), Engels se auto-inmolaría intelectualmente, como "segundo violín" de la pareja, para realzar más la figura de su camarada. Pero hoy sabemos que fue más precoz que Marx en su militancia y en su elaboración teórica[25]. De hecho, atrajo a su amigo hacia los caminos de la economía política y del comunismo. "Fue marxista antes que Marx" (Roberts, 2020d: 29).

El propio *Manifiesto del partido comunista* de 1848 viene precedido por redacciones previas de Engels (el "ideario comunista" y los "principios del comunismo"). Como tal fue publicado de forma anónima; cuando lo cita Marx en *El Capital*, lo hace con atribución de autores por primera vez, poniendo a Engels en primer lugar (Monleón, 2020: 4). Fue Engels quien más tarde cambiaría el orden de la autoría.

En general, los intentos de buscar discrepancias entre dos hombres que

establecieron una cuidadosa división del trabajo según un acuerdo previo por el que Marx desempeñaba el papel principal y Engels le respaldaba, no parecen tener ningún asidero ni en los textos ni en las cartas de estos autores que se prolongan incesantemente hasta el fin de Marx (escribiéndose con asiduidad cuando estuvieron lejos uno del otro, y reuniéndose cotidianamente en persona cuando Engels se muda a vivir al lado de Marx en 1870)[26]. De hecho, ese acuerdo lo mantuvieron por espacio de 40 años, hasta el punto incluso de que Marx insistiera a Engels a lo largo del tiempo en que "invariablemente sigo tus pasos" (Kangal, 2020a: 16). Está recogido también lo que en otra ocasión le escribió: "te constan dos cosas: primero, que a mí me llega todo más tarde, y segundo, que no hago más que seguir tus huellas" (en Armas, 2020: s/p). Lo que no era sino su forma de reconocer la inspiración que durante toda su vida le proporcionó Engels.

Kangal (2020a) fundamenta cómo la *Dialéctica de la Naturaleza* es el resultado de la fusión que Marx y Engels hacen de la teoría y la práctica, como praxis teórico-política (ver en su capítulo 4 las razones que movieron a Engels a escribir esa obra, entre las que destaca la necesidad de confluencia de las ciencias naturales o físicas y las sociales o humanas para la explicación del mundo, teniendo a la dialéctica como método común).

Engels fue quien intentó una seria imbricación del marxismo con la ciencia como elemento de autoconciencia y de emancipación, una ciencia materialista-dialéctica que se estaba abriendo camino en la biología y en otras disciplinas y que Engels, como Marx, querían aplicar también al conocimiento histórico-social. Y al universo de posibilidades políticas al que conducía.

A Engels se le acusa de positivismo mecanicista[27] cuando precisamente puso su empeño en trascender las formas mecanicistas de pensamiento basándose en una crítica que devenía del análisis de Darwin para entender la evolución de la naturaleza de modo dialéctico. Justo insistió en la "dialéctica", que según el propio Engels "tampoco conoce *líneas rígidas e inalterables*, ni disyuntivas incondicionales, de validez universal, en las que la opción sea únicamente 'esto o lo otro'"[28], para oponerse al materialismo simple, determinista, que él atribuía con razón a los materialistas franceses del inicio de la Modernidad. Es importante ver cómo las propias palabras de Engels desafían a la vez el mecanicismo y el productivismo que se le achaca, al decirnos repetidamente

que no podemos actuar como si estuviéramos fuera de la naturaleza. En carne, sangre y cerebro somos parte de ella. Todo nuestro privilegio consiste en tener la ventaja sobre el resto de seres vivos de albergar el conocimiento de sus leyes y de poder aplicarlas [Engels, –s/f– (1886) – (1925)]. La evolución no es sino una progresión no lineal de complejidad de los organismos vivos (y sociales), de ahí deduce Engels que una sociedad capaz de planificar su economía y su interacción con la naturaleza, de eliminar las contradicciones inherentes a las clases sociales, es necesariamente más evolucionada y está mejor preparada para mantenerse (al estar también más cohesionada)[29].

Este es el hombre que definió la libertad como el conocimiento de la necesidad. ¿Eso es determinismo, o es más bien constatación evolutiva, no lineal, del proceso de humanización, de lo que éste entraña como *posible*?

"Un sistema universal y definitivamente plasmado del conocimiento de la naturaleza y de la historia es incompatible con las leyes fundamentales del pensamiento dialéctico", expresó Engels (1969:60). Nada que ver con una "filosofía de la historia". La dialéctica argumenta en contra de las oposiciones fijas de base y consecuencia, causa y efecto, identidad y diferencia, superficie y esencia. Sugiere, en cambio, que un polo está ya embrionariamente presente en el otro, que en cierto punto un polo revierte en el otro y que la lógica entera se desarrolla a partir de esas oposiciones progresivas [Engels, –s/f– (1886) – (1925) Ver aquí Tema I del Apéndice)].

Lo concreto es sólo tal porque es la concentración de infinitas determinaciones, su plasmación real nunca permanente sino en continuo proceso de modificación. El método de ir de lo abstracto a lo concreto es la forma en que el pensamiento se apropia de lo concreto y lo reproduce en la mente (Blackledge, 2019a: 46). Al tener tal plasmación en la mente, las ideas e intervenciones humanas forman también parte decisiva de las determinaciones materiales de lo existente. En eso consiste el materialismo dialéctico que inauguraron los dos amigos alemanes.

Me serviré del mismo final de la argumentación de Solty, que aprovecha estas palabras de Engels:

> "Según las concepciones materialistas de la historia, el momento de la historia que determina la última instancia es la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo reclamamos más. Si alguien retuerce la sugerencia de que el momento económico es el único decisivo, transforma esa frase en una frase abstracta sin sentido" (Solty, 2020: 182).[30]

Es, entonces, inevitable preguntarse, ¿qué pretenden los "neo-marxistas" intentando desligar al materialismo histórico-dialéctico de Marx? ¿qué es lo que proponen a cambio? Como vamos a ir viendo, más allá de sus posibles intenciones conscientes que están fuera de mi alcance, el resultado es un (al menos parcial) desmantelamiento del entramado teórico-práctico que armaron Engels y Marx no sólo para entender el capitalismo, sino para combatirlo.

8.1.2. Contraargumentos a Heinrich

Destaquemos, por lo que ahora toca a Heinrich, que se le han realizado, en suma, dos principales contra-argumentos:

a. Los estrictamente económicos

   Acumulación y caídas no se compensan indefinidamente en ciclos, y la evidencia estadística muestra que el incremento en la tasa de explotación no puede compensar indefinidamente la caída del valor.

b. Los interpretativos sobre las intenciones y cambios de opinión de Marx

   No se tiene constancia de que en vida Marx expresara discrepancias con Engels, menos aún que permitan inferir que este último modificó *el sentido de* su obra. *El Capital* puede ser una obra inconclusa, pero no es un borrador preparatorio. Es más probable que aunque el propio Marx modificó en varias ediciones el único volumen que publicó, escribiera en él lo que quería decir, que no lo que interpretan hoy ciertos autores según, en el mejor de los casos, lo que sí eran borradores a los que Marx no hizo referencia constatada antes de su muerte.

Hay, además, un elemento a considerar que resulta vital, y que ya señaló Carchedi (2009a) en su crítica a Okishio: atacando la tendencia descubierta

por Marx de la tasa de ganancia a caer, se lima una de las principales armas del marxismo, y se le desprovee de su más destacado elemento de análisis de la decadencia capitalista y de su explicación de porqué la clase capitalista debe recurrir a aumentar la explotación y a deshacer componendas redistributivas.

Esa ley provee las bases para la crítica marxista no sólo de la economía clásica y neoclásica (enconadas en negar que las crisis sean intrínsecas al capitalismo), sino también de las políticas keynesianas anti-crisis. Y aunque Heinrich viene a decir algo así como que de todas maneras el capital demuestra que es intrínsecamente nocivo dado que las fuerzas productivas y la producción de riqueza están subordinadas a la valorización del valor (2008:158), al descartar su tendencia al colapso no evidencia porqué no habría de ser también, de alguna manera, "progresista" para la humanidad. De hecho, Heinrich parece contradecirse al afirmar que el capital es destructivo para la sociedad y la naturaleza y al mismo tiempo no ver su tendencia a la ruina. Quizás este autor no lo advierte así porque no ha incorporado los límites infraestructurales como internos a la propia dinámica del capital, viéndolos todavía como "externos". Para él las crisis son recurrentes al darse sobreproducción de mercancías con respecto a la capacidad de consumo de la sociedad, así como sobreacumulación (en cuanto que capitales que no se valorizan lo suficiente o no lo hacen en absoluto). Pero esas crisis son, para él, también "productivas", al permitir deshacerse de los capitales no rentables y despejar de nuevo el camino al crecimiento (2008: 177). En general, los autores y autoras que niegan la decisiva importancia de la CTTG no ofrecen explicaciones convincentes sobre la actual palpable degeneración del sistema capitalista y las dramáticas consecuencias que ya padece el conjunto de la humanidad como consecuencia de ella.

El distanciamiento clave de Heinrich con Marx en este punto viene expresado agudamente por Carchedi:

> "Si se sostiene que la economía tiende al crecimiento y, por lo tanto, a su propia reproducción, y que las crisis son sólo interrupciones temporales de este crecimiento (las contratendencias), uno priva a la clase obrera de la base objetiva de su lucha. Esta postura hace de la lucha de la clase obrera no solo un puro acto de voluntarismo porque es contraria al movimiento objetivo de la economía, sino que también es irracional porque apunta a acabar con un sistema racional, un sistema que tiende al crecimiento y equilibrio" (2009a: 9).

Pero más allá de señalar cierta inconsistencia en la réplica de Heinrich a Marx, lo que me interesa advertir también es que lo que él parece buscar, a la postre, es la adquisición de notoriedad teórica mediante, seamos benignos, "cierta" desconstrucción de Marx y del marxismo; y a diferencia de tantos otros que lo hicieron antes, nuestro autor pretende hoy lograrlo aupado a una ola en auge, la de quienes llevan a cabo ese intento de "demolición" auto-calificándose de marxistas.

Según Freeman esta ola había comenzado desligando a Marx de sus bases económicas:

> "Los marxistas occidentales se sintieron atraídos por ideas disidentes sobre filosofía, política, sociología o estética de Gramsci, Lukacs o Korsch, ignorando ideas económicas igualmente desafiantes de gente como Grossman o Rosdolski. El 'marxismo cultural', una variante extrema, buscaba, en efecto, liberar la crítica estética de todos los atavíos económicos (…) Una comprensión política, social y cultural que una vez se basó en el profundo análisis de Marx de la forma de la mercancía, fue arrancada de sus amarres, dejando a los marxistas desarmados ante una crisis económica en toda regla que se había estado preparando durante todo el período de la posguerra" (2013: 4 y 5).

Más tarde se pasaría a desprender al marxismo del propio Marx, con lo que el camino quedaba libre para proclamarse marxistas sin Marx. Aquí son Kliman, Potts, Gusev y Cooney quienes se unen a Freeman para recoger el testigo:

> "Heinrich afirma basar su presentación, a diferencia de muchos académicos marxistas, en los propios escritos de Marx. Desafortunadamente, es particularmente inútil, ya que en realidad no aclara el pensamiento de Marx; en cambio, es el último de una larga serie de esfuerzos para construir lo que Freeman ha llamado 'marxismo sin Marx'. El objetivo de tales esfuerzos [de los 'neomarxismos'] es estar en desacuerdo con Marx y proponer una teoría alternativa, pero, al mismo tiempo, presentarse a sí mismos como sucesores de Marx. Esta táctica funciona de la siguiente manera. Los defensores del marxismo sin Marx afirman mostrar que las teorías de este último son insostenibles –lógicamente inconsistentes, inadecuadas o simplemente indignas de consideración– en su forma original. Esto les permite representar sus propias obras como versiones corregidas o mejoradas de Marx en lugar de como las teorías divergentes que realmente son. Encontramos esta táctica objetable no porque nos opongamos a una multiplicidad de teorías diferentes que se oponen entre sí, sino porque lo apoyamos firmemente. Lo que es objetable es el intento de hacer desaparecer las teorías de Marx reemplazándolas por la propia teoría, en lugar de dejar que ambas contiendan. Este es en realidad un método religioso; está diseñado para frustrar la controversia teórica descartando alternativas legítimas. (…) Heinrich revive esta táctica, pero con dos modificaciones. Primero, afirma mostrar no solo que la teoría de Marx de la crisis capitalista es insostenible, sino también que no es realmente una teoría en absoluto; Marx no nos dejó más que 'varias referencias fragmentarias sobre la teoría de la crisis' (como lo expresaron los editores de Heinrich en su nota

introductoria). En segundo lugar, y en particular, Heinrich no presenta una propia teoría alternativa sobre la crisis" (Kliman, Freeman, Potts, Gusev y Cooney, 2013: 1-2).

A partir de estas consideraciones no sorprende que las interpretaciones de la *Nueva Lectura de Marx* se alejen del marxismo también en otros ámbitos de análisis. Así alude a los errores de Heinrich, Robert Kurz[31], al referirse a cuestiones como el dinero y el crédito, vinculados a su tratamiento del *valor*:

"(…) Michael Heinrich hace una revisión de la crítica de la economía política de Marx en el plano de la teoría del valor y del dinero que está perfectamente alineada con la teoría burguesa del dinero que da por el nombre de nominalista (…) que, en sus trazos fundamentales, también fue adaptada por la economía neoclásica tardía. De este modo, está ya lanzada la base «crítica» de la filología de Marx, con el fin de transformar la des-substanciación del capital y de su medio de fin-en-sí que es el dinero, en una des-substanciación de la teoría de Marx, dando así cuenta del problema. La eliminación de la teoría de la tasa de ganancia, llevada a cabo en un segundo paso, barre definitivamente el acceso a la teoría del dinero y del crédito en términos de la teoría de la crisis que, más allá de Marx, debería ser desarrollada con base en el nexo interno entre el aumento c/v, la caída de la tasa de ganancia y la expansión del sistema de crédito" (Kurz, 2015: s/p).

Y un poco más adelante:

"Así, no admira que Heinrich también caiga ciegamente en la cháchara del «siglo del Pacífico», de la ascensión de China, etc, queriendo ver apenas una deslocalización de la producción de plusvalía real, que supuestamente continua aumentando, de unas regiones del mundo hacia otras. Esta concepción constituye el plano de fondo de sus palabras, ya citadas, sobre el «lucro sin fin», visto que «el capitalismo todavía solo está comenzando» (…). Heinrich entrevé apenas la superficie del mercado mundial y los falsos «hechos» de la economía del déficit global, cuya relación de mediación, falla de substancia, se le escapa, porque se apresuró a desenredarse de los instrumentos teóricos para ello necesarios. El carácter insostenible de la movilización secundaria de capital material y fuerza de trabajo sin una base de substancia del valor permanece, por eso, totalmente fuera de su percepción" (Kurz, 2015 s/p).

Hay, en definitiva, en la *Nueva Lectura de Marx* una ausencia de traslado de los presupuestos de "contenido" a los de la "forma", implicada en su poco acertada cuenta del *valor*, o directamente en su desconsideración de la cantidad de valor vinculada a cada relación cualitativa generadora de *valor*, y que se manifiesta en tendencias o al menos posibilidades de mayor o menor reformismo, en diferentes realidades y situaciones socio-históricas, como por ejemplo las que ahora padecemos en *forma* de dramas generalizados,

recrudecimiento de la explotación, geoestrategia del caos, *barbarización social*, etc. Lo cual despoja a esta Escuela de bastantes posibilidades de anticipación teórica y, por tanto, de incidencia social (vinculada a cualquier opción de estrategia transformadora), con lo que se priva a sí misma de un aspecto fundamental del marxismo (que es requisito *sine qua non*, sea cual sea la lectura que se haga de Marx): el de una efectiva *praxis emancipadora*. Por eso no es de extrañar que la desconsideración de Heinrich y sus seguidores de la relevancia que entraña la (menguante) cantidad de *valor* para explicar el decurso civilizacional, les lleve a asumir la capacidad del capital de perpetuarse indefinidamente, y por tanto a ser receptivos a participar de propuestas meramente reformistas de corto alcance en el campo de la política, muy poco viables en un capitalismo en decadencia[32].

Podemos, en este punto, hacer servir un principio básico general: para evaluar la pertinencia de cualquier teoría social hay que calibrar su traducción política, o lo que es lo mismo, las implicaciones de sus propuestas para la vida de las personas y las sociedades. En otras palabras, su practicidad. Especialmente si se reclama "marxista", porque esa fue la gran ruptura de Marx con la dialéctica hegeliana y con la ciencia económica y política anterior: la de que *el mundo es construcción y se puede transformar*.

Una autora que ha estudiado los nexos entre la forma y el contenido del *valor* advierte:

> "En, bajo el título de 'teoría de la forma de valor', los eruditos marxistas de las últimas décadas han iniciado una apoteosis de la 'forma' al tiempo que han otorgado un estatus mucho menor a la 'sustancia' o al contenido, una intervención que no sólo es completamente contraria a la crítica intención de Marx, sino que regresa a los 'fetichismos de las relaciones de producción burguesas' que Marx precisamente se proponía desconstruir" (Lange, 2019: 23-24).

E insiste después:

> "El nexo general de la totalidad de las formas es, por tanto, simultáneamente el contenido de este proceso y, en este sentido, la forma también es contenido. Por lo tanto, cualquier análisis que proclame un enfoque científico sistemático debe tener en cuenta el 'vuelco' mutuo (Umschlagen) de la forma en contenido y el contenido en forma" (Lange, 2019: 31).

Porque la relación substancial, "cualitativa", no puede entenderse sin la

generación ampliada de ella misma ("cuantitativa"). Lo "cuantitativo" y lo "cualitativo" es mera separación heurística que no debería conducir a divorciar el análisis a partir del lado elegido.

> "(…) Bensaïd (…) opone una restauración completa de la dialéctica de cantidad y calidad según lo apropiado por Marx en su análisis de la mercancía. El problema a resolver es el de la categoría de «medida», es decir, de la medida del valor de la mercancía por el tiempo de trabajo. A primera vista, este problema aparece como una cuestión puramente cuantitativa. Pero el estándar de referencia no es externo, indiferente a lo que mide: es debidamente inmanente a él. El tiempo no es una referencia externa, es una relación social en la que el trabajo concreto, a través del intercambio de mercado, se ha reducido a mano de obra abstracta, y en la que el trabajo cristaliza en valor cambiario. Por lo tanto, la cantidad lo decide todo. Pero «la medida no se refiere a una cantidad indiferente a la calidad, sino a ser una cantidad cualitativamente determinada». Como 'ciencia de lo concreto', la crítica de la economía política comienza con una medida externa, para pasar al estudio de la conexión interna de los aspectos cualitativos y cuantitativos. En términos hegelianos, «la medición formal, o cantidad específica, se convierte en una medida real para pasar del ser al devenir de la esencia»" (Kouvélakis, 2016: 160).

Precisamente la crisis sistémica de Larga Duración que padecemos significa no sólo decrecimiento del *valor*, sino que de alguna manera la forma mercancía ha comenzado a fallar, en un sentido u otro, para organizar la vida social. El potencial para la autorrealización humana y para su acción (eso que suele llamarse "libertad") vuelve así a la palestra (Freeman, 2013).

8.2 Nueva Crítica del Valor

Hay otra Escuela neomarxista que ha polemizado con la anterior, que se caracteriza por ser del todo inoperante en términos políticos y, por tanto a la postre, condenada a una auto-circularidad teórica, todo y haber dado un paso importante para la conjunción del contenido con la forma en el análisis de la sociedad capitalista.

La *Nueva Crítica del Valor* (NCV) o *Crítica de la escisión del valor,* continua la línea abierta por Rubin (de nuevo), Korsch y Lukács, aunque tales autores no se libren de su crítica, para insistir en que la teoría del fetichismo es la base de todo el andamiaje teórico de Marx, y por tanto de la explicación del modo de producción capitalista.

A pesar de esos largos orígenes esta Escuela empezará a adquirir notoriedad en los años 90 del siglo XX, justo con la caída del bloque soviético. Es decir, una vez más, en el contexto de una derrota. Según el marxismo va siendo desterrado de las Universidades, la NCV se propuso rescatarlo a costa de rechazar gran parte de sus planteamientos no sólo políticos sino teóricos. Con ella llegamos al extremo de la preeminencia de la aproximación lógica sobre la histórica en su concepción de la obra de Marx. El fetichismo de la mercancía constituirá su núcleo obsesivo de análisis, desconsiderando otros aspectos básicos de la elaboración marxiana. La teoría del fetichismo será identificada con el conjunto de la teoría del valor confundiéndose la parte con el todo (Rodríguez Rojo, 2019a).

Así sintetiza Ascunce en su tesis las propuestas de la NCV:

> "La Crítica del valor propone retomar a Marx sobre la base del rechazo de gran parte de los posteriores desarrollos marxistas, y no sólo en su plasmación práctica, sino en sus propios presupuestos teóricos. Marxismo tradicional, marxismo (del movimiento) obrero, marxismo del trabajo, marxismo inmanente de la modernización e incluso marxismo burgués serán las diferentes formas de denotar a una misma tradición que ha tomado como matriz la lucha de clases. Se trataría de 'desprenderse de más de un siglo de interpretaciones marxistas' como 'primera condición para leer la obra marxiana' (Jappe). Este marxismo habría puesto el centro en la (re)distribución y el reparto del dinero y del (plus)valor en vez de negarlos, afirmando de manera positiva las que constituirían las categorías fundamentales de la modernidad capitalista. La lucha de clases habría servido al despliegue del sistema capitalista en la época de su ascenso a nivel planetario, y el movimiento obrero le habría resultado funcional a éste integrando a los obreros en la sociedad mercantil. Es por ello que dicho marxismo 'formaba parte todavía de la historia de la conquista de la sociedad por el Capital' pero que 'se ha vuelto hoy efectivamente obsoleto, y no porque haya sido «erróneo», sino porque su tarea está acabada' (Kurz). (…) Ese 'doble Marx' (Kurz) sería por un lado *exotérico*, continuador de la Ilustración y la economía política clásica, teórico de la modernización y de la lucha de clases, en el que se apoyó y a partir del cual se desarrolló ese *marxismo del movimiento obrero*. Pero habría 'otro Marx oculto, oscuro y esotérico' (Kurz), el crítico de la economía política que desgrana las sutilezas metafísicas de la mercancía y señala la relación fetichista en la que se basa una sociedad que se sostiene en la creación de valor mediante el trabajo abstracto. Este *otro* Marx no hablaría ya de la apropiación de la plusvalía ni de la lucha de clases, sino de la dominación abstracta que ejercen las categorías fetichistas de la sociedad mercantil. Pese a estar 'entrelazados', estos 'dos hilos argumentativos' resultarían 'incompatibles uno con otro' (Kurz). Esta visión constituye el punto de llegada a la obra de Marx para la Crítica del valor y al mismo tiempo el punto de partida para su desarrollo teórico propio" (Ascunce, 2017: 13).[33]

Es muy probable que el elemento de referencia recurrente que hace de puente entre los autores clásicos de partida y las elaboraciones actuales de la NCV sea

Postone. No deja de ser certera, a mi juicio, la síntesis de intenciones de este autor que elabora Wikipedia (2021):

> "Partiendo de una relectura de Marx según la cual el capitalismo es una forma de dominación impersonal, Moishe Postone rompe con la idea de «sujeto» propia del marxismo tradicional. Rechazando la oposición entre los capitalistas, supuestos sujetos dominantes, y los trabajadores, supuestos sujetos emancipadores, plantea el capital como el verdadero sujeto, el «sujeto autómata» del cual la humanidad debe liberarse. (…) Libra los conceptos de Marx de los lastres marxistas y reelabora una teoría crítica que se enfrenta a la esencia misma del capitalismo: la forma de trabajo específica a esa formación social. El trabajo bajo el capitalismo no es una actividad exterior al capitalismo que habría que liberar; es el fundamento del capitalismo, por lo que debe ser abolido."

Veremos después porqué lo acertado de este resumen que me he permitido transcribir, pero antes hay que dejar claro que aquí rastreamos también, sin lugar a dudas, la influencia de Jean-Marie Vincent y su insistencia en el trabajo como fuente de alienación-subordinación propia del capitalismo, en cuanto que a diferencia del trabajo como *poesis*, el trabajo en su forma más socializada aparece como una realidad negativa, aunque articule a los individuos entre sí. La relación social de producción, lejos de ser pura producción económica, es de hecho producción y reproducción de la compleja totalidad de las relaciones sociales, las formas de vida, las formas simbólicas e imaginarias bajo el signo del *valor*. Es el trabajo cristalizado, objetivado en capital, insiste este autor, el que encarna la socialidad de la producción en las cabezas de quienes producen (Vincent, 2019).

Hasta aquí perfecto, el problema comienza cuando Vincent acusa al marxismo de concebir al trabajo como la esencia de la sociedad humana, mientras que para él es sólo el núcleo social específico de la formación social capitalista; porque la estructura de dominación abstracta, indirecta e impersonal constituida reflexivamente por las actividades laborales, sigue estando presente si simplemente se abole el mercado y la propiedad privada, pero no nos liberamos del trabajo como actividad socialmente mediatizadora (Vincent, 2001).

Esta boutade constituirá uno de los puntos fuertes de los que estirará después la NCV: la no concepción del trabajo como una categoría transhistórica y general, sino como una mediación social específica del capitalismo. Veremos luego hasta dónde se lleva este planteamiento, así como las consecuencias

políticas del mismo. Quedémonos por el momento con que esta Escuela, no obstante poner gran énfasis en las bases "abstractas" del análisis de Marx, sí se ha ocupado, además, específicamente, de sentar la notabilidad de los aspectos "cuantitativos" y muy especialmente por lo que toca a la caída del *valor* en la economía capitalista. A partir de ese combinado análisis deducen el principio del fin del "sujeto automático" y el consiguiente desmoronamiento de todo el entramado social del capital.

Las formulaciones de la que llegaría a ser su figura más destacada, Robert Kurz (quien formó también la revista –y grupo– *Krisis*, y tras su escisión la revista –y grupo– Exit), son bien contundentes sobre estos puntos, marcando una distancia entre lo que él llama la "crítica inmanente" del capital y su "crítica categorial": la que promueve la ruptura con las categorías básicas que hacen al capital(ismo). Así lo resume Clara Navarro:

> "La crítica al marxismo tradicional – entendido éste en sentido lato– se centra en el hecho de que éste, habiendo llevado al centro de la reflexión y honrado el concepto de *trabajo*, no habría sido capaz de ver que con dicho movimiento se convertía, fácticamente, en un operador más en el proceso de modernización capitalista. Y esto dado que, lejos de ser un concepto aproblemático, *trabajo* (acompañado del epíteto *abstracto*) no es otra cosa que la propia *sustancia* del *capital*, inherente y co-originario al propio sistema productor de mercancías en su surgimiento histórico. Como tal, el trabajo no puede contener la posibilidad de emancipación o superación de la sociedad productora de mercancías a través de un cambio de actores en la distribución y administración del mismo (mediante una *expropiación de los medios de producción*), es más, tal pretensión tan sólo conlleva a la difuminación de su desarrollo histórico y su elevación a concepto ontológico y existencial" (Navarro, 2016: 57). "La crítica inmanente a la ontología del sistema capitalista no supera: *limita* o, en el mejor de los casos, construye una *utopía.* Tiene, asimismo, la caducidad impuesta por las exigencias de la valorización del valor. Así, los avances democráticos que provienen de una crítica inmanente al capitalismo están pues de antemano *objetivamente* limitados (…)" (Navarro: 2016: 72).

Acertadamente Kurz (2016a y 2016b) incide sobre todo en la dimensión crecientemente irreal de la economía capitalista desde su crisis de los años 70 del siglo XX, expresada por el enorme crecimiento del capital ficticio, por la reconversión del capital en dinero y por una galopante deuda global, que no sólo va desmoronando las sociedades y disparando las desigualdades de todo tipo, sino que también va minando por debajo, imperceptiblemente, las dinámicas de reproducción del propio capital.

> "Se fue tornando cada vez más imposible, igualmente para los mayores capitales individuales, refinanciar suficientemente solo con base en las ganancias que eran el retorno de periodos de producción anteriores (…) Existe, por tanto, una enorme diferencia entre la refinanciación del capital por el recurso predominante a una producción de plusvalía ya realizada en el pasado (por ejemplo, bajo la forma de reservas), por un lado, y por el recurso predominante a una producción de plusvalía futura, todavía ni siquiera iniciada y mucho menos realizada bajo la forma del crédito, por otro. (…) Incluso cuando el capital global se va expandiendo alegremente y la masa absoluta de plusvalía crece, se va creando un desfase temporal creciente entre la producción de plusvalía prevista y la que realmente se consigue. El capitalismo comenzó a gastar su propio futuro" (Kurz, 2015: s/p).[34]

Kurz hace ver que la tremenda distancia entre salarios reales y los requerimientos monetarios en intereses provoca una crónica escasez de demanda de mercancías, la cual frena constantemente la subida de precios en la economía real. El capital productivo se queda más y más rezagado frente a la monstruosa suma de capital dirigido hacia la rentabilidad financiera, *a menudo en su forma simple, como dinero* (así vimos en el capítulo 4). Igualmente señala cómo la destrucción natural y agotamiento de recursos es más bien consecuencia del límite interno del capital (la disminución de la capacidad de generar *valor* y los intentos de compensarlo), más que límite externo que impide al primero.

Sin embargo, el metabolismo del capital ha arraigado tanto en las conciencias humanas, que incluso sus críticos (las "izquierdas *del* sistema") han terminado por aceptarle como "inevitable" e "imperecedero", es decir, como el sistema que ha llegado para quedarse, el "sistema del fin de la historia" o algo semejante. Por eso todas sus propuestas e intervenciones se limitan a (intentar) conseguir mejoras dentro de él. Kurz critica duramente esas posturas:

> "La dinámica de la crisis inherente al capitalismo pasó totalmente desapercibida, habiendo sido traducida a 'posibilidades ilimitadas'. Tal como las élites neoliberales, la izquierda postmoderna creyó en el 'crecimiento empujado por las finanzas' y se convirtió en la expresión ideológica del capital ficticio. El virtualismo económico fue complementado con el virtualismo tecnológico de la Internet. La Segunda Vida del espacio virtual sufrió la mutación de tornarse en la forma de vida 'propiamente dicha', el supuesto 'trabajo inmaterial' de Antonio Negri terminó siendo la continuación de la ontología capitalista del trabajo. El verdadero problema de sustancia del 'trabajo abstracto' fue negado; un 'antisubstancialismo ideológico' (o antiesencialismo) en contraste con Marx denunció ese problema de sustancia como simple metafísica de un pensamiento ultrapasado, en lugar de reconocer en él una 'metafísica real' del capitalismo, la que no deja de ser bastante material. Al mismo tiempo, hubo una orientación por la esfera de la circulación. La ilusión financiera capitalista de que actos de compra-venta también podrían generar crecimiento, como la producción real de mercancías,

> constituye también la premisa implícita del pensamiento posmoderno. El endeudado sujeto de mercado y consumo aparecía como portador de la reproducción y de una posible emancipación, cuando nadie podía decir en lo que ésta consistiría. (…) Para la izquierda posmoderna la naturaleza negativa del capital se disolvía en una indefinible 'pluralidad' (*Vielfalt, diversidad*) de los fenómenos, a la cual se presentaría como desconectada "pluralidad" de movimientos sociales, sin focalizar el meollo concreto del capital" (Kurz, 2012: s/p).

He compartido estos razonamientos analíticos (Piqueras, 2018a), como he explicitado también en los primeros capítulos de este libro, pues creo que profundizan sobre la cada vez más difícilmente esquivable tendencia del capitalismo hacia su colapso. Sin embargo, hay una segunda parte que esta Escuela asocia a sus análisis de la *mercancía* y el *valor*, que alberga nefastas consecuencias para la intervención política, y que sus miembros identifican, algo contradictoriamente, con la intervención en la instancia que vela por el buen funcionamiento de un sujeto que supuestamente es "automático", el *valor-capital* y su economía de la mercancía. Esa instancia no es otra que el Estado. Al negar la acción en ella rechazan también la propia posibilidad de la Política (la que se ejerce y se imbrica en el metabolismo del *capital*). De hecho, niegan por principio que la Política pueda tener alguna importancia en la trascendencia del modo de producción capitalista. Se trata, a mi entender, de un nihilismo político de nuevo cuño (*in-política* en su cara más antipolítica) que se viste con los ropajes de Marx.

Vamos a deshilachar, para explicarlo, algunas de sus "perlas teóricas" más preciadas al respecto de esta cuestión, que sólo se entienden cuando se lleva demasiado lejos el hincapié sobre los sujetos abstractos y las mistificaciones, desconsiderando, por contra, las potencialidades de los agentes de carne y hueso, así como la decisiva dimensión del antagonismo de clase, la relación Capital/Trabajo que es intrínseca al propio devenir del capital. Las contradicciones, antagonismos, alianzas, fragmentaciones y luchas que de ella se derivan, tanto intra como inter clases son, en consecuencia, desconsideradas por esta Escuela y también rechazadas como vía de superación de la sociedad capitalista.

Todo empieza, para sus integrantes, con un planteamiento tan sencillo como lapidario: los seres humanos no podemos ser *sujetos* en una sociedad dominada por la *mercancía*. Sólo los fetiches lo son. Pero ¡atención!, han sido siempre los únicos sujetos en la historia de la humanidad. Con ello, birlibirloque, se

sustituye un rechazado motor de la historia, la "lucha de clases", por otro, la evolución de los fetiches. Dice Jappe, probablemente su más reconocido teórico tras el fallecimiento de Robert Kurz:

> "El valor sucedió a la tierra, al parentesco sanguíneo y al totemismo, en cuanto formas en las que se expresaba la potencia humana inconsciente de sí misma (…) son las relaciones fetichistas las que han hecho hasta ahora la historia" (2014: 39).

Esas relaciones fetichistas han impedido cualquier sujeto.

> "[Un] sujeto autónomo y consciente no puede existir en una sociedad fetichista. De él solo pueden existir fragmentos en vías de formación" (Jappe, 2016: 143).

El capitalismo ha supuesto una mutación antropológica de más de dos siglos en la especie humana, hoy amenazada por el fin de la mercancía-valor. De hecho, la particularidad de la sociedad capitalista es que su sujeto, la *mercancía*, destruye la propia sociedad que le crea. Esto implica una regresión antropológica (entrañando "un profundo desorden psíquico colectivo")[35], que impide el protagonismo de la intervención humana a medio plazo para cualquier posibilidad de cambio (Jappe, 2011: 59-60). La Historia queda, por el momento, congelada. Lo único aconsejable es "desengancharse" de la política (la que se imbrica en el Estado) porque sólo nos hunde en el pantano del capital. En su lugar, cabe intentar inventar formas directas de participación (¿en qué?, ¿contra qué, ¿en favor de qué?: no se nos dice). Para la NCV la única liberación posible del capitalismo ya no sería fruto de su superación revolucionaria que, digamos de pasada, es la que defendía Marx, sino resultado de su autodestrucción. Puede que ese fin sea el más probable, como tendremos ocasión de sopesar aquí, pero como propuesta política no deja de ser lastimosa.

Sigamos. La alienación o desalienación, así como la conciencia reflexiva sobre el mundo, se entienden por esta Escuela de forma absoluta: o se tienen o no se tienen. No hay gradaciones. Todo el proceso de humanización como desarrollo de la conciencia social es descartado bajo el principio teórico de la subordinación humana a fetiches. Eso debe querer decir que los seres humanos no hemos sido nunca capaces de entender nada de nuestras relaciones con el mundo físico. De ser así hubiéramos desaparecido hace milenios. ¿Y con el mundo social tampoco? Difícilmente, entonces, se hubiera podido construir

comunidad ni *sociedad*. Incluso las sociedades más desigualitarias no están exentas de interacciones reflexivas, de lo contrario más que de sociedades humanas hablaríamos de *sociedades programadas*, como las de ciertos insectos. Nunca, en ningún caso, nuestras sociedades han estado exentas de grandes dosis de alienación y fetichismo, pero éstos no han ocupado la totalidad de la conciencia humana. La condición de *sujeto* se ha traslucido a través de lo colectivo, como comunidad, grupo, etnia, pueblo, y nunca de forma estática, sino en continuo dinamismo, dentro del cual en las *societas* desigualitarias las luchas de clase han ocupado especial relieve, pero también otras como las identitarias colectivas, vinculadas al acceso a recursos (a veces como "etnia" se puede conseguir ese acceso, mas no como "individuos", por ejemplo –a veces las clases y las etnias han coincidido–). Sin embargo, esta Escuela prefiere mantener, como vengo diciendo, una concepción absoluta de la fetichización y del *sujeto* (que tiende a ser, por tanto, abstracto), como si la propia fetichización fuera un estado estático, no un proceso atañido por luchas permanentes que se han dado a lo largo de toda la historia. Por eso mismo, es necesario comprender las formas de existencia del *capital* como procesos abiertos y contradictorios, no como el resultado de estructuras abstractas y objetivas que se autorreproducen indefinidamente, sin alteración.

Ya Navarro apuntaba hacia ese camino:

> "…el hecho de que el fetichismo de la mercancía sea una práctica social no significa que no podamos entenderlo a él y al capitalismo en el marco de un *proceso histórico y una práctica de repetición de determinada actitud con respecto a la producción y distribución de los recursos y el trabajo con/contra la naturaleza* (…) [Se está en lo cierto al] distinguir analíticamente entre apariencia y esencia, pero estos términos no deben describir órdenes de la realidad de carácter inaccesible e incomunicados. Que la apariencia de la dominación en el capitalismo sea fetichista, no significa que no pueda ser entendida desde algún punto de la superficie de la práctica social" (Navarro: 2017: 4-5).

Ajenos a todo ello, y de manera congruente con sus licencias antropológicas, quienes se identifican con esta Escuela se permiten también la absolutización de la abstracción, por lo que a mi juicio su secuencia teórica pasa por dos fases.

1ª/ De establecimiento de unas premisas ciertas, compartibles sin dificultad. Para la NCV el capitalismo no se basa en que un sector de individuos imponga su dominación sobre otro sector, sino en las relaciones sociales que impone el

capital. No es un régimen de dominación ejercido por personas. La historia del capitalismo no es la de la colonización de los sujetos por una exterioridad opresiva y manipuladora, llamada "capital", sino que *éste constituye a los sujetos*. Forma parte de su dotación individual y social intrínsecamente alienada (Jappe, 2017: 220).

2/ De esas premisas se deducen, no obstante, conclusiones gratuitas, espurias[36], que conllevan el señalamiento de una dominación sin sujetos (al menos, humanos), y por consiguiente, la absolutización de la abstracción: la del fetiche y la *alienación* como elementos motores de todas las sociedades humanas que han existido. Las fuerzas sobrenaturales, los dioses o la mercancía han jalonado la historia desde sus inicios, a la espera de la auténtica liberación de los fetiches. La emancipación no admite medias tintas. Hasta ahora todo ha sido oscuridad. A partir de la liberación de los fetiches, que no sabemos ni se nos explica cómo se podrá producir, todo será *libertad*. La fetichización de los fetiches, vistos como los verdaderos actores de la historia, nos mete de lleno, para su erradicación, en el mejor estilo milenarista.

Sigamos de nuevo a Jappe en su caracterización de dinámicas sin sujetos:

> "Pero la teoría marxiana de la inversión afirma, por el contrario, que el verdadero sujeto es la mercancía y que el hombre no es más que el ejecutor de su lógica" (Jappe, 2016: 82).

Por eso, para estos autores, y en contra de lo que proponía Marx:

> "El sujeto es pues aquello de lo que hay que emanciparse, y no aquello a través de lo cual y con vistas a lo cual hay que emanciparse" (Jappe, 2011: 34).

Por supuesto que estos planteamientos ya estaban presentes en Kurz:

> "Para un nuevo movimiento social emancipatorio lo que importa ya no es más despertar por el beso de un 'sujeto objetivo', sino hacer una crítica de la forma sujeto, sin salvaguarda ontológica, e interpretarla como una forma de existencia capitalista. La forma sujeto sólo puede ser siempre un agente del sujeto automático de la valorización del capital y no puede ser confundida con la voluntad para la acción emancipatoria, la cual necesita constituirse a sí misma y no puede tener fundamento ontológico" (Kurz, 2012: s/p).[37]

Tal rechazo "ontológico" lleva a esta Escuela a renegar de las clases sociales.

Un manifiesto ejemplo de ello es el de su destacada autora feminista, Roschwita Scholz quien, por otra parte, se suma al cauce de ciertos feminismos actuales que hacen prevalecer una variada gama de desigualdades por encima de la de la clase social, la cual a menudo es incluso ignorada.

"Todo contenido sensible que no es absorbido en la forma abstracta del valor, a pesar de permanecer como presupuesto de la reproducción social, se delega en la mujer", nos dice Scholz (1992: 2). Y aquí abunda un seguidor de esta Escuela:

> "Si el valor es la forma de la riqueza en el capitalismo, para Scholz esa misma forma tiene una dimensión invisibilizada que funciona como su condición de posibilidad, y que se relaciona con todo aquello que no es idéntico a la lógica del valor. La dialéctica entre esas dos dimensiones del valor está, según Scholz, histórico estructuralmente asociada a la dialéctica entre lo masculino y lo femenino (…) De un modo más preciso, en tanto que el valor se constituye en principio masculino, todo lo inexistente, poco valorado, omitido, invisibilizado, etc. es aquello que no se adapta a una traducción dineraria (…) todo lo que el feminismo ha visibilizado como presupuesto de la reproducción de la vida –lo escindido como privado, no-trabajo, etc.– es lo que, en estos términos, significa aquello desdoblado de la forma valor" (Briales, 2014: 166).

Si bien la división sexual del trabajo capitalista puede justificar parcialmente la segunda parte de estos razonamientos, construir una concepción sexuada del valor es un error de gran calado teórico y político. El valor, en sí mismo, es indiferente al género, como muestra hoy la creciente feminización de la fuerza de trabajo a escala mundial[38]. Otra cosa es que la agencialidad del capital se sirva del género para la mayor obtención de plusvalía, que pasa entre otras vías, por la división de la fuerza de trabajo y la explotación sin compensación del trabajo femenino en orden a abaratar la reproducción social de la fuerza de trabajo masculina y femenina. Para que Scholz (2000, 2013) pueda partir de esas categorías erróneas es necesario que se desvincule de la larga tradición marxista-feminista y de la importancia de la clase como elemento nodal del valor como plusvalor[39]. Increíblemente, aun así, no tiene empacho en incluirse dentro del "marxismo", por muy "nuevo" que se diga.

En general, como quiera que la propuesta teórica de la *Wertkritik* conlleva el eclipse completo del *capital* por parte del *valor* (de hecho, "es la expresión más acabada de la autonomización del *valor* en relación al *capital*, y de la negación de este último" –Rodríguez Rojo, 2018: 8–), deja fuera cualquier viso de

encontrar un sujeto que reaccione ante el capital.

Eso quiere decir que los autores y autoras de esta Escuela permanecen ciegos/as ante el hecho de que el *valor* es parte substancial del capital, pero *no es* el *capital*. El capital, de hecho, se basa en la obtención de valor como plusvalor; circunstancia que requiere de por sí *explotación*, y por tanto, lucha de contrarios (condiciones que la NCV parece empeñada en obviar).

Recordemos una vez más el pronunciamiento de Marx:

> "El capital es indiferente al valor de las mercancías que produce, puesto que lo que le interesa es sólo el plusvalor del cual el valor es portador y siempre y cuando lo pueda concretar como ganancia" (Marx, 1981a: 275).

Al objeto de entender esta poco comprensible carencia teórica hay que recurrir de nuevo a Postone, la crítica del cual nos servirá para la de la NCV, que le sigue imperturbablemente en su error.

Para ese autor, proletariado y riqueza capitalista forman un todo: el capitalismo. Lo que él no quiere ver es que Capital y Trabajo son partes del modo de producción, pero partes que además de ser necesarias en el mismo (para existir, el Capital debe asegurarse la existencia del Trabajo), son antagónicas. El Trabajo para liberarse debe suprimir la *totalidad*, lo que incluye tanto la propiedad privada de los medios de producción como la negación de sí mismo en cuanto que mercancía *fuerza de trabajo*.

Por eso, para Postone

> "lo que es específico en el capitalismo no es que el trabajo sea responsable de la producción de riqueza, típica de un abordaje ontológico del trabajo, sino que esta es la forma específica de dominación social capitalista (…) En suma para Postone la contradicción social básica del capitalismo no sería la que existe entre la fuerza laboral y el capital, ya que esta relación, mucho más que antagónica, sería la constitución de este último bajo la lógica del trabajo: 'Este enfoque [el de Postone] interpreta la noción de Marx de la contradicción básica del capitalismo en términos de una creciente tensión entre la forma de vida social esencialmente mediada por el trabajo y la posibilidad históricamente emergente de una forma de vida en la que el trabajo no juega un papel socialmente mediador'" (Carcanholo, 2016: 304 y 312).

Percatémonos de la consecuencia teórica (y política) de este planteamiento, que es bien revelada por Marcelo Carcanholo:

> "Así, la contradicción básica del capitalismo, para Postone y, según él, también para Marx, sería la que se da entre una sociabilidad mediada por el trabajo (según el propio Postone, el capitalismo) y otra que no lo fuera. Independientemente de la concordancia con los deseos y utopías del autor, la

> contradicción inherente a un modo de vida sería, para él, ¡la oposición (dialéctica) entre el propio modo de vida y su negación! (…) Es imposible interpretar un modo de vida social, que tiene como contradicción básica, constituyente de su propia naturaleza, su mera posibilidad de transformación que puede, inclusive, ni ocurrir. Esta forma de razonamiento es completamente diferente de la de Marx, donde la posibilidad de transformación social surge de (y no constituye) las contradicciones inherentes al capitalismo, constituidoras del mismo; el modo capitalista de producción es la síntesis dialéctica, la totalidad de estas contradicciones, y no la unión de sí mismo con su negación" (2016: 312).

Es decir, como sostiene este mismo autor, se trata (de nuevo, como ya se vio para la Nueva Lectura de Marx) de una tentativa de construir un Marx extraño a él mismo. En esta teoría no hay lugar para sujetos transformadores porque todos estamos subsumidos en la *totalidad* capitalista. Lo que es propio de algo no puede ser su contrario. En última instancia la distinción de clases sobra, pues la humanidad entera ha ido quedando subsumida como parte del capital.

De esas peregrinas premisas se nutriría impertérrita, sin embargo, la *Nueva Crítica del Valor* que, junto a su desconsideración de unas y otras dinámicas históricas, es donde muestra su cara más absurda. Una idea que atraviesa casi todas sus obras es que ni los individuos ni las categorías sociales como las clases o cualquier otra expresión colectiva constituyen auténticos sujetos, pues tanto los capitalistas como los trabajadores no son sino personificaciones de categorías económicas. Por eso nada se puede esperar de la clase trabajadora, dado que no es sino parte del propio valor-capital. Ni siquiera hay que prestarle mucha atención a la dominación que ejerce la personificación (y por tanto, la conciencia) del *capital* (esto es, la clase capitalista), pues en realidad la auténtica dominación proviene del movimiento del valor como "sujeto automático". Lo cual podría resumirse en una de sus citas centrales:

> "[El valor] es la megamáquina social. Es ella el verdadero sujeto. Su dominación se ejerce sobre los miembros tanto de las capas dominantes como de las dominadas. Las dominantes no dominan más que mientras le sirvan como leales funcionarias" (Jappe, 2017: 222).

Por eso asevera Jappe en ese mismo pasaje que en cuanto que le sirve bien, más que de "clase dominante" habría que hablar de "clase provechosa"[40].

Es cierto que Marx dijo que las clases existen ante todo como ejecutoras de la lógica de los componentes del capital. Pero lo que no dijo es que no existiera dominación de clase ni que la clase trabajadora no tuviera que romper con el

orden del capital, precisamente como sujeto que se niega a sí mismo para dejar de ser "clase" y pasar a una sociedad sin clases. Porque efectivamente, no es recreándose en la condición de agente explotado-sometido como se consigue la emancipación, pero ésta sólo puede advenir de los agentes existentes cuando se van haciendo sujetos contra el "sujeto automático" y esto no puede ocurrir de forma individual y espontáneamente (según parece sugerirnos la "crítica de la escisión del valor") por fuera de sus luchas colectivas de clase, como iremos viendo con mayor detalle (remito ahora a las "Últimas palabras" del libro y al Tema II del Apéndice).

Sobre el peligroso olvido de la dominación de clase del que hace gala esta Escuela, nos detendremos con calma en el subapartado 8.2.1. Digamos ahora que se corresponde con el "descuido" teórico básico que la NCV comete: obviar la vulnerabilidad y calidad de incontrolable intrínsecas a todo el ciclo de acumulación del capital, producción-reproducción-circulación, y a las contradicciones entre su valorización y su realización en forma de ganancia[41]. La falla estructural en el control social por parte del *capital* se ubica, por un lado, en la misma ausencia de unidad del ciclo y los diversos capitales que entraña, con diferentes intereses en la pugna por la ganancia[42], y por otro, en las heterogéneas personificaciones del Trabajo (incluso como "no-trabajo") que aquéllos tienen que enfrentar en cada estadio, con las consiguientes relaciones de dominación-explotación-opresión y de resistencia-alternatividad que se desarrollan históricamente.

En realidad, sin embargo, como venimos diciendo, los procesos de trabajo capitalista (como trabajo abstracto) están irremediablemente mediados por el antagonismo de clase, el cual forma parte intrínseca del movimiento del *valor*.

> "Si el trabajo es eliminado, la economía se reduce a la expansión de cantidades físicas puras. La organización social se vuelve irrelevante: el crecimiento físico se convierte en la característica definitoria del capitalismo" (Freeman, 2013:10).

De la desconsideración de estas circunstancias deviene no sólo el desprecio de la *Wertkritik* por las diferentes plasmaciones históricas de las relaciones de clase en el capitalismo, sino también su concepción del trabajo como un "proceso neutro", dictaminado por el "sujeto automático".

En ese camino se establece un punto tristemente común a los neomarxismos,

y es señalar que lo definitivo del modo de producción capitalista no es su particular forma de explotación (entrañada en la reproducción del valor como plusvalor), sino la fetichización ínsita al trabajo abstracto.

> "El problema ya no es la 'explotación' en la forma-valor, sino el trabajo abstracto mismo" (Kurz, 2014: 53).
>
> "De todas las categorías que están aquí en juego –el trabajo abstracto, la mercancía, el valor, el dinero, el estado–, quizá la más importante sea precisamente la de trabajo abstracto" (Jappe, 2015: 46).

Negar la condición transformadora de la relación de clase expresada en el trabajo abstracto, y por tanto la cualidad antagónica del Trabajo intrínseca a la peculiar forma de explotación capitalista, es lo mismo que tirar a Marx por la ventana, coger uno de sus pelos y decir que eres "marxista nuevo" porque has encontrado un resto cromosómico de Marx en el pelo, un Marx oculto ("esotérico"), ajeno a las clases y sus antagonismos. Pero para Marx *la relación de clase* entra en escena cuando las condiciones de existencia y los medios de apropiación se organizan en formas clasistas, esto es, cuando una parte de cualquier colectivo humano o sociedad está compelida, debido a un acceso diferencial a los medios de producción o apropiación, a transferir una parte de su trabajo en beneficio de otros. En el modo de producción capitalista la relación de clase se expresa *fundamentalmente* por medio del trabajo abstracto generador de valor como plusvalor. Es la que constituye *la substancia del capital* y la que entraña un antagonismo permanente. Al ubicarse en la misma raíz de la sociedad y de la existencia de los seres humanos, son las luchas en torno a ella las que entrañan (a través de sus expresiones agenciales o sujetos de clase) también el *potencial transformador fundamental* (ver Tema II del Apéndice).

Es posible que Kurz achaque a alguna interpretación rácana del propio marxismo la necesidad de que los sujetos que protagonizan las luchas emancipatorias tengan un fundamento ontológico, pero el que eso no sea así no borra el fundamento dialéctico ni hace tirar por la borda la posibilidad de que se erijan *sujetos* en cuanto que agentes sociales que adquieren mayor conciencia de sus condicionamientos estructurales y pugnan por transformarlos, en una dialéctica permanente. Sujetos que llevan a cabo luchas concretas y cuya capacidad de comando social va creciendo con el propio

desarrollo de las fuerzas productivas (como concluiremos al final de este libro). Es decir, lo que estoy proponiendo teóricamente es justo lo contrario de lo que plantea la NCV (y lo que sí defendían Engels y Marx), a saber, que es el propio valor-capital el que *tendencialmente* propicia las condiciones de desarrollo de fuerzas sociales capaces de superarle (sus propias sepultureras). El que el término *tendencialmente* vaya en cursiva indica que no es una necesidad histórica que así sea. Un modo de producción puede acabarse de dos maneras: o por muerte propia debido a cambios suficientemente grandes de condiciones socio-históricas, económicas y/o ecológico-infraestructurales (a las que podemos llamar condiciones sistémico-físicas en general), o porque es dejado atrás por los propios seres humanos que le dan vida (a las que considero condiciones agenciales). En realidad, tanto en un caso como en otro se trata de procesos que de alguna manera están inscritos en el propio modo de producción (y que se combinan), lo que quiere decir que no es una "necesidad" que los seres humanos trasciendan –revolucionariamente o no– el capitalismo, pero si están en condiciones de hacerlo, si lo llegan a hacer, es porque el capitalismo mismo (con las condiciones sistémico-físicas que desata) ha generado esa posibilidad.

Esta segunda posibilidad es descartada de plano por la Nueva Crítica del Valor, porque ve al Capital y al Trabajo como partes del mismo sistema ("dos caras de la misma moneda"), y a la "lucha de clases" como un proceso endógeno útil para su propia reproducción, por lo que, en el fondo, nada más conciben la posibilidad del derrumbe del capitalismo por sí solo.

> "La lucha de clases se ha acabado porque se ha acabado la sociedad del trabajo (…) Las clases se muestran como categorías sociales funcionales de un sistema fetichista común, en la misma medida en que este sistema se extingue" (Grupo Krisis, 2018: 61).
>
> "La clase obrera como tal ha resultado en muy poca medida una contradicción antagonista y un sujeto de emancipación humana" (Grupo Krisis, 2018: 37; cuyos antecedentes ya estaban claramente delineados en la obra de Kurz).
>
> "Las clases no constituyen un antagonismo absoluto; son formas con ayuda de las cuales se realiza el sujeto automático" (Jappe, 2016: 84).

Obviamente, dentro de un modo de producción todas las expresiones sociales están explicadas por él, y la potencialidad transformadora a la que antes aludí no está destinada a realizarse necesariamente, pero en tanto que el *capital* (valor

que se valoriza a sí mismo) nada más cobra existencia en cuanto que trabajo no-pagado, sólo se obtiene y se reproduce a través de la *explotación*, y ésta requiere vencer una resistencia básica (inercia material) a la no-explotación. Esa resistencia también puede ser ofensiva ("backlash"), para borrar su existencia. Quizá sería bueno que los miembros de esta Escuela entendieran qué es la *relación de clase* y el tipo de procesos y luchas que pueden derivarse de ella (Tema II del Apéndice). Porque *el capital mismo es relación de clase*. Lo que quiere decir que son también los múltiples campos en que se da y los correspondientes antagonismos que suscita, los que han marcado la impronta del capitalismo[43]. La resistencia del Trabajo a ser explotado (y la pugna sobre su propio valor) es uno de los factores que mueve al Capital (como clase) a revolucionar continuamente las fuerzas productivas, sobre todo de cara a ahorrarse trabajo vivo (fuerza de trabajo). Lo cual, concomitantemente, tiende a conducir a la caída del *valor* y por ende, de la tasa de ganancia, y al mismo tiempo a la acentuación de la cualificación de una parte del Trabajo, cada vez más capaz de asumir el control y dirección social. Este es, para el *capital*, su círculo vicioso insalvable.

Por el contrario, para la *Nueva Crítica del Valor*, como digo, las *luchas de clase* forman parte del orden del capital, porque las clases son producciones suyas que, en consecuencia, nunca podrán trascenderle, porque "trabajo asalariado y capital no son más que dos estados de agregación de la misma sustancia: el trabajo abstracto cosificado en valor" (Jappe, 2016: 84). Para estos autores mientras exista este último, con la mercancía y el dinero que le son anejos, la sociedad estará gobernada por su automovimiento. De ahí que, repito, para ellos la cuestión central no consista en que el trabajo vivo triunfe sobre el trabajo muerto, sino en abolir el trabajo.

Por eso según la NCV todos los intentos de romper con el *capital* en realidad no han sido sino maneras de adaptarse a su evolución, o lo que es peor, vías para alargarle la vida más allá de la detentación privada de los medios de producción (interpretación, por otra parte, que está cobrando hoy un auge preocupante). Esto tiene una traducción inmediata: como todo lo existente dentro del modo de producción capitalista ha sido engendrado o subordinado por el capital, nada dentro del mismo puede trascenderle. Sólo el Sistema se trasciende a sí mismo agotándose. De ahí deviene comprensible la mirada de

suficiencia condescendiente (o no tanto) con que la *Wertkritik* contempla las acciones históricas de las clases subalternas.

Así, en *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades* (Jappe, Kurz y Ortlieb, 2014), se sostiene, aún más "absurdamente", que el proletariado, como grupo social basado en idénticas condiciones de trabajo, de vida, de cultura y de conciencia, es sólo un resabio del feudalismo. Y que las luchas de éste sólo han servido para desarrollar la sociedad capitalista, porque nunca fueron más allá del horizonte de la sociedad del *valor*. Por eso asemeja Jappe, como Kurz (2016a), el Grupo Krisis (2018) y tantos más a la moda, los experimentos socialistas y los fascistas como "procesos de modernización tardíos"[44].

Jappe (2017), siguiendo a su guía Kurz, repite machaconamente que el papel del movimiento obrero (MO) en la historia ha consistido sobre todo, más allá de las intenciones proclamadas, en la integración del proletariado. De esa "integración" (que a menudo salvó millones de vidas y mejoró la calidad de vida de más aún)[45], se sirve Jappe para subirse al abarrotado carro postmoderno que ningunea al MO, cuando no lo desacredita directamente. La crisis de la forma sujeto (…) "provoca la deforestación de la imaginación", nos asegura este autor, por lo que el movimiento obrero queda descolocado y sus luchas inservibles (Jappe, 2015: 55-56). Aquí Jappe se dispara, ignorando la advertencia que el propio Vincent hacía al respecto:

> "Por supuesto, se puede argumentar que las demandas de los trabajadores son perfectamente integrables, ya que pueden tener el efecto de empujar a los capitalistas a hacer concesiones en el ámbito del consumo popular y de animarles a recurrir a innovaciones técnicas a gran escala, todo aquello que puede tener consecuencias muy beneficiosas para el equilibrio dinámico del sistema. Pero detenerse en estos fenómenos (que no se trata de negar) no es ver lo más importante: la afirmación de procesos que no son reducibles al proceso de valorización y que, en tal o cual momento, pueden contradecirlo directamente" (Vincent, 2010: s/p).

Es así entendible lo que venimos constatando, que al renegar esta Escuela en conjunto del que llama "Marx exotérico", es decir, el que propugnaba la "lucha de clases", se desmarca así del marxismo, al que atribuye a través de su hincapié en esas luchas una inmediatez incapaz de escapar de los límites del capitalismo. Pero con ello también se deshacen de Marx en la práctica.

Observemos un momento las palabras que reproducía Engels de Marx en su

Introducción de 1895 a "Las luchas de clases en Francia" de este último autor (Marx, 2000b: 9):

> "…a propósito del 'derecho al trabajo', del que se dice que es la 'primera fórmula, torpemente enunciada, en que se resumen las condiciones revolucionarias del proletariado', escribe Marx: 'Pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital, y detrás del poder sobre el capital la *apropiación de los medios de producción*, su sumisión a la clase obrera asociada, y por consiguiente la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y de sus relaciones mutuas."

Y antes de eso, las palabras conjuntas de los dos compañeros ante el programa de Gotha:

> "Los socialistas científicos no luchamos por el reparto equitativo del fruto del trabajo, tal y como plantean los lasellanos, sino por acabar con las relaciones sociales de producción capitalistas y las relaciones jurídicas y políticas que éstas engendran" (Marx y Engels, 2004: 14).

Son sólo dos ejemplos que sintetizan lo que ambos autores alemanes recalcaron a lo largo de su obra y de su vida, y que nos patentizan cuán lejos quedan de ellos las posiciones a las que nos quiere llevar la Nueva Crítica del Valor[46]. Porque Jappe y Kurz no están solos en esas tesis. Sus epígonos españoles abundan en ellas. Así, Maiso (2015) insiste en que la sociedad capitalista no se basa en el dominio y explotación de clase sino en las categorías valor, dinero, mercancía y trabajo, sin intermediaciones humanas. Rojo (2015) habla de lo que es "importante" y lo que no y de las falsas soluciones del movimiento obrero; repitiendo además lo de las luchas de clase como cómplices de la modernización del capitalismo. Eso cuando a sus resultados no les tildan sin ambages y sumariamente de "dictaduras" (de hecho, todos los intentos de enfrentar al capitalismo del siglo XX no son más que eso para la *Nueva Crítica del Valor*: dictaduras modernizantes).

Sigamos desmenuzando por partes estas cuestiones.

Ciertamente las luchas de clase no tienen porqué ser transformadoras a escala macrosocial. La mayoría no lo pretenden pues "sólo" buscan una menor explotación y/o una mejor distribución de la ganancia, y por tanto mejoras en las condiciones de vida particulares. Pero aun así, en esa pugna modifican permanentemente las condiciones sociales, y con ellas son susceptibles de ir trastocando también las reglas de lo dado, pues sólo del roce antagónico básico

brota alguna posibilidad de que se transcienda el orden social de forma no catastrófica, como explico en las últimas palabras de este libro y en el Tema II del Apéndice. Desconocer esto trasluce una intencionada ceguera teórica, además de una alta inoperancia política. Ceguera e inoperancia que son congruentes con las peculiares bases teóricas de esta Escuela, que nos llevan, como vengo indicando, a que a lo único que se puede aspirar es a intentar paliar la barbarie y en todo caso a tratar de sacar otro mundo de ella. No cabe duda de que el capitalismo está degenerando aceleradamente y que la barbarie es una condición cada vez más presente en el mundo, con altas probabilidades de ir extendiéndose aún más. Lo que no es admisible, sin embargo, es seguir llamándose "marxista", por muy prefijo "neo" que se añada a esa denominación, y al mismo tiempo no dar ninguna oportunidad a la Política. Porque al confinarla exclusivamente en su vertiente institucional, restringida, termina descartando también el conjunto de formas de, e intervenciones en, la Política en sentido amplio, metabólico, y lo único que se consigue con ello es acentuar las posibilidades de que realmente la extensión e intensificación de la barbarie sea el destino próximo de nuestras sociedades.

La visión simplista de la política para la NCV podría sintetizarse bien en las siguientes palabras:

> "La sociedad capitalista moderna, fundada sobre la mercancía y la competencia universal, necesita de una instancia que se encargue de aquellas estructuras públicas sin las que no podría existir. Dicha instancia es el Estado, y la política, en sentido moderno (y restringido) del término, es la lucha por hacerse con su control" (Jappe, 2011: 58).

De ahí concluye este autor que "la 'política' es un mecanismo de regulación secundaria en el interior del sistema fetichista y no-consciente de la mercancía" (Jappe, 2011: 59). Es decir, esta Escuela se queda con la misma concepción restringida de la política que secreta el sistema del capital (la misma que parecen abrazar las "izquierdas integradas"). No hay para ella otra posibilidad de hacer Política en grande.

Así que la concatenación de ideas que nutren su *in-política* bien podría expresarse de la siguiente manera: desprecio de la política, desconsideración de las luchas de clase, indiferencia por las propias clases sociales, denigración del MO, contemplación pasiva del derrumbe sistémico, a ver cómo nos las

apañamos para que la barbarie pre y post colapso no sea tan cruda.

Pero ni siquiera para esto último nos sirven las luchas y conquistas previas. Agrupando todo lo hecho y lo intentado por las luchas populares y el MO[47] bajo simplistas etiquetas como "modernización" o "integración", los autores de la *Nueva Crítica del Valor* hacen coro con los ideólogos del capital y sus fetiches, así como con tantas izquierdas *del* Sistema, para de paso demonizar todas las experiencias históricas de sociedades que protagonizaron una lucha anticapitalista. Empezando, cómo no, por la URSS. No es casualidad, por su importancia histórica, que sea en ella en la que centren especialmente sus dardos. "En lugar de 'emancipar' al proletariado, primero había sido preciso crearlo *ex nihilo*", nos dice Jappe (2016:173) de la experiencia soviética, mostrando con ello un deliberado desconocimiento de lo que fue. En la URSS la revolución política se dio precisamente para negar el proceso de proletarización salvaje en curso que acarreaba la progresión del capitalismo. Lo que hace la revolución es conseguir que buena parte de la población no fuese proletarizada (de ahí la gran implicación popular en ella), y que la que ya había sido proletarizada se hiciera asalariada no proletaria, en cuanto que tenía su vida asegurada a través de medios colectivos estatalizados (Apéndice, Tema III).

No se detiene ahí Jappe, sin embargo. Cualquier lucha o proceso anticapitalista histórico cae bajo el fuego simplista y dicotómico de esta figura de nuestra Escuela: la Revolución china y Mao son comparables al Pol Pot y peores que… ¡Sarkozy! (Jappe: 2011: 94). Para quien tanto afina en las cuestiones del *valor*, tamaña pobreza de análisis en el campo de la Política no puede dejar de ser intrigante e inquietante.

Por eso mismo, a diferencia de cualquier praxis transformadora obligada a considerar las luchas históricas precedentes, premisa básica en la dialéctica del capital-anticapital, la *Wertkritik* las menosprecia:

> "Hay que rendirse a una evidencia poco confortable: las situaciones y los conflictos del pasado nos son de escasa ayuda para decidir nuestra acción de hoy. Ni los movimientos sociales ni las protestas culturales de ayer nos instruyen útilmente sobre lo que podemos hacer hoy en día" (Jappe, 2011:53).

Bien puede ser cierto que el capitalismo terminal de hoy introduce un contexto inédito que hace que todas las experiencias históricas de enfrentamientos al capital deban ser profundamente recapacitadas (lo cual no

quiere decir despreciadas) y puestas en contexto. Pero lejos de adentrarnos en el análisis de la fase actual del capital, fijémonos qué exploración tan "profunda" lleva a cabo este último autor sobre la geopolítica hodierna. Dice Jappe que los sentimientos que engendra hoy el capitalismo mueven al odio descarnado, el cual es poco compatible con cualquier estrategia política (2011: 94). A esta nueva simpleza argumental la dedica después casi todo un libro (Jappe, 2017), en el que intenta darla un fondo socio-psicológico, mezclando el narcisismo –aflicción que otorga a la sociedad capitalista actual– con la violencia ciega que según él promueve el Sistema (ver, p.e., 2017: 196).

> "La crisis general de la forma-sujeto se corresponde con la crisis de la forma-valor y desemboca en una verdadera 'pulsión de muerte'" (2017:183).

Ahora venimos a descubrir que probablemente las luchas de clase no tienen para Jappe importancia porque lo que hay hoy, en realidad, para él, son luchas de todos contra todos (de los dominados entre sí). 'Violencia ciega', 'servidumbre voluntaria' (2017: 228). Ni el más mínimo análisis de coyuntura, ni de las relaciones Capital/Trabajo, ni geoestratégico, ni aclaratorio en absoluto sobre qué se esconde detrás de esas violencias, ni de quiénes las pueden dirigir e incluso entrenar, pertrechar y financiar en tantas ocasiones. Para Jappe el yihadismo, por ejemplo, es también eso (¿sólo eso?) pura "violencia ciega". Desgraciadamente para la ciencia (y la Política) los que sí son "ciegos" son sus análisis políticos, que no alcanzan ni a darse cuenta de que ese "yihadismo" nunca se equivoca de objetivos, ni de que sus acciones están al servicio de intereses geopolíticos, empresariales y estatales bien concretos (ver aquí capítulo 7).

Sea por deliberada ineptitud o por verdadera incapacidad de trasladar la teoría al análisis del mundo sufriente, el consecuente resultado es que los autores de la *Nueva Crítica del Valor* no tienen ni idea de dónde situar sus metas y propuestas de transformación social. Como no hay sujetos dignos de tal nombre, la contestación es, a la moda postmoderna, siempre imprevisible: unos que saltan por aquí, otros que protestan por allá…

> "... también la resistencia a la barbarie y el impulso a la emancipación social pueden surgir en cualquier lado (...) incluso allí donde no se les esperaba" (Jappe, 2011: 69-70).
>
> "La emancipación social, si es que ha de darse, será un salto sin red hacia lo desconocido" (Jappe, 2011: 17).

Se contribuye así, una vez más, con sospechosa semejanza de la crítica postmoderna que tanto critican, a desproveernos de elementos de predicción y de intervención social, para dejarlo todo sujeto a la indeterminación, a algún azar histórico. Sin estudios concretos de situación, sin discernir entre lo que es la *sustancia del capital*, el *valor*, y lo que son las manifestaciones y condiciones históricas en que el movimiento del valor-capital cuaja como sistema en permanente evolución, no se puede ni siquiera soñar con un balbuceo de intervención planificada en la realidad, por ya no hablar de algo parecido a una "estrategia política" o capacidad efectiva de transformación social. La *praxis social* queda, así, aniquilada.

Sin considerar los procesos políticos que coadyuvan al funcionamiento del *valor*, y huérfanas por tanto de la proyección política de la teoría que ya hemos comentado, a las brillantes mentes de la *Nueva Crítica del Valor* no les queda más remedio que reconocer lo obvio: no tienen nada que proponer.

> "La crítica el valor no tiene como propósito ofrecer indicaciones directas para actuar en lo inmediato (…) no puede convertirse de inmediato en estrategia política" (Jappe, 2011: 15-16).
>
> "Estas consideraciones pueden parecer poco alentadoras. Sin duda, no llevan el agua al molino del militantismo actual y se prestan mal a ser traducidas a una estrategia 'política' inmediata" (Jappe, 2011:53).
>
> "La crítica del valor no ofrece una guía concreta para la acción política (…) más que soluciones inmediatas, ofrece una detallada cartografía de los caminos que están cerrados para la praxis emancipatoria. Y es que buena parte de sus esfuerzos se dirigen a una tarea de desilusión: desenmascarar (…) los peligros del culto a la acción inmediata" (Maíso, 2015: 29).

Yo lo dejaría en que no ofrece soluciones y punto. De hecho, sus propuestas teóricas convenientemente amplificadas en cada una de sus intervenciones públicas, conducen sobre todo a eso: a la desilusión expresada en desmovilización. Demasiado evidente, una vez más, como para no hacerse preguntas sobre el papel de esta Escuela.

Galve y Oliveros tienen la extraña virtud de repetir en unas pocas páginas toda la retahíla de clichés de los guías de la NCV, como si quisieran hacer un rápido resumen de todos ellos, ahorrándonos el esfuerzo. Daré algunos botones de muestra:

> "... se hace patente el carácter negativo y destructor de nuestras posiciones, que más que una voluntad de construir una alternativa inmediata, se dedican a echar por tierra todas aquellas falsas

esperanzas...” (2019: 199).

Con ese reconocimiento sería suficiente para poner en duda la pretensión de que la NCV caiga en el campo del marxismo, pues independientemente de los “marxismos” que haya habido, y de sus lastres históricos, respetar el compromiso con aquello que se conoce, no sólo por el hecho de conocerlo sino para transformarlo en favor de las grandes mayorías, en el camino a la emancipación colectiva, debe ser condición *sine qua non* para auto-adjudicarse algún vínculo con Marx.

Por el contrario, nuestros autores insisten:

> “... una lectura correcta del Marx crítico del valor nos ahorra las piruetas teóricas para seguir encontrando sujetos históricos que ya no existen y, además, ayuda a explicar esa desaparición en relación con el propio avance voraz de la lógica del valor y la mercancía” (Galve y Oliveros, 2019: 191).

Y un poco más adelante concretan que en la medida que los sujetos que habitan el capitalismo espectacular se distinguen por su ausencia de subjetividad, la superación de la sociedad del valor se antoja un proceso mucho más complejo que la simple toma de consciencia, dado que “el desarrollo de un sujeto incapaz de serlo está indeleblemente ligado al consumo de mercancías desde el mismo momento en que se propone existir” (Galve y Oliveros, 2019: 198-199).

Por eso a quienes integran esta Escuela no les queda más que una última carta, que es la fe en un “sujeto abstracto”: la teoría. Ella se erige en la única redentora de la humanidad frente a los fetiches.

> “La praxis social debe pasar por una toma de conciencia teórica. Con la crisis y la crítica del sistema productor de mercancías cambia, desde luego, también la posición de la teoría misma. La teoría que no debe celebrar ya ninguna ‘base de clase’ sociologicista goza por fin de la libertad del ‘fuera de la ley’ (…) La teoría fuera de la ley no puede ya reivindicar ningún sujeto ontológico que no sea ella misma” (Jappe, 2014: 58-59).

De ahí la conclusión:

> “Tal vez valga más, pues, un modesto progreso teórico, una sencilla toma de conciencia que vaya en la buena dirección...” (Jappe, 2011: 54).

Curiosa forma ésta de leer a Marx contra Marx, quien apuntando a la vertiente práxica del nuevo método que estaba pergeñando insistía a su correligionario en Eisenach, Wilhelm Bracke, "cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas" (Marx, s/f: s/p).

El propio maestro de la crítica de la escisión del valor, Kurz, había dejado anotada, como dije, la prevalencia de la ruptura categorial sobre cualquier praxis. Una de sus mejores analistas parece querer ratificarlo como algo positivo:

> "[…] la crítica inmanente a la ontología del sistema capitalista no supera: *limita* o, en el mejor de los casos, construye una *utopía.* Tiene, asimismo, la caducidad impuesta por las exigencias de la valorización del valor. Así, los avances democráticos que provienen de una crítica inmanente al capitalismo están pues de antemano *objetivamente* limitados, pues sólo un impedimento objetivo es el que puede hacer que una decisión política consensuada, aprobada y vigente se destituya *en aras de la sostenibilidad*, exija realizar *sacrificios*, expresiones hoy habituales en el vocabulario político. La alternativa a esta situación se antoja difícil, pero la teoría de Kurz nos permite dar comienzo a esa tarea. La objetividad, antes indeterminada, tiene ahora nombre: se trata de la forma social del sistema *autotélico* del capitalismo, la *matriz* de praxis social con la que romper radicalmente. Habiendo concretado su contingencia histórica, la crítica de la escisión del valor ayuda a poner ante los ojos de la sociedad lo que antes sólo ocurría *a sus espaldas*, utilizando las palabras de Marx al explicar la noción de fetiche" (Navarro, 2016: 72).

El problema es que al tiempo que hace eso, la "crítica de la escisión del valor" disuade de emprender cualquier proyecto político. La prelación absoluta de lo categorial frente a lo histórico conduce a un bucle cerrado de retroalimentación teórica a la postre impotente, dado que no hay *sujetos* para traducirla en práctica emancipadora.

En uno de sus escritos, Robert Kurz parece tomarse la molestia de querer proponer algo relacionado con un proyecto para salir del *valor* y de la *mercancía*. El resultado es que hemos de depositar nuestras esperanzas en la energía solar, pero sobre todo en la microelectrónica.

> "En el plano de las fuerzas productivas, es sin duda la microelectrónica, como tecnología universal de racionalización y de comunicación, la que conduce al umbral de un tipo de transformación ya no más inmanente al sistema" (2009b: s/p).

Pero sigámosle algo más en sus propias palabras porque no tienen

desperdicio:

> "Hoy, el carácter de la sociedad en su conjunto aparece, más bien, como mediado en perspectiva, como forma de movimiento, y no como acto central de la revolución. Del mismo modo que los pioneros norteamericanos escaparon temporalmente del capitalismo, a pesar de que llevasen con ellos herramientas (aunque primarias) producidas por el capitalismo, así también se puede hoy, en un estadio muy superior de desarrollo, escapar de las exigencias capitalistas en medio del territorio capitalista, utilizando la microelectrónica y la energía solar en beneficio de las formas de reproducción no-capitalista" (2009b: s/p).

Y concluye:

> "En una palabra: se trata de desarrollar elementos y formas embrionarias de una «economía natural microelectrónica» que escape fundamentalmente al principio de socialización del valor y ya no pueda ser asimilada por éste" (2009b. s/p).

Es decir, una sociedad que ya no es protagonista de nada, sólo puede esperar ser un medio o depósito de utensilios técnicos para poder salir de su fetichización y subordinación al valor (¡qué terrible pobreza propositiva!). Por lo general, aunque esta Escuela reconoce que el derrumbe capitalista puede generar una distopía aún mayor, no se molesta en proponer nada al respecto, salvo sospechosas tonterías del calibre de "proletarios del mundo dejadlo ya" (Grupo Krisis, 2018), conducentes, como los pasajes que acabo de transcribir, a la anulación de la historia.

Y aquí conviene que entremos ya también en otro punto, la NCV se empecina en no distinguir "trabajo" en general de trabajo abstracto. En su *Manifiesto contra el trabajo* ofrecen una cita de Marx como defensor de la abolición del "trabajo" (Grupo Krisis, 2018: 97), sin detenerse siquiera ni a reflexionar ni a comentar que Marx entrecomilló el término porque se refería con él al trabajo *dentro* del modo de producción capitalista, esto es, al trabajo abstracto, no al trabajo en general, entendido como una actividad humana que media instrumentalmente con la naturaleza para producir valores de uso, satisfactores sociales. Desde esta concepción del trabajo es imposible subsistir sin trabajo (como la Antropología sabe bien desde hace casi dos siglos). Porque la base de cualquier sociedad humana está en sus formas de producción-reproducción, aunque en algunos casos puedan ni considerarse como "trabajo", sino como simple "actividad". Lo que está claro, y es lo que analizó Marx, es

que el capitalismo se caracteriza porque las relaciones sociales se encuentran siempre mediadas por el "trabajo abstracto", que sin embargo nunca se manifiesta directamente sino a través de trabajos concretos y sus productos convertidos en mercancías. Eso no es determinismo económico, ni economicismo, es un análisis radical del capitalismo[48].

Entonces, lo que no lleva a ninguna parte es pedir a los seres humanos que dejen de procurarse sus medios de vida tirando todo y cruzándose de brazos (ni siquiera con respecto al "trabajo abstracto" sería válida tal consigna, porque igual hay que comer todos los días). Los procesos de transformación social requieren de muchos pasos intermedios, por lo general lentos y complejos, con estancamientos y retrocesos, que vayan posibilitando la concienciación de cada vez más amplias capas de población. Pasos que nunca están asegurados ni son irreversibles. Pedir que se "abandone el trabajo", sin más, de todo el mundo a la vez, como por ensalmo, es de la misma índole religioso-milenarista-apocalíptica que creer en el advenimiento de una fuerza milagrosa que nos sanará a todos, o en la magia salvífica de algún espíritu redivivo (¿tal vez la *teoría* también "abstracta" que propone la *Wertkritik*?)[49].

Marx y Engels (2004) dieron cuenta en la *Crítica al Programa de Gotha* de las enormes dificultades a enfrentar y pasos que había que afrontar para deshacerse del trabajo abstracto.

> "De lo que se trata no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede" (Marx y Engels, 2004: 29).

Por eso, mientras los autores y autoras de la "crítica de la escisión del valor" se dedican a la encomiable tarea de "echar por tierra las falsas esperanzas" y de lanzar a la *teoría* a la superación del capitalismo, debemos preguntarnos ¿qué hacen los millones y millones de seres humanos que padecen las más brutales condiciones de explotación y, en general, de vida? Porque ellos, en cuanto que son "fuerza de trabajo" o "proletariado" o "explotados/as" o "excluidos/as" o "invisibles", se supone que son también meras creaciones del capital, y por consiguiente ¿todo lo que hagan mientras exista aquél resulta inútil?

Como sólo la *teoría* puede llegar a ser sujeto de desalienación y por tanto

"sujeto" de hecho, todo el mundo tendrá que esperar la labor de unos cuantos iluminados (al parecer sobrepuestos por sí mismos al *valor*) para ver cómo activan esa "teoría-sujeto" de manera que pueda liberar a las poblaciones. Con ello no solamente la NCV muestra una clara visión elitista de una especulada emancipación, sino que deja en bandeja el camino expedito a la dominación de clase del Capital, los espacios políticos abandonados incluso a las vertientes más extremistas del mismo, quien por cierto, como sujeto colectivo verdaderamente existente, con arraigada y profunda conciencia de clase, debe estar frotándose las manos ante elaboraciones académicas de esta índole, para las que la urgencia y la inmediatez de las luchas de cada día de tantos millones de personas por su subsistencia, deben ser relegadas ante la "desilusión" de lo que puedan conseguir. Las luchas de quienes se movieron por "cambiar el mundo" (léase aquí el modo de producción), también son despreciadas porque al final, se nos dice, nada "definitivo" en cuanto a la ruptura con el valor y la mercancía lograron (el que aumentaran sus posibilidades de existencia y mejoraran sus condiciones de vida resulta para esta Escuela absolutamente secundario).

Tales conclusiones, repetimos, son propias de quien nada tiene que proponer en el plano de la intervención humana, en el campo de la Política metabólica (que identifican con la mera política institucional). Así parece confirmarlo Jappe cuando sentencia que cualquier participación en la política lleva a la "traición" de tener que acabar por entregarse al mercado y sus leyes (2011: 56). Por lo que la alternativa tendrá que surgir de la indeterminación desalienante o, dicho en otras palabras, nos quedamos ante la incógnita de si será posible en este modo de producción alguna desalienación colectiva. Es decir, si de la Nada (el nihilismo es lo que tiene a veces de paradójico) saldrá el Todo.

Y así, siguen: "el programa contra el trabajo no se alimenta de un canon de principios positivos, sino de la fuerza de la negación". Acendrada anti-ciencia a la hora de contemplar la transformación social, pareja al transcurrir de las anti-teorías de la postmodernidad; lo que, contradictoriamente, hace poco probable la construcción de una "teoría-sujeto"[50] por parte de la *Wertkritik*: todo lo que pueda suceder en la superación del capitalismo es para esta Escuela, además de poco probable, aleatorio, inopinado, derivado de precipitaciones reactivas de la sociedad, tan difíciles de anticipar como de prever sus desenlaces.

Mas no acaba aquí el daño que puede hacer esta corriente. Encaramada en la ola de "neomarxismos" y "postmarxismos" que se reclaman herederos de Marx aunque sea para (intentar) cargárselo, esta Escuela se permite, como dije, el lujo de invertir a Marx. Esta vez en los mismos pilares de su método:

> "Antes de actuar los hombres piensan y sienten, y el modo en que actúan deriva de lo que piensan y sienten" (Jappe, 2011: 67).

También afirma Jappe que en el nacimiento del capitalismo "no se puede establecer una jerarquía entre factores ideales y materiales o tecnológicos" (2017: 24).

> "El verdadero problema es el encierro general –que es sobre todo mental– en las formas fetichistas de la mercancía" (2017: 66)[51].

Tamañas declaraciones de idealismo (antimarxiano) se corresponden con la afirmación tan al gusto de la *Nueva Crítica del Valor* de que antes que continuar buscando un "sujeto revolucionario" lo que hay que hacer es sobrepasar al "sujeto automático" (2017: 233). Propuesta del mismo calibre que la que formula que hay que hacer desaparecer las nubes sin que haya viento. Como si los procesos y transformaciones sociales se dieran por generación espontánea.

Marx desafió todo el idealismo, con especial énfasis en el hegeliano, anterior a él (y también de paso todo el posterior), sosteniendo que no se puede concebir la historia como el desarrollo de un sujeto universal cuya evolución la va llevando a la perfección, sino como un movimiento conflictivo y paradójico de las relaciones humanas entre sí y con la naturaleza. Un producto de la praxis social, como lo es también la propia condición humana. Pues bien, la Escuela de la crítica de la escisión del valor ha sustituido el concepto de la *historia* de Marx como proceso dialéctico vinculado a las intervenciones humanas, por el de sucesión de formas de fetichización. La historia de los fetiches suplanta a la historia de los antagonismos y las luchas, de las contradicciones y las recomposiciones sociales, de la Política en su sentido más amplio. Con su concepción del metabolismo sin noción de causalidad la historicidad queda eliminada.

Esto significa, a la postre, reivindicar a Hegel en contra de Marx. Ver el mundo como resultado de la evolución de una entidad inmaterial, bien el fetiche o bien *la idea* (la "teoría"). Un hegelianismo rancio disfrazado de "marxismo actualizado", que amputa precisamente la vertiente más "práxica" del marxismo.

Si ya "remitir la historia al exclusivo y mecánico juego de elementos estructurales supone (…) una imperdonable mutilación del texto marxiano, con innegables, y deplorables, implicaciones políticas" (Aragüés, 2018: 52), imagínese lo que significa subordinarla a fetiches. Lógicamente, entonces, la teoría en el vacío –sin análisis histórico concreto del capitalismo implicado en la dialéctica de clase–, conduce al vacío de la teoría. Ésta, lejos de ser su "sujeto" liberador, se transforma en una carcasa estéril que no acompaña a la transformación del mundo.

Contra estos nuevos "idealismos objetivos" es imprescindible, por contra, comprender el capitalismo no sólo en cuanto que modo de producción (o una plasmación de "economía política" cuyas bases profundas hay que conocer para desmontarlo), sino también como un sistema histórico *concreto*.[52]

Precisamente hoy, que cuanto más decae el *valor* más se abre el camino para la activación de la Política, para el *tiempo de la Política*, la NCV nos quiere convencer de la bondad de la anti-política como versión dura de la in-política (aquí el peligro de las implicaciones de la teoría queda bien evidenciado, pues no olvidemos que mientras el Capital hace permanentemente política dura, insufla in-política a las sociedades). ¿Está tan lejos, por tanto, esta Escuela, de poder ser juzgada como subproducto del propio neoliberalismo-financiarizado, útil al sistema del valor-capital para restringir la agencialidad humana, para que ésta no le incomode?

A final de cuentas, tenemos que volver a plantearnos, indefectiblemente, la arcana pregunta, ¿puede la Política tener alguna incidencia en la Historia? Y a través de ella afrontar ciertas cuestiones inevitables:

> "¿Cómo vamos a entender la historia en su relación con la práctica humana y con la política? ¿Podemos hablar de 'necesidad' en la historia, de 'leyes de la historia', de 'determinación', o 'determinismo', o de modos de causalidad que operan dentro de ella? ¿Cómo vamos a concebir las nociones de 'posibilidad histórica', de 'conflicto' y 'lucha'? Y, para empezar, ¿cuál es el tipo de marco teórico que se necesita para explorar las respuestas?" (Kouvélakis, 2016: 158).

Vamos a intentar responder al menos a algunas de estas preguntas en el resto del presente texto. Establezcamos ahora una consideración elemental: sin agentes de clase ni dominación de clase el funcionamiento del "sujeto automático" sería imposible.

De hecho, una Escuela como la de las Estructuras Sociales de Acumulación ha hecho de una consideración similar su pedestal teórico:

> "El capitalismo no es un proceso de autoequilibrio, sino que requiere la intermediación de estructuras externas, y la configuración de las formas institucionales nos ayuda a comprender cómo cobra vida un régimen de crecimiento capitalista y cómo encuentra sus mediaciones en una específica fase histórica" (Petit, citado en Durand y Légé, 2013: 42).

Vemos a continuación lo que esto significa con más de detalle.

8.2.1. ¿Qué tan "automático" es el sujeto? El valor y la Política

Primer punto sobre el que conviene dejar constancia aquí: todo lo que pasa en las sociedades humanas depende en última instancia de seres humanos. Cualquier forma organizacional o aparentemente "automática" en que se exprese el orden social precisa de mediaciones y de la continua intervención de agentes sociales.

> "Podemos descartar la idea, que ha perseguido la teoría marxista y, de hecho, ha provocado la secesión del marxismo cultural, de que las leyes del capitalismo son mecánicas o inevitables. Cualquier ley general puede ser superada, y ninguna ley opera sin mediación" (Freeman, 2013: 8).

Aquí podemos encontrar, cómo no, a Gramsci, quien nunca separó los procesos de producción económica de la reproducción social, ya que las relaciones capitalistas no consisten en un "proceso neutro" que emana de las propias exigencias del sistema de producción, sino del antagonismo (que puede darse en diferentes y variados planos) inherente a las relaciones de explotación (relaciones de clase), y que también se expresa en formas de dominación y sus correspondientes resistencias. Sólo basta leer el libro primero de *El Capital* y observar cómo la fabricación de mercancías y valorización del capital necesitan un control explícito y disciplinario (a través de una violencia histórica, política

y social) por parte de las clases burguesas (Sánchez Berrocal, 2019a).

Como es patente, la llamada "acumulación originaria" necesaria para instaurar la civilización del capital jamás podría haber tenido lugar sin la fuerza bruta. Pero la cuestión es que la misma se sigue reproduciendo sin parar en la historia del capitalismo. Difícilmente, por eso, desde los planteamientos teóricos del feminismo y de los estudios post y descoloniales podrían entenderse los "automatismos" propuestos por la *Nueva Crítica del Valor*. Nos explican aquellas teorías cómo la colonización "exterior" fue imprescindible para la formación del capital, y cómo aquélla se acompañó de la colonización "interna": las mujeres y el ámbito familiar, para hacer del trabajo de la mujer algo así como "un recurso natural, de libre disposición como el aire y el agua" (Mies, 2019: 210). La "externalización" de las mujeres, así como de distintos sectores de la población en las propias formaciones centrales (que han quedado fuera de la plena ciudadanía laboral y social), sólo pudo darse mediante una descarnada y planificada violencia, hasta convertir a las mujeres (una buena parte de ellas) en "amas de casa", esto es, vinculadas al proletariado "libre" como trabajadoras "no libres"; lo que hace que la proletarización de los hombres haya estado invariablemente ligada a la "domestificación" de las mujeres. Esa violencia no es pasado, sino que se ejerce de diferentes maneras hoy día, para mantener las exigencias de los "automatismos" del valor-capital (todo lo cual no parece afectar a Roschwita Scholz en su adhesión a los planteamientos in-políticos de la NCV).

La acumulación primitiva, por lo tanto, persiste dentro de la relación de capital como acción que, presupuesta, le es constitutiva (Psychopedis, 1992). Esta "acción" yace en el corazón de la reproducción del capital: la separación del trabajo de sus condiciones de vida no es el resultado histórico de ningún automatismo y marca la existencia de capitalistas y proletarios/as individuales, así como la base sobre la cual descansa la explotación (Bonefeld, 2012)[53]. Su prolongación en el tiempo también requiere no sólo de una Política metabólica que teja y trace las condiciones de vida de los seres humanos, sino de una explícita política institucional de mando.

Si, como nos decía Polanyi (1989), la política siempre se manifestó en todas las culturas y civilizaciones como un freno de las fuerzas motrices expansivas ("automáticas") del mercado, oponiéndose a que regularan ellas la sociedad, la

"gran transformación" se produjo cuando en el seno de la sociedad tardo-feudal la política cambió radicalmente de sentido y pugnó por imponer el mercado por primera vez en la historia. Nunca el *valor* como "sujeto automático" se hubiese impuesto por sí mismo. Necesitó de poderosos dispositivos institucionales de desposesión de la tierra y de mercantilización de la misma, así como de la conversión de los seres humanos en mercancía-fuerza-de-trabajo. Esos dispositivos los procuró el Estado moderno, "nacional", que ejerció toda la violencia brutal de la acumulación primitiva (de ahí el famoso "dictum" marxiano: "el capitalismo vino al mundo chorreando sangre y cieno").

La victoria de la Política (metabólica) del *valor* tiene para Polanyi una fecha clave, la de 1834, pues a partir de entonces se liquidan todas las antiguas medidas de protección de la sociedad, incluida la ley de Speenhamland que impedía la constitución de un verdadero mercado de trabajo (y de paso, la formación de la conciencia de clase proletaria-obrera), al instituir unos ingresos desconectados de la actividad laboral (algo parecido, quizá, a lo que se está pidiendo hoy con distintas modalidades de la "renta básica"). Pero en adelante, como quiera que el mercado autoexpansivo basado en el *valor-capital* iba destruyendo las condiciones de vida de las poblaciones, la política siguió siendo necesaria, primero para enfrentar los "contra-movimientos" de la sociedad para defenderse del capital, y segundo para ayudar al propio capital en su decurso. De hecho, la separación entre economía y política no podía completarse. Polanyi cita aquí como ejemplo la *moneda*. Ella es la representación del *valor*, pero necesita indefectiblemente del Estado para poder funcionar. El Estado es el garante del valor de la moneda fiduciaria, que acepta para la liquidación de los impuestos y pagos. Las instancias políticas garantizan el crédito, que a su vez es el vínculo "entre el poder político y el esfuerzo industrial" (Maucurant, 2006: 117). Además, la creación de los Bancos centrales hace de los presuntos automatismos del patrón-oro un "puro simulacro".

Cuando el *capital* logró establecer su metabolismo socio-natural y su reproducción ampliada de forma sostenida en las formaciones centrales, la política se hizo más "difusa", menos omnipresente (más "intrínseca" o metabólica), y su presión sobre la sociedad se relajó, pues con la subsunción real del trabajo al capital la sociedad quedó cada vez más confinada a pugnar

solamente dentro de los límites de la política pequeña, la institucional (ver Tema III del Apéndice). Sin embargo, previamente las clases dominantes tuvieron que atacar con todas sus fuerzas al Trabajo organizado, con todo tipo de intervenciones policíaco-militares y judiciales (que pasaron a menudo por la prohibición de sus organizaciones y asociaciones). Y cuando las costuras del metabolismo del capital empezaron a saltar debido al empuje insurreccional que llegaba desde la periferia europea (URSS, Hungría, España, Italia…) hacia el centro (Austria, Alemania...), la personificación de clase del capital no dudó en adquirir su forma más bestial y despótica, el fascismo (y también la Guerra total), para preservarlo.

Y en verdad, si apuramos las cosas, el "sujeto automático" del capitalismo quedó atascado en los años 20 del siglo XX. Ni siquiera en su fase madura de apogeo el capitalismo alcanzó la capacidad de reproducirse plenamente de forma autónoma y más o menos indefinida (Bell: 2009: 192).

Bell y Sekine (2001), siguiendo al marxista japonés Kozo Uno, dividen la evolución del modo de producción capitalista en capitalismo de tipo I y de tipo II. En el primero, el *capital* tiene que pugnar permanentemente por superar las "externalidades" sociales (actividades y relaciones fuera del valor) para imponer la economía de la mercancía. El capitalismo de tipo II es sustancialmente el industrial, en el que la mercantilización del todo social y la lógica económica de la producción mercantil pueden manejar satisfactoriamente y reproducir la economía material de la vida con limitada asistencia del Estado.

Después de 1914, sin embargo, el capitalismo no fue capaz de volver a ponerse en modo II en sus formaciones centrales[54], y por tanto las fases siguientes ya no pueden ser concebidas como etapas viables de capitalismo, sino como fases de transición al ex-capitalismo. Así, la era del periodo de entreguerras, la del fordismo o postguerra y la del casino-financiero no son sino etapas en la desintegración del "capitalismo genuino" en cuanto que requirieron de una masiva asistencia del Estado. Guerra-finanzas, opción socialdemócrata y economía ficticia y represión de la demanda, serían los principales ingredientes de esa ayuda en cada etapa. Pero con ello, y especialmente en esta fase final, el funcionamiento de la *ley del valor* resulta adulterado y el capitalismo va dejando de existir, aunque ni los propios capitalistas ni, en conjunto, las sociedades, se percaten de ello fácilmente[55]. Sin

el Estado el capitalismo hoy, sencillamente, no podría sobrevivir[56] (Bell y Sekine, 2001: 40).

Para Mészáros, la mediación por excelencia entre el *capital* y el orden capitalista es, necesariamente, el Estado.

> "La llegada al dominio del capital en el campo de la producción material y el desarrollo de prácticas políticas totalizadoras en la forma de Estado moderno han ido mano a mano (…) El marco legal del Estado moderno es un requerimiento absoluto para el exitoso ejercicio de la tiranía en los talleres (…) La maquinaria del Estado moderno es de la misma manera un requerimiento absoluto del sistema capitalista (…) El Estado se afirma como un necesario prerrequisito para el funcionamiento continuo del sistema del capital" (2010: 49, 50, 51).

El Estado (con toda su red de instituciones, monopolio de la violencia, dispositivos de formación de conciencia y socialización, aparatos mediáticos y represivos, dispositivos culturales y de legitimación...) es, para Mészáros, la estructura política de comando del *capital*, profundamente imbricada en su dinamismo; esto es, *parte irrenunciable de su metabolismo* y por tanto mucho más que una "supraestructura" del mismo.

En cada contexto histórico el *capital* es incapaz de vencer toda la resistencia del valor de uso mediante su exclusivo operar autónomo: sólo cuando las "externalidades" que suponen la vida en común fuera del *valor* pueden ser "internalizadas" a la acumulación de capital, puede el valor de uso social contribuir a sostener un capitalismo viable (Bell, 2009: 205). Pero hoy la *economía de la mercancía* necesita cada vez más "asistencia política" para imponerse a las formas sociales de crear valores de uso en cada momento. El deterioro de las condiciones de vida que conlleva la dinámica del capital en declive, provoca una tensión constante por recuperar como valores de uso o satisfactores humanos la generalización de la mercancía y la mercantilización de la vida en que se basa el capital.

Es cierto que incluso en las mayores crisis la Política metabólica del capital sigue viva, dando su razón de ser a todo el entramado social, pero cuando le falta la sangre que le proporciona el *valor*, ese metabolismo comienza a gangrenarse, precisando entonces de la intervención consciente (del "cerebro" o la política de clase) para reactivar su normal funcionamiento (para que tenga oportunidad de volverse a hacer más o menos "automático" o inconsciente, como una suerte de sistema orgánico parasimpático). En función de las luchas

de clase y la correlación de fuerzas sociales, esas intervenciones tendrán unas u otras características, véase de violencia y agresión descarnada, o bien expresadas en disposiciones de protección social y redistribución, verbigracia. ¿Qué otra cosa fueron, si no, las políticas keynesianas cuando el capital llegó exhausto a la mitad del siglo XX? Un permanente esfuerzo del "capitalista colectivo" por hacer funcionar de nuevo le economía de la mercancía aun a costa de desmercantilizar partes del conjunto social (es aquí donde Bell y Sekine dicen que las formaciones socio-estatales centrales, aun sin saberlo, emprendieron pasos decisivos para empezar a desmontar el capitalismo).

Ya Mandel (1986) señaló que mientras que las crisis son endógenas al capital, la salida de las mismas necesita de la política. Freeman lo expresa de una forma más cercana a nuestro debate:

> "El auge no fue el resultado de leyes ciegas, sino de una acción política excepcional y vigorosa. Esto expone la segunda singular característica de la comprensión de Marx: que la crisis es el medio por el cual la contingencia entra en juego. La crisis significa que la forma de la mercancía ha fracasado, en un aspecto u otro, en organizar la vida humana. El potencial para la autorrealización y la acción humanas –la libertad– se vuelve real. Cuando el capitalismo suspende sus propias leyes puramente económicas, abre un espacio para los humanos. Se puede reemplazar o, como después de 1893 y 1929, recrear sobre una nueva base, después de una enorme destrucción. Esto es el boom capitalista" (2013: 10).

Polanyi nos recuerda que de los 'contra-movimientos' y capas más profundas de la sociedad surge el "proteccionismo social", la fuerza para que el Capital haga concesiones a la sociedad; lo cual desbarata en alguna medida la "autorregulación económica" del sistema tendente a la hecatombe social. El movimiento espontáneo de la sociedad contra el *capital* tiene ese doble efecto paradójico de frenar su irracionalidad destructiva consiguiendo todo tipo de mejoras sociales, y a la vez introducir razonabilidad en el sistema, insuflándole nueva vida. Por eso dice nuestro autor que en el devenir capitalista "el *laissez-faire* estuvo planificado, la planificación no lo estuvo" (Maucurant, 2006: 115).

De hecho, sólo cuando el capitalismo se hizo "social", redistributivo, reformista (en sus formaciones centrales), consiguió por fin que la subsunción real del trabajo al capital se hiciera también subsunción subjetiva de la sociedad en su conjunto. El resultado ampliamente extendido han sido subjetividades desposeídas, crecientemente epifenoménicas del *valor* (incluyendo a menudo a

las expresiones organizadas otrora antagónicas, que devinieron izquierdas *del* sistema (capítulo 5 y Tema IV del Apéndice).

En definitiva, nunca pueden obviarse las amplias y heterogéneas condiciones sociales de reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas. Disposiciones políticas de carácter global han salpicado constantemente el camino del "sujeto automático" hacia la globalización: entidades de "gobernanza" global, como BM y FMI, G20, Foro de Davos, etc. se han venido encargando de la vitalidad de aquel sujeto. Los Acuerdos del Plaza, las miríadas de Tratados Bilaterales o Multilaterales, la OMC, no han dejado tampoco ni un instante de asistirle. ¿Y el "neoliberalismo" de fin de siglo? Más de lo mismo, constituye la prueba más clara del denuedo del Capital por mantener la economía a través de la política (como la *Nueva Crítica del Valor* reconoce, incurriendo en contradicción). Cada vez más frecuentemente, cada vez más intensamente, con más medios. Jamás ha habido tanta intervención estatal –política– en la economía del valor (hoy moribunda) como en la fase actual.

Y es que cuando el "sujeto automático" se obstruye, la política de clase se ve forzada a hacerse mucho más evidente, desplegando todo tipo de intervenciones para acudir a su rescate (la acentuación de la represión social y la brutalización de los mercados laborales, entre otras). El "neoliberalismo" no incide solamente (deslocalizando, precarizando, financiarizando) sobre la producción y sobre las condiciones materiales del trabajo. Redefine también los poderes políticos en su conjunto y los objetivos que éstos persiguen. Para utilizar las palabras que Gramsci le dedicó al liberalismo, es un retorno a la pura economicidad, como consecuencia de la cual la política queda inmediatamente conectada a la economía (Burgio, 2007)[57]. Puede decirse también que es una confesión o reconocimiento explícito de que la moribunda economía del *valor* necesita el oxígeno de la política en todos los órdenes[58].

La ineficacia de las otrora regeneradoras crisis capitalistas está forzando a incrementar y profundizar esa intervención de cara a socorrer la tasa de ganancia aun por encima del propio *capital*: la invención de dinero o "flexibilidad cuantitativa" y en general el capital ficticio, la mercantilización de actividades que no generan *valor* y el endeudamiento generalizado, son partes imprescindibles de ese proyecto[59] (capítulo 4). Pero al tiempo terminan por

expandir unas tierras movedizas en las que el sistema se va hundiendo más y más. Fijémonos, por ejemplo, en que la Gran Crisis de 2020, detonada por el covid-19, pareciera estar llamada a cumplir las funciones de una guerra de importantes dimensiones para la limpieza de capitales no competitivos y el impulso de un nuevo ciclo de acumulación. No obstante, la gravedad del asunto radica precisamente en que no se está haciendo *de forma efectiva*, debido a la sucesión de "rescates" y regalos de dinero a las grandes empresas que los Estados llevan a cabo. Es decir, el neoliberalismo se está convirtiendo en un problema para el propio *capital*.

Es tanta la intervención política sobre la economía (y la sociedad), que algunos autores han comenzado ya a tildar al intervencionismo de los poderes fácticos, de "nuevo neoliberalismo" (Dardot y Laval, 2019). Se trata de una racionalidad política que se ha vuelto mundial y que consiste en imponer por parte de los gobiernos, en la economía, en la sociedad y en el propio Estado, la lógica del capital hasta convertirla en la forma de las subjetividades y la norma de las existencias.

> "Lo que aquí llamamos *nuevo neoliberalismo* es una versión original de la racionalidad neoliberal en la medida que ha adoptado abiertamente el paradigma de la guerra contra la población, apoyándose, para legitimarse, en la cólera de esa misma población e invocando incluso una *soberanía popular* dirigida contra las élites, contra la globalización o contra la Unión Europea, según los casos. En otras palabras, una variante contemporánea del poder neoliberal ha hecho suya la retórica del soberanismo y ha adoptado un estilo populista para reforzar y radicalizar el dominio del capital sobre la sociedad. En el fondo es como si el neoliberalismo aprovechara la crisis de la democracia liberal-social que ha provocado y que no cesa de agravar para imponer mejor la lógica del capital sobre la sociedad" (2019: s/p).

Por eso, otro de los síntomas de la decadencia del capitalismo es la liquidación de los límites sociales –reforma, distribución, sindicatos, partidos socialdemócratas...– a la expansión del mercado (Cinatti, 2018); lo que significa la renuncia a su *opción reformista* (Piqueras, 2014a). El *movimiento defensivo* de las sociedades contra el rodillo de la ley del valor, al que aludía Polanyi, ha sido, pues, reducido al mínimo.

Eso significa que el "automatismo suicida" del sistema ha ido quedando sin contrapeso. Pero, por otra parte, mientras que la lógica del neoliberalismo tiende a ocultar los mecanismos económicos –tras el fetichismo de los

intercambios de mercado–, la creciente intervención política los hace más directamente transparentes (Durand, 2020). Entonces, ante esta masiva política de clase del Capital, ¿por qué tanta insistencia en pedir a la población subordinada que se deje hacer y abandone la política? Designada ésta por la NCV como burda "ilusión politicista", nos previene más aún de emprender ninguna revolución política. ¿No es todo esto el tipo de estopa que propuso siempre el Capital y que a tan alto nivel ha llevado el neoliberalismo?

Antes de extraer más conclusiones sobre ello, vamos a vérnosla primero, a continuación, con otras corrientes "neomarxistas" que obvian o directamente descalifican la revolución política, todo y llevar al otro extremo de la *Nueva Crítica del Valor* la confianza en la potencialidad revolucionaria de los sujetos sociales, en un proceso teórico de absolutización de las luchas. Sin embargo, por eso mismo, serán unas luchas abstractas, no analizadas, ajenas igualmente a la dimensión Política. Su teoría quedará también, por tanto, sin interacción eficiente con las dinámicas sociales que cobran vida cierta. Es decir, sin proyección práxica, o lo que es lo mismo, sin actividad teórico-práctica tendente a transformar el mundo.

8.3. Marxismo autonomista

El grueso de la argumentación del "marxismo autonomista" (MAUT) podría entrar en la cabeza de alfiler de su premisa básica: los movimientos del capital (y el propio devenir del capitalismo) están supeditados a la acción de la clase trabajadora, por lo que aquéllos adquieren una dinámica ante todo reactiva; incluso, desde el punto de vista agencial, tendente a esquivar o evitar al Trabajo.

Aquí puede reconocerse la insistencia de Tronti (2001) sobre la capacidad de emancipación del Trabajo implícita en el antagonismo de clase capitalista, y de cómo sus luchas condicionan la dinámica del capital. Tal hecho radica en la dependencia del poder instrumental –del Capital– respecto del poder creativo –del Trabajo–, expresada en la necesidad de la explotación de este último para poder existir como Capital. El gran drama de la agencialidad capitalista, su

ineludible contradicción histórica, proviene de esa *debilidad intrínseca*, al tiempo que depende de los/as propios/as productores/as para el consumo final, es decir, para la realización de la plusvalía que extrae de ellos/as mismos/as, en ganancia.

Esa relación de dependencia no se da al contrario; de hecho, quienes generan la riqueza social mediante su trabajo sólo pueden llegar a ser realmente autónomos/as suprimiendo la fuente de su explotación y subordinación: la propiedad privada de los medios de producción y su condición, como la de ellos/ellas mismos/as, de mercancía. Esto significa anular las bases de posibilidad del propio capital, impedir su existencia.

Al ser la concreción del "trabajo necesario" un producto de la lucha de clases, todo parece indicar que es el valor de uso quien opone resistencia en tanto tiene necesidades independientes y cuyo valor difiere del otorgado por el capital. Mientras que uno necesita plusvalor, el otro tiene sus necesidades independientes, tiene la potencialidad de autovalorizarse. Es un ser libre frente al capital, contrario a la pulsión de valorización de este último. La clase obrera aparece como su antagonista y en cuanto atributo antagónico suyo, no puede ser reducida a éste, por lo que se vuelve necesario someterla, caracterizarla como "proletaria". Es así que "el proceso de valorización, empujado a esta dimensión totalitaria, debe dejar espacio a la emergencia de la *autovalorización* proletaria, a la expansión de su potencialidad antagonista" (Negri 2001, 146-147). Es decir, que al poner en movimiento la producción y reproducción de la vida material en su forma capitalista, se constituye una relación de exterioridad cuya forma más simple y directa es la extracción de plusvalor, resultado de la tensión entre fuerzas subjetivas y objetivas, y expresa el punto de divergencia entre dos polos antagónicos (Rivas, 2016).

Tronti llama sagazmente la atención sobre la diferencia agencial que existe entre "fuerza de trabajo" y "clase trabajadora" (algo totalmente ajeno a la NCV). La primera está subsumida al capital, como parte del mismo, mientras que la segunda siempre es algo más, es potencialidad de subvertir al capital en cuanto que pueda trascenderse a sí misma, albergando siempre en latencia, lista para activarse, la oposición a la dominación-explotación.

Por eso su primer paso epistemológico fue separar el marxismo como ciencia del capital, del marxismo como teoría revolucionaria. La concepción de "fuerza

de trabajo" forma parte de la primera; la de "clase trabajadora" de la segunda, y desde el momento en que contribuye a que como clase se rechace su inclusión en el capital, el marxismo se hace una teoría de la disolución política del capital, al que contempla desde el punto de vista de la clase trabajadora.

En este sentido, así como es cierto que el capital se hace el "propietario" de la fuerza de trabajo que ha comprado, y también de su uso, no es menos constatable que el "trabajo vivo" es siempre algo intrínseco a la trabajadora y al trabajador, lo que constituye la base de la inevitable lucha de clase dentro de la producción. Ahí radica la contradicción interna del capital, que incorpora "fuerza de trabajo" y "trabajo vivo" en una misma unidad, una unidad que es constituida por trabajadores y trabajadoras como colectivo social (Tomba y Bellofiore, 2013: 350-351).

Cobró cuerpo, entonces, la idea de que las modalidades concretas de la distribución del trabajo dentro de una organización cuyo objetivo es la plusvalía, constituyen el verdadero corazón del problema. Del punto de arranque de que para esta corriente el capitalismo es sobre todo una forma de organizar el trabajo, nacieron los conceptos de "composición de clase" y "obrero masa" (introducidos en primera instancia por Romano Alquati). La "composición de clase" pretendía expresar la vinculación entre las características técnicas objetivas evidenciadas por la fuerza de trabajo como resultado de su posición dentro del proceso de producción capitalista en un momento histórico dado, y sus connotaciones subjetivas y políticas. Es precisamente la síntesis entre estos dos aspectos lo que para el operaísmo determina el potencial de la lucha de clase (Turchetto, 2008: 288).

De ahí se extraerían dos ideas fuertes: la del vínculo entre la fábrica y la sociedad, y la que subraya que la factoría se extiende paulatinamente al conjunto societario, y con ello también las luchas de clase. Este "operaísmo" original, en términos generales, que se desarrolló en los primeros números de Quaderni Rossi, afiló la teoría para convertirla en una herramienta aguda y crítica, capaz de guiar las praxis políticas. Sin embargo, nos dirá María Turchetto:

> "frente a la creciente dificultad a la que se enfrentan las luchas de la clase trabajadora y su tendencia a desvanecerse, el grupo operista se dividió en dos líneas principales que, desde los intentos de responder a la crisis, se convirtieron gradualmente en verdaderas líneas de vuelo: inicialmente, un vuelo hacia otras realidades, diferente de la fábrica; pero, en última instancia, un vuelo de la realidad

misma, hacia dimensiones cada vez más utópicas e imaginarias. La primera línea fue la adoptada por Tronti: 'la autonomía de lo político'" (Turchetto, 2008: 293).

Efectivamente, la corriente que derivaría del primigenio operaísmo, dicha "postoperaísta" o del marxismo autonomista, se lanzaría a la más abierta especulación sobre la potencia creadora de la fuerza del trabajo, hasta el punto de hacer de la parte subordinada en la relación Capital/Trabajo (de un modo de producción que determina la propia condición de los seres humanos como tal "fuerza de trabajo", con su subjetividad correspondiente), la conductora del Sistema en cada momento, imprimiéndole sus sucesivas formas institucionales históricas.

Tal corrimiento de enfoque que ha hecho Escuela (aunque el *operaísmo* ha terminado por ser, más que una Escuela, "sobre todo una fácilmente identificable 'mentalidad', una actitud y un léxico", según la propia Turchetto), vendría con el tiempo a identificarse con Toni Negri (muchos hablan hoy de "negrismo" para indicar la evolución de la misma).

Diefenbach (2014) ha señalado los siguientes componentes heredados que combina esta corriente:

a. La idea marxiana de la subsunción del Trabajo al Capital como radicalmente expropiadora pero al tiempo potencialmente creativa.
b. La tesis feminista de la combinación del trabajo productivo, el reproductivo y el afectivo.
c. El señalamiento de Deleuze sobre las fuerzas creativas que expresan el "deseo de desear autocrearse" como ser social (o la fuerza motora del deseo).
d. La tesis foucaultniana de que el modo de producción capitalista es precedido por la inclusión de la vida en mecanismos de poder, los cuales coexisten lado a lado con el desarrollo del capital.

Veremos, no obstante, que, en contra de lo prometedor de estos presupuestos, la combinación de los mismos que realiza el "negrismo", lejos de engrandecer la teoría a través de su aplicación social, va a dejar una praxis empobrecida.

Frente a la pretensión de llevar a Marx a la academia, propia del estructuralismo de mediados del siglo XX, Negri apostaría por llevar a la

academia y a Marx a las calles, para diluir la teoría en la práctica de las masas. En ese camino, la aportación de Negri ha concentrado todo su esfuerzo político y discursivo en la *potencia* de los subordinados frente al poder del Capital, a partir de la utilización de la filosofía spinoziana y su distinción entre *potenzia* y *podere*. En adelante, la *potencia* (la potencialidad innata que hay en cualquier ser humano, en cualquier lucha o resistencia), será la que marque la trayectoria del Poder del capital, sus movimientos y cambios (ver al respecto Callinicos, 2001).

Al contrario que la Nueva Lectura de Marx (NLM), los Grundrisse se consideran básicos para el entendimiento de los planteamientos marxianos. Negri señala que la subordinación del trabajo asalariado que está indicada en *El Capital* "no es cierta", porque todos los elementos del proceso capitalista no deben considerarse subordinados a las leyes del capital, sino a "*leyes de la lucha de clases*" (Rivas, 2016).

Además, para esta Escuela los Grundrisse constituyen una extraordinaria anticipación teórica de la sociedad capitalista madura. En ella Marx nos dice que el desarrollo capitalista da lugar a una sociedad en la cual el trabajo industrial (como trabajo inmediato) representa no más que un elemento secundario dentro de la organización del capitalismo. Una vez que el capital ha subsumido la sociedad toda, el trabajo productivo se hace "intelectual, cooperativo, inmaterial".

A partir de aquí el postoperaísmo nos introduce en un mundo en el que el *valor* ha perdido su relevancia, dando vida al "cognitivismo" o supuesto "capitalismo cognitivo". Sus autores tienen en común el contemplar un capitalismo que ha alcanzado su máximo nivel de desarrollo y que por tanto da lugar a una contradicción entre la sobreabundancia de la mecanización y la base limitada del sistema de producción, una contradicción que hace absurda la "medida cuantitativa del trabajo". Según los postoperaístas y cognitivistas, lo que está en juego es una "imposibilidad de medir la explotación", por lo que "la teoría del valor se vuelve vacua". Desprovista de todos los elementos de conmensuración, la "'teoría del valor", según Negri, se transforma en puro dominio, la forma elemental de la Política. Aquí es precisamente donde este autor identifica la superioridad de los *Grundrisse*, que considera que no se ven atrapados en el análisis del *valor* y, por lo tanto, quedan abiertos a la "acción de

la subjetividad revolucionaria", una acción supuestamente estancada por las categorías desarrolladas y desplegadas en *El Capital* (Tomba y Bellofiore, 2013)[60].

Cuadro 9. Postoperaísmo y capitalismo cognitivo sobre el valor. Una crítica

La teorización sobre un supuesto "capitalismo cognitivo" se emprendió por sociólogos adscritos a la línea teórica de Antonio Negri (Vercellone, Fumagalli, Marazzi, Lucarelli). El argumento principal es el siguiente, si la riqueza social tanto material como relacional, creativa, comunicativa o interactiva que producen los seres humanos en sociedad, tiende a expandirse con el desarrollo de las fuerzas productivas, hoy ese desarrollo requiere y promueve altos niveles de socialización de la producción, de la distribución, del intercambio y hasta del propio consumo, por lo que cada vez más partes de la sociedad tienen que entrar en contacto y experimentar ciertos niveles de colaboración para posibilitar todos esos procesos. Tales circunstancias conllevan una diseminación de las habilidades, técnicas y conocimientos, comunicaciones, interacciones e informaciones entre los seres humanos, o lo que se ha llamado también un enriquecido "general intellect", que alberga cada vez más potencia productiva y directiva.

Para apoyar esta argumentación se recurre a los célebres pasajes de Marx sobre las máquinas en los Grundrisse, donde anunciaba que las condiciones del proceso de la vida social misma podrían caer bajo el control del "general intellect" y ser transformadas de acuerdo con él, que deviene una fuerza de producción directa. Sin embargo, paradójicamente, atribuyen el límite de la teoría de Marx al hecho de enfocar el tiempo como fuente del *valo*r, lo cual para el cognitivismo era propio de una fase capitalista (industrial) en que el valor podía ser reducido a una medida de tiempo. Para estos autores, en cambio, en el "biocapitalismo" actual la actividad de la multitud constituye un tiempo más allá de toda medida, mediante la "laborización" de toda actividad social. Si el "general intellect" estuvo alienado durante la Primera Revolución Industrial y hasta el fordismo en forma de "capital fijo" (las potencialidades del trabajo fueron fetichizadas como fuerzas productivas del capital "en sí, todas las variantes del capitalismo descansan en competencias cognitivas que no pueden ser objetivadas–), hoy ya no más se produce eso. Según el cognitivismo, quienes ejercen como "trabajo vivo" no quedan más alienados del intelecto general, dado que estamos ante una *intelectualidad masiva* o *difusa* (Smith, 2014: 216, 225 y 226).

Para estos autores la tendencia descrita por Marx en los Grundrisse en la que el intelecto general controlaría las condiciones del proceso de la vida social, ya están plenamente realizadas. El clásico antagonismo entre "trabajo muerto" y "trabajo vivo" deja paso ahora al de "conocimiento muerto" del capital frente al "conocimiento vivo" del Trabajo.

Sin embargo, el capital está forzado a incrementar sus mecanismos de subsunción formal para mantener su dominio social. Lo que marca también el incremento de la represión de las potencialidades del intelecto general. Con ello aborta la evolución social, el desarrollo de las fuerzas productivas, del que una vez fue su máximo exponente.

Realicemos alguna crítica a estos presupuestos.

En primer lugar, al atribuir a Marx una desconsideración del trabajo inmaterial, los cognitivistas desconocen que Marx lo que señaló al respecto es que el trabajo inmaterial era poco significativo en el capitalismo industrial de su tiempo, pero que sí podía generar *valor* en cuanto que se realizara como trabajo asalariado (independientemente por tanto de su condición de material o inmaterial).

En segundo término, el *valor* no es tanto una medida del tiempo de trabajo sino una relación social que hace del trabajo de los seres humanos algo abstracto e intercambiable por dinero (para que lo que se produce sea mensurable en la venta), independientemente de su condición material o inmaterial y cuya

relación de intercambio no está mediada por el tiempo físico requerido para su producción por unos u otros individuos particulares, sino por el tiempo abstracto ("el socialmente necesario")[61]. Es en la circulación donde el tiempo de trabajo que es "socialmente necesario" para producir una mercancía (material o inmaterial) se manifiesta a través del tiempo de trabajo gastado por el conjunto de productores/as, porque es en ese momento donde se muestra no sólo si el tiempo de trabajo fue "socialmente necesario", sino "cuánto" de ese tiempo fue "necesario" en relación a los otros tiempos. Validación del trabajo hecho que tiende a expresarse diferencialmente en precios (ver aquí Bonefeld 2010b: 266-267). El *valor* existe, de acuerdo con Marx, sólo como "masas definidas de tiempo de trabajo cristalizado", que se aprecia en el intercambio, y no en ningún monto de tiempo de trabajo concreto. El *valor* es trabajo abstracto y no gasto de trabajo concreto (Bonefeld, 2010b: 262).

Es por ello que el esfuerzo de la clase capitalista va encaminado a continuar traduciendo todo trabajo "cognitivo" en expresión dineraria. Además, la reducción del tiempo requerido para la producción de mercancías aumenta el tiempo necesitado para la producción de *valor*, clave que está en la base de la crisis del *valor*. En el marxismo autonomista (y en su rama cognitivista) la contradicción entre el tiempo de producción y el de valorización es obviada en virtud de la oposición entre trabajo material e inmaterial, y a la postre la crisis del valor debida al proceso de sobreacumulación reducida a una crisis de cuantificación o medida[62].

El trabajo entrañado en una mercancía no es la medida de la riqueza creada, sino el tiempo en que la sociedad puede hacerlo (el tiempo socialmente necesario), el cual a su vez depende de lo que Marx llamó "regalos gratis"[63] que el capital reclama como propios. Así, el agua, la fertilidad del suelo y la naturaleza en su conjunto, los logros culturales de las formaciones pre-capitalistas, el trabajo impagado de las mujeres y el trabajo no-pago en general, las capacidades físicas y cognitivas adquiridas por las personas fuera del empleo, por ejemplo. El "intelecto general" es parte de todo eso y siempre estuvo ahí. Se desarrolla con el desarrollo de las fuerzas productivas, como elemento constitutivo suyo.

Estos autores aciertan, eso sí, al señalar la obstrucción de las fuerzas productivas que supone hoy el capitalismo, así como el que el incremento del carácter parasitario del capital frente al intelecto general aumenta las posibilidades del reconocimiento de lo hecho como propio, y de que la separación entre la producción y las condiciones de realización sean reconocidas como ilegítimas e impuestas, lo que supone el incremento de posibilidad de albergar conciencia antagónica. Lo cual no conduce, sin embargo, a que esa posibilidad se concrete *necesariamente*, menos aún que se plasme en vías de acción.

Para seguir con la elaboración autonomista me voy a permitir citar largamente, en varias partes, a César Altamira, debido a la alta síntesis que su elaboración contiene al respecto de los presupuestos de esta corriente:

> "Destacar que el objetivo compartido es el de la crítica a todo economicismo. Para Negri la sobredeterminación reside en la inseparabilidad de la política, del poder político, con relación a la economía. El reconocimiento del antagonismo 'cortocircuita' todo intento por mantener la economía y la política separadas como categorías de análisis y esferas de la actividad. La 'crítica de la economía política' incluye tanto los efectos 'económicos' sobre los 'políticos' en términos de la formación de la ley y del Estado, así como los efectos de lo 'político en lo económico' en términos de las relaciones de poder y disciplinas internas en el proceso de producción. Este cortocircuito expande y pliega al mismo tiempo los términos con los cuales se intersecta permanentemente. Lo 'político' debería incluir no sólo aquellas relaciones de poder directas e inmediatas y los conflictos que tienen lugar en toda relación de trabajo, sino también aquellas relaciones establecidas de manera más o menos indirecta entre el proceso de trabajo y los diferentes tipos de leyes y la propia forma Estado

> (…) Como Marx indica en el capítulo XIII de El Capital, mientras la producción capitalista se vuelve más dependiente de la cooperación y de la subjetividad del trabajo (como en la producción de plusvalía relativa), mayor debe ser la imposición de las estructuras del comando y disciplina para controlar las fuerzas productivas que requiere para producir. Es posible afirmar que el capital es una suerte de potestas mundana que funciona separando el poder (potentia) de lo que éste puede hacer. El capital continuamente subordina la subjetividad y socialidad del trabajo vivo a las restricciones y demandas de la plusvalía. (…) La producción se vuelve coextensiva con lo social. Por ello la organización y la subordinación del trabajo hacia el capital se extienden igualmente a lo largo y lo ancho de la sociedad. Esta socialización intensifica y multiplica los contornos del antagonismo. Intensifica el antagonismo elevando y transformando los golpes; coloca a la cooperación, a la socialidad y aun al lenguaje y la subjetividad en el centro del antagonismo con el capital. En adelante las luchas contra el capital envuelven no sólo las luchas en el terreno de la distribución y la producción sino incluso en el de la cooperación y de la comunicación (…). Esta intensificación es igualmente una multiplicación. El antagonismo contra el capital se extiende desde un punto central –como es el de la fábrica– y se diluye en su lucha contra un objeto central, el de la lucha contra la explotación, para volverse coextensivo con las luchas que tienen como objeto la producción de nuevas subjetividades y relaciones de cooperación…(Altamira 2006: 358-361)[64].

La irreductibilidad de la *Política* puesta en el corazón del capital convierte al *valor* en una expresión de la lucha de clases, por lo que el capital es una relación social que se define, según el análisis de Negri, por organizar la producción a partir de una relación social directa que se desarrolla en su forma más simple en cuanto que expresión de valorizaciones contrapuestas (Negri 2001, 155). Traducido significa que la plusvalía y el trabajo asalariado se ven como el estricto producto de una correlación de fuerzas, en cuanto que formas contrapuestas de valorización-autovalorización[65]. ¿Cuál es el valor de la fuerza de trabajo? Lo que la fuerza de trabajo pueda hacer valer en su lucha por auto-valorizarse, nos dirá el negrismo.

Es decir, en el polo opuesto a la Nueva Crítica del Valor (NCV), restituida la Política en el capital, "*la forma del valor es puro poder de mando, pura y simple forma de la Política*". No es de extrañar, a partir de aquí, que el propio Negri diga que más vale la crítica spinoziana a la configuración del poder capitalista, que el análisis de la economía política. Pero, ¿no estamos con ello de regreso al socialismo utópico y al anarquismo bakuninista, que priorizaban la dominación por sobre la compleja y densa madeja de mecanismos de extracción del *valor* que es la que explica este orden social y sus claves de dominación?, pues el capitalismo se distingue como modo de producción en que la dominación se despliega en función de la explotación (léase en concreto, de la obtención de *valor como plusvlor*) y no al revés.

A semejanza del pensamiento anarquista, en la interpretación de Negri, compartida por su frecuente compañero de escritos, Michael Hardt, la explotación no es vehiculada como en la elaboración de Marx,

> "a través de la estancia económica, que la hace funcional al conjunto de la reproducción social en la modalidad capitalista y por tanto a la reproducción ampliada del capital, sino que se considera efecto de la dominación política, coagulada en el Estado el cual se enfrenta a unas masas populares siempre prestas a la rebelión" (Galcerán, 1997: 269).

En suma, y a pesar del esfuerzo de Altamira por dialectizar la propuesta negrista entre lo político y lo económico, ni el MAUT ni la NCV hacen un adecuado honor a la dialéctica al respecto. Mientras esta última Escuela disminuye la importancia, cuando no descarta la política en la dinámica del "sujeto automático", el autonomismo termina inclinando la balanza decisivamente hacia el lado político. Marx, por el contrario, indica que ni la explotación ni la subordinación-dominación son producto del mero despotismo político, sino que la dominación política está mediada por un mecanismo aparentemente neutro, que es la ley del valor expresada como mercado, mecanismo que a su vez precisa de la intermediación política para su perpetuación. En consecuencia, el que lo subordinado se convierta en sujeto de transformación (a través de organizaciones, movimientos, partidos, fuerza social…), no viene dado por su propia condición, sino que requiere una ruptura ideológica, de conciencia, que, paradójicamente, es favorecida por el propio desarrollo de las fuerzas productivas del capital. Son momentos constituyentes de los sujetos antagónicos (y altersistémicos) que el MAUT no considera necesarios o no los ve como puntos de ruptura, sino como *emanación* de un proceso[66].

Parte esta Escuela de que las formas de reestructuración del capital o los cambios originados en la composición orgánica del mismo, con las diferentes fases de dominación y acumulación correspondientes, están vinculadas a la distinta composición de la clase trabajadora y a sus particulares dinámicas de lucha. Negri retoma la acertada tesis leninista que sienta las condiciones de la subjetividad obrera (y sus correspondientes formas organizativas) en las cambiantes condiciones materiales de la producción, para darle su particular toque de interpretación histórica. Así, la fase de manufactura tendría una

heteroclitud de sujetos enfrentados al capital (como masas proletarias), mientras que ya durante la "gran industria" (desde 1848 hasta 1968, según Negri), comienza a predominar primero el *obrero profesional* y después (de 1914 en adelante), el *obrero masa*. Con posterioridad a 1968, la crisis del keynesianismo daría lugar al *obrero social*, con quien la cooperación productiva se propaga por toda la sociedad. La comunicación no sólo se torna el elemento principal de la producción, sino que se hace inseparable de ella.

En esta fase de plena subsunción real del trabajo al capital, la explotación capitalista se convierte en un puro comando y el capital se tiene que hacer fundamentalmente *dominación*. Dominación que le es cada vez más necesaria para enfrentar el imparable aumento de la comunicación social horizontal y con ella de la potencialidad política, agencial, del Trabajo. El mando directo sobre el trabajo (en la fábrica) es sustituido por el control sobre la cooperación social productiva: al ser la comunicación el elemento central de la producción, ésta y la vida se empotran, por lo que es también toda la vida social la que pasa a ser campo de batalla. Las luchas fundamentales se dan, en adelante, en torno al control de la *comunicación*, de la capacidad creativa ampliamente potenciada por el tardo-capitalismo. A ella le opondrá el capital la *información* verticalizada y heterónoma.

Entonces, si el comando capitalista deviene universal, el antagonismo se hace omnipresente, "por lo que los sitios o espacios de lucha se tornan fluidos, generalizados y difusos" (Altamira, 2006: 316). De ahí que hoy las formas de organización de la clase trabajadora no pueden ser las mismas que las que se dieron en fases anteriores. Si la centralidad otorgada al desciframiento de la composición de clase para calibrar las políticas anticapitalistas fue la clave del operaísmo, la descomposición del Trabajo y la multiplicación de sus formas de ser (con gran variedad de expresiones salariales, para-salariales y no-salariales), así como la derrota en Italia de las luchas obreras de los años 70-80 del siglo XX, llevaron a la corriente postoperísta a buscar en adelante nuevas figuras caracterizadoras de la clase trabajadora. No obstante, nada parecido al "obrero-masa" se mostraba ante sus ojos. El "precariado", el "auto-empleado" se proponían como nuevos descriptores sintéticos, pero sería finalmente el amorfo y nada definitorio término de "multitud" el que vendría a intentar cubrir las ausencias de análisis de correlación concretos entre lo que habían sido los

primordiales enunciados de esta Escuela: la composición técnica y la composición política de clase (Wright 2014a).

En lugar de esos análisis, el marxismo autonomista nos ofrecería en adelante cavilaciones abstractas. Para esta corriente la nueva composición de la fuerza de trabajo y las nuevas formas de consumirla productivamente darán lugar a formas organizativas sociales que desbordan la forma-partido, para hacerse (¿de nuevo?) multitudinarias; también con una horizontalidad creciente (al menos en la imaginación de Negri). Tras constatar la situación de partida hoy, que no es otra que la de descomposición de los sujetos sociales y políticos del capitalismo keynesiano, incluido el movimiento obrero histórico, y la vuelta a formas más desestructuradas, discontinuas y espontáneas de acción colectiva, la corriente autonomista recupera el concepto de *multitud*, pero ahora para dotarle de una cualidad afirmativa, de potencia revolucionaria[67]. La multitud deviene en su interpretación un *ente* post-político, un enorme cuerpo social que se mueve de forma tan inopinada como concluyente, sin estructuras ni anclajes orgánicos, sin elementos cerrados, pero con una gran "potencia" en su propia vitalidad, en su mismo existir[68]. Porque para los autores autonomistas el Trabajo se opone al Capital desde un inicio, es constitutivamente antagónico, y se expresa en esta fase en forma de *multitud*. Como tal es un sujeto que encuentra en su propia constitución, al parecer indefectible e irreversible, lo absoluto de su potencialidad. Y dado que el *obrero social* tiene en el presente la capacidad de apropiarse del mando del conjunto de procesos productivos, en esa figura están ya impresas las condiciones del comunismo.

No hacen falta, por tanto, periodos de transición: el comunismo deviene simplemente de la *potencia realizada* (Stavinsky, Cavallero y Luzza, 2018).

> "Negri está convencido de que la profecía de Marx ya se ha realizado: no es un trabajo más largo el que crea riqueza, sino la ciencia y la tecnología –el intelecto general– cuyo sitio no es la fábrica, sino la sociedad. El capitalismo ya está muerto, sobrepasado por su propio desarrollo, económicamente inútil. Sobrevive como pura voluntad de poder, como mera coacción 'política', ahora desconectado del objetivo de la valorización. El resultado es paradójico en la medida en que conduce a una reversión completa de las posiciones originales del operaísmo. Por un lado, la vieja ortodoxia que compuso el objetivo principal de las críticas desarrolladas en Quaderni Rossi – el 'desarrollo de las fuerzas productivas' impulsando la historia hacia el comunismo – se revive con la única diferencia de que en la posición de Negri son las luchas de los trabajadores (no la 'ley de la plusvalía', como señalaba Panzieri) las que obligan al capital a tomar el camino de la innovación tecnológica. Por otro lado, la resistencia al capital, originalmente situada en el ámbito de la producción y considerada

como impracticable en el ámbito de la circulación y consumo de mercancías, se localiza ahora en 'las prácticas de reproducción de la fuerza de trabajo' –una categoría que comprende la totalidad del comportamiento de los trabajadores *fuera* de la fábrica (desde el consumo hasta la educación y la organización del ocio)–, considerada dotada de autonomía e investida con un valor anticapitalista inmediato" (Turchetto, 2008: 295)[69].

No deja de parecer chocante esta interpretación en un contexto de brutal destrucción social. Formenti (2020) lo interpreta como que Negri quiere hacer de la necesidad virtud, pues "multitud", en cuanto que sociedad atomizada, individuos alienados, convertidos en replicantes de los parámetros del nuevo poder (neoliberal), empresarios de sí mismos sujetos a una permanente curriculización de su vida para ser alguien (Piqueras, 2018a), es en lo que la ofensiva del Capital ha reconvertido a la mayor parte del Trabajo. Pero en vez de evaluarlo como una descomposición social o un retroceso histórico, en el autonomismo este proceso se toma como una condición insurreccional o pre-revolucionaria. Chocante, digo, cuando ya incluso el mismo Hegel advertía del desastre de una crisis que desembocaría en el renacimiento de las plebes del imperio (Bensaïd, 2006a).

Además, para Negri –como le criticara Laclau–, el pasaje del particular al universal no requiere de ningún tipo de mediación en tanto la *multitud* conformaría el sujeto universal cuya voluntad es la voluntad común, y su lucha es la lucha de toda la humanidad. La rebelión es, en consecuencia, no sólo algo inmanente, dado, sino "un proyecto de amor" y armonía, en palabras del autor italiano.

"A falta de encontrar las fuerzas capaces de acabar con la fatalidad actual, la efusión amorosa alimenta el cimiento de una nueva religiosidad profana (…) Sin duda esta mística social de la plebe o de la multitud no es más que un signo de los tiempos de transición" (Bensaïd, 2006a: 73).

Y más en concreto, de los tiempos de derrota social, pero que a la vez son propios de la degeneración del *valor-capital* y de la *política* que le es aneja, apostillaría yo al gran Bensaïd. Fagioli (2016: 171) nos dice que contra los dispositivos disciplinarios foucoltnianos, contra las técnicas biopolíticas y los mecanismos de aprehensión del alma (Berardi) contra la noopolítica de Lazzarato, Negri opone simplemente la política inmanente, como expresión espontánea y a la vez elemento productivo autónomo del mundo, liberador de

la explotación.

Nos encontramos ante la prioridad ontológica de la resistencia por sobre cualquier poder. La *resistencia* cristaliza la productividad de la vida y de la cooperación como potencia. La oposición Capital/Trabajo, –subjetividad/dominación–, se hace intrínsecamente alternativa y ya no dialéctica. Esto se puede entender si consideramos que a pesar de lo que suscita el término en cuanto que reacción dependiente del accionar de otro, la *resistencia* es concebida como algo más allá del antagonismo: es alternativa en sí misma. La vida se pone inmediatamente como libre y constructora del mundo. Es intrínsecamente un poder constituyente, expresión radical de lo nuevo, que ya no requiere del concepto de *transición* (Fagioli, 2016). Se trata de un paso *absoluto* a través de la propia potencia constitutiva.

Con estas máximas ajenas a cualquier constatación fáctica se pergeñan los peldaños para-teóricos del MAUT, donde la importancia conferida a la política es primordial, pero se la aplica tal inmanentismo (lindando con el misticismo en cuanto que, como vengo diciendo, concibe la *multitud* como un ente supra-social etéreamente compacto, y en cuanto que se propone su identificación con el Todo), que no permite ver la dimensión negativa de explotación-dominación-alienación que atraviesa y configura la vida social (y contra la cual la rebelión no está garantizada, ni mucho menos los éxitos de ésta). La agencialidad del Capital, como sujeto con alta conciencia de clase y fuertemente coordinado, en forma de estructuras de poderes, complejos dispositivos culturales, educativos, militares, policiales, ideológicos… es sencillamente guardada en el armario de lo relegado.

Si el empeño de Marx fue trascender una filosofía de la historia (de la que él mismo fue influido en su juventud) en una filosofía *en* la historia, la proyección de una potencialidad ontológica en un desarrollo histórico conduce a una variante antropológica de una filosofía de la historia, donde lo que resulta es lo que está latente. La *multitud* se contempla, se teoriza, como totalmente separada y autonomizada del capital. Si el *pueblo* es la sustancia propiamente política del Estado, la *multitud* es para el negrismo una suerte de desorden rizomático que socava la sociedad del capital.

Ya el operaísmo partía de que el trabajo vivo no sólo crea los medios de vida social, sino la vida social en sí misma (con lo que las fuerzas productivas son

inmediatamente traducidas en relaciones de producción). El capital quedaba transformado en un mero parásito de la productividad creativa del trabajo vivo. Parasitismo que es vencido finalmente por la *multitud*. Ésta representa a la vez la condición y el resultado del cambio social; en ella está la disolución del viejo orden y la generación del nuevo. Es el idealismo de la *clase-no clase* concebida como el agente capaz de transcenderse a sí mismo en la disolución del orden de clases (Altamira, 2006).

Idealismo salpicado a veces de materialismo simple, feuerbachiano, desprovisto, como los mismos autores proclaman, de dialéctica[70]. Sin mediación social alguna, Negri hace dar el salto de una instancia pre-política, como es la *multitud*, a una condición post-política, convertida en un sujeto constituyente universal (sin fisuras, ni conflictos, no digamos ya clases, ni desigualdades internas), que al final abole la propia política y que se ha constituido a sí mismo en virtud de la evolución del capitalismo a su estadio "cognitivo".

Nueva versión del espontaneismo milenarista que ha adquirido notable influencia. Recordemos que las concepciones espontaneistas postulan cierta autonomía preestablecida de las relaciones humanas, cierta disposición originaria inhibida del sujeto social, de modo que para alcanzar la emancipación sólo hace falta despojarse de las instituciones que, roussoneanamente, estropean la bondad natural, esto es, el "comunismo" espontáneo de las masas (aquí hay que remitir sobre todo a la corriente anarquista y las versiones más ingenuas del contrato social que veían la posible supresión del Estado y del Mercado de forma tan inmediata como a menudo aparentemente inopinada, y contemplaban a las masas de gentes convertidas espontáneamente en algo así como *pueblo*, unidas a través de su presunto compartimiento de una situación de *igualdad* frente a una exigua minoría)[71].

Tales perspectivas, al igual que la elucubración sobre el poder disruptivo de las "mayorías" y "multitudes", es ajena a la contrastación social, al análisis socioeconómico de las subordinaciones, acumulaciones de fuerza y relaciones de poder y, en definitiva, a cualquier atisbo de análisis de economía política y de historicidad. De ahí el creciente vuelco de las tendencias idealistas de la ciencia social actual bien hacia el ámbito "pre-político" bien al "post-político"; toda una "filosofía política" de moda que nos anima a ir "más allá de la

izquierda y la derecha", para iniciar una etapa "post-política" y "post-ideológica", ensalzando el "masismo" o la inevitable irrupción de las masas. Al desdeñar la mediación política en función de la *inmanencia* revolucionaria de la multitud, el autonomismo supera incluso a las versiones más ilusorias del anarquismo clásico recién aludidas. Versiones unas y otras a las que no les desanima la contradicción de contemplar al Sistema como omnipotente, al tiempo que sueñan con múltiples subversiones y superaciones del mismo, sin definir nunca, claro está, ni identificar agentes de carne y hueso, ni mucho menos trazar los pasos a dar y los obstáculos a vencer[72]. De ahí, también, que su confianza haya estado tradicionalmente depositada en el contagio a través de la acción como clave para que el conjunto de la población se vaya sumando al *movimiento*. El movimiento pasa a ocupar el primer plano de los objetivos (como en el bersteniano "el movimiento lo es todo"), dado que aparentemente por sí sólo resolverá los problemas humanos, sin mediaciones ni transiciones, como si el paso de un tipo de sociedad a otra, de un modo de producción a otro, fuera un salto sistémico inmediato, donde prevalece el "todo o nada", y como si el "homo solidaris" surgiera espontáneo del marasmo individualista. Se contempla así *lo social* (digamos, el movimiento espontáneo de las poblaciones) como autocomprensivo y autorrealizativo, hasta el punto de proponer una vinculación directa, inmediata, entre agentes sociales y sus praxis políticas, productivas y culturales, reactivando el tópico idealista de absorción de lo político en lo social.

En definitiva, que lo que se declaraba como una recuperación relevante de la política, se torna en realidad una in-política (o una impotencia política), que más bien puede llevar a la des-organización, a la falta de criterios, objetivos precisos, establecimientos de pasos para conseguirlos… Todo está supeditado al momento, ¿súbito, intempestivo, definitivo, irreversible, absoluto?, de la formación del sujeto *multitud*. Es por eso, digo, que estos planteamientos conducen bien a la despolitización bien a la recreación de la impotencia (y la frustación). La *potenza* también queda reducida, así, contradictoriamente, a mera impotencia.

A estas consideraciones críticas hay que añadir el carácter netamente eurocéntrico del análisis de Negri, que tantas veces se le ha achacado, al ignorar entre otros factores que:

a. La actual plena subsunción real del trabajo al capital no se da nada más que en las formaciones sociales de capitalismo avanzado (minoritarias en el orden mundial del capital).
b. El aumento de la producción material en los centros del Sistema se combina con el acrecentamiento de formas de trabajo forzadas, no salariales y para-salariales en las periferias (pero cada vez más también en las propias formaciones centrales).

> "Leyendo los Grundrisse a contracorriente, es decir, partiendo de El Capital, podemos ver cómo Marx centra su atención en este segundo aspecto, o en las contratendencies que resultan de la creación de nuevos sitios de producción caracterizados por un alto nivel de extracción de plusvalía absoluta y la intensificación del trabajo. Estos lugares de producción no coexisten con otros, caracterizados por la producción de plusvalía relativa y equipos de alta tecnología, en una especie de 'exposición mundial' de las formas de producción. Por contra, se producen y reproducen violentamente para frenar la disminución de la tasa de ganancia, permitiendo así que continúe la producción de plusvalía relativa" (Tomba y Bellofiore, 2013: 357).

En nota a ese mismo párrafo, Tomba y Bellofiore añaden unas consideraciones que creo vale también la pena reproducir:

> "De hecho, no se trata de la coexistencia de diferentes formas de explotación, sino de cómo la producción de plusvalía relativa da lugar a la producción de enormes cantidades de plusvalía absoluta. Las diferentes formas de explotación no se yuxtaponen en una especie de exposición del mundo posmoderna. Más bien, el capital necesita producir continuamente diferenciales de intensidad salarial y laboral mediante la violencia extraeconómica. El valor producido por el llamado trabajador cognitivo descansa sobre el pedestal de enormes cantidades de plusvalía absoluta producida en otros lugares. Desde este punto de vista, la afirmación, presentada por George Caffentzis (…), de que 'la computadora requiere la explotación industrial y la existencia del cyborg se basa en el esclavo', no es de ninguna manera exagerada. El postobrerismo se ha convertido en una concepción eurocéntrica del capitalismo tardío, y esto no es menos cierto para aquellas corrientes dentro de él que coquetean con los estudios poscoloniales" (Tomba y Bellofiore, 2013: 357).

El capital es crecientemente un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas debido a la tendencial escasa rentabilidad de sus inversiones productivas, como vimos en la primera parte de este libro. Sus dinámicas de desposesión, de gestión de la fuerza de trabajo (siempre subordinada a la valorización) y de consumo de la misma (en forma de sobre-explotación y "explotación difusa"), provocan el menoscabo de la formación e información, entorpecen el "intelecto general" y obstaculizan la libre difusión de saberes y

creaciones en lo que se ha llamado una socialización negativa del capital.

Además, bajo las relaciones sociales de producción capitalistas el "intelecto general" ha estado contradictoriamente puesto contra la emancipación del Trabajo. Para entenderlo hemos de tener en cuenta que los poderes del capital, incluyendo los del que queda denominado como "capital fijo", no son sino la forma fetichizada de los poderes del trabajo social colectivo, que incorpora las experiencias y saberes de generaciones; también la forma sistematizada de conocimiento que se deposita como "ciencia". Tamaña incorporación fue hecha de forma progresiva, implicando una dimensión creciente de la subsunción real del trabajo al capital. Así, a través de la cooperación productiva los conocimientos y experiencias de los productores inmediatos fueron incorporados al proceso general de trabajo, dándose una primera división del tiempo de trabajo mediante la especialización. Con la maquinización son los conocimientos y experiencias generales de la sociedad los que resultan incorporados a la producción (la capacidad del conjunto social, expresada como maquinaria, se va a poner a producir a expensas de la capacidad de cada individuo, que se convierte en mero servidor de la máquina, lo que lleva a la mutilación de sus facultades). Es por eso que aumenta la autovalorización del capital al tiempo que disminuye el valor de la fuerza de trabajo como mercancía.

Por otra parte, con el maquinismo la subsunción real deja de producirse de una forma inmediata, para hacerse de forma mediada: como aplicación tecnológica de la ciencia. Y con el desarrollo de la industria a gran escala las fuerzas productivas de la sociedad ya no expresan de manera alienada tan sólo el conocimiento y la experiencia del colectivo laboral, sino el conocimiento y la experiencia colectiva acumulada previamente por la humanidad entera ("general intellect"). En la actual revolución científico-técnica el proceso de trabajo queda cada vez más dependiente del proceso de valorización por medio del acelerado avance de la tecnología. El intelecto general (objetivado en máquinas autómatas o robóticas), lejos de ser la fuente de liberación que anhelan los cognitivistas, hace más y más prescindibles a los seres humanos en los procesos de trabajo (Macías, 2017).

Es decir, que en términos del mercado laboral "lo cognitivo" del capitalismo no sería sino una forma de "externalización" de los procesos de producción (de

"crowsourcing") al conjunto de la Vida, lo que implica también la puesta en valor de las poblaciones (reconvertidas en multitudes amorfas) y de sus formas de vivir, relacionarse, comunicarse, dotarse de "inteligencia colectiva", etc. La cuestión central es que esa potencia, el conjunto de potencialidades humanas, es hoy, precisamente, objetivo clave del capital, en un capitalismo que exacerba sus rasgos "biopolíticos" en todos los ámbitos de la vida, físicos y biológicos, neurológicos, sentimentales, relacionales, mucho más allá de la clásica esfera de la producción. El "capitalismo cognitivo", en contra de las esperanzas autonomistas y "cognitivitas", vendría a ser la expresión más acabada de biopolítica hasta la fecha (o la prolongación de ésta también como bioeconomía), el desesperado intento, en definitiva, de estirar la ley del valor ante su decadencia o, más aún, de dilatar el beneficio aun por encima del *valor*.

La consecuencia es clara: en el momento mismo en que las condiciones objetivas para la socialización y auto-organización de la producción se hacen más sólidas, cuando según los propios cognitivistas se da lugar a una sociedad cada vez más capaz de administrarse por sí misma, es cuando el comando del capital hace de la sociedad en su conjunto un espacio totalizable, cuando su permanente prospección de fuentes de renta acumulada "pone la Vida (y la muerte) a generar riqueza", una "producción continua de las condiciones sociales, culturales, políticas y subjetivas de ampliación y acumulación del capital, (…) una acumulación por subordinación ampliada y profundizada de todos los elementos de la vida de la población" (Laval y Dardot, 2015: 155). El objetivo es la captación de la totalidad de los aspectos de la subjetividad humana para convertirla en ganancia.

En realidad fue siempre así en el capitalismo, hoy sólo cambian la intensidad y las maneras de cumplir esa meta que lo determina todo en lo social, y que a la vez se hace más alcanzable a través del desarrollo de las infotecnologías.

Se mueve el capital también en este terreno, por ello, en una contradicción permanente, a la que ya aludió Marx:

> "El capital mismo es la contradicción en proceso [...] Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente de trabajo empleado en ella. Por el otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor" (Marx, 1972: 594).

La *contradicción en proceso* que es el capital tiene diversas expresiones inherentes a su propio movimiento, y se muestra aquí en que por un lado desata las condiciones materiales para el florecimiento del "general intellect" y por otro socava y reprime permanentemente su manifestación real (las históricas condiciones abiertas por su propio dinamismo), tanto a través de su organización social y productiva, como mediante las formas de gestión y consumo de la fuerza de trabajo que despliega[73].

Estas últimas contradicciones están inscritas también en la creciente tensión entre lo que el capitalismo potencialmente permitiría, la socialización de la producción, la transformación de la estructura del trabajo y la desaparición del valor como relación de mediación de la vida social, así como el generalizado aumento del tiempo disponible… y su permanente abortamiento de esas potencialidades. Este modo de producción castra constantemente las propias potencialidades que alberga de superarse en favor de la sociedad.

Como señala el propio Postone,

> "el que el capitalismo esté caracterizado por una dinámica inmanente, ni conduce automáticamente a otra sociedad fundamentalmente diferente ni genera las instituciones, organizaciones y mecanismos (como el proceso de producción) que en su forma existente, constituyen la base para tal sociedad. Al contrario, esta dinámica genera la posibilidad de otra organización de la vida social, al tiempo que impide que dicha posibilidad se realice" (2007: 185).

Lleguemos al menos a esta conclusión elemental: los cambios ni son inmanentes al modo de producción capitalista, ni tampoco ajenos a él. Las contradicciones señaladas son la substancia de la crisis cronificada del capitalismo; evidencian la decadencia mórbida de su metabolismo. Pero el camino al que conduzcan, si bien no es arbitrario (el futuro no está escrito, aunque no puede darse cualquier futuro), tampoco está impreso necesariamente en el movimiento del capital. La gran incertidumbre dialéctica es que la agencia humana, constituida a partir de ese movimiento, interviene también en su posible encauzamiento hacia unos u otros desenlaces.

En función de lo explicado en los primeros capítulos de este libro, podemos realizar una consideración más, y es que la línea de análisis que desarrollo a lo largo de esta obra niega lo que proclama el autonomismo, que las máquinas de

inteligencia artificial comporten el culmen del capitalismo mediante la superación de la ley del valor y el inmediato paso a la socialización de los medios de vida. *Todo lo contrario*, ese desarrollo tecnológico marca la decadencia, no el sobrepasamiento por plenitud, de la civilización capitalista, al producirse cada vez menos *nuevo valor* (lo cual no anula la ley del valor, sino que es la expresión negativa de la misma). La apreciación parece sólo sutilmente diferente, pero tiene consecuencias bien dispares: un sistema en degeneración (con el *valor* a la baja) no da paso necesariamente a algo mejor, sino que, a falta de intervención política, tiende a conducir al colapso social (en nuestro caso también al ambiental –Piqueras, 2017a–). Es decir, *el capitalismo no lleva en sus entrañas el comunismo, más bien hay que construirlo contra aquél*, aunque sea a partir de aquél.

La desconsideración de ese factor elemental del análisis de Marx lleva a que lo valioso de los estudios de algunos de los autores de esta Escuela, termine siempre resultando romo en el plano político. Tal es el caso de Harry Cleaver, de quien es importante su insistencia en la inseparabilidad de las luchas que se dan contra el capital y sus distintas expresiones monetarias. Voy a detenerme un tanto en su acertada argumentación teórica, para resaltar al final, de nuevo, lo inofensivo de su praxis.

Las luchas de clase pueden darse en todas las formas funcionales del capital, capital industrial, comercial, también en la del capital-dinero, esto es, en el mundo de las finanzas (un mundo que cuenta con población asalariada y que posibilita también mediante el crédito y el préstamo el acceso a valores de uso, ya sean medios de producción y fuerza de trabajo para la clase capitalista, en el primer caso, ya sea bienes de consumo para la clase trabajadora, en el segundo), independientemente de la condición de "productivo" o "improductivo" que se le dé a cada trabajo.

Son, así, provechosos los análisis de Cleaver sobre el dinero. Los distintos aspectos del *valor* que se efectivizan en las diferentes relaciones laborales, se expresan en el *dinero*. El dinero encarna todas las relaciones antagónicas impuestas por el trabajo, y por tanto deviene también un campo de luchas, porque el Capital pretende usar el dinero para manejar y expandir su orden social, mientras que el Trabajo trata de subvertir el dinero para sus propios propósitos (Cleaver, 2017: 68). La forma dinero es la forma central de

mediación, aunque no adquiera la forma de salario. Precisamente, los distintos flujos y asignaciones del dinero entre el Trabajo contribuyen a generar y agrandar las diferencias y desigualdades entre el mismo, haciendo ver las luchas de cada quien como desconectadas de las de los demás y traduciendo unas como "luchas de clase", mientras que otras son vistas como "luchas sociales", asociadas a viejos o nuevos movimientos sociales, a una creciente heteroclitud de los mismos, en todo caso (ver Tema II del Apéndice). Así, el Capital consigue imponer su división de la población entre "asalariada" y "no asalariada", y dentro de esta última aquella que logra su sustento mediante relación laboral "autónoma", producción de subsistencia, reproducción, apropiación de lo de otros (delincuentes…). Por supuesto, los flujos de dinero hacia cada sector asalariado, marcan también la estratificación entre la fuerza de trabajo. En suma, la organización capitalista del conjunto de la sociedad como una máquina de trabajo total envuelve una compleja matriz de cuidadosamente estructuradas mediaciones "psilogísticas" (siempre un ente tercero media entre dos personas: el dinero), en las cuales una variedad de instituciones está celosamente organizada tanto para manejar diferentes flujos de dinero como para mantener a todo el mundo trabajando, a través de un empleo o fuera del mismo (2017: 131, 134, 135, 137).

El *dinero* no es sólo, pues, un medio de pago o de circulación, de atesoramiento, estándar de precios, de depósito del valor y patrón de pagos diferidos, es también un medio de comando sobre el Trabajo, un medio de dominación social. Por eso Cleaver propone como objetivo de las luchas la eliminación progresiva del dinero.

Sin embargo, Cleaver parte de la afirmación de Negri de que el trabajo hoy sigue siendo importante, pero no tanto como fuente de *valor* sino como medio de dominación. Este autor hace también del capitalismo lo que no es: un régimen de dominación por encima de un sistema de explotación. Según Cleaver, la teoría del valor de Marx puede ser más fructíferamente interpretada como envolviendo una perspectiva de la clase trabajadora sobre la imposición capitalista del trabajo y la lucha contra ella. Por eso concluye que hay que reformular la teoría del valor como la teoría del valor del trabajo para el capital, porque el primer valor de uso social del trabajo para el capital es su papel para organizar la sociedad capitalista y mantener el control sobre ella (2017: 65).

Para el Capital, el primer valor de uso social del trabajo que extrae de nuestra fuerza de trabajo es el control social sobre nuestras vidas. "Extrae" control social, lo que es más importante que la plusvalía. Porque la primera utilidad de la plusvalía es su potencialidad para imponernos más trabajo vía la inversión, y por tanto más control social en el futuro. La substancia del *valor* del trabajo es precisamente su utilidad política en proveer el más fundamental vehículo de dominación y control capitalista (2017: 98).

El forzamiento de la teoría del valor de Marx llega al máximo.

> "*...entonces el valor de cualquier producto particular para el capital como un todo es la cantidad promedio de control vía trabajo que aquél puede imponer en su producción*" (Cleaver, 2017: 90; énfasis en el propio autor).

Pasamos así con Cleaver de la explotación a la dominación como primera forma de identificar al sistema capitalista, a la manera de los modos de producción precapitalistas[74]. Pero el capitalismo se basa en una inversión radical de ese orden explicativo: la dominación está al servicio de la explotación (en cuanto que extracción de plusvalía) y no al revés. Obviamente, ambos procesos son inseparables y complementarios, pero reducir el *valor* a dominación no favorece el entendimiento de la especificidad del capitalismo como modo de producción y sistema histórico[75].

De ahí que, una vez más, como ocurre con todos los "marxismos" de nuevo cuño que nada quieren tener que ver con ensuciarse las manos con la historia real, con los poderes y la monstruosa violencia real que entraña el capital y sus personificaciones e instituciones, no podemos sino obtener propuestas de transformación tan simplistas como en el fondo inofensivas. Para Cleaver el paso a dar, el objetivo primero de nuestras luchas ha de ser la eliminación del trabajo, del dinero y de los mercados. Es decir, de nuevo el todo de golpe, sin pasar por partes o fases. ¿Y cómo lo hacemos? Obviamente, nada nos dice al respecto.

Si las dinámicas del "sujeto automático", del valor-capital impregnan las conciencias individuales, tanto como la conciencia social completa, el dinero es algo por sí deseado como procurador de bienes y realizador de deseos, como indicador de estatus y autoestima. Las sociedades como totalidades no renuncian voluntariamente a él. Sólo algunos pocos sectores pueden hacer una

"desconexión" muy limitada y parcial, de forma voluntaria, con el dinero. ¿Cómo va a tener ese impulso de deshacerse del dinero una sociedad entera, nada más siguiendo las proclamas de estos autores, sin haber subvertido, al menos, previamente el aparato institucional de formación de conciencia y de socialización, ya no digo sin dar muerte a la ley del valor?

De hecho, una vez adquirido, las poblaciones han abandonado el *dinero* cuando no les ha quedado más remedio. En la construcción socialista, previa revolución política, llevaría un proceso muy largo, que ha de pasar por sucesivas fases de rupturas parciales con el *valor*, y sólo manteniendo un aparato institucional capaz de soportar la potente tendencia del dinero a manifestarse como expresión de distintas cantidades de trabajo, por no hablar de toda la violencia posible que desatarían las viejas clases expropiadas para destruir el proceso. Es decir, se requiere sine qua non de un entramado institucional enormemente fuerte, capaz de ejercer *contra-poder* político a las inercias de la economía heredada (Tema III del Apéndice).

Pero Cleaver confiesa que él no cree en la superación del capitalismo mediante un proceso revolucionario institucional. Puede que sea bastante improbable que se dé así, pero lo que propone él no es sólo improbable, es absurdo, pues en contrapartida las personas (no sabemos cómo convencidas de ello) deben emprender luchas contra el *dinero*, enfrentar directamente al fetiche para acabar con su sustrato: el *valor* (las personificaciones físicas e institucionales del valor-capital no tienen, evidentemente, importancia alguna). De nuevo carentes de praxis, parecen nuestros autores prisioneros de esas ilusiones y fetiches que dicen combatir. Defienden "procesos revolucionarios" inverosímiles, pero jamás una revolución. Ésta, a todas luces, les aterra.

No obstante, la realidad es testaruda, para hacer reformas no-reformistas, que probablemente es a lo que algunos llamen también "revoluciones desde abajo", hay que contar con un amplio cuerpo social e institucional coordinado, que tenga un objetivo claro: la revolución política para proteger y profundizar las embrionarias y acumulativas transformaciones sociales. Puede haber muchas consideraciones sobre los pasos a dar y las prioridades a llevar a cabo, pero unos y otros de esos temas, tristemente, son del todo ajenos a esta corriente, que nos ofrece una vez más la *in-política* como propuesta. La ausencia de praxis como alarde.

8.4. Marxismo abierto

En el terreno de la *in-política* escarba hondo el autodenominado "marxismo abierto" (MA), ofreciendo todo un repertorio de apoliticismo idealista (antimarxiano). A pesar de lo cual lleva a cabo un gran esfuerzo por distinguirse del marxismo autonomista. Para esta corriente el postoperaísmo plantea la autonomía del Trabajo respecto del sustrato que lo crea, el capital, llevando a cabo una trascendencia de sus relaciones sociales que recuerdan las dicotomías conciencia/relaciones materiales, agencia/estructura, instinto-deseo-(potenzia)/Poder. La única novedad es que esta vez hacen pesar más los primeros términos de las mismas.

A fin de cuentas, no hay separación entre lucha de clases y capital ni entre lucha de clases y evolución del capitalismo. Tal como lo plantea el autonomismo, esa lucha externa del trabajo condiciona un nuevo ciclo del capital, que a su vez da lugar a una nueva composición de clase. Cada reestructuración capitalista, genera a su vez una reestructuración de la subjetividad antagónica. Al final, lo que tenemos es una fetichización del sujeto, según el "Open Marxism".

"Los enfoques que postulan la noción de la autonomía del trabajo respecto del capital tienden a dividir la existencia social en dos esferas diferenciadas: por una parte, una lógica mecánica por parte del capital y, por la otra, el poder trascendente de la práctica social. El que la práctica social quede refrendada subjetivamente no tiene más valor que una invocación romántica de la inmediatez de un sujeto revolucionario" (Bonefeld 2013: 95).

Para el MA este planteamiento es improcedente, pues establece una dicotomía entre el Capital y el Trabajo, haciendo del trabajo una exterioridad al capital, cuando para esta corriente el capital no es sino trabajo no pagado, trabajo alienado, por lo que lleva en su seno la permanente tensión que éste le imprime: la lucha por la desalienación, contra la desposesión radical de los medios de vida, para dejar de ser Trabajo. La lucha de clases no es exterior al capital, nos dice el MA, sino que está incorporada al mismo, marcando no sólo

su evolución sino su propia razón de ser.

Quiero esto decir que frente a las lecturas dualistas el marxismo abierto opondrá una concepción monádica del capitalismo. Partiendo de la misma fuente adorniana de la que bebiera Postone, la centralidad la ocupará el concepto de *forma* para entender el pensamiento de Marx, así como para dar cuenta de las características específicas de la dualidad del trabajo (como trabajo concreto y trabajo abstracto) en el capitalismo (Ghiotto, 2015). La *mercancía*, el *dinero*, el *valor*, el *capital* no son sino *formas* de relación social que ya llevan implicada la lucha de clases, que son momentos de esa totalidad social que es denominada "relación capital". Dicho de otra manera, las categorías de la sociedad capitalista son las *formas* que adquiere esa lucha, cuyos resultados son indeterminados. No son realidades objetivas, sino disputados procesos en curso.

La relación antagónica, intrínseca a la sociedad del capital, es sintetizada de la siguiente manera por Dinerstein:

> "Para Marx, la dominación ejercida por el capital no sólo implica la explotación del trabajo al nivel de la producción, sino la necesidad del capital de compeler al trabajo a un modo de existencia abstracto. La esencia de este proceso de abstracción es el valor, forma histórica específica de existencia de la creatividad humana (…) Dicha conexión interna está dada por el hecho de que el capital es trabajo, aunque se objetiva como algo externo a éste, a través de múltiples formas sociales. El trabajo existe en y contra el capital, pues '... es sólo el trabajo el que constituye la realidad social. No hay fuerza externa, nuestro propio poder es confrontado con nuestro propio poder, aunque en una forma alienada' (Holloway…). Los términos integración y trascendencia apuntan a entender esta forma de existencia contradictoria del trabajo donde ni la integración del trabajo dentro de la relación del capital ni la trascendencia revolucionaria del capital están lógicamente pre-supuestas ni históricamente determinadas (Bonefeld ...). La lucha de clases es esta contradicción inherente a la relación capital-trabajo: 'la sociedad capitalista no se desarrolla simplemente a través de la lucha de clases. Más bien, la lucha de clases es un momento constitutivo de la relación capitalista' (Bonefeld…) (…) El capital no sólo debe explotar al trabajo al nivel de la producción, sino que debe mantener su existencia negada, para arrebatarle su subjetividad (…) Esto implica que el capital, como forma real e ilusoria objetivada de la existencia social, lleva en su movimiento de producción y reproducción una contradicción intrínseca que debe permanentemente superar, negar, esconder. Las crisis financieras, fiscales o económicas, son expresión de la incapacidad del capital de llevar a cabo este proceso de forma eficiente. Esto es lo que Foucault entendió como poder incompleto y conflictivo (…) la completa autonomía del trabajo respecto del capital es imposible. En su lugar, la noción de trabajo existiendo en y contra el capital permite ver que la lucha del trabajo es una lucha por eliminarse a sí mismo deconstruyendo las subjetividades que lo niegan, pero de mantenerse a sí mismo como trabajo abstracto o relación salarial, y como capital, para sobrevivir concretamente. En esta contradicción se hallan los límites y las posibilidades de inventar nuevas formas de subjetividad"

(Dinerstein, 2001: 180, 183 y 186; citas bibliográficas eliminadas).

Precisamente de lo que se trata, a través de la insistencia en la *forma*, es de enfatizar esa vinculación interna entre valor, dinero, trabajo y relaciones sociales (que ya Steve Wright –2014b– explicó para el caso del autonomismo). Todos los fenómenos de la sociedad deben ser considerados como *formas* (no definitivas) de las relaciones sociales, las cuales a su vez son momentos de la totalidad social globalizante que es el *capital*. Si el propio capital no es sino trabajo no pagado y trabajo negado en cuanto que trabajo concreto generador de valores de uso y de satisfactores sociales (por eso es también objetividad social en cuanto que subjetividad negada), podemos entender su fragilidad frente al Trabajo, razón por la que siempre le intenta evitar (mediante la mecanización-automatización), aun a costa de malbaratar la fuente de su ganancia a medio plazo.

Asimismo, la categoría "forma" implica la naturaleza interna (ninguna externalidad) de las conexiones entre "las cosas".

> "Hablar de *dinero* es hablar de *valor*, hablar de valor es hablar de una forma de producir trabajo (...) es enfatizar la naturaleza interna de la relación entre valor, dinero, trabajo, relaciones sociales..." (Holloway, citado en Dinerstein, 2001: 181).
>
> "El entendimiento de la objetividad social como subjetividad alienada conlleva una relación interna, más que un dualismo externo, entre estructura y lucha (Bonefeld, Gunn y Psychopedis, 1992: xii)
>
> "Las estructuras no son sino el modo de existencia (la "forma") de las luchas" (Gunn: 1992: 33).

Para el marxismo abierto la "lucha de clases" es el principio ontológico que antecede al capitalismo y le constituye a él mismo (aunque se supone que no le sucederá si la superación del capitalismo implica una sociedad sin clases). No deja de ser curioso este fundamento para quienes se niegan a definir las clases (quiénes están a un lado y a otro de esa "lucha"), ni a hablar de su composición, los procesos en los que se precipitan sus acciones o cómo éstas adquieren unas u otras dimensiones y alcances. Pues para estos autores la "lucha de clases" es un movimiento perpetuo que no está sujeto a la definición de los contendientes, es más la expresión de lo que está contenido, reprimido, impedido…

> "No es posible definir el sujeto crítico-revolucionario porque es indefinible. El sujeto crítico-revolucionario no es un *quien* definido, sino un *que* indefinido, indefinible y antidefinicional" (Holloway, 2002: 218).

¿Y qué puede ser eso tan esotérico o, al menos, oculto? El MA responderá con una retahíla de abstracciones ontologizadas: el "grito", la "dignidad", la "negación de la negación" …

Es el proceso de derrotas sociales de esas abstracciones lo que conduce a la alienación y, en consecuencia, a la desposesión generalizada. Aquí está el origen del capital(ismo). La existencia establecida de la clase trabajadora y del capital no pueden darse por hecho. Se constituyen mediante la lucha y la separación (de los medios de vida). Bonefeld llevará el proceso de separación (la acumulación primitiva) a una permanente necesidad del capital para su auto-reproducción (Bonefeld, 2012). De ahí se llega, de nuevo –a semejanza de la NLM–, a la alienación y al trabajo abstracto como elementos centrales a combatir, previos incluso a la desposesión (Bonefeld, 2010b).

> "En lugar de enfatizar la forma en que el capital produce, el énfasis recaería en cómo el capital *es* producido. Las formas de la existencia social se percibirán como un producto de la práctica humana, del trabajo humano. En lugar de poner de relieve las reglas formales de un *sistema* –las condiciones objetivas de la realidad– el énfasis recae sobre la noción de *subjetividad*. Sin embargo, ese énfasis sugiere la siguiente pregunta: ¿puede diferenciarse entre *subjetividad*, por un lado y, por el otro, la forma en que ella existe? (…) esa fuerza subjetiva no puede existir por fuera de las formas que produce, no puede ser un espectador inocente de su propia *perversión*. Este es el argumento de Marx en sus escritos iniciales. El trabajo alienado, de acuerdo con este argumento, es la causa, antes que la consecuencia, de la propiedad privada, y la abolición de la propiedad privada presupone la abolición del trabajo alienado (…) El capital es el producto de la existencia alienada del trabajo" (Bonefeld, 2013: 94).

Resumiendo, el trabajo es la sustancia del capital, así que no puede independizarse de él, como tampoco el capital es un sujeto independiente del trabajo. La "lucha de clases" en torno a la explotación es un momento fundante del capital. A su vez aquélla es posible gracias al trabajo alienado y a la desposesión o separación histórica de las personas respecto de los medios de producción. Para esta corriente el c*apital* no es el sujeto de la vida social, toda vez que esto supone tomar al *capital* como una relación social constituida sin ver la práctica concreta que la constituye, el trabajo humano. De hecho, como

el capital es trabajo enajenado no se trata de ver al capital por fuera del trabajo, independizándolo, sino que es la lucha de clases en torno a la explotación de este trabajo lo que supone el momento constitutivo del capital. El capital, por tanto, no necesita la subordinación de trabajo, *es* trabajo subordinado. Por eso achacan al marxismo autonomista que al exteriorizar al sujeto con relación al objeto, termina por magnificar el poder de ambos. Al desconsiderar al Trabajo como contradicción interna del capital, se subestima la capacidad del capital para subordinar al Trabajo. La lógica del capital deja de ser interpretada en términos economicistas para pasar a un campo meramente politicista.

Como todo es *lucha*, nos dirá esta corriente, todo es impredecible, indeterminado. Sus fundadores escogieron precisamente el nombre de "marxismo abierto" para indicar que toda resolución de las luchas y por tanto, todos los procesos sociales, quedan continuamente abiertos e indefinidos. Los propios fetiches del capital están en permanente tensión de desfetichización, por eso el MA prefiere servirse del concepto "fetichización" antes que del de fetiche, de "procesos de alienación" antes que de alienación como un resultado acabado (Altamira, 2006: 259).

La indefinición, la ambivalencia, la ambigüedad… serán rasgos de identidad de la "teoría" (¿o será *no-teoría* del "Open Marxism"?[76]).

> "En lugar de la certeza teorética de un marxismo de cierre dogmático, el marxismo abierto reclama la incompletud del proceso de pensar y re-adopta lo impredecible de la 'legitimación del azar', por ejemplo, lo impredecible del movimiento de la lucha de clases" (Bonefeld, Gunn y Psychopedis (1992: xii)

"El materialismo histórico no es marxista" ("is unmarxist") sentenciará Gunn (1992: 1). Y aún más: "la sociología marxista, junto con el materialismo histórico, debe ser condenada si no ignorada" (1992: 32). Contra cualquier objeto de conocimiento (siempre producto de una fetichización) para este autor lo que hay que oponer es el permanente movimiento de contradicción como objeto intelectual.

¿Para qué hacer esfuerzos por saber qué nos pasa y qué nos puede pasar (propio de la modernidad) si lo social es un galimatías de incertidumbres y el azar es a poco que lo pensemos el agente social más consistente? (reconexión con la pre-modernidad). Por eso, en vez del conocimiento y el análisis de

posibilidades y condiciones concretas para poder forjar nuestro camino colectivo por unas u otras veredas, el MA nos da unas cuantas recetas místico-abstractas, tales como que "el poder no puede ser enfrentado sino con anti-poder", el poder instrumental del capital o *poder sobre*, confrontado con el anti-poder o *poder hacer*, que es inherente a la negación del trabajo a ser negado y al antagonismo capitalista. Aquí los autores replican al autonomismo, pero al igual que esa corriente ni tienen idea ni dicen una palabra de cómo se plasman esas entelequias en la realidad, más allá, claro está, de la permanente incertidumbre (ensalzamiento de una actitud anti-científica).

De hecho, continúan, las crisis no son sino expresión de la fuerza de nuestra oposición al capital. No hay nada que conduzca intrínsecamente a las crisis capitalistas (otra negación o forzamiento interpretativo de Marx), sino sólo la fuerza del trabajo (ni siquiera hablan del Trabajo organizado, como enseguida vemos). Para ello hay que entender que el capital sustituye trabajo humano por maquinaria no por el desarrollo de las fuerzas productivas impulsado por su propia competencia, sino para "huir" del trabajo, por miedo al mismo (por lo que se prefiere no contratarle)[77].

Como la "lucha de clases" es el principio ontologizado, no parece necesario bajarlo a la contrastación empírica: simplemente está ahí, es la razón de todo lo dado.

Lo de que el Trabajo esté más o menos organizado y con mayor o menor conciencia política y proyección de alternatividad sistémica, es irrelevante. Así se encarga de asentarlo Werner Bonefeld, al señalar la "falsa" disociación entre clase en sí y para sí. Pues cada vez que la clase trabajadora lucha por algo suyo, por inmediato que sea, sueldo, comida, vivienda, ropa…, lucha también

> "contra una vida constituida sólo por tiempo de trabajo y al mismo tiempo contra la reducción de su vida humana a un mero recurso económico (…) su existencia a una carcasa del tiempo. Su lucha como clase-en-sí es realmente una lucha para-sí: por la vida, la distinción humana, por el tiempo de vida y, por encima de todo, por la satisfacción de las necesidades humanas básicas" (2013: 301).

La presunción de alternatividad que se le confiere a toda acción "obrera", corre lógicamente pareja al desprecio por el momento de fuerza de clase que supone el concepto marxiano de "clase para sí"[78] (ver Tema II del Apéndice). Para Bonefeld todo el mundo lucha por sus intereses últimos con o sin plena

conciencia de ello, por lo que no se necesitan ni organizaciones obreras, ni sindicatos ni partidos ni ningún agente "externo" para que ello sea así. En este argumento sin fundamento empírico alguno y sin resultados de transformación social que lo avalen, insiste en *On Capital as Real Abstraction* (2020) y en *History and Human emancipation* (2010a).

> "Por lo tanto, la existencia del trabajador como categoría económica no implica la reducción de la conciencia a la conciencia económica. (…) Como muy mínimo, la conciencia económica es una conciencia infeliz (…) tendría sentido desarrollar una concepción de lucha que entienda que 'la lucha cotidiana por la producción y la apropiación del valor excedente en cada lugar de trabajo individual y en cada comunidad local... es la base de la lucha de clases a escala mundial'" (Bonefeld, 2010a: 71-72)

Cierto, muy cierto lo dicho al final (citando a Simon Clarke), y también por eso mismo explicativo de porqué tan repetidamente no se da ruptura emancipadora a alguna escala significativa de lo social. Porque Bonfeld, como otros "marxistas abiertos", confunde el que todos los elementos sociales estén atravesados por las luchas, a que éstas se enfrenten al capital como totalidad. Para ellos la lucha por pan ya es una lucha total (de nuevo remito a Tema II del Apéndice).

Al final, los intentos de superación de lo que estos autores llaman "dualismo marxista", les ha llevado a caer en antiguos paradigmas. Con ellos el hylemorfismo hegeliano es llevado al extremo, una vez pasado por el filtro de Adorno[79]. *La esencia* es *la lucha de clases*, mientras que todas las demás existencias de la sociedad capitalista son *formas* de ella que, por la propia dinámica de la esencia, están en permanente cambio e indeterminación. Viejos planteamientos, ¿verdad?, que al final se tornan circulares, sin resolución política. Después de darle muchas vueltas al círculo, llegan a la tautológica paradoja de que la "relación capital" no es sino creación humana. Es decir, que el trabajo humano domina al trabajo humano (Altamira, 2006).

Es pues la propia dinámica de la vida la que emancipa, dado que de ella misma surge la lucha (que, recordemos, tiene carácter totalizante). No sorprende, entonces, la conclusión de Bonefeld: el idealismo es la verdadera realidad del espectro del comunismo (2010a: 72).

Si toda la teoría del valor queda reducida al poder del Trabajo para el marxismo autonomista, será el principio ontológico de la *dignidad* el que ejerza

de sujeto para el marxismo abierto. La dignidad hecha crítica. La *crítica* es ahora el verdadero sujeto, a imagen de la teoría para la Nueva Crítica del Valor. Pero una teoría o un conocimiento para los que la acción social se resuelve invariablemente en creación ex nihilo, merman enormemente su alcance explicativo.

La misma aversión de Adorno a tratar la praxis revolucionaria, nos dice Altamira (2006), hace soñar al MA con múltiples subversiones y superaciones sin definir nunca ni identificar agentes de carne y hueso, ni los pasos que éstos deben dar. Es decir, una vez más, nada parecido a un análisis de situación, de correlación de fuerzas, un estudio de las condiciones sociales, económicas, políticas, culturales y de conciencia puestas en juego, ni menos aún algún atisbo de una proyección teórico-política táctica (ya no digo estratégica). Su visceral rechazo a la concreción, al desarrollo de la política de clase, les lleva a formular esta suerte de máximas abstractas, en vez de analizar cómo se interrelacionan las luchas con la reproducción del capital en cada momento.

Un autor destacado de esta corriente que ha llevado al extremo esta ontologización idealista de las relaciones sociales es John Holloway. En un retorno a una subjetividad in-mediada, propone el "grito" como furia frente al statu quo, la expresión de la rebeldía antagónica. Holloway transforma la liberación en la recuperación de algo supuestamente originario, formando parte de la "esencia" humana, dado que para él es la "negación" y el "grito" lo que nos hace humanos, transhistóricos. Es decir, opone este humanismo a la consideración materialista de Marx de que la única "esencia" del ser humano es el conjunto de relaciones sociales en las que se desenvuelve su vida. Ahora ya no son los fetiches o la teoría los principales anti-sujetos o el sujeto del decurso social, como en la NLM y la NCV respectivamente, para el marxismo abierto lo será la *dignidad*, convertida en una abstracción supuestamente "esencial" a los seres humanos, en lugar del resultado (una construcción) de la Política que éstos desarrollan para convivir. La *dignidad* se hace sujeto en cuanto que reacción intrínseca de la "naturaleza humana" a ser negada. Los poderes siempre terminan despertando la dignidad, la concitan, la hacen manifestarse. La des-enajenación es su camino.

Holloway parte de asignar al fetichismo de la mercancía la condición de ser un elemento de la lucha del capital por anular la capacidad creativa del ser

humano, lo que el capital lograría clasificando al ser humano como "trabajador". ¿En qué consiste la resistencia al capital? En la lucha del trabajador contra la *clasificación* que pretende el capital: la lucha contra su clasificación como "clase trabajadora", en el desarrollo de prácticas como *ser humano* creativo en las que pueda dejar de (re)crear el capitalismo. Siguiendo esa línea, Holloway declara que su objetivo es la abolición de la sociedad de clases, y por lo tanto de las clases mismas. También fue ese el objetivo de Marx, pero al contrario de lo que Holloway postula, el autor alemán señaló que eso requiere de la organización de los trabajadores como clase, de la lucha contra otra clase, la burguesía.

> "Y este objetivo sólo puede realizarse como resultado de un proceso revolucionario, no es algo que pueda lograrse asumiendo prácticas que liberen la actividad creativa humana, con la fuerza de la fuerza de la 'no-identidad'" (Salvia, 2011: 153).

Porque precisamente lo que busca el capital como clase es deshacer la identidad de clase de la población explotada, para convertir a los seres humanos en "individuos-masa" (individuos-ciudadanos/as) y no al revés. Algo a lo que Holloway y la casi totalidad de la autoría dicha "neomarxista" parecen sospechosamente contentos de colaborar. A partir del entramado conceptual hollowayano,

> "se pierde toda referencia al carácter histórico concreto de la lucha en la sociedad capitalista (…) El error tiene su origen precisamente en haber reducido el concepto de *clase* a la contradicción humana presente en cualquier individuo entre alienación y no alienación; entre creatividad y su *subordinación al mercado*. En ese momento la categoría *clase* termina siendo vaciada de contenido y adquiere una impronta de carácter moral. Ese antagonismo está siempre presente independientemente del tiempo histórico. Y la revolución se termina abordando como una recuperación de la dignidad y el control sobre nuestras vidas, proceso improbable de alcanzar en el capitalismo" (Altamira, 2006: 262).

Sin embargo, sólo como *clase* consciente de sí misma, y no a través de la "desfetichización" individual, o de la por otra parte fantasmagórica "fuerza de la no-identidad" –que tanto predica esta Escuela–, se puede llegar a dejar de ser clase trabajadora. Esta advertencia tan sencilla vale también para Bonefeld y demás miembros del "Open Marxism".

El *grito*, en cambio, es una forma de ontologizar la rebeldía, de que ésta

carezca de contenido social y de mediaciones. Por eso con él, repetimos, se termina de perder toda referencia al carácter histórico concreto de las luchas. ¿Es el mismo *grito* para cualquier modo de producción, mismas características, condiciones…? Poco importa. Holloway (2000) prefiere tirar de afirmaciones "idealistas", al insistir en que lo único que cuenta es la desalienación, mientras que nos tenemos que olvidar de la hegemonía, sin explicar en ningún momento cómo se puede conseguir una sin la otra (en esta prevalencia exclusiva coincide tristemente con la *Nueva Crítica del Valor* y *La Nueva Lectura de Marx*). Lo que contribuye a hacernos entender que la concepción del poder-antipoder por parte de Holloway corra pareja a su artificial antinomia *política-antipolítica* (hija del más puro estilo anarco-místico): la Política debe ser superada en cuanto que encapsula el caudal de posibilidades emancipadoras. Pareciera que, por el contrario, el proceso emancipatorio es uno y comprendido de la misma manera por todos los seres humanos, que en esencia aptos para entender la correcta emancipación, anularán en un *todo o nada* el conjunto de poderes sociales, colectivos y personales, y se armonizarán sin necesidad de mediaciones.

En este sentido, el disoluto desprecio de Holloway por contribuir a perfilar las condiciones reales de las que parten los seres humanos y sus sociedades, las posibles formas de organización del Trabajo para enfrentar las distintas expresiones de dominación particular y global, así como la desconsideración de propuestas concretas de acción o de incidencia en las muy variadas expresiones institucionales que median en nuestras sociedades la relación Trabajo/Capital, conducen a este autor a un misticismo emancipador radicado en una potencialidad *abstracta*, pero a la vez teleológicamente todopoderosa, que hace recaer la transformación en un espontaneísmo poco menos que demiúrgico (propio de las más descabelladas versiones ácratas), vinculado en exclusividad a una permanente *negación de la negación* de la potencialidad del hacer y a la supuesta pulsión de autoemancipación que alberga todo ser humano. Recordemos la "genial" propuesta del MA: "no es posible definir el sujeto revolucionario porque es indefinible". Sólo podremos conseguir algo trasformadoramente *limpio*, nos propone Holloway, ideando un nuevo mundo, siendo individuos en continuo hacerse, sin definiciones ni identidades, cuando hayamos conseguido desprendernos de todas nuestras ataduras fetichizantes

propias de la sociedad que queremos abandonar. Parecidos argumentos, como vengo diciendo, a los de la Nueva Crítica del Valor, propios de algunas de las propuestas místico-religiosas[80] que se han formulado a lo largo de la truculenta historia de la Humanidad, y que paradójicamente respecto a las intenciones que declara el autor, se pretenden convertir en una receta unívoca y ahistórica.

En general, para el "Open Marxism", como quiera que la dignidad, o la autovalorización, es esencia humana (el sujeto verdadero), la rebelión está garantizada y la descomposición de los poderes también. Por eso nos conminan –otros más–, a no ocuparnos de la Política. De hecho, hay que profesar una abierta anti-política, porque la política como conjunto de procedimientos en que se expresa la dominación del Estado, o la expresión de la separación entre Estado y sociedad, debe de ser sencillamente abolida. Milenarismo de nuevo cuño repetido que también termina reconociéndose falto de propuestas más allá de sus abstracciones etéreas.

> "No descalifico la opción estatal *porque yo tampoco tengo ninguna respuesta que ofrecer*, pero no me parece que sea la solución" (Holloway, 2014: s/p; cursivas añadidas).

La revolución inaugura una nueva totalidad en la que la dignidad será recuperada (¿o adquirida por fin?) de forma total. Una vez más, común denominador a eso que se llama "neomarxismo", no hay pasos intermedios, ni emancipación parcial o imperfecta. Estamos de nuevo ante la versión del apotegma absolutista del "todo o nada" que tanto agrada a estas corrientes[81].

Pretende el MA, en concreto, combatir el supuesto esencialismo de las "clases" mediante el esencialismo de la lucha-dignidad, y ante la falta de concreciones conceptuales y la absoluta ausencia de propuestas de intervención social, se recurre, al igual que en Negri y Hard, a conceptos como "amor", "comunidad", "solidaridad", que parece que sólo con nombrarlos cobrarán vida. ¿Cómo el amor generalizado advendrá de las relaciones sociales de producción capitalistas y las luchas-dignidad superarán el *valor* y el conjunto de relaciones sociales y de expresiones de conciencia que secreta el capital? Un misterio. Ya se verá. Al poder cerrado y omnívoro del capital sólo se le puede oponer una negación abstracta, y de ahí el azar decidirá.

Sin análisis de las condiciones materiales concretas, de las formas de socialización, de los múltiples poderes que se despliegan en todos los órdenes,

de las concreciones (anti)políticas a llevar a cabo, todo queda reducido a una llamada idealista al cambio de conciencia. Del *grito* se pasa directamente a otro modo social de vida.

Pero si la realidad se empeña en mostrar lo contrario, opresión, exterminio de pueblos enteros, destrozo de las condiciones de vida, aumento de la subordinación de la humanidad, barbarización social generalizada… ¡peor para la realidad! (al fin y al cabo, no es sino una deformación alienante del capital, o algo así). Para Holloway, por ejemplo, siempre hay un último recurso: cuando el *grito* no se produce, cuando no puede darse debido a los despliegues de los poderes, siempre nos queda el *pedo* como señal de burla clandestina y como aviso de insumisión al resto. Y así nos indica la que debe ser la sensibilidad del investigador de los asuntos sociales, a partir de un pasaje de James C. Scott sobre Etiopía:

> "'Cuando el gran señor pasa, el campesino sabio hace una reverencia profunda y lanza un pedo silencioso' (...) Es parte de un mundo escondido de insubordinación, escondido, sin embargo, solamente para los que ejercen el poder y para los que, por su educación y su conveniencia, aceptan las anteojeras del poder" (2000: 123).

En fin… lamentablemente su elucubración idealista no se detiene ahí. Holloway, como no podría ser de otra forma dada su repulsa a la definición concreta de sujetos de carne y hueso, termina apelando también a una suerte de "esencia" emancipadora que trasciende al propio ser humano. "La materialidad del anti-poder se encuentra no solamente en las luchas de *quienes* están reprimidos sino también en la pelea de *lo que* está reprimido", nos dice este autor.

> "El reto teórico es poder mirar a la persona que camina junto a nosotros en la calle o que está sentada junto a nosotros en el autobús y percibir el volcán sofocado dentro de ellos. Vivir en una sociedad capitalista no nos convierte necesariamente en insubordinados, pero sí necesariamente implica que nuestra existencia está desgarrada por el antagonismo entre subordinación e insubordinación. Vivir en el capitalismo quiere decir que la nuestra es una existencia antagónica" (Holloway, 2000: 123).

El descubrimiento y potenciación del lado "bueno-rebelde" de las personas es, a mi entender, encomiable. Sin embargo, la exclusiva insistencia en la

potencialidad liberadora de todo ser humano ("que camina junto a nosotros en la calle"), si bien puede contribuir a enardecer prácticas y acciones de lucha, necesita algo más de cara al movimiento emancipador de la Humanidad. Se precisa definir la realidad-dimensión de ese potencial emancipador y su posible concreción en cada momento. Para ello se requiere también reconfigurar el orden de prioridad explicativa, aunque parezca algo meramente puntilloso o formal: el antagonismo básico de esta sociedad no deviene de la subordinación (Poder) –común a todas las sociedades desigualitarias–, sino de la obtención de plusvalía a través del trabajo abstracto (Explotación capitalista), aunque, como vimos, la segunda requiera de la primera. De ahí que no podamos desentendernos del hecho de que en todo ser humano confluyen diferentes fracturas de poder y situaciones de clase, haciendo de cada uno de nosotros individuos con potencialidades emancipadoras y reproductoras a la vez, del orden social. Orden que no puede ser superado meramente con "el grito" (con todo lo importante que pudiera ser para arrancar), sino con una prolongada desordenación de las relaciones sociales de producción hegemónicas, a través de la desarticulación de la relación de clase Capital/Trabajo (como subsumidora del resto de explotaciones, poderes y fragmentaciones en una sociedad cuya connotación, y fundamento, principal es ser capitalista), algo que requiere necesariamente de sólidas bases organizativas y de su vinculación a proyectos de largo alcance, que permitan integrar cualquier caudal de rebeldía en algo revolucionario. Por eso igualmente una advertencia al respecto: quien va con nosotros en el autobús o la persona con quien nos cruzamos en la calle, además de tener un potencial "rebelde", puede ser también, desgraciadamente, un padre-madre maltratador/a, aprovechado/a del trabajo ajeno, déspota en la relación de género, esquirol/a, etc.). Porque el antagonismo Trabajo/Capital se manifiesta también al interior del Trabajo, que debido al arraigo del metabolismo del capital y su correspondiente dominación de clase puede experimentar muy variadas formas de vida y diferentes y contradictorias expresiones de conciencia (aun como clase)[82]. La potencialidad emancipadora de cada persona no está dada *per se*. Hay que trabajarla y mucho. El "intelectual colectivo" u orgánico, que estos autores tanto desprecian, ha sido y sigue siendo un elemento difícilmente sustituible para ello.

> "La comprensión de la dimensión estructural, esto es, aquella que trasciende a los sujetos que la soportan, es un ejercicio teórico fundamental que sirve para entender el marco de la lucha política (…) la articulación de subjetividades capaces de confrontar con el sistema dominante supone un arduo trabajo de lucha ideológica, de construcción de perspectivas alternativas en cuanto a las formas de relación social, que resulten capaces de dar la disputa hegemónica sustantiva" (Thwaites, 2004: 61-62).

En cambio, la retórica exuberante de Holloway sobre un sujeto de emancipación tan ambiguo como impensado (que a menudo linda con la fantasmagórica noción de "multitud" de Negri), no puede conducir sino a nuevos idealismos más o menos milenaristas sobre la transformación social. Congruente con ello está la despreocupación del MA por analizar las diferentes formas de poder social en que se expresa el Poder metabólico del capital, haciendo tabla rasa de unos y otros poderes.

Si nos fijamos bien, unas y otras de estas ilusiones sociales promovidas por el autonomismo y el marxismo abierto (también por La Nueva Crítica del Valor) parten de la paradoja de pensar el orden capitalista como algo omnipotente, a-histórico y omnipresente, por lo que de ellas se desprende como un a priori que la cosmovisión capitalista impregne y moldee a la humanidad de forma permanente. Y al mismo tiempo, ante su impotencia teórica y su incapacidad política propositiva, no encuentran otra manera de enfrentar tan poderoso Sistema que a través de la mística, mediante la intervención de "multitudes", "nomadismos", "deseos", "anonimatos", "nocturnidades" u otras entelequias de parecida índole. Incluida la propia teoría desprovista de su componente práxico[83]. Es decir, se hace una apología de la "dialéctica negativa", de la negación abstracta, frente a la *dialéctica de la interacción* entre agentes o sujetos "reales" y las determinadas condiciones sociohistóricas en las que están inmersos, dentro de las cuales destacan en nuestro orden social las distintas evoluciones y dinámicas del *valor*.

Desconocer lo que Marx y Engels enseñaron en el *Manifiesto Comunista*, en cuanto a la necesidad de llevar a cabo análisis rigurosos de las contradicciones de la sociedad capitalista, pero también de sus mecanismos de reproducción (lo cual no implica ni ser funcionalista ni pensar que esa reproducción se haga de manera automática o indolora); obviar la necesidad de discernir los sujetos en mejores o peores condiciones de emprender una tarea emancipatoria colectiva en cada momento, o el itinerario histórico más o menos probable de recorrer

para ello, es en realidad no sólo muy poco marxista, sino estéril en la praxis social, y convierte la transformación en algo tan etéreo y abstracto como en realidad inalcanzable[84].

De ahí se deriva que la idea de revolución sobreviva como mito, más que como proyecto concreto. No sorprende, entonces, tampoco, que lo central y lo organizado sea visto con sumo recelo, mientras que lo "singular", lo esporádico, lo amorfo (*multitud*), la transgresión eventual, sean contemplados como lo auténticamente liberador. Se hace gala, igualmente, de una predilección clara por las manifestaciones intersticiales y marginales, sin proyección política, antes que por las fuerzas sociales organizadas y políticamente orientadas (a veces, como en el caso del postoperaísmo, todo ello va de la mano de un "tecnomisticismo" o confianza en que las nuevas tecnologías sean liberadoras *per se*)[85].

En la actualidad tanta proclama "apolítica" o directamente "antipolítica" busca deliberadamente ser ajena a la alienación intrínseca que constituye al Trabajo y que éste padece en cualquier sociedad de clases y, en concreto, la muy característica que produce la sociedad capitalista, cuyas relaciones sociales son especialmente oscuras para los seres humanos.

> "La enajenación y el fetichismo incluyen a la política, es decir, que las habilidades o virtudes políticas de los seres humanos (reunirse, escuchar, hablar, deliberar, acordar, discordar, decidir, ejecutar, sobre asuntos que a todos competen y que pueden ser, para decirlo con el Estagirita, 'de un modo o de otro') les son arrancadas y son depositadas, invertidas, en los políticos profesionales que, en general, tienen un vínculo estrecho con la forma de vida de los dueños del capital. Esa es precisamente la lógica de la antipolítica, y no la que se mueve en dirección del poder hacer como hacer humano. En este sentido, la recuperación de la política como parte del poder hacer es por sí misma una fuerza que, al menos en potencia, posee la capacidad de cuestionar el aparente automatismo del capital, con su dimensión política institucionalitzada en el cuadro administrativo del Estado, en su ejército y policía, en sus políticos profesionales y partidos políticos, en sus poderes oficiales. Una visión que suponga que la política es sólo lucha por el poder y, en consecuencia, que la antipolítica sería la verdadera actividad del 'poder hacer' conduce a callejones sin salida y a extravíos lamentables en la práctica política" (Ávalos, 2007: 54-55).

En esa línia se desconoce, al mismo tiempo, el hincapié marxista en la compleja y ardua conformación de la conciencia política como acompañante indispensable de la constitución de *sujetos sociales colectivos*, en tanto que agentes con mayor capacidad de protagonizar la propia emancipación respecto

de unas u otras condiciones de dominación y alienación (al identificar y enfrentar los entresijos profundos, estructurales, de la explotación y dominación de que son objeto –recordar lo dicho en la nota 235 de la anterior sección capitular, 8.3.–). Al desconsiderar el factor de "conciencia" no es extraño que las corrientes que aquí tratamos tiendan a confundir la resistencia o "lucha de clase" latente, que es susceptible de producirse en todo ser humano ante cualquier forma de explotación u opresión (expresada como resistencia defensiva), con la lucha de clase explícita o auto-emancipadora (Tema II del Apéndice).

La conciencia enajenada no les parece, por contra, obstáculo para la generación de *sujetos* cuyo desarrollo *abstractamente* libre (dotado, como condición suficiente al parecer, del hecho de *gritar* o *negar*), determina la modalidad material del proceso de organización social, en una inversión de la reducción economicista de la dialéctica entre materialidad y conciencia (Íñigo Carrera, 2003). Para estas corrientes es la conciencia, lo ideal, como intelecto general o como dignidad, aquello que determina la materia. Para el MA, en concreto, será la conciencia la que aparece como un punto irreductible al capital, como conciencia libre, como mera certeza inmediata de no ser el *capital*.

Al pretender a la clase trabajadora y a la sociedad toda como fuerza "independiente" y contradictoria con el capital, cae en el sinsentido de proclamar que obtiene "su fuerza a partir de propios intereses inmediatos que guían su autovalorización bajo una necesidad opuesta a su relación social general, regida por una abstracta conciencia libre" (Rivas, 2016: 259).

Embarcadas en la ciencia de la apariencia, estas posiciones no pueden ser sino ideología desprovista de materialidad dialéctica (el *valor* desaparece y las luchas de clase se hacen un mero postulado ideológico), expresando un contenido diferente al que dicen portar: la contribución a la emancipación.

Estamos, pues, ante un "marxismo" anti-Marx en demasidados aspectos. Quizás, por tanto, sería más honrado empezar a dejarle de llamar "marxismo", ni nuevo ni de ningún tipo, pues el autor renano fue el primero en señalar la verdadera potencialidad[86] que se adquiere cuando esa conciencia enajenada está al tanto de su propia enajenación y de las circunstancias estructurales que la explican, lo cual conduce, en la teoría, a tener que combinar el análisis del

desarrollo de las fuerzas productivas con el de la organización trabajadora-popular y el del accionar político concreto (Íñigo Carrera, 2003).

Nada que tenga que ver con estas Escuelas.

8.5. Resumen crítico de los "neomarxismos" analizados. Marx como oponente

Oponer Marx a la variedad de "marxismos nuevos" que se consolidan en el tramo final del siglo XX es imprescindible en términos de traducción política, y se hace más pertinente cuando se reconoce la necesidad de proyectar a Marx en cada nuevo tiempo histórico, porque Marx no sólo debe ser interpretado, sino reconstruido en términos de cada fase de capital, de cada presente. Lo que él dejó fue un método para acercarnos a desentrañar las claves más explicativas de las formas sociales históricas de unos y otros modos de producción, y muy concretamente para comprender y transformar el modo de producción capitalista. Como todo método, debe quedar alejado de la doctrina, y deja por tanto problemas abiertos y desarrollos que hay que resolver en cada tiempo. La cuestión básica que estamos analizando aquí es la potencialidad política de las nuevas construcciones de Marx. Si han enriquecido o por el contrario empobrecido a Marx en ese sentido. La conclusión de estas páginas creo que ha quedado bastante clara al respecto.

Todas estas corrientes y Escuelas tienen aportaciones de relevancia, aprovechables para el acervo de la ciencia social crítica, de las que personalmente me he beneficiado, como muestran las alusiones de toda la primera parte de este libro. Su hincapié en aspectos que han sido más descuidados por el marxismo histórico (el conjunto del marxismo que se ha ido construyendo tras la muerte de Marx), pueden corregir algunas de sus carencias y dotarle de todavía mayor profundidad en ciertos puntos de inflexión.

Así:

- La insistencia en las formas de fetichización y de mistificación (especialmente desarrolladas por la NLM y la NCV)

- La tensión puesta en la mercancía y el valor como elementos básicos del análisis de nuestras sociedades capitalistas (sobre todo la NCV, pero también la NLM)
- El señalamiento de la potencialidad disruptiva y creadora del Trabajo en el condicionamiento del propio capital (MAUT)
- La advertencia de que el capital tiene ya incorporado al Trabajo en sí mismo y que esa es también su gran debilidad (MA).

Sin embargo, al confrontar con el propio Marx para quedarse con la versión que cada una considera más "fructífera" o con más potencialidad para desarrollar la teoría, en algún punto "innovadora", estas corrientes terminan por descartar buena parte del resto de su obra, o al menos por desinteresarse de ella. Es decir, que al conceder una especial importancia a unos u otros de los elementos teóricos constituyentes del marxismo, el precio es que paneles enteros del análisis marxista quedan fuera de su foco, con lo que sus elaboraciones tienden a permanecer encerradas en sí mismas, a veces rayanas en una suerte de solipsismo teórico. Es prueba de ello que estos neomarxismos se den la espalda entre sí, adoleciendo de una elevada falta de diálogo de los unos con los otros, con algunas raras excepciones en las que se ocupan de atacarse mutuamente, como es el caso de Kurz y Heinrich, o de los autores del MA contra los del MAUT. De tal manera que a la postre parecen felicitarse de la propia fragmentación en la que hoy se halla el marxismo, así como de su cierta jibarización, a la que unas y otras de estas corrientes contribuyen en cuanto que niegan elementos que constituyen el fundamento de la obra marxiana, o al menos algunos de sus puntos nodales, como la caída *tendencial* de la tasa de ganancia (subrayo lo de tendencial), el materialismo histórico (cuando no el propio materialismo) y la dialéctica, incluso el proceder científico. En ocasiones son varios de esos nódulos a la vez los que son descartados. En este sentido, no deja de ser curiosa para la mayoría de estas corrientes su detestación de la dialéctica y, con ella, de las mediaciones sociales, de la Política en general. Por eso al confrontarse con diferentes marxismos europeos anteriores, marcan también sus distancias con los mismos en temas tan cruciales como la "lucha de clases" o al menos en cómo se expresa ésta. Es a tenor de ello que cabe preguntarse si esas expresiones de la teoría que lleva el rótulo de Marx, tienen

en sí ya tanto de Marx(-ista).

En esa reducción tiene mucho que ver también el hecho de que a diferencia de Marx, la mayor parte de estas Escuelas llevan sus propuestas a un terreno meramente ideal, hasta el punto de convertirlas en enunciados abstractos o ilusorios, sin contrastación material-dialéctica, haciéndolas perder su validez práxica. Por lo general, se trata más de especulaciones filosófico-abstractas que científicas y por tanto pragmáticas, esto es, con traducción en la vida de las personas. El paso de la ciencia crítica a la ciencia transformadora, la ciencia social que sirve para solventar los problemas humanos en favor de las grandes mayorías (a través de la praxis metacientífica), se difumina.

Poco que ver con las advertencias del autor de Tréveris sobre la utilidad de las abstracciones siempre y cuando seamos capaces de bajarlas a la tierra en cada momento[87]:

> "[El] ejemplo del trabajo muestra de una manera muy clara cómo incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente debido a su naturaleza abstracta– para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para estas condiciones y dentro de sus límites" (Marx, 1971: 26).

La ausencia en las teorizaciones neomarxistas de las luchas efectivas, de carne y hueso, que existen en la realidad, hace que la práctica teórica o praxis resulte ajena a estas corrientes, que tienden a sobreestimar tanto el impacto de las ideas en la transformación del mundo, como la propia originalidad de su pensamiento, tanto más "radical" en términos declarativos cuanto mayor es su reticencia a cualquier implicación militante concreta.

Y lo que es más importante en línea con esas carencias, las Escuelas tratadas están tan prendadas de su pensamiento teórico que omiten analizar de dónde proviene y cuál es su lugar en el seno del momento histórico singular en el que se desarrolla y que le explica y que no es otro que el neoliberalismo y su postmodernidad académico-política, acompañante de la fase senil del capital, como vimos al comienzo de este capítulo. Tales omisiones poco tienen que ver con lo que siempre sostuvieron los autores clásicos del marxismo: el papel de las ideas en cuanto que fuerzas sociales, a la vez ceñidas por las condiciones materiales y construcción de cosmovisiones hegemónicas en torno a ellas.

Por eso la propuesta emancipatoria de la NCV, MA y MAUT suena como una invención ex nihilo de un nuevo mundo, que no proviene de las movilizaciones conflictuales, correlaciones de fuerzas y brutales condiciones del actual capitalismo, ni tampoco tiene que lidiar en absoluto con ninguno de los conflictos, defectos y lastres que padecen los sujetos alternativos al capital. La ilusión bien en el derrumbe redentor, bien en la insurrección espontánea o en la sociedad unificada como *multitud* y en la negación inmanente como potencial disruptivo, proporciona los simplistas argumentos que, contradiciendo toda la presunción y el auto-encumbramiento de su propio discurso, no suelen tener consistencia suficiente para erigirse en teóricos, sino que en más de una ocasión parecen más bien enunciados propositivos, sin contrastación con el mundo y por tanto sin ninguna reflexión sobre la conformación y posible sedimentación de lo dicho, sobre su viabilidad, las condiciones sociales y políticas de su realización. Sin rastro de cómo puede conseguirse un accionar colectivo que se recombine con construcciones individuales subyugadas, en sus elaboraciones –especialmente del MA y del MAUT–, hay por contra esa irresistible atracción de quien si bien nada tiene que proponer en lo concreto tampoco nada exige, condescendiendo así con una suerte de "activismo a la carta" (cómo, cuándo, cuánto y dónde le interese a cada quien), antes que suscitar compromisos militantes.

Proporciona el "neo"-marxismo en general, por consiguiente, un "saber experto" construido al margen de cualquier movilización mundana, donde el "intelectual orgánico" ha dado paso a toda una retahíla de intelectuales-individuos, alejados de las condiciones materiales concretas de las clases subalternas, abandonados a sus propias elucubraciones teóricas, cuando no filosóficas (Basso, 2019), y confundiendo a veces procesos parciales y localizados con tendencias generales del capitalismo. Al desprenderse de la praxis, estas corrientes "neo" se inclinan más hacia un tipo de utopismo en cierta manera continuador del de los socialistas pre-marxistas del siglo XIX, que deserta del terreno de las luchas y mediaciones sociales y deja a los enunciados teóricos lanzarse libres al espacio para alejarse aceleradamente de la fuerza de gravedad de la práctica. Un neo-idealismo hegeliano, en suma, atraviesa de alguna manera la mayor parte de estas Escuelas.

La necesaria prosecución y revitalización de la potencia contenida en el

marxismo mediante la combinación de la materialidad y la dialéctica, es consiguientemente malograda a través de ejercicios de fantasía social. Haciendo así, del marxismo, un elemento abstracto, políticamente inocuo. Lo cual ha ido de la mano del sistemático desmantelamiento del proyecto revolucionario comunista que este método práxico llevaba implicado en sí mismo (Basso, 2019).

Repasemos mínimamente tan sólo algunos puntos de ejemplo. La confusión del trabajo abstracto con el trabajo en general es muy propia de la Nueva Crítica del Valor (y también de algunos autores como Holloway), por lo que hacen del *trabajo* en sí el proceso a rechazar y emanciparse (incluso por veces presentado como el verdadero "enemigo" a batir). Como fruto de esa indistinción el autonomismo y el marxismo abierto dejan de poner el foco en el antagonismo entre trabajo necesario y trabajo excedente por la obtención del *valor* y de la plusvalía correspondientes, para desplazar el nudo vital antagónico al campo de lo social en el que la precisión de los sujetos capaces de realizar la transformación social(-ista) de la sociedad no sólo es incapaz de hacerse, sino que se jactan de no poder hacerla. A partir de ahí surge toda la especulación sobre una supuesta *multitud* que sería el sujeto que anuncia la nueva sociedad (MAUT). O bien ni siquiera eso, sino que señalan a la propia *lucha* como el contra-sujeto definitivo. Cómo se exprese, cómo se concrete, qué dimensiones de antagonismo o por el contrario, de connivencia o incluso de enfrentamiento interno de las fuerzas del Trabajo conlleve en cada situación, es indiferente a los ojos del marxismo abierto. Como quiera que para esta corriente las fuerzas ontológicas de las propias luchas (indeterminadas) provienen de un humanismo inalienable encarnado en la dignidad, el grito, la resistencia… es innecesario precisar asuntos tan mundanos y prosaicos como las coyunturas, los objetivos inmediatos y a medio plazo, o las correlaciones de fuerza[88]. Aproximación lógico-ideal frente a la histórica, pues, que nos deja sin posibilidades de dar con los sujetos reales de transformación, mucho menos de propiciarlos.

Por su parte, la Nueva Lectura de Marx y la Nueva Crítica del Valor ni se preocupan de todo ello. La última porque considera incluso cualquier proyección política hoy por hoy imposible, dado que para ella la parte (el Trabajo), no puede sobreponerse o sobrepasar al todo (el capital), y como

resultado sólo la teoría (y una desfetichización universal que ignoramos en virtud de qué se logrará) puede guiar el camino. La NLM, por estar ante todo interesada en escarbar en lo substancial o cualitativo, en la disección de fetichizaciones y mistificaciones que subyacen a la sociedad capitalista, dejando para otro momento la proyección política radical del análisis del capital como un todo metabólico[89], en el que se incluye la decadencia "cuantitativa" del valor. Por eso…

> "Suponer que podemos retirar de la estructura categorial las determinaciones cuantitativas supone bien renunciar a desembocar en la comprensión del capital, bien entender el desarrollo de Marx como un análisis formal o meramente epistemológico que se encuentra al margen del objeto al que hace referencia. De igual forma, pretender que ha habido un cambio en el capitalismo (el salto a una nueva fase, por ejemplo) en la que no operarían los aspectos cuantitativos de la ley del valor sería afirmar que nos encontramos frente a un fenómeno radicalmente diferente al capitalismo, al menos al capitalismo analizado por Marx; con lo que sería preciso no solo «revisar» el análisis, sino replantearlo desde sus fundamentos" (Rodríguez Rojo, 2018: 4).

Por el contrario:

> "El despliegue lógico que tiene lugar en *El capital* da comienzo con la mercancía en su doble existencia: como valor y como valor de uso. El valor, como aspecto dominante, es la forma de la relación social más general que tiene lugar en una sociedad donde la producción se organiza espontáneamente a través del mercado competitivo al encontrarse los productores aislados entre sí. Ahora bien, esta relación social que aparece como atributo de las mercancías se expresa como valor de cambio, por lo que aquí respecta, como precio, esto es, como *quantum*. El intercambio presupone, entonces, una cantidad, una razón cuantitativa que tan solo puede estar relacionada con el valor, configurado ahora como magnitud de valor (que como es bien sabido está determinada por la cantidad de trabajo abstracto invertido privadamente requerida para reproducir la mercancía). Este último escalón es un paso fundamental para desembocar en el verdadero sujeto del modo de producción capitalista: el capital tan solo entra en escena como incremento cuantitativo de valor o, mejor dicho, como valor que se incrementa automáticamente. Esto permite a Marx transitar desde la igualdad que existe en el intercambio de valores en la circulación a la desigualdad presente en el proceso de producción y, por ende, desde la lucha de clases como mera expresión del intercambio mercantil a la lucha de clases como potencialidad negadora del capital" (Rodríguez Rojo, 2018: 4).

Lejos de tener en cuenta estas precisiones, y ante su incapacidad de redefinir el concepto de clase y la reestructuración de las clases en el capitalismo actual, los dichos marxismos "neo" reniegan directamente de ese constructo-realidad, cuando no lo reducen al absurdo (multitud), o a abstracciones (como el grito), minusvalorando la imbricación de las clases en la evolución del propio

capitalismo[20].

Queda así todo supeditado a la incertidumbre del despliegue del antagonismo dirigido por la dignidad. Ya nos irá mostrando ella por dónde ir.

> "De esta manera, el marxismo puede sumarse al abandono de la noción de clase que ha venido avanzando en las ciencias sociales en las últimas décadas, y reemplazarla por sujetos abstractos, en el sentido de abstraídos de las relaciones que los constituyen (la anti-clasificación, la no-identidad)" (Salvia, 2011: 153).

El aspecto 'genético' o 'sintético' del método dialéctico es relegado así al papel de explicar la constitución social de las formas de objetividad de la sociedad capitalista y, en el mejor de los casos, de las formas de subjetividad que portan la reproducción de las primeras. Pero, desde estas perspectivas, dicho segundo momento de la investigación dialéctica nada tiene para aportar respecto de la comprensión del fundamento de la subjetividad revolucionaria.

> "En tanto la subjetividad revolucionaria es una 'unidad de múltiples determinaciones', su fundamento no puede ser encontrado al 'nivel de abstracción' del fetichismo de la mercancía, tal como implícitamente se sigue de la Neue Marx-Lektüre y el Marxismo Abierto (…) Ahora bien, si de lo que se trata es de la transformación radical del mundo, la cuestión que surge entonces es cómo traducir dicho descubrimiento científico del fundamento humano de las 'categorías económicas' en una crítica práctica, esto es, cómo convertirlo en una praxis consciente emancipadora. Y es en este punto donde, eventualmente, se pone de relieve con toda claridad el recurso a un momento de exterioridad respecto de las relaciones sociales capitalistas como fuente de las potencias transformadoras de la acción revolucionaria. A grandes rasgos, las mismas no residirían en la forma-mercancía misma que rige la práctica humana en el capitalismo, sino en el carácter esencial de un contenido material genérico desprovisto de toda determinación social, 'el poder constitutivo' del trabajo humano, el cual es visto como 'lógicamente' previo a su existencia pervertida como productor de valor (si bien, se declama, es ciertamente esta última la forma en que se manifiesta y aparece)" (Starosta y Caligaris, 2017: 166-167)[21].

No es de extrañar, como apunta Salvia (2011), que este abandono de la praxis de clase se produzca en un contexto de avance de una tendencia en el debate intelectual en las ciencias sociales signada por tópicos como el fin de la historia y el triunfo del capitalismo como sistema social. Refleja o es parte en alguna manera, de la impotencia (y la pasividad cuando no connivencia) de la (mayoría de la) teoría que acompaña a la decadencia del valor, ya se autodefina como "neo" o como "post" algo. Una impotencia que ha querido hacer también del marxismo una teoría más de la "new wave", ajena tanto al Poder

metabólico del capital como a los poderes institucionales y de clase en que coagula. De ahí la ya añeja animadversión del "nuevo marxismo" occidental contra el marxismo oriental, a la que aludía Losurdo (2019), porque ese último sí se ha desarrollado lidiando con tales poderes, incluidos los del nuevo imperialismo de las "sociedades democráticas" que tanto celebran buena parte de las corrientes del marxismo occidental.

No sorprende tampoco, para dar otro ejemplo, que el desinterés de los marxismos "nuevos" por la concreción política de las luchas y de sus propias posibilidades y alcances, corra parejo al desprecio por el materialismo como análisis del medio social en que nos desenvolvemos, y a veces hasta de la propia ciencia[22]. El materialismo histórico es señalado incluso como parte del problema. ¿Del problema de qué? ¿De encriptar la pretendida "esencia" humana que sería la *dignidad*, de explicar las bases de los fetiches del mundo sin recurrir a especulaciones, de mostrar la explotación intrínseca al modo de producción capitalista?

Probablemente Marx no empleó nunca el término "materialismo histórico" y hoy los neomarxismos quieren hacerlo constar para renegar de ese análisis. Pero en Marx y en Engels estaba desarrollada una "concepción materialista de la historia" basada en unos argumentos elementales, como que el desarrollo de las fuerzas productivas establece las coordenadas de lo que es "políticamente posible" en cada coyuntura histórica, mientras que las relaciones sociales de producción (con el efectivo control que ejercen unas u otras clases) enmarcan los contradictorios intereses materiales que subyacen a las cambiantes fracturas antagónicas y conflictuales, aunque también de posible alianza, que existen entre unas y otras clases y sus luchas. Un método que procedía desde el punto de arranque de agentes inmersos en concretas relaciones sociales, es decir, de individuos-sociales. La conjunción en cada presente de esas fuerzas productivas y relaciones sociales de producción establecían las posibles vías de generación y resolución de antagonismos y crisis sociales. Porque la historia no es la sucesión de los efectos que sobre los seres humanos obra el entorno exterior y sus condiciones naturales. Su existencia viene dada por la lucha de los seres humanos por realizar sus potencialidades, por evitar ser juguetes de las fuerzas naturales y sociales, por un proceso de hominización como proceso de liberación de la necesidad y de la estricta compulsión biológica, en el que bien

puede tener cabida también la emancipación de la dominación-explotación. No transformamos el mundo por medio de la contemplación, sino por nuestra actividad (aunque en ella va empotrada el pensamiento), y con ello alteramos nuestra propia naturaleza: nuestras necesidades se hacen "sociales" o tamizadas por lo social-cultural, evadiéndonos de los ciclos instintivos-repetitivos del resto del mundo animal (que por eso carece de "historia" –sólo tiene "evolución"–).

Pero la verdadera distinción de lo humano en el proceso de emancipación de la necesidad marcada por los ritmos de lo físico-biológico, pasa para Engels y Marx, definitivamente, por "una organización consciente de la producción social, en la que la producción y la distribución sean planificadas" (Berlin, 2000: 129), precisamente para poder tener alguna posibilidad de integrarse armónicamente también en los ciclos ecosistémicos.

Con el concepto de *modo de producción* los camaradas alemanes dieron un enorme salto científico en la comprensión de la historia humana (especialmente por sobre las concepciones liberales y del primer socialismo –utópico– dadas hasta el momento), para permitir trazar un mapa de posibilidades sobre las amplias coordenadas de las políticas revolucionarias (Blackledge, 2019b). Hicieron ampliamente complementarios, además, materialismo y dialéctica.

> "Si el materialismo explica por qué las cosas pasan en la forma en que lo hacen sin el recurso a causas extra-naturales, la dialéctica articula las formas estructurales que muestran cómo una cosa emerge de otra. Lo opuesto directamente a la emergencia natural es la creación divina" (Kangal, 2020a:165).

No hay ninguna filosofía de la historia en nada de ello, sino sólo un intento de trascender elaboraciones indeterminadas y sincréticas, que aluden a una amplia variedad de factores sin especificar nunca la prevalencia de unos u otros,

> "no para reducir todo a la clase, sino [para realizar esa trascendencia] a través de una 'visión sintética de la vida social' que facilite nuestra cognición del todo como una totalidad compleja centrada en el compromiso productivo de la humanidad con la naturaleza" (Blackledge, 2019b: 38).

Es decir, se trata de entender los sistemas sociales como totalidades complejas que adquieren una explicación central a través de la producción y reproducción

humana involucrada con la naturaleza y su intercambio energético, donde las formas de conciencia y acción (la agencialidad humana en su multiplicidad de expresiones), no son sólo resultado sino también motor permanentemente transformador de tal dinámica sistémica.

Todo este ingente esfuerzo teórico es revertido por buena parte de los neomarxismos para volver a las indeterminaciones de "lo que pueda suceder", de "lo que es posible", de "lo que está oculto", "de lo que decanta el azar"; esto es, para regresar al oscurantismo. Ante la impotencia de no (poder) hacer nada para cambiar la realidad, no importa el análisis de lo que sucede, sino de lo que está oculto en forma de *potencia* (como si ambas cuestiones no fueran complementarias y necesarias). Pueden las interpretaciones del MAUT y del MA dormir, así, fuera de cualquier propuesta concreta, pues, en el mejor de los casos, sueñan con una sociedad reunificada, capaz de solventar por vía referendaria y de comunión, las cuestiones sociales.

En el terreno social de las grandes mayorías, la teoría fuera de la imbricación material-dialéctica y de su proyección hacia los asuntos del mundo, se hace estéril. De ahí que estas corrientes "neo" nos abocan, más bien, a la indefensión colectiva, la impotencia social y la inoperancia política.

Por eso, mientras el MAUT, el MA y la NCV nos hablan de la enormidad de la resistencia abstracta, ideal, del potencial de lo oculto, del brillante futuro que sucede a la desfetichización, el capital prosigue su curso barbarizador, destrozando nuestras vidas, arrasando el planeta y provocando hecatombes colosales. Al contrario que en las fantasías neomarxistas, en las condiciones sociales existentes la potencialidad creativa de los seres humanos, su capacidad de configurar de manera autónoma la vida social, es negada por la heteronomía y la alienación inherentes a la sociedad de la mercancía, que provoca la separación de las condiciones de su actividad, su enajenación intrínseca a aquélla. La cosificación de las relaciones sociales lleva a que lo producido por los seres humanos se transforme en poder objetivo sobre ellos, obstruyendo el autogobierno y la autonomía. Todo esto puede ser enfrentado, ciertamente, pero no a partir de inmanencias innatas o de la formación de entelequias supuestamente todopoderosas (la multitud) que mueven al propio capital. Tampoco la teoría por sí sola puede hacerlo.

Porque las propias luchas las llevan a cabo sujetos cuanto menos no del todo

des-enajenados, que de una u otra forma están dañados por la ley del valor. Su coaligación como *poder para* o *contra-poder* no puede darse por garantizada. Disputas, conflictos, articulaciones, compromisos, estarán siempre presentes, lo que lleva a la necesidad de la Política y también de la identificación en torno a unas u otras construcciones políticas de comunidad, de sujetos. Pasar de la conciencia de comunidad (identidades sanguinizadas u objetivadas) a las comunidades de conciencia (identidades politizadas) (Piqueras, 2004) es un camino arduo y largo, que requiere de muchas dosis de Política en cuanto que *dinámica interactiva* de pugna y alianzas mediante la que se construye el consenso o la legitimidad, se regula el antagonismo y se dirimen los conflictos y disensos, levantando el ámbito de *lo social* en el que confluyen (desigualitariamente) los agentes y las clases sociales, también los sujetos en lucha. Es por esto que cualquier sociedad generará siempre mediaciones en algún grado institucionalizadas entre las distintas posiciones sociales y maneras de entender el mundo.

> "Consideramos que es esencial recuperar el nombre de POLÍTICA como referencia a los asuntos comunes de la polis, del colectivo capaz de definir sus reglas de interacción. Cualquier forma de organización de la vida en común, que establezca reglas para tomar decisiones que afecten a todos es, por definición, POLÍTICA (…) Porque hay que transformar una sociedad que, en sí misma, no tiene una cualidad mejor a la del poder (político) que se erige sobre ella. Salvo que se crea que todo lo que surge de 'la sociedad' es bueno, por definición, y sólo es pervertido por las prácticas impuestas desde 'afuera' por el Estado (poder) (…) De hecho, la pérdida de confianza en la acción política no ha provocado un despertar libertario sino que ha producido el fortalecimiento del polo del capital durante décadas" (Thwaites, 2004: 59, 65 y 67)[93].

Y lo opuesto al poder no es necesariamente el anti-poder: puede ser la impotencia. De la misma manera que el grito del oprimido que no logra ser potente puede ser más frustrante aún, concluye esta última autora citada.

Por eso, llegados a este punto no queda más remedio que hacer referencia a otra cuestión práxica de primer nivel, que también es denigrada o cuando menos ignorada por estos neomarxismos, la de la hegemonía.[94] Menosprecio congruente con la desconsideración por cualquiera de los procesos políticos que pueden conducir a ella: identificaciones, procesos de formación de sujetos colectivos, identidades políticas, organización, proyectos, estrategias… Aquí reflejan también su rechazo-pavor a los programas y a las condensaciones

políticas orgánicas.

Dado el hondo vacío que las nuevas elaboraciones del marxismo dejaron en estos campos, resulta cuanto menos paradójico que hayan sido ciertas construcciones teóricas que se consideran ya decididamente *postmarxistas* las que han recuperado la importancia de la hegemonía. Lástima que lo hicieran sólo para contemplarla dentro de los implacables límites del *valor-capital*, sin ningún atisbo de desafío a los mismos. Lo vemos a continuación.

---

1. En la última parte del siglo una Escuela "neomarxista", como la Nueva Crítica del Valor, haría incluso alarde de ello por considerar esas luchas integradas dentro del orden del capital. Sí, lamentablemente es así, como suena, según vamos a ver un poco más adelante.

2. Kohan, al hacer una glosa del trabajo de Losurdo, abunda en la herida cuando dice que cuatro autoridades teóricas (Merleau-Ponty, Marcuse, Fromm y Anderson):

> "adoptaban como un dato autoevidente esa supuesta disyuntiva, en la cual el 'marxismo occidental', aun con sus limitaciones (por ejemplo su academicismo, su lenguaje críptico y su incapacidad para elaborar estrategias políticas, como observara en su reconstrucción Perry Anderson), se mostraba infinitamente superior frente a su contracara supuestamente "primitiva" y "subdesarrollada" (2020b: 253).

Y añade:

> "por nuestra cuenta agregamos que esta sospecha acertada y este sólido cuestionamiento sobre la pretendida e injustificada 'superioridad intelectual del marxismo occidental' se extiende en realidad, no sólo a partir de la década de 1930 en adelante (…) sino desde mucho antes, esto es, desde los tiempos del eurocentrismo occidentalista-colonialista de la Segunda Internacional (2020b: 254).

En la revisión final de este texto he tenido la oportunidad de acceder a la publicación de McKenna (2021) de título significativo ("La guerra contra el marxismo"), donde se coincide en aspectos clave con las reflexiones hechas aquí (aunque no en todos los autores objeto de crítica). Dice, así, McKenna que los nuevos marxismos nos prometen "poner al día" o "desarrollar" el marxismo, librarlo del "economicismo", del "determinismo", del "teleologismo" y del "esencialismo de clase", pero lo que realmente están haciendo es desacoplar al marxismo de sus bases, retocar sus trabajos, distorsionar su método y renunciar a sus conclusiones revolucionarias. Creando un marxismo "más simpático" para la vida universitaria. Pero si de facto son antimarxistas, ¿por qué se llaman a sí mismo marxistas?, se pregunta McKenna. La importancia y lo agrio del debate en torno a todo esto son debidos a que sabemos que tiene consecuencias políticas bien palpables y decisivas, nos asegura el autor, y yo comparto. Es una lástima que él mismo carezca del imprescindible análisis de las condiciones histórico-dialécticas de las exitosas "revoluciones de otros mundos", cayendo en este sentido también dentro del "marxismo occidental", donde la necesaria crítica deja paso sin más a la denigración completa de aquellas experiencias.

3. Así hasta llegar al milenarismo de tipo cristiano, el que se expresara tras la derrota de la revuelta judía contra Roma, sintetizado en la frase "Mi reino no es de este mundo" y copiado hoy por Holloway, como dijimos, en su "cambiar el mundo sin tomar el poder".

4. De alguna forma, al aceptar el epíteto de "neo"-marxismo ya están haciendo referencia a que no es el mismo marxismo que se construyó históricamente con Marx y a partir de su muerte. El problema radica, como digo, en que para hacerlo "nuevo" hayan tenido que separarse del propio Marx.

5. No he considerado al autodenominado "marxismo analítico" en esta lista, porque me parece que no tiene ningún fundamento para decirse "marxismo". Tal designación es, a mi entender, una estafa. Para empezar, esta Escuela está fundamentada en el individualismo metodológico, lo que es antitético con

Marx. Por tanto, su epistemología también. En ella, como en el análisis neoclásico, tenemos individuos atomísticos que con activos y técnicas exógenamente dados entran en relaciones de intercambio recíproco a fin de satisfacer necesidades exógenamente conferidas, siendo la sociedad la suma total de estos arreglos de intercambio. Nada más alejado del enfoque de Marx. El individuo aislado para quien las diversas formas de la relación social son "sólo un medio para sus propósitos privados", y todas las "robinsonadas" semejantes de la economía neoclásica, eran puro "disparate" para Marx. Para el autor renano, el "interés privado" es en sí mismo ya un interés socialmente determinado que sólo puede alcanzarse dentro de las condiciones establecidas por la sociedad y con los medios proporcionados por la sociedad. Su contenido, al igual que la forma y los medios de su realización, están dados por condiciones sociales independientes de todos (Marx, 1981a). En la perspectiva dialéctica (por oposición a la perspectiva cartesiana) las partes no tienen una existencia previa e independiente como partes, sino que adquieren propiedades en virtud de ser partes de un todo particular, propiedades que no tienen en aislamiento o como partes de otro todo. Porque el punto de partida de Marx es desarrollar un entendimiento de la sociedad como un "todo conectado", como un sistema orgánico; trazar las conexiones intrínsecas y revelar la "oscura estructura del sistema económico burgués", el "núcleo íntimo, que es esencial pero está oculto" en la superficie de la sociedad. Mientras que el "marxismo analítico" se ocupa de modo directo de los esfuerzos por razonar desde la posición del individuo aislado.

Por si fuera poco con esto, los autores adscritos a tal despropósito designativo descartan los principales nudos teóricos de Marx. Uno de sus más destacados miembros, Jon Elster (1992), se encarga de compendiar esos rechazos en su capítulo "¿Qué vive y qué está muerto en la filosofía de Marx?" (páginas 196-202). Allí se responde que en Marx están "muertos" el "socialismo científico", el "materialismo dialéctico", la teoría económica –en particular sus dos pilares principales, la teoría del valor-trabajo y la teoría de la tasa de ganancia decreciente–. También la que llama "quizá la parte más importante del materialismo histórico", la teoría de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Es decir, las claves epistemológicas de la obra de Marx y las principales consecuencias teóricas de ellas. Otra de las figuras más relevantes de esta corriente, John Roemer, empezó respetando tan sólo la teoría marxista de la explotación; pero más tarde le pareció demasiado y señaló que la explotación es simplemente desigualdad (Roemer, 1998). Neoclasicismo (en este último punto de estilo más rawlsaniano), imposible de compaginar con Marx. La conclusión es que el "marxismo analítico" no sólo no es marxismo, sino que en sus fundamentos es antimarxista; pero a semejanza de cierta tendencia postmoderna, alberga la desfachatez de intentar deshacer o desbaratar la obra de Marx diciéndose "marxista" (habrá algo de esto también en las Escuelas que veremos a continuación, aunque no de manera tan explícita y total). Se han hecho ya muchas críticas a esta suerte de engendro teórico "marxista-analítico". Me quedo como referencia por su alcance y capacidad sintética, entre las que yo conozco, con la de Lebowitz (1988). A mi entender, sólo la evolución de la obra de Olin Wright hace que este autor sea una parcial excepción al conjunto de los renombrados autores de esta corriente. Será citado en adelante en más de una ocasión, como manera de señalar la parte de la aportación teórica suya que considero valiosa.

6. Mandel, Arrighi, Wallerstein, Amin, Gunder Frank, Mészáros... fueron, con sus inevitables carencias, algunos de los últimos grandes marxistas en desentrañar el capitalismo de carne y hueso de los distintos momentos históricos, incluido el de su presente. Por mi parte, he intentado llevar a cabo una modesta contribución a ese análisis en Piqueras (2014a y 2017a). Para la importancia en general del análisis de etapa y de fase, Katz (2003), aunque no se tenga porqué coincidir en sus apreciaciones concretas.

7. Foster (2004) ha dado buena cuenta de ello.

8. Adorno será una de las principales fuentes de inspiración de buena parte del "neomarxismo" en general. Para él la forma específica de socialización dentro de la sociedad burguesa está supuesta en las relaciones de intercambio, en el sentido en que establecen una conectividad total y objetiva entre los agentes sociales. Bajo esta forma la sociedad se presenta como una entidad autónoma desde el punto de vista de los sujetos que la componen. Una abstracción real que determina las acciones de los individuos,

aunque ellos no sepan *porqué hacen lo que hacen*. Es decir, las categorías de la teoría económica han de ser entendidas como formas socialmente constituidas que surgen de relaciones sociales de producción que se imponen sobre los individuos como definitivas, a la manera de una "naturaleza social". Si para Adorno la "anamnesis de la génesis" de la autonomización de la sociedad tenía sus raíces en el intercambio entendido como una abstracción real y objetiva que se impone sobre los agentes sociales, para Backhaus, el intercambio tiene que ser determinado mediante el análisis de la *forma-valor* y, por lo tanto, dicha "anamnesis" tiene que ser retrotraída a la forma específica de intercambio en la cual los trabajos gastados privadamente devienen trabajo social sólo por asumir la forma-dinero (ver al respecto, Bellofiore y Redolfi, 2018).

9. "La tradición de Rubin ha contribuido de al menos dos formas importantes al desarrollo del análisis marxista del valor. En primer lugar, la afirmación de que el trabajo abstracto es trabajo social formado indirectamente a través de la venta es aplicable únicamente a las economías de mercancías y proporciona el trampolín para una crítica enérgica de las visiones ahistóricas del trabajo incorporado. Esta crítica ha ayudado a virar el enfoque de los estudios marxistas del cálculo de valores y precios hacia el análisis de las relaciones sociales de producción y sus formas de aparición. En segundo lugar, esta tradición ha enfatizado la importancia del dinero para el análisis del valor, porque el valor aparece sólo en y a través del precio" (Saad-Filho, 2002: 40). Ver Rubin (1974).

10. El "marxismo abierto" también aprovecharía la obra de Adorno como elemento de arranque, según veremos, pues hay bastantes entrecruzamientos en los presupuestos de estas corrientes. Ver especialmente Adorno (1993).

11. Y cuando se explicita alguna opción política, como en el caso de la autora a la que acabamos de referirnos, resulta ser inocua al orden del capital (Ramas, 2018d). Ser partícipes de la *izquierda integrada* (capítulo 5 y Tema IV del Apéndice) se antoja lógico por parte de quienes niegan la caída tendencial de la tasa de ganancia y el camino al derrumbe del capital, como enseguida vemos, por lo que son más susceptibles de depositar su confianza en un nuevo "capitalismo regulado" o un nuevo ciclo más o menos "keynesiano" del mismo. La traducción *in-política* (en la vertiente integrada) de su hincapié teórico resulta patente.

12. Esto incumbe también a la línea teórica de Rubin: el hincapié en el *valor* como relación social básica es encomiable siempre y cuando no nos lleve a descuidar que es en la producción donde se genera, y que independientemente de si se venden o no los productos de la misma, éstos son mercancías en tanto en cuanto en la sociedad capitalista están destinados desde el inicio al mercado a través del trabajo abstracto, y los productores directos nunca son particulares, sino que están insertos en una división social del trabajo. Sin tener en cuenta esto, incurrimos en una reducción relacionada con la que se efectúa con el *valor* en cuanto que se considera su *forma*, que se manifiesta como valor de cambio, en cantidades del cuerpo de otra mercancía, y no su *sustancia* o el tiempo de trabajo socialmente necesario que entraña. Con ello se dificulta entender en su completitud la manera privada en que se realiza el trabajo social en el modo de producción capitalista y sus consecuencias (ver al respecto Íñigo Carrera, 2003). Tendremos ocasión de comprobar también este defecto de parcialidad en el análisis que hagamos de otras de estas Escuelas.

13. Miremos lo que Heinrich responde en una entrevista (2017), cuya explicación más detallada puede encontrarse, por ejemplo, en Heinrich (2014a, 2014b) [ver también al respecto, Roberts (2013)]:

Entrevistador: Usted critica la idea de unidad –doble unidad– de la obra económica de Carlos Marx. ¿Qué implica esto para la posición de su teoría del modo de producción capitalista?

Heinrich: Mi objeción a esta doble unidad se basa en la interpretación de los manuscritos del Marx de la madurez. Por un lado, están los manuscritos que comienzan con los *Grundrisse* (Elementos fundamentales para la crítica de la economía política) de los años 1857 y 1858 y abarcan hasta los últimos manuscritos preparatorios de *El Capital* –manuscritos redactados con miras al segundo volumen, entre 1877 y 1881–, que se considera que forman una unidad y, por otro lado, el propio *Capital* y sus

primeros lances. Los *Grundrisse*, por un lado, no reflejan el mismo proyecto que *El Capital*, ni siquiera tienen la misma estructura. Ponen de manifiesto ciertas diferencias con respecto a la concepción del capital y de la competencia, etc. Por otro lado, los tres volúmenes de *El Capital,* a su vez, tampoco pueden considerarse una unidad final. Se basan en manuscritos redactados en diferentes momentos y que representan distintos niveles de comprensión y de reelaboración.

14. Thomas y Reuten (2014) se contentan con argumentar sobre un cambio de criterio u oscilación teórica, que habría ido desde la denominación de "ley" en la primera parte de los *Grundrisse*, a la de "tendencia" en los manuscritos de 1864-5, que luego se integrarían en la Parte Tres del Tomo III de *El Capital*. Dejan a interpretación si con eso el Marx más maduro veía ya al capitalismo como un sistema capaz de perpetuarse a través de crisis y dispositivos contra-crisis de los que puede disponer en cada momento, provocando ciclos de descenso y ascenso de la tasa de ganancia, estos últimos siempre a costa de una mayor explotación del trabajo. En cualquier caso, es el 'balance' entre tales tendencias el que configura los márgenes en los que el capital es forzado a operar (y en consecuencia, marca las expresiones políticas que presenta el capitalismo en unos y otros lugares), y por tanto también, en contra de las propuestas del operaísmo, post-operaísmo y marxismo autónomo, donde tiene que partir cualquier lucha de la fuerza de trabajo.

15. La cuestión que probablemente esté en la base de toda la polémica es precisamente la consistencia o durabilidad del adverbio "pasajeramente" en la contrarresta de la CTTG, dado que la transitoriedad a la que alude se ha alargado y a muchos se les antoja que puede alargarse en el tiempo de forma indeterminada en función de la adaptabilidad o resiliencia del capital a las condiciones que gripan su funcionamiento, sobre todo mediante su capacidad de desvalorizar capitales y aumentar la productividad del trabajo para iniciar nuevos ciclos. Un poco más adelante daré algunos apuntes más al respecto de tal polémica.

16. Hoy es ineludible consultar a este autor para conocer las raíces, porqués y consecuencias del "debate Engels" o del "problema Engels", sobre el que dialoga en profundidad con detractores y defensores de esa difícilmente repetible figura histórica [Kangal (2020a, 2020b)]. También importante ver Blackledge (2019a), obra reseñada por el propio Kangal.

17. Palabras del líder del movimiento obrero austriaco Víctor Adler. Después de que tras la muerte de Marx su figura fuera reconocida por todos los partidos socialdemócratas del mundo como la de su "líder teórico", y la erección del marxismo atribuida a su propio esfuerzo teórico y político-práctico, Adler hizo un compendio diciendo que Friedrich Engels "nos enseñó a entendernos (...), [fue] un verdadero maestro (...) nuestro mayor político, nuestro mejor estratega". Su efecto, también dijo Lenin, fue el del "direccionar a la clase obrera" (todos los entrecomillados en este párrafo y en la nota son de Solty –2020)–, a quien remito para ahondar en la argumentación sobre Engels aquí presentada). Mi alemán no es, en el momento de escribir estas páginas, suficiente para desentrañar o hacerme interpretaciones propias de las fuentes originales de Marx y Engels, pero creo que me alcanza, con cierta ayuda de traducción, para comprender (y compartir) cuestiones básicas y artículos como los de los autores aquí citados.

18. Sin duda Engels, al igual que Marx, no proporcionó un análisis sistemático de la que se consideró como "esfera reproductiva" en su origen, sino que centró su enfoque en las tareas domésticas para la creación de *valor*. Sin embargo, la obra de reproducción que preserva el valor aparece en el concepto de doble producción y reproducción de la vida (la producción de los productores). Consideraciones sobre ello y sobre la liberación de las mujeres abundan en sus obras *La situación de la clase obrera en Inglaterra; La ideología alemana*; *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*; y el *Manifiesto Comunista*. Su propia postura personal en relación a lo que hoy llamaríamos "género" fue más avanzada que la de Marx, como en otras cuestiones sociales.

19. Incluso la BBC, nada sospechosa de filo-marxismo, comienza un artículo sobre la vida de Engels con el título "La doble vida de Friedrich Engels, el hombre sin el que quizás no habrías oído hablar de Karl

Marx". Para continuar diciendo: "fue Engels quien posibilitó que escribiera sus principales obras, de hecho él mismo escribió un par de clásicos, y constantemente le daba a Marx ideas cruciales, análisis e información detallada… además de dinero" (Ventura, 2020).

20. Kopf, curador de volúmenes de la obra completa de Marx y Engels (MEGA), ha intentado mostrar en este trabajo la estructura lógica de la teoría social y la concepción general que desarrollaron conjuntamente Marx y Engels. De hecho, insiste siguiendo a Werner Sombart, en que sería más preciso hablar de un "sistema marxista-engelsista". Agradezco a Ignacio Llácer la ayuda con la traducción de este autor. A Manuel Monleón que me facilitara su obra.

21. Kliman, Freeman, Potts, Gusev y Cooney ofrecen algunas puntualizaciones al respecto. Así concluyen:

> "Y esa es la verdadera queja de Heinrich contra la edición de Engels. Él llevó a cabo la petición de Marx de hacer algo de su manuscrito inédito, mientras que Heinrich quiere deshacerlo. El propósito claro de este intento de desafección es eliminar de cualquier consideración la propia teoría de la crisis de Marx y así permitir que una teoría alternativa "Marx"-ista tome su lugar, en vez de reconocer francamente que la teoría de Marx existe, permitiéndola contender con cualquier otra alternativa a ella" (2013: 14).

En cambio, por las razones expuestas y otras que se aducen a continuación, no me parecen convincentes los argumentos que Pitts (2015a) elabora para intentar contrarrestar las críticas a Heinrich. En todo caso, remito a ellos como contrapunto a lo aquí expuesto.

22. Nos recuerda este autor que *El Capital* era muy difícil de seguir no ya por la clase trabajadora sino por la propia intelectualidad, lo que llevó a Engels a sugerirle a Marx en una carta del 16 de septiembre de 1868 que se necesitaba con urgencia una versión popular corta de *Das Kapital* para una audiencia de clase trabajadora. "Si no está escrito, algún *'Moisés'* u otro vendrá y lo hará y lo arruinará", advirtió Engels. Marx estuvo de acuerdo con la evaluación de Engels, sugiriendo que "sería muy bueno que tú mismo escribieras un pequeño folleto explicativo popular". Engels preparó un breve resumen de los puntos centrales de *Das Kapital,* pero el folleto nunca fue publicado. Finalmente, Engels lo abordaría con la publicación en 1880 del breve estudio que llevaba por título *Del socialismo utópico al socialismo científico*, extraído de su anterior *Anti-Dühring*, con fines divulgativos. Marx volvió a concordar con su amigo.

23. Por eso lo entendemos como *dialéctico*, y aunque ellos nunca especificaron el término "materialismo dialéctico" (que parece haber sido aportado por Plejanov), es legítimo atribuírselo. Tampoco aludieron específicamente al materialismo histórico, pero dejaron claro que su análisis entrañaba una "concepción materialista de la historia" (Thomas, 2014: 299). Su materialismo es por tanto metodológicamente dialéctico y ontológicamente histórico. Aportando frutos hasta hoy.

24. Kopf ha señalado que "Engels él solo hizo entre 1883 y 1894 lo que un equipo de 50 colaboradores de la *MEGA* en Moscú, Halle, Berlin, Sendai y Tokio tardaron en hacer 30 años» (2017: 95, 107). "Este mérito se ha convertido, a ojos de sus críticos, en un nuevo cargo: el de haber desvirtuado el carácter de la obra marxiana, en particular, el Libro III. Al parecer, Engels puso "Zusammenbruch" (derrumbe) donde Marx escribió "Klappen" (abatimiento)... Michael Krätke, Eike Kopf han dejado claro que no es tal el caso: la edición engelsiana es lo más fiel que se puede ser a los manuscritos originales. Incluso Rubel, nada sospechoso de ser filoengelsiano, dice que en la nueva edición del Libro III en la *MEGA* «se recobra el mismo Marx que Engels había copiado fielmente»" (Monleón, 2020: 138).

25. González (2020a) acaba de sacar una excelente compilación de sus escritos de juventud, anteriores a su legendario encuentro con Marx en París, en 1844.

26. No hay ni un solo texto conocido en el que Marx manifieste el más mínimo desacuerdo con Engels, nos dice Kalgan (2020a), sino al contrario, lo que muestran todos los escritos fue su plena sintonía. Si hubo en realidad alguna "diferencia" de opinión estaría radicada en las ambigüedades o carencias internas de una teoría que levantaban en común (Kalgan, 2020a: 185). Este autor llega a decir que si Marx hubiera discrepado de Engels sobre el *Anti-Dühring* o la *Dialéctica de la Naturaleza*, probablemente el

equivocado hubiera sido Marx.

No parecen tampoco muy afectadas las mentes de la NLM por el hecho de que Engels y Marx, ya en la recta final de la vida de este último, se pusieran de acuerdo en todo lo concerniente a la crítica del programa de Gotha y a la elaboración de los problemas y pasos que tenía que enfrentar la construcción del socialismo.

27. Se le ha hecho el cargo a Engels de inaugurar una vía que conducía a la "ontologización" de la dialéctica, a una comprensión de ésta como esquema dogmático, precrítico, al que las ciencias debían ajustarse; la expresión "leyes de la dialéctica" constituiría la prueba... Pero este término es Marx quien lo emplea por primera vez, y Engels hace uso de él en contadas ocasiones. Las categorías centrales de la dialéctica de Engels son las de interacción, nexo o vínculo (*Zusammenhang*), movimiento, forma de movimiento, forma de existencia (Monleón, 2020: 134-135). Ver también Kangal (2020b). Sus reflexiones sobre el movimiento de la materia se avanzan en décadas a las elaboraciones de las ciencias naturales. Engels investigó la relación entre causalidad y necesidad. Con admirable maestría dialéctica puso de relieve el error tanto de la posición mecanicista como de la idealista en el enfoque de este complejo problema y le dio una solución, marxista (…) Muchas de las tesis de la obra se han anticipado en decenios al desarrollo de la ciencia natural. Contra las charlatanerías anticientíficas, idealistas o mecanicistas vulgares, Engels defiende cómo, a través del conocimiento dialéctico, las diversas ciencias deben converger en una sola ciencia del mundo.

28. En Foster (2004: 352) –las cursivas aparecen en el original–. Es muy recomendable este estudio para seguir un buen desarrollo del materialismo dialéctico en Marx y Engels. Incluso un poco más adelante traslada este autor otras palabras de Engels: "El material sobre cambios contingentes que se ha acumulado entre tanto, ha suprimido y hecho añicos la vieja idea de la necesidad" (2004: 353). Otro buen conjunto de reflexiones y citas en torno al pensamiento de Engels sobre la *dialéctica* (no mecanicista) entre seres humanos y naturaleza, en Roberts (2020a y 2020b). En definitiva, el método histórico-materialista desarrollado por Engels y Marx se encuentra en su opuesto si es tratado como como una plantilla terminada según la cual se cortan los hechos históricos, en vez de como una guía en el estudio histórico. Por su parte, Solty asegura que su énfasis a veces polémico y duro en la base económica que presentan los fenómenos de la superestructura se debió principalmente al hecho de que el pensamiento idealista fuera tan dominante en su tiempo. Lo cual no deja de tener semejanza con lo que sucede de nuevo en la época actual, donde cada vez prima más la contemplación tautológica de lo social o la culturalización de los fenómenos sociales materiales. Afortunadamente, con la conmemoración del bicentenario del nacimiento de Engels, momento en que escribo estas líneas, está recuperándose su figura frente a posturas que le minusvaloran y ante tanta tergiversación interesada, resaltándose de nuevo la colosal contribución científica y política de este autor. Así, por ejemplo, además de una creciente bibliografía, han proliferado conferencias y congresos en línea, como verbigracia Roberts (2020b), Egido (2020), Revista Realitat i Revista Maig (2020), Rosalén, Pizarro, Busqueta y Delgado (2020), Tafalla y Ramas (2020) (este último debate es de especial interés precisamente para comprobar algunas de las diferencias de interpretación sobre la figura de Engels).

29. "Las fuerzas activas de la sociedad obran, mientras no las conocemos y contamos con ellas, exactamente lo mismo que las fuerzas de la naturaleza: de un modo ciego, violento, destructor. Mientras nos resistamos obstinadamente a comprender su naturaleza y su carácter –y a esta comprensión se oponen el modo capitalista de producción y sus defensores–, estas fuerzas actuarán a pesar de nosotros, contra nosotros y nos dominarán (…) En cambio, tan pronto como penetremos en su naturaleza, esas fuerzas, puestas en manos de los productores asociados, se convertirán de tiranos demoníacos en sumisas servidoras. (…) Y el régimen capitalista de apropiación, en que el producto esclaviza primero a quien lo crea y luego a quien se lo apropia, será sustituido por el régimen de apropiación del producto que el carácter de los modernos medios de producción está reclamando: de una parte, apropiación directamente social, como medio para mantener y ampliar la producción; de otra parte, apropiación directamente

individual, como medio de vida y de disfrute" (Engels, 1969: 80-81).

Concatenación lógica, asociada al *posible* conocimiento por parte de la sociedad de las condiciones estructurales en las que está inmersa. El auto-conocimiento, en suma; y la igualdad, la cohesión, la solidaridad…como elementos evolutivos, que favorecen la supervivencia colectiva, pero que no necesariamente se dan.

30. Dice Solty que se basa en carta de Engels a Franz Mehring. Reproduzco aquí, no obstante, por su interés, los pasajes al respecto de la carta del 14 de julio de 1893 que aparecen traducidos al español para el *Marxists Internet Archive* (Engels, 2010): "Usted ha descrito en forma excelente los puntos capitales, y de manera convincente para cualquier persona sin prejuicios. Si encuentro algo que objetar es que usted me atribuye más crédito del que merezco, aun si tengo en cuenta todo lo que –con el tiempo– posiblemente podría haber descubierto por mí mismo, pero que Marx, con su cop d'oeil más rápido, y su visión más amplia, descubrió mucho más rápidamente. Cuando se tiene la suerte de trabajar durante cuarenta años con un hombre como Marx, generalmente no se le reconoce a uno en vida lo que se cree merecer. Si muere el gran hombre, al menor fácilmente se le sobreestima, y este parece ser justamente mi caso en la actualidad; la historia terminará por poner las cosas en su lugar; [pero] para entonces uno estará a salvo del otro lado de la esquina [me habré muerto tranquilamente] sin saber más nada de nada. Por lo demás sólo falta un punto, que Marx y yo nunca subrayamos bastante en nuestros escritos, y respecto del cual somos todos igualmente culpables. Todos nosotros pusimos el acento –y estábamos obligados a hacerlo– en el origen de los conceptos políticos, jurídicos y demás conceptos ideológicos, y de los actos provenientes de esas nociones, de los hechos económicos básicos. Pero de este modo descuidamos el aspecto formal –el modo en que surgen esos conceptos– por tener en cuenta el contenido. Esto les ha dado a nuestros adversarios una magnífica oportunidad para los equívocos (…) Este aspecto de la cuestión, que aquí sólo puedo señalar, creo lo hemos descuidado todos más de lo que merece. Es la vieja historia: al comienzo se descuida siempre la forma por causa del contenido. Como dije, también yo lo he hecho, y el error siempre se me presentó después [*post festum*]. De modo que no sólo estoy lejos de reprocharle a usted, por esto de modo alguno, sino que como más viejo de los culpables [por haber pecado antes que usted], no tengo derecho [alguno] de hacerlo, sino todo lo contrario; pero de todos modos desearía llamar su atención sobre este punto para el futuro. A esto se une también la fatua noción de los ideólogos, de que porque les negamos un desarrollo histórico independiente a las diversas esferas de la cultura que desempeñan un papel en la historia, también les negamos todo efecto sobre la historia. El fundamento de esto es la concepción corriente, no dialéctica de causa y efecto como polos opuestos rígidos, desatendiendo totalmente a su interacción; esos señores olvidan con frecuencia y casi deliberadamente que una vez que un elemento histórico ha sido traído al mundo por otros elementos, en última instancia por hechos económicos, reactúa también a su vez y puede reactuar sobre su medio e incluso sobre sus propias causas." Los corchetes son añadidos por mí a partir de otras traducciones de esta carta.

31. Este autor forma parte de la Escuela de la "Nueva Crítica del Valor", que polemiza en un amplio espectro de puntos con la "Nueva Lectura de Marx". En el siguiente apartado nos veremos también la cara con aquella primera.

32. Así se vio en la primera parte de este libro. Ya conocimos más arriba, por el contrario, la postura de Heinrich sobre las experiencias de transición que sí transformaron la vida de las sociedades: las posturas teóricas siempre dicen mucho de las posiciones políticas que se adoptan. Y viceversa. Por eso, si es compartible la razón de Clara Ramas sobre que la teoría forma parte de la política, lo que hay que preguntarse siempre es qué tipo de teoría-política hacemos, en qué aporta a, o por el contrario hasta dónde entorpece las luchas sociales emancipadoras. Sobre las negativas implicaciones teóricas y políticas de esta Escuela, recomiendo la crítica de Nieto (2020a), que comparto plenamente. Nos dice este autor sobre las consecuencias teórico-analíticas de la NLM:

"la lectura cualitativa de la teoría del valor (…) elimina todo su contenido propiamente económico

[e] impide el estudio de las leyes objetivas de la producción capitalista" (2020a: 500).

De donde las implicaciones políticas no se hacen esperar:

"Al no partir de las leyes económicas objetivas que se les imponen a los individuos (y a los Gobiernos), los procesos económicos podrían entenderse como construcciones sociales e ideológicas contingentes, resultado de las correlaciones de fuerza que pudieran darse en cada momento entre las distintas fuerzas sociales. La esfera política del Estado puede aparecer entonces como una institución neutra, un campo de representación política –más o menos distorsionado por la desigual distribución del poder– de las diferentes clases y fracciones de clase (…) ya no sería el encargado de garantizar las condiciones generales (económicas, jurídicas, políticas e ideológicas) de la reproducción del capital global, sino que pasaría a concebirse como un mero instrumento susceptible de ser puesto al servicio de cualquier proyecto político. El corolario inevitable de todo ello es que democracia y capitalismo no serían esencialmente incompatibles, como señala el marxismo" (2020a: 500-501).

33. He eliminado las referencias bibliográficas de los autores que cita Ascunce, que más tarde veremos en este capítulo. Señalaría solamente por su relevancia para el texto transcrito, la de Kurz (s/f).

34. Ver también para abundar en estas consideraciones, Kurz (2009a).

35. Yo he preferido llamarlo, algo más sociológicamente, *proceso de barbarización social* (Piqueras, 2014a, 2017a).

36. Su argumentación podría asimilarse a la de un sofisma clásico, del tipo: todos los humanos son mortales / el gato es mortal / los humanos son gatos.

37. No deja de ser mencionable que, a pesar de estas claras premisas *in-políticas*, Kurz acertara por lo general en su crítica a las izquierdas integradas en el sistema del capital, como ya hemos visto:

"Esto es algo difícil de ser pensado, porque justamente la izquierda postmoderna desistió de la crítica del sujeto (el Foucault tardío volvió a apelar al sujeto particularizado). Esa crítica fracasó principalmente por no estar conectada con la crítica de la economía política (…) Sin el enfoque unificador sobre el núcleo del capitalismo, los movimientos sociales permanecen indefensos y particularizados. Es de temer, sin embargo, que la izquierda tomada de sorpresa por la crisis, termine confiando en concepciones demasiado tacañas de supuesta 'salvación', ratificando así su impotencia histórica" (Kurz, 2012: s/p).

38. "Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social, no hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo" (Marx y Engels, 1998: 35).

39. Dejaremos para el capítulo 10 más consideraciones al respecto. Remito de momento aquí a Ascunce (2017) para una buena crítica de clase a Scholz. También es recomendable Navarro (2017), quien ha incidido en su crítica a esta autora en 1) el carácter elitista de su concepción del sujeto de conocimiento; 2) su concepción eurocentrista de la teoría, ajena a los sujetos reales; y 3) el marchamo cerrado (y poco alterable) de su concepción fetichista de la civilización capitalista. Críticas que pueden aplicarse a toda la Escuela, a mi entender.

40. Estos enunciados pueden encontrarse en la mayor parte de sus obras, pero remito especialmente para el caso al apartado que Jappe (2016) destina al "sujeto automático" (páginas 79 a 88).

41. La producción y su control están separados y se oponen entre sí, mientras que la producción y el consumo en la sociedad capitalista devienen dos instancias que sólo muy problemáticamente pueden unificarse. La propia circulación del capital se halla multidimensionalmente fracturada en campos dentro y fuera de la relación salarial. Es por lo que la dominación y la subordinación son necesarias y prevalecen a través de la agencia de las individuales personificaciones del capital, que a su vez se enfrentan entre sí por la ganancia (Mészáros, 2010: 48).

42. Para esta Escuela, la competencia y pugna interna entre la clase capitalista queda borrada de un plumazo. Todas las personificaciones del capital pueden coincidir exactamente en el mismo interés: servir

a la mercancía. Pero el plusvalor que entraña la mercancía no se realiza igual para todos en forma de ganancia.

43. Este es precisamente el punto de partida del autonomismo y del "marxismo abierto", con los que luego nos las veremos también.

44. ¿De verdad se estaba "modernizando" con el nazismo la Alemania de las tercera y cuarta décadas del siglo XX? En general esta concepción abiertamente eurocentrista de la "modernización" es ajena al conjunto de explotaciones en la que se basó y a la cadena de subyugaciones que impuso a las poblaciones no-europeas. Cuba, Vietnam, Corea, China y la propia URSS lo que hicieron fue iniciar un camino de anulación de las horrendas desigualdades y privilegios oligárquicos a las que la "modernidad" europea-estadounidense les había condenado (ver al respecto los ya mencionados trabajos de Losurdo, 2019 y Kohan, 2020b. También el Tema III del Apéndice).

45. Especialmente en las experiencias de transición socialista (de nuevo Tema III del Apéndice). En general, cuando distintas fuerzas sociales chocan en la historia, más aún si son antagónicas, el resultado difícilmente es el deseado en su plenitud. La resultante de esas fuerzas es algo diferente a las intenciones de unas y otras. La "integración" del MO en las formaciones de capitalismo avanzado se hizo a cambio de un Estado Social, un capitalista colectivo obligado a atender la reproducción de su fuerza de trabajo (a costa, entre otras mediaciones negativas, de una división internacional del trabajo –acorde con lo comentado en la nota anterior–, de la división sexual del trabajo y de la explotación intensiva de la naturaleza). Esto salvó al capitalismo de sí mismo, pero al tiempo no sólo elevó el nivel de vida de las poblaciones integradas, sino que también proporcionó el desarrollo de las fuerzas productivas y las fuerzas sociales que incuban las posibilidades objetivas de superar conscientemente el propio capitalismo. Paradojas que sólo muy reduccionista y simplistamente se pueden tirar a la papelera bajo el rótulo de "integración".

46. Una de sus primeras fuentes de inspiración luego no tan apreciada, Lukács, ya sostenía también que "e*l proletariado se realiza a sí mismo al suprimirse y superarse, al combatir hasta el final su lucha de clase y producir así la sociedad sin clases"* (1985: 126-127, cursivas en el original).

47. El único que hasta ahora ha logrado alzar una holística, coherente y comprehensiva alternativa al orden del capital y su metabolismo social, levantando la meta del comunismo. El único que ha intentado ponerla en práctica fehacientemente a través de revoluciones políticas. No por ninguna razón ontológica, sino porque es el que está empotrado en la relación básica constitutiva del capital: el *plusvalor*.

48. Precisamente hay quien intenta explicar la falsedad de las acusaciones de economicismo hechas contra Marx a partir del análisis de Postone y la distinción entre diferentes conceptos del trabajo (Germinal, 2017). Algo que está muy lejos de tenerse en cuenta por la NCV.

49. La Sociología que tiene en cuenta las múltiples determinaciones a que los agentes sociales están sometidos, no sólo la de clase (escuela, familia, territorio, municipio, disposiciones individuales, hábitus comportamentales, complejidad del entramado psico-social en forma de tejido cultural, desde que nacen), sabe que nadie escapa a algún tipo de lógica social, tanto menos de golpe, de la nada al todo. La emancipación es una tarea constante y nunca acabada, que aun en el caso de darse de forma colectiva hacia un orden social nuevo arrastra durante tiempo los resabios del orden antiguo, que se recombinan con lo nuevo (Tema III del Apéndice). Generalmente los resultados no son los ideales esperados. Nada que preocupe al maximalismo de esta Escuela (como en general a los "neomarxismos": hay que romper con todo de un golpe, sin recambio preparado; dejar de trabajar sin garantía de aprovisionamiento previo, sin planificación de cómo nos las apañamos en el nuevo orden. La fe en el comportamiento espontáneo supone que todo el mundo lo tendrá de pronto claro, por lo que no cabrá ocuparse de conflictos ni de antagonismos que dirimir, que es de lo que se encarga la "maldita" Política. Otra cosa muy diferente hubiera sido que la NCV hubiera advertido sobre el peligro de interiorizar el trabajo abstracto como el único posible y como algo positivo, para no dejarnos atrapar por la sociedad del esfuerzo y del trabajo, de la generación de plusvalía para otros, mientras nos propone caminos para ir eliminando el trabajo

abstracto, para ir minando desde dentro la sociedad del *valor*. Ver cómo se puede ir entrando en formas libremente asociadas de producción para ir dejando la condición de fuerza de trabajo asalariada. Las vías para ir enfrentando el Poder del capital, que reaccionará implacablemente, de forma violenta ante cualquier desafío a su orden. No. La NCV simplemente nos ofrece un conjuro: "dejad de trabajar" ¿Entonces, en la sociedad gloriosa ya no habrá que producir?, ¿ni siquiera para llegar a ella? ¿Nos haremos cazadores-recolectores, entonces? Fijémonos en las contradicciones en que ellos mismos entran al proclamar que el capitalismo se acaba porque genera cada vez menos trabajo-empleo, y al mismo tiempo decir que es el trabajo el que nos condena. Pero si el capital pudiera estar dando pasos incluso a un posible modo de producción automatizado, las elites podrían cada vez más permitirse que no haya trabajo-empleo. Es más, lo buscarán.

50. Contra las ilusiones de esta Escuela conviene recalcar que la construcción de una posible sociedad alternativa no dependerá exclusivamente jamás de un conocimiento especializado. La teoría no puede hacer al sujeto, sólo puede, en todo caso, "reclamarlo". En ese camino "el único saber teórico que cabe es el que reflexiona sobre el propio hacer colectivo, un saber pegado al hacer, que lo acompaña y reflexiona" (Zamorano, 2021: 51). Nada que tenga que ver con la NCV.

51. El hambre, la falta de oportunidades de vida, la explotación despiadada, la dominación violenta que padece buena parte de la humanidad, deben de ser minucias intrascendentes comparadas con un "fetiche", a los ojos de estos autores.

52. Un sistema histórico concreto presenta unas concretas correlaciones de fuerzas y de articulación de luchas, que es imprescindible analizar para poder dar cualquier paso en orden a su transformación.

53. Aquí hiere contra la NCV el "marxismo abierto", con el que luego nos las veremos.

54. Casi coincidentemente Polany señaló el comienzo de la disolución del automatismo del capital a partir de 1900, cuando se avivan las contradicciones entre el orden político y el económico.

55. De hecho, estos autores insisten en que ya no estamos viviendo en una sociedad capitalista, en estricto sentido, dado que el capitalismo modo II ha dejado de imponerse. Llegan incluso a afirmar que la *ley del valor* ya no se aplica en la economía, que queda cada vez más sometida al "espacio del valor de uso" (2001: 55), en contra de todas las apariencias. Obviamente, para nuestro criterio esta última afirmación es osada, pero no por descabellada sino por (posiblemente) prematura. En cualquier caso, estas observaciones se antojan a contrapelo de la interpretación de Mészáros sobre la pervivencia del capital en las sociedades post-capitalistas (ver Tema III del Apéndice).

56. Lo cual no nos puede llevar a concordar con Uno que durante el desarrollo de "capitalismo puro" el Estado era una excrecencia innecesaria (ver Bidet, 2008).

57. El mismo Gramsci es uno de los más lúcidos críticos de la presentación ideológica del liberalismo como desaparición de la política, como renuncia al Estado (mínimo), a interferir en los acontecimientos de la economía.

> "No se recordará nunca suficientemente la página de los *Quaderni del carcere* en la que Gramsci subraya hasta qué punto es el liberalismo una 'reglamentación' de carácter estatal", que es 'introducida y mantenida por vía legislativa y coercitiva' y constituye 'un programa político, destinado a cambiar, en cuanto triunfa, el personal dirigente de un Estado y el programa económico del mismo Estado, esto es, a modificar la distribución de la renta nacional' (Burgio, 2007: s/p).

58. No deja de ser curioso que después de la ostentación que la Nueva Crítica del Valor hace de la automaticidad del valor-capital, Maíso (2019), tras recapacitar sobre algunos de los puntos clave de Kurz, termine por decir que el "sujeto automático" es más bien un "concepto irónico" de ese autor.

59. Como la propia figura referente de la *Nueva Escuela del Valor* ha señalado, en vez de ser la sociedad la que sostiene al Estado, hoy es el Estado el que tiene que asistir con capital ficticio a la sociedad (Kurz, 2009a). Pero este "malfuncionamiento" del *valor* dejado a su propio decurso no debe confundirse con debilidad mortal. El valor-capital es capaz de pervivir, como las bacterias, en condiciones adversas, incluso en hibernación, en las experiencias de transición postcapitalistas. Hasta tal punto que Mészáros ha

llamado a las del siglo XX, "sistemas postcapitalistas del capital" (ver mi breve discusión con Mészáros sobre ello en el Tema III del Apéndice).

60. He esbozado una crítica a estos presupuestos teóricos en Piqueras (2017a), de donde extraigo un breve resumen en el cuadro 9. No entraré aquí a debatir más sobre esta cuestión porque se escapa a mi objetivo en estas páginas, pero sí dejo en ese cuadro algunas referencias a autores que han profundizado en el mismo sentido de la crítica expuesta aquí. Bibliografía sobre los cognitivistas puede encontrarse en mi obra antes citada, así como en Piqueras (2015). Sobre la polémica respecto a la importancia para la prevalencia interpretativa de los *Grundrisse* o *El Capital*, es de gran interés consultar la obra conjunta incluida en Farris (2014).

61. Si el *valor* estuviera determinado por el tiempo físico de trabajo, la fuerza de trabajo tendría instrucciones para ralentizar su labor, y no al revés, como de hecho sucede.

62. Husson (2003) ha sintetizado bien las supuestas características que se atribuyen al "capitalismo cognitivo". Mayor desarrollo de algunas de los enunciados aquí expuestos y una perspicaz réplica de las formulaciones "autonomistas" puede encontrarse en Nguyen (2015). También una fundada crítica al cuestionamiento que esa corriente hace del *valor*, en Bonefeld (2010b), Smith (2013) y Pitts (2015a, 2015b, 2016, 2017). Puede apreciarse que aquí tanto la NLM como el "marxismo abierto" hacen sangre con la interpretación autonomista.

63. La redundancia es sólo aparente, pues en contra de lo que supone culturalmente el hecho de dar (regalar) y corresponder (devolver), son regalos que el capital no piensa corresponder: pretende que le salgan totalmente gratis.

64. Aprovecho para recomendar aquí la buena compilación de textos "negristas"-cognitivistas que este autor realiza en Altamira (2013).

65. Aquí se coincide con el marxismo abierto. Ver especialmente Cleaver (1992).

66. Esto mismo se puede aplicar para el "marxismo abierto", como luego veremos. La NCV simplemente descarta tales puntos de ruptura para la fuerza de trabajo.

67. La *multitud* es más un concepto de la filosofía postestructuralista (heredero sobre todo de Deleuze y Guattari), que un elemento de análisis práctico, histórico, de la realidad. Forma parte antes del mundo ideológico-especulativo que del análisis de fuerzas y resultados concretos de la relación Capital/Trabajo, es decir, de las *luchas de clase*. Parece increíble cómo Negri ha invertido todo el proceso que tanto le costara a Thompson (1989a, 1989b) trazar históricamente para explicar cómo de la protesta plebeya o *multitud* (designación ya recogida en Marx –1989–, no precisamente para resaltar su "potencia" transformadora –ver por ejemplo, su pg. 118), esto es, de unas "luchas de clase sin clases", se fue pasando a la conciencia de clase y a la formación de las clases. Pues bien, Negri nos devuelve de una patada a nuestra condición de masa. Para otro autor, Virno (2003), la *multitud*, a diferencia del *pueblo*, se entiende como algo fuera de la territorialidad del Estado. Pretende este autor reinventar el concepto de sociedad, lo cual es ciertamente necesario en un capitalismo global y decadente, pero para ello no parece encontrar más recurso que *el éxodo* o el desligamiento de todos los vínculos sociales. Virno intenta convencernos y convencerse de que la resistencia frente a la opresión se realiza mediante el éxodo y un entramado de experiencias personales de la emoción (¿!). Hardt y Negri (2011) retomarían semejantes ilusiones, que incluso han impregnado los estudios migratorios en la actualidad, como los de Moulier-Boutang (2005) y Mezzadra (2005). Según estos últimos autores –en la senda deleuziana–, son los nómadas, los migrantes, los que desestabilizan y cambian el orden social. ¿Con qué cara les mirarían, si leyeran sus escritos, tantos miles de personas abandonadas a su suerte en mares, océanos, desiertos, arrabales de ciudades, cárceles, mercados de esclavos, celdas de tortura, trata para la explotación laboral y sexual, tráfico de órganos y un largo etcétera?

68. En todo esto las obras que marcaron camino fueron la trilogía de Hardt y Negri (2005), Negri y Hardt (2005) y Hardt y Negri (2011). Después de la especulación sin base social contrastable de las dos primeras obras, en la última se aproximan a un análisis más cuidadoso de las condiciones capitalistas

actuales, aunque sus conclusiones para superarlas siguen apoyándose en... ¡el amor! y la supuesta tendencia de las multitudes hacia el bien. La transición del proclamado "capitalismo cognitivo" al "amor" y la "felicidad" es vista como una consecuencia lógica de la composición técnica del trabajo dada por aquél y el desarrollo de las fuerzas productivas, con todas las potencialidades para el Común que incubarían. En otra obra (Negri, 2006), exacerba la deriva místico-religiosa de su discurso. Todo lo cual resulta difícilmente compatible, en apariencia, con su defensa de la Constitución europea, por ejemplo. Sólo nuestro conocimiento de la escasa traducción política emancipadora de sus planteamientos puede en parte entenderlo, aunque la explicación profunda de esta y otras de sus tomas de postura políticas podría llevar a conclusiones más tenebrosas.

69. Para una crítica de la evolución del antiguo operaísmo, Bellofiore y Tomba (2008).

70. Marx rechaza el materialismo anterior por su concepción objetivista de la realidad, "donde no hay lugar para la actividad humana concebida como práctica (…) [Para él] la actividad revolucionaria no depende tanto del materialismo como tesis ontológica sino de la comprensión de la actividad práctico-crítica" (Altamira, 2006: 311). Hablamos de *la praxis*, en definitiva (también podríamos aludir al "enkratés" griego o capacidad de los sujetos humanos de darse a sí mismos sus propios fines y metas a través de su implicación política, procurándose su autodesarrollo). Propuesta, en suma, de accionar-reflexivo, autotélico, que se construye con mucho esfuerzo a través de la participación sociopolítica, y que por distintas razones resulta ajena al conjunto de neomarxismos. Pero sólo con la participación y el compromiso político, y con la deliberación colectiva y pública puede adquirirse el criterio para discernir las claves políticas de lo que sucede y prever la evolución de las mismas, así como, en consecuencia, decidir el actuar social más recomendable, a lo que en la Grecia clásica se llamaba la "frónesis" (y que Cicerón tradujo al latín como "prudentia") (Miras, 2006: 94).

71. Sobre estos puntos, Mosquera y Callegari (2014). Añaden sobre ello los autores citados, que "es recurrente en la historia del movimiento obrero que en paralelo a la degeneración burocrática de organizaciones políticas o experiencias revolucionarias surjan como reacción concepciones ingenuas que, apelando a algún tipo de unificación espontánea de las luchas sociales, buscan volver superflua la mediación estrictamente política" (2014: 1). Ver también aquí Bensaïd (2006b) y su alusión a los tres tipos de utopismos que prevalecen en esta coyuntura histórica: los liberales (que sueñan con un capitalismo bien regulado); los keynesianos (que creen en un keynesianismo europeo extendido al resto del mundo y proyectado indefinidamente sobre el tiempo); y los neolibertarios (que proclaman el cambio teleológico del mundo desconsiderando el Poder y los poderes que le habitan).

72. Ver sobre ello Borón (2003a).

73. Ya vimos cómo Heinrich (2014a) también criticaba al MAUT que diera como eliminación del *valor* lo que no es sino la contradicción en proceso del capital, recordando una vez más el hecho de que el capital no está interesado en el *valor* de las mercancías, sino en el *plusvalor* que puede conseguir.

74. Esta errónea perspectiva la llevan al absurdo autores como Nitzan y Bichler (2009).

75. Recordemos que Marx (1971) señalaba a los modos de producción pre-capitalistas más como modos de reproducción (y por tanto sobre todo de sujeción): reproducen sus condiciones objetivas y subjetivas. Mientras que el capitalismo sería el primer modo de producción estricto, pues es el único que debe al mismo tiempo reproducir y revolucionar sus condiciones de existencia en la búsqueda de una extracción ampliada de plusvalía, aun a costa de los propios poderes establecidos.

76. La propia ciencia es vista más como otro proceso fetichizado que como algo válido para la humanidad. En vez de ahondar en una forma emancipadora de la ciencia que es a la vez metacientífica, el materialismo histórico es negado y aborrecido, y con él la posibilidad de explicar *concretamente* y predecir la realidad social. Más adelante añadiré algunas reflexiones sobre las implicaciones de tamaña torpeza.

77. Remito al final del tercer capítulo de esta obra, donde expreso una explicación que al menos matiza mucho este punto de vista.

78. Como se indica en *El Manifiesto Comunista*, conforme se desenvuelven las relaciones sociales de

producción capitalistas y el conjunto de fuerzas productivas, la población convertida en Trabajo va desarrollando su conciencia de clase. A medida que se multiplican las fábricas y las empresas, el proletariado aumenta en cantidad, su organización mejora y su cohesión y su experiencia de la lucha de clases se hacen mayores. De la lucha contra un capitalista aislado, su patrón inmediato, los obreros y obreras pasan a la lucha contra la clase de los capitalistas en conjunto y contra el estado del capital. La conciencia del proletariado crece en el curso de su lucha práctica contra los capitalistas, lo que se manifiesta en la creación de una teoría revolucionaria, por la organización de un partido político del proletariado. El proletariado toma conciencia de sus posibilidades históricas y se convierte en una clase "para sí". Subordina su lucha a una tarea: la toma del poder político y la transformación comunista de la sociedad. Para el marxismo abierto todo esto debe ser apenas una fantasía ilusa de Marx (propia del Marx "exotérico" que decía la NCV).

79. Por eso las ausencias de Adorno serán también las del Open Marxism: despreocupación por la acción política concreta y más aún por la encarnación del sujeto revolucionario, si es que puede existir tal cosa en *forma* humana.

80. Las religiones suelen predicar el cambio social a partir del individuo: para hacer un mundo bueno cada quien tiene antes que ser bueno/a, esto es, conseguir la pureza. Para ello hay que librarse del pecado como paso previo ineludible. Léase el pecado como "alienación-fetichización" para el MA y para la NCV, el cual debe ser superado por cada persona, en una lucha consigo misma. También la NLM se siente a gusto identificando a los fetiches como los principales "sujetos" (pecados) a batir, aunque pueda diferir en los caminos.

81. Con eso se evitan tener que especificar las cambiantes claves de la producción y de la vida cotidiana que pueden favorecer unos caminos y decursos u otros. Se ahorran tener que detallar correlaciones de fuerza, los largos pasos de transición, los peligros, amenazas y retrocesos en el camino de la emancipación. Es decir, se evaden de todo lo relacionado con la realidad, y de paso con los aspectos duros y miserables de las construcciones sociales, con la suciedad que se cuela en cualquier proceso de transformación social. La política, la estrategia e incluso la realización de cualquier mínimo análisis científico de lo social, quedan desterrados.

82. Un análisis sobre esas posibilidades contradictorias en Carchedi (2014). Ver Tema II del Apéndice.

83. El conjunto de autores "hollowoyanos" nos ofrece un acendrado repertorio de críticas a los análisis que cotejan las condiciones del Trabajo enmarcadas por el despliegue de las estructuras, pues hacen aquéllos especial hincapié en señalar que el dualismo estructura/luchas es falso. Las estructuras son expresiones cambiantes de las luchas [ver ejemplo clásico de estos estudios para América en Hirsch, Bonefeld, Clarke, Peláez, Holloway y Plá (1992)]. Sin embargo, la absolutización de las luchas en abstracto hace un flaco favor a cualquier movimiento emancipatorio, pues impide calibrar las condiciones reales en las que se desenvuelve, tanto del propio carácter, dimensión y alcance de cada lucha, como de las fuerzas que tiene que enfrentar en su despliegue y los cambiantes resultados o plasmaciones sociales a que conducen (que nunca son los objetivos ideales). Por otra parte, los vaivenes de las estructuras no son únicamente resultado de las luchas, son también expresión de evoluciones inconscientes insertadas en el decurso del "sujeto automático" y el conjunto de circunstancias que despliega socialmente, así como, dentro de ellas, de la propia pugna interna de las personificaciones del capital por cada tasa particular de ganancia y por unas u otras cuotas de poder. Los poderes coagulan en expresiones de conciencia, dispositivos de acción y percepción de intereses (socialización, formación, información, cosmovisión…) y de fuerza (militar, policial, gestora-administrativa, jurídico-legal…) cuyo análisis específico en cada momento histórico y contexto particular no puede ser obviado en virtud de la potencia resolutiva de las luchas, so pena de condenar a éstas a espachurrarse una y otra vez contra el muro de la realidad (entre el que se encuentra la ignorancia de las propias condiciones sociales), para no hablar de bayonetas y sentencias judiciales.

84. Remito, para abundar en la cuestión del poder, y ante la falta de mayor espacio aquí para ello, a la

excelente crítica de Borón (2003b) a Holloway. Para una crítica en general de los planteamientos de este último autor, pero también con puntos claves sobre este tema, Hirsch (2004).

85. La vuelta a lo pre-político o la proclama de lo post-político, está en concordancia con las formas ideológicas y "académico-científicas" que expande el Sistema a través de sus personificaciones agenciales dominantes y la "intelectualidad" a su servicio. Y son nítida expresión de la derrota que el movimiento emancipatorio de la humanidad viene arrostrando desde las últimas décadas del siglo XX.

86. "Potencialidad" no quiere decir indefectibilidad para hacer algo, o que algo suceda necesariamente.

87. No estaría nada mal repasar a Marx en *El método de la economía política* que escribe en la introducción a los *Grundrisse*.

88. Hay una cuestión en la que hay que coincidir con estas Escuelas: la emancipación no pasa por dignificar el trabajo, en cuanto que trabajo abstracto, sino por dejar de ser Trabajo, por destruir esa forma-excrecencia del capital. No se trata de conseguir el verdadero valor, sino de suprimir el *valor* (quizás algo que dejan de lado Cocksott y Cotrell, y con ellos Nieto y otros –una buena crítica a su "cibercomunismo" que comparto en sus líneas maestras, puede encontrarse en Rodríguez Rojo, 2020–). Pero eso no se puede hacer de la nada al todo. Requiere transición larga y penosa, los "dolores del parto", en donde precisamente lo primero que se ponga en evidencia sea el *valor*, para hacerlo visible, "consciente". Esa se supone que ha sido y es una de las razones básicas del socialismo en su primera fase.

89. Haciendo de la Academia, tan al uso postmoderno, su principal apuesta política, jamás traducida en alguna propuesta de transformación altersistémica o revolucionaria. Lo cual corre parejo al hecho de que deje la problemática del sujeto revolucionario fuera del objeto de la crítica de la economía política. De hecho,

> "[e]n el plano práctico, estamos ante una lectura que tiene decisivas implicaciones políticas que se sitúan en las antípodas de la perspectiva comunista de Marx, pues al negar, ignorar o subestimar la existencia de leyes económicas objetivas, se favorece la ilusión de una gestión más humana del capitalismo a partir de la conciliación de clases en el marco del Estado burgués" (Nieto, 2020a: 496).

90. Como vengo diciendo, estas corrientes no tienen ni idea de en quién situar la potencialidad revolucionaria ni de especificar sujetos, y por eso prefieren dejar sentado que no les interesa hacerlo, porque sería improcedente para lo "abierto" de la negación a ser negada y las posibles formas que adquiera. Por eso tampoco su teoría contribuye a la construcción de esos sujetos. Más bien, por lo general, inyectan confusionismo. Donde todo vale y todo puede ser (en potencia), lo más normal es que en realidad nada sea (en lo concreto).

91. Como estos dos últimos autores de la Escuela de Íñigo Carreras señalan, la conciencia individual no puede ser separada de la totalidad que determina al ser social: la conciencia dual no es un producto sólo de la manipulación ideológica, sino que está implicada en la propia determinación dual del trabajo bajo el capitalismo. Al desarrollar un trabajo concreto y abstracto a la vez, la mano de obra experimenta la existencia simultánea de dos realidades: la realidad empírica y la no empírica. Esa dualidad se traslada al resto del mundo de la vida a través del *dinero*, que expresa y, de forma simultánea, oculta la función del trabajo-mercancía como modo central de mediación social (Taylor, 2009). Pero con ser de suma importancia, no es esa dualidad la única que forma la conciencia social. Además, la dualidad bien puede ir disolviéndose en el propio desarrollo de las fuerzas productivas, con la socialización de la producción, nos dice Starosta.

92. De hecho, extraen a menudo conclusiones tergiversadas o malintencionadas de los análisis marxistas históricos. Así, por ejemplo, atribuyen a los "marxistas científicos y economicistas" hacer de las leyes del capitalismo leyes transhistóricas (Bonefeld, 2010a). De estas simplificaciones, a veces burdas, arman todo un entramado argumentativo para descalificar los esfuerzos históricos del marxismo por comprender y servir de praxis contra la sociedad del capital. Llegando, eso sí, a la ortodoxia contraria, de acusar de "ortodoxos" a todos los que no piensan de su manera. Porque criticar para enriquecer y avanzar, es sustituido por estas corrientes por tirarlo prácticamente todo por la borda para hacer a(l) Marx(ismo) de

nuevo, pero a partir de un Marx descafeinado, "in-político", en verdad muy poco reconocible.

93. En un libro teóricamente sencillo pero basado en reflexiones colectivas sobre experiencias de lucha concreta en la Argentina piquetera, la autora lanza claves fáciles de entender por los sujetos en acción: la comprensión de la dimensión estructural, esto es, aquella que trasciende a los sujetos que la soportan, es un ejercicio teórico fundamental que sirve para entender el marco de la lucha política. La articulación de subjetividades capaces de confrontar con el sistema dominante supone un costoso trabajo de lucha ideológica, de construcción de perspectivas alternativas en cuanto a las formas de relación social que resulten capaces de dar la disputa hegemónica sustantiva.

94. Su aversión a la *hegemonía* proviene de considerarla parte del poder instrumental. Frente al mismo, postulan un poder creativo que se impone por sí sólo de manera armónica entre una sociedad que se transforma espontáneamente en *comunidad*, una vez se haya desfetichizado por sí misma.

Capítulo 9
De la futilidad de los “postmarxismos”

Por lo general, los autodenominados “postmarxismos” comienzan con una presentación grotesca y sumamente reduccionista de Marx y del marxismo, para luego presentarse a sí mismos como superadores de aquellas imperdonables carencias y determinismos, de esa “filosofía de la historia” y sus consecuentes principios teleológicos, de la esencialidad de los sujetos inserta en esa “tradición” y otras tergiversaciones similares. Empeñados en la lectura más constreñida de Marx, que en adelante llamaré “rácana” (término que recoge a la vez los sentidos de “mezquindad” en la interpretación –reduccionista– y de “haraganería” para hacer esfuerzos analíticos a partir del material dado), quieren persuadir a quienes les leen o escuchan, por contra, de la superioridad de sus propuestas teóricas, presentadas como un avance ante tanta “ortodoxia”, “mecanicismo” y “esencialismo” (alardes que comparten en cierta medida con los neomarxismos vistos).

Nadie como Laclau y Mouffe para ejemplificar todo ello[1]. Esta pareja de autores parten de tres manipulaciones básicas del marxismo, que hacen identificar con tres tesis de Marx[2] (Laclau y Mouffe, 2011):

a. La condición del carácter endógeno de las leyes de la economía, mediante la tesis de la neutralidad de las fuerzas productivas. Atribuyen a Marx la concepción de que la fuerza de trabajo es una mercancía como cualquier otra, y el desarrollo de las fuerzas productivas un proceso neutro.
b. La condición de la unidad al nivel económico de los agentes sociales, mediante la tesis de la homogeneización y pauperización crecientes de la clase obrera.
c. La condición de que las relaciones de producción sean el locus de “intereses históricos” que trascienden la esfera de la economía, mediante la tesis de que la clase obrera tiene un interés fundamental en el socialismo, que la convierte automáticamente en sujeto revolucionario.

Pero ninguna de esas claves que se atribuyen a Marx es cierta[3]. Veámoslas una

a una.

Sobre la primera falsa atribución a Marx hay que incidir de nuevo especialmente (también frente a los neomarxistas que hemos visto más arriba) en que Marx destacó en su obra cumbre el carácter dual del modo de producción capitalista. El proceso D-M-D' que está implícito en el movimiento del valor-capital, requiere de una intervención político-disciplinaria explícita, *precisamente porque la fuerza de trabajo es una mercancía especial, la única que es capaz de generar plusvalor al trabajar, y que ofrece siempre una resistencia (latente o manifiesta) contra su explotación*. Decir que Marx consideró a la fuerza de trabajo como una mercancía más es, además de un absurdo, un intento de tirar por la borda, malintencionadamente, toda su praxis (y por tanto su vida), y con ella la razón de ser del marxismo. Porque Marx no dejó de insistir en que la organización de la producción está siempre concebida de la manera que mejor pueda contrarrestar las luchas del Trabajo; la propia aplicación del desarrollo tecnológico se efectúa para debilitar la resistencia laboral, de donde Marx deduce la no neutralidad de la ciencia y la tecnología, insistiendo en que están permeadas por las relaciones de clase y sosteniendo que el proceso productivo está condicionado de principio a fin por el carácter antagónico de la explotación capitalista, por la relación de clase Capital/Trabajo, como personificaciones de esos "factores de producción" de la economía clásica.

Es difícil, por tanto, dejar de preguntarse sobre la honradez de la interpretación de los autores postmarxistas (¿o anti-marxistas?) al respecto (Geras, 1987).

En cuanto a la segunda tesis es importante desmontarla de una vez por todas, porque ha sido insistentemente esgrimida desde diferentes posturas discrepantes con Marx. En realidad, de la combinación de las premisas o tesis señaladas, se deriva el argumento de Laclau y Mouffe sobre que el marxismo pensó poder deducir, como una consecuencia necesaria, la existencia de un sujeto unívoco dotado de una conciencia de clase, orientado a poner fin al capitalismo. En una palabra, el marxismo adolecería de fundamentalismo...

> "término básico en la crítica postmarxista del marxismo, y debido a ello cada vez sería menos adecuado para comprender las formas de subjetivación y las coyunturas políticas contemporáneas. En otras palabras, el fundamentalismo no es más que un intento, ilusorio en el terreno analítico y

> vano en el terreno práctico, para superar la indeterminación de lo social y la descentralización de las formas de subjetivación. Frente a ello, el postmarxista pone por delante el papel constitutivo de las articulaciones discursivas, totalmente ajenas a lo social y las únicas susceptibles de superar, de un modo parcial, contingente y temporal, su estallido inherente y dar lugar a formas de subjetivación" (Kouvélakis, 2019: s/p).

Tales puntos de partida de la crítica postmarxista resultan tanto más inverosímiles cuanto que toda la obra de Marx y Engels está dedicada a explicar el punto materialista de concepción de la realidad contra cualquier tipo de esencialismo. Marx no sostuvo una concepción ni "esencialista" ni "determinista" de la clase obrera como una entidad unitaria, "sino precisamente su radical historicidad e inserción en un determinado plexo de relaciones productivas y, por tanto, sociales (…) Y si la clase obrera adquiere en el marxismo el aspecto de 'privilegiada' no es porque neutralice una 'pluralidad contradictoria', como sostiene Laclau, sino porque en la época del capitalismo industrial es capaz de acogerla en sí" (Sánchez Berrocal, 2019a: 65). Es decir, se trata de un análisis dialéctico (algo de lo que carecen los ensayos de Laclau y Mouffe) y no ontológico, que además se anticipa mucho a las tesis de estos autores sobre los procesos de construcción de la hegemonía. Sobre si su situación de clase fundamental –en cuanto que es resultado de la relación básica que constituye el capitalismo (ver Tema II del Apéndice)–, da lugar indefectiblemente a un sujeto revolucionario, de nuevo nos las vemos con una grave falta de rigor interpretativo.

El marxismo aporta una base sistemática y coherente para los objetivos socialistas cimentada en una teoría del movimiento histórico (que no, repito, en una filosofía de la historia) y los procesos sociales concretos. Los objetivos del socialismo se evidencian como posibilidades históricas reales en función de las condiciones de desarrollo de las fuerzas productivas dentro de las que se cuentan las propias fuerzas sociales de agencialidad y conciencia. En ese desarrollo de fuerzas productivas, la clase que vive de ser explotada a través del trabajo abstracto (que va mucho más allá de la tradicional "clase obrera") tiene grandes posibilidades de liberar al conjunto de la sociedad si es capaz de acabar con su propia explotación, preparando con más probabilidades un tipo de sociedad en donde otras formas de explotación también vayan siendo eliminadas o, al menos, considerablemente atenuadas. Como quiera que el

núcleo central del Poder y de la Explotación capitalista radica en la generación de *valor* como *plusvalor*, es a través de la supresión de tal núcleo que se puede superar el propio capitalismo. ¿De ahí se deriva que "la clase obrera" sea per sé un sujeto unificado en torno a una conciencia de clase revolucionaria? Nada más lejos, desafortunadamente. Engels y Marx no pararon de lidiar con los problemas de la formación de conciencia de clase y organización política. ¿Para qué si no molestarse en redactar el Manifiesto Comunista, en promover permanentemente la formación y concienciación de la clase obrera y de las otras clases que en ese tiempo vivían de su trabajo[4]? ¿Para qué fundar la I Internacional, si no era para intentar dotar de una plasmación revolucionaria a las condiciones de resistencia y lucha del salariado, al antagonismo básico que se desprende de su condición de fuerza de trabajo generadora de plusvalía para otros, y conseguir una conjunción de sujetos en torno a ello? De creer que tal conciencia y unidad eran mecánicas, les hubiera bastado con cruzarse de brazos a esperarlas.

¿De dónde, y esto nos permite enlazar con la tercera tesis arriba apuntada, sacan los autores postmarxistas que los intereses vienen dados "esencialmente" para el marxismo? Los intereses están mediados por todo tipo de interpelaciones socio-históricas y por su traducción en forma de conciencia. Partiendo de la premisa materialista elemental de que los procesos o actividades a través de las que las personas se procuran los medios de vida están en la base de sus condiciones de conciencia, Marx insistió en que en la situación de explotación extensiva en las que se estaba desarrollando el primer capitalismo, el paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo al capital, con jornadas de más de 16 horas y durísimas condiciones laborales, que también afectaban a las mujeres y a la infancia, era la condición laboral (asalariada) que más "interpelaba" a las personas. No hay ninguna ontología en ello, sino pura dialéctica histórica, análisis de situación y de fase, del contexto estructural. Si las formas de conciencia están ligadas a las condiciones de existencia, en el capitalismo estas últimas están dadas principalmente por el empleo y las relaciones *dentro* del empleo en cuanto que trabajo abstracto, para una amplia parte de la sociedad (en el primer capitalismo también para muchas mujeres, niños y niñas).

Trascender las condiciones de explotación laboral resulta un interés "objetivo"

que no tiene porqué traducirse en intereses reconocidos ni perseguidos. Siempre se calibran posibilidades, riesgos, logros intermedios, objetivos inmediatos, amén de todo otro tipo de condicionantes. Y eso no tanto (y en cualquier caso, no sólo) como "falsa conciencia", sino porque las posibilidades se sopesan y los intereses se definen y reajustan en función de las contingencias inmediatas tanto personales como del orden metabólico en que se está inmerso, así como del "precio" de combatirlo[5]. Si no consideramos, además, la profunda influencia sobre los intereses de las formas ideológicas dominantes ¿dónde quedan entonces los análisis de Marx sobre la ideología dominante y la conciencia de clase?, ¿dónde la cambiante correlación de fuerzas entre las clases y sus resultados en forma de avances y retrocesos sociales?, ¿dónde toda su teoría sobre la alienación y misticismo-fetichismo de la sociedad capitalista?[6]

De cierto, como resultado de las luchas históricas del movimiento obrero (y el logro de la Revolución Soviética), el capitalismo híbrido, dicho "keynesiano", proporcionó durante un tiempo a las poblaciones de las formaciones sociales centrales (que no dejaron de ser exclusivas minorías mundiales) suficientes mejoras socio-laborales como para que los "intereses" de clase de gran parte del Trabajo se vieran temporalmente vinculados a la (creencia en la) reforma permanente del capitalismo hacia el "Bienestar". En ello centraron sus intereses la mayor parte de las clases trabajadoras europeas, hasta hoy mismo, y por extensión –dado que el capitalismo avanzado funge como modelo de aspiración de logros–, buena parte de las del resto del mundo, a pesar de las muestras en contrario proporcionadas por crisis cada vez más frecuentes, duraderas e intensas.

Digamos, para resumir, entonces, que si hay un interés "objetivo" en el socialismo de las clases subalternas no sólo es por conducir a la emancipación del trabajo abstracto y de la explotación, sino también porque está imbricado en las condiciones socio-históricas del capitalismo que propician la socialización de la producción y por ende también la posibilidad fehaciente de socialización de los medios de producción. Sin embargo, la plasmación subjetiva de esos intereses no deviene automáticamente de tales condiciones, sino que queda condicionada a las luchas de clase y a los cambiantes resultados de las mismas. Es decir, que el "interés objetivo" debe pasar por su concreción en forma de proyecto-conciencia y por tanto en meta, proceso que en ningún

caso es fácil ni irreversible[7]. Por otra parte, tal "interés" no es *esencial*, porque ni el socialismo es una realidad predestinada en la historia, aun en el caso de que pudiera estar posibilitado por el propio capitalismo, ni tampoco está determinado que aun siendo una forma posible de organizar las sociedades se pudiera alcanzar, y todavía menos universalmente[8].

> "No hay una relación lineal entre la defensa de los intereses inmediatos de la clase trabajadora históricamente autoconstituida y autoafirmada y la superación del capitalismo. La política revolucionaria del proletariado no supone refrendar su posición inmediata en la sociedad sino negarla y superarla. La posibilidad de una política proletaria que articule la tensión entre intereses inmediatos (capitalistas) y aspiraciones históricas (revolucionarias) de la clase trabajadora, por lo tanto, continúa siendo de central importancia para la crítica (teórica y práctica) del capital. En esta reformulación, la lucha emancipatoria de la clase trabajadora es fundamentalmente la lucha contra la desposesión capitalista que separa a los productores inmediatos de los medios de producción. Sólo que esa lucha no aspira a volver a las formas 'premodernas' de dependencia personal directa, sino a construir una modernidad alternativa que supere los antagonismos estructurales del capitalismo y realice las posibilidades de multilateralidad humana que este modo de producción habilita y obtura a la vez" (Martín, 2014: 176)[9].

De ahí que, como vengo diciendo, el propio Marx subrayara la imposibilidad de una teoría histórico-filosófica general[10]. Ésta nada tiene que ver con el estudio materialista de la Historia, que precisamente alude a las múltiples salidas que dejan las interacciones entre los condicionamientos infraestructurales y las formas culturales-económicas humanas que los enfrentan, así como las diferentes posibilidades de respuesta sociocultural y política que abren las pugnas endógenas a las propias sociedades desigualitarias en torno a la relación de clase y otras divisiones sociales.

Me permito aquí, para finalizar la contra-argumentación de los puntos citados, esta larga cita de Borón (2019: s/p):

> "Cuatro siglos después de Copérnico, Marx produciría una revolución teórica de semejante envergadura al echar por tierra las concepciones dominantes sobre la sociedad y los procesos históricos. Su genial descubrimiento puede resumirse así: la forma en que las sociedades resuelven sus necesidades fundamentales: alimentarse, vestirse, abrigarse, guarecerse, promover el bienestar, posibilitar el crecimiento espiritual de la población y garantizar la reproducción de la especie constituyen el indispensable sustento de toda la vida social. Sobre este conjunto de condiciones materiales cada sociedad construye un inmenso entramado de agentes y estructuras sociales, instituciones políticas, creencias morales y religiosas y tradiciones culturales que van variando en la medida en que el sustrato material que las sostiene se va modificando. (…) Al igual que ocurriera

> con Copérnico en la Astronomía, la revolución teórica de Marx arrojó por la borda el saber convencional que había prevalecido durante siglos. Este concebía a la historia como un caleidoscópico desfile de notables personalidades (reyes, príncipes, Papas, presidentes, diversos jefes de estado, líderes políticos, etcétera) puntuado por grandes acontecimientos (batallas, guerras, innovaciones científicas, descubrimientos geográficos). Marx hizo a un lado todas estas apariencias y descubrió que el hilo conductor que permitía descifrar el jeroglífico del proceso histórico eran los cambios que se producían en la forma en que hombres y mujeres se alimentaban, vestían, guarecían y daban continuidad a su especie, todo lo cual lo sintetizó bajo el concepto de 'modo de producción'. Estos cambios en las condiciones materiales de la vida social daban nacimiento a nuevas estructuraciones sociales, instituciones políticas, valores, creencias, tradiciones culturales a la vez que decretaban la obsolescencia de las precedentes, aunque nada había de mecánico ni de lineal en este condicionamiento 'en última instancia' del sustrato material de la vida social. Con esto Marx desencadenó en la historia y las ciencias sociales una revolución teórica tan rotunda y trascendente como la de Copérnico y, casi simultáneamente, con la que brotaba de las sensacionales revelaciones de Charles Darwin. Y así como hoy se convertiría en un hazmerreir mundial quien reivindicase la concepción geocéntrica de Ptolomeo, no mejor suerte correrían quienes increpasen a alguien acusándolo de 'marxista'."

Entonces, podemos decir que hay una conclusión que se desprende clara del materialismo histórico-dialéctico, y es que la reproducción material de la sociedad repercute más que otras instancias sobre los procesos sociales. ¿Por qué cuando la física determina una fuerza predominante de atracción de los cuerpos, por ejemplo la gravedad, no se le acusa de "determinista", y por qué cuando la ciencia social desentraña y señala las causas profundas del movimiento de la sociedad, incluida la conciencia, sí? Hacer ciencia no es hacer ontología, es intentar entender lo que sucede con base en procesos causales, en las razones más profundas que lo explican y que nunca son unidireccionales.

9.1. De la racanería interpretativa (y argumental) de Mouffe y Laclau

Empeñarse en hacer pasar la enorme complejidad y riqueza de la obra marxiana como una más de las interpretaciones reduccionistas, no enriquece el avance científico, sino todo lo contrario. Las tesis de Mouffe y Laclau no nos proporcionan, en definitiva, solamente una interpretación "rácana" de Marx, a la que nos tienen acostumbrados tantos "post-marxismos" y las posturas más

explícitamente anti-marxistas, sino "un auténtico ejercicio de deformación intelectual y simplificación" de la construcción teórica de Marx, que hay que combatir con todo el rigor de la teoría (Sánchez Berrocal, 2019a: 61).

Para empezar, esta pareja de autores es altamente representativa del postmarxismo en general cuando se desliga de toda materialidad, valga decir, causalidad básica, para los procesos sociopolíticos. Hay en sus postulados teóricos (Laclau y Mouffe, 2011) una manifiesta autonomización de la política y la ideología, que pierden su relación con la economía y con las condiciones materiales de existencia. Es la ideología (en última instancia "el discurso") lo que para ellos constituye a la sociedad.

Hacen valer también el principio de no-correspondencia, sosteniendo que las condiciones económicas o sociales no producen *necesariamente* ningún tipo de fuerza política correspondiente (premisa con la cual no hay problema en concordar, una vez considerado el adverbio en cursiva). Sin embargo, de ahí derivan Mouffe y Laclau un difícilmente aceptable dualismo teórico: si no hay determinación, tampoco hay causalidad, relación ni condicionamiento alguno. De donde se concluye en términos políticos que un movimiento alter-sistémico no tiene porqué estar enraizado en unas concretas condiciones materiales. Concatenación de presupuestos erróneos que se complementan con una visión pluralista del Estado: éste es susceptible de mostrar autonomía respecto de las clases dominantes y de la ley del valor del capital, por lo que puede ser objeto de apropiación por diferentes intereses contrarios, por unos u otros sectores de la población; pudiendo pasar así de las manos de las clases dominantes a las de las dominadas sin necesidad de estrategia rupturista alguna, sino por simple "extensión de la democracia" (de hecho, no hacen sino seguir el yermo sendero de la socialdemocracia clásica, que llegó a entender el capitalismo monopolista de Estado como una transición entre el capitalismo y el socialismo).

En la teoría postmarxista el "impulso" democrático y la pluralidad de luchas democráticas reemplazan, pues, a los intereses materiales y a las luchas de clase en la movilización de la historia. Presas de la artificial separación de esferas entre la economía y la política que genera el capitalismo, las elaboraciones postmarxistas delimitan la democracia a la esfera político-jurídica formal, excluyendo el núcleo de las relaciones sociales. Ilusión que conduce a una suerte de estatismo o contemplación del Estado como vía privilegiada de

transformación social al ser capaz de transformarse a sí mismo mediante procedimientos democráticos. La teoría, por su parte, no es sino un artefacto para la contienda electoral.

Tales propósitos entrañan una premisa ineludible, aunque no declarada: que al Sistema le vaya bien, y que quienes acceden al Estado alberguen la capacidad de hacer que aquél funcione (lo que al final resulta clave para el éxito electoral). En ese sentido es imprescindible señalar que Laclau y Mouffe interiorizan sin trabas la ilusión democrática capitalista como punto de partida dado. En el pensamiento posmarxista, siguiendo el gusto neoliberal, existe una continua disociación entre *democracia* como si de por sí fuera un "régimen" propio, y *capitalismo* entendido de forma "economicista", como mero sistema de producción. Esto es, se concibe "la democracia" como una forma de sociedad que se define exclusivamente en el plano de lo político, dejando de lado su posible articulación con un sistema económico.

> "Sólo de esta manera se puede autonomizar al discurso democrático liberal de cualquier relación con el capitalismo y pensar que con su extensión a otras esferas puede por sí mismo eliminar las relaciones de subordinación, como si unas no tuvieran que ver con las otras, y cada esfera se constituyera simbólicamente por separado y no a partir de las mismas relaciones sociales" (Waiman, 2013: 15).

Tal ilusión, que según vimos en el segundo capítulo impregna el metabolismo social capitalista, hace también que demasiadas de las teorizaciones "post" sean víctimas de la misma, al parecer auto-complacidas.

> "Más aún que la necesidad de preservar la economía de mercado, eufemismo habitual para designar el capitalismo, economía en la que las 'instituciones democráticas liberales' se presentan como complemento indisociable y (mediando alguna restructuración) como única modalidad posible de la democracia sin más, es sin duda la última cuestión la más reveladora del contenido del proyecto intelectual de Laclau. En efecto, concibe la democracia radical como un proceso de extensión y de generalización de la lógica liberal-democrática a un creciente número de espacios sociopolíticos. Pero, atención: esta radicalización no debe superar determinados límites; precisamente aquellos que condicionan, en palabras de Laclau, el 'pluralismo social y cultural en una determinada sociedad'; es decir, en buena lógica liberal, la economía de mercado y la propiedad privada" (Kouvélakis, 2019: s/p).

Esta insistencia en la "compatibilidad" del cambio social deseable con la estructura de las relaciones sociales existentes, definida a través del eufemismo

ad hoc del liberalismo como "pluralismo de intereses", es definitivamente clarificadora del proyecto "postmarxista" en general.

Veamos los argumentos de Mouffe sobre la democracia capitalista y sus propuestas de intervención dentro de los límites que aquélla proporciona, donde por fin retrata sin tapujos sus posiciones al respecto. Ese es el auténtico "mérito" de su hasta el momento último libro, una vez fallecido su compañero Laclau:

> "¿Cómo es posible concebir la democracia de un modo que permita la confrontación entre proyectos hegemónicos opuestos en su seno (…) uno de los desafíos más importantes para la política democrática liberal pluralista [sic] consiste en intentar desactivar el antagonismo potencial que existe en las relaciones humanas para hacer posible la coexistencia humana (…) La cuestión crucial en un régimen democrático liberal es, por lo tanto, cómo establecer esta distinción nosotros /ellos –que es constitutiva de la política– de modo que sea compatible con el reconocimiento del pluralismo. Lo importante es que cuando surja un conflicto, no tome la forma de un antagonismo (una lucha entre enemigos), sino la de un agonismo (una lucha entre adversarios)" (Mouffe, 2018: 117).

Explotadores y explotados pasan a ser "adversarios" cuya existencia se proclama "legítima". He aquí la ferviente asunción de las *ilusiones* que propaga el capital. ¿Puede haber alguna manera más clara de concebir al modo de producción capitalista como el inalterado (y tal vez ensoñadoramente inalterable) orden dado de las cosas, y además asumirlo como una entelequia (una supraestructura) democrática colgada en el vacío? Se entiende así que para esta autora

> "…el objetivo de la estrategia populista de izquierda no es establecer un 'régimen populista', sino construir un sujeto colectivo capaz de lanzar una ofensiva política para establecer una nueva formación hegemónica *dentro del marco democrático liberal*" (2018: 106; énfasis añadido).

Lanza Mouffe toda esa declaración de principios, esa andanada ideológica, sin el más mínimo rubor, ni la más ínfima preocupación por analizar en absoluto en qué consiste el *capital*(ismo) y por tanto sin explicar jamás, ni por asomo, cómo va a poder radicalizarse la democracia sin tocar las relaciones sociales de producción, máxime mientras se obstruye la reproducción del *valor-capital* que da su razón de ser a la sociedad capitalista. Ya vimos en el capítulo 5 las condiciones socio-históricas y económicas que requiere la mejora de la democracia capitalista, y que mientras sea el *valor* la principal *constitución* de la

sociedad, tal democracia tendrá sólo tibias manifestaciones en la esfera de la circulación del capital. Ante la decadencia del *valor* la democracia será cada vez más mera ilusión[11].

Como buena representante de estos tiempos "post" de descomposición sistémica, nuestra autora se empecina, paradójicamente (¿o no tanto?), en proponer razonamientos kantiano-ideales sobre el proceder social, ignorando los procesos vitales de la sociedad del capital y por tanto las conclusiones que de ellos se derivan; como si la *política* pudiera campar a sus anchas, cuan campo aislado y autónomo, sin relación con las bases materiales-económicas de la sociedad. ¡Todo y a pesar de que ella misma reconoce que estamos en un "momento postdemocrático"! ¿Cómo es posible, entonces, que la ensalzada y siempre deseable "democracia liberal" se haga "postdemocrática"? Todo un misterio para esta autora, que no obstante propone al populismo como antídoto contra tal degeneración:

> "En este momento postdemocrático, cuando la recuperación y la radicalización de la democracia forman parte de la agenda, el populismo, al enfatizar el *demos* como dimensión esencial de la democracia, es particularmente adecuado para calificar a la lógica política adaptada a la coyuntura. Entendido como una estrategia política que destaca la necesidad de trazar una frontera política entre el pueblo y la oligarquía, cuestiona la visión postpolítica que identifica democracia con consenso" (Mouffe, 2018: 108).

Ya en un libro conjunto con Errejón, Mouffe y él ven la dificultad del acceso de las reivindicaciones y demandas de las clases subalternas como una carencia de la "vieja política", y de la deriva "postpolítica" actual, pero no asocian ni una ni otra a la evolución del *valor-capital*, a su cambiante plasmación en forma de diferentes fases del modo de producción capitalista. Por eso mismo, nos hablan del populismo como una forma de construir lo político que no está asociada a contenidos ideológicos ni prácticas de grupos particulares. Es más una "forma" que un contenido. Es el discurso populista el que unifica sectores sociales, luchas y campos, y produce el "pueblo" o convierte a la "gente" en un sujeto político[12], al que hay que enfrentar dicotómicamente con el "establishment". Y aducen una razón de oportunidad, que aunque no analizan en sus raíces profundas, al menos alcanzan a detectar, pues nos dicen que en ese objetivo hay que saber aprovechar la "situación populista", que es producto de la dominación que ejerce hoy el capitalismo (a la que tildan de "biopolítica"),

siendo las resistencias que suscita difícilmente canalizadas por la institucionalidad existente.

> "Estas transformaciones han creado las condiciones de una 'situación populista' caracterizada por una profunda crisis del sistema de representación" (Errejón y Mouffe, 2015: 89).

Pero se olvidan de que un "pueblo" o cualquier otra forma de (designación de un) sujeto colectivo político con pretensiones de contra-totalidad, no se construye sólo con discursos. Antes bien, es el resultado de años de esfuerzos y trabajos de base, organizando desde abajo, creando sujetos moleculares capaces de tejerse en red en las entrañas del metabolismo social, compaginados con organizaciones de masas preparadas para enfrentar los poderes del capital también en los ámbitos de mando. Acciones que no las puede llevar a cabo "cualquier" agente social. La carencia de todos esos procesos y agentes sociales y políticos ha sido causa de la endeblez transformadora (cuando no inexistencia total de la misma) de los elementos populistas que alumbraron estas mentes[13].

Por eso mismo, Mouffe, con Errejón, son pertinaces en su reflexión sobre el vacío y en su introyección de las ilusiones del capital, al brindarnos una concepción de la democracia desligada de la tierra o substrato material del que brota, como si fuera un mero mecanismo procedimental, ajeno al modo de producción en el que se halla.

> "La democracia no es estar todos de acuerdo sino construir los procedimientos y mecanismos a partir de los cuales se pueda dar una disputa infinita sobre temas de lo más diversos. Una disputa infinita por determinar el reparto de bienes colectivos y de posiciones (…) en realidad la democracia es la posibilidad de elegir entre opciones diferentes y se nutre del conflicto, no la debilita" (Errejón y Mouffe, 2015: 30).

¿Procedimientos y mecanismos de disputa entre "iguales" (convertidos en "adversarios agonistas"), sin que medie coacción ni desposesión ni explotación entre ellos? La democracia así entendida mistifica y legitima las relaciones de dominación y explotación de clase (niega su existencia al definirlas como relaciones entre individuos libres e iguales). Con ello se niega también la democracia como *poder popular* y se delimita la esfera en la que puede operar sin afectar las relaciones de producción-explotación, por lo que se hace en el imaginario "post" perfectamente compatible con el capitalismo. Es, por tanto,

una “democracia” inocua, que no afecta las bases del mismo (la transformación revolucionaria queda reducida a una continuidad indolora entre una forma democrática y otra) (Meiksins Wood, 2013).

Tales presupuestos resultan conectados a la propuesta teórica que afirma que la democracia burguesa es ‘indeterminada’, no vinculada a ninguna relación de clase[14]. Premisa que la otorga apariencia de universalidad, por lo que de lo que se trata es de extenderla lo máximo posible, de contribuir aceleradamente a su pleno desarrollo (¿estaban aquí dadas las bases del actual “aceleracionismo”, el desarrollo al máximo y cuanto más rápido mejor de las potencialidades capitalistas para llegar antes al socialismo?)[15]. En eso consiste buena parte de la hegemonía para las y los autores “postmarxistas”. En el fondo de los fondos, como ya se ha apuntado, todo el cuerpo teórico “postmarxista” deja de lado la transformación social para enfocarse en exclusiva a la contienda electoral. Se trata de una maquinaria académica orientada a ganar elecciones, las cuales son su razón de ser.

> “El ‘nuevo imaginario político’ de esta ‘democracia radical’, constantemente sometida a autolimitarse, sigue siendo totalmente interna al del liberalismo. Nos encontramos pues, y es necesario remarcarlo, en las antípodas de los permanentes intentos de los marxistas heterodoxos por repensar la relación inmanente entre socialismo y democracia” (Kouvélakis, 2019: s/p).

Digamos, para ir remachando la crítica, que al contrario de las propuestas vistas hasta aquí, la “democracia radical” no puede ser base del sistema capitalista, porque es incompatible con él. No es posible ignorar, consecuentemente, en cualquier estrategia socialista, que la verdadera ‘extensión de la democracia’ supone un desafío al capitalismo[16].

Además, las luchas de clase en el capitalismo no son ni por asomo meros reflejos del discurso liberal-democrático. La abstracción de la igualdad formal capitalista es una necesidad del propio capital y una supuesta extensión de tal abstracción no supone ninguna amenaza a las relaciones capitalistas de dominación. Plantear entonces una verdadera política radical supone el cuestionamiento de aquellas relaciones sociales por las cuales se opera la artificiosa separación entre explotadores/as y explotados/as, dominadores y dominados/as, ciudadanos/as y trabajadores/as (Waiman, 2013). Una democracia “radical” sustentada en bases materiales socialistas, es promotora y

a la vez se nutre de la asociación de productoras/es y mantenedoras/es de la vida en común, libremente asociadas/os. La democracia integral ("radical"), además, sólo puede realizarse al mismo tiempo que la *autonomía*, la capacidad de decidir de los seres humanos su propia vida, esto es, qué producen, cuándo, cómo, para qué, para quién… y por tanto también, cómo se distribuyen lo producido y organizan su tiempo de vida, la reproducción social y las relaciones con su hábitat, la importancia que en todo ello tiene el goce y la realización personal, la sustentación colectiva asumida colectivamente. Todo lo cual es ajeno a un modo de producción donde la condición básica de la absoluta mayor parte de la sociedad es la de desposeída. Materialidad que condiciona las vidas de los individuos de forma drástica y hace a unos (la mayoría) dependientes para vivir de los otros (la minoría que acapara los medios de producción).

La democracia socialista presupone, por consiguiente, un proceso de abolición de las clases, de la explotación clasista y, en general, de la explotación del ser humano por el ser humano. Representa, sin remedio, unos claros intereses de clase en oposición a otros. Conlleva intrínsecamente una transformación de las relaciones sociales de producción. Lo que quiere decir que entre democracia capitalista y socialista media un antagonismo. No puede haber *democracia radical* sin tocar el *valor*, que es la raíz del Sistema. Y éste no se puede tocar, por tanto, sin que se vea afectado todo el edificio capitalista, por lo que la democracia radical está forzada a enfrentar a las encarnaciones del *capital* con todo su inconmensurable despliegue de poderes, en la completitud de su Poder metabólico. Enfrentamiento no "agonista" sino netamente "antagonista", que se resuelve a través de correlaciones de fuerzas sociales en todos los ámbitos del orden del capital.

La división entre las esferas en que el capitalismo permite hasta cierto punto la democracia (esfera de la circulación) y las que no la permite en absoluto (esfera de la producción-reproducción), es precisamente la que corresponde a la división infranqueable entre intereses antagónicos. Cualquier intento de traspasar esas fronteras no se podrá lograr sin dolor y sin combatir las respuestas brutalmente violentas que de cierto desatará el capital (como la historia no se cansa de demostrar constantemente)[17].

Por eso, no todas las versiones discursivas pueden tener la misma fuerza, la

misma capacidad de concitar sujetos capaces de apuntar a, y lidiar en torno a la *totalidad del capital*. Y por eso la hegemonía que predica el postmarxismo en general es una "pseudo-hegemonía", subordinada a la *ley del valor*. Tan ficticia como la mayor parte del capital-dinero que circula hoy, en cuanto que la auténtica hegemonía que moldea nuestras conciencias y acciones (las del postmarxismo a lo que se ve muy evidentemente) sigue emanando de esa base constitutiva del metabolismo social capitalista.

Contrariamente a lo que afirma Laclau y demás postmarxistas, por ello mismo, son las luchas en torno a la reproducción del *valor-capital*, como luchas de clase, las que actúan como agente de des-reificación del sujeto político y no "la razón populista".

> "La lógica totalista del capital obtura cualquier contingencia politicista radical. En efecto, bajo la sociedad del capital (al menos sin cuestionar sus pilares estructurales montados en la reproducción automática del valor) no hay 'espacio social' para la emergencia de lo político como puesta en contingencia de la vida en común. (...) La novedad aportada por el análisis marxista radica, evidentemente, en la comprensión crítica de los mecanismos sociales que obturan la apertura política en la sociedad del capital. Todo esto no implica que la necesariedad de la lógica capitalista deba absolutizarse de modo ilimitado. Pero basta para mostrar que la sociedad capitalista restringe cualquier 'contingencia radical' politicista. La lucha de clases posee un momento subjetivo y contingente; sólo que éste no es autónomo con respecto a la lógica objetiva y ciega del capital sino que se monta sobre ella. La vieja y adecuada pregunta por la articulación entre los factores objetivos y los subjetivos supone que los márgenes de la acción política vienen dados por la inyunción de la acción humana contingente entre las contradicciones ofrecidas por las constricciones necesarias de la lógica del capital. Esta concepción llevaría, por lo tanto, a recuperar una noción limitada de la contingencia política, contra la ontologización posmarxista de la contingencia como determinación originaria o radical de la sociabilidad" (Martín, 2014: 123).[18]

Irreductible, sin embargo, a la crítica, Laclau plantea así de burdamente los términos del debate al respecto: hablar de ruptura con el capitalismo no es más que un significante carente de una referencia real; razonar de esa manera no es más que un residuo de la visión clasista-fundamentalista del mundo social. Pensar que quienes producen la plusvalía (la sangre) del Sistema, tienen algo que ver en las posibilidades materiales de su transformación es también mero "esencialismo".

Igualmente para él, y aquí enlaza con la Nueva Crítica del Valor (NCV), el interés de la clase obrera no sólo no pasa por el socialismo, sino que más bien es antirrevolucionaria, reformista y economicista. El advenimiento del

capitalismo industrial –a diferencia de lo que teorizó el marxismo (el "Marx exotérico", según la NCV)–, marcó el fin de los antagonismos claros, capaces de dividir el cuerpo social en dos campos antagónicos y en desafiar el valor-trabajo[19]. Hoy ya en lugar de en "clases" las oposiciones están incardinadas en "bloques de poder": el "oficialismo-casta" contra el "pueblo". Por lo que el objetivo de la "estrategia socialista" es construir ese *pueblo*.

De esta manera

> "el acento se desplazó hacia las formas de construcción de un nuevo sujeto político, desconectado de cualquier presupuesto fundamentalista pero, al mismo tiempo, portador de un proyecto unificador, capaz de tomar el relevo al movimiento obrero" (Kouvélakis, 2019: s/p).

La definición del marco estratégico se resuelve, entonces, como una disputa entre populismos. Y lo populista sería la forma misma de constitución de lo político. Una forma vacía que una pluralidad de "contenidos" tratarán de llenar y ocupar mediante una construcción hegemónica. Esto resulta

> "…lo más parecido a un líder bonapartista que articule de manera vertical (estatal) las demandas populares. El carácter abstracto de la 'lógica populista' hace de la política un formalismo, sin intereses de grupos sociales más o menos permanentes, y sin ideología (…) En la teoría laclausiana, como la lucha de clases no tiene ninguna centralidad, ni tampoco la necesidad de construir una fuerza material de los explotados y los oprimidos para enfrentar los ataques de los capitalistas, incluido el fascismo, esta cuestión queda librada a la contingencia, a las prácticas discursivas y a la movilización de los afectos" (Cinatti, 2018: 3 y 5).

También Callinicos lo ha puesto en evidencia:

> "Laclau y Mouffe proclaman que la política necesariamente toma la forma de hegemonía en la modernidad occidental, donde, desde la 'revolución democrática' del siglo XVIII, el antagonismo ya no implica una polarización aguda entre dos campos y las identidades se vuelven cada vez más ambiguas y múltiples. El marxismo clásico, con su insistencia en el 'clasismo, es decir, la idea de que la clase obrera representa el agente privilegiado en el que reside el impulso fundamental del cambio social', es un obstáculo para el desarrollo de la articulación hegemónica de subjetividades diversas y autónomas en el sentido de un solo movimiento que busca 'profundizar' la revolución democrática" (Callinicos, 2017: s/p).

Borón y Cuéllar (1983) avisaron con tiempo y profundidad crítica, de la inversión metodológica que se esconde detrás de los planteamientos de Laclau.

Según estos autores, como reacción a las versiones más economicistas del marxismo, los postmarxismos han llevado a cabo una inversión de la problemática althusseriana de la sobredeterminación que no deja de tener graves consecuencias, porque implica cederle el lugar central de lo económico a lo político y a lo ideológico.

> "Pero esto exige introducir una distinción entre dos clases de contradicciones: una, la contradicción de clase –situada, según Laclau, en el nivel 'abstracto' del modo de producción–; otra, irreductible a la primera, que se situaría en el plano de la formación social, donde 'actúan' las determinaciones políticas e ideológicas, sería una contradicción que opondría a dominantes y dominados: 'si la primera contradicción –en el nivel del modo de producción– se expresa en el nivel ideológico en la interpelación de los agentes como *clase,* esta segunda se expresa a través de la interpelación de los agentes como pueblo'. Y agrega: el pueblo es una determinación objetiva del sistema, que es diferente de la determinación de clase: el pueblo es uno de los polos de la contradicción *dominante en una formación social,* esto es, una contradicción cuya inteligibilidad depende *del conjunto de las relaciones políticas e ideológicas de dominación,* y no solamente de las relaciones de producción. Si la contradicción de clase es la contradicción dominante en el nivel abstracto del modo de producción, la contradicción pueblo/bloque en el poder es la contradicción dominante en el nivel de la formación social... (…) Ahora bien, si la clase es distinta del 'sujeto' entonces la cuestión de la especificidad de lo político y lo ideológico no puede sino ser la de su eficacia en cuanto constituyente del sujeto, es decir, que según esta perspectiva, *no puede sino ser la especificidad de la ideología como constitutiva de éste*" (Borón y Cuéllar, 1983:1159-1160).

Se operan así una serie de reducciones, que llevan desde la primacía de lo económico a la de lo político y de éste a lo ideológico. Pero la cadena idealista no se detiene ahí, ya que lo ideológico queda, a su vez, reducido a lo discursivo.

> "Lo que Laclau pide es nada menos que neguemos la 'objetividad' de la contradicción y que dejemos de pensar en el objeto real como un existente en sí, para verlo exclusivamente como significante, es decir, como cultura, es decir, como discurso... En este contexto, es comprensible que se conciba a la hegemonía como la capacidad de producir 'nuevos sujetos' a partir de – y por – un discurso. Esto lleva necesariamente a una concepción idealista de la hegemonía (…) [que] parece excluir el momento de la coerción ('dominación') en su constitución. (…) ¿No lleva esto a una concepción idealista de la hegemonía *sin dominación* –en el sentido fuerte de la palabra– y, al mismo tiempo, paradójicamente, a una concepción de base de lo social como *pura dominación?* (…) Con ello se sientan las bases para una revisión idealista del marxismo que se presenta, sin embargo, como su renovación antirreduccionista" (Borón y Cuéllar, 1983:1164-1165).

Los problemas de la formación de conciencia de clase y organización política son reemplazados, en consecuencia, por las vicisitudes de la construcción discursiva. El discurso democrático es, entonces, la trama que une historia y

política, el cemento que conglomera los fragmentos del sujeto plural (Meiksins Wood, 2013).

Es fácil de deducir de estas premisas que la nueva misión de la izquierda no sería luchar contra la ideología liberal-democrática sino todo lo contrario, profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia plural y radicalizada. Tal es el ensalzamiento de las dinámicas capitalistas como portadoras de la democracia (de una democracia cada vez más perfeccionada). ¿Puede ofrecerse mayor muestra de auto-atrapamiento en la tupida red de mistificaciones del *valor-capital*?

> "La propuesta de Lacau implica renunciar a la politización de la economía, asumir los principales presupuestos del liberalismo incluyendo la independencia de la esfera política del Estado y eliminar el foco del antagonismo principal en las clases sociales. En última instancia, esta posición implica renunciar a plantear una crítica del capitalismo y un horizonte no capitalista para la sociedad" (Romano y Díaz, 2018: 76).

Traducido para nuestra línea argumental, esto significa dejar de hacer Política que afecte al *metabolismo del capital*.

> "Marx, por el contrario, sugiere que la dimensión ideológica de la libertad y la igualdad liberales está incrustada de manera intrínseca en la realidad capitalista, como mecanismo de ocultación del carácter irrealizable de esta libertad e igualdad en el sistema. Parafraseando a Jameson (…), lo único que puede ocurrir es que desaparezca el sistema que las genera para abolir los ideales de libertad e igualdad junto con la práctica de ausencia de libertad y de desigualdad. La forma en que el realismo de izquierda evita hablar de capitalismo y de mercado es sólo una forma más de reforzar su inevitabilidad y su naturalización. Esto no es un detalle sin importancia, sino que es el ámbito decisivo de la lucha política actual. Es asumir el mercado como natural y el capitalismo como inevitable, y desplazar la atención hacia otros aspectos, cualquiera, en los que no se cuestionen estos principios fundamentales" (Romano y Díaz, 2018: 82).

Y hasta el mudadizo Žižek abunda en la herida:

> "mientras que esta narrativa básica posmoderna de izquierda del paso del marxismo 'esencial'... a la irreductible pluralidad posmoderna de luchas describe un proceso histórico real, sus partidarios, sobre una base regular, omiten la resignación que lleva en su corazón –la aceptación del capitalismo como el único juego posible ('the only game in town'), la renuncia a cualquier intento real de derrocar el orden capitalista liberal existente" (en Callinicos, 2017: s/p).

Resulta, en general, muy difícil encontrar en las elaboraciones "discursivas"

postmarxistas alguna indagación sobre las dinámicas económicas y sociales, las vicisitudes y evoluciones del *capital*, ni sobre porqué, de hecho, sus límites "democráticos" se reducen aceleradamente. Algo que es vital para cualquier análisis social y debiera resultar imprescindible de cara a proponer cualquier cosa, porque ni la realidad ni los sujetos (individuales ni colectivos) dependen sólo de "discursos" o "narrativas", sino en última instancia de dinámicas materiales. Cada expresión del *capital* –cada fase suya– lleva entrañadas sus diferentes formas sociales y márgenes de la política, donde se dirimen las intervenciones humanas y las propias posibilidades y modos de la hegemonía. El capitalismo degenerativo en el que estamos inmersos desde hace al menos tres décadas, no puede sino empobrecer la política, al tiempo que despolitiza la economía, proceso del que los "postmarxismos" y el posmodernismo en general, son fidedignas muestras (Jameson, 1991) (al menos de la primera parte también lo son los "neomarxismos").

Ante tamañas carencias de la "teoría" postmarxista, a partir de su falta de análisis material, se entiende que el mundo no pueda ser sino producto de las ideas, de los discursos… y la *hegemonía* no necesite tener ningún anclaje en los procesos de la vida *real*. Por eso mismo, quienes jugaron al juego de inventarse hegemonías desde ideas lanzadas a través de los despachos, empiezan a descubrir (aunque todavía les sacuda su ignorancia de las causas) qué elementos constitutivos de un ámbito social *no pueden* crear alternativas sistémicas (y más aún cuando caen las posibilidades "democráticas" del capital); por lo que continúan pasmándose, en cambio, ante el hecho de que la hegemonía siga siendo cosa de la clase dominante.

Por contra,

> "Gramsci pensaba en la hegemonía de forma muy diferente como una dinámica que partía de la autonomía, la autoconciencia y la organización de un sujeto particular capaz de ampliarse y articularse con otros al interior de un horizonte emancipatorio de alcance universal" (Modonesi, 2019: s/p).

Y es que junto al empobrecimiento de la obra de Marx, con su pacata concepción de la *hegemonía*, esta pareja de "postmarxistas" (Mouffe y Laclau) también ha hecho todo lo posible por mutilar a Gramsci, por despolitizarle.

> "En lo que respecta al análisis e interpretación de la geografía institucional y la composición de

clases que afectan al par 'sociedad civil' y 'Estado', nuestra tesis es que la teoría populista parte de una óptica liberal que no tiene nada en común con el pensamiento gramsciano. El error cuenta, incluso, con nombres, apellido y fecha: en 1977 Norberto Bobbio afirmó en un artículo que 'en Gramsci, la sociedad civil no pertenece al momento de la estructura, sino al de la sobrestructura'. En este texto de referencia para Laclau y Mouffe, la idea del jurista italiano consiste en contraponer, de forma irreconciliable, sociedad civil y Estado en la filosofía de Gramsci, lo que en realidad no encaja muy bien con sus consideraciones sobre el 'Estado integral' (…). De este modo, la sociedad civil quedaría desligada del momento económico y adquiriría autonomía propia como la esfera cerrada de la 'moral', la 'cultura' o los 'intelectuales', mientras que la economía quedaría del lado de la sociedad política. Esta dicotomía es bastante ajena para un Gramsci que dedicó buena parte de sus esfuerzos intelectuales a romper lo que denominaba 'la impostura del movimiento liberal', es decir, convertir en distinción orgánica lo que es meramente una distinción metodológica: 'sociedad política' y 'sociedad civil' no son dos momentos separados, sino atravesados por procesos de reciprocidad, ósmosis e intervención mutua. (…) Se olvida, así, la enseñanza central de Gramsci en lo que respecta al poder político: la necesidad de 'hacerse Estado' (*farsi Stato*), comprender las intersecciones entre la sociedad civil y la sociedad política como el lugar y el proceso donde llevar a cabo la lucha política, no la mera difusión cultural y la crítica moralística. (…) [la hegemonía] es despojada de cualquier tipo de espesor materialista y efectividad política, desde el momento en que se reduce al plano discursivo-cultural, hipostasiado como espacio de 'lo político'. Es importante recordar que Gramsci sostiene que 'si la hegemonía es ético-política, no puede no ser también económica, no puede no tener su *fundamento* en la función decisiva que el grupo dirigente ejercita en el núcleo primordial de la actividad económica'. Esta estrategia sólo puede conducir a la adaptación de los movimientos de izquierdas al sistema político burgués. Y en esas nos encontramos en la actual fase de la lucha política: con una 'izquierda' que ha renunciado a postularse como crítica y alternativa al capitalismo, pero que recurre a la distorsión de autores como Gramsci para aportar un 'rostro amable' y 'progresista' al neoliberalismo, *a la vez que aspira a convertirse en élite de recambio para un sistema que se considera insuperable*" (Sánchez Berrocal, 2019b: s/p; cursivas mías). [20]

Precisamente, en definitiva, lo que Laclau y Mouffe achacan a Gramsci es, por el contrario, una de sus principales virtudes teóricas: la prioridad de la *estrategia antagonista*. Porque el sustento de una hegemonía metabólica (sistémica) en el capitalismo sólo puede emanar del control del *valor-capital*, en cuanto que su movimiento de reproducción ampliada se plasma en beneficio o perjuicio de clase, y por eso, contra lo que proclama tanto "postmodernismo", "basismo" y "movimientismo apolítico", la hegemonía sistémica está siempre detentada por una clase, con sus instituciones, expresiones cognitivas, maneras de hacer y de concebir el mundo. Y a la vez, las partes subordinadas de la población sólo pueden adquirir hegemonía-autonomía luchando *contra* aquel movimiento de reproducción ampliada del capital y las instituciones en las que se plasma como *Estado* o conjunto de elementos institucionales y socializantes

que gestionan y procuran la subordinación social. Algo que sólo pueden hacer como *clase(s)* opuesta(s) al Capital, cohesionadas como *Trabajo*, en primera instancia, para buscar convertirse, a partir de ahí, en *pueblo-clase*, es decir, en sujeto que abole las clases y su condición de Trabajo.

Así pues, un concepto, *hegemonía*, nacido en el interior de la teoría marxista, resulta ser el elemento clave para desechar esta última, llevando a cabo a la vez una profunda despolitización del propio concepto (Sánchez Berrocal, 2019a). Y con ello llegamos a una inversión de la prelación agencial (algo propio también de bastantes neomarxistas y especialmente de la NCV), que consiste en la elevación de los intelectuales o las ideas o la teoría a vanguardia de la historia. Como quiera que para los post-marxismos no existe nada parecido a un "sujeto objetivo", la clase no tiene ninguna base para vanguardizar luchas (en cambio sí la tiene, paradójicamente –no sabemos porqué, dado que no existe ninguna base objetiva para ningún curso de acción–, según ellos, para proporcionar actitudes meramente economicistas, cuando no decididamente reaccionarias). Ante esta carencia, son sólo las elites intelectuales, las capas acomodadas de la sociedad en cuanto que "elevadas" del mundo de la necesidad y albergadoras, por tanto, de supuestos objetivos "racionales" y "universalistas", las que tienen que "inventarse" al sujeto a través de discursos ingeniosos y creativos, por más basados que estén en los campos de conflicto. Porque mientras no haya discurso (desde arriba) no hay sujeto. Son sólo también ellas, en definitiva, las que pueden emprender la democracia radical.

Se trata, efectivamente, de una de las mayores muestras de exacerbación del elitismo idealista o, mirado desde el pedestal de clase, de creacionismo elitista[21]. Un indicador más de que en realidad estas corrientes no son tanto "postmarxistas", sino *anti-marxistas*. Lo son metodológicamente, y lo son también, en consecuencia, políticamente.

Nos vamos a detener un momento en sus fundamentos no sólo teóricos, sino históricos, para poder contextualizar su elevada influencia en las izquierdas y movimientos sociales actuales. Lo cual, ciertamente, tampoco es casual.

---

1. Me centro en este autor y autora no tanto por la relevancia de su teoría, sino por la influencia que todavía ejercen en el escenario político "de izquierdas" y, al menos y a diferencia de tanto "neo"-marxismo, por la importancia que conceden al factor de la hegemonía. Por otra parte, es muy probable que fuera Laclau quien primero lanzara el apelativo de "postmarxista", tras habérselo aplicado a sí mismo después de su ruptura con la epistemología marxista.

2. Sigo a Sánchez Berrocal (2019a) en la especificación de tales manipulaciones.
3. Otra cosa es que se hayan podido vulgarizar así.
4. Artesanos y trabajadores con oficio, pequeños comerciantes, jornaleros, aparceros y pequeños propietarios agrícolas nutrían principalmente las luchas sociales hasta bien entrado el siglo XIX. De hecho, la "clase obrera" no pasa a ser la expresión principal del Trabajo hasta que el capital no ha conseguido la subsunción real de éste, ya hacia la Segunda Revolución Industrial. La derrota de la Comuna de París supuso el momento de inflexión a partir del cual la clase obrera como movimiento obrero fuertemente organizado y con estructuras sociales, políticas y culturales sólidas y masivas, se convirtió en el sujeto principal frente al capital, a menudo decididamente anticapitalista (hasta que el capitalismo fue integrándole en buena medida –nunca del todo– a través de su *opción reformista* –Piqueras, 2014a–). Sus formas de organización y lucha sustituirían a las revueltas populares propias del primer capitalismo.
5. Therborn (1987) dejó constancia de las cuentas de pros y contras que cada quien puede hacerse en su interior (consciente o inconscientemente) de lo que cuesta una opción de lucha frontal contra el sistema, y de como los "intereses" subjetivos se ajustan a ello y, en general, a las posibilidades de conseguir unas u otras metas.
6. El fetichismo de la mercancía, del dinero y del capital, conducen a la mistificación del salario, de la ganancia y de la renta. Esas formas de conciencia, de entendimiento del mundo, son constitutivas de la sociedad capitalista, y afectan a todas sus clases, según Marx. Cuando las personas "intentan hacerse cargo de sus intereses, lo hacen en las formas fetichistas de percepción y de pensamiento que dominan la conciencia espontánea" (Heinrich, 2008: 198).
7. Aunque todo ello cae fuera de la preocupación de neo y post-marxismos.
8. Una pregunta de peso hay que hacerse aquí, ¿por qué tantas interpretaciones "post" (y hasta "neo", mucho más comprensible en las "anti") marxistas se quedan con la visión *rácana* del marxismo, empeñadas en fijarle para siempre al paradigma dominante evolucionista del siglo XIX, con el que Marx y Engels, como la absoluta mayoría de personas académicamente formadas de la época, convivían, en lugar de apreciar la vasta incursión político-científica que estaban inaugurando, en vez de aprovechar la enorme riqueza del método que emprendieron, para ir más allá y enriquecerlo? La respuesta no puede ser sino política y ha de radicar por fuerza en las metas, intereses y propuestas que albergan esas interpretaciones.
9. La política de la clase trabajadora, anticipa este autor, "puede apuntar más allá del capital si se reconoce que éste constriñe sistemáticamente las posibilidades de autodeterminación social al imponerle los límites de su lógica automática y ciega" (Martín, 2014: 176).
10. Por ejemplo en carta al director de Otiechéstvennie Zapiski, recogida por Sánchez Berrocal (2019a: 66).
11. Smith (2017) realiza un sólido desarrollo de hechos y argumentos para desafiar los presupuestos liberales, especialmente los de Rawls, Habermas y Stiglitz, sobre el igualitarismo y la confianza en el capitalismo como camino para el florecimiento humano. Acusa acertadamente al liberalismo en general de carecer de una adecuada teoría del capital y del Estado, para precisar que un sistema que se nutre intrínsecamente de la coerción en los mercados laborales, la dominación en los procesos productivos y la explotación como base de su existencia, y que cada vez presenta una deriva más destructiva por encima de cualesquiera aspectos "creativos" que aún pueda contener, no puede apuntar ya al florecimiento humano, ni puede defenderse por tanto, idealmente. No estaría mal que Mouffe y quienes la siguen, reflexionaran un tanto sobre esta obra.
12. Puede verse la discusión entre Errejón y Mouffe (2015: 122-126) para designar como "pueblo" o "gente" a ese posible sujeto.
13. Con todo, frente a los "neo-marxismos" vistos en estas páginas, tienen el mérito de haber intentado levantar algo concreto contra las élites, que no, por supuesto, contra el *orden del capital*.
14. En correspondencia, la democracia socialista se supone que tampoco, por lo que no debería constituir

desafío alguno a los intereses de la clase capitalista y todas las clases podrían compartir igual interés en consumarla.

15. Espejismo por el que se han dejado tentar autores marxistas a lo largo del tiempo, y aún hoy (como referiré al final de esta obra).

16. Ellen Meiksins Wood (2000) lo ha explicado bien, a través de un concienzudo recorrido histórico-teórico. Pocos autores como ella (Meiksins Wood, 2103) para encontrar una crítica rigurosa de las posturas postmarxistas, que la autora llama "El Nuevo Socialismo Verdadero" parafraseando a Marx y Engels, quienes nombraron "socialismo verdadero" al ala de la izquierda hegeliana, a la que criticaron por incurrir en planteamientos próximos al humanismo idealista (algunos de cuyos párrafos mordaces cita la propia autora). Así, dicen los amigos alemanes que ese "socialismo verdadero" "dejó de ser la expresión de la lucha de una clase contra otra" y defendía, en cambio, "en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica" –Marx y Engels, 1998: 56–. En el "nuevo socialismo verdadero" incluye Wood a una amplia variedad de autores a partir del giro "post" que diera Poulantzas, como por ejemplo Barry Hindness, Paul Hirst, Garret Stedman Jones, Stuart Hall, Samuel Bowles, Herbert Gintis o André Gorz; pero sobre todo señala a Laclau y Mouffe, por ser quienes asumieron dar cuerpo teórico sistemático a esa vaga tendencia que empezaba a afianzarse entre académicos provenientes del marxismo, para intentar dejar atrás a Marx. Como señalara Lukács, sin embargo, todo el que por ahora ha intentado ir más allá de Marx, ha terminado regresando a antes de Marx (con renovados idealismos, humanismos, esencialismos antiesencialistas…). Para Wood la característica principal, definitoria del post-marxismo, es la ya mencionada autonomización de la ideología y la política de toda base social y de clase. Aunque a mi juicio la autora no termina de encontrar algunas claves convincentes de explicación entre clase y socialismo, su desmontaje de estas corrientes lo encuentro impecable.

17. Para la izquierda que no quiere enterarse de lo que es una guerra de clases en sus últimas consecuencias, puede darse una vuelta por la Libia actual, por Colombia, Honduras, Guatemala, Irak, Somalia o Afganistán, por poner sólo unos pocos ejemplos, cuya explicación se desarrolló en el capítulo 7.

18. Para esta noción de contingencia "limitada" estructuralmente, el propio autor señala como importantes los aportes de Daniel Bensaïd (2013), así como (en el ámbito argentino) de Ariel Petruccelli (2010) en su discusión con Laclau. Secundo esas recomendaciones.

19. Con la subsunción real del trabajo al capital y la división de esferas política y económica, la relación de explotación comenzó a parecer meramente económica, por lo que Marx se habría visto obligado a enunciar la simplificación de la estructura social y con ella el desarrollo progresivo de la conciencia de clase, según Laclau. Sin embargo, para él y Mouffe no existen antagonismos que tengan una condición de privilegio en la constitución de divisiones políticas. Las exigencias del socialismo sólo son un momento interior de la "revolución democrática". Aunque esa "revolución" no entienda a la democracia como gobierno directo del *demos*, sino como *plebe* gobernada por los selectos.

20. Este autor nos dice que la teoría populista se equivoca en su interpretación del concepto de hegemonía principalmente por tres razones: la desconexión con su matriz leninista, el carácter "antipolítico" que adquiere y el reduccionismo idealista al que se le somete. Importante consultar también al respecto a Thomas (2010 y 2014).

21. "Marxismo platónico" lo llama Meiksins Wood, que "[en] su teoría del Estado establece el predominio de lo político, en su teoría de las clases desplaza la explotación y eleva la ideología a estatus de determinación principal (por lo tanto también reduce a la clase obrera a una retaguardia diluida dentro de la 'alianza popular')" (2013:111). Recomendable seguir con detenimiento la explicación que del mismo desarrolla esta autora.

Capítulo 10
Un repaso a los porqués del (éxito del) populismo y a su conversión en basamento de los "postmarxismos"

El variado "post-marxismo" que se exhibe en la actualidad suele estar enroscado en torno a toda una fragmentación de sujetos, movimientos e identidades que, por otro lado, no sabe explicar más allá de sus manifestaciones concretas evidentes o epifenoménicas. Como gran parte de la ciencia social en general (cada vez más "postmoderna") su incapacidad para analizar dialécticamente la totalidad capitalista y sus partes agenciales resultantes de las distintas expresiones de desigualdad, explotación y opresión, le lleva a multiplicar los análisis de contexto, "empíricos", con descripciones auto-explicativas, fenomenológicas (basadas en el propia habla construida de las personas implicadas), o bien a ensayar sincretismos (pseudo)teóricos sin alcanzar las raíces profundas de las cosas, incapaz de predecir los próximos movimientos. En esa línea de carencias es que también cualquier consideración geopolítica o geoeconómica está por lo general, como en el caso de los neomarxismos, ausente de sus análisis. No es de extrañar, entonces, que buena parte de sus propuestas y proyecciones políticas conduzcan a la añoranza de un anterior "capitalismo regulado", y que terminen, en lógica, centradas en ilusorios procesos de mejora de la democracia capitalista y de colaboración entre clases, promoviendo de paso la integración subordinada en los propios gobiernos del Capital.

Hay una vertiente del populismo que nos lleva casi al mismo sitio pero de forma más camuflada, no tanto a través de la "postpolítica" [que se formularía más bien como señalamiento o denuncia de la sustracción de la política que provoca el consenso sobre las bases constitutivas de la sociedad del capital], sino de la "infrapolítica"[1] estrechamente unida a la "posthegemonía", proponente de acciones inverosímiles y estados de pensamiento absolutamente improbables para las grandes mayorías de población, con lo que a la postre se contribuye a su desactivación agencial y, claro está, a la permanencia de este orden social y sus instituciones. También de sus elementos básicos constitutivos: la mercancía, el valor y el capital.

En cualquier caso, uno de los principales frutos de unas u otras de estas tendencias ha sido la revitalización del populismo. Un término, por cierto, ambiguo y sin definición precisa o de consenso, pero que a diferencia de sus versiones tradicionales[2], y a pesar de compartir parte de sus características, al irrumpir en el actual capitalismo degenerativo adquiere unas connotaciones especiales ligadas a "la forma que la lucha de clases tiende a asumir en una fase histórica en la que las identidades sociales tradicionales han perdido consistencia y autoconciencia" (Formenti, 2020: 25). Este neopopulismo forja una frontera entre dos opuestos que se representan como sujetos reales, el "pueblo" y "el poder", a partir de la que se pretende conseguir, a veces con éxito, una movilización de masas, aglutinadas en un vínculo directo en torno a la figura de un/a líder/esa carismático/a; lo cual permite la sustitución de un programa político estratégico por un rosario de ideas-fuerza o consignas susceptibles de dar vida a una organización de élite pero con predicado interclasista y vocación mayoritaria. Es tal su ambigüedad como forma política vacía (siguiendo la terminología de Lefort –1990–, quien entendía también idealistamente la "democracia" no sólo como un régimen político desconectado de la economía, sino como única forma de gobierno donde el poder aparece como un "lugar vacío"), que se presta a ser rellenada con los materiales que introduzca cada líder/esa en ella. Lo que igual puede servir como fórmula para establecer regímenes autoritarios o señuelos para la consolidación de élites, que para permitir el avance de procesos populares. Todo ello adobado siempre en la confianza en el Estado capitalista como potencialmente favorecedor del bien común.

¿Pero qué es lo que ha permitido de nuevo el auge del populismo? Para entenderlo hay que atender, una vez más, a las condiciones socio-históricas que lo explican. Demos un repaso a esas condiciones en las últimas décadas.

Tras finalizar la Segunda Guerra mundial, y hasta la mitad de los años setenta del siglo XX, las formaciones sociales centrales experimentaron al menos tres décadas de expansión del *valor* y vigorosa reproducción ampliada del capital, con la consiguiente apertura de posibilidades de emprender una dinámica progresista-reformista en la esfera socio-política (dinámica que se terminó de hacer efectiva gracias a la constitución de la URSS y su victoria contra la guerra de exterminio que desató la maquinaria nazi contra ella). Los cambios

experimentados en la estructura de clases proporcionados por ese nuevo "capitalismo de Estado", con sus vías fuertes de integración de la fuerza de trabajo (y de la sociedad en general) a través de la *seguridad social*, así como el programado descrédito del Bloque Soviético en la población europea occidental, habían ido preparando el terreno, a su vez, contra las "viejas" formaciones partidistas o más en general, contra las "viejas" formas de organizarse y hacer política.

Frente al "obrerismo" propio del capitalismo industrial-fordista, se abrió paso el *movimientismo ciudadano*, como forma predominante de contestación social en el capitalismo de consumo keynesiano. Recuperada de las aún más viejas luchas del pre o proto-proletariado europeo, esta forma de intervención social se expandió pronto por las formaciones centrales del Sistema en su conjunto. Con ello, las reivindicaciones devinieron más parciales, los campos de conflicto e intervención dejaron atrás lo universal para irse haciendo, por lo general, cada vez más reducidos, más sectoriales, más locales. Los logros, por tanto, también menguaron. Unas y otros quedaban convenientemente (auto)confinados *dentro* del Sistema, un Sistema que supuestamente lo admitía todo y era capaz de reformarse a sí mismo indefinidamente, con la ayuda de la ciudadanía, hasta poder llegar a conseguirse a través de él cotas cada vez más altas de justicia e igualdad: era el "momento rawlsiano". También lo era de la proliferante malla de elaboraciones y escuelas filosóficas neokantianas que predicaban ideales regulativos para un capitalismo al que se le suponía con permanente potencialidad de (auto)mejora. Las sociedades europeas habían interiorizado la identificación del Sistema con "bienestar", con "democracia" y con "desarrollo".

Hasta que en los años 70 del siglo XX se evidenció el comienzo de la decadencia de ese "capitalismo regulado", dicho "keynesiano", que iría siendo sustituido por un tipo de capitalismo monopólico, primero transnacional y luego global, financiarizado, el cual llega en sus estertores hasta la actualidad. Ese "nuevo" capitalismo entrañaba una brutal ofensiva de clase (de la clase que personifica al capital), que se dio bajo el nombre de neoliberalismo, y que supuso la paulatina pero constante destrucción de las regulaciones capitalistas propias del keynesianismo en las formaciones centrales (atañendo los mercados laborales, las finanzas o las relaciones de clase mediadas por el Estado, entre

otras). Igualmente supuso la descomposición de las tímidas estrategias redistributivas y emancipatorias en las formaciones periféricas y la derrota del campo socialista o "Segundo Mundo". Esto conllevó la aceleración de la proletarización de las poblaciones del mundo "periférico", en el que ya también caía el Bloque Soviético (expulsión de las tierras, endeudamiento generalizado, pérdida de medios de producción, destrucción de lo público…) y la re-proletarización de las sociedades centrales (con la pérdida de las medidas de protección social y propiedad pública)[3].

La descomposición de los Grandes Sujetos (clases, movimiento obrero, nación, organizaciones de masas…) que habían ido surgiendo del capitalismo "pre-democrático" de la Primera y Segunda Revolución Industriales, se extremó con el capitalismo "post-democrático" propio del nuevo modelo de crecimiento neoliberal-financiarizado. Según se fue agotando la dinámica del *valor* y la consecución de una aceptable tasa media de ganancia, las vías de "integración" de la población se fueron haciendo también más limitadas y "blandas", ya no a través de la seguridad social, sino del consumo a crédito y del endeudamiento masivo, de la (pretendida) revalorización financiera de los bienes inmuebles (una suerte de keynesianismo de precio de activos) que, además de "democratizar la especulación" para más capas sociales, permitía seguir manteniendo la ficción del consumo y de ser "clase media" para la población trabajadora, ayudada tal ficción también inestimablemente por la deslocalización empresarial y la consiguiente entrada masiva de productos ultra-baratos de las periferias del Sistema, pero especialmente de China.

A todo ello se ha ido sumando el continuo debilitamiento del hegemón mundial, al que acompaña el paulatino desmoronamiento del Sistema-Mundo que levantó en torno a sí, sus instituciones, relaciones internacionales y entramado de control-protección-castigo desplegado a escala planetaria, según vimos en el capítulo 7. Circunstancia que contribuye aún más al resquebrajamiento de la legitimidad del "bloque occidental" –especialmente el tándem EE.UU.-UE–, a consecuencia de su creciente imposibilidad de integrar demandas sociales latentes.

"Así, una parte importante de la población pierde su confianza en el sistema de gobierno, por lo que dejan de operar las certezas y los relatos que sostenían e integraban el consenso entre gobernantes y gobernados" (Vázquez, 2018: 5).

El destrozo de la "seguridad" colectiva ("seguridad social") ha traído una vuelta acelerada al mundo de las inseguridades: inseguridad de empleo y por tanto de vivienda, inseguridad de acceso al consumo, al crédito y a los bienes, inseguridad sanitaria, energética... Inseguridad del presente y todavía más del futuro, como en la actualidad estamos constatando palmariamente.

El problema para las fracciones agenciales del capital fue desde el principio cómo manejar, aun continuando su pugna por el menguante beneficio, la descomposición de la civilización industrial-fosilista, la destrucción de la sociedad y la metamorfosis de las relaciones de clase. El neoliberalismo estuvo planificado desde un principio para reprimir y desactivar políticamente a la sociedad. En la medida en que, además, hace más tangible la dureza, suciedad y corrupción de la política de clase del capital, provoca crecientemente una generalizada desafección de la política y "los políticos" (de hecho, con él se consolidaría el divorcio entre la tradición liberal y la democrática). Por eso, en cuanto que fragmentaria, por veces contradictoria e incluso conflictiva y en todo caso incompleta "revolución pasiva" de las élites, el neoliberalismo requirió bien pronto igualmente de la "in-política" o, en su defecto, como variante suya, de la construcción populista de la política (al igual que se servía del postmodernismo en el ámbito académico-cultural –Jameson, 1991–).

El primer paso para ello ha consistido en crear una frontera política capaz de agrupar una buena parte de las demandas sociales de un determinado momento en un campo común, y definir al mismo tiempo un enemigo al que se le sitúa al otro lado de esa frontera. En este sentido, una de las estrategias recurrentes de contención del descontento social por parte de las elites reside en lo que Marx llamó *la personificación de las relaciones sociales de producción*, esto es, la creación de un enemigo concreto que absuelva de la ira popular al propio Sistema. Aquí las posibilidades son abiertas: los banqueros, los políticos corruptos, las transnacionales, la "casta"... Se abren paso así las dicotomías "nosotros" / "ellos"; el "pueblo" / la "casta"; el 99% / el 1%, etc. Es de esa manera que, poco a poco, comienzan a levantarse los cimientos del neo-populismo, un populismo sin pueblo (Pasquinelli, 2019).

Un siguiente paso, según los propios Laclau y Mouffe, es que una de esas demandas, la que sea más capaz de llenar los "significantes vacíos" en que se

traducen las reivindicaciones fuertes de unos y otros sectores de la población, aglutine a las restantes (en esto consiste también, aproximadamente, su noción de "hegemonía"). Se canaliza así la lucha a través de identidades sociales y esferas de acción supuestamente independientes, aptas para engarzarse a través de lo discursivo mediante el "relato" que sea más capaz de concitar voluntades e imperar en lo simbólico-cognitivo. Consecuentemente, se entiende también la sociedad separada en esferas "autónomas" unas de otras: la económica, la social, la política, la cultural-ideológica…

Para completar el proceso, queda por definir aún el "nosotros", el "pueblo", que no puede estar ya marcado por las construcciones antagonistas del capitalismo industrial. Ahora ya sólo puede ser el resultado de la sobre-determinación hegemónica de una demanda democrática particular que colma o da sentido a un "significante vacío". Mas como quiera que el neoliberalismo no sólo deshace la sociedad, sino que también deslee las clases, como sea que decreta el fin de la lucha de la clase trabajadora contra la clase que personifica al capital, hay que buscar una nueva "comunidad" (una vez descartadas las organizaciones políticas de clase) que sea capaz de llevar a cabo las aspiraciones individuales. El *neo-pueblo* (como sumatorio de individuos que buscan su asiento en la decadencia sistémica) está pensado para dejar de lado las clases, de hecho, vendrá a sustituirlas. Se posicionará contra las ideas "viejas" de la política y se levantará contra los efectos del mercado y las consecuencias visibles de la redefinición del papel del Estado como impulsor de la rapiña neoliberal contra la sociedad (precarización de los mercados laborales, aprovechamiento creciente del trabajo no-pago, apropiación de lo público y del común, deriva de fondos públicos a empresas privadas, corrupción raizal y generalizada...).

> "En el neopopulismo convergieron la 'indignación' ciudadana contra el desmontaje de la ciudadanía y ciertas reacciones soberanistas contra la vida financiarizada y las instituciones supranacionales que arrasaban cualquier conato de soberanía popular y soberanía nacional (…) Una población que no sólo se siente superflua como 'ejército de reserva', sino directamente inutilizable (…) El neo-pueblo queda listo para fundirse en una dinámica política y social al servicio del relanzamiento de un capitalismo nacional-popular que en el cuadro de una agudizada competición intercapitalista, se erige contra el capital globalizado de corte financiero" (Sciortino, 2019: 222, 223 y 228).

La indignación y la reacción soberanista frente a lo global (la globalización

especulativo-parasitaria-financiera), compondrán, pues, los elementos nutrientes de la movilización del neo-pueblo, utilizados a discreción por las élites y sus partidos de *derecha fuerte*. Pero a ellas no tardarían en sumarse las *izquierdas integradas* del capital, deseosas de encontrar un lugar institucional en medio del marasmo de degeneración social (Tema IV del Apéndice). La teoría social postmoderna, dentro de ella la "postmarxista" (y a menudo también la "neomarxista"), entraría asimismo en escena con toda contundencia. Se desarrolló así un neo-populismo de izquierdas que se extendió como un reguero por toda Europa (Die Linke, Francia Insumisa, Syriza, Podemos…). Se bifurcó, entonces, el camino para que unas u otras personificaciones del capital pudieran seguir llevando las riendas del puesto de mando –esto es, de la política institucional– con el mayor apoyo popular posible: 1/ bien dando rienda suelta a sus versiones más agresivas y autoritarias, que sin embargo apelan al "pueblo-nación" para que cierre filas en torno a ellas en cuanto que encarnaciones "salvíficas" contra enemigos desempoderados (inmigrantes, okupas, feministas, trans, rojos…), o se resignen ante entidades demasiado "empoderadas" como para alcanzarlas (UE, instituciones globales…); 2/ bien introduciendo versiones reformistas en sus elites gestoras, que llaman a deshacerse de los malos políticos (o banqueros o empresarios, etc.) , para lograr un "sistema capitalista bueno". Dos maneras de gestionar el descontento social provocado por el atolladero sistémico del capital en su fase degenerativa.

La guinda de todo el proceso (neo)populista la pone un liderazgo fuerte que simbolice al nuevo "sujeto popular" en su conjunto y sea capaz de movilizar sus anhelos y pasiones en torno a él mismo.

Hay que tener en cuenta que el carácter inherentemente antagónico de las relaciones sociales de producción capitalistas en unos u otros ámbitos, no genera automáticamente subjetividades políticas conscientemente referidas a cada fractura, sino que es necesario un proceso de mediación política, que el postmarxismo llama de "mediación discursiva", mediante el cual dicha naturaleza antagónico-conflictiva cobra cuerpo en demandas políticas susceptibles de articularse entre sí, aunque tal articulación no sea fácil ni esté, por tanto, garantizada. Es a esta constatación de la realidad social a la que se agarran los postmarxismos para llevar a su extremo la mediación del discurso, hasta hacerla omni-creadora de la propia realidad social y desvinculada del

antagonismo centrado en la explotación constitutiva del capital (la extracción de plusvalía). Sin embargo, las condiciones materiales de existencia escapan al mero ámbito del discurso y de hecho explican las posibilidades de la vida social-ideacional, más que al contrario. En términos de desarrollo histórico,

> "en lugar del libre juego de diferencias pregonado por numerosas ontologías posmodernas nos encontramos (…) con una sucesión de ondas largas íntimamente ligada a la evolución interna del modo de producción capitalista" (Rey-Araújo, 2019: 423).

En general, los procesos *populistas* se diferencian de los *populares* en que estos últimos son construidos desde los propios sujetos de emancipación y por tanto se co-implican con una mayor autonomía de los mismos, que sólo acceden a lo institucional como una *fuerza* amplia construida desde las bases de lo social, para intentar transformar al menos en parte su metabolismo actuando al unísono desde ambas esferas. En los procesos *populistas*, en cambio, la heteronomía (o construcción externa a esos sujetos) es la nota dominante. Son verticales, en cuanto que se desatan desde las propias esferas institucionales o ámbitos "intelectuales" externos, a veces en connivencia con ciertos liderazgos sociales que terminan asentándose en aquellas esferas.

Sin embargo, y a pesar del carácter heterónomo intrínseco a todo populismo, la distinción de "populismo de izquierdas" nos sirve para precisar que al menos en sus versiones con más proyección transformadora busca convertir en *pueblo* a la población sobre la que previamente se ha erigido como dirigencia, para ayudar a su levantamiento como tal, facilitando su progresiva autonomía.

Hago notar también lo que desde una línea probablemente descolonial o postcolonial, se hace mención:

> "El pueblo atraviesa en todo caso una doble crisis de identificación (y consecuente legitimidad), con dos confusiones habituales. Por un lado, no hay que definirlo como la mera comunidad política, como ese todo indiferenciado de la ciudadanía de un Estado, sujeta a derechos y deberes. El pueblo no se reduce a dicha comunidad política, pero se origina precisamente en el momento en el que ésta se abre *más allá*. Sólo cuando esto sucede, cuando la comunidad política no se identifica con el ejercicio fetichizado del poder ni con su legitimación a través de las papeletas, cuando el bloque hegemónico deja de constituir una *clase dirigente* (Gramsci), aparece el pueblo. Éste sería entonces una *experiencia* colectiva que se manifiesta en los procesos críticos de hegemonía y, por tanto, de legitimidad..." (Marcos, 2019: 153-154).

Ahí es cuando el *pueblo* se hace un actor colectivo, sostiene este autor. Por el contrario, convertido en *paciente* social, el pueblo queda alienado y, en cuanto tal, está permeado por el Sistema, dando lugar aquí a su peor versión, resultado de la introyección de los fundamentos del mismo. Subyugado por la promesa de recuperar lo perdido siguiendo las directrices del líder(azgo). Lo *populista* se presenta de esta guisa como una desviación que toma la parte por el todo, la experiencia de los oprimidos como la extrapolación de una nación a la que manejar por el mero hecho de ser *nacida* en un territorio organizado bajo la estructura institucional de un Estado concreto. Eso explica que Laclau pueda permitirse vaciar al pueblo de todo contenido para, llegado el momento, arrojarlo contra las elites[4].

> "Pero el pueblo es también Otro que el sistema (…); desde su exterioridad no intenta ser el dominador del sistema[5] (…), y tampoco se conforma con renovarlo, sino que pretende *nuevos* proyectos (…) Pueblo sería entonces el plural de empobrecidas (remarcando ese femenino plural), *desde*, *en* y *a través del* nosOtras (las víctimas) concienciadas y empoderadas, en camino hacia procesos de liberación, partiendo de momentos previos de debilitamiento de las estructuras mayúsculas" (Marcos, 2019: 162).

Dentro del populismo de izquierdas diferenciamos, entonces, el que puede conducir a abrir espacios para la intervención popular real, "populismo de izquierda germinador", respecto del que busca cambios dentro de los márgenes de la sociedad del capital, potenciando siempre los procesos verticales y la perpetuación de liderazgos, a través exclusivamente de la intervención en el Estado: "populismo de izquierda integrado e integrador". Es el primero el que tiene potencialidad de distinguirse básicamente del "populismo de derechas" (al que Ramas –2019– ha prestado alguna atención). Este último lo que pretende principalmente es perpetuar la relación de subordinación, dependencia y heteronomía de la población convertida en masa dirigida a discreción, mediante la vinculación con determinado(s) líder(es), simbología y eslóganes para movilizar desde arriba así como disposiciones clientelares, lejos de cualquier verdadera distribución social o política.

Esta distinción es pertinente, atendiendo a la propia línea postmarxista que venimos analizando, aunque sólo fuere para poder prever hacia dónde nos llevan unas u otras construcciones "hegemónicas". Porque de lo contrario identificamos *popular* con *populista*, pudiendo entender por ello cualquier

proceso social en que estén implicados agentes colectivos, sea subordinadamente o no y promuevan lo que promuevan o hagan lo que hagan.

Aun así, el populismo en general, que Laclau rescatara como un acontecer social positivo, tiene bastante mala prensa, dada, como digo, su intrínseca heteronomía.

> "Al aprovechar, controlar, limitar y, en el fondo, obstaculizar cualquier despliegue de participación, de conquista de espacios de ejercicio de autodeterminación, de conformación de poder popular o de contrapoderes desde abajo –u otras denominaciones que se prefieran– se estaría no sólo negando un elemento substancial de cualquier hipótesis emancipatoria sino además debilitando la posible continuidad de iniciativas de reformas –ni hablar de una radicalización en clave revolucionaria– en la medida en que se desperfilaría o sencillamente desaparecería de la escena un recurso político fundamental para la historia de las clases subalternas: la iniciativa desde abajo, la capacidad de organización, de movilización y de lucha" (Modonesi 2013: 235).

Y eso no puede ser de otra forma, pues

> "Con un sujeto político que alberga intereses sociales no definidos que pueden llegar a ser contradictorios, no es posible poner en marcha un frente común con objetivos claros destinado a la movilización y la conquista popular de derechos (…) Lo que cuadra con un espacio político populista es la indefinición, la ambigüedad del discurso y la reducción de los antagonismos de clase en su seno" (Sanz, 2015: 7).

Lo que se puede hacer con un sujeto político así, viene a decirnos este último autor, es utilizarlo para el voto y desactivarlo como elemento autónomo de incidencia social. Tal proyecto de ingeniería social populista persigue construir una *hegemonía débil* (Dal Maso y Rosso, 2015), es decir, no alternativa en el campo ideológico, ni albergadora de un proyecto socioeconómico propio. Esto es, se trata de una "hegemonía delegada", para competir en la política pequeña, en la contienda electoral[6].

> "Bajo esta forma de concebir a la hegemonía, toda producción de subjetividad política se mide en términos de valor de cambio y no de uso, es decir la subjetivación no se realiza en sí misma, en su capacidad de retener valor, de fortalecer a los sujetos en su paulatina constitución interna, sino en función de su inmediata venta y consumo en el mercado político" (Modonesi, 2019: 1).

Es entonces cuando el inter-clasismo democrático (adscrito al "populismo de izquierdas integrador") decreta superable la ideología de clase y las propias clases. Ahora serán el "pueblo", las multitudes, el "nosotros", el 99%, la "gente"

… quienes enfrenten a un difuminado y escasamente definido oponente, ya no siempre, o no tanto, entendido como "antagónico".

> "El alma populista de la lucha de clase desvanece la posibilidad de la lucha anticapitalista, se ha cristalizado como residuo en el estrato profundo de las diversas formas de compromiso más o menos conflictual entre proletariado y burguesía (…) Se abre la fase de *la lucha de clase democrática* (…) [y de ahí] a *la lucha democrática sin clase* (…) para abrazar el 'reformismo', el 'pacifismo', el 'interclasismo', el 'democratismo'. El empobrecimiento social, cognitivo y político de las masas corre parejo a la erección del *neo-pueblo*, como un conjunto de población sin clases" (Sciortino, 2019: 215 y 220).

Repitamos una vez más el argumento: el declive del *valor-capital*, la paulatina ruina de la sociedad de la mercancía, reduce los márgenes de la política (institucional) y por tanto la posibilidad de incidencia de la sociedad en ella (proceso que ha dado lugar a la que se ha venido designando como fase "postpolítica"; aunque en realidad sería más preciso llamarla "postdemocrática"). Eso quiere decir que el Sistema segrega *in-política*, sobre todo como "anti-política", en el cuerpo social, en cuanto que expresión de la dominación de clase, anegando el imaginario colectivo. Derechas e izquierdas *del* Sistema, organizadas para la contienda en la política institucional –con tácticas por lo general restrictivamente electoralistas– devienen cada vez más, entonces, por fuerza, "populistas".

Resulta lógica también, por ende, la coincidencia de dos grandes líneas izquierdistas postmodernas de entender la política:

a. Los ya explicados "izquierdismos populistas integrados e integradores", capaces de combinar las aparentes contradicciones de horizontalismo y liderazgos carismáticos, democratismo y consignas verticales, calle y poltronas. Éstos sí buscan al Estado, para ocuparle (que no transformarle ni liquidarle), pero a cambio carecen de un proyecto fuerte. Cualquier envite les deja sin respuestas frente a los Grandes Poderes. Porque no cimentaron tejido social consistente, porque no vienen de organizaciones sólidas y arraigadas, porque no surgen de sujetos universalistas previamente constituidos, porque no construyeron *fuerza social*[F].
b. Los "izquierdismos basistas" y su síndrome del horizontalismo, sobre

los que entraré un poco más abajo, en este capítulo.

> "La crisis de la izquierda es un caldo de cultivo perfecto tanto para el pragmatismo posibilista como para el refugio en el gueto político. No obstante, no existe una simple oposición ni contradicción entre ambas vías, sino una doble relación bastante evidente que las vincula. En primer lugar, ambas son respuestas en falso a la derrota de la izquierda, ambas asumen e integran como tales una parte de la ideología hegemónica. Si el realismo de izquierda asume el típico reduccionismo de la exclusividad de la política del Estado, desde el radicalismo movimientista se adopta también una posición antipolítica operando el reduccionismo contrario, pero realizando igualmente la separación liberal entre la sociedad civil y la sociedad política. En segundo lugar, ambas tendencias surgen históricamente a partir de una aceptación por parte de la izquierda de la despolitización de la economía y una ocultación del antagonismo de clase, lo que supone una aceptación implícita de que el capitalismo ha venido para quedarse. En tercer lugar, el realismo de izquierda se complementa bastante bien con unos movimientos sociales declaradamente apolíticos. Una izquierda de base apolítica que se fortalece pero que no tiene un proyecto alternativo de sociedad a nivel del Estado, ni tampoco tiene capacidad para hacerlo desaparecer u organizar la sociedad de otra manera, requiere de una izquierda estatal adecuadamente segregada, carente de espacios de intermediación (…) *El autonomismo busca una transformación utópica renunciando a hacerlo en una escala en la que sea realmente significativa, mientras que el realismo de izquierda supone una renuncia formal a cualquier transformación sustantiva*. No son lo mismo, pero son un síntoma de lo mismo, de la ausencia de un cuerpo para un sujeto político, de la ausencia de una voluntad política de transcender la sociedad capitalista" (Romano y Díaz, 2018: 92-93; énfasis añadido).

Los izquierdismos basistas, cuando logran mantenerse no incorporados al populismo, se hacen, en parte como reacción, en parte como profesión de fe anarquista, en parte como efecto de la propia ideología metabólica, crecientemente "anti-políticos" en propios términos declarativos. Este es el regalo envenenado de la "in-política" (con sus expresiones tardías de "postpolítica" e "infrapolítica") que segrega el Sistema: no hay necesidad de la lucha política para conseguir emanciparse de las relaciones sociales del capital. Eso de conquistar poderes institucionales y mucho menos el del Estado es cosa no sólo inviable y sin importancia, sino incluso reprobable (si tomamos los poderes no haremos sino reproducir poderes). Por eso en vez de asaltar esos poderes, debe bastarnos con controlar y vigilar a los existentes, o aún más descabellado, deshacerles mediante cambios individuales. Se trata de llevar a cabo, *simplemente*, la negación de los Poderes (y como infantes que al cerrar los ojos creen que nadie les ve, esperar que los Poderes dejen de existir), más que de albergar un proyecto político alter-sistémico coherente.

Y los Poderes mientras tanto, claro está, frotándose las manos.

Esa izquierda ideal es la misma que celebra el colapso de las experiencias rupturistas con el capitalismo como un triunfo de la libertad, acoge como una bendición el supuesto fin del Estado, busca la solución de los problemas sociales en el pretendido empoderamiento ilimitado de los individuos a través de la ampliación de los derechos individuales. Cree que la realidad y el mundo pueden ser cambiados 'partiendo de cada quien', haciendo cambios moleculares, siempre horizontales, sin consideración de los elementos fácticos que oprimen tanto cuerpos como voluntades. Pretende, en definitiva, la enajenación de la política respecto de la sociedad, como si fueran esferas no sólo separadas sino incompatibles (Formenti, 2020; especialmente en pg.64). Buscando la solución en cuestiones entre místicas y anacoretas, en todo caso tan peregrinas como 'el nomadismo', el 'éxodo', la experimentación de un 'poder destituyente' en el interior de cada persona, 'nocturnidades' o 'agujeros en la noche'.

Utopismos de nuevo tipo que, como los del siglo XIX, pretenden conseguir mundos nuevos desertando de cualquier mediación (Garo, 2019). Hostiles a toda forma de organización estable y regulada, terminan por cambiar las formas delegativas de decisión por la apariencia de democracia permanente que proporcionan los referenda en movimientos a los que cada quien se vincula o participa "a la carta", por lo general intermitentemente y con una gran variedad de niveles de compromiso, aunque para la mayoría el mismo resulta ser bajo o muy bajo, con lo que a la postre tienden a ser unas escasas minorías las que terminan decidiendo. La ausencia de cuerpo militante y organizado lleva a que por lo común estas expresiones movimientistas desaparezcan de la misma manera que aparecieron, como llamaradas fugaces.

Confundiendo en todos los casos lo político-institucional con la Política en toda la completitud de sus dimensiones (ver capítulos 1, 2 y 5), presente incluso para decidir enfrentar o no los imperativos de la mercantilización, monetarización y valorización que conforman el metabolismo social, el proceso de producir y asignar la plusvalía, como la propia riqueza social en todas sus manifestaciones. Frente a la ilusión de la insurrección y de la unidad espontáneas, la Política media siempre la actividad social, así como la interacción de ésta con el hábitat; también en cómo se reajusta con todo ello la propia constitución de los agentes sociales y de la conciencia.

Como quiera, sin embargo, que los "post-marxismos" (como los "neo-marxismos") se precian de desconsiderar la importancia de los factores materiales en las divisiones internas que sacuden a los agentes sociales y en los procesos de formación de conciencia que les son más probables, de sus planteamientos luego trasladados a la agencialidad social emana una suerte de retorno a la "clase universal", al mito de la sociedad unida, "la comunidad de iguales" más allá de las clases; se proclama al neo-pueblo (variante "post" de la *multitud*) como la clase-no clase que incluye o representa a todas las demás, predispuesta tan permanente como naturalmente a la liberación[8]. Es como si hubiéramos pasado de una fase de *clases sin luchas* (keynesiana) a otra de *luchas sin clases* ("biocapitalista") (Balibar, 1997). Mas la "clase universal" no existe en ningún modo de producción clasista, y en todo caso un *pueblo*, como alianza de clases, como población consciente de los factores de explotación-dominación a los que está sometida y que opta por superar, es algo muy arduo de construir, que requiere muchas dosis de Política en grande (en el tejido social metabólico del capital), además de tender a ser una construcción reversible e inestable.

Al *populismo integrador* de izquierdas poco le inquieta todo ello, pues

> "no tiene otro objetivo que hacerse con la maquinaria del Estado para dar un giro en las políticas del neoliberalismo, como ha expresado Chantal Mouffe mucho más explícitamente que Laclau en multitud de artículos y entrevistas. Esta creencia en la posibilidad de 'usar' el Estado contra la minoría dirigente (la casta) procede del planteamiento de autonomía de las estructuras de la sociedad, cuya naturaleza no está definida y son sólo un producto 'relacional' de la articulación de diferentes elementos" (Sanz: 2015: 8).

Aquí es donde se ve en todo su esplendor la "ingenuidad" laclauniana respecto de que se puede usar el Estado contra la clase dominante sin una profunda transformación estructural y de correlación de fuerzas, sin daños ni costos sociales ni políticos para las poblaciones implicadas. Forma parte de esa aséptica ingeniería social que pretende su populismo y que quiere hacer creer a las gentes que instituciones y poderes sistémicos se suicidarán sin presentar batalla. Basta con tener capacidad de construir un relato fuerte, aglutinante, tener una gran capacidad de convencer, y después votar y salir a la calle con globos y silbatos, porque Laclau, a la postre, define al capitalismo no como un modo de producción, con Poderes sistémicos letales enraizados en su

metabolismo, sino como una formación hegemónica, susceptible de ser modificada discursivamente.

Cuán diferentes eran los planteamientos de Gramsci, para quien las clases subordinadas (en cuanto que "bloque histórico") no "toman el poder", *se hacen Estado* para que transitoriamente, mientras existe, deje de ser una entidad distinta de la sociedad. Es la dinámica expansiva de la sociedad que, con palabras claras y sencillas, Gramsci denomina "transformación molecular de los grupos dirigidos en grupo dirigente" (en Burgio, 2007: 1). Para ello hay un reto ineludible, que consiste en levantar formas de organización de nuestras fuerzas que sean capaces de contener las reacciones de las viejas clases dominantes, que enfrenten sus contrarrevoluciones, que además encuentren asociados en las distintas capas sociales y poderes que se tambalean con el proceso emancipatorio, pero que al tiempo no limiten la propia expansión emancipatoria de cara a la superación de la sociedad del capital Formenti (2020). Casi nada. Un reto demasiado grande para tanta pequeñez *in-política*, por lo que en vez de ocuparse mínimamente de ello, los "post" y "neo" marxismos (como tanta teoría movimientista-autonomista "postmoderna") se complacen demasiado a menudo en formular abstracciones diletantes, ajenas a cualquier praxis sociopolítica tangible, recreándose bien en sus populismos, bien en sus "basismos" inofensivos. Mientras, el modo de producción capitalista profundiza sin descanso y sin freno la destrucción de la sociedad y el hábitat planetario (Piqueras, 2017a). Porque en tanto no se interrumpa al menos la coordinación política de sus procesos metabólicos, un *capital en degeneración* se hace necesariamente más despótico y destructivo (ver capítulo 6).

¿Cómo vamos a conseguir a gran escala "horizontalidades", "comunes", "sinergias", "desbordes", "relaciones espontáneamente bonitas" en medio del estado de excepción permanente (cada vez más literal) al que hoy nos somete el capital?[9] Recordemos:

> "La pérdida de confianza en la acción política no ha provocado un despertar libertario sino que ha producido el fortalecimiento del polo del capital durante décadas" Thwaites, 2004: 67).

Termino aquí con esta densa cita de Nahuel Martín:

> "La visión pluralista o posmoderna de una multiplicidad de luchas no centradas en una contradicción fundamental conduce probablemente al abandono de todo horizonte emancipatorio para la acción y a la ampliación de derechos democráticos en el marco del capitalismo como aspiración máxima de una política de izquierdas. Contra esta visión, mostramos que la sociedad moderna está organizada en sentido de totalidad, que posee una contradicción estructural (entre su forma actual y las potencialidades liberadoras que encierra pero no puede realizar), que la 'multiplicidad' de políticas de la identidad o la subjetividad de los nuevos movimientos sociales inhiere en esa contradicción estructural; que las contradicciones de la lógica capitalista están ligadas indisolublemente a la dominación de clase de la burguesía. Lejos del pluralismo que niega la prelación omnicomprensiva de la lógica del capital, intentamos mostrar que hay una contradicción estructural y global en el despliegue del proyecto de la modernidad y que los nuevos movimientos sociales están irresolublemente ligados a esa contradicción. Esto significa que sus políticas pueden aportar significativamente al despliegue del proyecto marxista de la emancipación social, comprendida como el desarrollo de la multilateralidad de las capacidades humanas más allá de las coacciones estructurales de la lógica del capital. Por otra parte, nuestro análisis intenta integrar la crítica de la dominación de clase, mostrando que la dinámica capitalista no se limita al fenómeno de la explotación. La explotación de clase en el capitalismo está imbricada estructuralmente con las contradicciones objetivas y subjetivas de la dinámica del capital y ambas son indisociables. Esto significa que no es posible analizar la dinámica de la sociedad moderna desconociendo la lucha de clases; pero, al mismo tiempo, no hay una relación de causalidad mecánica entre la lucha de clases y los fenómenos de la subjetividad, la ideología, la cultura o la identidad. La relación entre ambos planos, en cambio, es de *imbricación estructural*. El capitalismo supone tanto un régimen de explotación *como* una mutación del vínculo social. Ambos están asociados irremediablemente y todo proyecto emancipador anticapitalista debe articular la lucha de clases (entendida como lucha por la abolición del trabajo proletario antes que como lucha por reducir cuantitativamente la explotación) y la disputa por la construcción de formas de identidad y subjetividad capaces de realizar el proyecto de la autodeterminación individual y colectiva más allá de los límites del capital (antes que como lucha por la ampliación de derechos democráticos en el marco del capitalismo). Esas dos caras de la disputa están ligadas estructuralmente y constituyen el doble signo de toda política anticapitalista consistente" (Martín, 2014: 178-9).

Si el capitalismo tiende a clausurar la política dentro de los márgenes del valor, la decadencia de éste le hace estrechar cada vez más la política. Una manera de mostrar ese achicamiento pasa por inyectar *in-política* o directamente anti-política en el cuerpo social, incluyendo, claro está, al ámbito académico. Con ello se consigue la unilateralidad de la Política, que quede en manos exclusivamente de unas u otras de las personificaciones del capital o de sus agentes, dejando cada vez más indefensa al resto de la sociedad.

Enfrentar todo ello requiere de una gran reconstrucción de la Política en la totalidad de sus dimensiones metabólicas, esto es, tanto moleculares como meso-estructurales como rectoras, teniendo en cuenta que el propio

movimiento del valor-capital proporciona aperturas indeseadas para las personificaciones del Capital, trastoca posiciones, identidades e intereses, permitiendo moverse también a la sociedad en función de las grietas, fracturas, des-identidades y marginaciones que ese movimiento va dejando. Los movimientos de la sociedad contra los movimientos del valor pueden desarrollarse en torno a una alta variedad de divisiones internas al *todo*, pero siempre estarán condicionados por ese *todo*, y cualquier proyecto emancipador no puede centrarse en una sola de sus fracturas o fallas, sino en la *totalidad* capitalista. Engarzar emancipatoriamente esas fracturas nunca es sólo una cuestión discursiva, hay siempre que partir del antagonismo intrínseco que entraña la reproducción ampliada de capital y saber identificar las contradicciones básicas a partir de las que nacen los agentes más decisivos en cada fase-forma del capital, como expresiones concretas de ese antagonismo, para poder articular con real potencialidad transformadora las múltiples expresiones de fractura que le acompañan.

Cuadro 10. Resumen: algunas consideraciones sobre el populismo de izquierdas a partir de Laclau, siguiendo especialmente la visión de Romano y Díaz (2018)

El carácter plural y multifacético de las luchas sociales contemporáneas (ha de entenderse posteriores a los años setenta) habría disuelto el fundamento último del imaginario político basado en sujetos universales y una historia singular. La propia lógica del capital es cuestionada desde la perspectiva neomarxista. El desarrollo del capitalismo –si este término tiene algún sentido en la teoría de estos autores– no sería el efecto de las leyes de la competencia y de las exigencias de la acumulación.

Al final, el desarrollo de las fuerzas productivas o el proceso de trabajo serían solamente ámbitos de lucha política que pueden ir en una dirección o en otra.

Esto conduce a la idea de la autonomía de lo político. Lo político contaría con una autonomía respecto de la estructura económica. No existiría una determinación de la esfera política por la cuestión económica, por lo que la crisis del capitalismo, los procesos de proletarización o el papel de la burguesía nacional pasarían a ser fetiches marxistas sin unas implicaciones políticas que vayan necesariamente en uno u otro sentido. Se plantea, así, una lógica antiesencialista, de la contingencia, y la superación del carácter clasista de los agentes sociales.

Enlazando con el postmarxismo, la hegemonía sería el campo en el que se articulan una variedad de luchas autónomas y reivindicaciones particulares entre las que se establece una lógica de equivalencia. Así, Laclau y Mouffe proponen una redefinición del proyecto socialista en términos de una radicalización de la democracia liberal. La nueva misión de la izquierda no sería luchar contra la ideología liberal-democrática sino lo contrario, profundizarla y expandirla en la dirección de una democracia plural y radicalizada. Una democracia que articule la irreductible multiplicidad de luchas contra diferentes tipos de subordinación: de clase, sexual, étnica, ecológica, etcétera.

Pero esa misma postura implica renunciar a la politización de la economía, asumir los principales presupuestos del liberalismo incluyendo la independencia de la esfera política del Estado y eliminar el foco del antagonismo principal en las clases sociales. En última instancia, esto conlleva a renunciar a

plantear una crítica al capitalismo y a proponer un horizonte no capitalista para la sociedad. La política, entonces, se reduce a una serie de estrategias oportunistas para conseguir una precaria hegemonía ("hegemonía débil"), con lo que los autores sustituyen la teoría revolucionaria por una teorización de la demagogia política. Pero como afirma Eagelton contra Laclau y Mouffe, la relación entre ciertas posiciones sociales y ciertas formas políticas es necesaria, lo que no quiere decir que sea inevitable o automática. Las preguntas a hacerse aquí serían, ¿Hegemonía para qué? ¿Poder para qué? Por sí solos se reducen a un mecanismo para lograr la consecución del poder que se desentiende del problema fundamental, es decir, para qué usar el poder.

La política antipolítica es finalmente el triunfo de las ideas liberales de izquierda, que sostienen que los ideales burgueses de libertad e igualdad son propiedades reales y autónomas alcanzables mejorando el modelo de democracia liberal y economía de mercado. Marx, por el contrario, sugiere que la dimensión ideológica de la libertad y la igualdad liberales está incrustada de manera intrínseca en la realidad capitalista, como mecanismo de ocultación del carácter irrealizable de esta libertad e igualdad en el Sistema. Parafraseando a Jameson, lo único que puede ocurrir es que desaparezca el sistema que las genera para abolir los ideales de libertad e igualdad junto con la práctica de ausencia de libertad y de desigualdad.

En consecuencia, el populismo, lejos de ser lo político en tanto tal, siempre implica una despolitización, una naturalización de la política, en tanto que elimina el antagonismo interno que hace posible un acto realmente político. Reivindica la revolución, en teoría, pero la repudia en la práctica.

El intríngulis sin salida, en general, del postmarxismo asociado al espontaneísmo autonomista es la renuncia a la revolución, al quedarse con el momento bonito no asumiendo los problemas, conflictos y la "inmoralidad" que implicaría la revolución. Autonomismo y posibilismo no están dispuestos a pagar el precio de una transformación radical de la sociedad. Haciendo eco del discurso liberal anticomunista de la Guerra Fría, asumen que aquélla implica necesariamente el terror, frente al cual es mejor acomodarse al orden positivo existente.

Consiguientemente, el libertarismo posmoderno abre caminos para la política fuera del fetiche del Estado, al mismo tiempo que cierra otros que hacen imposible el desarrollo exitoso de una subjetividad política con capacidad de llevar a cabo una transformación social duradera y a una escala relevante.

Infortunadamente, las elaboraciones "neo" y "post" marxistas impregnan de forma creciente el cuerpo teórico-práctico de los principales movimientos transformadores de la sociedad, como el feminista y el ecologista, pero también los anti-racistas, des-coloniales o post-coloniales, antiglobalistas, cooperativos y un demasiado largo etcétera.

Aquí nada más voy a hacer unos breves comentarios al respecto de algunos de ellos (para los que habrá que dedicar mayor detalle en una próxima ocasión, así como para otros de esos movimientos que ahora no podremos abordar). Sólo me referiré, pues es el objetivo de esta obra, a los aspectos práxicos de los mismos en el camino de la transformación sistémica emancipadora.

10.1. Lo postmoderno y lo "postmarxista" contagian los movimientos de emancipación

Al otro lado de la *in-política*, pero a la vez compartiendo con Laclau elementos potsmodernos y "postmarxistas", hay una tendencia cada vez más extendida en buena parte de las elaboraciones ideológico-teóricas y en el accionar de nuestros movimientos sociales, paradójicamente tanto más extendida y arraigada cuanto más se deterioran las condiciones de vida de las poblaciones: la desconsideración (del poder) del Estado, para centrarse en la "transversalidad" de lo social, en lo molecular solamente, los "microespacios", los "micropoderes"[10]. Tal tendencia es congruente con la despolitización de la sociedad y su artificial separación del Estado, como si aquélla fuera una entidad ajena a las relaciones políticas y de poder. El dogma de que el Estado no puede ser usado para nada positivo (hoy seriamente puesto en evidencia con la pandemia del covid-19, sin ir más lejos), la máxima de que basta con "desbordar" por abajo a los poderes institucionales, reemplaza a los objetivos de "conquista" de esos poderes con el fin de redireccionarlos y rehacerlos como vectores de fuerza en favor de la sociedad.

> "La protesta y la movilización permanentes sobre cuestiones concretas y particulares, sustituye a los proyectos y alternativas globales. La credulidad en una suerte de 'capitalismo social', que irá alterándose hacia el 'buencomunismo' (nada de un 'socialismo de Estado' como paso intermedio, que no hará sino reproducir las dominaciones)" (Formenti, 2020:144).

Una vez más cabe insistir: según se degrada el valor también la teorización académica de la fase neoliberal y post-neoliberal asume la *in-política*. En medio de la corrosión del capital, la degradación social y la quiebra individual, más proliferan, acorde con ello, insistentes empeños (a veces parecidos a intentos desesperados) por encontrar nuevos sujetos, por aferrarse a "micro-construcciones" y empoderamientos por lo general imaginados, al tiempo que se reniega de la política en su relación con el Poder del capital y sus ramificaciones institucionales (o puestos de mando). Y esto es grave, porque si falla la teoría de quien a menudo no tiene otra arma de lucha, hierra también la proyección social y política de sus acciones y propuestas. Se divorcia estérilmente la ruptura (revolución) política de la ruptura epistémica, cultural y

social, la famosa “transformación desde abajo”.

No voy a entrar en el análisis de unas u otras corrientes, como la del postcolonialismo (por lo general multiplicadoras de diferencias frágiles para olvidar las desigualdades fuertes)[11]. Tampoco en las numerosas disputas internas que arrastra el feminismo, y por supuesto menos aún en la teoría corporativa de mujeres que se dice “feminista” al tiempo que compatible con el capitalismo. Me ocupo en el siguiente apartado de la proyección altersistémica del(os) feminismo(s). Sólo haré una breve incursión para intentar indicar algunos de los peligros que, como en el caso del marxismo, recorren en ese sentido a este imprescindible movimiento teórico-práctico.

10.2. Feminismo a lo Federici. Breves consideraciones sobre el feminismo “post”

Algunas de las divisiones del feminismo, entre las que se encuentra una porción de sus más importantes teóricas, han ido dejándose arrastrar por la deriva postmoderna (en parte como resultado de la ofensiva de los propios poderes fuertes para dividir y desarbolar el feminismo y su enorme carga de profundidad anticapitalista –además de anti-patriarcal, claro–), entrando en ocasiones incluso en la órbita de las elaboraciones “postmarxistas”.

La secuencia de esa deriva en ciertas maneras de entender el feminismo ha estado bien sintetizada por Formenti:

> “El feminismo de clase, anti-capitalista, de mediados del siglo XX, contribuyó de forma muy importante al análisis del papel de los procesos reproductivos en la dinámica del valor y del capitalismo en general. El feminismo que comenzó a tener auge a partir de los años 80 marcó su carácter de clase (de clase media), desplazando el interés de las cuestiones de poder a las de ‘reconocimiento’. Se apuntaba a prácticas de ‘autoconciencia’ y de politizar lo personal, al tiempo que se despolitizaba lo político, mientras lo feminista se incardinaba en los ‘nuevos movimientos’, comprometidos con la reivindicación de derechos individuales y civiles. Las políticas de ‘redistribución identitaria’ acompañaban al hundimiento de las políticas de ‘redistribución de la renta’. Cuando ya en el siglo XXI el movimiento adquiere dimensiones de masas, se basa ante todo en propuestas de tipo equiparatorio entre hombres y mujeres. Es decir, que las mujeres puedan hacer todo lo que hacen los hombres: ministras, soldadas, toreras, empresarias, ejecutivas, banqueras... el capitalismo y el feminismo tienen así trazado el camino para su confluencia. En realidad para la absorción de éste por aquél” (2020: 41).

Pero repasemos, por lo que aquí nos ocupa, ciertos puntos de arranque de buena parte de la crítica feminista al marxismo, porque de ahí derivan, a mi entender, algunos de los enredados recorridos emprendidos después.

a. Hay una insistente crítica feminista al productivismo restringido basado en el valor, para hacer hincapié en las relaciones de producción y reproducción de la fuerza de trabajo.
b. En general, esa crítica ha generado un cambio decisivo más allá del punto de vista de la producción del valor al de reproducción y, en particular, de la reproducción social, convergente con los argumentos sobre una "acumulación primitiva permanente".
c. Las feministas rechazaron la centralidad que el marxismo ha asignado históricamente al trabajo industrial y a la producción de materias primas como los sitios cruciales para la transformación social, y señalaron por contra la decisiva importancia de las luchas en el ámbito de la producción-reproducción de los seres humanos y de la fuerza de trabajo en concreto.
d. Proponen, por eso, reinterpretar la relación recíproca entre las diferentes formas de explotación sin conformarse con una noción de tendencia a partir de la cual otras formas de trabajo puedan considerarse residuales o secundarias.

Diría que es difícil para un marxista no estar de acuerdo con lo que subyace a estos planteamientos, que son susceptibles de expandir el sustrato teórico de Marx y Engels, proporcionándole más alcance. El problema es por una parte que no son del todo justos con la elaboración del marxismo, precisamente, por lo que a esos puntos toca; y por otra que poco se avanza si se cambia la prioridad del foco de análisis de un ámbito social a otro (de la producción a la reproducción), en vez de contemplarles indisociablemente vinculados en la *totalidad capitalista*. Y esa parcialidad que se traduce en no pocas ocasiones en un alejamiento del materialismo histórico-dialéctico, es lo que ha provocado algunas importantes carencias de ciertos feminismos en cuanto a las posibilidades concretas de articulación de sujetos capaces de llevar a cabo una

transformación política radical.

¿Qué plantea en ese sentido una parte importante del feminismo actual? Fijémonos, para comenzar, en una de sus figuras más destacadas en la segunda mitad del siglo XX y más citadas aún hoy: Maria Mies.

Justamente en su obra de gran alcance teórico, a la que remiten más citas, precisa esta autora con agudeza su crítica a Marx y Engels:

> "Esta distinción entre proceso 'natural', relacionado con la 'producción de seres humanos o procreación' (es decir, ahistórico), y los procesos históricos, relacionados con el desarrollo de los medios de producción y de trabajo, es lo que ha hecho que no fuera posible desarrollar una concepción materialista histórica de las mujeres y de su trabajo dentro de la teoría marxista. El concepto idealizado del trabajo de las mujeres (natural, biológico) en la producción de seres humanos como un hecho 'natural' ya había sido manifestado claramente en el anterior estudio de Marx y Engels, *La ideología alemana*" (2019: 113).

E insiste en poner de relieve cómo el "trabajo libre" asalariado está basado en el "trabajo no-libre" de las mujeres. A partir de ahí desarrolla Mies las carencias de la obra de esos dos autores, de manera que según ella dejan a las mujeres "fuera de la historia".

No voy a discutir estas premisas, que contienen esa parte de razón a partir de la cual hilar para mejorar el tejido recibido, si ese fuera el objetivo en lugar de (intentar) deshacerse de él (como a menudo es el caso, lo que ha conducido a no pocas contradicciones y atolladeros teóricos). Sólo vamos a centrarnos en la parte propositiva de esta autora por lo que respecta a la transformación social.

Nos habla, en tal sentido, de albergar un concepto feminista del trabajo, el cual debe partir de desafiar la división entre tiempo socialmente necesario y tiempo de ocio. Esto pasa por adquirir también otra concepción del tiempo, distinta a la "economía del tiempo marxista", para la cual trabajar deje de ser un sometimiento, sino

> "Un concepto en el que el tiempo de trabajo y el de descanso y diversión se alternan y entremezclan. Si prevalece este concepto y este tipo de organización del tiempo, la longitud de la jornada laboral se vuelve irrelevante. Porque un día largo de trabajo o incluso toda una vida llena de trabajo no se sentiría como una maldición sino como una fuente de plenitud y felicidad humanas" (2019: 388-389).

Como tercer punto del concepto feminista del trabajo aboga por el

mantenimiento del trabajo como una interacción directa y sensual con la naturaleza, con la materia orgánica y con los organismos vivos. Un cuarto elemento nos lleva a que el trabajo mantenga su sentido de finalidad y el carácter de utilidad y necesidad para quienes lo llevan a cabo y para quienes se encuentran en torno suyo. Y finalmente requiere de la abolición de la división y la distancia entre producción y consumo. Todo ello va en el camino de conseguir una economía alternativa, que tenga por principios la autarquía (como cuasi-suficiencia) y la descentralización. En esa economía alternativa los hombres han de compartir la responsabilidad de la producción inmediata de la vida.

¿Bonito verdad? Demasiadas de las elaboraciones feministas están basadas en el mundo fantástico que se quiere conseguir, sin tener ningún programa práctico por medio. Sólo los deseos de que sea así y propuestas hechas a menudo en el vacío (sin análisis de fuerzas, de posibilidades de detentar medios de producción y de socialización y organización social, de contrarrestar poderes o no, etc.). El problema, como muestra el materialismo histórico-dialéctico, mal que no suela abordarse por una parte del feminismo teórico, es precisar cuáles son las circunstancias "objetivas" que permiten o no en mayor o menor medida unos u otros objetivos, más allá del idealismo o del voluntarismo, e incluso del construccionismo microsocial o "autonomismo", que no sólo no tiene porqué extenderse *necesariamente* al conjunto social, sino que de hecho, con los poderes institucionales (político-policíaco-militares-culturales-educativos-económicos) incólumes, tiene pocas posibilidades de hacerlo, más allá de pequeños núcleos sociales, por lo que todo logro en esa vía estaría en alta y perpetua amenaza de reversión. En el caso concreto que traigo a colación habría que preguntarse, igualmente, tras aquel primer análisis, quiénes son los sujetos capaces de llevar a cabo aquellos objetivos (más allá de lograr mantener en ocasiones ciertas condiciones de supervivencia, ya de por sí esfuerzo heroico en muchos casos), a partir de qué condiciones de vida, contexto político o condicionamientos estructurales en general. En el punto extremo de estos planteamientos feministas idealistas, podríamos llegar a formular una pregunta decisiva, si negamos como antagonista básico al sujeto "proletariado", o al sujeto "clase trabajadora", ¿existe o puede existir el sujeto Mujer como fuerza social articulada altersistémica, como agente capaz de transcender el

capitalismo? O para decirlo un poco menos maximalistamente, ¿la lucha de género basta por sí misma para ello?

A años luz de todo esto, en un artículo posterior sintetiza Mies el intríngulis de su propuesta:

> "En mi opinión, sólo hay una alternativa viable al capitalismo global: las comunidades deben recuperar el control de sus condiciones locales y regionales de existencia (tierra, bosques, recursos, poder laboral, biodiversidad, cultura y conocimiento)" (2014: 235).

Justamente lo que "las comunidades" no pueden hacer casi nunca y mucho menos de forma generalizada en el planeta, algo de lo que la autora se hubiera percatado por sí misma a poco que hubiera llevado a cabo un análisis de las condiciones geopolíticas, geoeconómicas e interestatales, así como de las relaciones sociales internas a unos u otros Estados y de los movimientos de las clases en ellos[12].

Como quiera que esos análisis están ausentes en su obra, observemos en qué tipo de suposiciones inverosímiles basa sus propuestas Mies. Ejemplo: "si los países sobredesarrollados tomasen la decisión política de desvincular sus economías del explotador sistema mercantil global y, en consecuencia, desarrollar mecanismos de autosuficiencia que cubriesen las áreas de desarrollo principales, se pavimentaría el camino hacia el desarrollo de una economía autárquica en los países subdesarrollados" (2019: 398). La de suposiciones sin base que hay que hacer con tal de no hablar de revoluciones socio-políticas ni de sus concretas posibilidades. Por eso, en la sección final del libro la autora nos indica toda una serie de supuestos pasos intermedios, nada menos que en el ámbito del consumo, que en realidad no son sino más propuestas ilusorias que tienen por principio el "siismo": "si" las mujeres se unieran para hacer unas u otras cosas, "si" decidieran comprar o no comprar unas u otras mercancías; "si" las mujeres dejaran de comprar mercancías superfluas (entre las que incluye Mies el alcohol y el tabaco); "si" boicotearan los productos que refuerzan la imagen sexista y los que son de transnacionales que manipulan a las mujeres en cuanto que amas de casa y madres; "si" se dejaran de adquirir las mercancías que incorporan mayores grados de explotación en ellas; "si" no adquirieran pintalabios y cosméticos… En fin, ni una palabra de cómo el conjunto de mujeres, o al menos una parte significativa de ellas, va a ponerse a tomar tales

decisiones cuando todos los mecanismos de socialización de género gozan de buena salud, cuando la formación a gran escala está en manos de los distintos poderes del capital y cuando muchas de aquellas mercancías son las únicas que la mayor parte de las mujeres pueden comprar por ser más baratas (se repite aquí el dilema de las mercancías destinadas al llamado "comercio justo", sólo accesibles de manera regular para las capas medio-altas de algunas sociedades). Obviamente, por ello mismo, nada de eso ha cundido en el mundo en términos definitorios, generalizados, desde que lo formulara Mies. Al contrario, hoy la agudización de la proletarización de las poblaciones del planeta se ha acentuado y con ella la sobre-explotación de las mujeres y sus condiciones de vulnerabilidad. De hecho, cada vez más millones y millones de seres humanos se ven forzados a "escapar" (migrar) de sus realidades y centenares de miles de mujeres caen cada año en las redes de la Trata al hacerlo. También el deterioro de las condiciones de vida en las formaciones centrales del capitalismo sigue su curso implacable, haciendo que las mujeres consuman y produzcan "lo que pueden", y su "economía alternativa" se vea reducida a un día a día pauperizado.

Al final, Mies viene a reconocerlo:

> "Por eso, dado el actual marco de la división internacional del trabajo y de los intereses de los trabajadores asalariados íntimamente conectados con los del capital, existe poco margen para la auténtica solidaridad entre las mujeres del Primer y el Tercer Mundo, al menos no para el tipo de solidaridad que pueda trascender la caridad y la retórica paternalista" (2019: 416-417).

Por el mismo sendero de ingenuidad-inoperancia política transcurren otras propuestas provenientes de la combinación del mundo del desarrollo con el del género, que además de proponer la retahíla estereotípica de buenos propósitos, como el "desarrollo centrado en la gente", "sostenible", "humano", "empoderamiento de las mujeres", "reducción de las formas de desigualdad", "respetuoso con el medio", etc., nos hablan, como en el caso del también afamado trabajo de Benería, Berik y Floro (2016), de valorar las actividades no pagadas, regular el sector financiero, y hasta de aprovechar el marco de los derechos humanos para reducir la desigualdad de ingresos. Derechos humanos que se hacen depender de… ¡un sistema de gobernanza que funcione bien! Y por supuesto, quienes llevarán a cabo todas esas proezas serán movimientos

sociales y ONGs de diverso tipo y ámbito de actuación[13].

En lugar de que se den esos sueños, y congruentemente con la decadencia del *valor-capital* y la caída de la tasa media de ganancia en casi todo el planeta, el conjunto de indicadores relacionados con esos campos se ha deteriorado en un mundo barbarizado (como vimos en la primera parte de esta obra), donde ya por primera vez en la historia el 1% de la humanidad posee más del 50% de los activos mundiales y donde la pobreza y sobre todo la extrema pobreza son netamente femeninas.

Parece, sin embargo, que de todo ello tampoco quiere ser consciente otro de los referentes del feminismo "post" o "autonomista": Silvia Federici. Una lástima que su magnífica contribución teórica (como en "Calibán y la bruja") se vea palidecida por su vertiente práxica en la arena política. Dice en uno de sus últimos trabajos que conforme se desvanece la posibilidad de una revolución alimentada por el propio desarrollo capitalista va estando más claro que la reconstitución de las comunidades devastadas por el capital es imprescindible (2018:107). Hasta aquí de acuerdo, aunque no nos explique en qué correlación de fuerzas ni en qué pasos concretos con capacidad efectiva real está pensando para lograrlo.

Pero sigue: hay que pasar del comunismo a los comunes. Y a partir de esa máxima quien lee se percata de que toda la alternatividad propuesta por esta autora se deja a las experiencias y actividades autoorganizadas de construcción del común.

> "La cooperación social y la creación de conocimiento que Marx atribuye al trabajo industrial solo se pueden construir a través de actividades autoorganizadas de construcción del común –huertos urbanos, bancos de tiempo, código abierto– que además de producir comunidad, necesitan de ella" (2018: 108).

Ya Marx (1974), en su crítica a Proudhon, señaló la ingenuidad ("pequeñoburguesa") que encerraba ese tipo de propuestas, de una vuelta imposible al pasado comunal en medio de una acelerada socialización de la producción y de inmersión mundial en la ley del valor del capital. De hecho, mientras las dinámicas del valor se han mantenido más o menos en "buena forma" y el capitalismo se ha desarrollado con vitalidad, ninguna de esas experiencias ha tenido papel significativo alguno en las sociedades. Hay, sin

embargo, en el presente, dos razones principales que justifican el que pueda volver a considerarse ese tipo de propuestas: 1/ como aprendizaje imprescindible para elaborar formas que "entrenen" en el socialismo, aunque por sí solas no puedan hacerlo llegar; 2/ como "formas de supervivencia" comunal de ciertos sectores de la población, ante el derrumbe civilizatorio (volveré sobre ello en el apartado siguiente). Es decir, habría que verlas como complementarias a procesos estructurales de desmontaje del capitalismo, o bien como paliativas para ciertos núcleos poblacionales ante la propia degeneración de éste. El problema, una vez más, es que para el feminismo "post" se convierten en la única vía para conseguir el mundo anhelado, y sin necesidad de que haya catástrofe por medio, sino así, espontáneamente, se nos dice, a través de la puesta en práctica de pequeñas cosas en común por unos cuantos cientos o miles de personas en unos u otros lugares se vencerá a la civilización del capital, dado que se supone que la humanidad en su conjunto se terminará uniendo por contagio, atraída por la bondad de lo hecho, y los poderes fuertes del capital –y del patriarcado– asistirán impávidos a que esas pequeñas acciones les derrumben.

Abundando en esta línea, Federici señala a la reproducción como el campo crucial para la transformación de las relaciones sociales, con lo que la acusación que le hace a Marx sobre desconsiderar lo no-asalariado como parte de la relación del capital, se vuelve ahora al otro extremo: la relación fundante del capitalismo (la salarial) pasa a segundo plano, y es la relación en la que se apoya aquélla la verdaderamente decisiva.

> "…la lucha por el trabajo asalariado o la lucha por unirse a la clase trabajadora en el lugar de trabajo, como algunas marxistas feministas gustan llamarlo, no puede ser un camino hacia la liberación. El trabajo asalariado puede ser necesario, pero no es una estrategia política consistente" (Federici, 2014b: 120).

Sólo un pequeño matiz: no es la lucha *por* el trabajo asalariado generador de plusvalía, sino *contra* él, la que marca al socialismo.

Pero Federici insiste sobre ese punto. Aquí tenemos lo que responde en una entrevista (2014c):

> Pregunta: Uno de los puntos que mencionas en tu libro *Revolución en punto cero* es una especie de crítica al canon marxista o anticapitalista. ¿Puedes profundizar en esta idea y explicar qué impacto

tiene el comprender los aspectos de género del capitalismo sobre nuestra práctica política?

Silvia Federici: "Tengo la sensación de que la cuestión de la reproducción es esencial no solo para la organización capitalista del trabajo, sino que también es central en cualquier proceso revolucionario verdadero, cualquier proceso genuino de transformación social. Creo que actualmente es especialmente importante porque vemos en primer lugar que ni el Estado ni el mercado contribuyen a la reproducción. El desmantelamiento del Estado de bienestar se está llevando a cabo en todo el mundo y de tal manera que prácticamente deja nuestra reproducción desprovista de apoyo. *Existe otra necesidad que tiene que ver con la desintegración del tejido social de nuestras vidas y nuestras comunidades debido a la destrucción económica que hemos visto en las últimas tres décadas. Las formas de organización y los tipos de lazos de solidaridad que se habían construido a lo largo de los años básicamente ya no existen*. Deberá producirse todo un proceso de reconstrucción si queremos reunir el poder para empezar a cambiar nuestras vidas e imponer un modelo diferente de sociedad. El trabajo reproductivo y todo lo que sucede en el hogar es fundamental porque muestra de forma muy clara todas las divisiones que mantienen a la gente esclavizada en esta sociedad, empezando por la división entre mujeres y hombres, pero también entre jóvenes y viejos y también sobre la base de la 'raza'" (las cursivas son añadidas por mí).

Todo lo expresado en esta respuesta puede compartirse sin problemas, y aún más cuando Federici misma viene a reconocer, paradójicamente (por eso el énfasis que añado a la transcripción de la entrevista), que los sueños bonitos de "comunes", "horizontalidades y "solidaridades" están hoy bastante destrozados por un capitalismo salvaje. Solamente que –por ello mismo–, sin tener en cuenta el núcleo de formación del *valor*, la sangre del capital, difícilmente se puede hacer un análisis satisfactorio de su "reproducción", ni de cómo lograr que la reproducción social deje de ser parte de la "reproducción del capital", en el camino de trascender el capitalismo *efectivamente*, más allá de ilusiones desiderativas.

Ante esa carencia, también Federici tiene que agarrarse a la espontaneidad de un supuesto incremento del deseo de "reclamar poder para transformar nuestras vidas" (2018: 110). En concordancia con tal línea de subordinación teórica a las directrices de la ciencia blanda de la postmodernidad, y presa de la artificial separación que el capital hace entre "sociedad civil" y "sociedad política", sus propuestas nos alejan siempre del Estado, evitando cualquier contacto contaminante con él, porque para ella está atado "inextricablemente a la acumulación de capital", y por tanto, forzado a "reproducir el conflicto social y los mecanismos de exclusión".

"Además, con un proletariado global dividido por jerarquía de género y de raza, la 'dictadura del

proletariado', concretada en una forma-Estado, correría el riesgo de convertirse en la dictadura del sector blanco/masculino de la clase obrera, pues aquellos que tienen más poder fácilmente podrían dirigir el proceso revolucionario hacia objetivos que mantuviesen los privilegios que han adquirido" (2018: 110).

Como se ve, hace gala aquí Federici de eurocentrismo para intentar señalar la "dictadura del proletariado" como la supremacía, siempre y en todo lugar, del trabajador blanco-masculino (¿en Tanzania y en las Islas Andamán también?).

Ya en Federici (2013), entre las páginas 214 a 219 (la mayor parte de su apartado dedicado a "los cuidados, los sindicatos y la izquierda"), hace algunas críticas al marxismo con argumentos que llegan casi a lo ridículo.

"Las organizaciones sindicales no han plantado cara a estas desigualdades, como tampoco lo han hecho los movimientos sociales ni las organizaciones marxistas, que, pese a algunas excepciones, parecen haber borrado a los mayores de las luchas, a juzgar por la ausencia de referencia alguna al cuidado de los mayores en los análisis marxistas actuales. La responsabilidad por este estado de las cosas puede remontarse hasta el mismo Marx. El cuidado de los mayores no es algo que se tenga en cuenta en su obra, pese a que la cuestión de los ancianos ha estado dentro de la agenda política revolucionaria desde el siglo XVIII y pese a que las sociedades basadas en el apoyo mutuo y las visiones utópicas de comunidades abundaron en su época (foueristas, owenistas, icarianos) (…) Dentro de su debate y del desarrollo de su pensamiento no tenía cabida la seguridad en la edad anciana ni el cuidado de los mayores. (…) Más importante todavía, Marx no reconoció la centralidad del trabajo reproductivo ni en la acumulación capitalista ni en la construcción de la nueva sociedad comunista" (2013: 214-215).[14]

La autora continúa, después, ensalzando a Kropotkin contra Marx, con motivo de la insistencia del autor ruso en el "apoyo mutuo", mientras que el renano lo dejaría a cargo de las máquinas, según la lectura de los *Grundrisse* que hace Federici. Dejaré que sean otras feministas, un poco más abajo, las que contesten esta retahíla de peregrinas afirmaciones. Sólo comentar aquí que en una sociedad de productoras/es "libremente asociadas/os" como primer paso para tejer un nuevo metabolismo socio-natural, que proponían Engels y Marx, la vida, su permanente preservación y enriquecimiento, pasa a ser responsabilidad colectiva. De hecho, todas las decisiones se llevan a cabo a partir de la democracia básica de compartir los medios de vida. No pareciera que este ideario comunista de los camaradas alemanes tuviera que ser tan difícil de entender para quien busca el Común, a no ser que haya otras intenciones políticas para no entenderlo.

En cuanto al anti-estatismo de esta autora, veamos cómo explica su afirmación de que "la forma Estado está en crisis".

> "Tras décadas de expectativas frustradas y papeletas electorales, se ha despertado un profundo deseo, especialmente entre los más jóvenes, en todos los países, de reclamar el poder de transformar nuestras vidas, de reclamar el conocimiento y la responsabilidad que en un Estado proletario delegaríamos en una institución total que, al cumplir su función de representarnos, terminaría por reemplazarnos. Semejante viraje sería desastroso, porque en lugar de crear un mundo nuevo, estaríamos dejando pasar la oportunidad de ese proceso de autotransformación sin el que no es posible ninguna sociedad nueva, y estaríamos reconstituyendo las mismas condiciones que hoy en día nos hacen pasivos incluso ante los casos más flagrantes de injusticia institucional. Ese es uno de los atractivos de los comunes como «forma embrionaria de una sociedad nueva», que representa un poder que surge de abajo y no del Estado, basado en la cooperación y las formas colectivas de toma de decisiones y no en la coerción" (2020: 248).

Solamente cabría plantearse, como mínimo, si a través de unos u otros tipos de Estado es posible conseguir distintos niveles de redistribución social y de satisfacción de necesidades sociales. Parece que está demostrado históricamente que sí. La cuestión central es, sin embargo, si también a través del Estado se pueden tener más posibilidades de realizar la transformación del orden social (del modo de producción capitalista), para finalmente superar al propio Estado. Esto lo vamos a discutir un poco más tarde, al final de este capítulo. Por lo que toca a los poderes internos a la sociedad y los distintos privilegios, ¿quedan los poderes interpersonales y sociales eliminados sin más en los procesos de construcción de los "comunes"? ¿de verdad no hemos aprendido nada de con qué facilidad se dividen esos proyectos y de las fragmentaciones, y también jerarquías, que les atraviesan, que les abocan frecuentemente a ser efímeros, cuando no a reproducir en su interior gran parte de lo que se dice combatir? El "ser humano nuevo" (como sociedad o como comunidad) no sale espontáneamente del mundo viejo, requiere de amplias, intensas y largas mediaciones, y de albergar suficiente fuerza como para poder reconstruir alternativas ante los retrocesos. *Para todo ello necesita, además, fuerza para defenderse de las personificaciones del capital(-patriarcado), que mantendrán siempre una constante ofensiva contra todo lo que se intente construir para salirse de sus límites, mediante todos sus Poderes de destrucción*.

Por eso, no es que no haya que esforzarse e implicarse en esas luchas intersticiales, de lo que se trata es de si hay que depositar la exclusividad de las

posibilidades de transformación en ellas. Porque despreciando la vía de ruptura a escala macro-social, que requiere de muy amplia acumulación de fuerzas de todo tipo, se llega normalmente en multitud de lugares del mundo, a que lo que se emprende resulte enseguida destruido, y quienes lo emprenden represaliados/as o exterminados/as constantemente; lo que suele conllevar en muchos casos a la paralización política, al terror, de quienes sobreviven. Por eso, los planteamientos de Federici reflejan una nueva versión de esa suerte de esencialismo basista que se apoya en la "espontaneidad" instintiva de desear siempre lo bueno. "Siendo buenas y buenos haremos un mundo bueno", y el enemigo de clase (y patriarcal) nos dejará hacerlo bien, cruzado de brazos.

Todo el acratismo del mundo asumido por el feminismo. Lo que algunos autores han llamado "emancipacionismo libertario" (Formenti, 2020: 49), que denuncia la multitud de poderes cotidianos, expresados como "micropoderes", muchas veces personales, contra los que tenemos que lidiar, arrastra con él el desentendimiento del Poder central: el del *capital* (¿ciertamente no hemos extraído ningún aprendizaje de los horrores que son capaces de desatar las variadas personificaciones del capital contra las poblaciones, a partir de sus Poderes fuertes intocados? Consideremos aquí sólo, por un instante, el militar-policíaco).

No es de extrañar que Federici muestre a Holloway como referente teórico a seguir en el camino de la emancipación. Pero, ¿qué hacer cuando el Poder cobra acto de presencia en ese camino, con toda su crudeza, para desbaratar proyectos o sencillamente para eliminar a las personas que los emprenden, como pasa tan a menudo y en tantos y tantos lugares? ¿Volvemos a los extremos del aparato fonador-excretor –el "grito" o el "pedo"– como únicos elementos transformadores? (recordemos que Holloway, además de su famoso "grito" como agente revolucionario, habla de la supuesta enorme potencialidad del que agacha la cabeza y se inclina ante el poderoso, pero desapercibidamente se suelta un pedo a su paso –capítulo 8.4.–). ¿Estamos depositando toda nuestra confianza para transformar las sociedades en imaginadas personas que, tras una pretendida autodesalienación, se han hecho lo suficientemente "puras" como para no dejarse atravesar por los poderes ni para reproducirlos dentro de ellas, de manera que podemos despreciar tener en nuestras manos los medios de socialización y formación de conciencia social?, ¿nos sobramos para

descartar cualquier relación con el Estado y cualquier acción sobre él? ¿De verdad pensamos que es lo mismo que esté el Estado en manos de una junta militar, que al menos en parte esté ocupado por un gobierno como el de Allende, por ejemplo, en poder de la camarilla oligárquica que sostuvo a Jeanine Áñez en Bolivia, que en las de personas surgidas de las bases sociales, como fue Evo Morales o como luego Luis Arce, con todas las limitaciones propias de ciertas correlaciones de fuerza, y con todos los errores a criticar y corregir?

Al final aquellas propuestas, de las que Federici es sólo un ejemplo, se asemejan, a pesar de las declaraciones en contra de sus emisoras (como se ha denunciado desde propios sectores del feminismo y del poscolonialismo), y a pesar del trabajo concreto de la autora italiana en diversas formaciones periféricas del capitalismo, a sueños bonitos eurocentristas de mujeres del "Primer Mundo", pertenecientes a esa amorfa "clase media" cuya pertenencia (o aspiración a pertenecer) deja una impronta en las conciencias y en las proyecciones práxicas muy difícil de extirpar. A menudo estos planteamientos anti-tocar-el-Estado dejan atisbar ese repetido anhelo de construir mundos mejores sin hacer revoluciones (sin mancharse las manos, sin que se trastoquen las cómodas posiciones sociales de las que se parte, desde las que se puede teorizar). El miedo a que el mundo cambie de verdad de arriba abajo puede estar entre las razones de esa predilección postmoderna (hablo ahora sólo de las gentes bienintencionadas que caen dentro de este paradigma, no de las elites que le promueven) por confiar todo a los "micro-cambios", a las "transversalidades", a las "nocturnidades", de manera que su lentísima acción permita seguir disfrutando de su situación privilegiada a quienes ya la tenían.

Y no es que los movimientos sociales moleculares, las luchas en la base de la sociedad por el Común, por los Comunes, las transversalidades de las luchas no tengan una importancia "básica" en todos los sentidos, precisamente porque están en la base de la sociedad, sino que por eso mismo precisan dotarse de, y forjar, unas instituciones *diferentes*, que les permitan sedimentarse sin perder su radicalidad –su accionar transformador en las raíces de la sociedad– (lo vemos un poco más en el apartado final de este capítulo). Por eso y para eso, hay un camino que contiene mayores probabilidades transformadoras que otros: que aquellos movimientos vayan coagulando en organizaciones de masas amplias,

fuertes y poderosas, capaces de ejercer un contra-poder lo suficientemente vasto como para ocupar o al menos interferir en los distintos puestos de mando del capital y detener sus políticas de clase, con todos los añadidos que le son anejos: patriarcales, coloniales, imperialistas, racistas... Trabajo político, en definitiva, esto es, tener a la política (institucional) como una parte de la Política (metabólica), lo que precisa de organizaciones fuertes, masivas, implicadas en las raíces de la sociedad, formando parte de los propios movimientos, y por tanto sin que al tiempo los absorban o subordinen (lo cual, no hay trucos para ello, sólo puede ser evitado a través de la movilización permanente de amplios sectores de la sociedad, porque la autonomía sólo se retroalimenta con la acción-movilización y se preserva con la fuerza de las/os muchas/os).

En contra de ello la "postmodernidad" secretada por la fase degenerativa del sistema vino a desbaratar los Grandes Sujetos, los Grandes Relatos, dejándonos a cambio indefensas e indefensos frente al *capital*[15]. Des-construir, siempre que no sean los Poderes de verdad, es fácil porque todo lo que contemplamos en el ámbito social son construcciones humanas, incluso la propia concepción de individuo lo es (plena de contradicciones e incoherencias, fácilmente desmontable). Lo que pasa es que algunas de esas construcciones suman fuerza colectiva, capaz de movilizar y transformar, mientras que las postmodernas están más orientadas a poner en cuestión, a dividir, a restar potencialidades colectivas a los sujetos, a dejar agentes endebles, pequeños y "desconstruidos" antes incluso de que se construyan. Porque des-construir y criticar (como la "ciencia crítica"), sin capacidad propositiva alternativa *viable* para la transformación social, sólo conduce a la postre al sostenimiento del orden, que se termina aceptando como parte del sistema solar en el que estamos (por lo que sólo se contempla acomodarse a él en los espacios "micro" para lograr supuestos "pequeños avances" *dentro* del mismo), dejándole a fin de cuentas intacto por no tener ninguna propuesta alternativa real total que oponerle.

Bastantes de los libros colectivos del feminismo teórico que designo como "post" así lo evidencian, e incluso reconocen. Así por ejemplo, dice Pérez Orozco (con palabras extrañamente semejantes a las que ya vimos en algunos neomarxismos, como el MA y la NCV):

> "Carecemos de una apuesta política clara (…) Quizá la principal apuesta política (y económica)

feminista sea precisamente abrir el espacio de posibilidad para construirla juntas. No tenemos nombre porque no existimos todavía (…)" (2017: 34-35).

¿El nombre de socialismo no les dice nada a estas teóricas? ¿Tampoco la necesaria socialización de los medios de producción y de vida que entraña ese término y proyecto político para que cualquier proceso de emancipación social pueda empezar a cobrar vida? Otra cosa es discutir sobre unos u otros grados de estatalización o bien de comunitarización de esos medios, y por supuesto acordar que ese socialismo deba incorporar toda la riqueza de aportaciones que el feminismo (como el ecologismo y otras fuentes práxicas de transformación) ha hecho. Pero descartarlo o "des-nombrarlo", invisibilizar en suma lo que entraña y ha significado para la humanidad, es hacer un pobre favor a la emancipación humana.

Tristemente, por eso, como digo, queda este feminismo tan a menudo atrapado en propuestas magníficas que no adquieren ninguna realidad a escala social significativa. Empeñado en ver "empoderamientos", "éxitos de los comunes", "emancipaciones", "nuevos sujetos" y "vías esperanzadoras" en un mundo con cada vez más intervenciones militares y golpes de Estado explícitos o disimulados, controles judiciales, políticas institucionales más salvajes, proletarización mundial extensiva (multitudes que pierden todo lo que tenían), caravanas de miseria de personas forzadas a abandonar sus territorios, destrucción social y ambiental... Algunos de aquellos logros ensalzados existen, claro está, a escalas sociales muy pequeñas, pero poco vamos a hacer por mantenerlos si nos olvidamos de articular la sociedad también a escala macro-política, si nos empeñamos en seguir separando una supuesta "esfera social" (donde se producirían las bondades del accionar de las gentes supuestamente auto-emancipadas), de otra "política" (que albergaría todos los males). El gran punto de análisis del feminismo en cuanto a que el capital entra en contradicción con la Vida, pierde su mordiente política si no se redirige a la Vida contra los centros de mando del capital.

En concordancia con todo ello, no puedo dejar pasar en estas reflexiones sobre ciertas elaboraciones del feminismo una consideración teórica al respecto de los planteamientos sobre el supuesto "olvido" o el ninguneo que el marxismo hace del trabajo reproductivo, y que se repiten como un mantra en bastantes de ellas[16]. Para empezar, se ha interpretado torticeramente la

elaboración marxiana sobre lo que es "trabajo productivo" *en* el capitalismo, como si fuera su concepción del trabajo. Marx no concebía al trabajo abstracto (asalariado) como el único, sino que señalaba que era el único que tenía ese reconocimiento *dentro* del capitalismo. Y dedicó su vida a estudiarlo dado que su investigación era sobre la *economía política capitalista*. También dijo en más de una ocasión, como ya he apuntado anteriormente, que entendía por trabajo algo así como toda actividad humana que modifica la naturaleza en la obtención de recursos, con lo que altera también el propio entorno social en la satisfacción de necesidades y la consecución de objetivos individuales y colectivos o sociales, y que sólo en relación equilibrada con la naturaleza el "metabolismo social" podía reproducirse[17]. Una vez establecido esto, especifica claramente que *en el capitalismo* el "trabajo productivo" es el que produce *valor* (como plusvalor) (ver capítulo 4), mas no que esa sea su definición de trabajo.

"Pero ni 'productivo', ni 'valor' tienen, en el contexto de *El Capital* de Marx, una valoración moral. Que un trabajo no genere valor no debe confundirse con el hecho de que ese trabajo sea considerado inútil. De hecho, el propio Marx señala el carácter no productivo (es decir, no generador de valor) del comercio y las finanzas, que son vitales para la circulación del capital pero sin generar plusvalor, sin ser productivas y nadie afirmaría por eso que, el autor de *El Capital*, no reconoció el rol indispensable de ambas actividades en este modo de producción (aunque estas actividades, a diferencia del trabajo doméstico, son compensadas con creces)" D'Atri y Murillo (2018: s/n).

Para una discusión con Silvia Federici (y el feminismo "post" en general) sobre estos puntos y sus carencias en considerar las nuevas composiciones del trabajo asalariado, resulta muy conveniente seguir las oportunas aclaraciones y tomas de postura de autoras marxistas-feministas. Atendamos por ejemplo a estas consideraciones sobra la obra de Marx:

> "En *El Capital* comienza por la lucha incesante en el ámbito de producción (en torno a la extracción de plusvalía) lo que determina las clases en primera instancia (Tomo I); el proceso de circulación (Tomo II) las determina sobre el ángulo del contrato entre el asalariado vendedor de su fuerza de trabajo y el comprador capitalista (estableciendo una negociación conflictiva de la fuerza de trabajo como mercancía); finalmente en el proceso de reproducción en su conjunto (Tomo III) las clases son determinadas por la combinación concreta de nivel de extracción de plusvalía, de la organización del trabajo, de la distribución de los ingresos, de la reproducción de la fuerza de trabajo en todas las esferas de la vida social. La complejidad de este proceso, que Marx analiza en los tres

tomos de *El Capital*, supone entender que no sólo son formas distintas en las que aparecen las relaciones entre capital y trabajo (extracción de plusvalía, salario, tasa media de ganancia), sino que son también formas distintas del conflicto social, porque es la lucha la que define las condiciones precisas de esta reproducción" (Varela, 2019: 12).

El capitalismo está regido por la dictadura de la tasa de ganancia, que es lo que muchos llaman "mercado". Marx no es responsable de que eso sea así: precisamente lo analiza para decir que esa *no* es una condición transhistórica de la sociedad o de la economía, sino que se da de esa forma sólo bajo este modo de producción, el cual desprecia todo el trabajo que no produzca *valor*. Con ello se anticipaba a las teorizaciones del feminismo. Anticipación que, como vimos en el capítulo 8, estuvo más desarrollada por Engels, aunque en cualquier caso no dejó de quedarse en sus primeros balbuceos (ver, por ejemplo, Marx y Engels, 1981).

Veamos lo que dice otra marxista:

"Si bien es cierto que el materialismo histórico coloca las relaciones de producción en la base de la sociedad, no hay nada simple o reductor en cómo estas relaciones estructuran las opresiones. Más bien, los análisis materialistas históricos, en lugar de examinar solo una forma de opresión (como el sexismo, el racismo o la homofobia), explorarían la forma en que todos ellos funcionan dentro del sistema general de dominación de clases para determinar las opciones de vida de las mujeres y los hombres (…) La acusación de reductivismo podría ser más precisa contra el feminismo antimarxista. Si bien puede ser cierto que el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres no se integró sistemáticamente en los análisis marxistas clásicos del modo de producción (aunque tanto Marx como Engels discuten la división sexual del trabajo), desde la década de 1970 en adelante ha habido revisiones marxistas de este concepto, particularmente dentro de la antropología y la economía" (Stabile, 1995: 6-7 de la edición digital).

La autora se termina preguntando porqué tanto empeño en acusar al marxismo (y a menudo sólo al marxismo) de esta supuesta omisión, hasta el punto de rechazarle como praxis emancipadora, en lugar de atender al propio desarrollo del método que ha ido teniendo lugar e intentar enriquecerlo aún más.

Reprochar, entonces, a Marx y Engels que no dedicaran más atención a la reproducción social fuera del mercado es un punto de arranque pertinente (y probablemente necesario)[18], pero otra cosa es desentenderse de lo substancial de su método. Todavía más absurdo sería querer hacer de tal crítica una teoría de la dominación y explotación ajena a su obra. Cuando así se intenta, se

termina, como vengo diciendo en este libro y ya advirtiera Lukács, "regresando a antes de Marx" y (como los "socialistas utópicos") adoleciendo siempre de un método práxico de intervención social metabólico, más allá de propuestas de buenas intenciones, candorosos "llamamientos" al Capital para que se ocupe de la reproducción de la vida, como acabamos de ver, así como de tomar por "conquistas" sociales lo que no son sino forzadas formas de supervivencia que unas u otras poblaciones han tenido que idear[19], gracias muy a menudo a la intervención de las mujeres, indudablemente. Pero tales experiencias no constituyen el anuncio de un nuevo mundo, sino que muestran el costosísimo éxito de sobrevivir en los márgenes del actual. Un "éxito", dicho sea de paso, que demasiadas veces no se consigue.

Hablando de ese vacío práxico, ya vimos en el apartado dedicado a La Nueva Crítica del Valor (capítulo 8.2.) algunas de las carencias a que conduce el análisis de Roswitha Scholz. Recalcar aquí, solamente, a tenor de lo recién dicho, lo que le apunta Ascunce:

> "…la lectura *class-blind* que hace Scholz del capitalismo y la opresión de la mujer, en lo que bien podemos definir parafraseando a Klauda como un *marxofeminismo sin clases*, tiene también notables consecuencias políticas. Y es que al ignorar la división fundamental de la sociedad en clases, por un lado se invisibilizan la explotación y dominación y por otro se obvia la mera existencia del antagonismo; pero lo más grave es la negación de su capacidad transformadora, cerrando las puertas a las perspectivas emancipadoras tanto en términos de clase como de sexo, lo cual no obstante encajaría con su manera de entender la autonomía de una teoría eminentemente contemplativa que rehuye plantear tareas prácticas" (2017: 36-37).

Obviamente, por si no lo he dejado suficientemente claro, no estoy haciendo una crítica al feminismo en sí. Estoy intentando mantener un diálogo abierto con algunas elaboraciones feministas, y sólo, que es lo que interesa a esta obra, en cuanto a sus proyecciones o posibilidades práxicas, no al cuerpo de su análisis que, como en los casos concretos de Mies y Federici, como en el de otras teóricas aquí citadas, es de suma relevancia.

En línea con ese debate, me parece importante destacar lo que promueve el feminismo marxista, de clase, partiendo de la Teoría de la Reproducción Social (TRS) (Bhattacharya (2017a), en tanto desarrollo de la teoría marxista:

> "Estoy proponiendo aquí tres cosas: a) una reafirmación teórica sobre la clase trabajadora como sujeto revolucionario; b) una más amplia definición sobre la clase trabajadora que aquella que se

refiere a los asalariados; c) una reconsideración de la lucha de clases que incluya a las luchas más allá de los salarios y las condiciones laborales" (Bhattacharya, 2017b: 86).[20]

"*No estamos hablando de una teoría sobre el trabajo doméstico* sino sobre la reproducción social bajo el capitalismo. Esa diferencia es sustancial, porque lo primero te lleva a una teoría de las amas de casa (y a una estrategia de la 'revolución de los hogares') y lo segundo te lleva a una teoría que piensa a la clase trabajadora en los ámbitos de la producción y la reproducción social en su conjunto (y a una estrategia de revolución socialista). La TRS tiene la fortaleza de mirar el trabajo no solo en el ámbito de la producción de mercancías sino *también* en el de la reproducción de la fuerza de trabajo, y considerar a este último como un trabajo indispensable para la reproducción social en su conjunto. Como puede percibirse, esta mirada 'relacional' ya está en Marx. Lo que no está es un desarrollo sistemático del trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo y una conceptualización de su importancia para la reproducción de la sociedad capitalista. La TRS pone el foco allí, tira de esa cuerda y la despliega, estableciendo *la relación* entre el circuito del trabajo de producción de mercancías, y el circuito (subordinado) de reproducción de la fuerza de trabajo. Eso le permite historizar las modificaciones en esta segunda dimensión del trabajo, ya sea que esté asalarizado (escuelas, hospitales, geriátricos, guarderías, limpieza, etc.) o no (trabajo de reproducción no pago en el hogar); e historizar también a su sujeto protagónico: *las mujeres trabajadoras.* Permite, en síntesis, *preguntarse por su especificidad y por el rol que pueden cumplir en la lucha de clases en momentos de profunda crisis de la reproducción social a la que llevó el capitalismo neoliberal. De la doble opresión a sujeto peligroso*" (Varela, 2018: 13).

A partir de ahí, añade esta última autora, la pregunta clave, la única cuya respuesta nos puede proporcionar una validez transformadora, es: ¿dónde residen las bases objetivas de la potencia de las mujeres trabajadoras bajo el capitalismo para pensarlas no sólo como víctimas (que lo son) sino también como sepultureras del Sistema?

Varela se da esta respuesta:

"Si una recorre la historia de la lucha de clases a nivel internacional, encuentra que siempre que las condiciones de vida de la clase obrera fueron atacadas al hueso, provocando procesos huelguísticos e incluso revolucionarios, las mujeres tuvieron un rol protagónico, justamente porque son las garantes de la reproducción de la fuerza de trabajo. La diferencia con la actualidad consiste en que la mayor feminización de la fuerza de trabajo en el marco de una crisis de reproducción social no solo fortalece el 'puente' sino que coloca a las mujeres en un papel protagónico" (2018: 14 y 15).

Ya Stabile, como otras marxistas, había incidido en ello:

"Con el aumento de la difuminación entre las esferas pública y privada, la mayor mercantilización del trabajo femenino previamente no remunerado (cuidado de los ancianos, cuidado de los niños, cocina, limpieza, etc.) y la entrada masiva de mujeres de clase media en la fuerza laboral, las condiciones de las mujeres están más obviamente determinadas por las relaciones de producción en

un sentido muy marxista. El feminismo no marxista, con su falta de atención a las relaciones de producción, está empezando a parecer mucho más inadecuado que incluso el marxismo más ciego al género a la hora de explicar las condiciones de las mujeres" (1995: 7 de la edición digital).

Crecen así, para esta autora, las insuficiencias del feminismo convencional, tanto para explicar las condiciones de las mujeres en cuanto que asalariadas, como para construir una base para una acción política efectiva.

Sólo me queda recalcar ante estas nítidas exposiciones algo que ellas hacen notar, y es que la ascendente asalarización femenina, por un lado, más, por otro, la cada vez mayor extensión de la explotación hacia la esfera de la circulación-reproducción, y en general la amplia utilización del trabajo no-pago y semi-pago (según vimos en los capítulos 1 y 4), motiva que sea crecientemente mayor el protagonismo femenino en ambas vertientes del análisis de la totalidad capitalista (producción-reproducción).

Por eso, y a diferencia de tanto postmodernismo y "neo-marxismo", estas son parte de las conclusiones de Paula Varela (fijémonos, de paso, en cómo deja a Engels en el lugar que le corresponde):

"Habiendo dictado recientemente un seminario de posgrado en los Estados Unidos sobre *Los Orígenes de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*, tengo que decir que, más allá de las objeciones que pueden hacerse, mucho de lo que Engels dice es brillante. Él insiste, y sospecho que Marx hubiera estado de acuerdo, en que el socialismo no puede significar únicamente la socialización de los medios de producción sino que también significa la colectivización del trabajo doméstico y de la reproducción social. Engels sale a decir eso: que se trata de una definición doble que reconoce la centralidad de lo que llamamos el trabajo reproductivo junto con el productivo y la importancia de desarrollar una comprensión integral de cómo se cruzan y se determinan mutuamente" (2018: 15).

En definitiva, hay a mi entender una secuencia de decisiones práxicas ineludibles (siendo el orden de las mismas poco importante):

Uno. O el feminismo es capaz de mostrar que no puede convivir con el capitalismo o será engullido por él. El capitalismo requiere del trabajo impago para poder mantener el empleo asalariado, pero ese trabajo pueden llevarlo a cabo no-mujeres o, en todo caso, individuos que no estén necesariamente generizados como "mujeres" (desde robots a "infraclases" mundiales, migrantes o no)[21]. Es decir, el capitalismo podría integrar la "igualdad de género" mientras mantenga la desigualdad básica para su existencia (entre propietarios o no de medios de producción) y la segmentación de la fuerza de trabajo

(efectiva o potencial) en "endógena" (incorporada a la vinculación salarial formal y al conjunto de prerrogativas de la ciudadanía asociadas a la misma) y "exógena" (lo contrario). De hecho, las elites del Sistema están hoy derivando la vertiente conflictivo-reivindicativa hacia la esfera de la circulación, donde priman las consideraciones jurídico-formales de "igualdad", "derechos" y "justicia", para dejar intactos los basamentos productivos y reproductivos del edificio (la esfera de la producción-reproducción, a pesar de esas declaraciones). Llegado el momento, el Capital podría incluso deshacer la generificación en la reproducción social, para mantener intacta la extracción de plusvalía: sin la primera puede haber capitalismo, sin la segunda no.

Basarse sólo o prioritariamente en la reproducción (como una esfera separada de la producción) deja tuerto el análisis teórico y bastante coja su proyección política:

> "la necesidad de poner la lupa en la reproducción social deviene de que consiste en toda una serie de trabajos variados que se llevan a cabo por *fuera del ámbito de la producción de mercancías, pero que son necesarios para que este ámbito funcione*. Y, justamente, porque este trabajo reproductivo está puesto en función de hacer llegar a la fuerza de trabajo al 'punto de la producción', *lo que sucede en el ámbito de la reproducción social está subordinado al ámbito de la producción de mercancías. La visión marxista de la TRS es una teoría de la relación entre producción y reproducción social y, como tal, se opone a la idea de esferas separadas e independientes o de sistemas paralelos de opresión que se cruzan o intersectan en algún punto o algún momento*" (Varela, 2019: 10).

Una página antes, habla esta autora sobre la "reproducción social", que considera como:

> "toda la serie de trabajos necesarios para que esa fuerza de trabajo llegue al 'punto de la producción', los cuales van desde las llamadas tareas del cuidado, el trabajo doméstico (cocinar, limpiar, hacer las compras, etc.) y también el trabajo que se lleva a cabo por fuera del ámbito doméstico (sistema de educación, de salud, de cuidado de adultos mayores, etc.). He aquí una segunda precisión: el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo *no se reduce a lo que sucede en el hogar, sino que lo excede hacia redes en la comunidad y también hacia todas las formas de socialización de esas tareas que el propio capitalismo ha generado*, ya sea como servicios públicos o como servicios privados a los que se accede a través del mercado" (2019: 9).

En este sentido, en su –hasta el momento de escribir estas páginas– última obra, la propia Federici (2020) parece, por fin, querer ponderar sus juicios sobre Marx.

> "[E]l Marx que nos interesa es el teórico de la lucha de clases, que rechaza todo programa político que no radique en posibilidades históricas reales, que a lo largo de toda su obra persigue la destrucción de las relaciones capitalistas y que ve la realización del comunismo en el movimiento que abole el presente estado de cosas. Desde este punto de vista, la concepción materialista de la historia, que plantea que para entender la historia y la sociedad tenemos que entender las condiciones materiales de la reproducción social, es de crucial importancia para la perspectiva feminista. Reconocer que la subordinación social es un producto de la historia, cuyas raíces se encuentran en una organización específica del trabajo, ha tenido un efecto liberador para las mujeres. Ha permitido desnaturalizar la división sexual del trabajo y las identidades construidas a partir de ella, al concebir las categorías de género no solo como construcciones sociales, sino también como conceptos cuyo contenido está en constante redefinición, que son infinitamente móviles, abiertos al cambio, y que siempre tienen una carga política. De hecho, muchos debates feministas sobre la validez de «la mujer» como categoría analítica y política se podrían resolver antes si se aplicara este método, en tanto nos enseñan que es posible expresar un interés común sin estar adscrito a formas fijas y uniformes de comportamiento y condición social" (Federici, 2020: 226).

Y un poco más adelante

> "De hecho, al expandir la teoría del trabajo productivo de Marx para incluir el trabajo reproductivo en sus múltiples dimensiones, podemos elaborar una teoría de las relaciones de género en el capitalismo, pero además podemos desarrollar una nueva forma de entender la lucha de clases y los medios por los que el capitalismo se autorreproduce, mediante la creación de distintos regímenes de trabajo y distintos modos de desarrollo desigual y subdesarrollo" (2020: 230).

Además, entre la pg. 230 y 235 de este último texto, Federici se pregunta porqué Marx prestó poca atención al trabajo doméstico. Fácil, porque analizaba una formación social y un momento histórico en el que apenas existía, se responde ella misma. Y le atribuye que no se dio cuenta de que no iba a desaparecer, como otras formas de producción-reproducción pre-capitalistas, sino que se iba a hacer complementario de la explotación salarial, y que además el salario establecería una importante desigualdad también entre la propia fuerza de trabajo (distinguiendo entre la que accede a él y la que no).

Creo que es un buen camino para empezar a entenderse y sería extraordinario avanzar por él. Por eso mismo es obligado llamar la atención sobre cierta lectura "rácana" de Marx a la que sigue aferrada Federici, que trasluce preocupantes sesgos que pueden conducir a errores políticos de igual calibre. Así, por ejemplo, el supuesto mito marxiano sobre la progresividad del capitalismo; también sobre la necesidad de pasar por él para llegar al socialismo, así como que al comunismo sólo se pueda llegar a través de la

automatización. Federici sigue acusando a Marx de desatención de muchos aspectos de la reproducción social, y lo que es más inverosímil, incluso de olvido de que la acumulación capitalista se hizo a costa de la riqueza material e inmaterial de los pueblos del planeta. ¿De verdad no le importa a esta autora el concepto de "acumulación primitiva" y el de "colonización" en Marx? (aún más extraño cuando ella misma da una cita de Marx al respecto en la página 269 del último libro citado, con la que, solamente con ella, parecería –o debería– desdecirse). Le vuelve a atribuir al autor alemán la inevitabilidad histórica del capitalismo, como si lo que significa la "luchas de clases" en el materialismo histórico y la "dialéctica" que le acompaña fueran una ocurrencia sin contenido en Marx.

Para contestar a las tan manidas citas sobre el Marx ensalzador de las funciones progresistas históricas del capitalismo, como etapa de una supuesta evolución unilineal de la humanidad[22], bastaría con considerar una de las principales leyes formuladas por el autor renano, a la que tanto vengo haciendo referencia en esta obra, *la caída tendencial de la tasa de ganancia*, de la que se extrae inexorablemente el "desarrollo desigual" de unas y otras partes del sistema mundial capitalista, así como "el desarrollo del subdesarrollo" de las más de ellas. Ya en su siglo advertía Marx que la agudización de las contradicciones del capitalismo desarrollado no puede dejar de tener las más profundas repercusiones negativas en las formaciones sociales de capitalismo incipiente.

Ante las precepciones sobre el Marx enamorado de la tecnología y el desarrollo capitalista que proponen demasiadas autoras feministas, veamos estas lúcidas palabras de Manuel Sacristán sobre lo que el autor alemán dejó escrito al respecto del desarrollo industrial-tecnológico-capitalista:

> "Marx registra en este punto los aspectos negativos de esa dinámica, no sólo los fenómenos de paro tecnológico, sino también el despilfarro privado-competitivo y hasta el que hoy se llamaría 'consumista', o sea, parasitario y publicitario, y continúa: 'Ese es el aspecto negativo. Pero aunque el cambio de trabajo no se impone ahora sino como avasalladora ley de la naturaleza que tropieza con obstáculos por todas partes, sin embargo, la gran industria, por sus mismas catástrofes, convierte en una cuestión de vida o muerte el cambio de los trabajadores. […] *No hay* [...] *duda alguna de que la forma de producción capitalista y las relaciones y situaciones económicas de los trabajadores que le son correspondientes se encuentran en diametral contradicción con esos fermentos revolucionarios y con su meta, la superación* [Aufhebung] *de la vieja división del trabajo. Pero el desarrollo de las contradicciones*

de una forma histórica de producción es el único camino de su disolución y recomposición'. La superación de la *vieja* división social clasista del trabajo es lo que se ofrece en la perspectiva de Marx, basada en el carácter revolucionario –pese a su 'aspecto negativo'– de la base industrial moderna. Esa es, en efecto, la única perspectiva que arranca del *mundo tal como es,* no de la ideología. Superación de la *vieja* división social del trabajo, no de *toda* división social (por no hablar ya de la técnica) del trabajo. […] La clave dialéctica resolutoria de esa contradicción se encuentra apuntada en la última frase del párrafo de Marx: 'Pero el desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de producción es el único camino de su disolución y recomposición'. Esas palabras han sido muchas veces citadas en la historia del movimiento obrero, pero casi siempre con una intención parcial: la refutación de las degradaciones 'izquierdistas' del pensamiento marxista. Efectivamente, el sentido más directo de la frase es que ninguna formación histórica sucumbe si no se han desarrollado sus contradicciones. Pero este sentido directo no alude a un mecanismo fatal de desarrollo de las contradicciones, como parece ser la interpretación socialdemócrata de Marx –presente también en algunos izquierdismos clásicos, señaladamente el de Bordiga–, que espera pasivamente el momento revolucionario, pensando que su maduración es un proceso ajeno a la acción *consciente* de clase, ajeno, en suma, a la subjetividad revolucionaria. La realidad social no encaja en ese esquema antidialéctico, mecánico, de 'necesidad' histórica (necesidad naturalista) que explica tanto el abandono socialdemócrata de la perspectiva revolucionaria cuanto la fatalista inhibición izquierdista en la lucha cotidiana e intermedia que es la 'normalidad' de la lucha de clases materialmente revolucionaria" (Sacristán, 2011: 15; me he permitido añadir la cursiva a la última parte de la citación de Marx).

Nada tiene esto que ver con que Marx encumbrara el desarrollo industrial-tecnológico-capitalista y menos aún como *necesario*[23], sino que lo que señaló fue que una vez confinados en este modo de producción lo que es necesario es intensificar sus contradicciones y al mismo tiempo canalizarlas antes de que destruyan el hábitat social y el natural. Y eso lo veía como posible porque entre esas contradicciones detectó la posibilidad de que aumentara la capacitación y multilateralidad del Trabajo no sólo como *conciencia antagonista* sino también *en cuanto que adquiridor de la potencialidad de asumir la gestión y dirección de la sociedad* (como terminaremos de ver en las palabras finales de este libro). Así se arranca *del mundo tal como es* y no de mundos imaginados, ideales, donde unas supuestas formas de vida precapitalistas, con todo lo importante que puedan ser, nos van a llevar, en sí mismas o por sí solas, a superar el capitalismo.

Pero es justamente sobre lo que también insiste Federici, empeñada en convertir en potencia superadora de un modo de producción cualquier lucha por la supervivencia, tanto como en hacer del trabajo reproductivo el pivote de la lucha contra el capital, la "zona cero de la revolución":

"Conforme se desvanece la posibilidad de una revolución alimentada por el desarrollo capitalista,

va estando más claro que la reconstitución de las comunidades devastadas por las políticas racistas y sexistas y por múltiples oleadas de cercamientos no es solo una condición objetiva, sino una condición imprescindible para el cambio social" (2020: 245).

Es decir, que ya no se trata de que el capitalismo posibilite o no el paso a una sociedad sin clases ni explotación patriarcal, por ejemplo, es que lo que se propone es que no partamos de él, sino que para lograrlo volvamos a formas de vida precapitalistas, las mismas que hoy subsisten subsumidas a la ley del valor del capital y adulteradas de una u otra manera por ella, cuando no convertidas en elementos residuales por veces mercantilizados como atracción turística. Las propuestas de este feminismo a lo Federici se pueden corresponder con aquellas idealistas (es lo que tiene renegar del materialismo) que aseguran que quienes se están ahogando por la subida de un río, en realidad lo que deben hacer no es intentar salir de ese río al unísono, sino desde dentro del mismo hacer retroceder todas las aguas para que el río quede otra vez como era antes de la inundación, donde pequeñas charcas en la orilla permitían vivir y gozar del agua. Traduciendo, ¿dónde está la "objetividad" de que aquellas comunidades (charcas) "devastadas" tengan posibilidades de recuperarse, y si lo hicieran impidiesen que el río les pase por encima una vez más?, ¿no será mejor, y para ello habría que saber cuáles son las condiciones materiales para lograrlo, que tras la devastación salgan sujetos realmente transformadores (capaces de canalizar al río y hacer de él una fuente de vida y de recursos compartida igualitariamente por todos los pueblos y gentes que lo habitan –y permitiendo a la vez la existencia asegurada de las charcas–), en vez de grupos aislados unos de otros, aprovechando para sí –y probablemente defendiendo frente a los demás– lo que les ofrece cada charca?

No sorprende que ante tanto sueño, la propuesta definitiva de esta autora sea "reencantar" el mundo con nuevas ilusiones, como la de "pasar del comunismo a los comunes".

"Del mismo modo que el camino marxista hacia la revolución tenía a sus líderes en los trabajadores industriales, estamos empezando a darnos cuenta de que los nuevos paradigmas podrían ser aquellas personas que luchan por liberar su reproducción del yugo del poder corporativo y preservar nuestra riqueza común en los campos, las cocinas y los pueblos pesqueros de todo el planeta" (Federici, 2020: 277).

Lo que tienen estos sueños bonitos es que siempre se figuran también sujetos bonitos, "limpios", a veces incluso intocados por el capital. Pero esos sujetos no existen. Están también fragmentados por relaciones de desigualdad y envueltos por lo general en esfuerzos perentoriamente inmediatos por el pan diario. Por lo que respecta a los pueblos originarios o primigenios de tantos lugares y a su supuesto potencial revolucionario, ya hace mucho que la Antropología ha mostrado –al menos claramente desde Wolff (1987)– cómo los supuestos pueblos que existían "prístinos", intocados antes de la irrupción del capitalismo, fueron, salvo muy escasas excepciones, una quimera de los propios colonizadores, estando en la actualidad todos de una u otra forma subsumidos formal, indirectamente, pero a menudo también lo están directamente, a la relación mundial del valor-capital y penetrados por ella. A veces la pretendida apariencia de preservación de sus Comunes oculta que en realidad se convirtieron en una suerte de "bantustanes" o reservas para la reproducción colectiva de fuerza de trabajo extra-barata; o les relegaron al menos en parte a ser "ejércitos laborales de reserva" –ver al respecto lo que dice Meillasoux, 1979, en su más famosa obra–. Lo que queda de "pre-capitalista" en ellos tampoco necesariamente tiene que ser deseable, como tantas mujeres en el mundo saben, por ejemplo. Buena parte de las culturas de la humanidad han desarrollado formas patriarcales de dominación, y han ido pasando de lo comunitario a "los grandes hombres", de ahí a las jefaturas, y de éstas a los Estados (aunque ni todas siguieron los mismos pasos ni todas completaran esa secuencia). No se ha necesitado al capitalismo para ello. Este modo de producción no es ni un mal necesario ni una etapa obligada para llegar al socialismo, pero *es*. Está aquí, y negarlo en función de intentar rescatar el pasado o de especular sobre "lo que podría ser" no sirve para que pueda ser lo que podría. Las condiciones de todas las luchas por mantener la Tierra y la Vida pasan hoy necesariamente por la lucha en torno al Estado y por las luchas de los seres humanos convertidos en "fuerza de trabajo" contra la relación nuclear de este modo de producción, precisamente la que nos reduce a esa condición de mercancía. Luchar sólo por salvar un bosque o un lago, por ejemplo, puede ser muy importante intrínsecamente, pero absolutamente insuficiente no ya para transformar el mundo sino tampoco para "salvar" el conjunto de bosques y lagos y, en general, el ecosistema.

Se me hacen aquí pertinentes los análisis que el autor camerunés Achille Mbembe (2011) realizara sobre la "larga noche del mundo africano postcolonial", a la que veía como un lugar en el que un poder difuso, no siempre exclusivamente estatal, inserta la «economía de la muerte» en sus relaciones de producción y poder (con sus permanentes "estado de excepción" y "estado de sitio"). También habla en otro lugar, sobre la globalización actual:

> "Cuando los recursos se ponen en circulación, la consecuencia es una desconexión entre las personas y las cosas que es más marcada de lo que era en el pasado, el valor de las cosas generalmente superando al de las personas. Esa es una de las razones por las que las formas resultantes de violencia tienen como objetivo principal la destrucción física de personas (masacres de civiles, genocidios, diversos tipos de asesinatos) y la explotación primaria de las cosas. Estas formas de violencia (de las cuales la guerra es sólo un aspecto) contribuyen al establecimiento de la soberanía fuera del Estado, y se basan en una confusión entre poder y hecho, entre los asuntos públicos y el gobierno privado" (Mbembe, 2000: 260).

¿Qué "sujeto africano" puede salir de ahí?, se preguntaba Mbembe. Nosotros podemos generalizar esa pregunta a un *tanatocapitalismo* ya prácticamente universalizado. Remito de nuevo a la primera parte del libro para contrapesar los sueños de "empoderamientos" de tanto "autonomismo" y para ayudar a tener la certeza de que cualquier transformación en el camino de la emancipación no se hará sin dolor ni sin *fuerza*, sin rupturas desgarradoras con el orden del capital[24]. Allí también explicaba cómo la destrucción social, el capitalismo "tánato" (capítulo 6), se extiende hoy ya por los centros del Sistema.

Así lo explican Dardot y Laval:

> "La lógica neoliberal contiene en sí misma una declaración de guerra a todas las fuerzas de resistencia a las *reformas* en todos los estratos de la sociedad. El lenguaje vigente entre los gobernantes de todos los niveles no engaña: la población entera ha de sentirse movilizada por la *guerra económica*, y las reformas del derecho laboral y de la protección social se llevan a cabo precisamente para favorecer el enrolamiento universal en esa guerra. Tanto en el plano simbólico como en el institucional se produce un cambio desde el momento en que el principio de competitividad adquiere un carácter casi constitucional. Puesto que estamos en guerra, los principios de la división de poderes, de los derechos humanos y de la soberanía del pueblo ya solo tienen un valor relativo. En otras palabras, la democracia *liberal-social* tiende progresivamente a vaciarse para pasar a no ser más que la envoltura jurídico-política de un gobierno de guerra. Quienes se oponen a la neoliberalización se sitúan fuera del espacio público legítimo, son malos patriotas, cuando no traidores" (Dardot y Laval, 2019: s/p) [25].

Esta matriz estratégica de las transformaciones económicas y sociales, nos dicen estos autores, muy cercana a un modelo naturalizado de "guerra civil" o guerra social, se junta con otra tradición, ésta más genuinamente militar y policial, que declara la *seguridad nacional* como prioridad de todos los objetivos gubernamentales. El neoliberalismo y el securitarismo de Estado hicieron buenas migas desde muy temprano.

En esa senda de análisis son oportunas las palabras de Mª Jesús Rodríguez como conclusión de un estudio que nos relata cómo se está haciendo la construcción social del sufrimiento también en las formaciones sociales centrales:

> "Los datos cuantitativos y las experiencias narradas por las y los afectados dan cuenta no sólo de un alto nivel de violencia en todas sus formas sino de la crueldad ejercida hacia la población, lo que se asemeja a una situación de guerra que permea la vida cotidiana (…) La crueldad se convertirá así en una práctica legalizada, institucionalizada, sistemática y permanente; es decir, en política de Estado. (...) . El exceso de un poder sin contrapesos y la violencia consciente son una característica de una cultura de guerra (…) El exceso y la banalización de la crueldad son características de una cultura de guerra. A partir de la idea del enemigo interno y difuso, que puede ser cualquiera y estar en cualquier parte, se desdibujó la frontera entre seguridad nacional y seguridad pública. La securitización de la sociedad se corresponde con un *capitalismo de guerra*" (Rodríguez, 2019: s/p).

Ante el caos sistémico generado, con debacle económica incluida, y ante su inocultable ineptitud para salvaguardar ni siquiera la salud de sus poblaciones frente a la actual pandemia, las elites globales han anunciado en el Foro Económico Mundial de 2021 el *Gran Reinicio* del capitalismo. Una vuelta de tuerca a la pérdida de democracia, al control poblacional, a la precarización de los mercados laborales, al empobrecimiento generalizado, al deterioro ambiental. Las mismas elites lo anuncian como la convergencia de los sistemas económicos, monetarios, tecnológicos, médicos, genómicos, ambientales, militares y de gobierno. En términos económicos y de política monetaria, el Gran Reinicio implica una descomunal concentración de la riqueza, por un lado, y la probable emisión de una renta básica universal, por otro, para "mantener" a poblaciones sin empleo. Podría incluir el paso a una moneda digital, con una centralización de las cuentas bancarias y de los Bancos, una fiscalidad inmediata en tiempo real, aumento de los tipos de interés negativos y

una vigilancia y un control centralizados del gasto y la deuda. El Gran Reinicio significa también la emisión de pasaportes médicos, pronto digitalizados, incluyendo la historia médica, la composición genética y los estados de enfermedad. La covid-19 está suponiendo un entrenamiento ideal para que las poblaciones acepten cosas así. El Gran Reinicio acentúa además la guerra como instrumento económico, geoestratégico y de relaciones internacionales, especialmente contra Rusia y China.

Tras la covid-19 todo apunta a que la tendencia "tánato" del capitalismo se agravará. Los mecanismos de disciplinamiento y control consentidos por la población se han experimentado satisfactoriamente y se intensificarán en adelante. Cartillas para viajar o trabajar, pulseras de identificación, encierros masivos, suspensión de libertades y derechos, se han ejercido y están al orden del día listos para desarrollarse o, en su caso, para ser reactivados a discreción. La acelerada proletarización o re-proletarización de las poblaciones, con la consiguiente acentuación de la precariedad y el empobrecimiento en todos los ámbitos, se extiende al mundo entero, el cual queda muy alejado del "buenismo" de las comunidades revividas y del "ser humano de base" del que saldrá un mundo "limpio", sin necesidad de mancharse las manos ni emprender duros y feos combates, con miseria y dolor.

En ese orden de cosas, la situación de las mujeres no ha hecho sino empeorar en la mayor parte del mundo.

> "El año pasado, en un informe importante, ONU Mujeres concluyó que los avances que se habían logrado en el último cuarto de siglo se han desvanecido. Los principales impulsores de este retroceso son una combinación de la emergencia climática, políticas de austeridad crueles, conflictos, violencia, "el aumento de políticas de exclusión, caracterizadas por la misoginia y xenofobia", toda la economía de los cuidados que recae sobre las mujeres, entre otros factores. A estas razones se suma ahora la pandemia, que –como demostró nuestro estudio *Coronashock y patriarcado*– ha golpeado muy duramente a las mujeres" (Prashad, 2021: s/p) [26].

¿Estamos realmente preparadas para enfrentar todo esto, o más bien nos hemos dejado atrapar en la tupida madeja de ilusiones que secreta el Sistema sobre sí mismo para convencernos de que es reformable *desde dentro* y (sólo) *desde abajo*, con diálogo, buenas intenciones y neokantanianos ideales regulativos que nos proponen "solidaridad", "cooperación", "paz", "ética", "desarrollo", "democracia", "derechos humanos" y un largo etcétera? Lo que

crecientemente ofrece el Sistema, en cambio, más acá de su tinta de calamar ("ideología supraestructural"), es más desigualdad, más militarización de las relaciones internacionales, más persecución política, más represión, más destrucción de las condiciones laborales, más corrupción, etc., *porque no puede ser de otra forma* dentro de un capitalismo degenerativo. Oponerle únicamente buenos deseos o principios regulativos no sólo es iluso, es letal para la sociedad[27]. Mientras que basarse sólo en la reproducción como estrategia transformadora abre la puerta a hacer compatible capitalismo y "feminismo".

Dos. Siguiendo esta estela, para que el feminismo pueda seguir teniendo fuerza transformadora tiene que albergar siempre como objetivo explícito la superación de la "desigualdad substancial" *del* modo de producción capitalista, la que proviene del bombeo del *valor* a través de la explotación del trabajo abstracto.

Lo que sostiene el marxismo es que ese es el antagonismo (no 'conflicto' sino antagonismo) en el que se basa el Sistema. La explotación del trabajo doméstico, en cambio, es común al conjunto de modos de producción, pero la del trabajo abstracto sólo es propia del sistema que instaura el capital, porque se basa en ella, a pesar de que se apoye necesariamente en trabajos no-pagos o semi-pagos. En ese sentido, como vengo diciendo, el capitalismo podría incluso, llegado a un punto, eliminar la división sexual del trabajo y seguir funcionando. Solamente haría falta que el trabajo no-pago y otras formas de trabajo no salarial estuvieran ejercidos por grupos étnicos enteros, o por segmentos de población racificados, o por robots, o incluso elucubrando con la ingeniería genética, por una "infra-especie". ¿Eso ya haría asumible el capitalismo para las mujeres "empoderadas" de la sociedad mayoritaria? Desde luego que para el imposible "feminismo corporativo" propio de tantas figuras femeninas de la política y del empresariado, podría ser motivo incluso para ensalzarlo aún más.

Teniendo esto en cuenta, así como la mencionada importante incorporación femenina al trabajo abstracto, y dado que ya, debido a la degeneración capitalista, el capitalismo incrementa de nuevo la explotación del trabajo no-pago o semi-pago, las llamadas de atención feminista y sus propuestas teóricas alcanzan cada vez más relevancia. Sólo hace falta no perder de vista el modo de producción en el que se está, de alcance planetario, y sus características y

contradicciones *fundamentales*. Lo que quiere decir que el feminismo está obligado a confluir con la *clase* (y viceversa hoy por hoy).

Frente a las posturas "interseccionales" y de quienes se empeñan en establecer un sistema dual capitalismo-patriarcado, en vez de una *totalidad dialéctica en proceso* en la que unos hechos se explican con otros, Holly Lewis[28] recalca la importancia de esa epistemología causal, señalando también una distinción clave:

> "La clase social no es otro vector de opresión: es la mistificación de todas las relaciones sociales para ponerlas al servicio de la producción de plusvalía. La opresión es opresión porque se siente –lo importante es que se siente–. La explotación se caracteriza por la discrepancia matemática entre el valor que el trabajo añade a una mercancía y la plusvalía extraída por aquellos que compran la fuerza de trabajo. Lo importante de la explotación es que es mistificada fácilmente" (2020: 300).

Lewis continúa diciendo que si a todas las mujeres les encantaran los papeles que se les asignan, no existiría la opresión de género. En cambio, aunque todas las personas asalariadas fueran felices, la explotación (matemáticamente) se seguiría dando. También la explotación basada en el género, aunque no fuera a través del *valor*, podría darse aun cuando nadie la denunciara, añado yo. Pero "explotación" no es lo mismo que "dominación" u "opresión", aunque tengan que complementarse. Y la explotación de género no da lugar a "clases sociales", sino, como su nombre indica, a desigualdades expresadas en "géneros", que no siempre coinciden con los sexos mujer/hombre[29].

Tres. Al feminismo, como a cualquier movimiento de liberación humana, no le queda más remedio que acertar con las estrategias políticas. No se puede enfrentar el Poder metabólico del capital sólo desde los microespacios y el ámbito reproductivo, igual que tampoco se puede hacer sólo desde los espacios institucionales (donde están los centros de mando del capital) y el ámbito productivo. Ambos ámbitos están fundidos en la *totalidad del capital* y ambas intervenciones son necesarias y necesariamente han de llevarse a cabo de manera simultánea y complementaria.

La Teoría tiene que ser capaz de incidir *efectivamente* en la realidad, si no, algo le falla. Si el feminismo queda reducido a un "postmarxismo" más, es muy probable que no encuentre la praxis necesaria para impulsar una transformación sistémica en favor del conjunto de la humanidad. Más bien se

enredará en su propia madeja, como desgraciadamente estamos comprobando en la actualidad con todo tipo de ofensivas del Capital para dividir y enfrentar al movimiento. El "sujeto Mujer" difícilmente puede cobrar cuerpo, porque está fragmentado en multitud de escisiones procedentes de otros tantos antagonismos, conflictos, opresiones y desigualdades[30]; y centrado en sí mismo o erigido como singular, no puede ni siquiera frenar las involuciones que un capital en degeneración ocasiona en todos los ámbitos de anterior avance de las mujeres: condiciones sociales, laborales, salariales, familiares, de los cuidados... se deterioran en general. Sin reunificar todas aquellas escisiones en un proyecto común que contemple la eliminación del *valor-capital*, las propuestas de cierto feminismo que rehúye las luchas de clase y la toma del Estado se ven obligadas a recurrir constantemente a ilusiones y formulaciones neokantianas (es corriente leer en los textos de ese feminismo continuas propuestas normativas que desembocan en términos como "se debe", "se tiene que", "hay que" –acabar con la división sexual del trabajo, promover la centralidad de los cuidados, deshacer el género, etc.–), lanzadas, una vez más, sin análisis de situación, de correlación de fuerzas, de formación y articulación de sujetos, de posibilidades y obstáculos concretos. Triste testimonio de la victoria del idealismo que el postmodernismo segrega por doquier. Porque, por ejemplo, y aprovecho para recalcar este punto, el hecho de que el marxismo dé importancia a la relación salarial no es para tratar de priorizarla para "salvarla" por encima de la sociedad y del conjunto de la Vida, sino precisamente lo contrario, lo que busca es disolverla, que deje de ser la "sangre" que sí da vida al sistema capitalista, que permite su existencia. Sin afectar ese núcleo, las luchas exclusivas en la "reproducción social" se encontrarán abocadas al castigo de Sísifo, porque el sistema seguirá teniendo su sustento básico, capaz de posibilitarle la multiplicación de fragmentaciones (incluidas, claro, las de las mujeres entre sí) y explotaciones sociales (con el acaparamiento privado de los medios de vida). También podrá anular logros básicos y obtener el control de la mayoría de las conciencias a través de la detentación de los principales dispositivos de socialización, formación e información (a los que se suma todo el abanico de posibilidades de disciplinamiento y control, subordinación ideológica y alienación).

Como enarbolaban en sus manifestaciones las feministas italianas en los años

70 del siglo XX: "No hay revolución sin liberación de las mujeres. No hay liberación de las mujeres sin revolución"[31].

Por eso incluso si cierto feminismo quisiera seguir separándose de Marx aduciendo su limitada visión del trabajo básico (reproductivo) de la sociedad, no debería hacer lo mismo con su teoría-método del valor-capital, que es la que ha iluminado todo el camino *precisamente para poder entender hoy el trabajo no-pago en nuestras sociedades*, tanto como la contradicción del capitalismo con la naturaleza. Esa praxis inédita hasta entonces, fue la que mostró desde el inicio que el *valor* tiene que ser abolido como el principio central de organización de la vida social, más allá de cualquier agenda reformista que contemple logros *dentro* del capitalismo (sin dejar por ello de pugnar por éstos), o una quimérica reforma del mismo "sintonizada" con la naturaleza y la liberación de los seres humanos en general. Hoy el marxismo sigue siendo la más completa praxis a nuestra disposición para ello.

> "[Esto nos] obliga a pensar el actual ascenso del movimiento de mujeres a nivel internacional bajo la pregunta de en qué medida puede inscribirse en (o, por qué no, impulsar) el ascenso de un movimiento que exceda al feminismo. Es decir, implica dejar de pensarlo como un movimiento corporativo o sectorial y comenzar a pensarlo como parte de un movimiento más amplio, ¿lucha de clases?" (Varela, 2019: 8).

Tamaño paso se facilitaría en gran medida, estimo, si logramos entender las luchas de clase históricas en cuanto que luchas contra la explotación del trabajo ajeno en cualquiera de sus formas (Tema II del Apéndice).

10.3. Un rápido intercambio de palabras con el ecologismo (¿político?).

Demasiado a menudo el conservadurismo de la naturaleza se ha hecho pasar por ecologismo, pretendiendo, de paso, hacerle compatible con el capitalismo, eso sí, en alguna modalidad "buena" de éste. Entre las versiones más elaboradas y con más incidencia en el pensamiento de ese ecologismo tan bienintencionado como inocuo se manifiestan tres maneras de enfrentar el crecimiento *dentro* del capitalismo (Smith, 2014a, 2014b): 1) el

anticrecimiento o el estado estacionario en el que podría permanecer el capitalismo, que defienden autores como Herman Daly, Tim Jackson, Andrew Simms o Victoria Johnson; 2) el decrecimiento según el modelo de Serge Latouche, que propone el absurdo de que el capitalismo puede dejar de crecer cuantitativamente; 3) un pro-crecimiento verde (defendido por autores como Paul Hawken, Lester Brown, Frances Cairncross, entre otros, pero también por el propio Paul Krugman), que considera posible que el capitalismo se desacople de la materialización, y deposita en la presión de los/as consumidores/as el que las industrias viren a lo verde. Las tres propuestas comparten la ingenuidad de pensar que los fundamentos del capitalismo pueden invertirse o revertirse, y que la dictadura de la tasa de ganancia es susceptible de dejar de funcionar para salvar a la Tierra, al tiempo que el capitalismo puede continuar existiendo[32]. También cuestiones clave como frenar el cambio climático y el agotamiento de recursos y sumideros las ven posibles dentro de la lógica del capital.

Estas ilusiones no brotan de la nada, claro está. En la larga tradición de divorcio entre el ecologismo, la hegemonía, la estrategia y el (combate político en torno al) Estado, han ido creciendo tendencias "eco" que apuestan por más o menos reducidos núcleos comunales de vida "alternativa", todo lo fuera posible de la sociedad del capital. Múltiples transformaciones "micro" que irán tejiendo algo así como una red de supervivencia diferente, van adquiriendo protagonismo propositivo inmediato en ese ecologismo que no quiere entrar en las lides de las mediaciones políticas, ni por supuesto tener que ver con la *hegemonía*, vista, a la postre, como reproductora de relaciones de poder.

Pineault (2019), en su análisis crítico del razonamiento de Giorgio Kallis (2015) –quien a su vez discute con Bellamy Foster–, desmenuza la ilusión de la "amabilidad ecológica" y del *decrecimiento* en un capitalismo en el que las contradicciones de la sobreproducción tienden a resolverse –como vimos en la primera parte del libro– mediante la desvalorización gestionada del capital fijo, la infrautilización de la capacidad instalada y, por último, y lo más importante para el caso, el sobreconsumo gestionado, el cual ha permitido vincular a la fuerza de trabajo al proyecto capitalista, trastocando sus identidades:

> "El salariado ha vuelto a desplegar la base de su identidad de clase desde el mundo de la 'producción de valor' al de la 'absorción de valor'; la capacidad de mantener o mejorar un nivel de vida material definido por los valores de uso capitalistas es fundamental para su sentido de identidad

y agencia colectiva. Contra Kallis, el capitalismo avanzado sólo pudo sobrevivir porque logró un grado de distribución de ingresos que permitió al salariado en el núcleo capitalista consumir como absorbente del superávit en el contexto de una economía de alta tasa de crecimiento. Como tal, su posición de clase está inherentemente ligada al crecimiento capitalista definido por la cinta sin fin de la sobreacumulación" (Pineault, 2019: 264).

Este es un sistema basado en la reproducción ampliada del capital en cuanto que valor puesto a valorizarse permanentemente. Las crisis e interrupciones en esa dinámica (incluido el propio proceso de tecnificación) conducen a la continua reconstitución de las condiciones de la producción de valor, que llevan al incremento permanente de la productividad (aumento del trabajo excedente sobre el trabajo necesario) y a la correspondiente necesidad de un *consumo excedente* (realizado o/y deseado) en las sociedades del capital y sus agentes sociales (colectivos e individuales). Un consumo a través del cual las clases explotadas y oprimidas pueden encontrar algo de pretendida auto-valorización, ligándose a la dinámica del valor no sólo como productoras o posibilitadoras del mismo, sino también materializándole (dándole existencia real) mediante el consumo; con lo que se hacen parte integral de su dinámica sin fin (de donde saldría la elaboración teórica que lleva por título "la cinta sin fin de la producción" –ToP por sus siglas en inglés–)[33].

Es dando la espalda a estas condiciones sistémicas que una creciente parte del ecologismo actual reniega, como digo, de la hegemonía (y por tanto de asumir la planificación de la economía y la regulación del metabolismo socio-ecológico), para poner todo el hincapié en la *autonomía*. Por eso mismo hace tiempo que buena parte del ecologismo paulatinamente reconvertido en ambientalismo (le podemos conceder el nombre también de "ecologismo blando"), no se toma en serio lo de una superación sistémica planificada, ni realiza elaboraciones de calado en torno a una amplia y generalizada transformación social, más allá, una vez más, de propuestas normativas de tipo "habría que", "tendríamos que", "no podemos seguir haciendo tal", "sería bueno que"…[34] De hecho, con esas actitudes in-políticas puede apreciarse algo parecido a una renuncia en la práctica a aquella transformación. Para muchos, será el amplio y acelerado cambio en las condiciones infraestructurales y estructurales el que se encargará de posibilitar formas emergentes de relación y organización social. Una vez más, se deja y confía en que el sujeto sea la

Historia o, si se quiere, en este caso, la Naturaleza (Hábitat) y la Evolución. Aún mejor, las interacciones metabólicas entre Historia y Hábitat-Evolución.

Y es que, si somos claros, en general el ecologismo del presente que todavía alberga una impronta política, termina por ver inevitable la debacle civilizatoria. De lo que se trata, entonces, para aquél, es de ir preparando el post-colapso. Con esa meta nos insta a ir levantando formas de vida necesariamente sostenible, basadas en parámetros totalmente distintos a los del capital(ismo), como trabajo en común, economías de reciprocidad, reconocimiento mutuo, cooperación, sostenibilidad… e incluso, en sus derivas cada vez más místicas, en el "amor". Un metabolismo basal, en fin, acorde a las posibilidades del hábitat.

Obviamente, como los dictados morales no son fuerzas materiales per se, y como para que lo sean necesitan llegar a las conciencias de las mayorías, y como para lograr eso hay que detentar al menos los medios de socialización de la sociedad, todas estas propuestas "buenas" no pueden ser compartidas por las amplias mayorías de las envilecidas sociedades capitalistas (no olvidemos que el *valor-capital* segrega las formas de conciencia material que conforman las vidas cotidianas de las personas; lo que se traduce en ideología fuerte o dominante). Lo que se requiere, entonces, para un ecologismo que se va inclinando hacia lo *in-político*, es que quienes ya estén convencidos de ellas o incluso las practiquen, vayan haciendo camino. De tal manera que cuando el colapso fuerce al resto de la sociedad a "reinventarse", ya cuente con experiencias sedimentadas para ello[35]. Toda Crisis (con mayúsculas), se asegura, es una oportunidad para el surgimiento de nuevas formas sociales, que pueden a su vez facilitar nuevos cauces de autonomía, cooperación y sociabilidad-solidaridad a la humanidad.

Ateniéndonos a las condiciones ecológicas, políticas y económicas que tenemos por delante en lo inmediato, esas previsiones se antojan de lo más acertadas, si no fuera por una cuestión: los poderes y sus mafias, los detentadores de los recursos sociales, económicos, militares y, no lo olvidemos, energético-ecológicos, tienen muchas más probabilidades de sobrevivir al colapso e imponer formas de organización extremadamente más jerarquizadas o "salvajes". Por lo que las experiencias "autónomas" sólo podrían desarrollarse, si acaso, en los márgenes de sus dominios, donde éstos no llegaran o no les

interesara hacerlo porque no habría gran cosa que garrapiñar. No parece seguro que, como sostienen Fernández Durán y González Reyes (2014), la supervivencia viniera marcada por el enfrentamiento entre neofascismos y ecomunitarismos[36]. Que del colapso salgan experiencias humanas mejores es apenas una posibilidad que en todo caso sólo cobraría alguna mayor probabilidad para ciertos –pocos– núcleos de población.

Ante esas circunstancias, y apelando al ecologismo político que afortunadamente aún existe, ¿no cabe ni siquiera preguntarse si no merece la pena intentar una transición al post-colapso diferente a ese panorama "pasivo" (por más probable que sea) al que nos conduciría la Historia-Evolución-Hábitat a falta de intervención masiva en el orden social actual? Y en un alarde de atrevimiento, ¿habría que descartar del todo la posibilidad de que la Política pudiera conseguir que esa transición no pasara por un colapso, ni por un "salto hacia adelante", sino por una *ruptura*[37] al menos relativamente planificada y adaptada a las nuevas condiciones infraestructurales? Si la planificación es propia de una sociedad socialista, ¿sería ésta capaz de amortiguar el golpe que supondrá, que lo está suponiendo ya, el derrumbe de la civilización del capital? ¿Y ello no requeriría volver a plantearse una *hegemonía para la emancipación*[38], compatible por tanto, con la *autonomía*, para poder realizar esa necesaria ruptura? ¿No podríamos así fortalecer la confluencia "ecomarxista", ecomarxista-feminista o ecofeminista marxista?

En cualquier proceso de emancipación es imprescindible la construcción y reinvención permanente de la *autonomía* (para tomar el mando de nuestras vidas) para evitar las tentaciones dirigistas y la posible nueva formación de capas dominantes. Pero la autonomía es un proceso que se co-implica con otras dinámicas estructurales y conquistas sociales que conllevan el logro del propio valor como personas (la autovaloración o el valor de la propia vida) y que pasan "fundamentalmente" por la eliminación de la *relación de clase* en todas sus expresiones (Tema II del Apéndice). Para que la hegemonía actúe en favor de la emancipación debe, por tanto, apoyarse necesariamente en la participación continuamente ampliada y renovada de los seres humanos en lo Común, entendido dentro de ello *lo social*, y por tanto también, la toma de decisiones y regulaciones del metabolismo socio-natural (la Política). Porque la Política es también "deliberar, decidir y ejecutar en común; es la actividad de los libres e

iguales para constituir las formas de su convivencia. Así entendida, la relación política específica es una variedad del vínculo de amistad" (Ávalos, 2007: 61-62 –ver Tema IV del Apéndice–).

La participación en ese entramado de la vida, ya no separado artificialmente en esferas o campos (económico, social, político, reproductivo, recreativo…), se retroalimenta con el enriquecimiento de conciencia y verdadero empoderamiento material de quienes así lo hacen. Estos son a su vez los pilares de su *autonomía ideológica*.

10.4. Algunas consideraciones sobre el anti-estatismo

Dejar de tener que ver con el Estado o despreciarlo para cualquier proceso de transformación, se ha convertido en una cuestión de ostentación en la post-modernidad post-política, el post-estructuralismo filosófico y el post-marxismo teórico, que refleja no sólo la ya repetidamente mencionada espuria separación de esferas entre lo social y lo político que se da en el capitalismo, sino que constituye también prueba fehaciente de la hegemonía ideológica que ejercen los Poderes fuertes del Capital sobre la sociedad en general y sobre la ciencia en concreto. Se sigue pensando en el "Estado" como si se hablara de una entidad "aparte" de lo social, que se resume en puestos de mando institucional, de gestión y administración social, y de control y represión.

> "La ruptura entre economía y política en el mundo del capital desempeña un papel destacado en este proceso, para "la necesaria presencia como no-económico de lo político para que lo económico se pueda presentar como lo no-político" (Osorio: 2014: 65).

Sería conveniente tener presente aquí la distinción que señala Osorio entre Estado y aparatos de Estado. Este autor define Estado como "la condensación de relaciones sociales de poder, de dominio, y a las que conforman comunidad, imperantes en una Sociedad" (2014: 62) (dado que el Estado *capitalista condensa el imaginario de comunidad* y opera como recreación de las relaciones de comunidad). Es la síntesis del Poder, en cuanto que

> "capacidad de ciertas clases sociales de organizar la vida en común de acuerdo con sus intereses y proyectos, relegando o rechazando los proyectos e intereses de otras clases (…) *El Estado absorbe y condensa el conjunto de relaciones de poder diferente que atraviesan la Sociedad. No es,* por tanto, *una simple red homogénea de poder, sino que* presenta condensaciones de las relaciones de poder y dominio

diferenciadas" (Osorio, 2014: 63).

Por eso, pretender deshacerse de unas u otras relaciones de poder sin preocuparse del Estado, es caer en la mistificación de lo social como ajeno a los poderes, o dicho coloquialmente, es como no querer mojarse cuando uno se va a bañar.

Eso suele pasar porque se confunde Estado con aparato de Estado (el cual, siguiendo con Osorio, no es sino la "cosificación" del Estado. Un conjunto de instituciones, articuladas y jerarquizadas –presidencia, secretarías o ministerios, Fuerzas Armadas, policía, cárceles, Banco Central, Cámara de Senadores y Diputados, Parlamento, tribunales, Corte Suprema de Justicia, ministerios públicos…–; un cuerpo de leyes –Constitución, reglamentos, directivas...–; y el personal del Estado con cargos jerarquizados).

Pero no. El Estado penetra la sociedad, es parte de ella, a la vez que es constituido por la sociedad del capital, como resultado lógico de la misma.

> "Esta percepción de hegemonía llevó a Gramsci a ampliar su definición del Estado. Cuando el aparato administrativo, ejecutivo y coercitivo del gobierno se vio en efecto constreñido por la hegemonía de la clase dirigente de toda una formación social, dejó de tener sentido limitar la definición del Estado a esos elementos del gobierno. Para ser significativa, la noción de Estado también debería incluir los fundamentos de la estructura política de la sociedad civil. Gramsci los pensó en términos históricos concretos: la iglesia, el sistema educativo, la prensa, todas las instituciones que ayudaron a crear en las personas ciertos modos de comportamiento y expectativas consistentes con el orden social hegemónico" (Cox, 1983: 164).

Así, la independencia y dependencia a la vez de la fuerza de trabajo en los procesos productivos conduce a dar cuerpo a las formas de dominación: un orden político basado en el "gobierno de la ley", la "igualdad ante la ley", en el que aparentemente las luchas económicas ocurren dentro de la lógica del mercado, las políticas dentro de la lógica del Estado representativo y las sociales y culturales dentro del ámbito social o de la circulación-reproducción. De esa mística de la separación de esferas se continúan nutriendo hoy gran parte de las teorizaciones movimientistas y basistas, que tienen por lo general al antiestatismo como su más preciado tesoro, prisioneras de las mismas ilusiones del capital que dicen combatir.

Si como vimos en el capítulo 2, el Estado resulta una relación social entre las

fuerzas de clase por la instrumentalidad de las instituciones y de los poderes político-jurídicos, allí nos preguntábamos porqué el mecanismo de constreñimiento del Estado no está constituido como el mecanismo privado de la clase dominante, porqué está disociado de ella como un mecanismo impersonal de autoridad pública aislado (del resto) de la sociedad.

Tal circunstancia apunta a que idealmente los capitalistas particulares se abstienen de ejercer directamente la coerción dentro de los procesos laborales y en la competición entre sí. A cambio, el Estado se erige en legítimo aplicador de la coerción para proteger la "propiedad privada" (de los medios de producción, claro), la "santidad" de la explotación laboral en el mercado de trabajo y la intocabilidad de las formas de intercambio capitalista. Eso quiere decir que las clases subordinadas pueden acceder a algunos de los aparatos estatales o de las formas institucionalizadas en las que se diluye el Estado en la sociedad, siempre y cuando no pretendan una ruptura con la ley del valor del capital. Luksemburg lo expresaba con meridiana claridad:

> "Hoy es ya lugar común la opinión de que el Estado actual es un Estado de clase. En nuestra opinión, esta proposición, como todo lo relativo a la sociedad capitalista, no debe entenderse de una manera rígida, absoluta, sino dinámica, dialéctica (...). El Estado actual es, ante todo, una organización de la clase dominante, y si ejerce diversas funciones de interés general en beneficio del desarrollo social es únicamente en la medida en que dicho desarrollo coincide en general con los intereses de la clase dominante. La legislación laboral, por ejemplo, se promulga tanto en beneficio inmediato de la clase capitalista como de la sociedad en general. Pero esta armonía solamente dura hasta un cierto momento del desarrollo capitalista" (2002: 48).

Pues mientras no se modifiquen las relaciones sociales que llamamos Estado, el aparato de Estado actuará en el sentido de aquellas relaciones de poder y dominio, reforzándolas. Por eso la lucha por la emancipación ha de contemplar forzosamente las dos dimensiones en las que se mueven los poderes, diseminados en el cuerpo social y sintetizados en el Poder de clase del capital y los agentes que le encarnan (Temas II y IV del Apéndice).

Precisamente, si el Estado moderno está concebido como instancia especializada e instrumento de confiscación por las clases dominantes de la gestión de la vida social, su control deviene paso ineludible para la desorganización del poder de clase[39]. El gran reto es levantar a partir de ahí mediaciones instituyentes que mantengan a raya la incubación de nuevos

poderes y desigualdades al tiempo que favorecen la democracia participativa del conjunto de los miembros de la sociedad. Es decir, se requiere de una nueva forma de Estado *transitoria*, capaz de auto-disolverse: una república social que provisionalmente debe ejercer un férreo control sobre la clase y fracciones de clase interesadas en mantener o volver a la explotación y la dominación, en desarrollar otra vez viejas o nuevas opresiones[40].

Todo ello significa también que la naturalización del poder del Estado, y su separación ficticia del cuerpo social, sólo podrá ser abolida a través de la auto-organización de la sociedad. Pero para ello se debe enfrentar una doble tesitura. Primero hay que evitar que los poderes constituidos vigentes del Estado impidan la previa emancipación. Y al mismo tiempo eso no se puede hacer ocupando sin más las estructuras del Estado concebidas para el sometimiento social ("el instrumento político de su esclavización no puede servir como instrumento político de su emancipación" –que dijera Marx, 2000b, para el proletariado– y que curiosamente, se ha convertido en el hilo del que han tirado las posturas movimientistas postmodernas).

Por eso, tal forma transitoria de Estado, en la que éste se va desliendo en la sociedad una vez realizada la ruptura política con el orden del capital, hay que haberla comenzado a trabajar antes de esa propia ruptura ("revolución") política, siendo ésta consecuencia de aquélla, de la acumulación de fuerzas sociales autogestionadas, esto es, de vastos y profundos procesos de transformación social, de manera que impidan que el Estado vuelva a "despegarse" de la sociedad como un aparente ente autónomo que la dirige y que reproduce poderes. Es decir, *se trata de levantar formas del Estado que se deshagan en sociedad*, como asambleas ciudadanas, mesas de gobierno popular, gestión comunal de recursos, gestión comunal de políticas públicas y sociales, unidades de producción-consumo y autogobierno (como lo fueron los "soviets"). Estas son las vías de desinstitucionalizar-institucionalizar que permiten tener más probabilidades a la sociedad y sus movimientos para auto-constituirse como sujetos que se autogobiernan.

En síntesis, las relaciones de fuerza, de clase, de poder, el marco de posibilidades, las luchas de clase, las luchas por los comunes, las luchas por la vida, se dan *dentro* del Estado, entre otras cosas, porque *el Estado es también sociedad*[41]. A menudo es al Estado al que se le pide intervenir para favorecer o

garantizar servicios, prestaciones, derechos, propiedad colectiva, protección contra pandemias… Ignorar todo eso es luchar en el vacío, querer respirar donde no hay oxígeno. De ahí la ineludible importancia de estudiar y tener en cuenta políticamente los procesos de formación de cada Estado concreto, las correlaciones sociohistóricas de fuerza que denotan su mayor o menor grado de democracia o reformismo, sus políticas específicas, etc., para delimitar el campo de posibilidades, los constreñimientos estructurales, pero también las oportunidades estratégicas y las luchas concretas.

> "El contexto nacional sigue siendo el único lugar donde se puede fundar un bloque histórico, aunque las condiciones de la economía mundial y de la política mundial influyen materialmente en las perspectivas de esa empresa. Por consiguiente, es probable que un cambio estructural significativo en el orden mundial se deba a algún cambio fundamental en las relaciones sociales y en los órdenes políticos nacionales que corresponden a las estructuras nacionales de relaciones sociales. La tarea de cambiar el orden mundial comienza con el largo y laborioso esfuerzo por construir nuevos bloques históricos dentro de las fronteras nacionales" (Cox, 1983: 174-175).

Las fuerzas sociales opuestas a una determinada configuración local, "nacional", del Sistema-Mundo del capital pueden incluir secciones del trabajo endógena y exógena y fuerza de trabajo no-pago, población mantenedora-reproductora de la sociedad y de la vida, sectores sociales marginados (fuerza de trabajo desechada en gran medida, ejército laboral de reserva latente). Si lo consideramos a escala mundial (interestatal), podrían incluso añadirse determinadas fracciones del pequeño capital nacional, de los sectores gestores-administrativos de la fuerza de trabajo, dado que todas pueden ser susceptibles de oponerse, de alguna forma u otra, al capital global y a las estructuras del Estado y del orden mundial más afines al mismo, tanto en formaciones sociales periféricas como en las centrales, aunque con muy diversos planteamientos, objetivos inmediatos y mediatos y por tanto proyecciones sociales y alcances[42]. "Sin embargo, estas fuerzas no tienen ninguna cohesión natural, y pueden ser tratadas separadamente, o neutralizadas, por una hegemonía efectiva" (Cox, 2103-2014: 160), dado que tampoco albergan posibilidad de proyecto altersistémico propio (de hecho, por ejemplo, el pequeño capital tiende a albergar intrínsecamente planteamientos de regresión a un supuesto pasado de "libre competencia" capitalista). Lo cual no quiere decir que no puedan confluir en puntos de tensión, líneas de acción, desencadenantes o elementos

de ruptura. La argamasa capaz de facilitar su erección en amplios o grandes sujetos colectivos populares es a lo que a menudo se ha dado el nombre de *contrahegemonía*, y que yo he llamado también "hegemonía para la emancipación". Y ésta sólo puede ser resultante de una política y estrategia de clase.

Aun así, si se llegara a este punto de ebullición social, entonces habría que considerar una segunda línea de fractura o lucha. Si esas fuerzas se juntaran bajo circunstancias concretas en una formación socio-estatal particular, precipitando un cambio de régimen, entonces esa formación social tendría que lidiar con ello de forma significativamente aislada en la estructura mundial. Pero ocasionalmente, también podría ser de allí de donde extrajera sus fuerzas. "En otras palabras, allí donde la hegemonía falla dentro de un país particular, puede reafirmarse a sí misma a través de la estructura mundial" (Cox, 2103-2014: 160) [43]; por lo que la articulación internacional, el "internacionalismo", deviene igualmente condición imprescindible para las luchas sociales, aunque enormemente más ardua y compleja (mientras que las fuerzas del capital están estrechamente coordinadas –aunque no exentas de contradicciones y competencia– a escala global).

Sin un riguroso estudio de las coordinadas micro-locales, locales, regionales y globales, así como de su interacción entre sí, y una metódica proyección práxica para coadyuvar a la intervención popular, poco podremos hacer en la práctica real por la emancipación humana. Esa fusión teórico-práctica nos lleva por fuerza a la construcción de estructuras organizadas que contengan al "intelectual colectivo" capaz de sopesar aquellas circunstancias y accionar para aprovecharlas a favor o, en su caso, redirigirlas o superarlas.

Los errores en los análisis teóricos tienen, como vengo diciendo, deletéreas consecuencias prácticas, y suelen conllevar fallos dramáticos en la praxis política. Ninguna crítica seria del orden de cosas existente se puede permitir el lujo de ignorar la especificidad de cada aparato de poder de Estado para la persecución de objetivos que siempre estarán políticamente mediados o condicionados por aquél, en la sociedad capitalista.

Renunciar a ocupar-desbaratar ese aparato, dejándole incólume (con todos los medios de socialización y formación de conciencia, además de los de represión y control social intactos en él), para que en todo caso se hundiera exclusivamente como resultado de una pretendida auto-transformación del cuerpo social

ajeno a los poderes, se adscribe, repitámoslo una vez más, a un humanismo predicador de la bondad prístina de la sociedad, vista como "comunidad" que no fue maculada sino hasta la aparición de lo político; lo cual forma parte también de los espejismos que segrega el propio capital, y condena una y otra vez a tejer una prenda con una mano mientras el Sistema desteje unos cuantos millones de ellas con la otra. Cuando no directamente lleva a vender humo[44].

---

1. Muñoz y Baker, en su introducción a una publicación colectiva, formulan expresamente su concepción de la "infrapolítica" como "un conjunto de proyectos de reflexión política que, de diversas formas y alcances, han buscado problematizar los fundamentos teológicos-políticos modernos con el propósito de ir más allá del agotamiento de categorías como el sujeto, la soberanía, la comunidad, o la filosofía de la historia. (…) En respuesta a la insuficiencia o fisura interna de lo político, llamamos infrapolítico a una modalidad de reflexión que teoriza la facticidad como instancia irreducible a toda ontología substituta. Infrapolítica marca distancia de todo horizonte que inscriba a lo político como determinación última. De esta manera, infrapolítica enfrenta al nihilismo mediante la posibilidad de una reinvención democrática, esto es, sin quedar retraída una anti-política o una refutación fundamental de la política" (2018: s/n). Excelente programa para llevarlo a las masas trabajadoras del planeta, como puede verse.
2. Quiero hacer una reivindicación aquí de la figura de Alfonso Ortí (1988) entre nuestros maestros en el estudio de ese populismo clásico.
3. Para un desarrollo de la evolución de los sujetos sociales en el capitalismo histórico, Piqueras (2015). Para un análisis socio-histórico de los cambios de modelo de crecimiento capitalista, Piqueras (2014a).
4. Nada más alejado de la pedagogía liberadora, enraizada en la vida y las luchas populares, de Paulo Freire, practicando el acompañamiento crítico en el camino de la liberación. De Freire se podrían citar todas sus obras, mas elegiré dos que pueden servir de preciso contrapunto al populismo laclauniano (Freire, 1979, 2012).
5. Aquí es donde el autor deja ver más claramente su lado "descolonial" –al que atenderemos brevemente más adelante–, cuando dice que el pueblo cobra relevancia por encima de las clases, porque es anterior y exterior al capitalismo, teniendo como sus antónimos a las elites, a los centros del sistema y al Mercado.
6. Por el contrario, "Gramsci pensaba en la hegemonía de forma muy diferente como una dinámica que partía de la autonomía, la autoconciencia y la organización de un sujeto particular capaz de ampliarse y articularse con otros al interior de un horizonte emancipatorio de alcance universal" (Modonesi, 2019: 4).
7. Modonesi (2019), con alguna mezcolanza no del todo justificada, alude a 4 atajos para el "desenfreno populista de izquierda" en su camino a la hegemonía: el discursivismo, el caudillismo, el estatalismo y la desclasificación. : Para unas buenas reflexiones sobre el postmodernismo que pueden ser aplicadas al caso, Erice (2021).
8. En el fondo, uno alberga la sospecha de que todas estas elaboraciones pseudo-teóricas parecen estar destinadas a lo que queda de las integradas clases medias, que no sólo se piensan como las mayoritarias en las formaciones sociales centrales, sino las que más informadas están, las que más se interesan por la política, las más "cultas" y "modernas", las que se sitúan en el centro de casi todos los discursos políticos. "El sector social que a veces tiene en definitiva la capacidad y la creencia de representarse y presentarse como el 'pueblo'" (Domènech, 2014: 288).
9. La pandemia del covid-19 marca una universalización del mismo, aunque sólo sea una etapa más en ese camino. Sobre los *estados de excepción*, a los que luego volveré a aludir, Davidson (2016).

10. Aquí vengo sosteniendo que no es que no sea importante incidir en ellos. Es que no es suficiente.
11. Me basta aquí con remitir para ello a Chibber (2021), con su diría que indispensable crítica de las posturas postcoloniales.
12. En Piqueras (2004) expliqué cómo la autoafirmación política étnica se da a través de muy diferentes vías, y se manifiesta en multifacéticas expresiones y objetivos que requieren análisis profundos para desentrañar la enorme complejidad de sus vías de intervenir en lo social. Es una forma de intervención colectiva para la preservación, pero también para el acceso a los recursos, el reconocimiento de una serie de derechos diferenciales, así como el logro y aprovechamiento de legislaciones tanto nacionales como internacionales, e incluso de modificaciones constitucionales, favorables para la recuperación o mantenimiento de territorios y el usufructo de los mismos, como también para la posibilidad de mayor acceso a fuentes de financiación multilaterales. Todo esto se ha retroalimentado con formas organizativas que poco a poco han ido combinando luchas y alianzas étnicas con otras de clase (muy a menudo también con la incorporación de conciencia ecológica y de género, entre otras). Pues si bien es cierto que las poblaciones etnificadas a lo largo de siglos o milenios no se sienten "proletarias" sin más, también lo es que si hoy necesitan movilizarse es porque su posición en el tablero de la sociedad mayoritaria pasó asimismo a ser de clase, o más bien por lo general de "infraclase" (población en gran medida proletarizada pero desechada para la asalarización), y no pueden dejar de partir de su ubicación en la estructura de clases del Estado donde están encuadradas, como tampoco de la división social del trabajo que más directamente les concierne, ni de la inserción en la división internacional del trabajo de su propia formación socio-estatal. Unas pequeñas síntesis de estudios concretos con explicaciones y conclusiones al respecto realicé en Piqueras (1999b) con pueblos originarios de la actual Argentina, y Piqueras (2000) en México.
13. Pasmoso, cuando se sabe de dónde sale buena parte de esas ONGs y lo fácil que es desde unas y otras instancias de poder "crear" y "dirigir" organizaciones de ese tipo e incluso movimientos. En el caso concreto de las soñadas políticas de desarrollo humano y sostenible, he realizado una crítica con datos, en Piqueras (2008). El *desarrollo*, como pobre remedo del keynesianismo de las formaciones centrales para su extensión en forma de capital excedente e inversión externa hacia las periféricas, paradigma-talismán del sistema que logró una amplia aceptación mundial, dejó de tener recorrido según se hundía el capitalismo keynesiano. Eso quiere decir que cada vez quedan menos posibilidades de emprender nada "humano" o "sostenible", ni de "empoderar", sin contemplar a la vez la ruptura colectiva, en cada ámbito estatal y en el interestatal, con el orden del capital.
14. Argumentos que repetirá a pie juntillas en su participación en una obra colectiva (en la que también colabora Mies) bajo el significativo título de "Beyond Marx" –Federici (2014a)–, y cuya común declaración de intenciones queda truncada por sus pobres resultados.
15. Vega Cantor se despacha a gusto sobre la pseudo-teoría postmoderna: una teoría que rechaza los análisis causales, que denuncia los grandes relatos como totalitarios, que niega la unidad interna de cualquier sistema –incluyendo al capitalismo, al que no nombra en sus análisis. Para los/las postmodernos/as únicamente existen diferentes clases de poder, opresiones, identidades y discursos. Pero "el postmodernismo que niega la historia difunde un tipo especial de pesimismo político. Evidentemente, si no existe un sistema que pueda ser analizado causalmente ni comprendido en su totalidad por un gran relato –es decir no existe el capitalismo–, no es posible encontrar las raíces de la explotación y de la desigualdad y por ende no se puede pretender una lucha integral y unificadora contra la dominación del capital. Como, para los postmodernistas eso no existe, solo se pueden buscar y encontrar resistencias y luchas aisladas. Lo paradójico de su pesimismo político radica en que, al mismo tiempo, está apoyado en una apreciación muy optimista sobre el funcionamiento del sistema capitalista (…) denuncian los horrores que ha traído el proyecto de la modernidad, sin embargo se niegan a considerar los horrores que produce el capitalismo (…) Por lo que concierne a Marx, el postmodernismo lo ha tomado como eje central de sus críticas. Marx es considerado como el producto más extremo de la modernidad, de la idea

de progreso y del proyecto de emancipación (…) En verdad su crítica en el fondo está dirigida contra Marx y el Marxismo. Lo que se ataca en Marx, con el pretexto de atacar los grandes relatos, el análisis de la totalidad, la consideración de la causalidad, en última y definitiva instancia es su crítica del capitalismo (…) Para el postmodernismo no pueden existir luchas integrales antisistémicas porque no existe ningún sistema, por eso todas las luchas son fragmentadas y móviles (…) La defensa abstracta de los 'derechos' –típica del postmodernismo–, sin contextualizarlos adecuadamente en un marco referencial de tipo histórico, político y económico, ha llevado a que muchos de los movimientos identitarios sirvan y fortalezcan los intereses de las clases dominantes" (1997: 2, 3 y 4 de la versión digital).

16. Algunas de las principales teóricas en el Estado español, que han hecho una gran aportación a la economía de género, lo reproducen de una u otra forma. Al respecto, Pérez Orozco (2006) critica que las economías políticas clásica y marxista no realizaran un análisis de las actividades económicas de los hogares. Carrasco califica estas escuelas económicas de "herencia contaminada", ya que «su concepto de reproducción esconde todo el trabajo realizado fuera del mercado, necesario precisamente para la reproducción social» (2017: 55). La razón que tienen estas autoras, que me merecen un gran respeto, debe ir un poco más allá para poder agigantar su aportación, como enseguida explico.

17. Siempre se requerirá de unas u otra dosis de trabajo en sociedades que no sean exclusivamente cazadoras-recolectoras (y aun así necesitarían trabajar en la fabricación de utensilios). Marx (2003) se lo expresaba así a su amigo Kugelmann: "Cada niño sabe que cualquier nación moriría de hambre, y no digo en un año, sino en unas semanas, si dejara de trabajar. Del mismo modo, todo el mundo conoce que las masas de productos correspondientes a diferentes masas de necesidades, exigen masas diferentes y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social. Es *self evident* que esta *necesidad de la distribución* del trabajo social en determinadas proporciones no puede de ningún modo ser destruida por una *determinada forma* de producción social; únicamente puede cambiar la forma de *su manifestación*. Las leyes de la naturaleza jamás pueden ser destruidas. Y sólo puede cambiar, en dependencia de las distintas condiciones históricas, la *forma* en la que estas leyes se manifiestan. Y la forma en la que esta distribución proporcional del trabajo se manifiesta en una sociedad en la que la interconexión del trabajo social se presenta como *cambio privado* de los productos individuales del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de estos productos". Que el trabajo pueda ser "agradable" o "divertido", como quiere Mies, es algo que queda cada vez más lejos de las gentes del mundo mientras no tengan al menos sus propios medios de producción y no dependan, aun con ellos, de los ritmos impuestos por la dictadura de la tasa de ganancia expresada en forma de demandas de mercados.

18. Ese "primer marxismo", que se consolidaría como tal con la ingente labor de Engels, no pudo llegar más lejos en esos momentos porque estaba concentrado en desmontar todas las ilusiones de la economía clásica, en descubrir el valor y las raíces de la (asaz invisible) explotación capitalista, además de organizar a la fuerza de trabajo, y con ella a las sociedades, para emprender la superación del sistema. Lo preocupante sería que el marxismo actual se hubiera detenido en aquellos primeros pasos sobre la reproducción social, cosa que en justicia creo que no es así, aunque algunos de los estudios de este método-práxico puedan seguir "demasiado" centrados en lo productivo ligado al trabajo abstracto.

19. Las cuales ya de por sí son una conquista vital para quienes las consiguen, pero poco efectivas para el resto del mundo. Es importante, sin embargo, en general, y esto lo digo para cualquier elaboración teórica y práctica social de liberación, no confundir lo que parecen desafíos al Sistema con lo que son en realidad manifestaciones suyas, provenientes a menudo de la segmentación provocada por el mercado, la destrucción social del capitalismo salvaje o la mercantilización de identidades que fomenta como medio de alargar su supervivencia y desorientar la lucha social. Como nos recuerda Stabile (1995: 9), "lo que parecen ser estrategias de oposición pueden muy bien convertirse en síntomas de opresión".

20. Ver también Bhattacharya (2019), donde, aunque a mi parecer no consigue demostrar que la reproducción tenga que estar generizada femeninamente, sí muestra con contundencia cómo la reproducción y la producción no son ámbitos separados. De hecho, es en la reproducción donde se

produce el valor de la fuerza de trabajo y donde puede también, por tanto, comenzarse a gestar la rebeldía de la misma. De ahí el interés del Capital por funcionalizar la reproducción –y diferenciarla– en función de claves de género y etnia, por ejemplo.

En general es ineludible seguir el debate con el marxismo al interior del feminismo, esperando que por fin puedan dejar de estar "mal avenidos", como dijera Heidi Hartmann (1979)

21. La mercantilización del trabajo reproductivo podría ser un primer paso para desvincularlo del trabajo no-pago femenino sin liberar ni a mujeres ni a hombres de nada. Como la propia Federici reconoce: "Conforme la participación de las mujeres en el trabajo asalariado ha aumentado inmensamente, especialmente en el norte, grandes cantidades de trabajo doméstico han sido extraídas del hogar y reorganizadas sobre bases mercantiles mediante el virtual boom de la industria de los servicios, que ahora constituye el sector económico dominante desde el punto de vista del empleo asalariado. Esto significa que más alimentos son consumidos fuera del hogar, más ropas son lavadas en lavanderías o tintorerías, y más comida preparada es comprada para su consumo inmediato" (Federici, 2014b: 116).

22. Imprescindible aquí, a mi juicio, seguir el magnífico desmontaje de esta cuestión que hace Herrera (2018) a partir de la evolución de los escritos de Engels y Marx, desde su juventud –en la que se quedaron tantas interpretaciones sobre su obra– y su madurez tardía. En la misma línea, Kohan (2020a), que se centra en las reflexiones del Marx tardío, particularmente en su «Cuaderno Kovalevsky», donde analiza sus principales aportes a la concepción materialista multilineal de la historia. Traigo a colación un resumen de sus tesis tras el estudio de ese Marx tardío:

"Imposible extraer de aquí una supuesta apología de la 'misión civilizadora' y la supremacía del hombre blanco, europeo, conquistador de pueblos, supuestamente 'inferiores'. Tanto por su epistemología dialéctica como por su rechazo político y su desprecio ético creciente hacia el colonialismo del mundo burgués (…) [Marx] quien de esta forma logra una mayor coherencia epistemológica poniéndose a tono con su filosofía de la praxis y sobre todo con sus críticas (presentes ya desde *La Ideología Alemana*) a toda 'filosofía suprahistórica', es decir, a todo esquema (falsamente) universalista que postule un camino evolutivo unilineal y progresista para toda la historia social de la humanidad, a partir de tipos ideales extraídos de realidades empíricas restringidas a los estrechos límites de Europa Occidental (…). Este tipo de reflexiones deja en claro que para Marx, habiendo superado ya los resabios heredados de la filosofía universal del sistema hegeliano, las sociedades no occidentales… Sí tienen historia (…) Entre ambos polos del análisis de Marx –el de 1853 y el de 1879– no hay una simple diferenciación de matiz. Se puede observar y comprender un completo cambio de paradigma" (Kohan, 2020a: 56,61,63 y 65).

23. El método que nos legó Marx con Engels trasciende a sus propios creadores, lo que no debería nunca perderse de vista aun para quienes quieren recalcar los "errores" o "carencias" de estos camaradas, pues insistir en ciertos comentarios hechos a una determinada edad y para casos bien concretos, por lo general expresados como crónicas periodísticas, no hace gran favor ni al desarrollo de la ciencia ni al de la liberación humana, sino que muestra más bien otro tipo de intencionalidad política sobre la que habría que preguntar a quienes así porfían.

24. Rupturas que requerirán, indefectiblemente, la conjunción y multiplicación de sujetos y fuerzas, la suma articulada de diferencias y singularidades. Para intentar evitarlo, precisamente, es que se concitan la teoría postmoderna y sus vertientes "movimientistas", con sus "desconstrucciones", la insistencia en la individuación de las decisiones y de las responsabilidades, así como su hincapié en las divisiones internas. Una buena muestra de ello son los estadounidenses "estudios culturales" promocionados desde su Departamento de Estado.

25. Dardot y Laval son dos autores más instalados en la *in-política* de la vaciedad de estrategias. Después de criticar a Negri por su voluntarismo (y por creer que el capitalismo permite la creación de sujetos superadores de su propia subordinación-fetichización), en el fondo hacen surgir los Comunes de una especie de potencia spinoziana sin precisión de sujetos ("todo está abierto a quien quiera lanzarse a la tarea"), ni responsabilidades o concreciones políticas ("tal ejercicio, en este caso, es completamente libre y

a nada compromete a quienes a él se entregan") (Laval y Dardot, 2015: 516, para ambas citas). Aun así, consiguen una ilustrativa síntesis del momento en el que estamos por lo que se refiere a las graves consecuencias que acarrea a las poblaciones.

26. Entre las razones que Prashad cita del informe están la carga de la pobreza sobre las mujeres; las desigualdades y deficiencias en el acceso a la educación, la formación, la atención sanitaria, el empleo y la toma de decisiones; la violencia contra las mujeres, incluyendo los graves peligros que corren en los conflictos armados; la falta de respeto hacia las mujeres, así como la inadecuada promoción y protección de sus derechos humanos; la discriminación persistente y violaciones de los derechos de las niñas y mecanismos insuficientes en todos los niveles para promover el desarrollo de las mujeres.

27. Como quiera que el propio sistema secreta este tipo de discursos o ideologías para alejar la atención de sus propias entrañas, como hace el calamar cuando suelta su tinta, partir para el análisis y transformación del mundo de lo que aquél predica de sí mismo ("igualdad de los individuos", "libre mercado"…), es garantía cuanto menos de la inocuidad política o inutilidad social de tales análisis. La "labor" actual de esas "ideologías supraestructurales" –que por otra parte han sido resultado de luchas y conquistas históricas–, consiste en promover ideales o propuestas regulativas del orden social que, al no tener (ya) sustento estructural, no pueden cobrar realidad, pero derivan el malestar que provoca el sistema hacia caminos inofensivos para su *statu quo*. Ideas, también, que tienen en el plano filosófico la misma función que las de la economía (de la clase) dominante (neoclásica, keynesiana, postkeynesiana, nueva macroeconomía clásica…) en el científico: negar la realidad y basarse en presupuestos y postulados irreales, como si en verdad existieran, otorgando a lo que no es como ellas proponen la connotación de "anomalía". Mientras que el *cómo debería ser* se confunde con lo que es. Interpelan estas propuestas en el plano supraestructural a individuos que en todo el mundo viven sumergidos en dinámicas estructurales que fomentan el clasismo, sexismo, racismo, etnocentrismo, individualismo, la competencia a ultranza, etc., conformando su *conciencia empírica* (Lukács, 1985), o lo que es lo mismo, moldean unas *ideologías empotradas* (en los procesos productivos y dinámicas de vida en general) (Piqueras, 1999a), que son por las que más se rigen en sus prácticas cotidianas.

Esto debe ser tenido en cuenta también por las formas de vida "comunitarias" que se idean y que se idealizan desde las formaciones centrales y que a menudo pretenden por sí mismas ser embriones de cambios estructurales (del tipo de "cooperativas de producción y consumo", "ecoaldeas", "comunas de autogestión", etc...). No lo serán para acabar con el capitalismo porque no afectan a ninguno de sus procesos estructurales de reproducción, por más que puedan entrenar, eso sí, a la escasa población que las practica a disfrutar en lo personal y (al menos) a prepararse para sobrevivir en el postcapitalismo.

28. A mi entender, este de Lewis es uno de los recientes mejores esfuerzos para clarificar muchos de los debates internos del feminismo, se compartan o no unas u otras de sus tesis. Me parece también más cercano al (re)encuentro con Marx que la línea de autoras como Salleh (2017), por más que sus propuestas sean de amplio espectro y largo alcance, al pretender unir las praxis feministas, ecologistas, socialistas y poscoloniales. Salleh hace hincapié en que el ecofeminismo expresa un "materialismo empotrado" (la materialidad de la vida cotidiana) que subvierte la visión eurocéntrica que coloca al hombre por encima de la mujer y la naturaleza. Pretende que ese enfoque es más materialista que el materialismo histórico al centrarse en el reconocimiento del *otro trabajo* producido por mujeres, pueblos indígenas y campesinos, cuyo hacer solidario y energías productivas son descontados y minimizados por el sistema económico y social dominante (su crítica al feminismo blanco postmoderno es también digna de atención). Una vez más, señalar por mi parte que ese enfoque es imprescindible para tener una comprensión más cabal del movimiento del capital y de sus dinámicas de explotación-dominación. Sin embargo, si no se compagina con rigurosos análisis geopolíticos de fuerzas, así como de las formaciones socio-históricas a las que ha ido dando lugar el capitalismo, la vertiente política de estos estudios feministas, termina quedando (auto)limitada. Por eso una vez más, acaba proponiendo Salleh, en la línea habitual de muchas feministas, que son las experiencias de aquellas poblaciones que realizan el "otro

trabajo" las que deben estar necesariamente "en el centro" de una política para la emancipación.

29. El autodenominado "feminismo radical" tendrá pocas posibilidades de ser verdaderamente "radical" si continúa insistiendo en que el principal sistema de dominación-explotación y por tanto fuente de desigualdad existente en la actualidad, es el patriarcado y no el capitalismo, y que las mujeres y los hombres constituyen un tipo de clases sociales antagónicas. El "género" implica más bien una relación de explotación y de usurpación de oportunidades de vida que atraviesa las clases, y el patriarcado es hoy un sistema de dominación-explotación subordinado al capitalismo, y no al revés.

30. Por eso no ha podido en el curso de más de un siglo de luchas feministas conseguir realmente empezar la construcción de un mundo nuevo, a pesar de los grandes avances y suma de fuerzas que dentro de muchas formaciones sociales se han realizado. El movimiento obrero (en el que se incluyen buena parte de las mujeres del mundo), en cambio, al atacar el núcleo central del capital y lograr articular en torno a esa lucha a amplias partes de la sociedad, ha sido capaz de principiar transiciones a otros mundos posibles. Abortadas casi siempre, con muchos defectos y amplísimo campo de mejoras, pero elementales, imprescindibles para comenzar a hacer *otra sociedad*. Y es en ese camino, sumándose a él para hacer sus pasos más profundos y mejorar sus logros con sus propias maneras de hacer, con su creación crítica, con la visibilización de otras explotaciones y la lucha por su eliminación, donde el movimiento feminista tiene tanto que aportar.

Dos de las autoras que he citado antes, lo proponen a su manera:

> "Estamos habituadas/os a reflexionar sobre ámbitos determinados y mirados como si fuesen independientes (ecologistas, feministas, marxistas, etc.), como escenarios en disputa. El urgente desafío es pensar en relación con los demás" (Carrasco, 2017: 74).

> "La crisis actual abre posibilidades, a la par que lleva en sí el riesgo de que vuelva a cerrarse el conflicto de forma perversa. Para intentar evitarlo, un intenso y franco diálogo –que no adoctrinamiento o soliloquio– entre la multiplicidad de voces que cuestionan el orden socioeconómico vigente es imprescindible" (Pérez-Orozco, 2006: 32).

¿Pero cómo compaginar lo dicho por esta última autora con su aseveración una página antes?: "Este texto ha pretendido argumentar la necesidad de desplazar el eje analítico desde los procesos de acumulación de capital hacia la sostenibilidad de la vida" (algo en lo que abunda en Pérez Orozco, 2014). Es que si "desplazamos" esa atención, no sabremos siquiera porqué ocurre lo que ocurre en el ámbito del mantenimiento de la vida. ¿No se trataría mejor de complementar esos y otros ejes por mor de ser capaces de realizar un análisis completo, holístico, de la sociedad del capital y de levantar alternativas del mismo calibre? Sin formas claras de organización política que contengan la articulación del prisma analítico del género con el de la clase, y con los resultados de la etnificación y otras fuentes de desigualdad, "las personas que estamos por el mismo objetivo", a las que apela Carrasco en su texto, o "la multiplicidad de voces que cuestionan el orden socioeconómico vigente", que requiere Pérez Orozco al final del suyo (como tantas otras expresiones parecidas que utilizan otras teóricas feministas), no tienen muchas posibilidades de constituir ningún sujeto colectivo efectivo, transformador a escala social, como se empeña en evidenciar la realidad.

31. Obviamente, las feministas de entonces tenían muy claro que la revolución social debe acompañar a la revolución política, pero que ésta es imprescindible para poder mantener (y profundizar) la revolución social de nuestras vidas. Este conocimiento y praxis se ha perdido en gran medida en las sociedades centrales del capitalismo degenerativo actual. Ante el creciente (auto)convencimiento de la imposibilidad de la revolución política, los movimientos sociales en general, entre los que suelen encontrarse el feminismo y el ecologismo, tienden a centrarse en las "micro-revoluciones" diarias, los "micro-espacios" y la revolución individual de los comportamientos, descartando la revolución política (a menudo tildada de inútil o peor aún, de "perniciosa"). Nada que inquiete, por tanto, al destrozo de la sociedad y la naturaleza que lleva a cabo el capital, como vemos cada día en nuestras vidas. Puede seguirse un repaso concreto de la relación entre feminismo y socialismo (o "comunismo") para el caso de la Europa del Este

y del Oeste, en Bonfiglioli (2014).

32. Un buen repaso crítico a estas posturas puede encontrarse en las obras de Richard Smith citadas. Una crítica al "decrecentismo" en concreto en Nieto (2020b). También en un código más divulgativo es de interés la crítica de Apilánez (2021), aunque no secunde todas sus propuestas. Veamos por ejemplo, este pasaje que dedica a los/las decrecientistas, a través de la crítica a uno de sus teóricos:

> "Como sus seguidores provienen de muy diversos sectores los métodos aplicados naturalmente divergen, pero todos oscilan entre la acción política ciudadanista y la construcción de un modelo económico 'justo' y por supuesto 'sostenible', hecho 'a la medida de las personas y los ecosistemas'. Revolución y lucha de clases están excluidos del vocabulario decrecentista 'reconceptualizado'. Nada de huelgas, ocupaciones, sabotajes, autodefensa, boicots y demás formas clásicas de resistencia. Todos los decrecentistas desean una 'transición' tranquila y serena hacia la sociedad 'convivencial'. Estamos muy lejos de caminar hacia lo que en otra época se llamó socialismo o comunismo. Lo que se pretende es más sencillo: poner a dieta al capitalismo" (2021: s/p).

33. Ver por ejemplo Stoner y Melathopoulos (2016). Sin embargo, y a pesar de que Kallis niega el imponderable del crecimiento en el capitalismo, tanto él como Pineault terminan por defender el socialismo sin crecimiento como vía de superación del atasco ecológico. La línea del marxismo que sigue Nieto, por contra, compatibiliza socialismo y "desarrollo sostenible", aunque la definición de tal nuevo constructo paradigmático no entra dentro de los éxitos de esta línea. La "sostenibilidad social" se ha convertido desde hace un tiempo en nuevo concepto talismán sin traducción real práctica. Si ya de por sí es casi un oxímoron para cualquier sociedad compleja, se hace en estos momentos aún más improbable para una humanidad de casi 8 mil millones de seres humanos y constituiría uno de los más grandes retos de una posible civilización socialista, sobre el que no hay ninguna garantía de triunfo, con todo y ser la única posibilidad para lograr tanto esa "sostenibilidad" como el no-crecimiento (o desarrollo sin crecimiento) de una manera planificada, punto este último que Nieto (2021) explica e intenta demostrar con datos.

34. Que conducen a propuestas "buenistas" como "vivir con lo suficiente", "en comunión con la naturaleza", "lo pequeño es hermoso", "decrecer", etc., las cuales podrían ser dignas de cualquier púlpito eclesiástico. No importa si son incluso un poco más concretas, como dejar de consumir al ritmo y escala que se hace, o de gastar plástico o de utilizar automóviles privados o cerrar nucleares… Esas exhortaciones no tienen ninguna capacidad de reversión real del desastre natural aun si las siguiese una parte considerable de una población necesariamente vinculada a la *cadena sin fin del valor* (más allá de lo que puedan hacer muy reducidos sectores de la misma o diminutos núcleos comunales en sus experiencias de auto-marginación que, dicho sea de paso, suelen no ser muy duraderas y estar aquejadas de frecuentes rupturas internas). *Y no tienen capacidad de incidencia socio-ambiental porque el modo de producción vigente dicta todo lo contrario. Mientras se pueda seguir consumiendo y destruyendo, simplemente la civilización capitalista lo hará* –"ningún sistema deja paso a otro hasta que no ha desarrollado todas sus potencialidades"–: si las personas pueden coger su coche privado cada día lo harán aun a pesar de que sus propios hijos e hijas se críen con aire contaminado; si pueden dañar la atmósfera viajando en avión, lo harán; si sus calefacciones les sirven a pesar de que ennegrezcan las ciudades, las encenderán; si se pueden comprar mercancías nuevas cada poco tiempo y desechar otras todavía útiles, no lo dudarán; si pueden conseguir el último aparato electrónico lo conseguirán; porque entre otras cosas todo el sistema, todo su mundo se derrumbaría si no lo hacen. Y nadie quiere que su mundo caiga si no tiene una alternativa que considere *viable* a la que agarrarse. Por eso, a falta de programa político concreto, a falta de la capacidad de aglutinar sujetos colectivos con objetivos y *estrategias* tendentes a la superación del capitalismo, en ausencia de transformación política radical que instaure otra racionalidad (y en esa "nueva racionalidad" es donde los principios ecologistas tienen tanto que aportar, así para la pre como para la post revolución socio-política), no hay manera de que la rueda del colapso pare. Por ese camino (sin tener a la revolución política como objetivo), cuando se empiece a bajar el consumo o reducir el gasto energético en unos u

otros renglones será, como sabe y quizás se resigna el ecologismo político, debido a la fuerza de la necesidad.

35. Recordemos que la Nueva Crítica del Valor ve también en el colapso el acontecimiento necesario para empezar una nueva sociedad (supuestamente mejor).

36. Es importante consultar la magnífica obra de estos dos autores. Aprovecho para decir que participo desde hace mucho tiempo en el movimiento ecologista, lo que me permitió tener la suerte de entablar relación cercana con Ramón Fernández Durán, a quien rindo aquí una vez más homenaje por su gran labor.

37. Fernández Durán y González Reyes (2014) hablan de cuatro vías que los sistemas históricos han seguido en sus momentos de obstrucción ecológico-socio-económica: 1. La *crisis*, que 'limpia' al menos una parte de lo disfuncional y permite la continuidad sistémica sin cambios estructurales. 2. El *salto hacia adelante*, por el que se modifican las estructuras para emprender un nuevo modelo de crecimiento (este paso va adjunto a las Grandes Crisis). 3. La *ruptura* con el Sistema de al menos algunas de sus partes (revoluciones). 4. La última posibilidad es cuando un Sistema llega a una situación de potencialidades decrecientes, de involución de sus fuerzas productivas y de acelerada destrucción de sus sociedades y de su hábitat. Entra entonces en una espiral de *colapso* [implosión] y todo su orden civilizatorio se desmorona. En ese fatídico camino nos encontramos hoy.

38. Sobre la *hegemonía para la emancipación*, indefectiblemente unida a la autonomía, Piqueras (2017a). Allí y en Piqueras (2105) se argumenta que la *autonomía* no podrá conseguirse desde la post-política y la post-ideología, que es como quisiera el Capital difuminar hoy su gestión social, y que tantos/as autores/as y "activistas" se empecinan en reforzar al admitirlas y proclamarlas como deseables. La *hegemonía emancipadora*, en cuanto que praxis, es una especie de pedagogía dialéctica ("filosofía de la praxis"), que presupone la participación activa y masiva de la propia población en la forja de su devenir. Porque la formación de instituciones democráticas en cuanto que favorecedoras de las grandes mayorías, requieren de la *participación* de esas mayorías en ellas. Es decir, de un consenso activo, de la participación democrática de la sociedad convertida en *sujeto activo*. Pues la *autonomía* no es posible sin democracia participativa co-responsable en todos los niveles donde se *hace* la sociedad y la Política, empezando por las posibilidades de detentación colectiva de los medios de producción y la inalienable posesión individual de los elementales medios de vida.

39. "En las mixturas de la transición la burguesía conquistó su dominio de la sociedad, pero sólo ejerció efectivamente esa primacía cuando capturó el poder del estado. El imperio de la competencia, la ganancia y la explotación no consagró el status capitalista, mientras el estado permaneció en manos de otros grupos dominantes. Fue lo ocurrido por ejemplo con el estado absolutista durante la era feudal. Sólo cuando la burguesía controló ese resorte quedaron despejados todos los escollos para la acumulación. El punto de giro en el pasado fue clarificado en la evaluación de las revoluciones burguesas, que constituyeron la modalidad clásica de conquista del poder por parte de la clase capitalista" (Katz, 2020: s/p).

40. Esto es lo que quiere decir en su sentido original la "dictadura del proletariado" como el mantenimiento y ejercicio de la plena democracia de la inmensa mayoría de la sociedad, que *necesariamente* debe prevenir que esa exigua minoría que se apropió de los medios de producción vuelva a hacerlo o, en general, que ejerza su Poder ("dictadura del valor") contra la sociedad (ver Jessop, 2019, y también Lenin, s/f, claro está). Una excepcionalidad de emergencia que sin embargo se encostró en las experiencias históricas de ruptura debido a lo incompleto de la misma con la ley del valor, principalmente porque no pudo darse a escala mundial (pero nadie puede decidir a voluntad que un determinado proceso sea mundial: las rupturas hay que comenzarlas por unos u otros sitios, a pesar de todo y contra todos los inconvenientes –ver Tema III del Apéndice–).

41. ¿De dónde va a proceder "espontáneamente" la lucha contra el Estado o, en general, contra las condiciones de dominación, si el Estado se esparce en forma de dispositivos cognitivos, culturales, socializadores y socioeconómicos que promueven la alienación existencial y obstaculizan enormemente la

participación social y la democracia directa? Althusser no dejaba de remarcar que el Estado tiene también un "corazón duro", en el cual ni la democracia ni los movimientos entran, donde subyace la "abeja reina" del Sistema, que éste protegerá hasta el final. La "cadena de comando" está sellada en el corazón duro en forma de fuerzas militares y paramilitares, espionaje social, mecanismos de supervisión, control y formación del pensamiento, policía, y miríadas de dispositivos de obstaculización, infiltración, manipulación, desbaratamiento y en su caso represión y aniquilación de la sociedad en movimiento o de los movimientos "anti" que la sociedad emprende (en Gallas, 2017). Obviamente, nos sigue argumentando Gallas, hay ciertas dosis de "exterioridad" de los poderes en esos apuntes althusserianos, pero puede que la visión no-dualista, a lo Foucault, de luchas/estructuras, nos depare aún más indefensión e impotencia, pues con ella los poderes *están también en nosotros/as*. Somos parte de los poderes y no sólo de las luchas contra ellos. Todo lo cual no implica, aun así, que los poderes sean omnipoderosos ni inmutables, pero sí que sin un genuino análisis de los mismos y de las condiciones para hacerse *alternatividad masiva*, así como un profundo y largo trabajo político de posibilitación de esta última, nuestras posibilidades de seguir aplastados/as se elevan muchísimo.

42. "La consideración de la burocracia estatal como coagulación de la lucha de clases tiene también consecuencias para la teoría de la hegemonía. La hegemonía supone coagulación estatal de las relaciones entre las clases" (Piva, 2012: 45-46).

43. Creo que son de interés aquí las reflexiones sobre la transición (con la combinación de intervenciones de y sobre el Estado y las experiencias de "socialismo comunitario") que realizan Gambina y Elorza (2020). Aunque están centradas en Nuestramérica (eso que normalmente se llama "América Latina"), entiendo que pueden aprovecharse más universalmente.

44. "Sin referencia al poder central del Estado la política retorna al terreno de la religión, el misticismo y la evangelización, de actividad liberadora de las mentes, que parte del supuesto de que el poder corrompe y mancha a la conciencia moral en su inmaculada pureza" (Ávalos, 2007: 54). "Sin poder político real, la clase trabajadora se queda con una serie de buenas ideas que no se pueden materializar (…) Innumerables ejemplos en todo el mundo en los últimos años han demostrado que sin la teoría y la estrategia marxista como guía, la clase trabajadora no puede sostener un movimiento hacia adelante (…) Esto deja preguntas para su consideración y estudio futuros. Primero y sobre todo, ¿cuál es el período, la etapa del capitalismo en la que estamos? ¿Cuáles son las formas de organización que debemos considerar, dada el actual estado del avance tecnológico, redes sociales y comunicación universal? ¿Qué estrategias para la reconstrucción del movimiento de la clase trabajadora y alcanzar el poder político real son las más viables? Estas son preguntas que deben ser consideradas, estudiadas y probadas en el crisol de la lucha" (Parry y Rothenberg, 2017: 207-209). Más que de "poder" yo hablaría de "fuerza política" para especificar que la *fuerza social* de la población subalterna tiene la pretensión de deshacer los poderes del capital, sin recrear otros. También ampliaría el concepto de "clase" según lo vengo aduciendo en esta obra e intento especificar en el Apéndice, Tema II. Pero sí, tienen razón estos autores.

Miguel Martínez, en su magnífico ensayo sobre los comuneros castellanos, dice citando a Lorenzo Cadarso sobre *Los conflictos populares en Castilla* en tiempos de transición a la Modernidad, que tampoco entonces "ni el hambre ni la moral son suficientes para desatar la rebelión: son también necesarias la articulación ideológica de la legitimidad de la protesta, cierta expectativa de éxito y la capacidad organizativa, normalmente fundamentada en ciertos marcos jurídicos e institucionales existentes" (Martínez, 2021: 164).

Últimas palabras

Una de las cuestiones centrales que han atravesado este libro ha sido la de la no-independencia de la política respecto del *valor*. También la de la posibilidad o no de una agencia transformadora capaz de superar el capitalismo.

Son temas que requerirán de un gran esfuerzo práxico por parte del marxismo en los próximos años, y que nos llevan ahora al menos a terminar con una de las preguntas que encierran más polémica y si se quiere también, desquiciamiento teórico: ¿de dónde salen los sujetos capaces de quebrar las coerciones de una lógica social autonomizada y emprender un proyecto de transformación sistémica? ¿De dónde puede provenir la conciencia desalienada?

El marxismo hace gala de enunciar que las condiciones de conciencia están imbricadas en las condiciones materiales de existencia. Luego, de una sociedad sólo regida por fetiches no podría devenir la desalienación. Tampoco en una "totalidad" acabada y cerrada habría "un afuera" de su lógica. Sin embargo, el *valor-capital*, como ineficiente "sujeto automático", necesita permanentemente de intervenciones externas a su dinámica de autoalimentación, esto es, requiere de la política para desplegarse. El conjunto de contradicciones que conlleva el despliegue de las fuerzas productivas concomitante con el del valor-capital y el conjunto de intervenciones políticas anejas (el mantenimiento de unas contradictorias relaciones sociales de producción basadas en un amplio abanico de explotaciones, dominaciones y marginaciones), va suscitando intersticios de reacción en el metabolismo social, de afloramientos de conciencia de las propias contradicciones del Sistema, en cuanto que *se experimentan* en primera persona.

El propio desarrollo de las fuerzas productivas incluye a la conciencia dentro de ellas. Conciencia que, llegado cierto momento, es susceptible de tornarse *alternativa* (en el Cuadro AP-I del Tema II del Apéndice encontramos explicaciones sobre el desarrollo de esa conciencia antagónica alternativa *de clase*). No es una cuestión ontológica, es dialéctica. *Si el capitalismo existe a través de la relación* (explotación) *de clase*, el tener conciencia del *antagonismo básico* que entraña, desde quienes están del lado explotado-subordinado de aquélla, es condición primera para articular acción-movimiento-organización *como clase*, para superarla, es decir, para superarse como clase, para dejar de ser

clase, para pasar a una sociedad sin clases. No es ninguna casualidad que fuera el proletariado convertido en clase obrera-trabajadora con conciencia de sí misma quien emprendiera la vía rupturista, erigiéndose en polifacéticos sujetos sociales muchos de los cuales comenzaron a decirse a sí mismos "revolucionarios", no sólo por esforzarse en emprender una ruptura más o menos parcial, con el orden dado, sino por albergar un proyecto altersistémico, un modelo de sociedad distinto, un modo de producción que no permitiera la explotación del ser humano por el ser humano como forma de establecer la base sustentadora de la sociedad, de organizar la producción.

Pronto otras conciencias de contradicción (de las diferentes expresiones y secuencias de explotación-dominación-marginación que genera el sistema), como la feminista[1], la anti-racista, las identitarias de minorías sociales, las comunitarias, la ecologista…, se sumarían a aquella conciencia para señalar sus límites y ampliar su espectro de alternatividad: acabar con la explotación del ser humano por el ser humano en cualquier de sus manifestaciones, incluida también la explotación sin reposición del ser humano sobre su propio hábitat.

Precisamente las fuerzas sociales generadas al cambiar las condiciones del hábitat o bases infraestructurales (locales o globales), así como los procesos de producción-tecnológicos y por tanto también los mantenedores-reproductores de la sociedad y de la vida, son el punto de partida para pensar en futuros posibles. El desarrollo de las fuerzas productivas con el decurso del propio capitalismo ha permitido cada vez más a la población convertida en *fuerza de trabajo*, aunque sea una porción de ella extracualificada, ir asumiendo el control de la producción, así como el de la gestión-administración social, especialmente en el capitalismo actual en que la clase capitalista hace cada vez más dejación de sus funciones de dirección, para dedicarse al rentismo, delegando la gestión productiva en personal asalariado, igual que deja crecientemente la gestión y administración social en manos de técnicos/as y "expertos/as" (ya Engels –2003– señaló que frente al obrero colectivo el capitalista se va tornando cada vez más superfluo funcionalmente). De ahí deviene el sujeto salariado con capacidades objetivas no ya de ponerse al frente de los procesos productivos y de la gestión social capitalista, sino de superar también el propio capital(ismo)[2]. Aquí es donde el Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP), al que por mi parte daré también el nombre de

Escuela de Íñigo Carrera, con autores como Starosta y Caligaris, entre otros[3], ha volcado su esfuerzo teórico y su no muy fácilmente entendible apuesta "política".

Realizo a continuación una síntesis de su propuesta teórico-política, pero lo haré a través de un artículo de uno de sus epígonos españoles, Rodríguez Rojo (de quien también recojo elaboraciones suyas en el Tema II del Apéndice) debido a la claridad sintética que acopia y justificado por el hecho de que Íñigo Carrera se haya encargado de epilogar elogiosamente su último trabajo[4].

Punto clave:

> "La valorización del capital demanda la formación de personas que progresivamente puedan realizar el conjunto de labores reconociéndose en un proceso unitario de trabajo social y que, por ende, no necesiten enajenar el producto de su trabajo para reproducirse" (Rodríguez Rojo, 2020: 115).

Un poco antes, en la misma página:

> "No obstante, este avance encuentra un límite en la figura del capitalista. Esta clase, hasta donde hemos visto, combina en su ser la responsabilidad de coordinar a los obreros, por tanto, acapara una parte de la conciencia técnica, y la segmentación del capital global, a través de la propiedad de los medios de producción. La primera traba es paulatinamente descartada por el desarrollo de la acumulación, que introduce en órganos especializados del obrero colectivo todas las funciones de vigilancia y gestión inicialmente asociadas al propietario, que queda como una figura por completo 'superflua' (…). Pero para dejar atrás completamente este límite es preciso que el conjunto del capital se encuentre absolutamente centralizado, acabando con su forma fragmentaria (…) Sobre la base de la centralización completa del capital social global, se hace posible la superación del modo de producción capitalista gracias a la aparición y universalización de un tipo particular de actividad. El 'trabajo científico general', como lo llamó Marx (…) en sus borradores. Este trabajo nace y se expande gracias a la propia acción de los y las trabajadoras sobre sus propios atributos productivos: con 'la conquista inevitable del poder político por la clase obrera conquistará también para la enseñanza tecnológica el puesto teórico y práctico que le corresponde en las escuelas del trabajo' (Marx […]). Tal es la más acabada forma de la producción de plusvalía relativa: la fusión de los conocimientos técnicos y científicos en el conjunto de la clase obrera por sus propios medios. Con ello el capital avanza hacia su 'verdadero límite': su 'conservación y valorización' colisiona con los 'métodos de producción que […] se ve obligado a emplear para conseguir sus fines y que tienden al […] desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo'" (Rodríguez Rojo, 2020: 115).

Y ahora más adelante:

> "la evolución del modo de producción capitalista al comunismo implicaba la unificación del conjunto del trabajo social en un solo órgano, algo que realizaría la posibilidad de que 'todo el capital social existente se reuniese en una sola mano' (Marx […]). Según lo concebimos, este extremo únicamente puede alcanzarse a través de la centralización del capital social en su forma política: el Estado moderno. Esta institución convierte en genuinamente política, entre otras, la lucha de la clase obrera por tomar las riendas de la gestión del capital. Gracias a la expansión del ámbito de acción del Estado puede consumarse por completo el proceso –que encontró un hito fundamental en la formación de las sociedades anónimas– de degradación de la propiedad privada personal que porta el modo de producción capitalista. Adjudicándose la propiedad sobre los medios de producción, haría que el conjunto de la clase obrera participe de ella mediante la condición de ciudadanía. Se trataría de la 'supresión del régimen de producción capitalista dentro del propio régimen de producción capitalista' que 'aparece prima facie como simple fase de transición hacia una nueva forma de producción', una 'especie de producción privada, pero sin el control de la propiedad privada' (Marx […]). La organización de toda la producción por el Estado –una dictadura del proletariado, esto es, una república democrática desarrollada–, que compraría el conjunto de la fuerza de trabajo, a la que proveería de las mercancías que requiere su reproducción, no es, más que en su apariencia inmediata, ningún tipo de superación del modo de producción capitalista. Al contrario, es su manifestación más eficaz, el sumun de la extracción sistemática de plusvalor. De hecho, es la única expresión del capital capaz de desplegar sus potencias hasta el punto de hacerse incompatible consigo mismo" (2020:118).

Veamos seguidamente algunas de mis consideraciones críticas, las cuales no conllevan mi negación de la validez de objetividad de su argumento, sino más bien, o ante todo, de la no necesidad de su desenlace.

1/ En primer lugar, si somos materialistas tenemos que acordar que de darse una fuerza agencial capaz de superar el capitalismo, ésta sólo puede gestarse a partir del propio capitalismo: del desenvolvimiento del capital, dentro del cual el Trabajo es su expresión enajenada, pero a la cual la progresiva centralización del capital y desarrollo de las fuerzas productivas científicas, permite a la parte –que (a diferencia de lo que propone la Nueva Crítica del Valor) es intrínsecamente antagónica al Todo construido en torno a su explotación como mercancía obligada a realizar trabajo abstracto–, la potencialidad de sobreponerse al mismo. Hasta aquí creo que hay coincidencia con el CICP. Sin embargo, si somos realmente materialistas tendremos que admitir que el capital no es el sujeto absoluto ni el capitalismo la totalidad universal, completa o cerrada que algunas Escuelas se empeñan en recalcar, sino una *totalidad en proceso* y necesariamente incompleta, con historicidad muy reducida. Eso quiere decir que las necesidades básicas humanas y los afanes y luchas por satisfacerlas preceden con mucho al *capital*, igual que, en general, la resistencia a la dominación y la explotación. A diferencia de lo que nos proponen la

Nueva Crítica del Valor (NCV) y los teóricos del Centro para la Investigación como Crítica Práctica, *el capital no es el auténtico sujeto total*, sino un mero (semi–)autómata histórico, y por tanto pasajero y trascendente, ante el cual los seres humanos somos los verdaderos sujetos universales (al menos dentro de la vida de nuestra especie en este planeta y el mundo por ella creado).

> "El trabajo humano es el sujeto; el capital es su forma históricamente contingente (…) Por eso, decir que la única potencia que la clase obrera tiene es la que le viene de ser atributo del capital es consagrar al capital como único ente existente, uno y eterno (…) Si el trabajo es un simple atributo del capital, entonces no extraña que la descripción de la 'conciencia revolucionaria' no sea otra cosa que un despliegue del propio capital. Que la revolución misma no sea otra cosa que uno más de los pases de magia de ese prestidigitador fabuloso. Hasta tal punto que la burguesía, a la que no se la nombra en ningún momento, aparece, mágicamente, transformada en clase obrera" (Sartelli, 2008: 128-9).

2/ Segundo. La máxima centralización del capital en el Estado no supone de por sí la eliminación del capital ni conduce, por tanto, necesariamente, el socialismo-comunismo. Se requiere, como creo que entienden los autores del CICP, de un proyecto político de clase que previamente haya dirigido ese camino y haya ido contrarrestando la lógica del capital en el metabolismo socio-natural. Si para dar el paso definitivo de emprender la superación del capital es imprescindible la intervención agencial del Trabajo para el control (de su centralización a través) del Estado, hay necesariamente también, una vez conseguido esto, fases transicionales con presencia del *valor* en las que la política de clase tendrá que emplearse a fondo para impedir caminos de vuelta al capital (Tema II del Apéndice), y que no veo claro que esta Escuela considere. Por otra parte, y además, ¿es sólo con la realización máxima de la centralización del capital que puede emprenderse la superación de este modo de producción?[5] ¿Y qué pasaría entonces si el capitalismo se frenara en ese proceso e involucionara degenerativamente? ¿Y si tras esa centralización máxima se sustituye a sí mismo por un modo de producción automatizado, con eliminación del trabajo abstracto, y por tanto del valor, pero no de la dominación de clase?

Lo que quiero decir es que hay que tener presente siempre, en suma, que no es del capital (y su máxima centralización) de donde se desprende el paso revolucionario per sé, al parecer incruento y placentero, sino de las luchas

contra el capital, aun cuando tuvieran que llevarse a través de su centralización estatal. Esta última requeriría, en cualquier caso, para ser superadora del capitalismo, de una previa ruptura del Trabajo con la clase que personifica al capital, es decir, de una revolución política que otorgue la capacidad de dirigir el proceso al socialismo planificadamente y con la fuerza social suficiente.

> "La emancipación social no puede consistir en realizar la totalidad social (supuestamente mediada de modo consciente) sino en superarla, para abrir paso a una sociedad de individuos libremente asociados" (Trenkle, 2016: 11).

Pero sigamos con la crítica de Sartelli a la línea teórica del CICP.

> "Iñigo confunde las relaciones técnicas del proceso de trabajo con las relaciones sociales: ¿de dónde viene la conciencia superadora de los desocupados, si no están en relación inmediata con el capital? Del mismo lugar que le viene a todos los obreros: del carácter antagónico del conjunto de la vida social, carácter antagónico que no necesita brotar directamente de un torno. Es más, carácter antagónico que se expresa más agudamente cuanto más expropiado está el obrero: del hecho que, de no intervenir con una radicalidad creciente, su vida no puede reproducirse (…) Al estilo del Imperio de Toni Negri, ya no hay que destruir al capital, como no hay que combatir al imperialismo: hemos de atravesarlo, por usar palabras del filósofo italiano. Aquí se abren dos alternativas: o bien nos transformamos en adalides de la concentración y centralización furiosas del capital, a fin de ayudarlo a llegar allí donde debe llegar; o bien concebimos nuestra tarea como innecesaria, en tanto cualquier cosa que hagamos no es más que la representación de un drama del cual sólo podemos actuar la parte que nos toca, con mayor o menor conciencia, sin posibilidad alguna de salirnos del libreto. Seguramente Juan esgrimirá aquí al compañero Spinoza y pretenderá que creamos que la libertad es la conciencia de la necesidad, pero eso es falso. La libertad es la acción consciente de la necesidad, que es otra cosa. La primera versión nos invita a enterarnos de lo que nos va a pasar inexorablemente. No lo haremos nosotros, lo hará el capital (…) o se dice que la expropiación de la burguesía es un paso necesario para superar al capitalismo (lo que no tiene nada de extraño ni de original), o se dice que la revolución socialista consiste en desarrollar hasta el final el capitalismo" (2008: 129-130).

Efectivamente, el socialismo no vendrá por inercia del propio capitalismo, como a veces parece apuntar esta corriente y como los teóricos del capitalismo cognitivo se empeñan en proclamar. A diferencia de los cognitivistas –y de otros "neo" y "post" marxistas–, Marx sólo contemplaba esa posibilidad con la *superación* de este modo de producción en el camino hacia el comunismo[6]. La fuerza de trabajo extra-cualificada bien puede ponerse al frente del capitalismo, pero eso no quiere decir que impulse su superación hacia el socialismo, puede

devenir antes bien una capa social de dirección burocrática del capital o incluso de un modo de producción postcapitalista, como Wright (1994) precisó sobre las diferentes posibilidades de sucesión del capitalismo. El "estatalismo", como él lo llamó (donde no se detentan por esa nueva capa social dominante los medios de producción pero sí los de organización social, y donde la cualificación antecede como elemento de desigualdad a la propiedad), posible estadio en el que se atascaron las experiencias de transición al socialismo, podría imponerse a otras posibilidades. Antes de eso incluso, esa elite gestora y directora bien puede también más probablemente aliarse con el propio capital, como indica Bologna (2006).

Recordemos que

> "en tanto es una realidad procesual, la clase sólo existe bajo las formas que asume en el proceso de formación de clase y, por lo tanto, los límites precisos de su espacio social se presentan como un resultado de la misma lucha de clases" (Piva, 2008: 131).

En esta última fase del capital el aprovechamiento del *general intellect* es un proceso que excede con creces la "cooperación" del Trabajo, para realizar la completitud de su subsunción real al capital, consiguiendo que la *subjetividad* sea más y más productiva. De hecho, en contra de las apariencias, a menudo la historia ha mostrado que el trabajo cuanto más "intelectual" más proclive es a que su subjetividad sea totalmente entregada al capital (Lukacs, 1985), constituyendo un campo de energías nuevas para la valorización del mismo. Con ello, según se indicó en la primera parte de este libro, la productividad trasciende el Ámbito Estricto de la Producción y la persecución de la ganancia hace cada vez más de la reproducción, la circulación o el consumo, como ya anticipara Marx, espacios de valorización o de apropiación del valor. La tendencia "objetiva" a la cooperación" en el ámbito laboral que genera el modo de producción capitalista, es combatida mediante las formas de gestión y consumo productivo de la fuerza de trabajo que llevan a su individualización competitiva tanto en la esfera productiva como en la social o reproductiva, y, en general, a su subordinación a través de los dispositivos de sujeción y técnicas de subalternización y dopaje de la subjetividad que no harán sino acentuarse a partir del Big Data, la inteligencia artificial, los algoritmos o la tecnología 3D, entre otras (Sotelo, 2021), amén del propio papel disciplinante de las

metamorfoseadas dinámicas "económicas" de obtención de valor como plusvalor. Si es cierto, sin embargo, que como rebote se da un permanente desplazamiento del antagonismo de una a otra dimensión al haber siempre un hiato entre sujeción y subjetivación (Read, 2016), la dilución de las clases del capitalismo industrial clásico, la recombinación de nuevas y viejas formas de subordinación, la multiplicación y al tiempo la difuminación de la propia relación de clase, han dejado una profunda orfandad de sujetos colectivos de amplio alcance en torno a la relación antagonista del capital (las teorías "post" y "neo" no son sino el reflejo de ello). Para que el conjunto de categorías agenciales que se desprenden de los múltiples procesos actuales de obtención y apropiación del valor puedan tener siquiera alguna forma de plasmación colectiva con alguna potencialidad efectiva, resulta imprescindible una emancipación de la conciencia (hoy lejana), y que *hasta ahora no parece dar ninguna muestra de transcurrir a la par de la centralización del capital*. Por lo que la subjetividad se erige en un objetivo cada vez más central, la primera lucha a dar de los Comunes.

3/ Hay otros posibles y más probables desenlaces de la evolución capitalista. Para empezar el derrumbe, con el propio hundimiento de las sociedades (y de las clases en liza, claro), pues el capital sólo "se supera" a sí mismo en forma de catástrofe. En esa deriva genera una exponencial barbarización social, que no "intelectualización" universal. Lo cual sí da lugar con más probabilidad, en todo caso y como vengo diciendo, a que la capa extra-cualificada de la fuerza de trabajo se convierta en una nueva capa dominante, dado que la condición degenerativa del capital(ismo) y su cada vez mayor potenciación de fuerzas destructivas, también de la relación salarial, puede provocar un creciente hiato entre esa elite y la pauperización, sustituibilidad y descualificación que sufre la mayor parte de la fuerza de trabajo.

Veamos este pasaje de Norbert Trenkle (del grupo Krisis y por tanto conectado a la NCV) del que vamos a aprovechar sólo lo que dice sobre el desclasamiento[7].

> "El sistema productor de mercancías se ha generalizado en el mundo y subsumido a todas las relaciones sociales bajo sus principios universalistas; pero a la vez entró en un proceso de crisis global, una crisis, que no solamente es de carácter económico, sino que socava los fundamentos de la sociedad basada en la valorización del capital y pone en marcha una enorme dinámica de

desintegración social. Esta tendencia es exactamente opuesta a los procesos en el siglo XIX que desembocarían en la formación de la sociedad capitalista. La creciente precarización de las condiciones del trabajo y de la vida no indica la existencia de un ejército industrial de reserva que más adelante será integrado en la producción masiva en función de la acumulación de capital; al contrario en ella se refleja el hecho de que cada vez más personas a lo largo del mundo se vuelven superfluas para la producción de valor y por lo tanto son excluidas en sentido económico, social y político. Por lo tanto no presenciamos la reconstitución de una nueva clase trabajadora global, sino la creciente descomposición de una sociedad basada en el trabajo abstracto. No se está imponiendo una forma social universalista frente a una pluralidad de modos de vida precapitalistas; más bien esta forma universalista se desintegra por medio de una multiplicidad de conflictos y enfrentamientos muchas veces violentos y hace que los individuos atomizados pierdan toda base sólida bajo los pies. Esta tendencia es universal solo en el sentido, de que equivale a un desclasamiento general; pero esto, de por sí es un proceso meramente negativo que no genera una nueva síntesis social de luchas solidarias" (Trenkle, 2016: 7-8).

De hecho, los mismos autores del CICP reconocen que la situación de la clase trabajadora dista enormemente de ser revolucionaria, y su nivel de conciencia política y de clase está seriamente mermada.

"No hay mayor signo de vitalidad de la sociedad burguesa que el hecho de que la clase obrera se deniegue a sí misma, mediante la impugnación general del conocimiento científico, el acceso a las leyes que rigen su entorno y comportamiento. Esta pretendida (y frecuentemente orgullosa) incapacidad pone de manifiesto la fortaleza ideológica de los segmentos más reaccionarios de la burguesía" (Rodríguez Rojo, 2021: 121).

Ni siquiera las capas más preparadas, incluso declaradas marxistas, están para ellos a la altura.

"Tan necesariamente universal es este método hoy día, que hasta los marxistas, es decir, quienes fundan su subjetividad política en su interpretación de los desarrollos de Marx, al mismo tiempo que afirman que toda forma concreta de conciencia es producto de las relaciones sociales históricas, están convencidos de que la representación lógica es la forma natural de la conciencia científica" (epílogo de Íñigo Carrera a Rodríguez Rojo, 2021: 127-128).

Fijémonos también en lo que les responde Íñigo Carrera a una autora y un autor marxistas que habían criticado sus propuestas teóricas:

"Se trata de la relación entre el contenido y su forma necesaria de realizarse. La relación económica en que las personas entran indirectamente entre sí por medio de las mercancías, o sea, la relación social general cosificada, tiene siempre por forma concreta de realizarse la acción de las voluntades que se enfrentan directamente unas a otras como sus personificaciones políticas. Y estas acciones políticas siempre tienen por contenido la relación económica indirecta. Esto es exactamente lo que

he expuesto en mi libro. Volvamos a preguntar: ¿Será que la voluntad política de MDA e IK, pero no simplemente la de ellos sino la de tantos otros marxistas incluso de la talla de Gramsci, explica por sí la reducción de esta clara relación entre contenido económico y forma política al 'no caer en el economicismo, no caer en el voluntarismo' vacío de toda unidad cualitativa? ¿O será que estas voluntades políticas son la forma que toma una determinación del modo indirecto de organizarse la vida social que las hace reducir el descubrimiento hecho por Marx de la relación entre forma política y contenido económico a la indefinición cuantitativa del 'no caer en el economicismo, no caer en el voluntarismo' socavando al detenerse ante esta apariencia su propia potencia revolucionaria?" (2010: 12).

Concluyendo la postura de Íñigo Carrera a partir de sus mismas críticas: nos queda sólo un reducido y selecto grupo de intelectuales marxistas (prácticamente los del CICP y pocos afines más) que son los únicos auto-conscientes de la conciencia objetiva en ellos y que, contradictoriamente y aun así y contra toda experiencia empírica, proclaman que es la clase trabajadora entera la que cada vez tiene más posibilidades de adquirir esa conciencia.

4/ Su falta de arredro ante las circunstancias tan monstruosamente denigrantes en que vive hoy gran parte de la clase trabajadora, hacen a los autores del CICP seguir aduciendo razonamientos abstrusos e incomprensibles para la absoluta mayor parte de ella, recreándose, en todo caso, en elaboraciones abstractas desprovistas de análisis de fase ni de coyuntura o correlación de fuerzas, que por veces parecieran constituir para ellos algo así como distracciones innecesarias frente al verdadero sujeto, el capital, y su proceso autoaniquilador.

En esa línea, fijémonos en los razonamientos de Íñigo en el epílogo al libro de Rojo ya citado:

"En cuanto la acción política se presenta como personificación de la necesidad inmediata del capital de reproducirse a sí mismo, el conocimiento científico que la organiza necesita satisfacer, de por sí, la necesidad ideológica de consagrar el carácter natural de esa relación social. La representación lógica es la forma 'natural' del método científico que satisface esa naturalización" (2021: 128-129).

Difícilmente comprensible incluso por las elites ilustradas de esa fuerza de trabajo de la que se asegura la obtención de la conciencia emancipada de su propia enajenación, ¿verdad?

"¿Adónde va todo esto? ¿Cuál es la propuesta concreta de organización y de acción? ¿Qué debemos

> hacer? La 'acción revolucionaria de la clase obrera necesita contestarse acerca de si una crisis de super-producción general, con su necesidad de acelerar el desarrollo de la productividad del trabajo, puede devenir la forma concreta…' ¿Y?" (Sartelli, 2008: 131).

Íñigo Carrera (2010: 19 y 2015: 17), a quien entrecomilla Sartelli en esta cita, responde partiendo de la elaboración que Marx y Engels hicieran en *La Sagrada Familia*: "No se trata de saber lo que tal o cual proletario, o aun el proletariado íntegro, se propone momentáneamente como fin. Se trata de saber lo que el proletariado es y lo que debe históricamente hacer de acuerdo a su ser". Ese es su mensaje político. El cifrado de su desarrollo teórico, que se traduce en todo un enrevesado despliegue de abstracciones. Quien pueda que las operacionalice.

El problema es que el fin último como única política, termina finalmente anulando también la Política. El absolutismo del fin, en este caso, no es que "justifique los medios" sino que los desatiende o relega en pro de una única y lejana posibilidad de transformación social, supeditada además al buen desarrollo del ente sistémico que se pretende superar: el propio capital. La condición táctica se desdibuja frente a un objetivo final que no resulta vinculado a estrategia operativa alguna. Condición que en términos políticos tiene muy poco recorrido.

En esos mismos términos y pasando ya a la crítica general desarrollada en esta obra, todo esto quiere decir también que, con un tiempo que se acaba para nuestro hábitat global, y por tanto para las posibilidades de la humanidad, hay cada vez menos cabida para el diletantismo postmoderno (que fiel a su papel en la historia desvía la atención de lo fundamental), ni para las visionarias apuestas de sujetos omnipotentes de tanto neomarxismo y las elucubraciones de la posthegemonía y la infrapolítica que dejan las cosas peor que están[8]. Tampoco los ensueños de desbordar desde abajo, construir comunes, "hacer comunidad", por sí solos, pueden llevarnos mucho más lejos que a pequeñas satisfacciones de reducidos grupos, tan inmediatas como tendencialmente pasajeras; sobre todo ante la proliferación de "estados de excepción" o, diríamos ya hoy también, de "confinamiento". Todo lo cual es tanto más grave cuanto que ya no podemos fallar en la onceava tesis sobre Feuerbach y en la praxis que entraña. Cada vez nos quedan menos segundas oportunidades.

Digámoslo más claramente todavía, cualquier posibilidad de emancipación

de las poblaciones sometidas pasa, además de por la construcción común de nuevas formas de vida, por algún género de revolución política, esto es, por la anulación de los dispositivos del Estado capitalista, y muy especialmente por la inutilización de su aparato policíaco-militar y judicial-burocrático. En cualquier caso, y siempre que los sujetos colectivos populares lograran no ser aplastados en su camino de alternatividad y alcanzaran una determinante fuerza social, la inevitable situación de "doble poder" a la que se llegaría no podría mantenerse indefinidamente. Su resolución llevaría necesariamente al choque de dos fuerzas, las del Capital con todo su orden y poder, y las de la sociedad emergente[9], pues podemos tener por seguro que las primeras no van a ceder el paso de forma amable. Por eso no es posible deshacernos de las formas organizativas de autodefensa, de masas, con fuertes estructuras internas, capaces también de funcionar "en silencio", como el "viejo topo" (ver cuadro 11 más adelante).

Olin Wright (2014) señalaba las tres grandes líneas maestras de intervención para la transformación sociopolítica que han tenido lugar a lo largo del capitalismo histórico, y que ya analicé en Piqueras (2017a), por lo que aquí sólo haré un resumen de ellas. Podrían sintetizarse como:

a. *simbióticas* (pretenden la transformación aprovechando la propia institucionalidad capitalista que integran y que puede, sin embargo, reforzarse con ello: están relacionadas con las vías socialdemócratas);
b. *intersticiales* (en cuanto que actúan en los espacios contradictorios y grietas del Sistema, generando formas de acción y organización al menos parcialmente no subsumidas en las relaciones del orden capitalista: podríamos sintetizarlas como luchas por los Comunes, por la autonomía);
c. *rupturistas* (que promueven un proceso inmediato de desconexión sociopolítica a través de la destrucción del Poder constituido, y que pueden o no incluir la transición a través del Estado). En su obra postrera, Wright (2020) indica que esa ruptura se puede hacer por "aplastamiento" o por "erosión"[10].

Creo que buena parte del desarrollo de mis trabajos está basado en mostrar la

fatal decadencia de las posibilidades simbióticas, reformistas, en el capitalismo degenerativo en el que habitamos. La clave del momento actual, sin embargo, es que permite de nuevo congeniar las luchas intersticiales y rupturistas. Todo indica, de hecho, que estas son las dos grandes vías que tenemos por delante.

Para entender la potencialidad de las primeras hay que tener en cuenta que en los intersticios del metabolismo capitalista también la Vida se garantiza, se reproduce y se enriquece a través de formas "subterráneas", a menudo sin roces e incluso complementarias, pero también a veces discordantes respecto a aquél. Aquí se cuentan las miríadas de acciones, relaciones y procesos que los seres humanos llevan a cabo para posibilitar y garantizarse la Vida mutuamente, los trabajos de cuidados, de mutuo apoyo, de colaboración, de atención, de compartimiento, de afecto, de solidaridad, sin los cuales nadie podría sobrevivir. Todo eso en el capitalismo forma parte del trabajo impago.

Por eso, la potenciación y organización de formas de vida con distintos grados de alternatividad o auto-marginalidad respecto del metabolismo capitalista (las *topías*)[11] son imprescindibles para emprender cualquier tipo de transformación. De aquí surgen las alternativas intersticiales. Buscan, en sus versiones más avanzadas que no son precisamente las mayoritarias, articular los sujetos que quedan fuera de las relaciones directas de "comodificación" del capital, no integrados directamente en sus procesos de valor pero contribuyentes al mismo a través de su trabajo impago. No tanto para integrarlos al valor (a través del salario), sino precisamente para ir sacando del valor al conjunto del Trabajo.

Pero sin articulación entre ellas, sin proyección común que las haga capaces de sumar acciones en forma de *fuerza social de mayorías* para enfrentar el entramado metabólico de la explotación y la dominación, así como el conjunto de poderes y coagulaciones de clase, ampliamente diseminados e institucionalizados, esas vías pierden consistencia y potencialidad. Pierden por tanto y sobre todo, *universalidad* y capacidad de enfrentar al Poder del capital cuando se despliega en todos los frentes. Hemos de tener en cuenta, en ese sentido, que es propio de la subalternidad social la inhabilidad de producir representaciones o explicaciones coherentes del mundo, de la realidad que se habita, porque las personas tienden a incorporar la visión fragmentada y amorfa de la vida que reciben de la clase dirigente, por veces no sólo

incoherente sino contradictoria.

Las vías u opciones rupturistas, por su parte, trazan una vía hegemonista, de corte estratégico, y apuntan a una coaligación o alianza de posiciones de clase dentro del Trabajo, bajo algún tipo de liderazgo legitimado, tendente hacia una u otra versión de Frente o Bloque. Buscan la alianza interna del conjunto de la población subordinada para derrocar el orden social dado y comenzar uno nuevo. Su guía base histórica ha sido la *suma de fuerzas por organización y arrastre* y la transformación por revolución.

Saber congeniar y, en su caso, precipitar las diferentes líneas de fractura en las que intervienen unos u otros sectores de población y agentes sociales, en unos u otros campos del antagonismo y el conflicto, ha sido siempre una de las columnas de la hegemonía, la cual precisa de un proyecto frente al que someter a prueba constantemente *la realidad*. Esto permite visibilizar situaciones y condiciones de vida y, por tanto, coagular tomas de postura y acción. Como primer momento, la hegemonía para la emancipación *impide* que las personificaciones del capital puedan seguir fungiendo como clase dirigente, dejando cada vez más desnuda su dominación.

Estas opciones rupturistas hegemónicas son pues imprescindibles para enfrentar un orden determinado de forma alter-sistémica, pero necesitan complementarse con las opciones autonomistas para no reproducir poderes hacia la propia sociedad.

Sea como fuere, no puede obviarse, para cualquier opción, que nunca la humanidad se ha dado a sí misma planificadamente un modo de producción o un modo de vida. Los intentos habidos en la época contemporánea para la transición al socialismo marcan un hito del desarrollo de la conciencia como integrante de las fuerzas productivas. La sucesión de modos de producción hasta ahora se ha debido a multitud de condiciones, procesos y factores socio-históricos, económicos y ecológicos, que han llevado a la "erosión" del modo previo y a la "decantación" del que le sucede. Tanto en la "erosión" como en la "decantación" han podido desempeñar un importante papel las relaciones y "luchas" de clase, aunque siempre hayan estado combinadas con numerosas otros elementos de desgaste de las condiciones económicas, del conflicto social subsecuente y de "desacoplamiento" de factores sociales y económicos, pero donde también entran en juego determinadas simbiosis de nuevos factores y

alianzas de sujetos. Dentro de ese entramado de cambio cabe destacar el de las propias formas de vida respecto de las mudables posibilidades del hábitat, o expresado de otra manera, las tensiones entre el medio social y el medio natural han supuesto también un factor de cambio determinante.

Por eso, Wright (2020) tiene razón cuando apunta a que lo más probable es que la "erosión" del capitalismo, por lo que toca a los factores sociales, se irá dando a partir de procesos de:

- "resistencia" (que se oponen a algunas de las consecuencias del capitalismo, a ciertas acciones del Estado, o buscan influir sobre el mismo, pero sin intentar ejercer el poder estatal) y
- "huida" (salidas por lo general individuales o de pequeños grupos para intentar vivir como si estuvieran fuera del capitalismo)

Combinados con intentos de:

- "desmantelamiento" (promocionando reformas sociales e incluso la reforma del Estado para que vaya perdiendo su condición de clase –capitalista–) y
- "domesticación" (para intentar neutralizar los daños del capital)

Pero a la vez, a pesar de la oposición de Wright, unas y otras vías se combinarán muy probablemente también con los intentos de "aplastamiento" del capitalismo, que aquí designamos de ruptura con él, así como con su propia decadencia sistémica ocasionada por factores de índole infraestructural o ecológica, conectadas asimismo a la decadencia de la automoción de su "sujeto automático".

Es decir, el paso del modo de producción capitalista a lo que venga después se dará, una vez más, a través de una gran combinación de factores, entre los que quizás por primera vez intervenga también la conciencia colectiva humana, con alguna mínima posibilidad de planear otras formas de vida, otro modo de producción, no sólo como resultado de todo ese desmoronamiento, sino también contribuyendo a él, para que más que de "derrumbe" se trate de un "derribo" (y esto sí vendría posibilitado por el propio desarrollo de la concienca del Trabajo en cuanto que sujeto consciente de su propia enajenación como

parte del "sujeto automático", al que por fin puede transcender en tanto que clase que se disuelve a sí misma). Porque la transformación planificada implica siempre compromiso activo, intervención práxica en lo que se quiere transformar.

De ahí que no quepa sino rechazar las pretendidas fórmulas revolucionarias que no estén ligadas a la realidad social de cada momento histórico, que no incorporen en su estrategia las condiciones concretas de cada formación socio-estatal o incluso las características de mentalidad y culturales de sus distintas gentes. Como diría Labriola,

> "nosotros conocemos muchos buenos representantes de este deporte, adoradores de la *Madona Evolución*, que se refugian, como de la peste, de la palabra *revolución*" (2021: 19).

Cuadro 11. Propuesta de elementos imprescindibles para empezar a construir alternatividad desde el mundo que existe, a partir de Rafael Agacino

"Sólo una inmensa construcción social previa a la revolución política permite que el 'peligroso salto' que significa la ruptura revolucionaria no sea nuevamente ocasión para la conformación de una casta burocrática que crezca en base a las limitaciones subjetivas y organizativas de las clases subalternas, en los intersticios que deja la inmadurez de todo proceso de transición al socialismo. La guerra de posiciones en el ámbito social es una condición necesaria para la conquista del poder político y el inicio de una transición factible al socialismo" (Mosquera y Callegari, 2014: s/p).

No podemos aproximarnos a ningún tipo de transformación profunda de las bases sistémicas sin la auto-erección de sujetos antagónicos con proyecto social propio.

Este hecho constatado, que durante el capitalismo "keynesiano" podría ser válido en lo referente a transformaciones de gran calado, puede aplicarse hoy incluso a cualquier tipo de proceso reformista dentro del capitalismo degenerativo. Sin una política de construcción de vastas fuerzas sociales conscientes de sí mismas y de las circunstancias sociohistóricas en que se desenvuelven, no hay oportunidad ni siquiera para procesos de reforma suave.

Como nos señala Agacino (2006) para el caso la sociedad chilena –otra sociedad que, como la española, fue derrotada militarmente por su oligarquía–, las reales posibilidades de cualquier tipo de transformación están vinculadas a la constitución por doquier de franjas de constructores sociales y políticos, sin los cuales es imposible imaginar siquiera respuestas satisfactorias a las embestidas del Capital.

Esas franjas permiten pensar en una masa crítica para poder inducir la configuración de l@s explotad@s, excluíd@s y discrimiad@s en 1/ fuerzas sociales, 2/ fuerzas teórico-programáticas y 3/ fuerzas políticas, capaces en conjunto de pensarse a sí mismas como sujetos portadores de un proyecto de cambio social, esto es como sujeto político.

La fuerza social se refiere a segmentos de población organizados que, pertenecientes a determinados sectores sociales, son reconocidos por éstos y por otros adyacentes (e incluso más alejados) como fuerza de opinión y lucha en torno a sus problemas relevantes. Es, por tanto también, expresión de legitimidad de ese segmento de población organizada.

Una fuerza teórico-programática resulta de la sistematización de la experiencia propia y ajena para otorgar sentido al problema de la construcción y el cambio social. Es expresión tanto de la potencia movilizadora como de la verosimilitud de una visión precisa pero abierta de la realidad y su

transformación.
La fuerza política es la síntesis de una fuerza social y una fuerza teórica cuya emergencia y realización ocurre en el campo de la acción, que se caracteriza por su capacidad convocante, dada su legitimidad y verosimilitud, y que por tanto es capaz de definir objetivos y caminos susceptibles de transformarse en práctica política y social alternativa a partir de las condiciones existentes.
Entendida de este modo, resulta evidente que la fuerza política no puede confundirse con la fuerza orgánica que opera en el ámbito de la política con minúsculas, institucional. La fuerza política no puede sino entenderse como síntesis de un proceso de construcción de sujetos cuya primera manifestación es el logro de una masa crítica ampliada.
Una orgánica institucional vacía de sujeto es, desde una auténtica praxis emancipadora, una aberración. Aberración condenada a repetir los procesos de entrega, oportunismo, esquizofrenia o dislocación que han experimentado la absoluta mayor parte de las organizaciones de la izquierda institucionalizada o izquierda integrada.
La contribución a la gestación de sujetos que confluyan en movimientos sociales y movimientos políticos con vocación y posibilidades de transformar tiene pendiente la articulación entre la dimensión de base, de acción cotidiana, movimentista y la recomposición oganizativa de las clases subalternas (organización política y teórico-

-programática) y muy especialmente de la clase trabajadora en sentido amplio (como Trabajo –ver tema II del Apéndice–). Esa tarea sólo podrá llevarse a cabo desde el propio movimiento, esto es, desde una organización-movimiento capaz de dotar de conocimiento y proyección colectiva a los agentes de clase. Una organización-movimiento declinada en plural que trascienda definitivamente el electoralismo y el parlamentarismo, sin por ello renunciar tácticamente ni a las elecciones ni al Parlamento, para incidir a la vez en las bases moleculares del Poder del capital, en los entresijos metabólicos en que sustenta su hegemonía y también en sus puestos de mando.

Sólo así se puede devenir izquierda integral. Es decir, revolucionaria o altersistémica, que busca dotarse de unas nuevas relaciones sociales y erigir su propia sociedad a través de la ruptura política y paulatinamente metabólica con el orden dado[12].

Esto hoy significa también, ni más ni menos, que tener posibilidades de proteger a las sociedades y al hábitat planetario de su destrucción. Todo lo cual no pasa necesariamente por el máximo desarrollo de la ley del valor[13].

Mientras que las opciones autonomistas, intersticiales, son de larga o muy larga duración, las opciones rupturistas son tanto más necesarias cuanto menor es el tiempo que nos deja el capital antes del colapso. Fiarlo todo, por otra parte, como hacen hoy algunas Escuelas teóricas y movimientos sociales, al propio colapso, para levantar a partir de él nuevas estructuras sociales y formas de vida emancipadas, es como esperar salvarse del hundimiento de un trasatlántico echando tablas al mar, sin contar con su remolino de succión.

Según la agencialidad global del capital no termina de reinventarse (a través de un pretendido "Gran Reinicio") ni de deshacerse de su modelo neoliberal (que como vimos, le resulta ya de poca ayuda para su acumulación), a fin de asentar un nuevo (y realmente cada vez más arduo) "modelo de crecimiento" a

buen seguro todavía más despótico (o incluso para preparar su propia transición a un nuevo modo de producción), resulta más y más vital, por todo ello, contribuir a dar alguna oportunidad a la acción consciente colectiva planificada de transformación integral, esto es, a la Política.

---

1. La praxis feminista ha venido mostrando que la relación fundamental de clase, la extracción de valor como plusvalor no puede darse sin la "producción de productores" y todo el conjunto de actividades humanas que hacen posible la vida y su mantenimiento. Las luchas en todos esos ámbitos están imbricadas en la lucha fundamental *de clase*. La lucha feminista, además, tiende a eliminar una parte substancial de la división entre el Trabajo, dándole mucha más potencialidad como sujeto conjuntado.
2. La administración colectiva del capital por fuerza de trabajo manageril asalariada, así como la 4ª Revolución Industrial, no han hecho hasta ahora sino agudizar esa tendencia. Sin embargo, el momento de cierre de esas posibilidades podría empezar a darse con la proliferación de fuerzas destructivas, como vimos en el capítulo 6. En seguida vuelvo sobre estas reflexiones y las desarrollo un poco más.
3. Algunas de cuyas obras fueron citadas en este libro. Ver también Íñigo Carrera (2010 y 2015), a quien agradezco el amable envío de sus trabajos. Sólo discuto con él, desde la cercanía personal y teórica, que si la conciencia superadora del capitalismo tiene *necesariamente* que surgir del propio capitalismo, esa circunstancia *no es necesaria*. El que el hambre lleve a la necesidad de comer no quiere decir que siempre se logre satisfacer esa necesidad. Es decir, se trataría de una *necesidad no-necesariamente realizada*, ciertas de cuyas razones intento explicar a renglón seguido.
4. Finalizando el texto que aquí presento, Rodríguez Rojo (2021) acaba de publicar un libro que abunda en la línea del CICP y del que referiré algunas consideraciones.
5. De hecho, no encuentro en el CICP y seguidores ninguna propuesta política sobre los procesos existentes de transición (China, Vietnam, Cuba, Corea) porque sospecho que no creen que estén en transición a nada (salvo, en todo caso, a un capitalismo más estatizado en involución). ¿Qué tendrían que hacer, en cualquier caso, esas formaciones socio-estatales, sobre todo las pequeñas, en estos momentos? ¿Liquidar todo el proceso para esperar la máxima centralización del capital al nivel mundial? ¿No nos recuerdan en algo estos argumentos a los del "Aceleracionismo" ya vistos? Lo mismo ocurre con las *luchas de clase* en unos u otros lugares. Parecen mirarse con condescendencia mientras no se consiga el objetivo primordial, que es, según la autocita que Íñigo Carrera se da:

> "Las formas concretas de la acción internacionalista dirigida hacia la formación de una clase obrera inmediatamente mundial es la cuestión central que subyace en cualquier acción política capaz de expresar «los intereses generales del proletariado»" (2010: 2).

De acuerdo. Como digo, no es la base material de sus planteamientos la que discuto, sino la pretendida inevitabilidad de algunas de sus consecuencias. Así, por ejemplo, hoy el capital bien puede estar iniciando una involución implosiva, comenzando por una "desglobalización", fruto de su propia degeneración. Circunstancia ante la cual cada vez será más difícil lograr "la clase obrera mundial consciente de sí misma". Lo cual no nos debería hacer tirar por la borda otros posibles planteamientos políticos para los lugares en los que las luchas de clase se hallen más desarrolladas, ni, y esto es importante, otras formas de superar un capitalismo moribundo.
6. Bien es verdad que Marx señaló que el capitalismo producía las "condiciones objetivas" de socialización de la producción y por tanto de cooperación entre los productores, pero nunca se le ocurrió decir que la realización de esa potencialidad se pudiese desarrollar en el propio capitalismo. De hecho, éste tiende a abortar cualquier posibilidad de que sea así. La organización de la producción y la tecnología que se ponen aquí en funcionamiento están destinadas al disciplinamiento del trabajo vivo y a su división competitiva, para que su "cooperación" se vea atravesada siempre por la competencia (en un estado de

"coopetición" permanente, que elimine "hasta la apariencia de que los trabajadores puedan constituir un 'trabajador colectivo' del general intellect" –Laval y Dardot, 2015: 233).

7. En la primera parte de este libro y especialmente en los capítulos 4, 5 y 6, se ven las coincidencias con ciertos de los planteamientos de esta Escuela al respecto. Sintetizo aquí, sin embargo, los puntos de este autor que difieren sustantivamente de los nuestros (bastantes de los cuales ya se explicaron en el capítulo 8 para la crítica general de esta Escuela): especialmente su menosprecio de la "lucha de clases" y de la condición potencialmente transformadora de la clase trabajadora desde un prisma objetivo (Tema II del Apéndice). Su lucha es concebida no ya como un antagonismo, sino como un "conflicto" más, de la siguiente manera:

> "Como tal se trata de un conflicto interno al sistema capitalista en torno a las condiciones de cómo el valor es producido (condiciones de trabajo, horas de trabajo, etc.) y el modo de su distribución (salarios, ganancias, prestaciones socales, etc.). Este conflicto de intereses se expresó históricamente como lucha de clases debido a que, en base a determinadas condiciones históricas, los asalariados se constituyeron como un sujeto colectivo. En la defensa de sus intereses desarrollaron una identidad y subjetividad colectiva de "clase obrera" y, como tal lograron ser reconocidos como ciudadanos y sujetos de mercado, a saber: como propietarios y vendedores de una mercancía muy específica, la mercancía fuerza de trabajo. Ahora bien, si en la segunda mitad del siglo XX, la lucha de clases fue perdiendo cada vez más su dinámica, esto no fue, obviamente, porque la sociedad capitalista prescindiera de la producción de plusvalor. La contradicción objetiva entre las categorías funcionales de capital y trabajo sigue vigente, aún cuando haya cambiado su fisonomía concreta en el curso del desarrollo capitalista. Sin embargo los asalariados perdieron su carácter de clase, en la medida en que fueron integrados al universo de la sociedad capitalista como ciudadanos y sujetos de mercado. Es decir: a medida que la existencia social basada en el trabajo abstracto se generalizaba y prácticamente todos las miembros de la sociedad se convirtieron en propietarios y vendedores de fuerza de trabajo, se diluyó la idea de que los asalariados representaran un sujeto revolucionario" (Trenkle, 2016: 1 y 2).
>
> Y en el punto opuesto al CICP pero en la misma línea argumental:
>
> "A la vez, las modificaciones en la relación capital-trabajo introducidas en la época postfordista contribuyeron a establecer una extrema polarización social, que sin embargo no forma la base para una nueva constitución de clases sino más bien para un proceso general de "desclasamiento" (…) es una contradicción en sí mismo, querer configurar como 'consciente' la mediación a través del trabajo, porque esta de por sí es idéntica a la mediación a través de la producción de mercancías, la cual obedece a sus propias leyes cosificadas, que se imponen a la sociedad tal como si fueran leyes naturales; todo intento de 'manejar' esta dinámica cosificada en forma consciente está condenada al fracaso. Más bien se deben crear nuevas formas de mediación directa más allá de la forma mercancía-dinero" (2016: 2 y 10).

Trenkle termina reiterando su ceguera ante lo que es parte de un mismo antagonismo fundamental, pues aunque ciertas posiciones no estén comprendidas como una misma "clase", y por tanto sus "movimientos" y "luchas" parezcan ajenos, entre sí, sí forman parte de una u otra manera de la *relación de clase capitalista*, vinculados directa o indirectamente a la reproducción del valor-capital. Aquí una muestra de tal ceguera:

> "Pero esta descentralización del campo social no solo abrió paso para una pluralidad de movimientos emancipatorios más allá del tema del trabajo, como movimientos feministas y ecologistas (…)" (2026: 16).
>
> Y a lo Laclau:
>
> "Por lo tanto se da el desafío de reformular una perspectiva de lucha anticapitalista global, que sea capaz de vincular todas las diferentes luchas de carácter emancipatorio sin falsas unificaciones ni jerarquizaciones"

Repitiendo, en consecuencia, los mismos lugares comunes del universo "post": serán los movimientos como los zapatistas, "los de abajo", es decir, los elementos más marginales a la relación básica de la acumulación de capital, los que cambien el mundo, a partir de una consciencia pretendidamente autonomizada en su totalidad del valor-capital, que fruto de sí misma se revuelve contra el todo y además es capaz de transformarlo con sus propias (y marginales) fuerzas:

> "Sólo puede emerger de la cooperación consciente de movimientos sociales que aspiran a la abolición de la dominación en todas sus manifestaciones, y no sólo como una meta abstracta y distante, sino también dentro de su propias estructuras y relaciones internas (…) El futuro no pertenece a la lucha de clases, sino a una lucha emancipatoria sin clases" (2016: 16-17).

En fin…, como digo, más de las mismas recetas "post" ya ampliamente criticadas en el capítulo anterior.

8. Pueden recalcarse aquí las palabras con que Elisabeth Fawmir finaliza su introducción a la ya mencionada obra de Mbembe (2011), hablando de que la necropolítica es consustancial al capitalismo contemporáneo, "que organiza sus formas de acumulación de capital como un fin absoluto que prevalece por encima de cualquier otra lógica o metanarrativa". Las diferentes Escuelas y formas de accionar de la postmodernidad tratan a toda costa de que no seamos conscientes de eso, porque dejan fuera de foco, intocado, el "metarrelato" más duro de todos: el del Poder del Capital.

9. *Ruptura revolucionaria* que no terminó de realizar la Comuna de París, por lo que fue objeto de crítica fraternal por parte de Marx en su "Luchas de clases en Francia". De ahí extraería las lecciones adecuadas Lenin para su "El Estado y la revolución". Más de un siglo después, y desde hace al menos 30 años que se inició el ciclo de lo "post", hemos desaprendido más que aprendido a lo largo del camino. Circunstancia que no es ajena a la desastrosa correlación de fuerzas que tenemos entre fuerzas populares y poderes del Capital.

10. Como es congruente con su extracción socio-nacional, Wright reniega del "aplastamiento". Dice que "la evidencia derivada de las tragedias revolucionarias del siglo XX es que esa ruptura sistémica no funciona como estrategia para la emancipación social (…) lo que cuestiona es la credibilidad de una estrategia que intenta destruir de manera rupturista el predominio del capitalismo" (2020: 57). Sin embargo, una razón más por la que aquí me separo de él, es porque en la línea del Poulantzas tardío insiste en la posibilidad de cambiar la orientación del Estado capitalista hacia el socialismo, mediante una especie de "erosión" del mismo lograda con correlaciones de fuerzas favorables en el ámbito social-movimientista, combinadas con la intervención político-institucional. Mientras que comparto la necesidad de esa combinación de luchas, no creo posible la "transformación" del Estado capitalista en un "Estado constructor del socialismo". Entre uno y otro debe mediar algún grado de ruptura. Por eso considero que sus propuestas de "socialdemocratización" del Estado y de las relaciones sociales capitalistas en su fase de degeneración están en la línea de ingenuidad propia de buena parte del "marxismo occidental" (y dentro de él todavía más el estadounidense), que sueña con transformaciones inmaculadas, en las que todo es posible hacerlo de la manera más limpia y democrática, por lo que nunca se quiere saber nada de Poderes ni de la suciedad y barbarie de las luchas de clase que desata el Capital y en las que nos envuelve. Arropado por ese candor es que Wright pudo lanzar en estos tiempos que corren de capitalismo terminal propuestas como "reintroducir suficientes controles al movimiento global de capitales", "volver a reglamentar el sector financiero", "restaurar la participación directa del Estado en la provisión de servicios públicos privatizados" o "crear un entorno jurídico más favorable a la organización de los trabajadores" (Wright, 2020: 133).

11. "Topía": lo que *ya se hace*, lo que *ya está aquí*. Tenemos ahora no sólo bienes gestionados de forma comunitaria, sino la construcción de las propias comunidades en torno a los recursos necesarios para la vida (García Jané –2012– hace un buen esfuerzo por presentar ese conjunto de alternativas en la senda del postcapitalismo). Se experimenta y aprende así lo público no como lo que pertenece al Estado (menos aún como un espacio vacío que no es de nadie), sino como el ámbito que los seres humanos generan al

hacer su propia vida y los bienes que son necesarios para ella (sobre esto ver Linebaugh, 2013).

El peligro para todo ello radica, no obstante, en que la obturación del *valor* en el ámbito productivo estricto del capitalismo degenerativo, está motivando que el Capital extienda las dinámicas de *cosecha del valor* al conjunto del mundo de la vida (capítulos 1 y 4), por lo que hay en el presente una fuerte tendencia a que esas *topías* sean engullidas o, en su defecto, queden más y más marginalizadas. Aunque también pudiera provocar una creciente socialización de las luchas.

12. Ninguno de estos pasos es fácil, al contrario, conseguir toda la secuencia implicada en los mismos es extremadamente difícil y requiere de enorme dedicación y esfuerzo, con altas posibilidades de que ni una ni otro sean recompensados, al menos en buena parte. Conviene no engañar ni engañarse con ello, al estilo de tantas propuestas "ideales", simples, del hábitat de lo "post", que nos hablan de conseguir mundos maravillosos casi haciendo una fiesta de la vida. El tipo de planteamientos como el recogido en este cuadro tienen, por contra, la ventaja de ser, con todo, los únicos que pueden empezar a sentar bases reales para trazar procesos de transformación sistémica, que es la única manera hoy de tener posibilidades de lograr objetivos de mejora social, de alcanzar algo parecido a una vida digna para la mayor parte de la humanidad. Lo cual no quiere decir que no haya que incorporar la alegría en cualquier proceso de transformación.

13. Recordemos aquí, por si acaso, que el Marx maduro se desdijo de sus indicaciones de juventud sobre la necesidad de pasar por el capitalismo y desarrollarlo, para que las sociedades colonizadas pudieran emprender el camino al socialismo (Kohan, 2020a y 2020b).

Apéndice

Tema I
Breves consideraciones sobre el método dialéctico de Marx

Hay una manera de entender el mundo como un conjunto de elementos separados que hay que explicar independientemente y de forma más o menos estática, aunque puedan influirse y hacerse cambiar mutuamente. Son comprendidos, por tanto, como relaciones externas entre sí. En la sociedad tendríamos el campo de la economía, el de la política, el de la cultura, etc. Por el contrario, si concebimos que todo está relacionado internamente, tanto espacial como temporalmente (pasado, presente y futuro), la realidad consiste en una infinidad de procesos que se constituyen entre sí. Hablamos de una visión que prioriza las relaciones internas de los elementos, que les hacen inseparables unos de otros.

La ontología de la dialéctica marxiana radica en los procesos y las relaciones. Cuánto del *todo* podemos conocer a partir de un determinado punto de observación o de entrada al mundo (que permite a la teoría adentrarse en su particular formulación, en su propio proceso de construcción, así como en la elaboración de las condiciones y relaciones que comprende ese constructo que llamamos "realidad" –o *totalidad social*–, como manera de abordar con alguna coherencia lo que está infinitamente conectado y por tanto, resulta incomprensible, "incoherente" en sí mismo[1]), y cuánto puede extenderse en tiempo y espacio (fenómenos y dimensiones de la realidad) la explicación a partir de ese punto. Dónde debemos situar, por tanto, la *proyección de totalidad*, o al menos el nivel mayor de generalidad que nos explique como sociedad y como individuos. En el análisis de la realidad social presente, *Marx eligió al capitalismo como tal totalidad*. Como punto de entrada a esa "totalidad" buscó las *relaciones de clase* (que implican antagonismo, poder, subordinación, lucha, pero también cooperación, solidaridad, simbiosis, colaboración, relaciones de interés y de diferencia, de desigualdad y de reconocimiento, etc…) porque las entendió como las que tenían un mayor potencial explicativo del todo social.

La dialéctica marxiana supone combinar en el análisis distintos niveles de abstracción, tanto de escala como de las formas en que se manifiesta el *todo* (la

"realidad" escogida). Marx procedió desde lo abstracto a lo concreto: de la mercancía-valor a las relaciones y personificaciones concretas que se expresan en la superficie de la realidad. No sólo porque el *todo* nos puede proporcionar un conocimiento más profundo de las partes que al revés, sino porque cada parte es una concreción del todo. La *totalidad*, en el sentido dialéctico-materialista, es el conjunto de procesos, de conexiones internas entre categorías que constituyen un fenómeno. La "realidad" es concebida, así, como una "totalidad concreta" que se convierte en estructura significativa para cada hecho o conjunto de hechos. Los hechos, a su vez, deben comprenderse como hechos de un todo dialéctico, interconectado, es decir, como partes de una estructura que se relaciona dialécticamente y no como átomos inmutables del conjunto[2]. En consecuencia, desde el punto de vista ontológico, la *realidad* posee su propia estructura, se desarrolla y se va auto-creando, es un todo estructurado y dialéctico. La *totalidad* se manifiesta en infinidad de cambiantes expresiones concretas (por eso la realidad es también cambiante e inabarcable), como los individuos, que no son sino partes de ella. Partes singulares, eso sí, en cuanto que a menudo cada quien ha interaccionado diferentemente con distintas fracciones de esa *totalidad* (por más que todos resulten afectados de una u otra forma por los mismos procesos institucionalizados e instituyentes de aquélla).

Pero la *totalidad* capitalista no es solamente el mundo de los fenómenos externos, de los objetos fijados: estructuras, instituciones, individuos, identidades, que en el caso del capitalismo se manifiestan como formas de la *mercancía-valor*. La totalidad, paradójicamente, es incompleta (es una forma de designación de lo que aspiramos a conocer, siempre parcialmente), es dialéctica y se puede dislocar, desorganizar, descomponer, desmoronar, reelaborar, rehacer. Podemos renegar de nuestras identidades (Adorno –1993– y su identidad negativa), de nuestros "yo" forjados por el capital, para emprender la separación con lo que nos ha hecho sin valor, (con frecuencia) insignificantes mercancías, pues toda totalidad es inacabada, inestable, incompleta, reversible, transformable y, finalmente, perecible; pues siempre es sólo una parte de un todo mayor.

Por eso, a diferencia de lo que proclama la tan manida como estéril acusación de economicismo, lo que distingue en el fondo al marxismo de otras perspectivas y estrategias de investigación, no es la primacía de los factores

económicos sino la constitución de un cuerpo teórico-práxico integrado de lo social como resultante de un conjunto infinito y cambiante pero estructurado y sucesivamente jerarquizado de factores. Es decir, se trata de una integral comprensión y actuación de y sobre el mundo, de la totalidad de los factores que constituyen la vida social, donde la teoría y la acción están inter-penetradas y se modifican entre sí tanto como al propio mundo sobre el que inciden y del que se reconocen una de sus partes cambiantes (Borón, 2014:188-189).

La condición clave es no entender más las partes de la sociedad de manera separada; de ahí que a Marx nunca se le ocurrió desarrollar una teoría política ni una teoría económica, por ejemplo, sino que lo que hizo fue elaborar una penetrante crítica de la "economía política" dada, a la que opuso el análisis dialéctico del *todo* y sus partes. Análisis de la totalidad, el capitalismo, que a su vez no es sino una totalidad dentro de otra: la de la especie humana, que a su vez es una totalidad dentro de otra, la de la Vida, que a su vez es una totalidad dentro de otra, el Cosmos…

Aquí la grandeza de Engels en su Dialéctica con tres movimientos: 1/ Observación directa del mundo; 2/ Análisis o descomposición del mundo en sus partes; 3/ Síntesis o recomposición del mundo en virtud de elementos teóricos inducido-deducidos. Ve la Filosofía como ciencia del pensamiento teórico. Ha de estar, por tanto, arraigada al mundo material y no existir como mera gnoseología. Lo material acompaña a lo dialéctico en cuanto que la materia precede a la idea, el organismo a la conciencia, la formación orgánico-química de la vida a la especiación y al "homo sapiens-sapiens", los procesos para conseguir energía a los ratos para dedicar al arte y a la filosofía... Pero una vez que esos procesos cobran existencia, la idea, la conciencia, la filosofía, entran también en relación dialéctica con el *todo*. Sólo que se explica más desde el otro comienzo que al revés. "La materia no existe como algo opuesto a la idea, sino que ambas son una misma cosa, intrincada, conectada. De este modo, el objeto del pensar no es ya la materia como opuesta a la idea, sino la unidad dialéctica de materia e idea en la forma de *procesos* de una *totalidad* compleja, estructurada y contradictoria" (Felip, s/f: 10).

Entonces la *dialéctica* permite apreciar la interpenetración de, y al mismo tiempo distinguir entre, la apariencia y la esencia, la identidad y la diferencia, la cualidad y la cantidad, la negación y la negación de la negación, la

contradicción inserta en todo lo existente.

La investigación social adquiere, así, diferentes grados de concatenación explicativa: a) la palanca más importante que mueve a la sociedad capitalista: la mercancía-valor-capital; b) los procesos de producción, reproducción, distribución, intercambio y consumo. De esta manera entendemos cómo el *valor* adquiere *forma* en mercancías, dinero, capital y beneficio, pero también en ideas y representaciones del mundo, en relaciones sociales.

De ahí a las concreciones del análisis sistémico (del todo) que ha de proceder por pasos concretos: 1) establecer los rasgos primordiales del capitalismo actual (análisis de fase); 2) encontrar qué ha ocurrido en el pasado que explique el actual estado de cosas (análisis histórico); 3) hacer la re-abstracción de la totalidad para entender el proceso completo del devenir del todo (secuenciación diacrónica); 4) proyectar esa comprensión integral hacia el futuro, a partir del despliegue de las contradicciones y posibilidades emergentes que arrastra su evolución actual (predicción); 5) mirar desde el (proyectado) futuro de nuevo al presente, para entender mejor su juego de tensiones y potencialidades (comprensión holística de la totalidad social concreta). A partir de aquí ya tenemos el procedimiento para revisar nuestra comprensión de la imbricación de la *totalidad* y sus partes o manifestaciones concretas-históricas, entre las cuales situamos a nuestra propia teoría, sus explicaciones históricas y sus probables evoluciones. También tenemos una inmejorable manera de contrastar nuestros resultados con los de quienes aplican versiones interesadas, morales (desde su propia ideología) o parciales y "externas" a la realidad, sobre el pasado, el presente y el futuro (que desean o que quieren inculcar)[3].

> "La *filosofía de la praxis* (como el comunista italiano Antonio Gramsci denominaba al marxismo en sus *Cuadernos de la cárcel*) entiende el pensamiento conectado con la realidad de manera indisoluble. No hay un pensamiento sin influjo sobre la realidad, ni una realidad que no determine el pensamiento" (Felip, s/f: 10).

El propio Gramsci (1986), como incluso antes que él, Labriola, llegaron a considerar la praxis como la totalidad de la actividad generada por la comunidad.

Marx siempre analizó el capitalismo como una combinación de su pasado fáctico, su presente real y su probable (o cuanto menos posible) futuro. No hay

determinaciones inmutables en la dialéctica, pero tampoco arbitrariedades. El materialismo "determina" pero no insalvablemente, tampoco mecánicamente. En la ciencia física se admite perfectamente la determinación de unos procesos sobre otros (si alguien se tira al vacío desde un décimo piso es prácticamente seguro que se mata), ¿por qué eso mismo en la ciencia social se entiende como "determinismo"? ¿precisamente para que no pueda haber una explicación comprehensiva, coherente, integrada, del conjunto de procesos sociales?

La dialéctica le da una dimensión abierta a lo material, mientras que el prisma materialista encauza la infinidad de posibilidades dialécticas y prende una luz en el camino por el que tienen más probabilidades de decantarse hacia unas u otras coagulaciones de la realidad. Sin esta combinación dialéctico-materialista estamos a oscuras en el mundo[4]. Todo sería igual de posible y nunca daríamos con lo que determina más las posibilidades de unas u otras realidades, decursos de acción y procesos sociales en cada momento. Más o menos en la situación en que se encuentra hoy buena parte de la "ciencia social" dominante.

En este punto hay que destacar el esfuerzo de algunos autores, que como Edgar Morin han querido abrir paso a un pensamiento complejo. Morin (1994: 106-107) hablaba de tres principios sustentadores del mismo: 1) dialógico [lo individual y lo transindividual pueden ser complementarios pero también antagonistas, y tienen todo un conjunto de posibilidades intermedias que no se anulan entre sí]; 2) de recursividad organizacional [lo producido puede ser también productor-reproductor de lo que lo produce, pero también destructor; el efecto puede hacerse causa de su causa, que se transforma en efecto, con la potencialidad de modificarse mutuamente en el transcurso…]; 3) hologramático [el todo está en cada parte, que a su vez refleja o es una concreción del todo, pero no la única posible]. El pensamiento complejo estuvo vinculado a la Teoría de Sistemas y la Cibernética (Bertalanffy, Wiener, Von Foester, Boulding, …), y ha ido dando paso a las que hoy empiezan a conocerse como "Ciencias de la Complejidad". El problema de la mayor parte de estos adalides del pensamiento complejo, no obstante, es que terminarían por desligarlo de una proyección política acorde, "compleja" [y que en su complejidad incorporara precisamente la transformación sistémica, para retroalimentarse congruentemente con tal pensamiento]. Lo que solieron

hacer, más bien, fue empotrarlo en el propio devenir del capitalismo, como si este último fuera un modo de producción susceptible de ser razonable (y justo), sólo por efecto del propio pensamiento [por ejemplo, en el caso de Morin, como si el capitalismo pudiera proporcionar una "democracia cognitiva", cuando todo su entramado de poderes se basa precisamente en la fetichización, mistificación y, en última instancia, desconocimiento de la realidad por parte de los/as subordinados/as]. Y es que cuando se desliga uno de los polos, el material, del entendimiento del mundo, se vuelve al idealismo en su versión más inofensiva, por mucho que vaya disfrazada de "compleja"[5].

---

1. No hay perspectiva del Todo que pueda validarse a sí misma por encima de las otras, fuera de su propia construcción paradigmática, pero unas y otras perspectivas o "puntos de entrada" al mundo sí tienen distintas implicaciones para la existencia de los individuos. Su validación, en lo social, transcurre a través de su capacidad para mejorar las oportunidades de vida de éstos. El punto de entrada epistemológico del marxismo es materialista-dialéctico, y su punto de entrada teórico es materialista-histórico a partir de la *relación de clase* (ver sobre esta última, Tema II de este Apéndice). Para abundar en estas consideraciones, Resnick y Wolff (1989).

2. Se escapa totalmente a mis posibilidades y al objeto de este libro entrar aquí en el debate sobre "la nueva dialéctica" o "dialéctica sistemática" que defiende que la obra de Marx, y en concreto *El Capital*, no es sino una sucesión de la *Ciencia de la lógica* de Hegel, en cuanto que articulación de categorías designadas para conceptualizar una totalidad concreta existente. El carácter sistemático tiene que ver, ante todo, con una estructura relacional en donde cada categoría adquiere su significado pleno sólo vinculada con otra. Nada más quisiera señalar que sobre las dos corrientes principales de esa "nueva dialéctica", la de Christopher Arthur y la de Tony Smith, Caligaris y Starosta (2015) dicen que pueden resumirse en la propia interpretación de Hegel, pues mientras que de acuerdo al enfoque de Arthur el contenido de la *Lógica* es puro idealismo, para el enfoque de Smith es puro materialismo. Sin embargo, para Caligaris y Starosta ni el contenido ni la forma del método utilizado por Hegel pueden ser apropiados acríticamente para el desarrollo de la crítica marxiana de la economía política, dado que por tomarse como punto de partida una forma del puro pensar descubierta mediante un acto de abstracción absoluto, dicho 'núcleo racional' queda expuesto bajo una 'envoltura mística' y, por tanto, en relación de exterioridad respecto del movimiento de lo concreto real. Lo cual es antitético con el proceder dialéctico de Marx. Es conveniente consultar Carchedi (2009b) en su crítica a Arthur para tener en cuenta las implicaciones políticas de la "nueva dialéctica", que pasan en el caso de este último autor por negar que sea el Trabajo el creador del valor y del plusvalor, para hacerlos recaer en el propio capital, dado que aunque no produzca las mercancías es el que convierte al trabajo concreto en trabajo abstracto y por tanto permite la aparición del *valor*, consiguiendo por contra hacer de las mercancías valores de uso, que es una forma de compensar a la fuerza de trabajo por su explotación. Este conjunto de premisas absurdas desemboca en una identificación muy al gusto de algunos neomarxismos y de buena parte de la teoría social "post": la subordinación de la explotación a la alienación.

3. La inspiración de estos puntos en Ollman (2019). También sigue siendo interesante consultar Gurvitch (1969), quien entre los aspectos relevantes que concede a la dialéctica habla de la necesidad de tener en cuenta siempre las relaciones entre el método dialéctico y el movimiento dialéctico real.

4. Ya Engels proclamó que el materialismo dialéctico había sido la mejor herramienta de trabajo que él y Marx habían encontrado, y *su más afilada arma* para conectar la teoría y la práctica (en Ollman, 2019:

109).

5. Una actualización histórica de la dialéctica conectada a unas u otras implicaciones políticas, y contraponiéndola a una filosofía universalista y etnocentrista de la historia, puede verse en Kohan (2018).

Tema II
Relación de clase, luchas de clase y dialéctica sistémica de las clases

El principio fundamental del materialismo histórico no es la clase ni las luchas de clase, sino la organización de la vida material y de la reproducción social. La *relación de clase* entra en escena cuando una parte de cualquier colectivo humano o sociedad está compelida, mediante un acceso desigual a los medios de producción y vida, a transferir una parte o la totalidad de su trabajo en beneficio de otra parte de ese colectivo o sociedad. La *relación de clase* entraña, por tanto, el hecho de que unos seres humanos se apropien de parte o de la totalidad del hacer y de lo hecho por otros (quienes son expropiados de su hacer y de lo hecho, ya sea mediante la fuerza explícita y directa, la servidumbre o la dependencia aceptada, ya mediante un salario, por ejemplo). Es decir, cuando entre unos y otros seres humanos media un proceso de *explotación*.

La *relación de clase* es pues una relación de explotación en este sentido amplio. Implica un antagonismo básico: el beneficio de unos depende de algún grado de expropiación de otros, de usurpar y por tanto menguar sus oportunidades de vida[1]. Esto es, de mantener la escasez (relativa o absoluta) de los demás, y con ello su subordinación. Implica siempre algún grado de expropiación y sometimiento del *trabajo vivo*. Tal circunstancia entraña un antagonismo estructural inserto en las raíces de cualquier sociedad desigualitaria (que albergue relación de clase o explotación interna), haciendo aquél las veces de dinamo o motor de su movimiento histórico[2].

En el modo de producción capitalista la relación de clase se expresa *fundamentalmente* por medio de la plusvalía que la mayoría (la clase parcial o totalmente desposeída de medios de producción que tiene que vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario –clase trabajadora asalariada–) genera para beneficio de una minoría (la clase capitalista).

El que esa sea la expresión *fundamental* de la explotación capitalista no quiere decir que lo sea en sentido ontológico, sino histórico-dialéctico: el *capital* es tal merced a la extracción de plusvalía a través del trabajo abstracto. Eso tampoco significa que otras formas de explotación no sean importantes, al contrario,

pueden ser imprescindibles para mantener esa forma *fundamental* de explotación, pero no son inmanentes (ni por tanto caracterizadoras) del capitalismo. En este modo de producción quedan integradas en su relación de clase fundamental, subsumidas por el *capital* a ella.

Las relaciones de clase, y por tanto las luchas en torno a ella, adquieren asimismo *potencial fundamental* como fuerzas dinamizadoras y también transformadoras, porque se ubican en el corazón de la existencia social (cuadro AP-I).

Pero en la relación de clase fundamental, en la explotación del Trabajo por el Capital caben muchas explotaciones. La dinámica de explotación en sentido amplio, cada vez más caracterizadora del capitalismo terminal, como vimos en el capítulo 1, hace que podamos ampliar también, políticamente, la concepción del *Trabajo* con mayúsculas.

Así, podemos considerar como comprendidos por la misma a quienes no detentan capital ni medios de producción (al menos no suficientes como para depender de sí mismos para vivir) y por tanto tienen que enajenar su fuerza de trabajo de sí mismos/as y ponerla al servicio de otros, o bien autoexplotarse[3], como único o principal medio de garantizar su subsistencia; son quienes abandonan, generalmente a cambio de una remuneración o de una ganancia subordinada, todo derecho sobre el producto de su trabajo; dependen para poderse procurar la vida de las decisiones de quienes tienen los medios de producción en gran escala.

Igualmente, incluyo aquí a quienes son objeto de multivariadas formas de explotación al margen del salario (las mujeres, por ejemplo, en cuanto que categoría sociológica; poblaciones colonizadas, marginadas, de reserva, etc.)[4].

El *capital* tiene una encarnación, que le dota de carácter agencial, que le proporciona "conciencia": la de quienes actúan para reproducir o ampliar en beneficio propio esa relación social que constituye la substancia del *capital* y por tanto la razón de ser del *capitalismo*.

Cuadro AP-I. Por qué la relación fundamental de explotación capitalista forma clases. El trabajo abstracto como fuente objetiva definitoria de clase respecto del capital y su potencialidad antagónica anticapitalista (explicaciones de Adrián Piva y de Jesús Rodríguez Rojo)

Explicación de Adrián Piva[5]

"El punto de partida específicamente capitalista de la producción es la reunión bajo el mando de un capitalista de un número suficiente de obreros, que permite liberar al capitalista del trabajo manual. En

la cooperación simple –la mera reunión bajo el mando de un mismo capital de obreros que realizan de manera independiente y aislada los unos de los otros la totalidad del proceso de producción de los valores de uso– ya, sin embargo, algo ha cambiado. Su reunión en un mismo espacio y bajo una única dirección, crea por sí misma una capacidad productiva superior. Esta fuerza productiva de la cooperación social de los productores directos es apropiada gratuitamente por el capitalista. Por otra parte, en la medida que los trabajadores se enfrentan individualmente –en tanto propietarios de fuerza de trabajo– al capitalista en el mercado y que en el proceso de producción, y sólo como efecto del uso que hace el capitalista de la fuerza de trabajo que ha comprado, funcionan como capital variable, esa fuerza productiva social del trabajo se enfrenta a los productores directos como fuerza productiva del capital. No obstante, en este punto del proceso –en la cooperación simple–, los trabajadores reunidos por el capitalista en el taller, sólo son constituidos como "obrero colectivo" –como fuerza productiva directamente social– "desde fuera" por el mando unificado del capitalista. Las relaciones entre ellos sólo existen mediadas por la relación que une a cada obrero individual con el mismo capital que los constituye en capital variable en funciones y, por lo tanto, en fuerza productiva de ese capital.

Es con la introducción y desarrollo de la división técnica del trabajo en la manufactura, cuando los obreros individuales que han vendido –bajo la forma de contratos individuales– su fuerza de trabajo al capitalista, entran en la producción en relaciones entre sí y con el capitalista en las que existen directamente como obrero colectivo. Producto de la división técnica del trabajo y de la especialización de tareas, el obrero individual funciona en la producción como obrero parcial, como órgano del obrero combinado. Las relaciones técnicas de interdependencia entre los puestos de trabajo son relaciones de interdependencia entre los obreros individuales.

Esto se manifiesta en el hecho de que si antes –en la cooperación simple– el obrero individual se veía obligado a vender su fuerza de trabajo por la desposesión de los medios de producción –y realizaba su tarea del mismo modo en que lo hubiera hecho en su propio taller– ahora el obrero parcial, especializado, es incapaz de funcionar productivamente si no es en unión con los otros órganos del cuerpo colectivo. La mutilación y descalificación del obrero parcial es la contracara del carácter completo y técnicamente superior del obrero colectivo, que se enfrenta a los obreros individuales como potencia del capital.

Con la gran industria este proceso de expropiación de las capacidades productivas del obrero individual experimenta un cambio cualitativo. Con el sistema de máquinas, la división subjetiva de las tareas deviene división objetiva. Al mismo tiempo, en su desarrollo, la mecanización y luego la automatización, al abstraer las capacidades productivas del obrero, vuelve al trabajador cada vez más indiferente al trabajo concreto: del trabajo en este o en aquel puesto, del trabajo en esta o en aquella rama. El trabajo se vuelve crecientemente colectivo. Cada vez resulta más difícil referir los aumentos de productividad al gasto individual de fuerza de trabajo. Es decir, desarrolla cada vez más al obrero colectivo y cada vez enfrenta más esta potencia social como potencia del capital, frente al vendedor individual de fuerza de trabajo.

El proceso progresivo de subsunción del trabajo al capital, por las relaciones que establece entre los productores directos entre sí y entre éstos y el capital, constituye al obrero como obrero colectivo. El plusvalor es producto de éste y no del obrero individual. *Es de esta existencia colectiva que se deriva su potencialidad de devenir sujeto a nivel político*. [Énfasis añadido]. Y es esa potencialidad, no su actualidad, la que diferencia a la clase obrera de los campesinos parcelarios franceses, el hecho de que su constitución como una clase no depende de su unificación "desde fuera". Sólo en este sentido la existencia individual de los vendedores de fuerza de trabajo es ya "clase en sí". La categoría de "obrero colectivo" no es sólo aplicable a los obreros directamente explotados en el proceso capitalista de producción. En la medida que los productores directos se encuentran separados de los medios de producción, y se constituyen en vendedores de fuerza de trabajo, las condiciones de realización de esa

mercancía resultan modificadas por los cambios en el proceso de producción. Las transformaciones en el proceso de trabajo afectan la composición de clase del conjunto de la clase obrera, desde la estructura de calificaciones –y la 'obsolescencia' de determinadas calificaciones– hasta la distribución de la fuerza de trabajo en ocupaciones productivas e improductivas, pasando por la determinación de los salarios. La transformación de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo es, a la vez, transformación de la composición de la clase obrera, de ocupados y desocupados, productivos e improductivos, etc. [...]

De hecho, la propia clase capitalista no sale sin modificaciones en su composición del proceso de colectivización del trabajo. La subsunción del trabajo al capital implica niveles superiores de concentración del capital y la aceleración de los procesos de centralización. La aparición de las sociedades por acciones refleja el hecho de que la contradicción entre producción social y apropiación privada llega a extremos en los que ningún capitalista individual, aun el número uno en el ranking de Fortune,

es capaz de poseer el volumen de capital necesario para determinados niveles de concentración. El capitalista se transforma en "capitalista combinado".

La subsunción del trabajo al capital, entonces, produce, reproduce y profundiza la separación de los productores directos de sus condiciones de existencia, presentando cada vez más a los individuos como personificaciones del trabajo frente al capital y como personificaciones del capital frente al trabajo. Pero es precisamente este mínimo de subjetivación lo que los produce y reproduce en cuanto clases. La contradicción capital/trabajo, inmanente a la relación de capital, se desarrolla como antítesis externa a través del antagonismo de clase. El antagonismo de clase es, aunque sólo en una distinción analítica, una forma particular de la relación de capital (Piva, 2008: 125-128).

"A medida que el proceso de subsunción avanza la determinación de la vida de los individuos por la contradicción capital/trabajo y el establecimiento de sus relaciones como relaciones objetivas entre ejemplares de clase adquieren un alcance y una centralidad mayores" (Piva 2017: 212).

La socialización de la producción que se da en la fase actual del capitalismo implica que esa clase se extiende más socialmente, al tiempo que al quedar menos interconectada se debilita la subjetividad de clase, además de por las múltiples fragmentaciones internas a la misma.

Explicación de Jesús Rodríguez Rojo

"Las clases sociales, como es bien sabido, se relacionan entre sí a partir del mutuo enfrentamiento. Tan solo a partir de esta relación específica las clases se reconocen y se constituyen, en este proceso se alcanzan determinaciones no esbozadas hasta ahora: el correlato en la conciencia del desarrollo del capital" (Rodríguez Rojo, 2017: 268).

En un primer nivel trabajo y capital (y quienes detentan uno y otro activo) se intercambian como "libres". En un segundo nivel de extracción de la plusvalía se produce el valor y la conciencia de oposición en torno al precio de la fuerza de trabajo por su valor. Esta es la relación que confiere la dimensión antagónica intrínseco-dialéctica a la mercancía fuerza de trabajo como trabajo efectivo. Se halla en la raíz misma del sistema, potencialmente capaz por tanto de desbaratar todo el proceso del capital. El Capital actúa como clase al control de los procesos productivos. El Trabajo como la ausencia de ese control, como proto-sujeto disgregado.

En el tercer nivel, realización de la plusvalía en ganancia, es cuando el Capital, al competir por su beneficio contra otros capitales, se divide y no tiene control del conjunto de la economía, cada quien tiene que pugnar por explotar más a su fuerza de trabajo (explotación que, con el tiempo, se tiene que inclinar cada vez más hacia su forma extensiva, dado que sólo con la intensiva aumenta la composición orgánica del capital, poniendo en peligro la misma tasa de ganancia).

La fuerza de trabajo es susceptible de pasar de la condición de agente que opone resistencia-lucha en la producción, a sujeto-clase que enfrenta la ganancia del capital como un todo.

El proceso es un compendio de los tres momentos, que pueden reforzarse mutuamente, aunque no

hay ninguna necesidad de que se dé así. [6]

Como quiera que la propia ley de competencia capitalista lleva a la sobreacumulación de capital (ver capítulo 3), es decir, a la crisis, Rodríguez Rojo concluye:

Esta lectura nos permite, a través de la comprensión de la caída tendencial de la tasa de ganancia y sus expresiones, explicar cómo se concreta una primera plasmación de la famosa contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. El despliegue de las potencias humanas entra directamente en contradicción con las bases privadas de la producción, lo que da lugar a la crisis y, con ella, emerge la posibilidad de la organización obrera general [] Ya conocemos las tendencias que rigen el modo de producción capitalista y cómo estas se plasman en agentes, dotados de conciencia, que personifican diferentes intereses, en muchos casos, contrapuestos. Hemos visto cómo la lucha de clases, que ahora sí se presenta directamente como tal, no puede ser concebida como un factor extra-económico, al menos no si por ello se entienda ajeno a la dinámica de acumulación. Precisamente de ahí es de donde puede emanar una teoría de la revolución social. En tal cosa deben converger orgánicamente factores, relacionados con el contenido material de dicha conciencia […]

La lucha obrera revolucionaria es la forma en que el capital niega (supera) la forma del carácter privado del trabajo que lo trajo al mundo. Y lo hace debido a sus propias leyes, aunque este conflicto se plantee inmediatamente en las conciencias de sus portadores y portadoras sin más determinación que el resultado de su propia conducta regida, a través de la voluntad, por sus principios y valores (2019b: 73 y 74).

"Cuando el avance del tipo de conciencia que reclama la producción de plusvalía relativa la lleve a abarcar el conjunto del proceso de trabajo social, cuando se universalicen estos atributos productivos gracias a la extensión del "trabajo científico general", se disolverán las bases de la enajenación que sostienen hoy la existencia del capital, del estado y, por ende, de la propia clase obrera. Este movimiento, la permanente revolución de las condiciones de producción, porta la superación del modo de producción capitalista a la vez que la construcción de la sociedad de 'productores asociados' (2019b: 98).

Y termina citando a Marx, porque el "verdadero límite de la producción capitalista es el propio capital", pues "el capital trabaja en favor de su propia disolución como forma dominante de la producción" (2019b: 99).

Por eso,

"si el capital está destinado a acabar, si es un fenómeno histórico, y estamos convencidos de ello, tal historicidad no puede extraerse más que de sus leyes internas que, como hemos señalado, lo empujan constante y progresivamente a su superación" (2019b: 100).

Clase sociológica o la aportación de Weber al concepto de clase social y la contribución weberiana de Wright

Así concluye Piva su argumentación:

"Es decir, la clase desde el punto de vista marxista es una relación social objetiva y antagónica. De esto se deduce que a medida que progresa la separación de los productores directos de los medios de

producción (por medio de la competencia o a través de nuevos de procesos de acumulación originaria) y, con ello, se extienden las relaciones capitalistas, aumenta el espacio social de las relaciones objetivas de clase, es decir, más personas se relacionan como ejemplares de clases. Esto no significa homogeneidad –como veremos cuando nos refiramos a la estratificación según clase sociológica– ni que este modo de subjetivación se constituya en fundamento inmediato de procesos de identificación y acción colectiva" (2017: 185). De hecho, "dado que la subsunción del trabajo al capital al tiempo que colectiviza las relaciones sociales, produce cada vez mayor individualización en condiciones de lucha competitiva, efectivamente existe un 'problema de la acción colectiva'" (2017:215).

Precisamente a los diversos elementos sociales de identificación, de identidad de clase o diferencia dentro de las clases es a lo que se ha llamado "clase sociológica".

Para Weber (1993) "clase", en lo fundamental, refiere a una relación causal objetiva entre determinados atributos vinculados a la "situación de mercado" y determinadas probabilidades de vida de un grupo humano. Relación causal que es independiente de la existencia o no de acción colectiva fundada en esa situación de clase común[7]. Es decir, la definición de Weber coincide operacionalmente con la noción de "clase sociológica" (en cambio, el estatus supone una orientación efectiva hacia la diferenciación social, de donde proviene, en la perspectiva weberiana, el motivo de la acción) (Piva, 2017).

La configuración de las clases sociológicas radica en el modo de distribución de la riqueza social generada (parte recibida por unos u otros fragmentos de clase, en forma de salarios, emolumentos, estipendios, honorarios, comisiones, asignaciones y recompensas en general desigualmente percibidos), así como en el desigual acceso a los medios de dirección social y supervisión laboral. Estos mecanismos de diferenciación interna se expresan en formas de conciencia que por lo general se separan de la *clase* e incluso a menudo se muestran ajenas o incluso opuestas a ella. También en identificaciones de "clase como estatus", que se anclan en el consumo.

Pero hay más relaciones estructurales de desigualdad que intersectan la división de clases. Para conseguir la plusvalía procedente del plustrabajo el capital necesita que otros seres humanos (sobre todo mujeres) se encarguen, sin salario, de "producir" y mantener a quienes generan aquélla, lo que incluye el logro y preservación de los bienes comunes que permiten la vida. También, en general, requiere de trabajo sólo parcialmente cubierto por el salario y/o otras

formas de prestación laboral no asalariada (además de la extracción sin compensación de riqueza natural). Los trabajos no remunerados o sólo parcialmente remunerados mediante salario, aunque no están en la relación fundamental del *capital*, son imprescindibles para la misma.

De manera que si la relación de clase o explotación capitalista tiene su expresión en su particular División Social del Trabajo, hay otras divisiones del trabajo que la complejizan, y son susceptibles de constituir también *formas* o expresiones (complementarias) de la *relación de clase*. Se trata, por ejemplo, de la División Sexual y de la Étnica o Cultural del Trabajo (que podrían coincidir con la relación de clase *fundamental* capitalista siempre que la apropiación y consecuente división social del trabajo se hiciera exclusivamente a partir de criterios de género o étnicos). Pero en las formaciones sociales capitalistas, *género* y *etnia* constituyen expresiones transversales a la relación de clase capitalista, a la que "abren" al afectarla en ambos lados de la misma, tanto vertical (Capital/Trabajo), como horizontalmente (sobre todo Trabajo/Trabajo, pero ocasionalmente también como Capital/Capital[8]).

Las *relaciones de privilegio* que obedecen a los patrones de género y étnicos son las que están hoy más fuertemente arraigadas al presentar una base sociohistórica naturalizada.

Sin embargo, hay otras relaciones de privilegio estructurales que pueden devenir de las diferentes posiciones en los procesos productivos o de la distinta inserción en los mismos:

a) bien por posesión de cualificaciones que otros no tienen

b) bien por formar parte del engranaje directivo o supervisor en esos procesos

Posibilitan, por tanto, el acaparamiento de oportunidades de vida también entre el Trabajo a través del diferente acceso de unas u otras personas que integran este lado del binomio de clase a los recursos, a los medios e instrumentos de producción de pequeña escala o a la posición dentro de una división social del trabajo dada (detentación de más o menos medios de organización)[9]. Todo lo cual determina unas *relaciones de privilegio* estructurales (Wright, 1994, 1995).

Todas estas diferencias atañen horizontalmente a la relación Trabajo/Trabajo, atravesando y segmentando al conjunto de la población. Eso quiere decir que las relaciones de clase, expresadas en identificaciones sociológicas de clase y

estatus, no sólo conllevan el enfrentamiento, también pueden articularse en colaboraciones subordinadas o "simbiosis" pasajeras, sean conscientes o inconscientes. Así como de conflicto al interior del propio Capital y el propio Trabajo.

En todo ser humano se reproduce el desgarro vertical (Capital/Trabajo) y el transversal (generización, etnificación...), como parte del horizontal (Capital/Capital o Trabajo/Trabajo), siguiendo estas divisiones o muchas otras[10]. Es decir, todo ser humano es un *sitio* de diferentes posiciones de clase, albergando en sí un germen de transformación y a su vez de perpetuación del antagonismo de clase en sus variadas expresiones. En realidad, *las clases* vienen a designar una suerte de "meta-relaciones sociales", que determinan las relaciones más concretas, penetradas por multitud de variables, en que los seres humanos de carne y hueso desenvuelven sus vidas (Bidet y Duménil, 2007: 195). Por eso es tan fácil "desconstruir" las identidades de clase y su potencialidad para articular sujetos colectivos, como hace la postmodernidad, ensalzando y promoviendo por contra todo tipo de identidades particulares, micro, que separan a los sujetos entre sí y que les dejan para su conformación social al albur de unas y otras contingencias y coyunturas sociales y de construcciones heterónomas. Con ello se ignora deliberadamente que aquellas identidades no están dadas, sino que son políticas, es decir, construidas en torno a fines sociales, precisamente para posibilitar sujetos masivos, los únicos con potencialidad para transformar las condiciones estructurales de partida (Piqueras, 2004).

De ahí que sea especialmente importante recalcar que dentro del modo de producción capitalista las "relaciones de privilegio" entre el Trabajo son asimismo parte integral de la relación Capital/Trabajo, dado que quedan subsumidas a (son aprovechadas para perpetuar) la dinámica de acumulación de capital. Vamos a ello con más detalle.

Desmenuzando un poco más el análisis marxiano de clase

En realidad, en el análisis marxiano hay tres niveles de análisis de las clases: el

modo de producción, la formación social (o socio-estatal) y la coyuntura política (Duek e Inda, 2007)[11]. En el primero hay dos clases fundamentales, que se disciernen a partir de la plusvalía: quienes viven de la plusvalía generada por los demás y quienes generan o contribuyen a la generación de plusvalía para otros, aunque no estén directamente bajo relación salarial. Con una mínima clase media entre ellas, la de quienes tienen suficientes medios de producción como para no tener que trabajar para otros, pero no tantos como para hacer que otros seres humanos trabajen para ellos. En esta última también se encuentran quienes ocasionalmente pueden contratar trabajo ajeno pero no pueden librarse de emplear su propio trabajo (pequeños patronos).

En el nivel de la formación social se combina el modo de producción dominante –el capitalista–, con otros modos de producción, que al resultar subordinados quedan como "formas de producción" dentro del dominante, pero que todavía son susceptibles de contener sus propias clases sociales (como clases en transición), que se combinan y recombinan con las clases fundamentales del orden capitalista y dan lugar a una determinada *estructura de clases* en cada formación social (ver aquí también Poulantzas, 1981). Hay que tener siempre presente, entonces, que cada estructura de clases genera patrones distintos de reproducción social, lo que conduce a un principio fundamental para la teoría marxista: las sociedades con estructuras de clases cualitativamente diferentes deben ser vistas como sistemas sociales diferentes (Chibber, 2008).

Por fin, la coyuntura política denota el «momento actual» de una formación social, la situación concreta de la lucha política de clases. Es en este nivel de análisis donde a mi entender resulta más pertinente distinguir entre *determinación estructural de clase* y *posición de clase en la coyuntura* (Duek e Inda, 2007), de cara a entender cómo esta última puede estar en sintonía o no con la primera, es decir, con eso que llaman "intereses de clase".

En suma, según esta estratificación y conceptualización del análisis marxiano, los sujetos salidos de la *relación de clase fundamental* son los únicos que objetivamente pueden constituirse en clase y como clase desbaratar el valor-capital constitutivo del modo de producción capitalista. Otras formas de explotación que no pasan por el trabajo abstracto, como la de género, no forman "clase social" precisamente por su desconexión agencial objetiva, por la individualización de su explotación, independientemente de si se adquiere o no

conciencia de ella. Así por ejemplo, las mujeres en cuanto que "encargadas" de la producción y reproducción de productores, no son agentes requeridos para cooperar entre sí en virtud de la acumulación capitalista, sino al contrario, lo son para contribuir indirectamente a la misma confinadas en unidades domésticas ajenas unas a otras. Y lo mismo ocurre con los agentes sociales provenientes de formas de dominación y explotación pre-capitalistas que son utilizadas a la vez para la reproducción social de la fuerza de trabajo y como ejército laboral de reserva.

Esto no es óbice para que en unos u otros casos puedan convertirse en sujetos de lucha colectiva, abriendo de esa manera la potencialidad de la clase social, para que las luchas de clase puedan devenir realmente luchas de clases, incorporando cuantos fragmentos de clase, clases en transición y población subordinada en general sea posible. Tal consideración apunta también, por tanto, a que para que las clases inherentes a la relación del *valor-capital* puedan acopiar un mayor potencial transformador, precisan diluir las fragmentaciones internas al Trabajo (suprimiendo también las divisiones motivadas por el aprovechamiento del trabajo ajeno o la usurpación de oportunidades de vida dentro del mismo)[12].

Los postmarxismos han fallado especialmente en reconocer que las diferencias de etnicidad, "raza", nacionalidad, género o edad han sido *también*, aunque no sólo, expresiones en las que el capital ha plasmado su imposición del trabajo abstracto a la población, separándolo de la reproducción del trabajo vivo, estableciendo distintos agentes y formas sociales de compaginar asalarización con semi-asalarización y no-asalarización, trabajo pago y trabajo no-pago en torno al *valor* como plusvalor social, así como de dividir a la fuerza de trabajo y de rebajar el precio de ésta. Siendo precisamente el salario un elemento desigualador del Trabajo, que favorece la dominación interna dentro del mismo (hombres sobre mujeres, asalariados sobre no asalariados, por ejemplo) (ver aquí Caffentzis, 2103). Esto significa la inclusión del conjunto de personificaciones que integran las formaciones sociales, en agentes directos o indirectos de la valorización del *valor*. Poco podemos entender de la *totalidad social en proceso* que constituye el *capital* si contemplamos las luchas que surgen de los distintos campos contra esa constelación de posiciones, contra esa trama social de desigualdades respecto de la valorización del capital, como separados

"movimientos sociales", en vez de como expresiones de *lucha*, perfectamente complementarias, aunque también posiblemente conflictivas entre sí, contra aquella *totalidad social* y sus efectos concretos sobre las vidas particulares (Cleaver, 2017)[13], en torno a la explotación y la desposesión diferentemente plasmada en unos u otros sectores de la sociedad.

La identificación que hizo Marx del *capital* como una potencial *totalidad* de expansión continua fue malinterpretada por el post-estructuralismo, post-modernismo y post-marxismos, también a menudo por los marxismos de nuevo cuño, como un intento suyo de imponer una meta-narración histórica, en vez de fijarse en que es el *capital* el que impone aquella tendencia totalizadora. Negar de dónde partimos es hacer un flaco favor a nuestras posibilidades de emancipación de esa *totalidad*.

Por el contrario, el gran "éxito" del *capital* al proyectarse como *totalidad*, facilitando la labor de sus personificaciones, es que ha supeditado todas las demás líneas de fractura de los seres humanos a su dinámica de extracción de valor, que por eso se ha constituido en hegemónica, sustentadora de todo un sistema social hoy planetario. Circunstancia que transcurre paralelamente a su relativo logro para difuminar la relación de clase vertical Capital/Trabajo, visibilizando, potenciando y multiplicando en cambio, las desigualdades horizontales Trabajo/Trabajo (de estatus, género, generación, culturales, identitarias, etc.).

Posibilidades de las luchas de clase

Las luchas en torno a la *relación de clase* pueden presentar diferentes grados de intensidad, alcance y explicitación. Pero ya sea de forma manifiesta o latente, atraviesan toda la dinámica del modo de producción capitalista.

Cuando las *luchas de clase* están centradas en conseguir una mayor o menor distribución de la plusvalía generada en la explotación, menos tiempo de jornada, condiciones menos intensivas de trabajo, un menor trabajo no pago o semipago, una suavización o reparto del trabajo de reproducción, una mayor disposición de comunes... las decimos, sólo para precisar el análisis, "luchas de clase cuantitativas". De forma también solamente heurística las podríamos

dividir en:

a. *Latentes*. Debidas a la fricción implícita que genera e implica la sujeción y ejecución práctica del trabajo abstracto (el trabajo social que es apropiado) al convertirse en trabajo concreto (el que realiza efectivamente cada ser humano). Pueden traducirse, desde el punto de vista del Capital, en "escamoteos", "negligencias", "desórdenes", "perezas", "absentismos", "mal trabajo", "libertinajes", "vagancia", "ingratitudes" o "infidelidades" obreras, etc.);
b. *Explícitas*. Precisan cuanto menos de un determinado grado de conciencia del antagonismo de clase, y por tanto pretenden la proyectividad colectiva de las acciones recién mencionadas o de otras directamente dirigidas hacia el objetivo del reparto de la plusvalía: actos de protesta en sus distintas expresiones, huelgas, negociación política, etc.

Ahora bien, para que esas resistencias se tornen proyectivas, manifiestas (conscientes y orientadas a la raíz de los procesos), para que puedan constituir un desafío global consciente al mismo hecho de la explotación, haciéndose *luchas de clase cualitativas*, para que se elimine o se supedite en cada ser humano cada vez más su parte que reproduce unas u otras usurpaciones de oportunidades de vida o de privilegios de clase, han tenido que darse parciales transformaciones del Trabajo como objeto de explotación, al Trabajo como *sujeto* de desalienación (que intenta recuperar la totalidad de su tiempo de vida para sí), que se autovaloriza por fuera del *valor-capital*. La autovaloración de los seres humanos requiere necesariamente de la desvalorización del capital, en cuanto que para valorizarse a sí mismos tienen que negar su condición de mercancía "fuerza de trabajo" o "capital variable" que valoriza al capital. Esto quiere decir, necesariamente, que hay partes del Trabajo que han experimentado un mayor desarrollo en el proceso de autonomización ideológica respecto del capital, en su constitución en *sujetos*, en cuanto que procuran establecer sus propias coordenadas sociales[14]. Lo que implica que a lo largo del capitalismo histórico han buscado romper con el *capital* para dotarse de un modo de producción compatible con un modo de vida sin explotación

ni subordinación. Son, pues, luchas planteadas contra la propia explotación, es decir, por la eliminación de la *relación de clase* (luchas de clase cualitativas), que entrañan la persecución consciente de un salto sistémico.

Desconsiderar esta diferencia entre las formas de lucha de clase nos hace muy poco eficaces políticamente.

Sin embargo, tampoco hay que perder de vista que dialécticamente esas luchas no están separadas: las formas de resistencia latente pueden complementarse con las luchas por un mejor reparto de la plusvalía y llevar a importantes modificaciones organizativas del capital. Toda lucha "revolucionaria" empieza primero por esas resistencias y por aspectos "cuantitativos" de la relación de clase. Unas luchas están hologramadas en las otras. Pero sería políticamente inocuo no considerar los distintos alcances y posibilidades de unas u otras expresiones y de cuáles prevalecen en cada momento, a la manera del marxismo abierto y el autonomista. Si las englobamos todas bajo el epígrafe de "lucha" sin más, y absolutizamos a esta última –en cuanto a su efectividad de mover el mundo–, como hacen esas corrientes, no conseguimos más que el desconocimiento concreto de potencialidades y la indeterminación de los decursos sociales, con lo que el análisis concreto de las luchas desaparece, la teoría se hace elucubradoramente abstracta y nuestra praxis inoperante de cara a coadyuvar a aumentar la potencialidad de cada lucha.

Para la *Nueva Crítica del Valor*, la segunda dimensión, cualitativa, de las luchas de clase, simplemente es ignorada. Porque juzga todas las luchas Trabajo/Capital por sus hasta el momento "efectos últimos", que son para ella "la modernización" o prolongación del capitalismo. En absoluto considera sus efectos intermedios en la potencial mejora de condiciones de vida, ni sus posibles objetivos o efectos finales, susceptibles de entrañar la superación de este modo de producción[15].

El marxismo abierto y el autonomista niegan, por el contrario, esa diferencia de cualidad-cantidad y, en general, de grado, así como cualquier sutileza sobre la "lucha", que es entendida en sí misma como una *totalidad*, un germen destructivo del capital, aunque sea a través del permanente condicionamiento de éste. Porque luchar por pan, por unas mejores condiciones laborales, tanto como por la revolución política, por ejemplo, obliga al capital a modificarse.

Por ello, "marxistas abiertos" como Bonefeld, tampoco comparten la distinción entre "clase en sí" y "clase para sí", que entienden como espuria.

Fijémonos que estos últimos neomarxismos no aplican la dialéctica a las propias luchas de clase. Porque de ellas pueden advenir procesos emergentes, de coaligación de contrarios, de recursividad, susceptibles de conducir al reforzamiento de lo dado, así como a una posible transformación ya sea progresiva ya revolucionaria, pero también regresiva de la sociedad. A partir de esa desconsideración dialéctica, no logran discernir entre la colaboración de clase (e incluso subordinación aceptada) que promueven muchas de las acciones del Trabajo (por ejemplo, obreros manifestándose ante el secuestro del empresario de su fábrica, reivindicando la continuidad de la venta de armas en las que están empleados, o los subsidios a su empresa, por ejemplo), así como la competencia y divisiones horizontales entre el propio Trabajo (como cuando la población trabajadora de un país demanda el cierre de fronteras para evitar la "competencia" de la fuerza de trabajo alóctona, verbigracia; o cuando asistimos a las distintas componendas y reivindicaciones de la "aristocracia obrera"…), de aquellas otras que realmente son susceptibles de ir minando al *capital*. Tampoco entienden que unas y otras expresiones de lucha puedan conducir a resultados no esperados y no precisamente progresistas, porque si es verdad que de lo "cuantitativo" (lucha por el salario, por mejores condiciones laborales...) pueden producirse transformaciones "cualitativas", de calado, también puede ocurrir lo contrario: que de las luchas incluso "cualitativas" surjan resultados no esperados o incluso no queridos, y se pueda llegar a situaciones de retroceso social, por cierre de filas de las personificaciones del capital e incremento de la brutalidad política y represión social.

Tanto las luchas de clase cuantitativas –los "intereses inmediatos" del Trabajo–, como las "cualitativas" (o de intereses "transmediatos"), pueden llevar, por distintos resultados y correlaciones de fuerza, a procesos de transformación social en favor de las grandes mayorías, pero también a incrementar la dependencia y la subordinación, así como la "colaboración de clases". Una recursividad (ver Tema I de este Apéndice) en la que el efecto se hace causa de su causa y viceversa. Así por ejemplo, el Estado Social "keynesiano", al que favorecieron en Europa las luchas revolucionarias victoriosas (URSS) o derrotadas (Europa del Oeste), no fue planificado, sino

un resultado emergente que terminó generando momentáneos y parciales "juegos de suma 1" entre el Capital y el Trabajo: crecimiento, productividad, aumento de salarios directos, indirectos y diferidos, mejores condiciones laborales y sociales... en suma, la "opción reformista o socialdemócrata del capitalismo" (Piqueras, 2014a) [tal resultado ha impregnado la conciencia de generaciones europeas bajo la máxima interiorizada de que "si le va bien al Capital le va bien al Trabajo". Eso hace que hoy también, frente al último estallido de la Crisis de Larga Duración capitalista y la mórbida reestructuración sistémica en curso, la mayor parte de las poblaciones del mundo no contemplen la ruptura con el capital, sino que lo que anhelan es que éste se recupere para volver a tener empleo, subida de salarios directos, indirectos y diferidos, crédito fácil, consumo masivo, escuelas para la infancia, trasporte público, servicios deportivos...].

El marxismo como método práxico teórico-político que nos dejó Marx, ha buscado siempre, precisamente, discernir el lado más transformador de cada lucha y potenciarlo, multiplicar sus posibilidades; analizar cuáles son los desgarros que atraviesa cualquier agente individual o colectivo, para dar impulso a los aspectos más liberadores de las luchas, en detrimento de los fraccionamientos y desigualdades horizontales del Trabajo, lo que implica precisamente no ocultarlos o relegarlos, sino vencerlos al mismo tiempo que se supera la relación de clase antagónica, vertical, Capital/Trabajo.

---

1. Las *oportunidades de vida* hacen referencia, en el esquema weberiano, al diferente acceso a los recursos, prestigio y poder que tienen los seres humanos dentro de una determinada sociedad. Condicionando, por tanto, la capacidad de acción y decisión de unas u otras personas y, en conjunto, sus posibilidades de autonomía. Lo que quiere decir, entonces, que la *explotación* no es sólo extracción de plusvalía o de plustrabajo (según los diferentes sistemas socioeconómicos): es también siempre dominación, control de la vida ajena (del tiempo de vida de otros). Materialidad negada, en cuanto que negación de la realización humana.

2. Es importante señalar que cada antagonismo no forma una "clase". La *clase social* como propia del modo de producción capitalista, es una construcción teórica que tiene por fin designar la población que queda a un lado y otro de la relación Capital/Trabajo según la detentación o no de los medios de producción de una sociedad. La "lucha de clases" es una construcción práxica de cara a impulsar las *luchas de clase* que seres humanos concretos realizan con más o menos conciencia explícita para perpetuar, trascender o buscar una mejor situación y posibilidades dentro de esa relación. Por eso, no hay que perder de vista que las clases no son *sujetos*, son una conceptualización, pero también una idea-fuerza que puede proporcionar conciencia colectiva y por tanto constituir sujetos colectivos –acción y organización colectivas– que explicitan en forma de luchas los antagonismos. Más abajo vemos las posibilidades de esas luchas.

3. Debido a la imposición de un índice de ganancia diferenciado resultante de un intercambio desigual (afecta entre otros a buena parte de la categoría de "autónomos", también pequeños comerciantes, cuentapropistas del mercado informal, agricultores...).
4. Creo que esta línea de entendimiento de la clase trabajadora (el Trabajo) está en bastante consonancia con la que viene defendiendo Ricardo Antunes –ver síntesis suya en Antunes (2013)–, y también con la expuesta allí mismo por Nicolás Íñigo Carrera (2013).
5. Piva (2008), siguiendo al marxismo abierto, especialmente a Gunn, distingue entre noción marxista y noción sociológica de clase. Remite la primera al antagonismo de clase (extracción de plusvalía del plustrabajo) como relación social objetiva, oponiendo a las personas como ejemplares de clase. La "clase sociológica" es resultado de la distribución y clasificación de los individuos según atributos significativos. Lo vamos viendo a lo largo de este tema.
6. Creo que esta línea argumental puede completarse con la de Steimberg (2017). Aprovecho aquí, por otra parte, para hacer una aclaración y no merecer el calificativo de "neomarxista" que al principio me atribuía Rodríguez Rojo (2018) por querer abrir el concepto de clase, y aunque mi relación con Jesús ha aclarado ese punto, conviene precisarlo aquí para prevenir otros posibles malentendidos. La clase social tiene una definición muy clara a partir de la detentación o no de medios de producción y de la compra-venta de la fuerza de trabajo. Yo me refiero a las *relaciones de clase* como relaciones de explotación o aprovechamiento del trabajo de unos seres humanos por otros a lo largo de la historia. Esas *relaciones* conllevan unas u otras formas de dominación y opresión. Y también de alienación. Las distintas *relaciones de clase* no dan lugar a diferentes clases, y antes del capitalismo no existían como tales según se definieron en el siglo XIX. Simplemente hablo de "relaciones de clase" (no "de clases") para recalcar múltiples formas de que unos seres humanos se aprovechen del trabajo de otros, pero podría haberlas llamado, para evitar el posible equívoco, "relaciones de explotación". Es en ese sentido que hablo también, entre otras razones, de "luchas de clase", no de "lucha de clases" (ver capítulo 1). Mantengo la clave marxiana de que la relación de clase propia del capitalismo es la de extracción de plusvalía a partir del plustrabajo. Como en otros medios de producción, la relación de clase *fundamental* se complementa con otras formas de explotación. Dicho esto, lo que busco, a contrapelo de los intentos de la Postmodernidad y el posestructuralismo (cuyo punto de mira está en la "desconstrucción" y multifragmentación de los sujetos que lograron construirse y levantarse históricamente), es ampliar la potencialidad práxica (como teoría incardinada en la práctica) de concebir sujetos más amplios que se reconozcan como objeto de diferentes formas de explotación, pero complementarias, y a cuya relación básica común, de posible entendimiento, he dado el nombre de *Trabajo*. Esto no es óbice para que esa posible articulación deba partir del reconocimiento de las posiciones de desigualdad internas, que pueden conllevar en general el aprovechamiento del trabajo de unas (las mujeres) por otros (los hombres), o de una parte del Trabajo, el etnificado, por otra, perteneciente a una sociedad mayoritaria, por ejemplo. Al señalar esas desigualdades y posiciones ventajosas o desventajosas internas, lo que pretendo es mostrar que hay que esforzarse en eliminarlas para poder sumar fuerzas en orden a la constitución de *sujetos colectivos masivos*, si queremos suprimir la relación de clase *fundamental* en el capitalismo: la de la extracción de plusvalía a través del trabajo asalariado o "abstracto", y con ello superar al propio capitalismo.

Intento, pues, construir puentes teóricos para ese objetivo. Praxis viva para el camino de la emancipación conjunta. Especialmente en esta fase del capitalismo en la que la identidad, la noción y el propio concepto de *clase* se difumina, se borra, no sólo entre la población en general, sino también entre los propios científicos (incluidos los que se llaman "neomarxistas") y militantes sociales. En suma, no sé si he acertado con el término, pero con todo ello no he querido desfigurar el concepto de clase social, ni aun menos hacer del conjunto de la población subordinada una clase unificada, sólo aplicar ese concepto-fuerza en un campo más amplio de intervención social posible, donde pueda vincularse con otras formas de explotación y dominación que, recordémoslo, le son muy necesarias al capitalismo y son también *parte* de la explotación de clase en cuanto que están conectadas a ella y/o la posibilitan. Por tanto, las luchas

dadas contra esas otras formas contribuyen asimismo a debilitar este sistema.

7. Si bien para Weber la noción sociológica de clase es nominalista y no refiere a relaciones sociales objetivas, ciertos atributos significativos en común pueden ser base de movilización política (aunque por lo general requieran de condiciones exteriores). Para Marx la significación de dichos atributos está objetivamente fundada en su capacidad para aprehender el modo en que la contradicción capital/trabajo determina las probabilidades de vida típica para diferentes segmentos de población.

8. Las divisiones fundamentales Capital/Capital se producen por cuotas de explotación, con el resultado de supeditación o subordinación de unos expropiadores respecto a otros, o en casos extremos por la expulsión de unos del vector explotador, a través de la competencia. en torno a cuotas de explotación y por tanto subordinación de unos explotadores respecto a otros. Da como resultado que unos capitalistas eliminen de la competencia a otros, los menos "competitivos" (cuya menor productividad les relega por debajo de la media de la tasa de ganancia que se consigue en una determinada sociedad). Se produce, en consecuencia, una tendencial dinámica de concentración y centralización del capital (es en esta pugna donde se incluyen también las relaciones intra-clase capitalista a gran escala, las geoestratégicas). En esta relación intra-Capital no está exenta tampoco la división de género, a menudo expresada como inserción dependiente de las mujeres en el lado del Capital, por filiación.

9. Bidet y Duménil (2007: 136-137) hablan de que las divisiones del Trabajo se darían en función de dos factores: la explotación y de la dominación. O sea, según su producción sea coordinada a través de la forma mercantil (trabajadores independientes y campesinos) o de la forma organizada (agentes de servicios públicos) o mediante una combinación de las dos formas (asalarización privada). Para ellos la relación de explotación no es la única que define a las clases fundamentales, sino que debe unirse a ella la relación de organización. En ese sentido separan también el polo del Capital entre quienes detentan la *propiedad* y quienes ejercen el control de la *organización*, pues si la primera es consustancial al mercado, la segunda es la que regula la competencia intercapitalista y también la expresión sociopolítica de la relación Capital/Trabajo en cada contexto histórico. El "encuadramiento", con sus distintos tipos y variantes históricas en el capitalismo y en el "socialismo", es detallado por estos autores, quienes indican algunas de las posibilidades de superación de la propiedad capitalista mediante la alianza del Trabajo con los cuadros. Por eso para Bidet y Duménil la "lucha de clases" (se entiende que *fundamentales*) es cuestión de tres participantes: propietarios, organizadores y trabajadores (2007: 140). Sin embargo, para otros autores (Íñigo Carrera y su Escuela) los cuadros no son sino parte del Trabajo, la expresión más clara de que la evolución del capital lleva a la cualificación del Trabajo hasta el punto de hacerle capacitado para gestionar una nueva sociedad, sin propiedad capitalista (en el capítulo 10 y en las palabras finales pueden calibrarse algo más las posibles consecuencias políticas de unas y otras perspectivas).

10. Hay tensiones y fracturas sociales en las que no se fija la Política o la Ciencia, por parecer menores o pasar más desapercibidas (o estar en estado latente). Otras porque simplemente permanecen "invisibles" para una determinada época. No obstante, aquí asumimos que en este momento histórico todas contribuyen a configurar la forma del *valor* propia de la sociedad capitalista.

11. Considero de interés el trabajo sobre las clases sociales de Duek e Inda para analizar de lo más abstracto a lo más concreto la situación real de la lucha política de clases y las distintas apreciaciones de clases que tuvo Marx en función de esa mayor o menor abstracción. Me parece un tanto excesivo, sin embargo, en el terreno de la conciencia, decir que la "clase para sí" supone una mera expresión subjetiva o voluntarista de las clases (puede ser por lo que estas autoras concluyen diciendo que la historia no tiene sujeto, sino sólo motor). A mi entender, por contra, aquella distinción puede ser pertinente para reflejar la persecución consciente de los intereses de clase en el plano macroestructural, es decir, más allá de la inmediatez de las luchas (como luego intento explicar). Lo que se da cuando partes significativas de una clase subordinada adquieren proyecto histórico propio apoyadas en condiciones materiales que han permitido tal evolución (no como mero voluntarismo).

12. En la terminología de Caffentzis, 2013, eso significa hacerse "clases sexuadas", pero también podría

añadirse etnificadas o culturizadas, por ejemplo.

13. Esto es lo que no quieren ver, señala este autor, quienes insisten en señalar a "los nuevos movimientos" como si fueran "sujetos" y tuvieran "motivos" ajenos a la *relación de clase capitalista*. No comprenden la gran complejidad y polimorfismo de ese concepto, y lo creen reducido al obrero de fábrica y poco más. Al trabajo productivo. Ver también sobre ella Mosquera (2021).

14. *Sujeto* en este contexto es el agente, individual o colectivo, que identifica en un plano social sus sujeciones e interviene en el mismo plano (colectivamente) para transformarlas en orden a conseguir mayor *autonomía*. El concepto de *sujeto*, especialmente para los subordinados, está estrechamente relacionado al afán colectivo, al mayor papel en la construcción de la propia biografía, al mayor protagonismo agencial frente a las estructuras.

La fuerza de trabajo es una mercancía que no se puede separar de su forma-vida. Cualquier obstaculización a su realización humana tiene la potencialidad de provocar *lucha*, esto es, *movimiento*: intento de prevalencia de la vida sobre la mercancía. Y por tanto también posibilidad de desalienación.

El *movimiento obrero* es a la vez productor y producto de esta contradicción, como negación de la negación de la vida. En su praxis lleva su propia desalienación.

15. Poco les importan, evidentemente, dado que desconsideran a su emisor, las palabras de Engels en el *Prólogo a la tercera edición del 18 Brumario de Luis Bonaparte*, sobre su amigo Marx: "Fue precisamente Marx el primero que descubrió la gran ley que rige la marcha de la historia, la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se desarrollen en el terreno político, en el religioso, en el filosófico o en otro terreno ideológico cualquiera, no son en realidad sino la expresión más o menos clara de luchas entre clases sociales, y que la existencia y, por tanto, también los choques de estas clases están condicionados, a su vez, por el grado de desarrollo de su situación económica, por el modo de su producción y su cambio, condicionado por ésta. Dicha ley, […] tiene para la historia la misma importancia que la ley de la transformación de la energía para las ciencias naturales…" (Engels, 1985).

Tema III

Algunas reflexiones sobre el *valor* y las experiencias de transición al socialismo a partir del caso de la URSS

La URSS logró romper parcialmente con la lógica del capital, en una transición al socialismo que quedó abortada, en forma de estatalismo (Wright 1994), pero aun así constituyó una vía de extracción de plustrabajo social (no de plusvalía), que era centralizado para ser reinvertido en la sociedad. Si bien esa centralización generó un nuevo sector de población relativamente privilegiado a partir de su detentación de los medios de organización de la sociedad, sus formas de privilegio fueron muy débiles en comparación con las de la clase capitalista en las formaciones sociales regidas por este modo de producción[1].

En todos los casos, las experiencias de transición al socialismo del siglo XX (los intentos históricos en ese camino) no lograron hacer desaparecer al *valor* y, en consecuencia, el capital permaneció allí larvado. Aun así, esas experiencias *supusieron un intento de oponer la política al "sujeto automático"* mediante la construcción de nuevas bases socioeconómicas y de conciencia social.

A diferencia de la Política insertada en el metabolismo del *valor* (ver capítulos 1 y 5, así como Tema IV de este Apéndice), en gran medida naturalizada, la política operativa de la transición tenía por fuerza que construirse trabajosamente *contra* aquél, por lo que tuvo que expresarse de forma más rígida, más férrea, más *evidente*. Eso conllevaba menos margen para la "pluralidad" y la "disensión". A menudo estos procesos han sido tildados de "voluntaristas" y algunos autores (Medina, 2019) les han señalado como constituyentes del "primer socialismo" o "socialismo burdo", como Marx llamó a ese socialismo voluntarioso que irrumpía cuando no estaban maduras aún las condiciones de superación del capitalismo. Como quiera que históricamente se dio en formaciones sociales de capitalismo atrasado, ese "primer socialismo" tuvo que atender a cuestiones tan perentorias (que hoy damos por hechas en las

formaciones centrales del capitalismo) como dar de comer a la población, acometer la industrialización y, en general, el desarrollo acelerado de las fuerzas productivas, crear infraestructuras mínimas para hacer viable cualquier proyecto de mejora social, dignificar la condición laboral, elevar la condición social de las mujeres y universalizar el derecho al voto. No hay que perder de vista que en el momento en que todo ello se desarrolla en la URSS, el capitalismo distaba todavía de haber abierto su particular vía democrática en la esfera de la circulación (ver capítulos 1 y 2). En el momento de llevar a cabo la revolución política en las después formaciones en transición, la población trabajadora tenía muy escaso acceso al consumo de mercancías, menos aún a la participación de las decisiones en la esfera de la producción (algo impensable para el capitalismo). Es decir, para esas primeras experiencias de transición se trató en primer lugar de "eliminar los remanentes de las estructuras premodernas asociadas con las desigualdades monstruosas" (Medina, 2019: 116), para con ello levantar un Estado Social (aspirando a "Obrero") de la nada, en un lapsus brevísimo y sin precedentes históricos. Como nos dice este último autor citado, la desproporción entre los objetivos, las circunstancias de partida (un capitalismo incipiente, subdesarrollado), los recursos con los que se contaba y las condiciones del tiempo histórico en el que se afrontó tamaña empresa en el caso de la URSS (en las propias formaciones centrales el capitalismo todavía no sólo no había adquirido su versión "reformista" o "socialdemócrata", sino que había empezado a propagar su versión despótica, nazi-fascista, y la globalización de la guerra –Piqueras, 2014a–), muy difícilmente podían ser compatibles con una "sociedad plural" como la entendemos hoy. Además es necesario tener en cuenta otra consideración de suma importancia: el voluntarismo y el compromiso ideológico permitidores de grandes niveles de movilización social requeridos por la construcción de una sociedad nueva a fuerza de impulso político, rodeada de formidables amenazas, precisa imprescindiblemente de cohesión y de los mayores grados posibles de nivelación social[2] (la igualdad es la principal fuerza cohesionadora de cualquier sociedad).

Algunos de los procesos y objetivos se malograron en gran medida, otros experimentaron avances y retrocesos intermitentes, pero hubo rotundos logros de esos primeros intentos de desconexión respecto del *valor-capital*: no sólo

alfabetización masiva sino amplia participación de la población en los niveles educativos medios y superiores, así como en el ámbito cultural en general, garantía de vivienda, sanidad, infraestructuras, desarrollo tecnológico... Y todo a fuerza de *política*.

Es decir, se trataba de una política de emprendimiento revolucionario que pretendía erigir las bases de un nuevo metabolismo social (con su Política incardinada). Sin conseguir eso, y a partir de las paupérrimas condiciones de partida y las brutales circunstancias de agresión de las fuerzas internas y externas del *capital*, no había muchas posibilidades de permitirse grandes lujos democráticos. Y sin embargo es en ese contexto que se lograron avances que fueron inéditos en ese momento histórico y que incluso contribuyeron a reformar el propio capitalismo, democratizándole.

Por contra, cuando un orden económico, como el capitalista, ha impuesto un mecanismo "automático" de funcionamiento (la *dictadura del valor-plusvalor* o de la tasa de ganancia), y por tanto la subsunción real del conjunto de la población a su dinámica, se puede permitir la apertura sociopolítica (como "sociedad abierta" –limitada a su esfera de la circulación, eso sí–), dado que los principios de vida en torno al mecanismo autonomizado del *valor* se mantendrán intocados, y por tanto su Política metabólica prevalecerá sobre cualquiera de las formas políticas que adquieran sus instancias de mando social, así como por encima de las distintas expresiones que alcancen los conflictos.

En la fase histórica de acelerado crecimiento, en las formaciones sociales de capitalismo avanzado, gran parte de las formas de la Política (tocantes a la explotación, opresión, marginación y subordinación) han podido pasar más desapercibidas porque previamente el vigoroso metabolismo del *valor-capital* ha fabricado *sus* individuos, al quedar subsumidos realmente a él y dependiendo del mismo sus condiciones de existencia, sus vidas enteras[3]. Pero aun así, siempre que la dinámica del *valor* desfallece y la tasa de ganancia se resiente, la *política* vuelve a hacer acto de presencia con toda su contundencia, como las formaciones capitalistas periféricas siempre han sabido y las formaciones centrales están reaprendiendo en la actualidad. Porque el mayor o menor grado de tiranía o, por contra, de apertura democrática en el capitalismo, está asociado a la menor o mayor consecución de la tasa de ganancia –a través de una "saludable" dinámica del *valor*–, respectivamente

(aunque no sea el único factor explicativo, como se explica en el capítulo 5)[4].

Si no se ha "automatizado" ningún funcionamiento social, esto es, una Política sistémica nueva, porque todavía no se han construido las bases metabólicas de un nuevo orden social, la política de mando de la sociedad tiene que ejercerse con más intensidad y puede permitir menos margen de discrepancia. Incluso en la construcción de caminos de emancipación.

En los procesos transicionales, agredidos en todos los frentes mientras construyen condiciones históricas y seres humanos nuevos, la política *se manifiesta*, tiene que hacerlo, y deviene inevitablemente más "rígida" porque debe enfrentar radicalmente el metabolismo del *valor* y la alienación social que a éste le es propia; tiene, por eso, que "desprogramar" (des-subsumir) el tipo de individualidades y subjetividades anejas al *valor-capital*. Cuando el *valor* campa a sus anchas por el planeta entero, la política en una sola formación social en transición tiene todas las de perder, pero aun así la ruptura parcial con el capital protagonizada por Revolución Soviética proporcionó la planificación que no sólo permitió la supervivencia de millones de personas que de otra forma hubieran sido masas sacrificadas "periféricas" del Sistema Mundial capitalista, sino que elevó la calidad de vida de esas poblaciones a cotas impensables antes de los cortes revolucionarios. La URSS fue un proyecto sin precedentes, el primero de transformación social planificada a gran escala acometido por la humanidad, ante todo para intentar frenar la implantación efectiva del capitalismo (Fernández Ortiz, 2016 y 2018), y como consecuencia derivada, para dotarse de un nuevo modo de producción, sin experiencias previas de tal dimensión de las que aprender, erigiéndose en el mayor logro de consecución material y moral de una nueva sociedad, a pesar de todos sus errores y deformaciones. El gran desafío del proyecto (de transición) socialista fue, y sigue siendo, *poner a la política* (léase aquí, a la sociedad) *al control de la economía*. A efectos prácticos del momento que vivieron las experiencias de transición del siglo XX, eso equivale a acometer la osadía de intentar someter al *valor*. Fijémonos, en ese sentido, en que a la postre los objetivos rupturistas pasaban por levantar una sociedad ya no gobernada por mecanismos abstractos e impersonales generadores de explotación tanto como de sometimiento y alienación, sino sustentada por procesos y acciones autoconscientes.

Muchos de los análisis "neomarxistas", es decir, no sólo los del mainstream

académico-político-mediático, engloban a esas experiencias de transición bajo la rúbrica de "totalitarismo", siguiendo la triste estela que abriera Hannah Arendt. Se define como tal al sistema que tiende hacia la totalización de la vida social por la política, penetrando las esferas más íntimas de pensamiento e imponiendo a todos y cada uno de los individuos de la sociedad la adherencia a esa política-ideología obligatoria. Quienes así lo ven, no sin cierta razón (la Política del nuevo sistema tiene que pasar por una fase de transición en la que necesita de una política institucional consciente, la cual debe impregnar todos los campos para guiar los procesos económicos y por tanto socio-culturales), desconocen por contra el *totalitarismo* de la Política metabólica del *valor-capital*. Están tan inmersos en él que ni siquiera reconocen cómo el mismo moldea todas sus formas de pensamiento, su entendimiento del mundo, de las relaciones humanas, sus posibilidades de vida y sus posibles cursos de acción, empezando por el hecho de ser una mercancía humana. Por otra parte, están quienes sí ven esta segunda parte y aspiran a transformarla sin un paso previo por la (revolución) política para poder asentar una Política metabólica sustentada en la carencia de explotación, opresión, dominación y exclusión. Sus intenciones conducen a los mismos resultados que quienes piensan que si no se cree en la gravedad ésta dejará de existir y podremos saltar tranquilamente al vacío. En cualquier caso, la historia es testigo de la falta de realizaciones por ese camino (en el que todo logro queda en los buenos deseos).

Aquí tampoco acierta del todo Mészáros (2010) cuando sostiene que a la postre esos procesos transicionales devinieron meras formas de supervivencia del *capital* a través de la política. Un "capital-postcapitalista", en sus palabras, presente en las formaciones post-revolucionarias. Hubo más que eso. Contrastamos sus planteamientos a continuación.

Síntesis de los planteamientos de Mészáros sobre la URSS y otras experiencias de transición al socialismo

El origen de Mészáros podría estar en Pollock, para quien el capitalismo de Estado, tanto de la socialdemocracia como de la URSS, había iniciado la

primacía de la política. "Los Estados totalitarios desarrollaron formas de dominación capitalistas no basadas en el mercado ni en la propiedad privada" (en Martín, 2014: 43)[5]. Pero nuestro autor reconoce que las experiencias desconectistas ya no fueron capitalistas (Mészáros, 2010: 630-631). Para él, la parcial ruptura con la Política del *valor-capital* ("revolución política" socialista) inaugura un periodo en el que se pasa de la primacía económica en el modo de expropiar el plusvalor a la viabilidad de la políticamente regulada extracción de plusvalor. Cambia el modo de regular la producción y alocación del excedente, lo que requirió también de diferentes personificaciones del capital.

Igual que el embrión del *capital* y su desenvolvimiento histórico se dieron antes de la consolidación de un modo de producción capitalista, así también el *capital* puede sobrevivir al capitalismo, en regímenes postcapitalistas, y no sólo o mucho más allá de un estado de letargo. En las sociedades capitalistas, los capitalistas sólo detentan poder en cuanto que personificaciones del *capital*. Controlan en su nombre. El *capital es el sujeto real* en comando de la sociedad. Sin embargo, el *capital* que sobrevive al capitalismo requiere de otras personificaciones, siempre y cuando mantengan la antagonísticamente alienada objetivación del trabajo social, la cual desarrolla dos básicas contradicciones: 1) entre subjetividad y objetividad (objetividad alienada); 2) entre lo individual y lo social.

El *capital* no sólo representa las alienadas condiciones materiales de producción, sino también la subjetividad que confronta y comanda al Trabajo, perpetuando la división social del trabajo, el tiempo como medida de la producción (por encima de la cualidad marcada por las necesidades sociales y la producción consensuada socialmente) y por tanto el *valor* como elemento perviviente. Esto se correspondería con la privación del control del Trabajo sobre las condiciones y sobre los medios de producción. Lo que conllevaría a su vez una estructura de comando central para la contención de los antagonismos entre el Trabajo y las nuevas personificaciones del capital, para la sumisión del primero y la extracción de excedente.

Por eso, marginar a los capitalistas privados del comando social, es condición necesaria pero no suficiente para la transformación (para superar al *capital*). El *capital* (como un "alien" o cuerpo extraño habitando en la nueva sociedad) sigue así la "línea de menor resistencia" para perpetuarse (y en cualquier

momento volver al capital privado).

Sin embargo, una vez que la crisis del *valor-capital* se generaliza y profundiza en todo el planeta, arrastra consigo los diferentes modelos sociales y personificaciones. Al caer la forma política de extracción de excedente (los intentos de transición al socialismo dados) se recrudece la propia decadencia capitalista, pues se amputa una de las vías de metamorfosis del *capital* para sobrevivir a través de la política.

Unos breves apuntes a la posición de Mészáros

Probablemente la "centralización absoluta de capital social como propiedad colectiva estatal" sea un paso necesario al socialismo que, no obstante, ha de darse a escala planetaria, por lo que si no, no se puede romper con el capital por muy centralizado (estatalizado) que esté en algunos lugares. Pero las experiencias de transición al socialismo habidas hasta hoy fueron algo más que la posibilitación o supervivencia del *capital* mediante la *política* –porque, recordemos, el capital no se destruye por sí mismo–: también le mantuvieron a raya como "sujeto automático" y lograron durante un lapsus histórico arrinconar al *valor*. En la pugna contra él se levantaron tipos de sociedades y seres humanos *diferentes*, a partir de ciertas consideraciones básicas:

- No había propiedad privada de los medios de producción
- No existía compra-venta de la fuerza de trabajo, por lo que ésta no era una mercancía. El salario no expresaba su valor.
- Los productos perdieron también su calidad de mercancías en virtud de sus valores de uso (distribuidos o subsidiados).
- La producción, por tanto, no estaba regida por el valor, no se tenía en cuenta la tasa de ganancia ni había reinversión acumulativa del plustrabajo colectivo o excedente social (que constituía la forma de explotación propia y cuyo resultado era en gran parte redistribuido). No había, pues, acumulación de capital.
- Por consiguiente, el mercado no actuaba como instancia de validación de los tiempos de trabajo "socialmente necesarios" privados, y en

consecuencia tampoco prevalecía la producción mercantil, ni había plusvalía (la cual sólo se deriva del mecanismo del valor).

La redistribución estuvo condicionada por el menor nivel proporcional de logro de bienes de consumo en relación al de medios de producción. Ello está en función de que las primeras etapas de industrialización, en cualquier formación social –empezando por las de Europa occidental–, siempre han tenido como prioridad el desarrollo del Departamento I (producción de bienes de equipo).

En cuanto a la pervivencia del *tiempo* como medida de producción (y por tanto del valor), muchas voces sostienen que no se puede llevar a cabo una transición sin hacer previamente visible y consciente el *valor* mientras éste no se extinga a escala planetaria. En la primera fase de esa transición los trabajos deben de ser equiparados en función del *valor* que aportan, para recibir una parte alícuota de la riqueza total generada. Poco a poco, según la riqueza social entendida como valores de uso vaya sustituyendo a los valores da cambio, se estará en condiciones de ir desplazando al *valor*, pero esto no se puede hacer por decreto: la política no tiene tanta fuerza para ello. Cuando la URSS emprendía la odisea de la transición, no había condiciones técnico-científicas para llevar la contabilidad de los valores de toda la economía. Hoy, como nos ha mostrado la línea de investigación de Cockshott y Cotrell (1993, 2017), se está en condiciones de hacerlo (ver también Cockshott y Nieto, 2017; Nieto, 2017).

Queda por ver si para nuevas transiciones los autores tienen en mente tiempos físicos, que no valor. En general, la vía de transición al socialismo que prevaleció en el siglo XX conllevó la garantía de la reproducción de la fuerza de trabajo, dentro de la cual se incluía el empleo, un empleo con menores niveles de explotación a cambio de bajos salarios directos, en buena medida compensados por los indirectos y diferidos, por lo que esa reproducción dependió en gran medida de la intervención política del Estado (el plustrabajo rendido individualmente se transformaba sobre todo en servicios colectivos), lo que *permitió comenzar a asentar los cimientos de la identificación de lo individual con lo colectivo*.

Una prueba de los logros alcanzados en ese comienzo del largo camino de

superación del *capital* por la Humanidad, a pesar de sus colosales dificultades, es que la clase capitalista global siempre vio esos intentos como un serio peligro para el mantenimiento de su orden mundial, y los agredió con todos sus medios.

Por eso los procesos "revolucionarios" no tuvieron ni un día de descanso, padecieron un continuo asedio, que al tiempo obligaba a cerrar aún más la política en forma de dispositivos y disposiciones institucionales menos participados y más procuradores de la unificación de la sociedad (circunstancia precisamente buscada por aquellos asedios). Sin embargo, agresiones externas sin par, guerras económicas, bloqueos, invasiones militares, acciones permanentes de sabotaje… no terminaron de arruinar lo que una economía planificada y la intervención política propiciaron asentando los pilares de un nuevo orden (educación, sanidad, arte, deporte, empleo, vivienda, alimentación, aumento de la calidad de vida en aspectos sociales y morales…); a destacar en ese cómputo el recién mencionado comienzo de la reconciliación del individuo con la sociedad.

El tan criticado reduccionismo del marxismo a un economicismo mecánico en esas sociedades, crítica a la que se suma Mészáros, tiene su argumento principal en la supuesta rigidificación de la dialéctica y en el hacer del socialismo o del marxismo una doctrina no solamente oficial, sino además rancia. Y es bastante cierto, dadas las circunstancias aludidas para emprender semejante empresa, pero no es *totalmente* cierto: el esfuerzo por lograr "la excelencia de las masas", la posibilidad de que cualquier hijo, e incluso hija, de las familias más pobres pudiera llegar a ser ingeniero/a atómico/a, miembro de un balé clásico, director/a de orquesta o astronauta, abre tal dimensión para el pensamiento colectivo y para la masa gris crítica, que no resulta tan compatible con esa versión de caverna que no sólo los aparatos ideológicos capitalistas quieren dar de ese "primer socialismo", sino también hoy, desgraciadamente, la mayor parte de nuestra izquierdas integradas al orden del capital. No se consideran tampoco los ingentes esfuerzos teóricos que se hicieron además en el campo de las ciencias sociales para explicar el mundo desde un punto de entrada alternativo, ignoto en buena medida hasta entonces en la mayor parte de las academias oficiales, sustentado en una visión dialéctico-materialista, sobre todo en una primera fase, que trascendieron lo meramente legitimador

para expresarse en calidad de vida de las poblaciones (Fernández Ortiz, 2018). Habiendo en suma una incontestable diferencia para ellas entre el antes y el después de la revolución.

En general, este debería de ser el más nítido indicador, el más contundente elemento evaluador de unas u otras experiencias rupturistas con el capitalismo, más allá de sus innúmeros defectos y carencias[6]: si elevaron la calidad de vida material e inmaterial-intelectual de las sociedades que las emprendieron[7]. Para lo que cualquiera se puede preguntar también qué hubiera sido de ellas si no se hubiera dado esa ruptura.

La URSS fue una experiencia decisiva en la obtención de independencias y logros sociales y políticos para muchos pueblos de la Tierra en los que vertió su apoyo, permitiendo una correlación de fuerzas que posibilitó una generalizada mejor redistribución de la riqueza (gráfico AP-I) y garantías sociales en el mundo. Entre otras conquistas a agradecerle está, como se ha dicho, la consecución del propio "Estado de Bienestar" en las formaciones del capitalismo europeo.

Con su desaparición, todo eso se desmoronó también. Muy pronto se vio la peligrosa ingenuidad de quienes pensaban que todo iría mejor en el mundo sin la URSS.

Sin embargo, hoy –que observamos la pulsión hacia la centralización máxima de capital y la decadencia de las potencias no exitosas en ello– tenemos la suficiente perspectiva como para que los aldabonazos revolucionarios del siglo XX puedan verse también como una preparación del terreno general, de la experimentación del paso al socialismo. La evolución de las luchas de clase en China tendrá a buen seguro mucho que decir en ese sentido.

GRÁFICO_AP-1

Fuente: Sundaram y Popov (2013: 22), a partir de The World Top Income Database, sobre las fluctuaciones en la distribución del ingreso para un conjunto de formaciones sociales seleccionadas, en total 26. Los porcentajes de abajo marcan el máximo de población que concentra riqueza en cada caso, con las proporciones en la columna de la izquierda. Obsérvense los puntos de inflexión históricos para determinar esa concentración. Las formaciones estatales seleccionados por los autores, de los que el Gráfico es una media, son, en Europa: Dinamarca, Francia, Alemania, Holanda, Suiza, Gran Bretaña, Irlanda, Noreuga, Suecia, Finlandia, Portugal, España e Italia. América: EE.UU., Canadá y Argentina. Oceanía: Australia y Nueva Zelanda. Asia: Japón, India, China, Singapur e Indonesia. África: Suráfrica,

Islas Mauricio y Tanzania. En total, alrededor de la mitad de la población mundial.

---

1. El acaparamiento de ciertas élites era ridículo en comparación con el que nos tienen acostumbrados las del capital, y estuvo en su mayor parte acotado a ciertos privilegios de consumo (nunca provenientes de la plusvalía directamente extraída), por lo que no podían ser fuente de reproducción ampliada ni heredarse (ver para más detalles, Katz, 2004).

2. En tiempos de agresión (y nunca jamás se ha dejado construir un proceso alternativo sin masiva agresión capitalista), las dinámicas de todo o nada entran en juego. Las propias capas revolucionarias de la sociedad miran con recelo la discrepancia, porque cualquier error en la apreciación de las medidas a tomar, cualquier fallo en la evaluación de peligros y correlaciones de fuerza, cualquier equivocación estratégica, puede resultar en el derrumbe de todo el proceso –por eso la facilidad con la que se dan las luchas internas, incluso con derivación en algo parecido a una "contienda civil"–. El socialismo pudo fungir como ideal movilizador y aglutinador, pero de lo que se trataba en realidad era de, al menos, garantizar unas mínimas condiciones de vida *contra* el capitalismo, que venía condenando a la pauperización generalizada (Fernández Ortiz, 2016).

3. A veces nos olvidamos de hacernos preguntas básicas, ¿cómo se pasa de la resistencia a la expropiación del tiempo de vida, al deseo afirmativo de vender voluntariamente el tiempo de vida por dinero? "Dicho con Marx, ¿cómo los trabajadores 'transforman el tiempo de su vida en tiempo de trabajo'? (…) Sabemos bien que esta inversión característicamente moderna ha requerido siglos de civilización, colonización, movimientos masivos de población para su concentración en núcleos urbanos, leyes de pobres, gulags, guerras y conflictos geopolíticos de todo tipo" (Briales, 2019: 569).

4. Sin la primigenia acumulación y posterior desarrollo de la masa de ganancia, no hay apenas opciones para el reformismo. Ningún proceso inicial de desarrollo masivo de las fuerzas productivas, ningún proceso de arranque de la industrialización-modernización, se ha dado de forma *democrática,* valga decir, con un elevado nivel de *opción reformista*. Así, los albores industriales europeos que costaron la vida y unas condiciones infrahumanas a la población de la Europa Atlántica. Así, los procesos de industrialización intermedia y tardía de Europa y Japón, que se vieron acompañados de una prolongación del autoritarismo o cerrazón de la gobernanza, desembocando a medio plazo incluso en fascismos. Son especialmente llamativos los casos de Alemania e Italia (además de Japón), y más tarde aún los de España, Portugal y Grecia, con sus dictaduras militares. Así también ocurrió en EE.UU., con un tiempo de industrialización intermedio, llevado a cabo a través de un drástico disciplinamiento de la fuerza de trabajo y enormes reservas de población exogeneizada (tanto interna como externa), a menudo servil e incluso proveniente de la esclavitud. Así igualmente ha sucedido en las formaciones sociales periféricas, en sus procesos de acumulación o de industrialización entre el siglo XIX y el XX, y sus respectivas y variadas formas autoritarias o directamente despóticas.

5. Íñigo Carrera (2003: 111) describe a la URSS como centralización absoluta del capital social en cuanto que propiedad colectiva o capital de propiedad colectiva, paso ineludible para la sociedad socialista. Sin embargo la frustración de tal proceso lo atribuye a los capitales poco desarrollados que tuvieron que adquirir esa expresión política precisamente para poder desarrollarse. Y aquí puede interpretarse que bien lo hicieron como si ese resultado histórico hubiese estado planeado así desde el principio (para facilitar el arranque y buen recorrido del capital) o bien como salto prematuro antes de que las condiciones del capitalismo para su propia transcendencia estuvieran realmente maduras.

6. La imposibilidad de acoplar el Reino de los Cielos en la tierra, esto es, la necesidad de conferir un contenido concreto a las ideas de igualdad y universalidad que motivan la transformación social, han de ponerse en práctica no en el vacío sino en un espacio históricamente colmado donde estructuras, cosmovisiones, relaciones e individuos provienen y siguen siendo parte del metabolismo del orden que se intenta superar. Para los diferentes tipos de utopismo, también para la tramposa ideología

supraestructural de la “blancura” perfecta y del todo o nada a la que se adhieren tantas corrientes “post” (ver Tema IV de este Apéndice), la plasmación concreta de la utopía, la articulación de ideales y realidad, sea la que sea, en la nueva sociedad, se muestra siempre como una negación materializada del ideal abstracto. Porque la libertad absoluta siempre resultará traicionada o negada por la libertad concreta. El universalismo abstracto ha conducido así al mesianismo (el cual preside todavía incluso algunas corrientes marxistas), que termina a menudo por oponerse a la política y a todos y cada uno de los procesos de transición (que siempre resultan “impuros”) (Losurdo, 2011). En general, ningún análisis serio puede hacerse sin consideración de la Historia y de la Dialéctica, o de la dialéctica histórica en la que las acciones humanas acontecen.

7. Me parece pertinente aquí (más allá de algún apunte un tanto naíf sobre la democracia) citar la contestación que Fora (2021) hace de tanta propaganda sin fundamento anti-URSS (y por supuesto, anticomunista), a través de la persona de J. R. Rallo, recalcando en su contra el éxito económico que fue la Revolución Soviética. No estaría mal tampoco, para contrarrestar en algo aquella insistente y cada vez más acentuada propaganda, echar un vistazo al documental de Tovarich Andreij (2021), que presenta un desmontaje de buena parte de la misma, y que se inicia con este significativo lema: “Sin referentes históricos, renunciando a los éxitos conseguidos en el pasado, cualquier intento presente o futuro de emancipación será más susceptible de ser derrotado”.

Tema IV
De las luchas integradas e integrales

Los agentes y movimientos socio-políticos más o menos atrapados en la recursividad materail la alienación fundante de la sociedad capitalista, no contemplan en general romper con el orden del *capital* y se ven abocados demasiado a menudo a un accionar y a unos objetivos y propuestas ilusos. Lo iluso deviene de dejarse llevar por ilusiones, y constituye con frecuencia el combustible de la esperanza en cuanto que anhelo sin anclaje material. Esperanza de conseguir más democracia, más libertad, más igualdad... dentro de los márgenes del *valor*[1]. Aquí radica también la creencia (la convicción moral) en que los factores de carácter personal (esfuerzo, sacrificio, convencimiento, tenacidad, honradez…) son los que pueden cambiar, sin más, el curso de los acontecimientos. Las versiones más combativas de estas ilusiones propondrán a la *conciencia* y a la *voluntad* como principales agentes de transformación[2].

Quienes aun así se autoposicionan como "izquierda" y buscan cambios en el Sistema sin tocar sus bases constitutivas, sin trascender ni siquiera en su imaginario político el metabolismo del capital, actúan con aparente total desconocimiento del factor que gobierna la vida *del* capitalismo y la vida *en* el capitalismo. La degradación social que produce la decadencia del *valor* es vista meramente como "crisis", esto es, como revés momentáneo de un decurso que no puede deparar más que continuidad del progreso (bienestar, democracia, derechos y otra larga lista de mitemas) *dentro* del capitalismo[3].

Pero no pueden esquivar, finalmente, al definitivo indicador externo de la decadencia: la tasa de ganancia. El capital hecho *política* hará todo lo que pueda para garantizarla, arrasará con todo aquello que la impida. Vemos en el capítulo 5 que cuando el declive de la tasa de ganancia se cronifica, como en las formaciones centrales del sistema capitalista, la *política* acentúa sus esfuerzos para intentar revertir esa situación, a costa de las sociedades: ajustes, recortes, contra-reformas, tributación regresiva y exacción de impuestos al capital, privatizaciones, apropiación de la riqueza social…aumento de la represión político-judicial y policial; también con creciente frecuencia, intervenciones militares y/o paramilitares. Se afana, además, por abaratar a toda costa el precio

de la fuerza de trabajo y aumentar la explotación laboral, así como por servirse cada vez más del conjunto de actividades que posibilitan la vida en común y la reproducción social, por la extracción de rentas o el establecimiento de condiciones para una mayor consecución de plusvalía del trabajo asalariado. No puede ser de otra manera *dentro* de la *economía política* del capital.

Ante esta generalizada y brutal ofensiva, las opciones "progresistas" del Sistema, que pretenden, o así dicen, cambios a favor de las mayorías *dentro* del mismo, apenas pueden contentarse con poner un poco de azúcar al purgante. Y como manera de expandir su ilusión, se revelan a menudo como candidaturas de *toda* la ciudadanía[4].

Escuchemos qué decía Marx al respecto de esto:

> "Pero el demócrata, como representa a la pequeña burguesía, es decir, una *clase intermedia*, en la que los intereses de dos clases se embotan el uno contra el otro, cree estar por encima del antagonismo de clases en general. Los demócratas reconocen que tiene enfrente a una clase privilegiada, pero ellos, con todo el resto de la nación que los circunda, forman el *pueblo*. Lo que ellos representan es el *derecho del pueblo*; lo que les interesa es el *interés del pueblo*. Por eso, cuando se prepara una lucha, no necesitan examinar los intereses y las posiciones de las distintas clases. No necesitan ponderar con demasiada escrupulosidad sus propios medios. No tienen más que dar la señal para que el *pueblo*, con todos sus recursos inagotables, caiga sobre los *opresores*. Y si, al poner en práctica la cosa, sus intereses resultan no interesar y su poder ser impotencia, la culpa la tienen los sofistas perniciosos que escinden al *pueblo indivisible* (…) En todo caso, el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la convicción de nuevo adquirida de que tienen necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él" (Marx, 1985: 75-76).

Son políticas *integradas*, autoconfinadas en el marco que establece este modo de producción, en los márgenes que proporciona para la intervención de la política, los cuales se achican según acentúa su degeneración (vemos en el capítulo 4, por ejemplo, que las inversiones estatales no pueden recuperar la tasa de ganancia ni, en general, la intervención del Estado puede salvar la decadencia del *valor*). De ahí también la declinación e inoperancia de las "opciones reformistas", ya que están atadas a la propia degeneración del Sistema, y por tanto, a su creciente calidad de irreformable.

Y no es que haya que renunciar a pelear por reformas progresistas incluso en las condiciones más adversas. Lo que lleva pronto a callejones sin salida es tener esto como único objetivo, como triste remedo de una "estrategia" política.

Siempre que se actúe exclusivamente desde esos parámetros las posibilidades de transformación irán quedando más y más reducidas, dado que las izquierdas *del* sistema o a él integradas, necesitan que la *ley del valor* se desarrolle satisfactoriamente para poder conseguir algún logro. Requieren, inexcusablemente, que le vaya bien al *capital* (dado que toda su "estrategia "se enmarca dentro de sus límites), que para el caso vale decir que precisan del *crecimiento* permanente[5]. Por el contrario, si sus políticas llegaran a afectar la tasa de ganancia, la tasa de inversión necesariamente tendería a caer, y con ella el resurgimiento de los problemas de quiebras, desempleo, recesión, etc. Imaginémonos esta sucesión de hechos en tiempos de abierta degeneración del valor. Por eso también, aun en el caso de no pretenderlo, el curso de acción de estas izquierdas integradas se hace *populista*, en cuanto que indefectiblemente promueven formas de encuadramiento heterónomo del accionar social (determinando directrices externas a los agentes sociales, no provenientes de ellos mismos), ya que sus intervenciones a la postre resultan forzosamente subordinadas a las dinámicas del valor (capítulos 9 y 10).

Sin embargo, por mucho que las *izquierdas del Sistema* se esfuercen por mejorar la salud del capital para así poder cumplir con algún programa social, en plena pendiente de degeneración y especialmente cuando los brotes de crisis se hacen más frecuentes, largos, profundos, intensos y virulentos, no tienen, no pueden tener, ninguna respuesta operativa durable.

Por eso, igualmente, tienden a reproducir una y otra vez el ciclo de la *desilusión*. Cuando sus líderes llegan a los espacios políticos institucionales perciben claramente que desde ellos no se puede afectar decisivamente la Política con mayúsculas del metabolismo capitalista (no es lo mismo entrar en los aparatos del Estado –instituciones que traducen el Poder del capital–, que tomar el Estado –que es una relación de Poder emanada del capital que se distribuye a lo largo de toda el cuerpo social–), y de una u otra manera se pliegan a las exigencias que éste marca por vía de su "sujeto automático". Se repiten históricamente, así, sobre tales líderes las acusaciones de "traición", "derechización" y "aburguesamiento" que, independientemente de que sean ciertas o no, no apuntan a la cuestión fundamental del proceso: la inviabilidad de logros sociales en el capitalismo más allá de la dictadura de la tasa de ganancia, lo que se traduce hoy por la imposibilidad de cualquier avance

sustancial y estable dentro de un capitalismo moribundo. El que la política institucional sea parte de la Política metabólica conduce a que todas las opciones que una y otra vez intentan modificar la primera sin afectar a la segunda, se terminen estrellando.

Recordemos lo dicho en la primera parte de este libro, la Política con mayúsculas, está imbricada en el metabolismo socionatural que engendra a cada instante el *valor* hecho *capital*. Es por tanto, sean conscientes de ello o no, la Política que hacen cada día todos los agentes sociales. Es el medio y el campo en el que negociar o consensuar intereses, pero también donde crear líneas de fractura, proyectos y la participación de los diferentes seres humanos y agrupaciones de los mismos en la forja de su propia vida, en la construcción y preservación de sus bienes colectivos. Es el terreno de las relaciones de fuerza entre las clases. La Política en este sentido afecta a los pilares de la sociedad, a su cosmovisión, y se dirime en torno a la *hegemonía*, que va mucho más allá del poder institucional o del aparato de Estado, para incidir en el conjunto de relaciones sociales, en el modo de vida de la sociedad toda (y por supuesto, posiblemente también en su modo de producción). Lo cual no quiere decir que se pueda descuidar aquel poder institucional, pues él condensa socialmente la dominación Capital/Trabajo y en él se deposita o precipita institucionalmente todo el entramado de poderes que sustentan el orden social. Es, por eso, el "puesto de mando del capital"[6]. El sentido emancipador de las luchas de clase en tal ámbito del "capital colectivo" sólo puede provenir, especialmente en un momento de degeneración del valor, de la previa acumulación de fuerzas y luchas metabólicas (ver cuadro 11 del texto) con una clara estrategia, la de la transformación del propio metabolismo.

Las *izquierdas del Sistema* institucionales pretenden por lo general cambiar procesos y parciales correlaciones de fuerza desde las esferas correspondientes. Por el contrario, los basismos se empeñan en desconsiderar la intervención en los puestos de mando del capital. No quieren "contaminarse" con ello. Errores repetidos por ambas partes, que tienden además a hacerlas irreconciliables. Una *izquierda integral*, por contra, es la que se constituye como alternativa total al capitalismo, y sabe por tanto que tiene que afectar al corazón de su Política metabólica y combinar, al tiempo, las transformaciones moleculares, de base, con la intervención en la política institucional del capital, con el objetivo de

desbaratar su poder agencial, político-cultural-jurídico-policíaco-militar.

La *izquierda integral* parte del hecho de que no es posible la colaboración sistémica entre el Trabajo y el Capital, porque entre ambos media un antagonismo insoluble, raigal a la dictadura del valor como plusvalor.

---

1. En el ámbito de la política institucional esto es prácticamente sinónimo de fracaso. De cierto, por esa vía se termina renunciando a horizontes mejores dentro del capitalismo, y quienes la siguen se contentan hoy con volver atrás en el mismo, a su fase fosilista-keynesiana, para intentar recuperar al menos algunos de los logros sociales de esa fase histórica.

2. Mismas ilusiones que las de quienes formulan que los actos humanos están principalmente presididos por el carácter moral de éstos. Semejantes puntos de partida idealistas que los de quienes proponen la comunión de intereses, y por tanto de acción, para todas las clases de la sociedad (como cuando formulan "salir todos juntos de la crisis"). Pero propósitos, aspiraciones, intereses y objetivos están drásticamente tamizados por la posición social. Las distintas posiciones sociales, más allá de la singularidad no generalizable en que se halla cada quien, presentan condiciones estructurales y estructurantes comunes, que es lo que permite construir la noción (e identidad) de *clase* en torno a ellas, con sus respectivos intereses. Aunque a veces, como advertía Marx, puedan aparecer disfrazados bajo la forma de fines desinteresados, objetivos independientes, de tipo político, moral, estético, emocional… subyacen a ellos siempre esas condiciones estructurales que son las que a la postre trazan las oportunidades de vida de las personas. Oportunidades que no pueden modificarse con planteamientos idealistas de "cambios de mentalidad" o de "estilos de vida".

3. "Y el desconocimiento abrumador por parte de la población, directamente afectada por sus efectos, de las causas profundas de esa degradación social, provoca el creciente protagonismo de irracionalismos ideológico-políticos de variado pelaje" (Apilánez, 2019ª: s/p).

4. En este sentido, como dice Isabelle Garo en su acertada crítica a Micheà, "la destrucción de las condiciones organizativas para la participación de los trabajadores en la vida política fortalece la capacidad de los grupos sociales y activistas alejados de las clases trabajadoras para hablar en su nombre" (2015: s/p). La profesionalización de la política está destinada a impedir la participación popular directa en la misma. Hoy puede expresarse incluso convirtiendo en mercancía el accionar solidario o cooperativo y la propia militancia. Eso quiere decir que la precariedad y la falta de oportunidades laborales contribuyen a hacer también de la antigua "militancia" y de la "solidaridad" vías de profesionalización política.

5. Aquí radica otra de sus grandes contradicciones (o debilidades) que abocan a las *izquierdas integradas* a la futilidad: tener que defender (y promover) un cada vez más inverosímil crecimiento. La anhelada continuidad del crecimiento es camuflada, sin embargo, bajo el nuevo mitema (que obvia el oxímoron) de "crecimiento sostenible".

6Esta doble dimensión de la *política* que también proporciona a los/as subordinados/as la capacidad de superar lo particular para alcanzar lo universal (Moro, 2018), es la que no ven o no quieren ver tantos/as activistas e ideólogos/as del movimientismo, del basismo, del anarquismo... dejándonos siempre inermes frente a ella (así ocurre cuando la política que se hace en la base, "política metabólica" –de vida, contra-cultural, de autogestión...–, se desentiende de la capacidad de plegamiento al orden, represión y contragolpe que puede ejercer el capital desde su puesto de mando, la "política institucional" –que comprende también lo jurídico y lo policíaco-militar–). Porque la separación de sociedad civil y sociedad política, como apuntara Gramsci, es espuria. Porque lo social y lo político no tienen suturas mutuas, y porque el cuerpo social de una sociedad de clases no se engarza entre sí "espontáneamente", sin mediaciones políticas. Los idealismos "pre-políticos" y "post-políticos" nos llevan a campos de juego irreales y por tanto impracticables, para mayor disfrute de las elites del capital.

Epílogo

Rémy Herrera[1]

El marxismo, ¿crítica de la economía política… o economía política?

En contraposición a una corriente hegemónica dogmática que da una visión apologética de un capitalismo captado como horizonte insuperable de la historia, el marxismo establece conceptos clave de un conocimiento científico auténtico, radicalmente alternativo, en la economía política.

La relación del marxismo con la economía, como disciplina científica, no es obvia. Esto, en primer lugar, porque la llamada economía «política», que apareció en Europa Occidental entre los siglos XVI y XVIII, es en sí misma un subproducto del desarrollo histórico del sistema capitalista.

La fórmula elegida por Jean-Baptiste Say para definir la economía como la ciencia que estudia la forma en que «las riquezas se forman, distribuyen y se consumen», da la impresión de que estas últimas lo hacen «si no por sí solas, al menos de una manera independiente de la voluntad de los seres humanos», escribió Léon Walras. Este último agregó: «[Lo] que ha seducido a los economistas en esta definición [la que da Say] es precisamente este color exclusivo de ciencia natural que le da a toda economía política. Este punto de vista les ayudó mucho en su lucha contra los socialistas. Cualquier plan de organización de la propiedad fue rechazado por ellos a priori y, por así decirlo, sin discusión». El marxismo va más allá al mostrar, como señaló Engels, que «la economía no trata de cosas, sino de relaciones entre personas y, en última instancia, entre clases; pero estas relaciones están siempre ligadas a las cosas y aparecen como cosas».

Las ideologías dominantes del capitalismo se han ido consolidando con las mutaciones de este campo disciplinar, que poco a poco se ha transformado de

«economía política» en «economía pura». La «economía política» es la forma en que nació alrededor del siglo XVII, gracias a autores como Antoine de Montchrestien y William Petty, reflejando el predominio de la economía sobre la política, a raíz de la afirmación del capitalismo; bajo el mismo se fue perfeccionado a partir del siglo XVIII, gracias a Adam Smith, David Ricardo y las aportaciones clásicas. La «economía pura» es en lo que esta disciplina dice haberse convertido desde finales del siglo XX, y más aún a principios del siglo XXI. La parte central del tríptico cronológico está representada por la formulación de una «economía política pura» (la teoría walrasiana del equilibrio general del mercado) en las últimas décadas del siglo XIX, en un momento en que la disciplina se había vuelto autónoma (con respecto a la filosofía y el derecho, y luego a la ciencia política y la sociología) y ya sólidamente institucionalizada.

El marxismo es, por supuesto, ante todo, como nuestro compañero Andrés Piqueras recalca en este libro, una crítica de esta economía política. Marx y Engels tienen una concepción histórica del capitalismo, y criticaron a quienes hicieron una interpretación «fetichista» del mismo, atribuyendo poder a simples objetos materiales. Insisten en las relaciones sociales. El capital es una relación social de producción vinculada a una estructura social dada e históricamente determinada. Estos son los medios de producción monopolizados por una parte de la sociedad, y mandando, en una relación de dominación y explotación, a los trabajadores que viven de sus salarios. Han criticado a los clásicos que han identificado «leyes económicas» sin darse cuenta de que son históricas y expresan las contradicciones sociales y de las tendencias de cambios profundos en esta sociedad.

Pero el marxismo es también, por el mismo hecho de ser una crítica, el fundamento de los conceptos clave del conocimiento científico genuino y radicalmente alternativo en economía política. Es con Marx y Engels, en el marco de una concepción materialista de la historia, que se iban a determinar las características del modo de producción capitalista, articular las fuerzas productivas y las relaciones de producción, esbozar los contornos de los antagonismos de clase, desentrañar los secretos de la explotación, comprender los complejos movimientos del capital, medir la gravedad de sus crisis y, en la práctica, abrir los horizontes de las revoluciones proletarias que se avecinaban.

Durante los procesos de transición socialista, el recurso a herramientas de planificación se basa en una ciencia económica propia de estos sistemas, adaptada a su funcionamiento para la propiedad social, en lugar de los mecanismos de mercado, la organización institucional, etc. El ciclo comienza con el objetivo de lograr la mejor satisfacción posible de las necesidades de toda la población. Ya no es el poder adquisitivo de los agentes lo decisivo, sino las opciones para satisfacer las necesidades sociales y el desarrollo. Las actividades productivas deben realizarse con una eficiencia cada vez mayor, gracias a este nuevo «cálculo económico». Se utilizan términos bastante similares a los utilizados en el capitalismo (excedente, costo, etc.), pero su contenido es distinto debido a la especificidad de las relaciones en las que se insertan. Los espacios que ocupa el mercado están condicionados por el predominio de criterios sociales y un objetivo de crecimiento compatible con la solidaridad. La lógica que guía la reproducción ampliada de la economía ya no es la del lucro y la explotación.

Que el marxismo es tanto crítica de la economía política como economía política alternativa, la misma trayectoria de la economía moderna lo confirma. La corriente neoclásica, actualmente hegemónica, ha adquirido la costumbre de presentarse como heredera de los pensadores clásicos. Sin embargo, las rupturas que se vio obligada a hacer en relación con estos últimos fueron decisivas, y necesarias por los desarrollos marxistas, destructivos y creativos al mismo tiempo: parientes tan cercanos de las reflexiones clásicas, pero conducentes, por los caminos que Marx ha descubierto, a la teoría de la extorsión de la plusvalía.

Estas rupturas, que esconden los neoclásicos, se pueden identificar en los niveles metodológico, teórico y conceptual. En la actualidad, la corriente principal las presenta engañosamente como continuidades. O cómo hacer que uno y el otro comulguen –¡excepto Marx!– en una visión apologética unificada de un capitalismo concebido como único pensable en teoría e insuperable horizonte de la historia. De ahí surge una disciplina económica ficticia «apolítica», pero aplastada por una corriente hegemónica dogmática que la hace tender hacia lo que yo llamo una «ciencia(-ficción) económica».

El marxismo al que me refiero aquí es un pensamiento liberado de las garras del economismo y el determinismo en el que muchos marxistas «ortodoxos»

han confinado esta corriente después de Marx. Este último, sobre todo al final de su vida, en una investigación dedicada en particular a las formaciones sociales pre-capitalistas y las comunidades agrarias, insistió de hecho en la necesidad de una visión no lineal de la historia, en análisis innovadores donde las relaciones de producción se superponen en otras relaciones con el fin de profundizar en el examen de las formas de propiedad, de dominación y de explotación y, por tanto, también sobre la multiplicidad de posibles caminos de paso al socialismo.

El profesor Piqueras tiene la rara virtud de poner todo esto de relieve al mismo tiempo, a través de una detallada, precisa, didáctica y clarificadora exposición de datos y fundamentos teóricos; a la vez que ajusta cuentas con quienes se dicen del marxismo desconsiderando unos u otros de esos fundamentos. Igualmente advierte a quienes sueñan con mundos mejores, sobre las carencias de hacerlo sin ese método que confeccionaron Engels y Marx. Toda esa enorme labor, por difícil que parezca, está contenida en este libro. Un libro deslumbrante.

---

1. Economista e investigador del CNRS (Centro de Economía de la Sorbona).

Bibliografía y otras referencias citadas

Abellán, Joaquín (1991). "Introducción: Concepción del Estado en Marx y en la tradición marxista", en Alejandro Tiana, Federico Gómez, Joaquín Abellán, Mercedes Vico y Sara Morgenstern (eds.), *Socialismo y sistemas educativos.* Madrid, UNED.

Adorno, Theodor (1993) [1966]. *Negative Dialectics*. Routledge. London.

Agacino, Rafael (2006). "Hegemonía y contra hegemonía en una contrarrevolución neoliberal madura. La izquierda desconfiada en el Chile post-Pinochet", en *CEME. Archivo Chile*, pp. 1-42. Disponible en http://www.archivochile.com/Chile_actual/08_p_ich/chact_piz0004.pdf

Altamira, César (2006). *Los marxismos del nuevo siglo*. Biblos. Buenos Aires.

Altamira, César (comp.) (2013). *Política y subjetividad en tiempos de governance*. Waldhuter Editores. Buenos Aires.

Amin, Samir (2003). *Más allá del capitalismo senil*. El Viejo Topo. Barcelona.

Anderson, Perry (1979) [1976]. *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo XXI. Madrid.

Anderson, Perry (2000) [1998]. *Los orígenes de la posmodernidad.* Anagrama. Barcelona.

Antunes, Ricardo (2013). "The working class today: the new form of being of the class who lives from its labour", en *Workers of the World. International Journal on Strikes and Social Conflicts*, vol. I, nº 2. The Working Class. A Contemporary Approach.

Apilánez, Alfredo (2016a). "¿De qué hablamos cuando hablamos de financiarización?". Extraído de http://www.elsalmoncontracorriente.es/?De-que-hablamos-cuando-hablamos-de

Apilánez, Alfredo (2016b). "Neoliberalismo y bancos centrales. El timo de la deuda soberana". Extraído de https://www.elsalmoncontracorriente.es/?El-timo-de-la-deuda-soberana

Apilánez, Alfredo (2019a) "La fábrica de dinero: el propulsor oculto de la degradación social". Extraído de https://trampantojosyembelecos.wordpress.com/2019/08/13/la-fabrica-de-dinero-el-propulsor-oculto-de-la-degradacion-social/

Apilánez, Alfredo (2019b). "Los secretos del dinero: el gran desconocido". Extraído de https://tacnacomunitaria.blogspot.com/2019/02/los-secretos-del-dinero-el-gran.html

Apilánez, Alfredo (2019c). "El capitalismo desquiciado". Extraído de El capitalismo desquiciado | trampantojos y embelecos (wordpress.com)

Apilánez, Alfredo (2019d). "El reformismo electoralista: de la tragedia a la farsa". Extraído de El reformismo electoralista: de la tragedia a la farsa (lahaine.org)

Apilánez, Alfredo (2021). "Los 'vicios' del ecologismo". Extraído de Los "vicios" del ecologismo (observatoriocrisis.com)

Aragüés, Juan Manuel (2018). *El dispositivo Karl Marx. Potencia política y lógica materialista*. Prensas de la Universidad de Zaragoza. Zaragoza.

Armas, Paquita (2020). "Federico Engels: Siempre un dragón, nunca una pulga". Extraído de Federico Engels: Siempre un dragón, nunca una pulga | Cubadebate

Arrighi, Giovanni (1999) [1994]. *El largo siglo XX*. Akal. Madrid.

Arrighi, Giovanni (2005). "Entender la hegemonía– 2", en *New Left Review* (edición española), nº 52, pp. 47-52.

Arrizabalo, Xabier (2016) [2014]. *Capitalismo y economía mundial*. Instituto Marxista de Economía – ARCIS – UdeC. Madrid.

Ascunce, Daniel (2017). "Un marxofeminismo sin clases: la teoría de la disociación del valor de Roswitha Scholz". Trabajo fin de Grado. Facultad de Educación, Filosofía y Antropología. Universidad del País Vasco. Disponible en (99+) (PDF) Un marxofeminismo sin clases: la Teoría de la disociación del valor de Roswitha Scholz | Daniel Ascunce – Academia.edu

Aubry, Amandine; Boisset, Louis; François, Laetitia y Salomé, Morgane (2018). «Le ralentissement de la productivié dans les pays émergents est-il un phénomène durable?», en *Trésor-éco*, n° 225. Disponible en Trésor-Éco n° 225 (Juillet 2018), «Le ralentissement de la productivité dans les pays émergents est-il un phénomène durable ?» (economie.gouv.fr)

Ávalos, Gerardo (2007). "La escisión de la vida política en la era del valor que se valoriza", en Gerardo Ávalos y Joachim Hirsch, *La política del capital.* Universidad Autónoma Metropolitana. Ciudad de México.

Backhause, Hans-George (1992). "Between Philosophy and Science: Marxian Social Economy as Critical Theory", en Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis (eds.) *Open Marxism*, *Vol. 1. Dialectics and History*. Pluto Press. London.

Backhause, Hans-George (2011) [1969]. "Dialéctica de la forma de valor", extraído de https://es.scribd.com/document/465036815/Dialectica-de-la-forma-de-valor-Hans-Georg-Backhaus

Balibar, Étienne (1997). *La crainte des masses. Politique et philosophie avant et après Marx*. Galileé. Paris.

Balibar, Étienne (2015) [1976]. *Sobre la dictadura del proletariado*. Siglo XXI. Madrid.

Barboza, Douglas (2018). "Marx e a crítica às ilusões democráticas: escritos pós-1850", en *Argumentum*, vol. 10, nº 2, pp. 97-107. Vitória.

Basso, Francesco (2019). "Intelectual colectivo, sujetos revolucionarios, conflicto y construcción de la autonomía", en Pablo Sánchez (coord..), *Karl Marx y la crítica de la economía política. Contribuciones a una tradición*. Pamiela. Arre.

Bell, John R. (2009). *Capitalism and the Dialectic. The Uno-Sekine Approach to Marxian Political Economy*. Londres-Nueva York, Pluto-Press.

Bell, John y Sekine, Thomas (2001). "The Disintegration of Capitalism: A Phase of Ex-Capitalist Transition", en Robert Albritton et al. (eds.), *Phases of Capitalist Development*. Palgrave Macmillan. Basingstoke.

Bellofiore, Riccardo (2009). "A ghost turning into a vampire: The concept of capital and living labour", en Ricardo Bellofiore y Roberto Fineschi (eds.) *Re-reading Marx: New perspectives after the critical edition*. Palgrave Macmillan. Basingstoke.

Bellofiore, Riccardo (2014). "The Grundrisse after Capital, or How to Re-read Marx Backwards", en Riccardo Bellofiore, Guido Starosta y Peter Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*. Haymarket Books. Chicago.

Bellofiore, Riccardo y Tomba, Massimiliano (2008). "Quale attualità dell'operaismo", en Steve Wright, *L'assalto al cielo: per una storia dell'operaismo*. Edizione Alegre. Roma.

Bellofiore, Riccardo y Redolfi, Tomasso (2018). "Hans Georg Backhaus: La Crítica a las Teorías Pre-monetaristas del Valor y las Formas Distorsionadas de la Realidad Económica". Extraído de https://es.scribd.com/document/387720661/La-Critica-a-Las-Teorias-Pre-monetaristas-Del

Benería, Lourdes; Berik, Günseli y Maria S., Floro (2016) [2003]. *Gender, Development, and Globalization*. Routledge. New York.

Bensaïd, Daniel (2006a). *Clases, Plebes, Multitudes*. Palinodia. Santiago de Chile.

Bensaïd, Daniel (2006b). "El retorno de la cuestión político-estratégica", en *Le Site Daniel Bensaïd*, http://danielbensaid.org/El-retorno-de-la-cuestion-politico

Bensaïd, Daniel (2011) [2009]. *Marx ha vuelto*. Edhasa. Buenos Aires.

Bensaïd, Daniel (2013) [2002]. *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. Herramienta. Buenos Aires.

Berlin, Isaiah (2000) [1978]. *Karl Marx*. Alianza. Madrid.
Bevins, Vincent (2021). *El método Yakarta. La cruzada anticomunista y los asesinatos masivos que moldearon nuestro mundo*. Capitán Swing. Madrid.
Bhattacharya, Tithi (2017a). "Mapping Social Reproduction Theory", *en* Tithi Bhattacharya (ed.) *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Opression.* Pluto Press. London.
Bhattacharya, Tithi (2017b). "How Not to Skip Class: Social Reproduction of Labor and the Global Working Class", *en* Tithi Bhattacharya (ed.) *Social Reproduction Theory: Remapping Class, Recentering Opression.* Pluto Press. London.
Bhattacharya, Tithi (2019). "From the production of value to the valuing of reproduction", en Peter Osborne, Éric Alliez y Eric-John Russell (eds.). *Capitalism: Concept, Idea, Image Aspects of Marx's Capital Today*. CRMEP Books Centre for Research in Modern European Philosophy. Kingston University. London.
Bidet, Jacques (2008). "Kôzô Uno and His School: A Pure Theory of Capitalism", en Jacques Bidet y Stathis Kouvélakis, *Critical Companion to Contemporary Marxism*. Historical Materialism Book Series, vol. 16, pp. 729-740. Brill. Leiden-Boston.
Bidet, Jacques y Duménil, Gérard (2007). *Altermarxismo. Otro marxismo para otro mundo*. El Viejo Topo. Barcelona.
Blackburn, Robin (ed.) (1972). *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory.* Pantheon Books. New York.
Blackledge, Paul (2019a). *Friedrich Engels and Modern Social and Political Theory.* State University of New York Press. Albany.
Blackledge, Paul (2019b). "Historical Materialism", en Matt Vida, Tony Smith, Tomás Rotta y Paul Prew, *The Oxford Handbook of Marx*. Oxford University Press. Oxford.
Blanco, Osvaldo (s/f). "Neoliberalismo, financiarización y crisis". Extraído de (99+) (PDF) Neoliberalismo, financiarización y crisis | Osvaldo Blanco – Academia.edu
Bologna, Sergio (2006). *Crisis de la clase media y postfordismo*. Akal. Madrid.
Bond, Patrick y Khadija, Sharife (2013). "Dosier sobre la cumbre de los BRICS". Extraído de http://www.sinpermiso.info/articulos/ficheros/bond.pdf
Bonefeld, Werner (2010a). "History and Human Emancipation: Struggle, Uncertainty and Openness", en *Critique Journal of Socialist Theory*, vol. 38, nº 1, pp. 61-73
Bonefeld, Werner (2010b). "Abstract Labour: Against its Nature and on its Time", en *Capital and Class*, vol. 34, nº 2, pp. 257-276.
Bonefeld, Werner (2012). "La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social", en *Theomai*, Estudios Críticos sobre Sociedad y Desarrollo, nº 26, pp. 81-94.
Bonefeld, Werner (2013). *La razón corrosiva*. Herramienta. Buenos Aires.
Bonefeld, Werner (2020). "On Capital as Real Abstraction", en Antonio Oliva, Ángel Oliva e Iván Novara, *Marx and Contemporary Critical Theory*, pp. 153-170. Palgrave. University of York.
Bonefeld, Werner; Gunn, Richard y Psychopedis, Kosmas (1992). "Introduction", en Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis (eds.). *Open Marxism. Vol. II Theory and Practice*. Pluto Press. London
Bonfiglioli, Chiara (2014). "'Workers of the World, Who Washes Your Socks?' Second Wave Feminist Critiques of Marxism in Italy, France and Yugoslavia", en Sara Farris (ed.). *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Notbooks for Study and Research. Amsterdam.
Bonnet, Alberto (2007) "Estado y Capital. Los debates sobre la derivación y la reformulación del estado en Alemania y Gran Bretaña" en Mabel Thwaites (comp.): *Marxismo y Estado. Un siglo y medio de debates*. Prometeo. Buenos Aires.
Borón, Atilio (2003a). *Imperio. Imperialismo. Una lectura crítica de Michel Hardt y Antonio Negri.* El Viejo Topo. Barcelona.

Borón, Atilio (2003b). “Poder, ‘contrapoder’ y ‘antipoder’. Notas sobre un extravío teórico-político en el pensamiento crítico contemporáneo”, en *Chiapas*, nº15, pp.1-17. UNAM.D.F. Disponible en ch15boron.pdf (unam.mx)

Borón, Atilio (2014). “Teoría política marxista o teoría marxista de la política”. Extraído de TeoriaMarxista.indb (core.ac.uk)

Borón, Atilio (2019). “Marxistas somos todos”. Extraído de Marxistas somos todos – Atilio Boron

Borón, Atilio y Cuéllar, Óscar (1983). “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XLV, nº 4, pp.1143-1177.

Briales, Álvaro (2014). “Para una crítica de todos los trabajos: la teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo”, en *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, nº 7, pp. 153-179.

Briales, Álvaro (2019). “La expropiación del tiempo: claves para una sociología histórica de la dominación capitalista”, en *Sociología Histórica*, nº 9, pp. 564-592. Disponible https://revistas.um.es/sh/article/view/304041

Brown, Wendy (2015). *Undoing the Demos: Neoliberalism’s Stealth Revolution*. Zone Books. New York.

Burgio, Alberto (2007) [2006] “Para ver el siglo XXI con la lente de Gramsci”. Extraído de https://www.sinpermiso.info/textos/para-ver-el-siglo-xxi-con-la-lente-de-gramsci

Caffentzis, George (2013). *In Letters of Blood and Fire. Work, Machines, and the Crisis of Capitalism*. PM Press. Oakland-Brooklyn.

Caligaris, Gastón y Guido Starosta, Guido (2015). “La crítica marxiana de la dialéctica hegeliana. De la reproducción ideal de un proceso ideal a la reproducción ideal de un proceso real”, en *Praxis Filosófica*, nueva serie, nº 41, pp. 81-112. Universidad Nacional de Quilmes.

Callinicos, Alex (2001). “Toni Negri in perspective”, en *International Socialism Journal*, nº 92. Disponible en http://pubs.socialistreviewindex.org.uk/isj92/callinicos.htm

Callinicos, Alex (2017). “Zizek, Laclau, Butler. Une lecture critique”. Extraído de http://www.contretemps.eu/zizek-laclau-butler-philosophie-politique/

Cámara, Sergio (2015). “La Gran Recesión en Estados Unidos: causas estructurales y detonantes cíclicos”, en Juan Pablo Mateo (coord.), *Capitalismo en recesión. La crisis en el centro y la periferia de la economía mundial*. Maia. Madrid.

Cantamutto, Francisco (2015). “Construcción de hegemonía y Estado: algunas bases teóricas”, en *Estudios Sociales del Estado*, vol. 1, nº 1, pp. 171-203.

Carballa, Bruno y Harracá, Martín (2013). “Una modelización crítica de la ley tendencial de la caída de la tasa de ganancia”. Extraído de (99+) (PDF) Una modelización crítica de la ley tendencial de la caída de la tasa de ganancia | Martín Harraca – Academia.edu

Carcanholo, Marcelo (2016). “Algumas implicações da exasperação historicista da teoria do valor de Marx por Moishe Postone”, en *Marx e o Marxismo* vol.4, n.7, pp. 303-317.

Carcanholo, Reinaldo (2009). “Capital ficticio y ganancias ficticias. Dos visiones críticas sobre el futuro del capitalismo”, en Observatorio Internacional de la Crisis, *La Gran Depresión del Siglo XXI: causas, carácter, perspectivas*. DEI. San José.

Carcanholo, Reinaldo (2011). “Interpretaciones sobre el capitalismo actual, crisis económica y gastos militares” y Apéndice I: “Los gastos militares y la transustanciación de la riqueza”, en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona.

Carcanholo, Reinaldo (2015). *Marx, Ricardo e Smith. Sobre a Teoria do Valor Trabalho*. Edufes. Vitória.

Carcanholo, Reinaldo y Nakatani, Paulo (2000). “Capital especulativo parasitario *versus* capital financiero”, en Joaquín Arriola y Diego Guerrero (eds.), *La nueva economía política de la globalización*. Universidad del País Vasco. Bilbao.

Carcanholo, Reinaldo y Nakatani, Paulo (2015). “O capital especulativo parasitário: uma precisão teórica

sobre o capital financiero, característico da globalização", en Helder Gomes (org.), *Especulaçao e lucros ficticios. Formas parasitárias da acumulaçao contemporânea*. Outras Expressões. Sau Paulo.
Carchedi, Guglielmo (2009a). "From Okishio to Marx through dialectics", en *Capital & Class*, vol. 33, nº 3, pp. 59-79.
Carchedi, Guglielmo (2009b). "Interventions. The Fallacies of 'New Dialectics' and Value-Form Theory", en *Historical Materialism*, nº17, pp. 145-169.
Carchedi, Guglielmo (2011a). "Behind and Beyond the Crisis". Extraído de *carchedib.pdf (homolaicus.com)
Carchedi, Guglielmo (2011b). "A comment on Bonefeld's 'Abstract labour: Against its nature and on its time'", en *Capital & Class*, vol. 35, nº 2, pp 307–309.
Carchedi, Guglielmo (2014). "The Crisis and Marx's Theory of Knowledge", en Sara Farris (ed.), *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Note Books for Study and Research. Amsterdam.
Carchedi, Guglielmo (2018). "The Old is Dying but the New Cannot Be Born on the Exhaustion of the Present Phase of Western Capitalism", en Guglielmo Carchedi y Michael Roberts (eds.). *World in Crisis. A Global Analysis of Marx's Law of Profitability*. Haymarket Books. Chicago.
Carchedi, Guglielmo y Roberts, Michael (2013). "Marx's law of profitability: answering old and new misconceptions", en *Critique*, vol. 41, nº 4, pp.571-597. Disponible en https://www.researchgate.net/publication/271750780_Marx's_Law_of_Profitability_Answering_Old_and_New_Misconceptions
Carchedi, Guglielmo y Roberts, Michael (eds.) (2018). *World in Crisis. A Global Analysis of Marx's Law of Profitability*. Haymarket Books. Chicago.
Carrasco, Cristina (2017). "La economía feminista. Un recorrido a través del concepto de reproducción", en *Ekonomiaz* nº 91, pp. 52-77.
Cazal, Ernesto (2021). "En el trasfondo de la guerra financiera de EEUU contra el resto del mundo". Extraído de https://misionverdad.com/globalistan/en-el-trasfondo-de-la-guerra-financiera-de-eeuu-contra-el-resto-del-mundo
Chesnais, François (2006). « La prééminence de la finance au sein du 'capital en general', le capital fictice et le mouvement conteporaine de mondialization du capital », en S. Bunhoff et all., *La Finance Capitaliste*. Presse Universitaires de France. Paris.
Chesnais, François (2008). "El fin de un ciclo. Alcance y rumbo de la crisis financiera", en *Herramienta*, nº 37, pp.7-36.
Chesnais, François (2017). *Finance Capital Today. Corporations and Banks in the lasting Global Slump*. Haymarket Books. Chicago.
Chesnais, François (2019). "El Desorden global. De nuevo sobre el impasse económico histórico del capitalismo mundial", en *Viento Sur*, nº 163, pp. 5-15.
Chibber, Vivek (2008). "Developments in Marxist Class Analysis", en Jacques Bidet y Stathis Kouvélakis, *Critical Companion to Contemporary Marxism*. Historical Materialism Book Series, vol. 16. Brill. Leiden-Boston.
Chibber, Vivek (2021) [2013]. *La teoría poscolonial y el espectro del capital*. Akal. Madrid.
Chinascope (2015). "Plan Strategist: The U.S. Uses Its Dollar to Dominate the World", extraído de http://chinascope.org/archives/6458
Cinatti, Claudia (2018). "Chantal Mouffe y el populismo de lo posible", en *Ideas de Izquierda-La izquierda Diario*. Disponible en http://www.laizquierdadiario.com/Chantal-Mouffe-y-el-populismo-de-lo-posible
Cleaver, Harry (1992). "The inversion of Class Perspective in Marxian Theory: from Valorisation to Self-Valorisation", en Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis (eds.). *Open Marxism. Vol. II Theory and Practice*. Pluto Press. London
Cleaver, Harry (2017). *Rupturing the Dialectic: The Struggle against Work, Money, and Financialization*.

AK Press. Chico – Edinburgh.
Clelland, Donald (2014). "The Core of the Apple: Dark Value and Degrees of Monopoly in Global Commodity Chains", en *American Sociological Association,* vol. 20, nº 1, pp. 82-111.
Cockshott y Cotrell (1993). *Towards a New Socialism*. Spokesman Books. Nottingham.
Cockshott, Paul y Cottrell, Allin (2017). "Argumentos para un nuevo socialismo", en Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*. Trotta. Madrid.
Cockshott, Paul y Nieto, Maxi (2017). *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*. Trotta. Madrid.
Cox, Robert W. (1983). «Gramsci, Hegemony and International Relations: An essay in Method», en *Millenium: Journal of International Studies*, vol. 12, nº 2, pp. 162-176. Sage. London.
Cox, Robert W. (2013-2014) [1981]. «Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: más allá de la teoría de relaciones internacionales», en *Revista Relaciones Internacionales,* nº 24, pp. 129-162. UAM. Ciudad de México.
Dal Maso, Juan y Rosso, Fernando (2015). "La hegemonía débil del 'populismo'", en *Ideas de Izquierda*, nº19. Disponible en http://www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/la-hegemonia-debil-del-populismo/
Dardot, Pierre y Laval, Christian (2019). "Anatomía del nuevo neoliberalismo", en *Viento Sur*, nº 164. Extraído de https://vientosur.info/anatomia-del-nuevo-neoliberalismo/
Das, Satyajit (2013). "El regreso de la crisis de los mercados emergentes", extraído de http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=6352
D'Atri, Andrea y Murillo, Celeste (2018) "Nosotras, el proletariado", en *Ideas de Izquierda. La Izquierda Diario*. Disponible en https://www.laizquierdadiario.com/Nosotras-el-proletariado
Davidson, Neil (2016). "Crisis, Neoliberalism and Regimes of Permanent Exception", en *Critical Sociology*, vol.43, nº 4-5, pp. 615-634.
Davis, Mike (2006). *Los holocaustos de la era victoriana tardía*. Universitat de València. València.
De Angelis, Massimo (2012) "Marx y la acumulación primitiva. El carácter 'continuo' de los cercamientos capitalistas", en *Theomai*, nº 26. Buenos Aires. Disponible en https://bit.ly/3yNlHJJ.
De Gaudemar, Jean-Paul (1979). *Movilidad del trabajo y acumulación de capital.* Ediciones Era. Ciudad de México.
Diefenbach, Katja (2014). "The Coming Communism on the Post-Workerist Reading of Marx", en Sara Farris (ed.). *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Notbooks for Study and Research. Amsterdam.
Dierckxsens, Wim (1998). *Los límites de un capitalismo sin ciudadanía*. DEI. San José.
Dierckxsens, Wim (2003). *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. DEI. San José.
Dierckxsens, Wim (ed.) (2011a). *Siglo XXI. Crisis de una civilización ¿Fin de la historia o comienzo de una nueva historia?* IAEN. Quito.
Dierckxsens, Wim (2011b). "Población, fuerza de trabajo y rebelión en el siglo XXI. ¿De las revueltas populares de 1848 en Europa a la rebelión mundial actual?", en Andrés Piqueras y Wim Dierckxsens (eds.), *El colapso de la globalización. La humanidad frente a la gran transición*. El Viejo Topo. Barcelona
Dierckxsens, Wim (2017a) "¿Cómo categorizar la geopolítica hoy? Trabajo productivo vs. trabajo improductivo", en https://i0.wp.com/publicogt.com/wp-content/uploads/2017/03/AP6-3-
Dierckxsens, Wim (ed.) (2017b). *Siglo XXI: crisis de una civilización*. IAEN. Quito.
Dierckxsens, Wim y Jarquín, Antonio [Observatorio Internacional de la Crisis] (2012). *Crisis y sobrevivencia. Ante guerreros y banqueros*. DEI. San José.
Dierckxsens, Wim y Formento, Walter (2017) "Crisis de 'Paradigma' o de Sistema. *¿Estallará la ´madre´ de todas las burbujas?*", en http://www.observatoriodelacrisis.org/2017/12/crisis-de-paradigma-o-de-sistema-estallara-la-madre-de-todas-las-burbujas/
Dierckxsens, Wim y Formento, Walter (2018). "El bitcoin en la geopolítica", en

https://www.alainet.org/es/articulo/190514
Dierckxsens, Wim y Piqueras, Andrés (2014). "The Dialectical Unity of Capital and Non-Capital: The Role of Overpopulation in Popular Rebellion Today", en Rémy Herrera, Wim Dierckxsens y Paulo Nakatani. *Beyond the Systemic Crisis and Capital-Led Chaos. Theoretical and Applied Studies*. Peter Lang. New York – Oxford.
Dierckxsens, Wim y Piqueras, Andrés (eds.) (2018). *El capital frente a su declive. Fin de la unipolaridad global: ¿transición al postcapitalismo?* DEI. San José.
Dinerstein, Ana (2001). "Subjetividad: Capital y la materialidad abstracta del poder (Foucault y el Marxismo abierto)". Extraído de 13diners.pdf (clacso.org.ar)
Domènech, Antoni (2004). *El eclipse de la fraternidad*. Crítica. Barcelona.
Domènech, Xavier (2014). *Hegemonías. Crisis, movimientos de resistencia y procesos políticos (2010-2013)*. Akal. Madrid.
Drucker, Peter F. (1986). "The Changed World Economy", en *Foreign Affairs*, https://www.foreignaffairs.com/articles/1986-03-01/changed-world-economy
Duek, Celia e Inda, Graciela (2007). "Lectura de Marx: tras el concepto de clases sociales", en *Theorein. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 1, nº 1, pp. 145-178. Disponible en www.revistatheorein.com
Duménil, Gérard y Levy, Dominique (1993). *The Economics of the Profit Rate. Competition, Crises and Historical Tendencies in Capitalism*. Edward Elgar. Aldershot.
Duménil, Gerard y Lévy, Dominique (2016) "The historical trends of technology and distribution in the U.S. economy since 1869. Data and figures". Extraído de http://www.cepremap.fr/membres/dlevy/dle2016e.pdf
Durand, Cédric (2017). *Fictitious Capital: How Finance is Appropiating Our Future*. Verso, London.
Durand, Cédric (2020). "La segunda muerte del neoliberalismo". Extraído de La segunda muerte del neoliberalismo – Viento Sur
Durand, Cédric y Légé, Philippe (2013). "Over-accumulation, Rising Costs and 'Unproductive' Labor: The Relevance of the Classic Stationary State Issue for Developed Countries", en *Review of Radical Political Economics*, vol. 46, nº 1, pp. 35-53. Sage.
Egido, José Antonio (2020). "Congreso Engels Vive", accesible en https://www.youtube.com/channel/UCltOthHFPT8IjMqyjL8CcKw
Elster, Jon (1992) [1986]. *Una introducción a Karl Marx*. Siglo XXI. Madrid.
Engels, Friedrich (1969) [1880]. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Ricardo Aguilera. Smar S.L. Madrid.
Engels, Friedrich (1985) [1885]. "Prólogo a la tercera edición del 18 Brumario de Luis Bonaparte". Sarpe. Madrid.
Engels, Friedrich (2000) [1895]. *Introducción a Las luchas de clases en Francia, de 1848 a 1850*. Siglo Veintidós. Buenos Aires.
Engels, Friedrich (2003) [1878]. *La revolución de la ciencia de Eugenio Dühring ("Anti-dühring")*. Archivo Marx-Engels, disponible en https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/anti-duhring/index.htm
Engels, Friedrich (2010) [(1893) – 1934]. Carta a Franz Mehring de 14 de julio de 1893. Disponible en Marxists Internet Archive, https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/e1893-7-14.htm
Engels, Friedrich (2017) [1884]. *El origen de la propiedad privada, la familia y el Estado*. Akal. Madrid.
Engels, Friedrich (2019) [1845]. *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Publicaciones MIA. Disponible en http://www.marxists.org
Engels, Friedrich (s/f) [(1886) – 1925]. *La dialéctica de la naturaleza*. En Biblioteca virtual UJCE, http://archivo.juventudes.org/textos/Friedrich%20Engels/Dialectica%20de%20la%20Naturaleza.pdf
Erice, Francisco (2021). "El postmodernismo sin careta: claves de una ideología para la dominación" (vídeo), en "El postmodernismo sin careta: Claves de una ideología para la dominación (vídeo) |

Canarias-semanal I Digital informativo de ámbito internacional y actualización diaria", en https://canarias-semanal.org/art/25602/el-postmodernismo-sin-careta-claves-de-una-ideologia-para-la-dominacion-video

Errejón, Íñigo y Mouffe, Chantal (2015). *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Icaria. Barcelona.

Escobar, Pepe (2021). "The Disintegrated States of America", extraído de The Disintegrated States of America – Asia Times

Escribano, Gema (2020). "El BCE, la FED y el Banco de Japón elevan su balance en cuatro billones en tres meses", en *Cinco Días*, El BCE, la Fed y el Banco de Japón elevan su balance en cuatro billones en tres meses | Mercados | Cinco Días (elpais.com)

Fagioli, Andrea (2016). "Política y vida. Perspectivas posoperaístas", en *Pléyade, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales,* nº 17, pp.155-180.

Farris, Sara (ed.) (2014). *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Note Books for Study and Research. Amsterdam.

Federici, Silvia (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de sueños. Madrid.

Federici, Silvia (2014a). "Notes on Elder-Care Work and the Limits of Marxism", en Marcel van der Linden y Karl Heinz (eds.), *Beyond Marx. Theorising the Global Labour Relations of the Twenty-First Century*. Historical Materialism Book Series, vol. 56. Brill. Leiden.

Federici, Silvia (2014b). "La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la revolución feminista inacabada", en *Contrapunto*, nº 5 (Feminismos. La lucha dentro de la lucha), pp. 97-128.

Federici, Silvia (2014c). "La construcción del patriarcado capitalista", entrevista en https://marxismocritico.com/2014/03/12/la-construccion-del-patriarcado-capitalista/

Federici, Silvia (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Traficantes de sueños. Madrid.

Federici, Silvia (2020) [2019*]. Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes.* Traficantes de Sueños. Madrid.

Felip, Luis (s/f). *Ser social y conciencia política. Los problemas elementales del materialismo histórico.* Extraído de Ser social y conciencia política. Los problemas elementales del materialismo histórico (Descargar Libro) – La Historia Del Día (wordpress.com)

Fernández Ortiz, Antonio (2016). *Octubre contra El Capital*. El Viejo Topo. Barcelona.

Fernández Ortiz, Antonio (2018). *La revolución de los 'otros'. El imperialismo, Octubre, los bolcheviques y la ética soviética*. El Viejo Topo. Barcelona.

Fernández-Durán, Ramón (2003). *Capitalismo (financiero) global y guerra permanente: el dólar, Wall Street y la guerra contra Irak*. Virus. Barcelona.

Fernández-Durán, Ramón y González Reyes, Luis (2014). *En la espiral de la energía*. 2 vols. Libros en acción y Baladre. Madrid.

Fine, Ben. (2013). "Financialization from a Marxist Perspective", en *International Journal of Political Economy*, vol. 42, nº 4. pp. 47-66.

Follegati, Luna (2011). "La ilusión democrática: perspectivas sobre la subjetividad política en la transición chilena". Ponencia del X Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Católica de Córdoba. Córdoba.

Fontana, Josep (2011). *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Pasado & Presente. Barcelona.

Fontana, Josep (2019) [2018]. *La crisi com a triomf del capitalisme. Anàlisi del passat i perspectives marxistes*. 3i4. València.

Fora, Facund (2021). "Sí, la URSS fue un éxito económico. Respuesta a Juan R. Rallo". Extraído de https://www.elsaltodiario.com/urss/urss-fue-exito-economico-respuesta-juan-r-rallo

Ford, Martin (2015). *Rise of the Robots. Technology and the Thread of a Jobless Future*. Basic Books. New York.

Formenti, Carlo (2020) [2018]. *El socialismo ha muerto ¡Viva el socialismo! De la derrota de la izquierda al momento populista*. El Viejo Topo. Madrid.

Foster, John B. (2004) [2000]. *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. El Viejo Topo. Barcelona.

Foster, John B. (2007). "The financialization of capitalism", en *Monthly Review*, vol. 58 nº 11, pp. 1-12.

Foster, John B. y Burkett, Paul (2018). "Value Isn't Everything", en *Monthly Review*, vol. 70, nº 6. Disponible en https://bit.ly/3phF8Y8.

Franquesa, Ramón (ed.) (2016). *Librarse del euro. Encuentro de movimientos emancipatorios de los pueblos del sur de Europa*. Icaria. Barcelona.

Freeman, Alan (2013) [2009]. "Marxism without Marx: A note towards a critique", en *Munich Personal RePEc Archive* (MPRA) nº 48618, https://bit.ly/3edIDIE. Versión completa en *Capital & Class* (2010) vol. 34 nº 1, pp. 84-97.

Freeman, Alan (2016). "The Whole of the Storm", en *Marxism 21*, vol. 20, nº 2, pp 190-224.

Freeman, Alan y Kliman, Andrew (2000). "Two Concepts of Value, Two Rates of Profit, Two Laws of Motion", en *Value, Capitalist Dynamics and Money*, vol. 18, pp 243-267. Elsevier Science Inc. Disponible en https://bit.ly/3smfZNA

Freire, Paulo (1979) [1968]. *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. Madrid.

Freire, Paulo (2012) [1996]. *Pedagogía de la autonomía*. Siglo XXI. Ciudad de México.

Funke, Jayson J. (2017) "Demystifying money: fictions of capital and credit", en *Human Geographic*, vol.10, nº1, pp. 20-35.

Galbe, Genís y Oliveros, Pablo (2019). "El valor: la hidra del capitalismo", en Pablo Sánchez (coord.), *Karl Marx y la crítica de la economía política. Contribuciones a una tradición*. Pamiela. Arre.

Galcerán, Montserrat (1997). *La invención del marxismo*. Iepala. Madrid.

Gallas, Alexander (2017). "Revisiting Conjunctural Marxism: Althusser and Poulantzas on the State", en *Rethinking Marxism*, vol. 29, nº 2, pp. 256-280.

Gambina, Julio y Elorza, Enrique (2020). "Para pensar y discutir la transición del capitalismo al socialismo". Extraído de Para pensar y discutir la transición del capitalismo al socialismo (observatoriocrisis.com)

Garcés, Joan (1996). *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*. Siglo XXI. Madrid.

García Jané, Jordi (2012). *Adiós, capitalismo. 15M-2031*. Icaria. Barcelona.

García Vela, Alfonso G. (2015). "Forma y sustancia: Una aproximación desde El Capital y los Grundrisse", en *Bajo el Volcán*, nº 22, pp.15-40. Universidad Autónoma Benito Juárez. Oaxaca.

García Vela, Alfonso G. (2016). "Dominación social, rebelión y esperanza: una crítica a las formas del capital", en Eduardo B. Martínez, Manuel Garza, Fernando Matamoros, Alfonso G. García Vela, (coords.), *Oaxaca 2006-2016: antagonismo, subjetividades y esperanza*. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. México.

Garo, Isabelle (2015). « Au nom du peuple. J-C. Michéa réécrit l'histoire ». Extraído de Au nom du peuple. J-C. Michéa réécrit l'histoire – CONTRETEMPS

Garo, Isabelle (2019). *Communisme et stratégie*. Éditions Amsterdam. Paris.

GEAB (GlobalEuropeAnticipationBulletin) (2018) "The Indian Development: A social, political and sociopolitical bomb", nº 124.

Geras, Norman (1987). "Post-Marxism?", en *New Left Review*, nº 163, pp. 40-82.

Gerig, Malfred (2021). "El retorno de la Trampa de Tucídides: la Gran Estrategia de Estados Unidos y China frente a la disputa hegemónica desde la perspectiva de la economía política de sistemas-mundo", en *Geopolítica(s)*, vol. 12, nº 1, pp. 99-122.

Germinal, Nicolás (2017). “La reinterpretación de Postone de la crítica de la economía política frente a los cuestionamientos al concepto de ‘trabajo’ de Marx”, en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 8-9, pp. 236-255.

Ghiotto, Luciana (2015). “¿Qué es el trabajo para la Sociología del Trabajo? Una discusión conceptual”, en *Bajo el Volcán*, nº 22, pp. 267-294. Puebla. Disponible en http://www.apps.buap.mx/ojs3/index.php/bevol/article/view/1280/899

Gill, Louis (2002) [1996]. *Fundamentos y límites del capitalismo*. Trotta. Madrid.

González, Nicolás (2020a). *Friedrich Engels antes de Marx. Escritos (1838-1843)*. El Viejo Topo. Barcelona.

González, Nicolás (2020b). “Engels filósofo y revolucionario. Entrevista a Nicolás González Varela”, en *El Viejo Topo*, nº 394, pp. 36-41. Barcelona.

GPM (Grupo de Propaganda Marxista) (2003). “Fuerzas productivas y tasa de ganancia”. Extraído de http://www.nodo50.org/gpm/1ff_pp_tasa_ganancia.htm (no disponible en la actualidad).

Graeber, David (2012) [2011]. *En deuda. Una historia alternativa de la economía*. Ariel. Barcelona.

Gramsci, Antonio (1986) [1948: Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce. Vol.1 de Quaderni del carcere]. *Introducción a la filosofía de la praxis*. Planeta-Agostini. Barcelona.

Grupo Krisis (2018) [1999]. *Manifiesto contra el trabajo*. *Proletarios del mundo ¡dejadlo ya!* Virus. Barcelona.

Guamán, Adoración (2015). *TTIP. El asalto de las multinacionales a la democracia*. Akal. Madrid.

Guillén, Arturo (2015). *La crisis global en su laberinto*. Universidad Autónoma Metropolitana. Ciudad de México.

Gunn, Richard (1992). “Against Historical Materialism: Marxism as First Order Discurs”, en Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis (eds.). *Open Marxism. Vol. II Theory and Practice*. Pluto Press. London

Gurvitch, Georges (1969) [1968]. *Dialéctica y Sociología*. Alianza. Madrid.

Hall, Charles y Klitgaard, Kent (2012). *Energy and the Wealth of Nations. Understanding the Biophysical Economy*. Springer. New York.

Hanlon, Gerard (2014). “The entrepenurial function and the capture of value: Using Kirzner to understand contemporary capitalism”, en *Ephemera. Theory and Politics in Organization*, vol. 14, nº 2, pp. 177-195.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2005) [2001]. *Imperio*. Paidós. Barcelona.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2011). *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*. Akal. Madrid.

Hartmann, Heidi (1979). “Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresista entre marxismo y feminismo”, en *Zona Abierta*, nº 24, pp. 85-113.

Heinrich, Michael (2008) [2004]. *Crítica de la economía política. Una introducción a El Capital de Marx*. Escolar y Mayo. Madrid.

Heinrich, Michael (2012) [2008]. *Cómo leer El Capital de Marx*. Escolar y Mayo. Madrid.

Heinrich, Michael (2013) “Crisis Theory, the Law of the Tendency of the Profit Rate to Fall, and Marx’s Studies in the 1870s”, extraído de https://monthlyreview.org/2013/04/01/crisis-theory-the-law-of-the-tendency-of-the-profit-rate-to-fall-and-marxs-studies-in-the-1870s/

Heinrich, Michael (2014a). “The ‘Fragment of Machines’: A Marxian Misconception in the *Grundrisse* and its Overcoming in *Capital*”, en Riccardo Bellofiore, Guido Starosta y Peter Thomas, *In Marx’s Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*. Haymarket Books. Chicago.

Heinrich, Michael (2014b). “A Short History of Marx’s Economic Critique”, en Sara Farris (ed.), *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Note Books for Study and Research. Amsterdam.

Heinrich, Michael (2017). “El Capital: una obra colosal ‘para desenmascarar un sistema completo de falsas percepciones’”. Entrevista a Michael Heinrich, extraída de https://bit.ly/3pfZ9xX

Heinrich, Michael (2018). “La nueva lectura de Marx de Michael Heinrich (I) y (II)”. Entrevista a Michael Heinrich extraída de La nueva lectura de Marx de Michael Heinrich (I) – Rebelion y La nueva lectura de Marx de Michael Heinrich (II) – Rebelion.

Heinrich, Michael (2019). “Plusvalor absoluto y relativo, leyes coercitivas de la competencia”. Entrevista a Michael Heinrich extraída de https://bit.ly/3H0x6sC

Herrera, Rémy (2014). “Some Problems (and Paradoxes) Related to the Internationalization of China’s Economy”, en Rémy Herrera, Wim Dierckxsens y Paulo Nakatani. *Beyond the Systemic Crisis and Capital-Led Chaos. Theoretical and Applied Studies*. Peter Lang. New York – Oxford.

Herrera, Rémy (2018). *Friedrich Engels. Karl Marx. Le colonialisme*. Éditions Critiques. Paris.

Herrera, Rémy y Long, Zhiming (2017). “Capital Accumulation, Profit Rates and Cycles in China’s Economy from 1952 to 2014: Lessons from the Evolution of Chinese Industry», en *Journal of Innovation Economics and Management*, vol. 2, n° 23, pp. 226 et s. Bruselas.

Herrera, Rémy y Long, Zhiming (2018). « Some Considerations on China’s Long-Run Economic Growth: 1952–2015 – From the Analysis of Factor Contributions to that of the Profit Rate », en *Structural Change and Economic Development*, vol. 44, n° 3, pp. 14-22, Nueva York.

Herrera, Rémy y Long, Zhiming (2021). *¿Es China capitalista?* El Viejo Topo. Barcelona.

Higginbottom, Andy (2012). “Structure and Essence in *Capital I*: Extra Surplus-Value and the Stages of Capitalism”, en *Journal of Australian Political Economy*, nº 70, pp. 251-270.

Hirsh, Joachim (2004). “Poder y antipoder. Acerca del libro de John Holloway”, en *Chiapas,* nº16. UNAM.D.F.

Hirsch, Joachim; Bonefeld, Werner; Clarke, Simon; Peláez, Eloína; Holloway, John y Plá, Alberto (1992). *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*. Cuadernos del Sur. Tierra del fuego. Buenos Aires.

Holloway, John. (1994). *Marxismo, Estado y Capital. La crisis como expresión del poder del trabajo*. Tierra del Fuego. Buenos Aires.

Holloway, John. (2000). “Teoría volcánica”, en *Bajo el Volcán,* nº1, pp.119-134. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ICSH. Puebla.

Holloway, John. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. El Viejo Topo. Barcelona.

Holloway, John. (2004). “Gente común, es decir, rebelde. Mucho más que una respuesta a Atilio Borón”, en *Chiapas*, nº16. UNAM.D.F.

Holloway, John (2014): “Podemos o Syriza pueden mejorar las cosas, pero el desafío es salir del capitalismo”, entrevista a John Holloway realizada por Amador Fernández-Savater, en https://bit.ly/3mm4vpA

Holloway, John. (2015). “Read Capital: The First Sentence”, en *Historical Materialism*, vol. 23, nº 3, pp. 1-24.

Holloway, John. (2019). “The Grammar of Capital. Wealth In-Against-and-Beyond Value”, en Matt Vida, Tony Smith, Tomás Rotta y Paul Prew, *The Oxford Handbook of Marx*. Oxford University Press. Oxford.

Hudson, Michael (2012). *The bubble and beyond: fictitious capital, debt deflation and the global crisis*. ISLET. Dresden.

Hudson, Michael (2015). *Killing the host: how financial parasites and debt destroy the global economy*. ISLET. Dresden.

Hudson, Michael (2018). *… and forgive them their debts: Lending, Foreclosure and Redemption from Bronze Age Finance to the Jubilee Year*. ISLET. Dresden.

Hudson, Michael (2021). “Finance Capitalism vs. Industrial Capitalism. The Rentier Resurgence and Takeover”. Extraído de nakedcapitalism.com/2021/01/michael-hudson-finance-capitalism-vs-industrial-capitalism-the-rentier-resurgence-and-takeover.html

Husson, Michel (2003). “Sommes-nous entrés dans le ‘capitalisme cognitif’?”, en *Critique communiste*

n°169-170. Disponible en http://hussonet.free.fr/cognitic.pdf
Husson, Michel (2006). « Finance, hyper-concurrence et reproduction du capital », en Suzanne de Brunhoff, François Chesnais, Gérard Duménil, Domique Lévy y Michel Husson, *La finance capitaliste*. Actuel Marx. Puf. Paris.
Husson, Michel (2009). *Capitalismo puro*. Maia. Madrid.
Hymer, Stephen (1979). *The Multinational Corporation*. Cambridge University Press. Cambridge.
INE (2015). "Número medio de horas semanales trabajadas. Trabajo remunerado y no remunerado. Horas al día que las personas que trabajan dedican a otras actividades", en https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INESeccion_C&cid=1259925463134&p=%5C&pagename=ProductosYServicios%2FPYSLayout&param1=PYSDetalle&param3=1259924822888
INE (2021). "Número total de horas extraordinarias realizadas en la semana por todos los asalariados por sexo y ocupación", en https://bit.ly/32m4kng.
Íñigo Carrera, Juan (2003). *El Capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia.* Ediciones Cooperativas. Buenos Aires.
Íñigo Carrera, Juan (2010). "La acción voluntaria de la libre subjetividad, o sea la forma concreta con que el ser social históricamente determinado realiza su necesidad", en JIC Subjetividad-concreta.pdf (cicpint.org)
Íñigo Carrera, Juan (2015). "Del capital como sujeto de la vida social enajenada a la clase obrera como sujeto revolucionario". Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Sujeto capital – sujeto revolucionario. Epistemología y análisis crítico del Sistema Capitalista y sus contradicciones, Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco, Ciudad de México, del 6 al 8 de octubre. Disponible en https://bit.ly/3smwZmZ (cicpint.org)
Íñigo Carrera, Nicolás (2013). "Marx's concept of the working class and some trends in the development of capitalism", en *Workers of the World. International Journal on Strikes and Social Conflicts*, vol. I, nº 2. The Working Class. A Contemporary Approach.
Intermon-Oxfam (2014). *Gobernar para las elites. Secuestro democrático y desigualdad económica*, extraído de Gobernar para las élites by Oxfam International – issuu
Jameson, Fredric (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós, Barcelona.
Jappe, Anselm (2011). *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Pepitas de calabaza. Logroño.
Jappe, Anselm (2014) [2009]. "El absurdo mercado de los hombres sin cualidades", en Anselm Jappe, Robert Kurz y Claus Ortlieb. *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*. Pepitas de calabaza. Logroño.
Jappe, Anselm (2015). "Reforestar la imaginación", en Anselm Jappe, Jordi Maiso y Jose Manuel Rojo. *Criticar el valor. Superar el capitalismo*. Enclave de Libros. Madrid.
Jappe, Anselm (2016). *Las aventuras de la mercancía*. Pepitas de calabaza. Logroño.
Jappe, Anselm (2017). *La société autophage. Capitalisme, démesure et autodestruction*. La Découverte. Paris.
Jappe, Anselm, Kurz, Robert y Ortlieb, Claus (2014) [2009]. *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*. Pepitas de calabaza. Logroño.
Jessop, Bob (1990). *State Theory: Putting the Capitalist State in its Place*. Penn State University Press. Pennsylvania.
Jessop, Bob (2008). "States, State Power, and State Theory", en Jacques Bidet and Stathis Kouvelakis (eds.), Critical Companion to Contemporary Marxism", *Historical Materialism Book Series*, vol. 16. Brill. Leiden-Boston.
Jessop, Bob (2011). "Miliband–Poulantzas Debate", en Keith Dowding (ed.). *Encyclopedia of Power.* SAGE Publications. Thousand Oaks.
Jessop, Bob (2013). "Credit Money, Fiat Money and Currency Pyramids: Reflections on the Financial

Crisis and Sovereign Debt", en G. Harcourt and J. Pixley (eds.), *Financial Crises and the Nature of Capitalist Money*. Palgrave-Macmillan. Basingstoke and New York

Jessop, Bob (2015). "Hard Cash, Easy Credit, Fictitious Capital: Critical Reflections on Money as a Fetishized Social Relation", en *Finance and Society*, 1(1), pp. 20-37.

Jessop, Bob (2019). "The Capitalist State and State Power", en *The Oxford Handbook of Marx*. Oxford University Press. Oxford.

Jessop, Bob y Ngai-Ling, Sum (1990). *Beyond the Regulation Approach. Putting Capitalist Economies in their Place*. Edward Elgar. Cheltenham.

Joint Vision 2020 (2020). "America's Military: Preparing for Tomorrow", en Joint Vision 2020 (pentagonus.ru)

Jonna, R. Jamil y Foster, John Bellamy (2016). "Marx's Theory of Working-Class Precariousness and Its Relevance Today", en *Monthly Review*, vol. 67, nº 11, pp. 21-45.

Kallis, Giorgios (2015). «Is there a Growth Imperative in Capitalism? A commentary on John Bellamy Foster». Extraído de https://entitleblog.org/2015/10/27/is-there-a– rowthimperative-in-capitalism-a-response-to-john-bellamy-foster-part-i/

Kangal, Kaan, (2020a). *Friedrich Engels and the Dialectics of Nature*. Palgrave Macmillan. Cham.

Kangal, Kaan, (2020b). "Engels' Dialektik in der Dialectik der Natur", en *Zeitschrift marxistische Erneuerung*, vol. 31, nº 122, pp. 81-94.

Katz, Claudio (2003). "Capitalismo contemporáneo: etapa, fase y crisis", en *Ensayos de Economí*a, vol. 13, nº 22, pp. 36-68.

Katz, Claudio (2004). *El porvenir del socialismo*. Herramienta. Buenos Aires.

Katz, Claudio (2017). "Aciertos y problemas de la superexplotación". Extraído de www.lahaine.org/katz,11-9.

Katz, Claudio (2018) "Controversias sobre la superexplotación". Extraído de Página Oficial de Claudio Katz » Controversias sobre la superexplotación. (lahaine.org)

Katz, Claudio (2020). "Descifrar a China (II). ¿Capitalismo o socialismo?". Extraído de Descifrar a China ¿Capitalismo o Socialismo? (II) (observatoriocrisis.com) (segundo artículo de una trilogía sobre China aparecida en la misma página).

Kidron, Michael (2002). "Failing growth and rampant costs: two ghosts in the machine of modern capitalism", extraído de https://www.marxists.org/archive/kidron/works/2002/xx/ghosts.htm

Kliman, Andrew (2020). *Reivindicando El Capital de Marx. Una refutación del mito de su incoherencia*. El Viejo Topo. Barcelona.

Kliman, Andrew (2010) "The Disintegration of the Marxian School", *Capital and Class,* vol. 34, no. 1, pp. 361-368

Kliman, Andrew (2011). *The Failure of Capitalist Production. Underlying Causes of the Great Recession*. Pluto Press. London. Disponible en http://digamo.free.fr/kliman01.pdf

Kliman, Andrew; Freeman, Alan; Potts, Nick; Gusev, Alexey y Cooney, Brendan (2013). "The Unmaking of Marx's Capital. Heinrich's Attempt to Eliminate Marx's Crisis Theory". Extraído de *Social Science Research Network website*, http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2294134

Kohan, Néstor (2018). "Marx: dialéctica, historia y colonialismos". Extraído de https://www.youtube.com/watch?v=lqKWh33Hs7w&feature=youtu.be (audio).

Kohan, Néstor (2020a). "El Marx tardío y la concepción multilineal de la historia", en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. *25, nº* 89, pp. 55-69. Disponible en http://www.marxsur.com/novedades-editoriales/30-utopia-y-praxis-latinoamericana-vol-25-num-89

Kohan, Néstor (2020b). "La crítica del eurocentrismo del llamado 'marxismo occidental'", en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. *25, nº* 89, pp. 252-255. Disponible en https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/31423

Kopf, Eike (2017). *Marxismus ohne Engels?*. Papy Rossa. Köln.

Kouvélakis, Stathis (2016). "The Time of History, the Time of Politics, the Time of Strategy", en *Historical Materialism*, vol. 24, nº 4, pp 150-169. Brill.

Kouvélakis, Stathis (2019). « Contre la raison populiste. Les impasses d'Ernesto Laclau», en *Contratemps Revue de critique communiste.* Disponible en https://www.contretemps.eu/raison-populiste-impasses-laclau/

Kühnl, Reinhard (1982) [1971]. *Liberalismo y fascismo. Dos formas de dominio burgués*. Fontanella. Barcelona.

Kurz, Robert (1995). "The apotheosis of money: the structural limits of capital valorization, casino capitalism and the global financial crisis". Extraído de https://libcom.org/library/apotheosis-money-structural-limits-capital-valorization-casino-capitalism-global-financi

Kurz, Robert (2009a) [1995]. "La ascensión del dinero a los cielos. Los límites estructurales de la valorización del capital, el capitalismo de casino y la crisis financiera global". Extraído de http://docslide.us/documents/kurz-robert-la-ascension-del-dinero-a-los-cielos.html

Kurz, Robert (2009b) [1997] "Antieconomía y antipolítica. Sobre la reformulación de la emancipación social después del fin del "marxismo". Extraído de http://grupokrisis2003.blogspot.com/2009/06/antieconomia-y-antipolitica.html

Kurz, Robert (2012). "La era del capitalismo pasó: la izquierda y la dialéctica sujeto-objeto del fetichismo moderno". Entrevista. En http://www.sinpermiso.info/textos/la-era-del-capitalismo-pas-la-izquierda-y-la-dialctica-sujeto-objeto-del-fetichismo-moderno

Kurz, Robert (2014) [2009]. "Los intelectuales después de la lucha de clases. De la nueva aconceptualidad a un nuevo pensamiento crítico", en Anselm Jappe, Robert Kurz y Claus Ortlieb. *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades. Ensayos sobre el fetichismo de la mercancía*. Pepitas de calabaza. Logroño.

Kurz, Robert (2015) [2013]. "La doble desvalorización del valor. En el camino de la crisis histórica del dinero". Extraído de http://irteen.net/la-doble-desvalorizacion-del-valor-en-el-camino-de-la-crisis-historica-del-dinero-por-robert-kurz/

Kurz, Robert (2016a) [1991]. *El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*. Marat. Buenos Aires.

Kurz, Robert (2016b) [2012]. "El climax del capitalismo. Breve esbozo de la dinámica histórica de la crisis". Extraído de http://irteen.net/el-climax-del-capitalismo-breve-esbozo-de-la-dinamica-historica-de-la-crisis-por-robert-kurz-y-notas-marxistas-vascas-de-coyuntura-de-la-crisis/

Kurz, Robert (s/f). "El doble Marx". Extraído de http://www.exit-online.org/textanz1.php?tabelle=transnationales&index=2&posnr=107&backtext1=text1.php

Labriola, Antonio (2021) [(1897-1898)]. *Conversando de socialismo y filosofía. Cartas a G. Sorel*. El Viejo Topo. Barcelona.

Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Fono de Cultura Económica. Buenos Aires.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2011) [1985]. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Lalieu, Grégoire (2016). *Yihad made in USA*. El Viejo Topo. Barcelona.

Lange, Elena Louisa (2019). "Form Analysis and Critique: Marx's Social Labour Theory of Value", en Peter Osborne, Éric Alliez y Eric-John Russell (eds.). *Capitalism: Concept, Idea, Image Aspects of Marx's Capital Today*. CRMEP Books Centre for Research in Modern European Philosophy. Kingston University. London.

Lapavitsas, Costas (2011), "Theorizing financialization", en Work, Employment and Society, vol. 25, nº 4, pp. 611-626.

Lapavitsas, Costas (2016). Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas. Verso. Madrid

Lara, Claudio (2103). "Profundización de la crisis global, capital ficticio y más allá", en Consuelo Silva y Claudio Lara (coords.), *La crisis global y el capital ficticio*. Arcis-CLACSO. Santiago de Chile.

Laval, Christian y Dardot, Pierre (2015) [2014]. *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Gedisa. Barcelona.
Lebowitz, Michael (1988). "Is 'Analytical Marxism' Marxism?", en *Science & Society*, vol. 52, núm. 2, pp. 191-214. Versión disponible en español en ¿Es marxismo el "marxismo analítico"? | Marx desde Cero (wordpress.com).
Lechuga-Montenegro, Jesús (2019). "Dinero y capital ficticio. Retrospectiva y reflexión actual", en *Ensayos de Economía*, vol. 29, nº 54, pp. 159-180. Universidad Nacional de Colombia. Medellín.
Lefort, Claude (1990). "Democracia y advenimiento de un 'lugar vacío' " en Claude Lefort, *La invención democrática*. Nueva Visión. Buenos Aires.
Lenin, Vladimir (1980) [1918]. *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y la tarea del proletariado en la revolución*. Obras Escogidas. Progreso. Moscú.
Lenin, Vladimir (s/f) [1919]. *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado*. Progreso. Moscú.
Lewis, Holly (2020) [2016]. *La política de todes. Feminismo, teoría queer y marxismo en la intersección*. Edicions Bellaterra. Manresa.
Linebaugh, Peter (2013). *El Manifiesto de la Carta Magna*. Traficantes de Sueños. Madrid.
Loong Yu, Au (2009-2010). *China ¿Final de un modelo o nacimiento de un nuevo modelo?*, en Revista *Trasversales,* número 17, http://www.nodo50.org/trasversales/
López y Rivas, Gilberto (2021) [2010]. *Estudiando la contrainsurgencia de Estados Unidos .Manuales, mentalidades y uso de la Antropología*. Plaza y Valdés. Ciudad de México.
Losurdo, Domenico (2005). *Contrahistoria del liberalismo*. El Viejo Topo. Barcelona.
Losurdo, Domenico (2011) [2008]. *Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*. El Viejo Topo. Barcelona.
Losurdo, Domenico (2019) [2017]. *El marxismo occidental. Cómo nació, cómo murió y cómo puede resucitar*. Trotta. Madrid.
Lucarelli, Stefano (2009). «La financiarización como forma de biopoder», en A. Fumagalli; S. Lucarelli; Ch. Marazzi; A. Negri y C. Vercellone. *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*. Traficantes de Sueños. Madrid.
Lukács, Georg (1985) [1923]. *Historia y conciencia de clase*. Grijalbo. Madrid.
Luksemburg, Róża (1975) [1918]. *La Revolución rusa y otros escritos*. Castellote. Madrid.
Luksemburg, Róża (2002) [1900]. *Reforma o revolución*. Fundación Federico Engels. Madrid. Disponible en Reforma o revolucion (fundacionfedericoengels.net)
Macías, Alfredo (2017). *El colapso del capitalismo tecnológico*. Escolar y Mayo. Madrid.
Maiso, Jordi (2015). "Desilusiones necesarias: a modo de presentación", en Anselm Jappe, Jordi Maiso y Jose Manuel Rojo. *Criticar el valor. Superar el capitalismo*. Enclave de Libros. Madrid.
Maiso, Jordi (2019). "El nuevo rostro del capital mundial. El análisis del capitalismo mundializado en la crítica del valor de Robert Kurz". Extraído de Maiso sobre Kurz. El nuevo rostro del capital mundial.pdf
Maito, Esteban (2014). "The historical transience of capital. The downward trend in the rate of profit since XIX century", en maito-esteban-the-historical-transience-of-capital-the-downward-tren-in-the-rate-of-profit-since-xix-century.pdf (wordpress.com)
Maito, Esteban (2016). "El capitalismo y su tendencia al derrumbe", en *En Defensa del Marxismo*, nº 48, pp. 125-171. Buenos Aires.
Mandel, Ernest (1986) [1980]. *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. Siglo XXI. Madrid.
Manigat, Matari P. (2019) *El capital financiero: naturaleza y relaciones con la producción y el Estado*. IIS-UNAM. Ciudad de México.
Marcos, Jairo (2019). "Desbrozando al pueblo de clases y populismos. Vías de liberación desde nos-Otras

(las víctimas)", en César Ruiz (ed.), *Perspectivas del populismo*. Cenaltes. Viña del Mar.
Marini, Ruy Mauro (2008) [1973]. "Dialéctica de la dependencia", en *América Latina, dependencia y globalización*. CLACSO-Siglo del Hombre Editores, pp.107-149. Bogotá.
Mariña, Abelardo y Torres Giannina N. (2010). "Gestación y desarrollo de la hegemonía de las formas y mecanismos de valorización financieros y especulativos: desde la década de 1970 hasta la crisis actual", en *Ensayos de Economía*, nº 37, pp. 67-94.
Marques, Rosa María y Nakatani, Paulo (2009). *O que é capital fictício e sua crise*. Editora Brasiliense. Sao Paulo.
Marques, Rosa María y Nakatani, Paulo (2013). "El capital ficticio y su crisis", en Consuelo Silva y Claudio Lara (coords.), *La crisis global y el capital ficticio*. Arcis-CLACSO. Santiago.
Martín, Facundo N. (2014). *Marx de vuelta. Hacia una teoría crítica de la modernidad*. El Colectivo. Buenos Aires.
Martínez, Miguel (2021). *Comuneros. El rayo y la semilla (1520-1521)*. Hoja de Lata. Xixón.
Marx, Karl (1971) [1858-1859]. *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Borrador] 1857-1858*. Vol. I. Siglo XXI. Madrid.
Marx, Karl (1972) [1858-1859]. *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política [Borrador] 1857-1858*. Vol. II. Siglo XXI. Madrid.
Marx, Karl (1974) [1847]. *Miseria de la Filosofía*. Júcar. Madrid.
Marx, Karl (1976) [1857]. *Introducción general a la crítica de la economía política*. (Prólogo a la "Contribución a la crítica de la economía política"). Castellote. Madrid.
Marx, Karl (1981a) [1867]. *El capital. Tomo I*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
Marx, Karl (1981b) [1885] *El capital. Tomo II*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
Marx, Karl (1980a) [1894]. *El Capital. Tomo III*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
Marx, Karl (1980b) [(1862-1863) – 1956] *Teorías sobre la plusvalía I. Tomo IV de El Capital*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México.
Marx, Karl (1985) [1852]. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Sarpe. Madrid.
Marx, Karl (1989) [1844]. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Progreso. Moscú.
Marx, Karl (2000a) [1863-1866]. *Capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. Siglo XXI. Madrid.
Marx, Karl (2000b) [1850]. *Las luchas de clase en Francia, de 1848 a 1850*. Siglo Veintidós. Buenos Aires.
Marx, Karl (2003) [1868]. "Carta a Ludwig Kugelmann en Hannover". Extraída de https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m11-7-68.htm
Marx, Karl (s/f) [5 de mayo de 1875]. "Carta de K. Marx a W. Bracke". Extraída de C. Marx (5 de mayo de 1875): Carta a Wilhelm Bracke. (marxists.org)
Marx, Karl y Engels, Friedrich (1974) [(1846) – 1932]. *La ideología alemana*. Grijalbo. Barcelona.
Marx, Karl y Engels, Friedrich (1981) [1844]. *La sagrada familia*. Akal. Madrid.
Marx, Karl y Engels, Friedrich (1998) [1848]. *Manifiesto del partido comunista*. El Viejo Topo. Barcelona.
Marx, Karl y Engels, Friedrich (2004) [(1875) – 1891]. *Crítica del programa de Gotha*. Fundación Federico Engels. Madrid.
Mateo, Juan Pablo (2007) "La tasa de ganancia del capital: caracterización teórica y propuesta empírica", en *Oikos* nº 23, pp. 93-118, EAE, Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH). Santiago. Extraído de
https://www.researchgate.net/publication/28208080_La_tasa_de_ganancia_del_capital_caracterizacion_teorica_y_propuesta_empirica
Mattelart, Armand (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Paidós. Barcelona.
Maucurant, Jérôme (2006). *Descubrir a Polanyi*. Edicions Bellaterra. Barcelona.
Mbembe, Achille (2000). "At the Edge of the World: Boundaries, Territoriality, and Sovereignty in Africa", en *Public Culture*, vol. 12, nº 1, pp. 259–284.

Mbembe, Achille (2011) [2006]. *Necropolítica*. Seguido de *Sobre el gobierno privado indirecto*. Melusina. Barcelona.
McKenna, Tony (2021). *The War against Marxism. Reification and Revolution.* Bloomsbury. London.
McKinsey Global Institute (2013a). *Financial globalization: Retreat or reset?* March. Washington DC.
McKinsey Global Institute (2013b). "Disruptive Technologies: Advances that Will Transform Life, Business, and the Global Economy", en ///C:/Users/User/Downloads/MGI_Disruptive_technologies_Full_report_May2013%20(1).pdf
Medina, Luis F. (2019). *Socialismo, historia y utopía*. Akal. Madrid.
Meiksins Wood, Ellen (2000) [1995]. *Democracy against Capitalism. Renewing Historical Materialism*. Cambridge University Press. Cambridge.
Meiksins Wood, Ellen (2013) [1986]. *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*. RyR. Buenos Aires.
Meillassoux, Claude (1979) [1975]. *Mujeres, graneros y capitales*. FCE. Ciudad de México.
Mészáros, István (2009). *La crisis estructural del capital*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información. Caracas.
Mészáros, István (2010) [1995]. *Beyond Capital. Toward a Theory of Transition*. Monthly Review Press. New York.
Mészáros, István (2011). *Actualidad histórica de la ofensiva socialista. Alternativa al parlamentarismo*. El Viejo Topo. Barcelona.
Meyssan, Thierry (2019). "La terrible destrucción que se planea para la «Cuenca del Caribe»". Extraído de *La terrible destrucción que se planea para la «Cuenca del Caribe»*, por Thierry Meyssan (voltairenet.org)
Mezzadra, Sandro (2005). *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Traficantes de sueños. Madrid.
Mies, Maria (2014). "Housewifisation – Globalisation – Subsistence-Perspective", en Marcel van der Linden y Karl Heinz (eds.), *Beyond Marx. Theorising the Global Labour Relations of the Twenty-First Century*. Historical Materialism Book Series, vol. 56. Brill. Leiden.
Mies, Maria (2019) [1999]. *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de Sueños. Madrid.
Milanovic, Branco. (2006) [2005]. *La era de las desigualdades. Dimensiones de la desigualdad internacional y global*. Madrid. Sistema.
Miras, Joaquín (2006). Notas a Arthur Rosemberg, *Democracia y lucha de clases en la Antigüedad*. El Viejo Topo. Barcelona.
Modonesi, Massimo (2013). "Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo", en Massimo Modonesi (coord..), *Horizontes Gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM, México.
Modonesi, Massimo (2019). "El fetiche de la hegemonía y los atajos del populismo de izquierda", en *Observatorio Internacional de la Crisis*, https://observatoriocrisis.com/2019/12/13/el-fetiche-de-la-hegemonia-y-los-atajos-del-populismo-de-izquierda/
Monleón, Manuel (2020). "Federico Engels (1820-1895)", en *Nuestra Bandera*, nº 249, pp. 127-139.
Moore, Jason W. (2014a). « The Capitalocene. Part I: On the Nature & Origins of Our Ecological Crisis », en http://www.jasonwmoore.com/uploads/The_Capitalocene__Part_I__June_2014.pdf
Moore, Jason W. (2014b). « The Capitalocene. Part II: Abstract Social Nature and the Limits of Capital » en http://www.ab.xlibx.com/1economy/40955-2-the-capitalocene-part-ii-abstract-social-nature-and-the-limi.php
Moore, Jason W. (2015). *Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation of Capital*. Verso. London-New York.
Morin, Edgar (1994) [1990]. *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa. Barcelona.

Moro, Domenico (2018). *La jaula del euro. Por qué salir de él es internacionalista y de izquierdas*. El Viejo Topo. Barcelona.
Moseley, Fred (1997). "The Rate of Profit and the Future of Capitalism", en *Review of Radical Political Economics*, vol. 29 nº 4, pp. 23-41.
Moseley, Fred (2011) [1993]. "El método lógico y el 'problema de la transformación'", extraído de https://bit.ly/3yZShs5
Mosquera, Martín (2021). "Cuando despertó el proletariado todavía estaba allí", en Cuando despertó, el proletariado todavía estaba allí (observatoriocrisis.com)
Mosquera, Martín y Calligari, Tomás (2014). "Una crítica de las 'dos almas' de la teoría marxista del partido: hipótesis sobre la organización política", en *Viento Sur*. Info, http://www.vientosur.info/spip.php?article9040
Mouffe, Chantal (2018). *Por un populismo de izquierda*. Siglo XXI. Buenos Aires.
Moulier-Boutang, Yann (2005). «Économie Politique des Multitudes», en *Revue du Collège International de Philosophie*, pp.53-65.
Moulier-Boutang, Yann (2006). *De la esclavitud al trabajo asalariado. Economía histórica del trabajo asalariado embridado*. Akal. Madrid.
Muñoz, Gerardo y Baker, Peter (eds.) (2018). "Infrapolítica y democracia", en *Pensamiento al margen.* Revista digital, nº especial. Disponible en https://pensamientoalmargen.com/2018/10/01/no-especial-infrapolitica-y-democracia/
Murray, Ivan y Blázquez, Macià (2009). "El dinero, la aguja del tejido de la globalización capitalista", en *Boletín de la A.G.E.* n.º 50, pp. 43-80.
Nakatani, Paulo y Gomes, Helder (2014). "A natureza e contradições da crise capitalista", en *Revista de Políticas Públicas*, vol. 18, nº 1, pp. 71-83. UFMA. São Luis.
Nakatani, Paulo y Mello, Gustavo (2018a) "Criptomoedas: do fetichismo do ouro ao hayekgold", en *Crítica Marxista*, nº 47, pp. 9-25.
Nakatani, Pauloy Mello, Gustavo (2018b). "Não o sabem, mas o fazem: o segredo das bitcoins", en *Nuestra America XXI. Desafios y Alternativas*, Cidade do México, vol. 15, pp. 2-3.
Nakatani, Paulo y Marques, Rosa María. (2020). *Capitalismo em crise*. Expressão Popular. São Paulo.
Nakatani, Paulo y Piqueras, Andrés (2020). "Exacerbación de la autonomización del capital a interés (eso que llaman financiarización): el paroxismo de la irrealidad de la economía capitalista", en *Actuel Marx. Intervenciones*, nº 28, pp. 61-83. Santiago.
Naredo, Jose Manuel (2006). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*. Siglo XXI. Madrid.
Navarro, Clara (2016). "Pensar el mal mayor. Apuntes sobre la reflexión del estado en Robert Kurz", en *Scientia Helmantica. Revista Internacional de Filosofía*, vol. III, nº 5, pp.55-74.
Navarro, Clara (2017). "Sobre el fetichismo como proceso social. Algunos problemas del marxismo en Roswitha Scholz", en *Seminario Internacional: Marx y la teoría crítica en horizonte de un capitalismo en crisis*. Sociedad de Estudios de Teoría Crítica (SETC).
Navarro, Clara (2018). "(How) money makes the world go 'round. Notas sobre la crítica de la escisión del valor y la teoría monetaria del circuito capitalista: Robert Kurz y Riccardo Bellofiore", en *Sociología Histórica* nº 9, El Capital de Marx, 151 años del Libro I, pp. 163-194. Disponible en https://revistas.um.es/sh/article/view/295811
Negri, Antonio (2001). *Marx más allá de Marx*. Akal. Madrid.
Negri, Antonio (2006). *Fábricas del sujeto / ontología de la subversión*. Akal. Madrid.
Negri, Antonio y Hardt, Michael (2005). *Multitud*. Debolsillo. Barcelona.
Nguyen (2015). "Against Autonomy: Capitalism Beyond Quantification in the Autonomist Reading of Marx", en *Postmodern Culture*, vol. 25, nº 3, pp.1-22 de la versión en línea.
Nguyen, Thien V. (s/f). "The Reality of Fictitious Capital: Understanding the role of commodity fetishism and financial markets in the growth of social inequality". Extraído de https://bit.ly/32fPAXd

Nieto, Maxi (2015). *Cómo funciona la economía capitalista. Una introducción a la teoría del valor-trabajo de Marx*. Escolar y Mayo. Madrid.

Nieto, Maxi (2017). "El proyecto comunista: significado histórico y rasgos básicos", en Paul Cockshott y Maxi Nieto, *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*. Trotta. Madrid.

Nieto, Maxi (2020a): "¿Un Marx sin economía? Crítica de la teoría del valor como 'análisis de las formas'", en *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. 37, nº 3, 495-501.

Nieto, Maxi (2020b). "El decrecimiento no es ninguna solución", en *Disjuntiva. Crítica de les Ciències Socials*, vol. 2, nº 1, pp. 7-18. Universitat d'Alacant. Alacant.

Nieto, Maxi (2021). *Marx y el comunismo en la era digital (y ante la crisis eco-social del planeta)*. Maia. Madrid.

Nitzan, Jonathan y Bichler, Shimshon Bichler (2009). *Capital as Power: A Study of Order and Creorder*. Routledge. London-New York.

Noguera, Albert (2019). *La ideología de la soberanía. Hacia una reconstrucción emancipadora del constitucionalismo*. Trotta. Madrid.

OIT [Organización Internacional del Trabajo] (2012). "Tendencias mundiales del empleo 2012. Prevenir una crisis mayor del empleo", en http://www.ilo.org/public/spanish/region/eurpro/madrid/download/tendenciasmundiales2012.pdf

OIT (2015). "Perspectivas sociales y del empleo en el mundo: El empleo en plena mutación", en http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_368643.pdf

Olavarría, Vicente; Bidwell, Jonathan y Gasic, Ivo (2020). "Financiarización: revisión del debate y precisiones para una interpretación marxista", en *Actuel Marx. Intervenciones*, nº 28, pp. 61-83. Santiago.

Ollman, Bertell (2019). "The Eigth Steps in Marx's Dialectial Method", en Matt Vida, Tony Smith, Tomás Rotta y Paul Prew, *The Oxford Handbook of Marx*. Oxford University Press. Oxford.

Ortí, Alfonso (1988). "Para analizar el populismo: movimiento, ideología y discurso populistas (el caso de Joaquín Costa: populismo agrario y populismo españolista imaginario)", en *Historia social*, nº 2, pp. 75-98.

Osorio, Jaime (2014). *Estado, reproducción del capital y lucha de clases: la unidad económico/ política del capital*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas. Ciudad de México.

Osorio, Jaime (2018). "Acerca de la superexplotación y el capitalismo dependiente", en *Cuadernos de Economía Critica,* nº. 8, pp. 153-181. Disponible en: https:// www.redalyc.org/toc.oa?id=5123&numero=57697 [18 de junio de 2018]

Palazuelos, Enrique (dir.) (2015). *Economía Política Mundial*. Madrid. Akal.

Panitch, Leo y Gindin, Sam (2015). *La construcción del capitalismo global. La economía política del imperio estadounidense*. Akal. Madrid.

Parry, Bruce E. y Rothenberg, Melvyn (2017). "Modern Capitalism and Modern Marxism", en *American Review of Political Economy*, vol. 11, nº 2, pp. 188-211. Disponible en https://www.arpejournal.com/archived-issues/volume-11-number-2-october-2017/

Pasquinelli, Mauro (2019). "Per una critica del populismo", en Sollevazione, https://www.sinistrainrete.info/teoria/15512-mauro-pasquinelli-per-una-critica-del-populismo.html

Patnaik, Prabhat (2010). "Notes on contemporary imperialism", en *International Development Economis Associate* (IDEAs). Extraído de https://mronline.org/2010/12/20/notes-on-contemporary-imperialism/

Pérez Orozco, Amaia (2006) "Amenaza tormenta: crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico", en *Revista de Economía Crítica* nº 5, pp.7-37.

Pérez Orozco, Amaia (2014). *Subversión feminista de la economía*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Pérez Orozco, Amaia (2017). "Espacios económicos de subversión feminista", en Cristina Carrasco y

Carme Díaz (eds.). *Economía feminista. Desafíos, propuestas, alianzas*. Entrepueblos. Barcelona.
Petruccelli, Ariel (2010). *El marxismo en la encrucijada*. Prometeo. Buenos Aires.
Pineault, Eric (2019) "From Provocation to Challenge: Degrowth, Capitalism and the Prospect of 'Socialism without Growth': A Commentary on Giorgios Kallis", en *Capitalism Nature Socialism*, vol. 30, nº 2, pp. 251-266.
Piqueras, Andrés (1999a). "Universalismo o relativismo. ¿Es esa la cuestión? Reflexiones desde la Antropología Social", en *Aula Historia Social*, nº 4, pp. 74-79. UNED. Alzira.
Piqueras, Andrés (1999b). "Los más pobres que existimos en la Tierra. Los indígenas del Chaco argentino", en *Nosotros/Los Otros*, nº 4, pp. 10-14. UBA. Buenos Aires.
Piqueras, Andrés (2000). "Las identidades colectivas frente a los retos de la mundialización capitalista. Dos casos de estudio en México", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, nº 179, pp. 95-118. UNAM. Ciudad de México.
Piqueras, Andrés (2003). "¿Qué hacemos cuando hacemos ciencia?", en *Recerca. Revista de Pensament i Anàlisi*. Nueva época, nº 2, pp. 7-18. Universitat Jaume I.
Piqueras, Andrés (2004). "Sobre culturas e identidades en la mundialización capitalista", en *Acta Sociológica,* nª época, nº 41-42, pp.135-171. UNAM. Ciudad de México.
Piqueras, Andrés (2007). *Capital, migraciones e identidades*. Universitat Jaume I. Castelló.
Piqueras, Andrés (2008). "De la colonización al desarrollo. Del paralelo devenir del sistema mundial, la desigualdad, el desarrollo y la cooperación", en Andrés Piqueras (coord.). *Desarrollo y cooperación: un análisis crítico*. Tirant Lo Blanch. València.
Piqueras, Andrés (2011). "De las crisis del capital al capital en crisis. Agotamiento de las posibilidades de reformismo en el capitalismo tardío", en *Actuel Marx. Intervenciones*, nº10, pp. 151-175. Santiago de Chile.
Piqueras, Andrés (2014a). *La opción reformista. Entre el despotismo y la revolución. Una explicación del capitalismo histórico a través de las luchas de clase*. Barcelona. Anthropos.
Piqueras, Andrés (2014b). «Notes on Class Struggle in Late Capitalism», en Rémy Herrera, Wim Dierckxsens y Paulo Nakatani. *Beyond the Systemic Crisis and Capital-Led Chaos. Theoretical and Applied Studies*. Peter Lang. New York – Oxford.
Piqueras, Andrés (2014c). "Contradicciones y desafíos en el capitalismo del siglo XXI. La segunda Larga Depresión", en *Política y Sociedad,* vol. 51, nº 3, pp. pp. 693-724.
Piqueras, Andrés (2015). *Capitalismo mutante. Crisis y lucha social en un sistema en degeneración*. Icaria. Barcelona.
Piqueras, Andrés (2017a). *La tragedia de nuestro tiempo. La destrucción de la sociedad y la naturaleza por el capital. Análisis de la fase actual del capitalismo*. Anthropos. Barcelona.
Piqueras, Andrés (2017b). El capital ficticio especulativo-parasitario se pone al mando del capitalismo. El recrudecimiento de la desigualdad, la explotación, el desempleo, la precariedad, la pobreza, el despotismo y la desposesión", en *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 36, pp. 11-23. Universidad de Murcia. Murcia.
Piqueras, Andrés (2018a). *Las sociedades de las personas sin valor. Cuarta Revolución Industrial, des-substanciación del capital, desvalorización generalizada.* El Viejo Topo. Barcelona.
Piqueras, Andrés (2018b). "Sobre el valor, el trabajo potenciado y la caída tendencial de la tasa de ganancia (o el despeñadero capitalista)", en Sobre el valor, el trabajo potenciado y la caída tendencial de la tasa de ganancia (o el despeñadero capitalista) – Rebelión.
Piqueras, Andrés y de la Cruz, Isabel (2014). "Crisis y capitalismo financiarizado: la explosión de la desigualdad", en *Arxius de Ciències Socials* nº 31 pp. 189-200. Universitat de València.
Pitts Frederick H. (2015a). "Creative Industries, Value Theory and Michael Heinrich's New Reading of Marx", en Triple C 13(1): 192–222. Disponible en http://www.triple-c.at/index.php/tripleC/article/view/639

Pitts, Frederick (2015b). "Form-Giving Fire: Creative Industries as Marx's 'Work of Combustion' and the Distinction between Productive and Unproductive Labour", en Eran Fisher y Christian Fuchs (eds.) *Reconsidering Value and Labour in the Digital Age*. Palgrave MacMillan. New York.

Pitts, Frederick H. (2016). "Beyond the Fragment: the Postoperaist Reception of Marx's Fragment on Machines and its Relevance Today". Working Paper, 02-08-16. University of Bristol. Academia Edu. Disponible en http://www.bristol.ac.uk/media-library/sites/spais/documents/Working%20Paper%2002_16_FHP.pdf

Pitts, Frederick (2017). "Beyond the Fragment: postoperaismo, postcapitalism and Marx's 'Notes on machines', 45 years on", en *Economy and Society*, vol. 46, nº 3-4, pp. 324-345.

Piva, Adrián (2008). "Monsieur Le Travail, Monsieur Le Capital y Madame La Terre. Notas críticas sobre la noción marxista de clase", en *Bajo el Volcán,* vol. 7, nº 13, pp. 103-135. Universidad Autónoma Benito Juárez. Oaxaca.

Piva, Adrián (2012). "Burocracia y teoría marxista del Estado", en *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, vol. 6, nº 2, pp. 27-48.

Piva, Adrián (2017). "Clase y estratificación desde una perspectiva marxista. La clase como relación social objetiva", en *Revista Conflicto Social*, nº 17, pp. 170-220. Universidad Nacional de Quilmes – UBA.

Polanyi, Karl (1989) [1944]. *La Gran transformación: crítica del liberalismo económico*. La Piqueta. Madrid.

Postone, Moishe (1996). *Time, Labor, and Social Domination: a Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. Cambridge University Press. Cambridge.

Postone, Moishe (2007). *Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Poulantzas, Nicos (1972) [1968]. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Madrid: Siglo XXI.

Poulantzas, Nicos (1973) [1965]. *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*. Cuadernos de Pasado y Presente. Buenos Aires.

Poulantzas, Nicos (1981) [1974]. *Las clases sociales en el capitalismo actual*. Siglo Veintiuno. Ciudad de México.

Poulantzas, Nicos (1987) [1978]. *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI. Madrid.

Powell, Jeff (2019). "Towards a Marxist Theory of Financialized Capitalism", en Matt Vida, Tony Smith, Tomás Rotta y Paul Prew, *The Oxford Handbook of Marx*. Oxford University Press. Oxford.

Prashad, Vijay (2021). "Las mujeres de todo el mundo están arrinconadas". Extraído de https://observatoriodetrabajadores.wordpress.com/2021/07/12/las-mujeres-de-todo-el-mundo-estan-arrinconadas-vijay-prashad/

Psychopedis, Kosmas (1992). "Dialectical Theory: Problems of Reconstruction", en Werner Bonefeld, Richard Gunn y Kosmas Psychopedis (eds.) *Open Marxism*, *Vol. 1. Dialectics and History*. Pluto Press. London.

Pulgar, Martín (2019). "Almagro, Guaidó, Pompeo, la corrupción, el tutelaje y la incapacidad de gobernar". Extraído de Almagro, Guaidó, Pompeo, la corrupción, el tutelaje y la incapacidad de gobernar – Debate Plural.

Rabilotta, Alberto (2016). "Cómo fue y cómo es vista la automatización de la producción". Borrador.

Rabilotta, Alberto y Agnaïeff, Michel (2016). « L'emploi, impasse économique et abîme social. Quel avenir pour le travail? ». Extraído de https://bit.ly/3FzsIzI.

Rabkin, Yakov y Minakov, Mikhail (2018). *Demodernization. A Future in the Past*. Ibidem Press. Stuttgart.

Ramas, Clara (2018a). *Fetiche y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx*. Siglo XXI. Madrid.

Ramas, Clara (2018b). "Hay un Marx por nacer y descubrir". Entrevista en *El Viejo Topo,* n.º 369, pp. 36-45.

Ramas, Clara (2018c). “El poeta acmeísta ruso Mandelstam tiene un verso precioso: ‘El ayer no ha nacido todavía’. Hay un Marx por nacer y por descubrir”. Entrevista en http://www.rebelion.org/noticia.php?id=250450

Ramas, Clara (2018d). “Clara Ramas: ‘Una parte de la izquierda quiere recuperar un sujeto que ya no existe’”. Entrevista en https://bit.ly/3A4mhDo

Ramas, Clara (2019). “El ambiguo concepto de ‘democracia’ de Carl Schmitt: entre populismo y totalitarismo”, en César Ruiz (ed.), *Perspectivas del populismo*. Cenaltes. Viña del Mar.

Ramos, Laura (2003). *El fracaso del Consenso de Washington. La caída de su mejor alumno: Argentina*. Icaria/Más Madera. Barcelona.

Ramos, Jorge C. (2019). “Marxismo y Estado: la evolución del concepto de estado durante los siglos XX y XXI”. Trabajo de fin de Máster. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en https://bit.ly/3skO9S0

Read, Jason (2016) [2003]. *La micropolítica del capital. Marx y la prehistoria del presente*. Tierradenadie Ediciones. Madrid.

Reichelt, Helmut (2007). “Marx’s Critique of Economic Categories: Reflections on the Problem of Validity in the Dialectical Method of Presentation in Capital”, en *Historical Materialism Research in Critical Marxist Theory*, vol. 15, nº 4, pp. 3-52. Brill. Leiden-Boston.

Rejas, Mª Jesús (2019). “Neoliberalismo y guerra contra los pobres: la construcción social del doblegamiento y la derrota”, en Viento Sur, https://vientosur.info/neoliberalismo-y-guerra-contra-los-pobres-la-construccion-social-del/

Resnick, Stephen y Wolff, Richard (1989). *Knowledge and Class. A Marxian Critique of Political Economy*. University of Chicago Press. Chicago.

Revista Realitat i Revista Maig (2020). *Bicentenari del naixement d’Engels*. Disponible en 1820-2020 | Bicentenari del naixement d’Engels.

Rey-Araújo, Pedro (2019). “Agencia en la economía política. Hegemonía y estructuras sociales de acumulación”, en Pablo Sánchez (coord..), *Karl Marx y la crítica de la economía política. Contribuciones a una tradición*. Pamiela. Arre.

Rivas, Gabriel (2016). “Subjetividad revolucionaria y capital. A propósito del ‘libro’ o ‘teoría’ del trabajo asalariado”, en *Izquierdas*, nº 29, pp. 251-274.

Roberts, Michael (2013). “Michael Heinrich, Marx’s law and crisis theory”, en https://thenextrecession.wordpress.com/2013/05/19/michael-heinrich-marxs-law-and-crisis-theory/

Roberts, Michael (2017) [2016]. *La larga depresión. Cómo ocurrió, porqué ocurrió y qué ocurrirá a continuación*. El Viejo Topo. Barcelona.

Roberts, Michael (2018). “The Euro Crisis is a Crisis of Capitalism”, en Guglielmo Carchedi y Michael Roberts (eds.) (2018). *World in Crisis. A Global Analysis of Marx’s Law of Profitability*. Haymarket Books. Chicago.

Roberts, Michael (2019a). “¿Se podrá detener la próxima recesión?”. Extraído de ¿Se podrá detener la próxima recesión? – Kaos en la red

Roberts, Michael (2019b). “The Debt Delusion”. Extraído de https://thenextrecession.wordpress.com/2019/12/10/the-debt-delusion/

Roberts, Michael (2019c). “Investment and profitability”, extraído de Michael Roberts – Profitability, Investment, and the Corona Pandemic | Brave New Europe

Roberts, Michael (2019d). “Getting longer but lower”. Extraído de https://bit.ly/3nAgAbv

Roberts, Michael (2020a). “Engels on nature and humanity”. Extraído de https://bit.ly/3tDwJk7

Roberts, Michael (2020b). “Engels and the Dialectics of Nature”, en *Engels at 200*. On-line Conferences. Journal of Historical Materialism. Disponible en https://bit.ly/3H0QvcJ

Roberts, Michael (2020c). “Marx’s law of profitability at SOAS”. Extraído de https://bit.ly/3J80Jd5

Roberts, Michael (2020d). *Engels 200. His Contribution to Political Economy*. Lulu.com. London.

Roberts, Michael (2021a). “Covid and fictitious capital”, disponible en https://bit.ly/3J0uXPg
Roberts, Michael (2021b). “Deflation, inflation or stagflation?”, disponible en https://bit.ly/3mjjHnq
Roberts, Michael (2021c). “The productivity crisis”. Extraído de The productivity crisis – Left-Horizons
Roberts, Michael (2021d). “El imperialismo se reúne en Cornualles (o la reunión del G7)”. Extraído de El imperialismo se reúne en Cornualles (o la reunión del G7) – (observatoriocrisis.com)
Robinson, William (2013). *Una teoría sobre el capitalismo global, producción, clase y Estado en un mundo transnacional*. Siglo XXI. Ciudad de México.
Robinson, William (2021). “Can Global Capitalism Endure?”, en *Revista de Estudios Globales, Análisis Histórico y Cambio Social*, nº 1, La Crisis del Capitalismo Global, pp. 13-42.
Rodríguez Gelfenstein, Sergio (2021). “El mapa geopolítico tras el fracaso de EE.UU. en Afganistán”. Extraído de *El mapa geopolítico tras el fracaso de EEUU en Afganistán* (observatoriocrisis.com)
Rodríguez Rojo, Jesús (2017). “La clase social como categoría dialéctica: hacia una reconstrucción”, en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 52, nº 4, pp. 261-279.
Rodríguez Rojo, Jesús (2018). “¿Crítica del valor o superación del capital? Las consecuencias de la abstracción de las determinaciones «cuantitativas» sobre la concepción de la clase obrera como sujeto revolucionario”. Comunicación al congreso «Crítica de la economía política». Bilbao.
Rodríguez Rojo, Jesús (2019a). “¿Crítica del valor o superación del capital? Una vindicación de las clases sociales fente al ‘marxismo cualitativista’”, en Pablo Sánchez (coord.), *Karl Marx y la crítica de la economía política. Contribuciones a una tradición*. Pamiela. Arre.
Rodríguez Rojo, Jesús (2019b). *La revolución en el capital. Significado y potencial de la lucha de clases*. El Garaje Ediciones. Madrid.
Rodríguez Rojo, Jesús (2020). “Maquinaria, ordenadores y superación del capital: una aproximación crítica al ciber-comunismo”, en *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*. Ediciones Complutense.
Rodríguez Rojo, Jesús (2021). *Las tareas pendientes de la clase obrera. Género, ciudadanía y socialismo*. El Viejo Topo. Barcelona.
Rodríguez, Mª Jesús (2019). “Neoliberalismo y guerra contra los pobres, la construcción social del doblegamiento y la derrota”, en https://bit.ly/324CQm7
Roemer, John (1998) [1982]. *Teoría general de la explotación y de las clases*. Siglo XXI. Madrid.
Roggerone, Santiago M. (2014). “El marxismo desafiado. Apuntes para una investigación”, en *Revista Izquierdas* nº 18, pp. 146-181. IDEA-USACH, Santiago. Disponible en (99+) (PDF) El marxismo desafiado. Apuntes para una investigación | Santiago M. Roggerone – Academia.edu
Rojo, Jose Manuel (2015). “De la economía crítica a la crítica de la economía”, en Anselm Jappe, Jordi Maiso y Jose Manuel Rojo. *Criticar el valor. Superar el capitalismo*. Enclave de Libros. Madrid.
Romano, Silvina M. y Díaz, Ibán (2018). *Antipolíticas. Neoliberalismo, realismo de izquierda y autonomismo en América Latina*. Ediciones Luxemburg. Buenos Aires.
Rozalén, Laura; Pizarro, Xavier; Busqueta, Josep Manel y Delgado, Manuel (2020). Taula rodona: « Engels. L’actualitat de les seves idees ». Disponible en Taula rodona sobre l’actualitat de les idees d’Engels. Laura Rozalén. 08:00 Xavier Pizarro. 14:00 Josep Manel Busqueta. 27:30 Manuel Delgado. 43:43
Rubin, Isaac (1974) [1928]. *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Pasado y Presente. Córdoba.
Saad-Filho, Alfredo (2002). *The Value of Marx Political Economy for Contemporary Capitalism.* Routledge. London-New York.
Said, Aitor (2019). “¿Es la crítica de la economía política una ciencia?”, en Pablo Sánchez (coord.), *Karl Marx y la crítica de la economía política. Contribuciones a una tradición*. Pamiela. Arre.
Sacristán, Manuel (2011) [1972]. “La universidad y la división social del trabajo”, extraído de

https://marxismocritico.com/2011/10/05/la-universidad-y-la-division-social-del-trabajo/
Salleh, Ariel (2017) [1997]. *Ecofeminism as Politics: Nature, Marx and the Postmodern.* Zed Books. London.
Saltrón, Germán (2018). "Tratados sobre DDHH no firmados o ratificados por EEUU". Extraído de Tratados sobre DDHH no firmados o ratificados por EEUU – Por: German Saltrón Negretti (aporrea.org)
Saluti, Felipe (2018). "Formas alienadas da produção: destruição criativa e produção destrutiva", en *Geo. USP. Espaço e Tempo*, vol. 22, nº 3, pp. 572-590. Disponible en https://www.revistas.usp.br/geousp/arti-cle/view/138601
Salvia, Sebastián (2011). "Discusiones sobre la noción de clase y las reelaboraciones de John Holloway a fines de los '90", en *Theomai*, nº 23, pp. 151-156.
Sánchez Berrocal, Alejandro (2019a). "Contra el fraude populista: marxismo, sociedad civil y Estado en la filosofía de Antonio Gramsci", en *Debates*, vol. 13, nº 1, pp. 58-77.
Sánchez Berrocal, Alejandro (2019b). "La tentación populista: el abandono del marxismo y el secuestro de Gramsci", en *Observatorio Internacional de la Crisis*, https://observatoriocrisis.com/2019/07/24/la-tentacion-populista-el-abandono-del-marxismo-y-el-secuestro-de-gramsci/
Santella, Agustín (2015). "¿Marx de vuelta? Un comentario al libro de Facundo N. Martín, *Marx de vuelta. Hacia una teoría crítica de la modernidad*". Extraído de https://www.academia.edu/19769147/Comentario_a_Marx_de_vuelta_de_Facundo_H_Martin
Sanz, Miguel (2015). "La influencia de Laclau y Mouffe en Podemos: hegemonía sin revolución", en *La Hiedra* (revista electrónica). Disponible en http://lahiedra.info/la-influencia-de-laclau/
Sartelli, Eduardo (2008). "Apuntes sobre el marxismo eleático. A propósito de las consideraciones estratégicas de la izquierda idealista", en *Razón y revolución: teoría, historia, política*, nº 18, pp 123-136.
Scholz, Roswitha (1992). "O valor é o homem. Teses sobre a socialização pelo valor e a relação entre os sexos". Extraído de http://obeco.planetaclix.pt/rst1.htm
Scholz, Roswitha. 2000. "O sexo do capitalismo. Teorias Feministas e Metamorfose Pós-Moderna do Patriarcado [Excertos]". Extraído de http://www.obeco-online.org/roswitha_scholz6.htm
Scholz, Roswitha (2013). "El patriarcado productor de mercancías", en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, vol. 5, p. 44-60.
Sciortino, Raffaele (2019). *I dieci anni che sconvolsero il mondo. Crisi globale e geopolítica dei neopopulismi*. Asterios. Trieste.
Shaikh, Anwar M. (1992). "The Falling Rate of Profit as the Cause of Long Waves: Theory and Empirical Evidence" (1992), in *New Findings in Long Wave Research*, Alfred Kleinknecht, Ernest Mandel, and Immanuel Wallerstein (eds.), Macmillan Press, London.
Shaikh, Anwar M. (1998). "The Empirical Strength of the Labor Theory of Value", en Riccardo Bellofiore (ed.) *Conference Proceedings of Marxian Economics: A Centenary Appraisal*. Macmillan, London.
Shaikh, Anwar (2006). *Valor, acumulación y crisis,* Buenos Aires, Ediciones ryr.
Shroff, Sara (2014). "Reimagining Money". Extraído de https://www.academia.edu/7384606/Reimagining_Money
Silva, Consuelo y Lara, Claudio (coords.) (2013). *La crisis global y el capital ficticio*. Arcis-CLACSO. Santiago.
Smith, Tony (2013). "The 'General Intellect' in the Grundrisse and Beyond", en *Historical Materialism*, vol. 21, nº 4, pp. 235-255.
Smith, Tony (2014). "The 'General Intellect' in the Grundrisse and Beyond", en Riccardo Bellofiore, Guido Starosta y Peter Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*. Haymarket Books. Chicago.
Smith, Richard (2014a). "Beyond Growth or Beyond Capitalism?", en *Truthout*. Extraído de

https://truthout.org/articles/beyond-growth-or-beyond-capitalism/
Smith, Richard (2014b). "Green Capitalism: the God that Failed", en *Truthout*. Extraído de http://www.truevaluemetrics.org/DBpdfs/MDIA/Green-Economics-Paper-by-Richard-Smith-140109.pdf
Smith, Tony (2017). *Beyond Liberal Egalitarianism. Marx and Normative Social Theory in the Twenty-First-Century*. Historical Materialism Book Series, vol.142. Brill. Leiden-Boston.
Smith, John (2016). *Imperialism in the twenty-first century: globalization, super-exploitation, and capitalism's final crisis*. Monthly Review Press. New York.
Smith, Murray E.G. (2019) [1994]. *Invisible Leviathan. Marx's law of value in the twilight of capitalism*. Historical Materialism Book Series (vol. 177). Brill. Leiden.
Solty, Ingar (2020). "Kein Marxismus ohne Friedrich Engels, en *Z – Nr.*, nº 123. Disponible en Z – Nr. 123 September 2020 (rosalux.de)
Sotelo, Adrián (2012). *Los rumbos del trabajo. Superexplotación y precariedad social en el siglo XXI*. UNAM. Ciudad de México.
Sotelo, Adrián (2018). "Crítica a la crítica de Katz a Marini: ¿una teoría de la dependencia *sin* superexplotación? Mejor una teoría de la dependencia con superexplotación revisitada y actualizada". Extraído de http://lhblog.nuevaradio.org/b2-img/KatzPDF.pdf
Sotelo, Adrián (en prensa). *La humanidad disminuida en una época turbulenta. El impacto de la cuarta revolución industrial en el mundo del trabajo*.
Spitz, Jean-Fabien (2019). "El capitalismo democrático: ¿el fin de una excepción histórica?, en Nueva Sociedad, tema central nuso nº 282. Disponible en El capitalismo democrático: ¿el fin de una excepción histórica? | Nueva Sociedad (nuso.org)
Sputnik Mundo (2019). "Los bombardeos de Yugoslavia: la destrucción del país a escala industrial", en https://mundo.sputniknews.com/europa/201906081087552607-bombardeos-de-yugoslavia-la-destruccion-del-pais-a-escala-industrial/).
Stabile, Carol A. (1995). "Postmodernism, feminism, and Marx: Notes from the abyss", en *Monthly Review*, tomo 47, nº 3, pp 1-11 del acceso en https://www.proquest.com/magazines/postmodernism-feminism-marx-notesabyss/docview/213190383/se-2?accountid=15297
Starosta, Guido (2015). "Fetichismo y revolución en la teoría marxista contemporánea: una evaluación crítica de la *Neue Marx-Lektüre* y el *Marxismo Abierto* en clave metodológica". Ponencia presentada en el *Coloquio Internacional Sujeto capital – sujeto revolucionario. Epistemología y análisis crítico del Sistema Capitalista y sus contradicciones*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, Ciudad de México. Versión en Izquierdas, nº 37, pp. 162-190, 2017, disponible en Fetichismo y revolución en la teoría marxista contemporánea: una evaluación crítica de la Neue Marx-Lektüre y el Marxismo Abierto en clave metodológica (scielo.cl)
Starosta, Guido y Caligaris, Gastón (2016). "The Commodity Nature of Labor-Power", *Science & Society*, *80*(3), pp. 319-345.
Starosta, Guido y Caligaris, Gastón (2017). *Trabajo, valor y capital. De la crítica marxiana de la economía política al capitalismo contemporáneo*. Universidad Nacional de Quilmes. Bernal.
Stavinsky, Sebastián; Cavallero, Lucía y Luzza, Pablo (2018) "¿Puede la inmanencia a la trascendencia? El debate Laclau-Negri", en VV.AA. (eds.) *Teoría, política y sociedad. Reflexiones críticas desde América Latina*. CLACSO. Buenos Aires.
Steimberg, Rodrigo (2017). "Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Acerca de la lucha de clases", en I Simposio Internacional de Estudios en la Crítica de la Economía Política. Consejo Nacional de Investigaciones en Ciencia y Técnica. Disponible en https://bit.ly/33Ontin
Stéphan, Gaëtan (2018). «La déformation du partage de la valeur ajoutée aux États-Unis », en *Trésor-éco*, nº 216. Disponible en Lettre Trésor-Éco n° 216 (Février 2018), « La déformation du partage de la

valeur ajoutée aux États-Unis « (free.fr)
Stoner, Alex y Melathopoulos, Andony (2016). "If Climate "Changes Everything", Why Does So Much Remain the Same?", en *Logos, a Journal of Modern Society & Culture* vol. 15, nº 1. Disponible en http://logosjournal.com/?s=stoner
Streeck, Wolfgang (2014). *Buying Time. The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. Verso. Londres-Nueva York.
Sundaram, Jomo y Popov, Vladimir (2013). "Widening Global Income Inequality", en *Economic & Political Weekly*, vol XLVIII, no 17, pp.21-22.
Tafalla, Joan y Ramas, Clara (2020). Taula rodona: "Engels, intel·lectual comunista". Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=6lvUf90zsoo
Taylor, Graham (2009). "Trabajo y subjetividad: repensar los límites de la conciencia obrera", en Ana C. Dinerstein y Michael Neary (comps.) *El trabajo en debate. Una investigación sobre la teoría y la realidad del trabajo capitalista.* Herramienta. Buenos Aires.
Tena, Alberto (s/f). "Reseña de 'Fetiche y mistificación capitalistas: La crítica de la economía política de Marx' de Clara Ramas San Miguel", extraído de Marx y los economistas de Instagram, Marx y los economistas de Instagram – La Trivial
Therborn, Goran (1987) [1980]. *La ideología del poder y el poder de la ideología*. Siglo XXI. Madrid.
Therborn, Goran (2014) [2008]. *¿Del marxismo al postmarxismo?* Akal. Madrid.
Thomas, Peter D. (2010). *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony and Marxism*. Haymarket Books. Chicago.
Thomas, Peter D. (2014). "Gramsci Reading of the Base/Superestructure Metaphor", en Sara Farris (ed.), *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Note Books for Study and Research. Amsterdam.
Thomas, Peter D. y Reuten, Geent (2014). "Crisis and the Rate of Profit in Marx's Laboratory", en Riccardo Bellofiore, Guido Starosta y Peter Thomas, *In Marx's Laboratory. Critical Interpretations of the Grundrisse*. Haymarket Books. Chicago.
Thompson, Edward P. (1989a) [1979]. *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Crítica. Barcelona.
Thompson, Edward P. (1989b) [1963]. *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (2 tomos). Crítica. Barcelona.
Thwaites, Mabel (2004). *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*. Prometeo. Buenos Aires.
Tischler, Sergio (2013), "Revolución y destotalización. Una aproximación a *Agrietar el capitalismo* de John Holloway", en *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista,* nº 12. Disponible en http://www.herramienta.com.ar/.
Tomba, Massimiliano y Bellofiore, Riccardo (2013). "The 'Fragment of Machines' and the Grundrisse: The Workerist Reading in Question", en Marcel van der Linden y Karl Heinz (eds.), *Beyond Marx. Theorising the Global Labour Relations of the Twenty-First Century*. Historical Materialism Book Series, vol. 56. Brill. Leiden.
Tosel, André (2008). "The Development of Marxism: From the End of Marxism-Leninism to a Thousand Marxisms – France-Italy, 1975–2005", en Jacques Bidet y Stathis Kouvélakis, *Critical Companion to Contemporary Marxism*. Historical Materialism Book Series, vol. 16. Brill. Leiden-Boston.
Toussaint, Eric (2002). *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*. Tercera Prensa. Donostia.
Toussaint, Eric (2018) [2017]. *Sistema deuda. Historia de las deudas soberanas y de su repudio*. Icaria. Barcelona.
Tovarich Andreij (2021). "El viento de la historia sobre la tumba de Stalin". Extraído de El Viento de la Historia Sobre La Tumba de Stalin – YouTube (documental)
Trenkle, Norbert (2016) [2006]. "Lucha sin clases ¿Porqué el proletariado no resurge en el proceso de crisis capitalista?". Extraído de Norbert Trenkle: Lucha sin clases. ¿por qué el proletariado no resurge en

el proceso de crisis capitalista?* | La peste | contrainfo, saberes & experiencias antiautoritarias
Trinchero, Hugo (2000). *Los dominios del demonio. Civilización y barbarie en las fronteras de la nación*. Eudeba. Buenos Aires.
Tronti, Mario (2001) [1966]. *Obreros y capital*. Akal. Madrid.
Tsoulfidis, Lefteris y Tsaliki, Persefoni (2019). *Classical Political Economics and Modern Capitalism. Theories of Value, Competition, Trade and Long Cycles*. Springer Nature AG. London-Berlin-New York.
Turchetto, María (2008). "From 'Mass Worker' to 'Empire': The Disconcerting Trajectory of Italian Operaismo", en Jacques Bidet y Stathis Kouvélakis, *Critical Companion to Contemporary Marxism*. Historical Materialism Book Series, vol. 16. Brill. Leiden-Boston.
Umoya –Federación de Comités de Solidaridad con África Negra– (2021). "Salen a la luz las 36 operaciones con nombre clave del ejército estadounidense en África". Extraído de https://umoya.org/2019/06/09/salen-a-la-luz-las-36-operaciones-con-nombre-clave-del-ejercito-estadounidense-en-africa/
Van der Linden, Marcel (2008). *Workers of the World: Essays Toward a Global Labor History*. Brill. Princeton University.
Varela, Paula (2018). "Con los ojos de las mujeres. Apuntes para repensar la clase obrera", en *Ideas de Izquierdas-La Izquierda Diario*. Disponible en https://carga.laizquierdadiario.com/Con-los-ojos-de-las-mujeres
Varela, Paula (2019). "¿Existe un feminismo socialista en la actualidad? Apuntes sobre el movimiento de mujeres, la clase trabajadora y el marxismo hoy", en *Theomai. Estudios críticos sobre sociedad y desarrollo*, nº 39, pp. 4-20. Disponible online: https://bit.ly/3qd8MNe
Varoufaquis, Yanis (2012). *El minotauro global. Estados Unidos, Europa y el futuro de la economía global*. Capitán Swing. Madrid.
Vázquez, Juan (2018). "Caos sistémico: de la crisis de hegemonía global al momento populista", extraído de *Viento Sur*, http://vientosur.info/spip.php?article13707
Vázquez, Juan (2020). "Los límites de la globalización financiera y de la hegemonía estadounidense". Extraído de https://bit.ly/3IedeDz
Vega Cantor, René (1997). "Postmodernismo y neoliberalismo: la clonación ideológica del capitalismo contemporáneo", en *Folios. Revista de la Facultad de Artes y Humanidades*, nº 7. Bogotá. Extraído de Amanote
Veiga, Francisco y Mourenza, Andrés (coords.) (2012). *El retorno de Eurasia. 1991-2011*. Península. Barcelona.
Vela, Corsino (2018). *Capitalismo terminal. Anotaciones a la sociedad implosiva*. Traficantes de Sueños. Madrid.
Ventura, Dalia (2020). "La doble vida de Friedrich Engels, el hombre sin el que quizás no habrías oído hablar de Karl Marx". Extraído de La doble vida de Friedrich Engels, el hombre sin el que quizás no habrías oído hablar de Karl Marx – BBC News Mundo.
Veraza, Jorge (2019). "Especificación histórica de la superexplotación del trabajo que tiene lugar bajo la globalización neoliberal", en Juan Arancibia y Alejandro López (coords.) Teoría del valor y crisis. Universidad Nacional Autónoma de México y Universidad Autónoma de Zacatecas. Ciudad de México.
Vidal-Molina, Paula y Vargas-Muñoz, Roberto (2019). "Ciudadanía en tiempos del Capital. Una crítica desde la tradición marxiana", en *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, nº. 80, pp. 1-23, Universidad Autónoma del Estado de México.
Villavicencio, Giovanni y Meireles, Mónica (2019). "Discusión teórica sobre la *financiarización*: marxistas, poskeynesianos y en economías subdesarrolladas", en *Ola Financiera*, vol. 12, nº 32, pp. 61-112. UNAM. Ciudad de México.
Vincent, Jean-Marie (2001). *Un autre Marx*. Après les marxismes. Page deux. Lausanne.

Vincent, Jean-Marie (2010) [1977]. « La domination du travail abstrait». Extraído de https://bit.ly/3EfE23k

Vincent, Jean-Marie (2019) [1987]. *Critique du travail. Le faire et l'agir*. Éditions Critiques. Paris.

Virno, Paolo (2003) *Virtuosismo y revolución*. Traficantes de Sueños. Madrid.

Waiman, Javier (2013). "Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia", en *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, n° 8, pp. 1-20. Editorial Acceso Libre. Rosario. Disponible en la World Wide Web: https://bit.ly/3pft7Cf

Weber, Max (1993) [1922] *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.

Wikipedia (2021). "Moishe Postone", en Moishe Postone – Wikipedia, la enciclopedia libre (05.04.21).

Wolf, Eric (1987) [1982]. *Europa y la gente sin historia*. FCE. Ciudad de México.

Wright, Erik O. (1994) [1985]. *Clases*. Siglo XXI. Madrid.

Wright, Erik O. (1995). "Análisis de clase", en Julio Carabaña (ed.) *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*. Visor. Madrid.

Wright, Erik O. (2014) [2010]. *Construyendo utopías reales*. Akal. Madrid.

Wright, Erik O. (2020) [2019]. *Cómo ser anticapitalista en el siglo XXI*. Akal. Madrid.

Wright, Steve (2014a). "Operaismo and its Actuality Today", en Sara Farris (ed.), *Returns of Marxism. Marxist Theory in a Time of Crisis*. IIRE Note Books for Study and Research. Amsterdam.

Wright, Steve (2014b). "Revolution from Above? Money and Class-Composition in Italian Operaismo", en Marcel van der Linden y Karl Heinz (eds.), *Beyond Marx. Theorising the Global Labour Relations of the Twenty-First Century*. Historical Materialism Book Series, vol. 56. Brill. Leiden. 369-394.

Yaffe, David (2017) [1972]. "The Marxian Theory of Crisis, Capital and the State", extraído de https://bit.ly/3Ek17Se

Zamora, Daniel (2019). "Cómo el neoliberalismo reinventó la democracia. Entrevista a Niklas Olsen", extraído de http://www.rebelion.org/noticia.php?id=254821

Zamorano, Fernando (2021). "Prólogo" a Antonio Labriola, *Conversando de socialismo y filosofía. Cartas a G. Sorel.* El Viejo Topo. Barcelona.

Žižek, Slavoj (2009). *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI. Madrid.